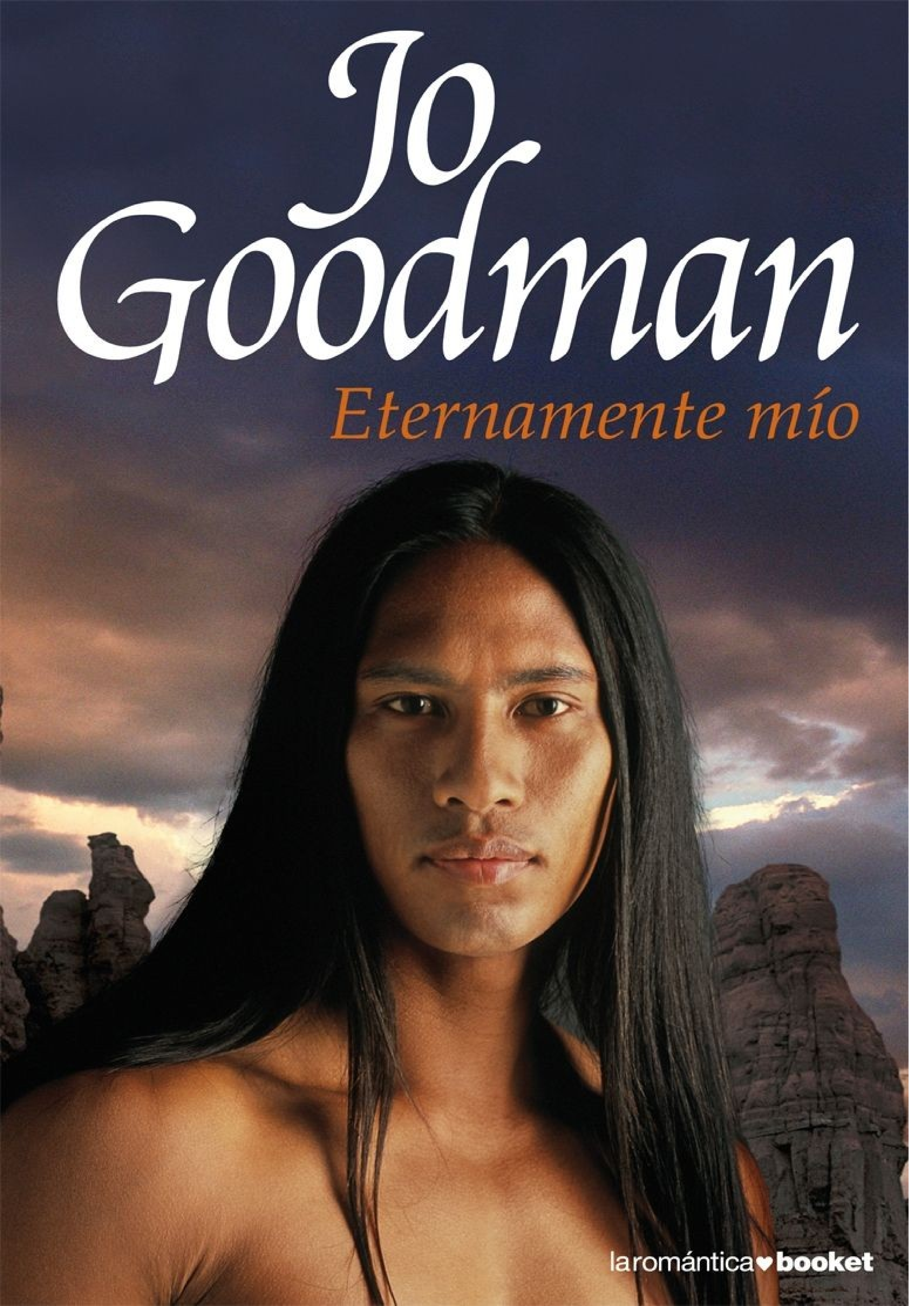

Jo Goodman
Eternamente mío
laromántica booket

Jo Goodman

HERMANAS DENNEHY 05

ETERNAMENTE MÍO

Capítulo 1

Valle del río Hudson, julio de 1884

La quietud lo rodeaba, y aquel hombre la recibía con agrado; la absorbía casi como una planta absorbe la luz y se vuelve hacia ella porque la necesita para existir. Se dio cuenta de que los latidos de su corazón iban haciéndose más lentos y su respiración adquiría un ritmo sosegado, pero no se concentró en estas cosas, sino que las dejó estar; ocurrían de forma espontánea mientras él aceptaba la calma y la tranquilidad de *ser* en aquel momento.

Estaba agachado al borde de una gran roca, a escasa distancia del pequeño y cristalino lago. Su cuerpo, delgado y ágil, parecía listo para alzarse en cuestión de segundos, sin vacilar, aunque por el momento no se movía. La espera proporcionaba su propio placer.

Si le hubieran preguntado qué o a quién esperaba, no habría sabido contestar: eso no importaba, como tampoco importaba la causa por la que estaba al borde de aquella roca inclinada. Esperar no le suponía impaciencia ni inquietud, sino todo lo contrario: implicaba cierta curiosidad embriagadora, parecida al aroma de las flores silvestres que lleva el viento; algo fugaz y esquivo, pero que se aprovecha y se disfruta. De la espera surgían posibilidades y expectativas; en cuestión de un segundo podía ocurrir cualquier cosa... Él lo sabía y así lo sentía en aquella ocasión.

Unas cintas de bruma matinal subían desde el lago. Cedros rojos, abedules y pinos blancos lo rodeaban, pero ni siquiera sus grandes ramas tapaban el evidente ascenso del sol. El calor levantaba un velo de vapor de la neblina, y la luz se reflejaba en la superficie del agua. El hombre observó los cambiantes dibujos que centelleaban y relucían como estrellas, y por un momento casi le dio la impresión de que aquel lugar capturaba el cielo.

Esa idea provocó su primer movimiento: la ligera elevación de una comisura de la boca. Una sonrisa a un tiempo socarrona y regocijada, con algo de burla y algo de cautela, que habría asombrado a cualquier observador. A aquel hombre no lo avergonzaba la idea que se le había pasado por la cabeza, pero conocía a algunos que se habrían avergonzado por él; pensar que el cielo pudiese estar apresado en un estanque que quizá fuera propio de poetas y filósofos..., pero a los exploradores del ejército de Estados Unidos les convenía guardarse esos pensamientos para sí mismos.

El asomo de sonrisa se desvaneció, y sus facciones volvieron a su estado de reposo, impenetrables e impasibles. Sin embargo, la suya no era una expresión fría o indiferente. En su boca no había tensión ni desinterés, y la bien tallada línea de su mandíbula no se apretaba con fría dureza. El origen de la severidad que caracterizaba su gesto más bien era la calma.

A través de la manga del encerado guardapolvo negro, sintió como si unos dedos calientes se le posaran en el hombro. Después, cuando el sol

subió más, una franja de calor le llegó justo por encima del cuello de la camisa, al cabo de un instante le rozó la mejilla y, luego, el lustroso y espeso cabello negro. No hizo ademán alguno de despojarse del grueso gabán, ni de recogerse el pelo en la nuca, donde le rozaba el cuello de la camisa, sino que recibió el calor con tanto agrado como el silencio o la espera. Alzó la cara, cerró los ojos un instante y respiró la luz del sol.

Cuando abrió los ojos, ella estaba allí. De pie, al otro lado del lago, flanqueada por dos abedules gemelos que parecían centinelas. El acceso al agua estaba indicado por unas grandes rocas que se elevaban desde la ribera casi como una escalera, pero ella no hizo ningún movimiento. Ni siquiera pisó con los pies descalzos las planas losas que el sol había calentado. En lugar de eso permaneció muy quieta, sosteniendo su ropa en sus brazos cruzados. Eso era todo cuanto llevaba puesto.

Al principio, él creyó que se había quedado inmóvil porque lo había visto, pero en seguida advirtió que no tenía la postura congelada y sorprendida de una cierva asustada, no se aferraba a sus prendas con ademán defensivo, para proteger su pudor o su dignidad, sino que, sencillamente, las sostenía. Lo impresionó la veneración que evidenciaba su postura, su actitud de respeto hacia el tranquilo claro de bosque que acababa de descubrir, y se dio cuenta de que su inmovilidad no tenía nada que ver con él. No se había dado cuenta de que estaba siendo observada, y él deseó que siguiera ajena a ello. Con no poco pesar, sabía que tendría que hacerle notar su presencia..., pero todavía no, pensó egoísta, todavía no.

El estado contemplativo de la mujer terminó de forma brusca. Con gesto descuidado, dejó caer al suelo la ropa, que quedó como un oscuro relieve sobre las pálidas piedras bañadas de sol. No pareció darle la menor importancia a su gesto y no se detuvo ni un momento a colocar las prendas para que no se arrugasen. En cierto modo, que no fuera más cuidadosa con sus cosas desagradó al hombre. Entonces, por un instante, pudo vislumbrar fugazmente una piel sana y rosada, unas curvas de elegante delgadez y unos pechos de pezones rosados. Haciendo caso omiso de la escalera de piedra, la mujer se lanzó al agua desde donde estaba, y entró en ella limpiamente, con una zambullida arqueada, airosa y poco profunda, que levantó una salpicadura de brillantes gotas.

No emergió en seguida, y, con la mirada, él siguió su rápido avance por debajo de la superficie del agua, tan fluida como el elemento en el que se movía. Su cuerpo ondeaba con suavidad en la corriente creada por ella misma, sus esbeltas y largas piernas se movían al unísono y la propulsaban con un ritmo seductor, casi perezoso. Creyó que saldría a la superficie en busca de aire hacia la mitad del estanque, pero de repente ella decidió bucear, y sólo la redondez de su trasero apareció por encima del agua antes de hundirse más. Por un instante, a la cara del hombre asomó una sonrisa.

Cuando ella subió por fin a coger aire, lo hizo justo bajo el mirador donde él se encontraba. Al alzar la vista y verlo por primera vez, el hombre ya no sonreía, pero seguía agachado al borde de la roca como un ave de presa. Su brillante pelo negro y el largo guardapolvo, negro

también, que cubría el suelo que lo rodeaba, contribuían a dar esa impresión. Unos penetrantes ojos grises la observaban atentos por encima de la línea recta aunque, en cierto modo, agresiva de su nariz.

El hombre no dijo nada, se limitó a seguir mirándola fijamente. Y, a pesar del rubor que le subía por la piel y le calentaba las mejillas, ella no se sumergió bajo el agua; no era propio de ella salir corriendo, aunque el sentido común le mandara que lo hiciese. Con la naturalidad que la caracterizaba, le devolvió la mirada. Él pensó que tenía los ojos llamativamente verdes, de un verde tan profundo como el del bosque que la rodeaba. Era un puro placer mirarlos, y no se dio prisa en apartar la vista.

—Me parece que no tiene usted vergüenza ninguna —dijo ella.

En otras circunstancias y en otro decorado, habría sido capaz de infundir a sus palabras suficiente acidez como para grabar el vidrio. El desconocido se limitó a sonreírle y a preguntar:

—¿Tanto se nota?

Entonces tuvo que recurrir a una mirada feroz y desdeñosa que, según le habían dicho, resultaba abrasadora, pero al hombre que la contemplaba lo dejó indiferente. Ella era lo bastante realista como para reconocer que él tenía todas las ventajas: estaba en alto, pisaba terreno firme y, lo más importante, llevaba ropa puesta. La verdad era que chapotear desnuda en el agua no le confería mucha dignidad. Y peor todavía, empezaba a cansarse.

Él observó cómo el ritmo de sus movimientos cambiaba mientras

buscaba apoyo entre las rocas sumergidas. Estaba ya dispuesto a echarle una mano cuando ella hizo pie en un estrecho saliente, desde luego, no con la intención de salir del agua; al contrario, permaneció allí, a cubierto, descansando. La humedad le brillaba en los hombros y en el hueco de la garganta, y él paseó la vista por su cuello, la dejó resbalar por su suave mejilla y su oreja hasta detenerla, al fin, en su cabello cobrizo, que en esos momentos parecía un casco mojado sobre su cabeza.

Si los ojos de la mujer eran su rasgo más notable, el cabello era el más insólito. No sólo por el color, sino también por la longitud. Desafiaba cualquier moda, pues lo llevaba muy corto, cubriéndole sólo la cabeza, y, las puntas, ahora que se le iban secando al sol del amanecer, se le empezaban a rizar. Las mujeres apaches se cortaban el pelo cuando estaban de duelo, y él estuvo a punto de preguntarle si había perdido a algún ser querido, un esposo o tal vez un padre, cuando recordó que ella no entendería la pregunta, pues los neoyorquinos no observaban los mismos ritos que los chiricahuas, los kiowas o los mezcaleros. El hombre se tocó la nuca, donde el pelo le rozaba el cuello de la camisa. Incluso en aquellos momentos lo tenía más largo que ella, y eso que se lo había cortado recientemente en señal de respeto por el fallecimiento de un amigo, y también, aunque con menos ganas, como concesión a las costumbres de Nueva York.

Mientras el desconocido seguía mirándole fijamente el cabello, se sorprendió llevándose una mano a la cabeza con timidez y tirando de un húmedo mechón cerca de la sien para ver si así parecía más largo. Ese

simple gesto bastó para que él desviara la vista, y ella se preguntó cómo habría interpretado su pelo tan corto. ¿Creería que estaba enferma? ¿Que tenía piojos? ¿Que era la marca de una adúltera?... Tuvo la sensación de que la compadecía, y eso hizo que levantase el mentón en un ángulo de orgullo y desafío.

—Ha entrado usted ilegalmente en este lugar —dijo con frialdad—. Esto es propiedad privada.

Él no se inmutó.

—Me han invitado.

—¿Quién?

—El dueño.

—Eso es imposible.

Él se encogió de hombros. Le daba igual que lo creyera o no.

—Usted no es su mujer, ¿verdad?

Ella parpadeó al oírlo, sorprendida de que creyese que pudiera ser la mujer de alguien. Echó un vistazo por encima del hombro hacia el otro lado del estanque y, al ver su ropa amontonada sobre la roca, se dio cuenta de que él no tenía ninguna pista. Entonces alzó la vista hacia él y entornó los ojos con gesto desconfiado.

—¿La mujer de quién iba a ser?

—De Walker Caine.

Ella eludió dar una respuesta y dijo en cambio:

—Ésta no es la propiedad de Walker Caine. La mansión Granville está a unos cuantos kilómetros siguiendo la carretera principal.

En ese momento, observó con algo parecido a la fascinación cómo la bronceada cara del hombre empezaba a cubrirse de rubor. Iba completamente afeitado, de modo que nada, ni barba ni bigote ni patillas, ocultó la reveladora marea de vergüenza. Una vez pasó, una leve sonrisa burlona le asomó a la boca.

—Me parece que no voy a contarle esta historia a Walker... —comentó—. Ni tampoco a nadie más.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué gracia tenía haberse perdido, él se puso en pie y se desembarazó del guardapolvo. Era alto y de músculos largos, y, a pesar de haber estado en cuclillas mientras hablaban, parecía ágil y relajado. A ella no le costó nada apreciar que era lo que su madre llamaba «una hermosa figura de hombre». Pero no fue su aspecto físico lo que le hizo soltar un grito ahogado al verlo de pie, sino lo que vio que llevaba al cinto.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —le preguntó. Supuso que se merecía la sonrisa burlona que él esbozó—. Lo que quiero decir es que en Baileyboro los hombres no llevan armas de fuego.

—«Arma» de fuego, en singular: un Cok cuarenta y cinco de cañón corto —precisó él. Para entonces, ya se había soltado el cinturón y lo había dejado con cuidado sobre el guardapolvo. Cuando volvió a hablar, sus dedos se movían con destreza, desabrochándose los botones de la camisa—. Como las que llevan los pistoleros.

La miró con una oscura ceja levantada mientras se preguntaba si ella mordería el anzuelo... No lo hizo. Se había quedado callada porque toda

su atención se concentraba en que estuviera quitándose la camisa. De pronto, al ver que empezaba a desabotonarse también los pantalones, recuperó la voz.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó.

Los dedos de él no se detuvieron ni un segundo.

—Voy a nadar.

Para sus adentros, el hombre se preguntó si sabría. Desde luego, no se movería con tanta soltura como ella. En el mejor de los casos, sería patoso, en el peor..., en el peor se ahogaría.

La última vez que se había metido en agua lo bastante profunda como para nadar tenía siete años. Fue en el río Ohio, y desde entonces habían pasado veintitrés años. En aquella ocasión se resistió hasta que su padre le tendió una mano y le dijo que, una vez aprendiera, ya no lo olvidaría nunca. Ahora estaba a punto de comprobar la verdad de aquellas palabras. Recordaba tan poco sobre su padre que confió en que la memoria no estuviera engañándolo.

—No, usted no va a nadar —declaró ella con firmeza, como si creyera que estaba en su mano detenerlo.

Él no respondió. En vez de eso, antes de seguir con los pantalones, se sentó en la roca y se deshizo de un tirón de las polvorientas botas. Le parecía como si su cuerpo estuviera cubierto de ese polvo, y la decisión de quitárselo sumergiéndose en aquel lago le parecía cada vez más acertada. Cuando se puso en pie de nuevo para quitarse los vaqueros y la ropa interior, vio que estaba solo: ella se había zambullido. Había

tomado impulso en el saliente y nadaba ya hacia el centro del estanque. Entonces él, con su expresión tranquila e impenetrable, se lanzó al agua.

Tardó tanto en subir que ella empezó a preocuparse. Desde donde estaba, resultaba fácil seguir su avance. Metió la cabeza bajo el agua para buscarlo, pero su profunda zambullida había levantado una nube de sedimentos y no se veía casi nada. De pronto sintió que, por casualidad o a propósito, él le rozaba la pierna, y a continuación emergió. Se echó hacia atrás el tupido cabello, que, mojado y bajo la luz del sol, se veía de un negro azulado. Estaban muy cerca, e, instintivamente, ella se apartó antes de que un movimiento del agua los acercara más.

—Mi padre tenía razón —dijo él.

—¿En qué?

—No se me ha olvidado.

Supuso que él sabría de lo que estaba hablando, porque lo que era ella no tenía ni idea.

—Usted no debería estar aquí, ya le he dicho que es propiedad privada.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que se cansaba mucho menos que él para permanecer a flote. Ella pensó que, si se ahogaba, le estaría bien empleado... o al menos si creía que iba a ahogarse. No se veía dejando que eso ocurriera.

—Sí, eso ya lo ha dicho. Pero también me ha dicho que esto no pertenece a Walker, y creo que no me equivoco si digo que usted no es la esposa de Walker. —La miró fijamente con sus ojos grises—. ¿Lo es?

Ella se planteó decirle una mentira. Después de todo, antes de convertirse en la esposa de Walker Caine, Skye Dennehy también iba a bañarse desnuda a aquel lugar de vez en cuando.

—No —contestó al fin—. No soy la esposa de Walker.

Él meditó la respuesta mientras la miraba.

—Bien.

Ella se preguntó cómo sería posible darle tanto significado a aquella palabra sin cambiar el tono de voz. Su cadencia, suave y ronca, le hizo pensar en el mejor bombón que guardaba su padre. Sus claros ojos grises seguían pareciendo gélidos como la escarcha, y, sin embargo, ella no sentía frío, sino un ardiente calor. Por alguna razón que no entendía, se sentía atraída hacia él, y esa sensación resultaba desconcertante. No importaba lo bien que ella nadase, pues allí, en el familiar y pequeño lago donde había disfrutado de tantos veranos divertidos con sus hermanas, Mary Francis Dennehy reconoció que no hacía pie.

—Me tengo que ir —dijo. Le habría gustado que su voz no hubiese dejado traslucir tanto pesar e inseguridad.

—Todavía no.

Ella no contestó, sino que nadó con decisión hacia la orilla rocosa donde estaba su ropa. Al pasar junto al hombre, éste la cogió sin esfuerzo por el tobillo y tiró de ella hacia atrás. Su forcejeo instintivo la llevó unos centímetros más cerca de su pecho brillante y húmedo, y entonces ella dejó de moverse para no acabar directamente contra su cuerpo desnudo.

—Me quiero ir —declaró con claridad. Esta vez no cabía duda

respecto a su resolución.

—Muy bien —replicó el hombre, y levantó las manos para acceder a sus deseos. Al instante se hundió un poco en el agua.

Ella lo observó con recelo mientras él resoplaba y, una vez segura de que no necesitaba rescate, nadó hacia los escalones de piedra. Antes de subirlos para salir del agua, echó un rápido vistazo por encima del hombro: la mirada con la que se encontraron sus ojos fue la de un ave de presa. Entonces hizo girar el índice y dijo:

—Dese la vuelta o sumérjase mientras salgo.

—Antes no me ha parecido tan tímida.

—No sabía que estaba aquí, y usted sabe que no lo sabía.

—Me declaro culpable: tiene razón.

Su voz no expresó remordimiento; en las mismas circunstancias, volvería a hacer lo mismo... Sin embargo, comprendió que esta vez era ella quien estaba dispuesta a esperar y él quien estaba cansado. Se sumergió bajo el agua y contó hasta diez antes de volver a salir a la superficie.

Ella estaba sentada en la losa de piedra calentada por el sol, vestida con una lisa combinación de algodón blanco; tenía las rodillas recogidas contra el pecho y se las rodeaba con los brazos. La combinación estaba mojada en algunas partes, porque no había tenido tiempo de secarse bien.

—Podría haber salido de espaldas a mí —lo reconvino ella—. ¿Cómo sabía si ya estaría tapada?

—Confié en que sería rápida, aunque tuviera que meterse corriendo en la maleza.

Él observó que, ahora que estaba vestida, se mostraba un poco más segura. No quiso desengañarla haciéndole notar que la luz del sol convertía su combinación en una protección poco eficaz; si en aquel momento se pusiera de pie, quedaría más descubierta que en el agua.

—¿Es suya la casa que he dejado atrás al venir hacia aquí?

—No —contestó ella con sinceridad.

—¿Es una invitada?

¿En casa de sus padres? Ni hablar.

—No, una invitada no.

—Entonces una criada...

Mary Francis tenía una sonrisa tranquila y serena, y en aquel momento lo obsequió con ella.

—No, aunque ése es un error que en mi familia ya se ha cometido antes. —Vio que él estaba pensando otra pregunta, y le tomó la delantera preguntando ella a su vez—. ¿Qué tiene usted que ver con Walker Caine?

—No tengo nada que ver con él; sólo quiero reanudar una antigua relación.

Ella lo miró fijamente mientras sopesaba sus palabras.

—Walker Caine tiene enemigos. ¿Cómo sé que no es usted uno de ellos?

—No lo sabe.

Mary lo meditó, y al fin soltó un suspiro cuando tomó una decisión.

—Walker Caine es mi cuñado.

El hombre arqueó levemente una oscura ceja.

—Entonces Mary Schyler es...

—Mi hermana.

Él entornó los ojos para examinarla mientras notaba la fatiga hormigueándole en las piernas.

—Y usted es... ¿Mary Michael?

De nuevo apareció aquella serena sonrisa, y ella negó con la cabeza y explicó:

—Está en Denver.

El agua parecía varios grados más fría que momentos antes.

—¿Mary Renee?

—Está poniendo vías para el Northeast Rail en algún lugar de las Rocosas.

La sonrisa ya alcanzaba los ojos color verde selva.

—¿Mary Margaret?

Por lo visto, Walker le había escrito a su amigo hablándole de toda la familia... Se advirtió a sí misma que no debía disfrutar tanto de la creciente incomodidad de aquel extraño.

—Acaba de licenciarse en la Facultad Femenina de Medicina de Filadelfia, y está de nuevo en su hogar, el rancho Doble H, en Colorado.

—Ya entiendo...

Le reconocía el mérito de saber ocultar tan bien sus ganas de salir del

agua. Se alisó la combinación sobre las rodillas y lo miró con gesto expectante.

—En ese caso, es usted Mary Francis —concluyó él al fin.

Ella no pudo evitar que se le agrandara la sonrisa.

—Exacto.

—La monja.

—La monja —confirmó Mary.

De nuevo la sorprendió volviendo las tornas. Ahora era ella la que dominaba la posición más alta, la que se encontraba en suelo firme y la que llevaba puesta ropa, y a pesar de todo, la miró tan fijamente que consiguió que apartase la vista.

—Me parece que no tiene usted vergüenza ninguna —dijo, repitiendo sus palabras de antes.

Luego, se dio media vuelta en el agua y, con fuertes aunque torpes brazadas, nadó hacia la orilla opuesta.

Mary Francis se quedó inmóvil, como petrificada, y tardó un rato en levantarse. Estaba alargando la mano para coger la ropa cuando lo oyó salir del agua. Segura de que él ya no estaba mirando, empezó a vestirse. Gracias a su descuido de antes, el negro hábito se había arrugado, e hizo un intento poco logrado por alisarlo. Después se ajustó el rígido cuello blanco, sacó el rosario del bolsillo y se lo ató a la cintura. No llevaba la toca ni el velo, y su cabello cobrizo resultaba demasiado llamativo, casi incongruente, en contraste con la severidad del hábito. Hundió los dedos en el pelo para sacudirse las últimas gotitas de agua.

Él estaba abrochándose el cinturón de donde colgaba el arma cuando oyó la tranquila voz de ella desde el otro lado del lago. Se paró, alzó la cabeza y la miró. Allí estaba, de pie, con su liso vestido negro, a la vez sombrío y sencillo, mientras él volvía a ver en su mente un destello de pechos de pezones rosados. Tenía las serenas facciones de un ángel y él pensaba en cómo sería besar aquella boca. Ella dio un paso hacia el estanque y el movimiento hizo que el hábito se le pegara a las piernas. De repente él recordó el ondulante ritmo de sus caderas y piernas abriendo un surco en el agua.

—¿Me ha oído? —preguntó Mary. Sin apartar la vista, él asintió con la cabeza—. Puede venir a casa a desayunar, si quiere, es decir, si tiene hambre.

Sí que tenía hambre. El tren procedente de West Point lo había dejado en Baileyboro mucho antes de que ninguna pensión sirviera comida, y prefirió ganar tiempo y recorrer a pie los siete kilómetros y medio que había hasta la mansión Granville en lugar de quedarse esperando en la estación. En aquellos momentos, no sólo estaba hambriento, sino que, por lo visto, no había caminado lo suficiente.

—No, gracias —dijo—. Creo que iré directo a casa de Walker.

Mary podría haber dicho: «Como quiera»; Dios sabía tan bien como ella que era lo que deseaba, pero no lo hizo. Creyó que le valía más comportarse con caridad en aquel momento que confesar más tarde que no la había tenido.

—Walker y Skye han regresado a China —explicó—. Se fueron poco

después de la ceremonia de licenciatura de Maggie. En la mansión no hay nadie salvo el jardinero y su mujer.

A continuación, tomó el sendero que conducía al bosque y continuaba hasta la casa de verano, dejando a criterio del amigo de Walker seguirla o no. Él llegó a su altura más rápido de lo que ella habría creído posible; su paso era a un tiempo veloz y silencioso. Mary no hizo ningún comentario sobre su decisión de acompañarla, sino que, con gesto distraído, se limitó a pasar los dedos de la mano derecha por el rosario.

—Me llamo McKay —dijo él—, Ryder McKay.

Ella contestó a la presentación con una breve inclinación de cabeza.

—No recuerdo que Walker lo mencionara, aunque tampoco es que haya pasado mucho tiempo con él. Es una lástima que no esté aquí para recibirlo.

—Dudo que él pensara lo mismo —comentó Ryder—, dado lo mucho que deseaba volver a China.

—Mi hermana también estaba emocionada. Skye se imagina que es una especie de aventurera.

—Entonces se ha casado con el hombre adecuado.

Mary lo miró de reojo y respondió en voz baja:

—Sí, creo que sí.

Siguieron recorriendo en silencio el camino sombreado por las grandes ramas de los pinos, los robles y los nogales. Cuando aumentó más la pendiente, ella se recogió el vestido y él pudo ver que seguía

descalza, aunque eso no le impedía caminar por aquel terreno irregular. Una vez coronada la cuesta, preguntó:

—¿Qué lo ha llevado a usted al lago? —Ante ellos, a un centenar de metros, se alzaba la casa de verano, al otro lado de un campo salpicado de flores silvestres: margaritas, aguileñas y lirios de día—. ¿Por qué no ha venido a la casa, si creía que Walker vivía aquí?

—Era demasiado temprano. He echado un vistazo, pero no había nadie levantado, y me ha parecido más educado esperar.

—Pero ¿qué lo ha llevado al lago?

—El olor del agua.

—¿El olor? Pero...

Él se encogió de hombros, y su gesto abortó la pregunta. Era algo que no sabía explicar, y que ella no comprendería. Quizá le extrañase que no hubiese ido directamente al río, pero es que éste tenía un olor distinto.

Mary Francis sentía como si la casa de verano la llamase; con su estructura de madera blanca recién pintada, reluciente al sol, era como si las ventanas le hicieran un guiño. Al llegar a la puerta de atrás, que daba a un porche cerrado, se sacudió los pies en la estera de cáñamo y luego se puso unas suaves zapatillas negras de piel. A continuación cogió un balde de frambuesas que había recogido por la mañana temprano y, mostrándoselo al hombre, dijo:

—Yo ya me había levantado cuando usted ha llegado, pero no estaba en casa.

—Reconozco mi error —soltó él con cierta frialdad.

Ella vaciló un segundo, luchando con el impulso de desviar la mirada, pero antes de que la disculpa se le atorara en la garganta, se apresuró a decir:

—Lamento lo ocurrido. Debería habérselo dicho de entrada; eso habría cambiado las cosas.

Con un asomo de aspereza en la voz y un brillo intenso en sus claros ojos grises, él replicó:

—¿Y por qué no lo ha hecho?

Mary no respondió, sino que entró delante de él en la cocina. Sabía que necesitaría mucho examen de conciencia para contestar a aquella pregunta con sinceridad.

La estancia era espaciosa. Una mesa rectangular de pino, grande y maciza, dominaba el centro de la misma, y de un armazón de madera que colgaba del techo pendían cazos, sartenes y utensilios de cocina, sujetos en ganchos de hierro. Una de sus hermanas, no recordaba cuál, lo había bautizado como «la lámpara de las cazuelas», y el nombre se le había quedado. Ella alargó la mano para coger una de las sartenes de hierro colado y preguntó:

—¿Le apetecen unas tortitas?

Él asintió brevemente con la cabeza y miró a su alrededor buscando algo que hacer. Su hospitalidad lo desconcertaba; no estaba acostumbrado a alfombras de bienvenida. Rara vez lo invitaban a ninguna casa y, además, las circunstancias de aquella invitación eran de lo más extraordinario.

Mary señaló una de las seis sillas que rodeaban la mesa.

—Pero siéntese... —dijo—. A no ser que prefiera desayunar en el comedor, en ese caso, puede esperar en el salón mientras cocino.

Él sacó una silla con la puntera de la bota.

—No, así está bien.

«Más que bien», pensó en silencio. Era consciente de sus botas polvorientas, de su ropa, que parecía que no se la hubiese quitado para dormir, de su pelo oscuro y húmedo que apenas empezaba a secársele en la nuca...

—Cuelgue el guardapolvo en aquella percha, junto a la puerta trasera —le indicó Mary al verlo vacilar. Entonces le echó un vistazo a las manos vacías—. ¿No tiene sombrero?

Ryder negó con la cabeza. Casi siempre llevaba un pañuelo de colores atado alrededor de la frente. Tenía uno en el bolsillo del guardapolvo, pero no se lo había puesto desde hacía dos semanas, cuando salió de Fuerte Apache. Volvió a tocarse la nuca. Dos semanas era también el tiempo que hacía que se había cortado el pelo. De pronto, se dio cuenta de que Mary lo miraba expectante, y reparó en que ni siquiera había empezado a quitarse el gabán. Lo hizo y lo colgó, y también el cinturón con el revólver. Aunque su anfitriona no hizo ningún comentario, él percibió su alivio.

La negra hornilla de hierro era un armatoste monstruoso, que por lo general necesitaba más mimos que un niño malcriado, pero aquella vez prendió con facilidad. Mary puso la sartén y le añadió un trozo de

mantequilla para que se calentara, después se apresuró a disponer los ingredientes de las tortitas en un cuenco que colocó ante Ryder junto con una varilla de madera.

—Usted mezcle esto mientras yo limpio las frambuesas.

Agradecido por tener algo que hacer, él no puso objeciones. Cuando tuvo preparada una mezcla homogénea, la mantequilla ya saltaba en la sartén y, sin que Mary se lo indicase, se levantó de la mesa y empezó a hacer las primeras tortitas. Desde el fregadero, ella se detuvo para echar un vistazo por encima del hombro. Ryder estaba absorto en su tarea y, al parecer, ajeno a su interés. Se movía con seguridad. Repartía la mezcla con movimientos breves y eficaces y luego le daba la vuelta. Mary volvió a lo suyo. Acabó de lavar las frambuesas y les puso un poco de azúcar para que soltaran el jugo. De repente, se dio cuenta de que había tenido un descuido y preguntó:

—¿Quiere café?

—¿Lo tomará usted?

—No, yo tomaré leche.

—Leche está bien también para mí.

«Más que bien», se dijo Ryder, mientras intentaba recordar cuánto hacía que no tomaba un vaso de leche fría y dulce... Menos tiempo que desde la última vez que había nadado, aunque no se lo parecía. Con gesto experto, dio la vuelta a otra tortita y la puso aparte para mantenerla caliente. Antes de añadir más masa, preguntó:

—¿Quiere que la traiga? He visto la fresquera en el porche de atrás.

Mary aceptó su oferta, pensando que él no se habría ofrecido a hacerlo si le supusiera una molestia. Mientras tanto, aprovechó para poner la mesa. En cuestión de minutos, estaban sentados el uno al lado del otro, desdoblando las servilletas. Ryder se disponía a coger el tenedor cuando vio que Mary inclinaba la cabeza. Al instante, sus dedos soltaron el tenedor y su mano resbaló hasta su regazo. Bajó la cabeza pero no cerró los ojos, sino que observó cómo Mary bendecía la mesa en voz baja. Una vez terminada la oración, ella le sonrió con gesto de ánimo.

—Sírvase, por favor.

Por un segundo, Ryder no fue consciente de lo que le decía. Estaba mirando fijamente su boca y aquella sonrisa que tenía el extraordinario poder de desconcertarlo un poco... Entonces parpadeó y todo volvió a su sitio. La sonrisa, por su parte, había ido desvaneciéndose poco a poco bajo su penetrante mirada. Desvió la vista con brusquedad, cogió el tenedor y atacó el montón de tortitas.

Por el rabillo del ojo, Mary lo observó untarlas de mantequilla y añadirles las frambuesas. Dedujo que tenía apetito, y se preguntó cuándo habría comido por última vez, aunque los buenos modales le impidieron preguntárselo. Se dirigió a él mientras ponía dos tortitas en su plato.

—¿De qué conoce a Walker?

—Coincidimos en West Point. —La vio quedarse quieta un instante, sorprendida, y no le extrañó su reacción—. Aunque empezamos al mismo tiempo, yo era dos años mayor. Él terminó, yo no.

Ella se dedicó a prepararse las tortitas, y entonces él añadió:

—Probablemente, eso se ajusta bastante a lo que usted esperaba de mí.

Mary arqueó sus cejas cobrizas.

—No creo haberme formado expectativas respecto a usted, señor McKay. Acabamos de conocernos.

Él no dijo nada y se concentró en su comida. Ella se quedó callada unos minutos; luego preguntó:

—¿Cómo es que entró usted en West Point?

Ryder la miró de frente.

—¿Cómo es que entró usted en un convento?

Su franqueza la sorprendió. Mary sacudió levemente la cabeza. Ryder podría haberle dicho de manera más clara que estaba entrometiéndose en su intimidad.

—Mire, señora —prosiguió él—: si el precio del desayuno es tener que contestar a su lista de preguntas, me parece que me marcho.

Mientras aguardaba una respuesta, se echó atrás en la silla y apartó su plato a medio comer... y por segunda vez en una misma mañana, Mary se vio ofreciendo disculpas. Con suavidad, dijo:

—Tiene razón: ha sido una grosería inadmisible. No hay condiciones para el desayuno. —Y volvió a empujar el plato hacia él, aunque sentía que su propio apetito iba desvaneciéndose—. Coma hasta saciarse, no volveré a molestarlo.

Él no necesitó una segunda invitación y siguió comiendo con buen apetito mientras ella se limitaba a dar vueltas a la comida en el plato.

—Es una casa muy grande sólo para usted —comentó Ryder echando una nueva ojeada a la cocina—. ¿Está aquí sola?

—Ahora mismo sí. Jay Mac y mamá han pasado aquí casi todo junio, y volverán otra vez el mes que viene. Contratan temporalmente a gente de Baileyboro para mantener la casa, pero yo no quería a nadie por aquí, de modo que los he despachado. —Suspiró con una pizca de melancolía —. Pero tiene razón: es una casa grande para andar por aquí sola. Todas las habitaciones me traen recuerdos, y ésta quizá más que cualquier otra... A veces casi me parece oír a todas las «Mary» riendo, discutiendo y charlando.

Esbozó una sonrisa al evocar las riñas que estallaban alrededor de la mesa de la cocina para ver quién limpiaba las frambuesas, quién hacía la cobertura de la tarta, quién ponía la mesa y quién servía la leche.

—Éramos demasiadas, y no siempre había tareas suficientes para todas.

—Las «Mary»... —repitió él en tono pensativo—. ¿Así se llaman ustedes a sí mismas?

La sonrisa de ella se intensificó.

—No, así nos llamaba nuestro padre. Se le ocurrió cuando empezamos a llamarlo «Jay Mac», y lo empleaba casi siempre que se planteaba algún castigo colectivo.

—¿Un castigo colectivo?

—Ya sabe, cuando alguna hacía algo malo y no lo confesaba. Entonces Jay Mac nos ponía en fila, de mayor a menor, y empezaba a

pasear arriba y abajo por delante de nosotras, hablando con nuestra madre como si ni siquiera estuviéramos en la habitación.

Mary habló con voz más profunda, frunció el cejo, metió la barbilla y alzó la vista como si mirase sobre la montura de unas gafas invisibles.

Ryder la observó, fascinado por su imitación. John MacKenzie Worth era un destacado personaje de la industria, dueño de una de las compañías ferroviarias más poderosas y prósperas de la nación, además de amigo personal de presidentes y generales... No era un hombre para tomarlo a la ligera ni con desenfado; sin embargo, su hija atacaba sin reparos aquel íntimo destello de vida familiar.

—Entonces decía: «Moira, las "Mary" han perpetrado un delito de lo más atroz: los he contado y faltan dos puros del humidificador de mi mesa. Ninguna de las "Mary" quiere confesarlo, de modo que todas las "Mary" han de cargar con la responsabilidad.»

Su imitación de Jay Mac era muy buena, aunque todas sus hermanas coincidían en que había tenido más años que las demás para ensayar. Mary se enderezó y recuperó la melodiosa dulzura de su voz.

—Así seguía unos cuantos minutos, creo que con la esperanza de cansarnos, aunque nunca lo lograba; ser una de las «Mary» nos hacía más fuertes, porque para enfrentarse a una fuerza de la naturaleza como Jay Mac era preciso formar piña. —Esbozó una rápida media sonrisa que también le iluminó los ojos—. Pobre papá... Tan listo en tantas cosas y nunca ha sabido cómo dividir y por tanto conquistar a sus cinco «Mary».

Ryder imaginó que, sólo con que fuera cierto un tercio de lo que

Walker le había escrito sobre la familia, las cinco jóvenes «Mary» debían de ser unos personajes dignos de tenerse en cuenta.

—¿Por qué todas ustedes se llaman «Mary»?

Ella tomó un sorbo de leche.

—Idea de mamá... Tradición, supongo. Es irlandesa, ¿sabe?, y católica, por supuesto. Pero papá es presbiteriano riguroso, y luego estaba el problema de que todas somos bastardas, porque Jay Mac no se casó con mi madre hasta hace unos pocos años. —Le echó una ojeada y se preguntó qué le habría revelado Walter al respecto—. ¿Estaba al tanto de eso?

Él asintió, aunque su atención se concentraba más en otra cosa: el bigote de leche que ella tenía en el labio superior. Su juvenil sonrisa, el extraño corte de su cabello cobrizo y ahora la leche que le perfilaba la forma del labio superior la hacían parecer tan joven como una colegiala... e igual de inocente, se recordó a sí mismo. Entonces carraspeó y se tocó el labio.

—Leche.

Ella comprendió al instante.

—Ah —dijo, algo cohibida. Se dio unos toquecitos en la boca con la servilleta de lino y lo miró—. ¿Mejor?

—Se lo ha quitado todo —contestó Ryder, sin responder del todo a su pregunta—. De modo que todas ustedes eran «Mary»...

—Bueno, sí... —asintió ella, retomando el hilo de la historia—, aunque en realidad, no. A mí me llaman Mary, o a veces Mary Francis,

pero mis hermanas han sido siempre Michael, Rennie, Maggie y Skye. Sólo oían «Mary» delante de sus nombres cuando se metían en serios problemas.

A él le dio la impresión de que ésa debía de ser una circunstancia bastante frecuente.

—¿Quién robó los puros del humidificador?

—¿Cómo? Ah, los puros... —Por fin Mary dejó de aparentar que comía; llevó el plato al fregadero y tiró lo que quedaba en un cubo—. Fue Michael, le gustaba el olor del humo.

—¿Y cuál fue el castigo de su padre?

Ella se volvió para mirarlo y se apoyó en el fregadero; el recuerdo le hizo arrugar la nariz.

—Fumar hasta que se nos puso la cara de color verde guisante.

—¿Y a Michael también?

—A Michael también. Aguantó más que las otras, y eso, desde luego, la delató como responsable del atroz delito a los ojos de Jay Mac, pero al final sucumbió. Jay Mac se quedó muy convencido de que no volvería a coger otro puro mientras viviera.

—¿Y ha sido así?

Mary asintió.

—Que yo sepa, sí... —Lanzó a Ryder una mirada socarrona, y añadió con guasa—: Los dejó por los cigarrillos.

Él esbozó una media sonrisa compartiendo la ironía y el humor, y luego siguió comiendo mientras Mary quitaba la sartén de la hornilla,

retiraba el cuenco grande con los restos secos de la masa y los utensilios sucios, y empezaba a fregar. No lo oyó acercarse, y no supo que estaba a su espalda hasta que él deslizó su plato en el agua. Sorprendida, dio un pequeño respingo. Antes de poder decir que, sencillamente, la había sobresaltado, él ya retrocedía como si se hubiera quemado.

—No se preocupe —dijo con sequedad—. No voy a tocarla.

Los ojos color verde selva lo miraron curiosos.

—No pensaba que fuera a hacerlo, y tampoco daría un respingo si lo hiciera. Me ha cogido desprevenida, eso es todo. No sabía que estaba ahí. Usted no me da miedo.

Él se quedó callado, sopesando la veracidad de sus palabras.

—¿Es porque se siente a salvo dentro de esa indumentaria?

Ella enarcó levemente las cejas al oír llamar a su hábito «indumentaria». Con voz paciente pero serena, respondió:

—Es porque no creo que tenga intenciones de hacerme ningún daño. Es amigo de Walker, ¿no? ¿Por qué iba a querer perjudicarme?

—No estaba tan segura allá en el lago.

—Allá en el..., eh..., el lago ni siquiera estaba segura de que conociera a Walker Caine. —Se volvió de espaldas a él y siguió fregando; entonces, bajó el tono de voz y dijo con tanta sinceridad que parecía dolorida—: Y sí, en parte tal vez tenga que ver con mi indumentaria.

Así que no tenía nada que ver con él, se dijo Ryder, sin saber si creerla. Nada que ver con su piel bronceada por el sol, con su pelo lacio y negro como la tinta ni con el revólver que llevaba a la cadera.... Sin decir

nada, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un sobre arrugado, muy manoseado y con unas cuantas manchas de dedos en el dorso. Lo abrió con cuidado y sacó su contenido: una carta de dos páginas, escritas por delante y por detrás, que había recibido mejor trato que el sobre. Después se la tendió a Mary.

—No tiene que demostrarme nada —dijo ella.

—Tómela.

Mary sacó las manos del agua, las sacudió y se las secó en un paño. A continuación, cogió la carta que Ryder sostenía delante de ella.

—No es necesario.

—Léala.

Mary sólo había visto la letra de Walker una vez, en la boda de su hermana, cuando firmó con su nombre los documentos de matrimonio. Se apresuró a volver las páginas, y sus ojos fueron en seguida a la firma; reconocería las amplias líneas de su «W» en cualquier parte. Una vez segura de que la carta era realmente de su cuñado, volvió al principio y la leyó con atención de cabo a rabo. Casi toda trataba de Skye, de la apresurada boda y de las circunstancias que habían llevado a Walker a la mansión Granville. Había datos anecdóticos sobre la familia de Skye y descripciones que hicieron asomar una sonrisa a los labios de Mary; desde luego, Walker los tenía bien calados a todos. La carta terminaba con una invitación a Ryder para que los visitara, a él y a Skye, cuando quisiera.

—Walker todavía no sabía lo de su misión a China —dijo al

devolverle la carta—. Ha estado allí, ha vuelto y se ha marchado otra vez.

—Tampoco sabía cuándo iba a aceptar yo su invitación —añadió Ryder—, porque al final no le respondí.

—Es una invitación bastante vaga.

—Pero sincera.

—Ya lo sé. Walker no le hizo el ofrecimiento por cumplir, ése no es su estilo en absoluto.

Cuando Ryder volvió a guardar la carta de Walker, Mary vio mejor el sobre. Algo incrédula, preguntó:

—¿De ahí viene usted? ¿De Fuerte Preston, en el territorio de Arizona?

—Allí estaba cuando me llegó la carta; en realidad vengo de Fuerte Apache.

—¿Ha recorrido casi todo el país para ver a Walker sin ocurrírsele siquiera comprobar si estaba aquí?

—No es preciso ser tan arrogante —espetó él sin alterarse—. ¿O es que le he dado la impresión de ser estúpido?

No, pensó ella; desde luego no le había dado semejante impresión.

—Todo lo contrario —dijo.

Él dobló el sobre y lo guardó. En su voz había una gravedad que antes no tenía cuando le explicó:

—He venido al Este a presentar mis respetos a un profesor que ha muerto hace poco. Me perdí el funeral que le hicieron los militares, pero

hablé con la viuda y me quedé en paz. Eso era muy importante para mí.

Mary estaba segura de ello. Aunque las marcadas facciones de Ryder seguían imperturbables, en sus ojos había cierta solemnidad. Mientras empezaba a atar cabos, preguntó:

—¿Era un instructor de West Point?

Él asintió.

—El general Augustus Sampson Thorn.

Era un nombre impresionante, pero a Mary no le sonaba.

—No creo conocerlo.

—Un veterano de las batallas de Shiloh y Manassas, y también de algunas de las primeras campañas del Oeste contra los cheyennes. No se preocupe —añadió al ver que ella seguía negando despacio con gesto de ignorancia—. Él habría preferido que lo recordaran por su carrera como profesor.

—¿Qué asignatura daba?

—Matemáticas.

Una vez más, la desconcertó su capacidad para sorprenderla.

—¿Y esa asignatura le gustaba a usted?

—Muchísimo.

—Ya entiendo —dijo ella, aunque en realidad no sabía qué pensar.

En ese momento, él casi sonrió antes de decir:

—No. No entiende nada en absoluto.

A Mary le dio la impresión de que eso no le molestaba, lo cual era un indicio de que no le importaba su opinión, fuera la que fuese. Supuso

que eso era lo normal. Eran prácticamente dos extraños, a pesar de tener un conocido común y de conocer mutuamente sus nombres.

Acabó de fregar el último plato mientras Ryder permanecía a su lado.

—¿Cuándo tiene que volver al fuerte? —preguntó.

—No debo volver allí, tengo una nueva misión.

—¿Aquí en el Este?

—No. —¿Fue decepción lo que vislumbró en el rostro de Mary, o tal vez alivio?—. En el territorio del Sudoeste.

—¿Es usted soldado regular?

En opinión de Ryder, no había nada regular en el ejército.

—Más o menos —dijo—; soy explorador.

La risa de Mary Francis Dennehy no era para pusilánimes, y en aquel momento estalló desde su interior como una ráfaga de ametralladora. Era una risa fuerte, ronca y, sin embargo, maravillosamente alegre y contagiosa. Sus facciones, solemnes y serenas hasta en las circunstancias más difíciles, se volvieron animadas y expresivas. Los ojos se cerraron, su nariz se frunció, la generosa boca se abrió sin miedo, y ella se ruborizó desde la base de la garganta hasta la raíz del pelo. Su familia agradecía aquella risa; las Hermanitas de los Pobres hacían la vista gorda por ella; la madre superiora la padecía... y el obispo Colden rezaba para que no apareciera cuando decía misa.

Ryder McKay retrocedió un paso y se la quedó mirando de hito en hito, muy callado. Mary intentó recobrar el resuello.

—Ay... Ay, lo lamento... No, no lo lamento... La verdad es que no...

Ay... —Sintió que otra carcajada surgía en su interior y se esforzó por sofocarla. Mientras se enjugaba con delicadeza las lágrimas que se le habían agolpado en las comisuras de sus luminosos ojos, contuvo la respiración como si tuviera hipo—. Pero es tan divertido, ¿no cree? Usted..., un explorador del ejército..., perdido cuando iba camino de..., de...

—De la casa de Walker —terminó él sin rastro de humor—. Era divertido cuando me di cuenta yo, pero humillante cuando se da cuenta usted.

Aquello cortó su risa en seco.

—Perdone, no he querido decir... —fue quedándose callada al ver que los ojos de él no estaban tan serios como un momento antes, y entonces se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo. Volvió a enjugarse los ojos—. No se lo diré a nadie.

—Me parece que eso ya lo he dicho yo —le recordó él.

—Sí, es verdad.

Mary cogió un paño de cocina, pero él se lo quitó de las manos y empezó a secar los cacharros. Apoyada en el fregadero, Mary lo observó. Y se preguntó por qué estaba allí en aquel momento, por qué se había perdido y qué significaba aquello.

—Hay una señal en la bifurcación —le dijo—. La casa de Walker está bien indicada.

—No había ninguna señal —la contradijo Ryder.

Sí, pensó Mary Francis, sí la había... Pero era una señal para ella, no

para Ryder McKay.

Pasada la medianoche, Mary salió de la casa y recorrió de nuevo el camino al estanque. La noche estaba despejada; las estrellas y una luna en cuarto creciente alumbraban el sendero. Mary ni siquiera se había planteado llevar una luz. Había encontrado el camino de la charca sin equivocarse en noches mucho más oscuras que aquélla, así que no había problema.

Vestida sólo con su blanca combinación de algodón, parecía un espectro al cruzar el campo de flores silvestres. Caminó sin hacer ruido por donde las hierbas estaban aplastadas. Mientras subía por la ladera de la colina notó la fresca tierra en los pies descalzos y, ya en el bosque, la suavidad del lecho de agujas de pino. Se detuvo un instante al borde del claro, como había hecho tantas veces, como aquella misma mañana; para ella, aquel lugar era un santuario, un sitio de paz y de culto, y dio gracias por él. Luego avanzó hacia la escalera natural de piedra al tiempo que deslizaba los anchos tirantes de la combinación, por los hombros para que la tela, como una caricia, resbalara sobre su piel. El tejido cayó a sus pies agolpándose en el suelo. Se deslizó de él y, sin vacilar, se lanzó al agua.

Desde su posición elevada, al otro lado del pequeño lago, Ryder

McKay observó el elegante y flexible cuerpo de Mary deslizarse casi sin hacer ruido por las profundidades negras como la tinta. Se dijo que debía marcharse, pues ella apreciaba aquel lugar por su soledad. Por segunda vez era un intruso y por segunda vez no había hecho notar su presencia. De nuevo pensó que debía irse, pero en aquel instante, Mary subió a la superficie y alzó los brazos para estirarse. La luz de la luna dibujó su esbelto cuerpo, y Ryder dejó de pensar en lo que debía hacer y en su lugar meditó lo que haría.

Mary se volvió de espaldas y flotó sin esfuerzo apenas, agitando los pies justo lo suficiente como para mantenerse a flote. El agua estaba más tibia que el aire, sintió un hormigueo en la piel y los pezones se le endurecieron. Entonces se zambulló de espaldas, completó un círculo para calentarse entera y volvió a salir a la superficie. Vio su aliento en el aire como una neblina... o como el humo de un puro y sonrió.

¿Por qué le había contado aquella historia a Ryder McKay? ¿Y las demás de por la tarde, e incluso después de anochecer? Él había querido ponerse en camino después del desayuno, dado que no había posibilidad alguna de ver a Walker, pero ella insistió en que la ayudara en algunas de las tareas más pesadas de la casa. Claro que a él no pareció importarle, reflexionó Mary, incluso fue él quien se ofreció a acabar de pintar las barandas del porche tras el almuerzo. Ninguno de los dos mencionó la cena, pero sin saber cómo, pareció natural que se quedara.

Luego se sentaron juntos en el balancín de la parte delantera de la casa, y el tiempo pasó sin dejarse sentir. Ella se dio cuenta de que él perdía la oportunidad de marcharse de Baileyboro, y sin embargo no hizo alusión al horario del tren... En vistas de las circunstancias, *lo* más adecuado era ofrecerle uno de los cinco dormitorios de la casa para que pasara la noche.

No se le había ocurrido pensar que, mientras Ryder estuviera allí, en el dormitorio del otro lado del pasillo, ella no podría dormir. Aunque estaba cansada cuando le dio las buenas noches, no contaba con que no dejaría de dar vueltas preguntándose si le parecería cómoda la cama. Al cabo de treinta minutos, se levantó, fue al asiento que quedaba junto a la ventana e intentó leer, pero le resultó más fascinante mirar la luz de las estrellas sobre el campo de fuera y el sendero que iba al estanque, que se extendía ante sus ojos como una cinta oscura. Aún se quedó sentada en la ventana otra media hora, hasta que al fin supo dónde buscar algo de tranquilidad... Sólo que ya no era lo mismo, y sabía que no debía echarle la culpa a Ryder McKay. Su intromisión no era el problema. No hallaría paz en ningún lugar si antes no la encontraba en su propio corazón.

De repente, llegó sin avisar: la inefable tristeza que últimamente ocupaba tanto lugar en su vida. Sintió que se le posaba, pesada, sobre el pecho, que se lo aplastaba. Le costaba trabajo respirar. El movimiento de sus brazos se volvió lánguido, como si se le hubieran vuelto de plomo. Mary conocía demasiado aquella sensación como para combatirla; en lugar de eso se rindió y se limitó a deslizarse bajo la superficie, donde las

lágrimas se mezclaron con el agua.

Ryder se levantó un poco, ansioso al ver que Mary no salía de nuevo. Contó diez segundos y se preguntó cuánto tiempo más contendría la respiración. Estaba ya a punto de zambullirse para buscarla cuando ella emergió y se dirigió hacia la orilla. En el silencio de la noche le llegaron con claridad los trabajosos jadeos con que buscaba aire, y sólo poco a poco se dio cuenta de que algo no encajaba: lo que en realidad estaba oyendo eran sollozos de angustia. En ese momento, se puso de pie resuelto ya a marcharse. Se dijo que lo que desgarraba el corazón de Mary, fuera lo que fuese, era una cuestión entre ella y su Dios; aquello no tenía que ver con él, y él no tenía cabida en ello.

Sin embargo, sin saber cómo, se encontró rodeando el estanque hasta llegar junto a su cuerpo postrado. Recogió la combinación y se agachó a su lado.

—Póngase esto —dijo en voz baja.

Y al ver que ella no era capaz de hacerlo por sí misma, la ayudó.

Después le pareció lo más natural del mundo tomarla en sus brazos.

Capítulo 2

Nueva York, septiembre de 1884

Para escribir las cartas, Mary fue a su casa. Esta vez no puso sus pensamientos sobre el papel en el convento de Queens, aunque desde que tenía diecisiete años aquél había sido su hogar; su hogar durante trece años y un mes... Pero la hermana Mary Francis necesitaba ir al lugar donde había transcurrido su juventud.

La mansión que formaba esquina entre las calles Cincuenta y Broadway era una casa palaciega que John MacKenzie Worth había mandado construir al darse cuenta de que el populacho de Manhattan estaba desplazándose hacia el norte. Cuando se mudaron allí, casi todo Central Park era tierras de labor, y al principio, la casa destacaba en una calle que, aunque más tarde se convirtió en un eje del corazón de la ciudad, entonces era una embarrada zona bastante alejada. La gris mansión de piedra, grande y sólida, se hizo edificar para alojar a la amante de Jay Mac y a sus cinco «Mary» bastardas. Entre la flor y nata de la buena sociedad hubo mucho chismorreo al descubrirse el plan de Jay Mac, y más todavía, durante la construcción de la residencia. Las matronas comentaban escandalizadas que, después de todo, Jay Mac y su esposa no vivían lejos de aquel solar. ¿Cómo podía hacerle aquello a

Nina? ¿Cómo iba a poder llevar aquella mujer la cabeza alta? Sólo la muerte de Nina puso fin a los cotilleos sobre el asunto.

Por otra parte, Jay Mac supo por Moira que, en realidad, ella no quería abandonar el piso donde vivía con sus hijas. Cierto que estaban estrechas, y que Mary era lo bastante mayor como para tener su propio cuarto, pero el piso no era precisamente una casucha miserable... Sin embargo, John MacKenzie Worth no se había convertido en uno de los doce hombres más poderosos e influyentes de la nación gracias a su capacidad para escuchar lo que tuvieran que decir los demás, de modo que la construcción siguió adelante.

Mary Dennehy llegó hasta la alta reja de hierro que rodeaba la finca. En aquel momento, comprendió la decisión de su padre como nunca. Al empujar la verja, ésta se abrió con facilidad en sus bien engrasados goznes, y pensó que aquello debía de ser obra del señor Cavanaugh. El jardinero se esforzaba mucho para que la casa tuviese un buen aspecto. Los arbustos estaban primorosamente recortados, y los rosales, podados con esmero. Ahora, en otoño, el perímetro de la casa estaba plantado de caléndulas y crisantemos, lo que le daba un toque intenso y cálido: un arco iris de los colores más hermosos del otoño.

Mary cerró la reja tras ella y, antes de recorrer el sendero, se detuvo un instante para inspirar hondo y ordenar sus ideas. Sabía que el sereno y sosegado exterior de la casa no se correspondía por fuerza con lo que ésta contenía.

Una doncella a la que no reconoció la saludó al abrir la puerta y

recogió su chal.

—¿Dónde está la señora Cavanaugh? —preguntó Mary.

El jardinero tenía un perfecto equivalente en su esposa, que era quien supervisaba todo el trabajo del interior.

La señora Cavanaugh llevaba junto a Moira Dennehy y sus hijas desde que éstas se trasladaron del piso al palacio.

—Me llamo Peggy Bryant, hermana —dijo la doncella haciendo una pequeña reverencia—. Esta mañana, la señora Cavanaugh está riñendo con el carnicero; algo sobre cobrarle dos veces unas chuletas de cordero que no valían su precio ni una sola vez.

Mary sonrió. La había desconcertado no ver en seguida una cara amada y familiar, pero la historia de Peggy era pura señora Cavanaugh. Le encantaba discutir con el verdulero, el carnicero, el florista y el lechero, y vigilaba cada una de las cuentas de la casa de Jay Mac tan de cerca como observaba el mercado bursátil... Y es que, en su cabeza, ambas cosas guardaban una estrecha relación. El ama de llaves suponía que, todo cuanto ahorrase en el frente doméstico se le retribuiría por partida doble a través de sus acciones del Northeast Rail. Jay Mac intentó explicarle una vez que la cosa no funcionaba así, pero cuando la señora Cavanaugh tomaba una decisión era imposible sacarla de ahí. Mary sospechaba que aquello contribuía mucho a que se hubiera convertido prácticamente en un miembro más de la familia.

—Su madre ha ido de compras —aclaró Peggy—. Creo que no la esperaba a usted antes de la merienda.

Mary no dejó traslucir su alivio, y la toca de su hábito siguió enmarcando unas delicadas facciones llenas de tranquila serenidad.

—¿Y Jay Mac está en su oficina?

Peggy asintió. Varios cabellos oscuros se le escaparon de la elegante y almidonada cofia, y se apresuró a remetérselos de nuevo.

—Desde esta mañana temprano, hermana.

—Aquí soy sólo Mary.

Los ojos castaños de Peggy la miraron con atención mientras repasaba su hábito de la cabeza a los pies.

—Me costará acostumbrarme —dijo, indecisa—. Me eduqué con las hermanas del convento de San Esteban, y no es que me pidieran muchas veces que las llamara por sus nombres de pila.

Apenas había acabado de hablar, alzó la vista como si esperara que le cayese un rayo, entonces Mary dijo con ironía:

—Según mi experiencia, Peggy, Nuestro Señor emplea métodos más discretos..., al menos antes de la hora de la merienda.

Peggy abrió unos ojos como platos.

—¡Madre mía!, es usted justo como decían que era.

Mary no preguntó quiénes decían ni qué era lo que decían, pero estaba claro que a la más reciente adquisición del servicio doméstico le habían llenado la cabeza de cuentos.

—Quisiera usar mi antigua habitación —le comunicó a Peggy.

—Muy bien, hermana..., o sea... —La doncella se quedó callada tras intentar corregirse—. Acabo de terminar de limpiarla. La señora

Cavanaugh dijo que a lo mejor le apetecía echarse un rato.

—Gracias, Peggy. —La muchacha empezó a subir la escalera delante de ella, y Mary le posó con suavidad una mano en el hombro—. No hace falta, creo que conozco el camino.

Peggy se ruborizó y musitó:

—Muy bien. —Hizo otra pequeña reverencia y se apresuró a irse pasillo adelante.

La habitación de Mary estaba casi como la había dejado trece años antes. Las muñecas de su infancia atestaban la mullida butaca junto a la chimenea, y casi todo el espacio de la repisa lo ocupaban fotografías suyas y de sus hermanas con pinta de niñas revoltosas. Su colección de figuritas de cristal seguía en una esquina del tocador y un espejo de mano con mango de marfil, con sus iniciales primorosamente grabadas en el dibujo de rosas del dorso, regalo de su decimosexto cumpleaños, seguía en la otra esquina. Dos cepillos, ambos de cerdas de jabalí e importados de Londres, reposaban junto al espejo. A su lado, en una cajita de cedro, había cintas y pequeñas peinetas de carey.

Mary pasó ligeramente sus finos dedos por la tapa de la caja. Pensó que el cabello había sido su única vanidad auténtica, de modo que fue un acierto perderlo. En su día, tuvo que contenerse para no llorar al sentir cómo cogían, uno por uno, sus largos y densos mechones para cortárselos. No le dieron un espejo para que viese el resultado, pero la alfombra de pelo cobrizo que rodeaba sus pies hablaba por sí sola... Igual que la cara de la hermana Benedict.

—Ella sabía que era mi vanidad... —dijo en voz baja, para sí. Sus dedos dejaron la caja y pasaron por la punta de los cepillos—. Disfrutó mucho viendo cómo desaparecía.

Incluso en aquel momento, le parecía oír el chasquido de las tijeras. No vertió lágrimas en público por la pérdida de su cabello, sólo en privado... Le fueron cayendo en silencio, en su solitario cuarto, mientras rezaba pidiendo perdón por ser tan orgullosa.

—Tal vez la hermana Benedict supiera que yo siempre tendría que luchar contra el orgullo...

Pero se temía que no era exactamente así. La hermana Benedict era una mujer mezquina y rencorosa, a la que le encantaba hacer sentir a los demás que no valían tanto como ella.

Mary hizo caso omiso de la cama de columnas, con su edredón de encaje y sus cubrealmohadas bordados. No había ido a su habitación para echarse un rato, como imaginaba Peggy; aquel día tenía un objetivo distinto.

El sol que entraba por el balcón daba en el escritorio y sobre el lustroso suelo, formando oblicuos rectángulos de luz. Mary se sentó a la mesa y abrió el cajón de en medio, donde había un pulcro montoncito de papel de color crudo. Llevaba meses componiendo en su cabeza las cartas que estaba a punto de escribir, pero saber lo que quería decir no hacía más fácil la tarea.

La primera carta fue para Maggie: la sabia Maggie, cuya capacidad de curar se extendía a menudo a las heridas no visibles. A su hermana le

escribió sobre su decisión: lo que creía que significaba para ella y lo que sospechaba que significaría para la familia. Maggie comprendería dónde había dolor y dónde se necesitaba curación.

Las siguientes fueron copias de la primera en cuanto a parte del contenido, aunque cada una se adaptó a la singularidad de la hermana que iba a leerla. A Michael, la periodista del *Rocky Mountain News*, le planteó su decisión como si fuera a escribir un nuevo capítulo de su vida. A la gemela de Michael, Rennie, ingeniera del Northeast Rail, le escribió en términos de su profesión: iba a construir puentes con su pasado y poner cimientos para su espíritu. La carta para Skye fue tal vez la que menos le costó. Su hermanita pequeña adoraba la aventura, y Mary le escribió hablándole justamente de eso. El cambio en sí mismo ya era una aventura, y el que Mary planeaba, aventura multiplicada por diez.

Luego, dobló cada carta con cuidado y escribió las direcciones con esmero. Tres irían a su lugar de destino en distintas partes de Colorado; una no le llegaría a Skye hasta al cabo de unos meses, en Shangai.

Mary se relajó en la silla y se estiró. Primero, los entumecidos dedos, y después fue curvando la base de la espalda hasta sentir que las líneas de tensión se aflojaban; las vértebras del cuello dieron un diminuto chasquido al mover la cabeza de un lado a otro. A continuación, cogió las cartas y las llevó a la planta baja. Se planteó dárselas a Peggy para que fuese a correos, pero en seguida decidió que no quería confiar a nadie aquel envío. Así pues, buscó el chal y salió de la casa sin que nadie se diera cuenta; ya había cumplido su misión cuando su madre llegó de

vuelta de sus compras.

Moira Dennehy Worth era una mujer menuda, que sólo le llegaba a su hija mayor a la barbilla, lo que no le impidió abrazar a ésta contra su pecho, como si aquella mujer adulta siguiera siendo una niña con trenzas.

—Qué alegría verte, hija —dijo en tono animado. Retrocedió un paso, la escrutó atentamente y pareció satisfecha—. Tienes muy buen aspecto, esta tarde hasta se te ve un poco de color en las mejillas.

—Acabas de ponerlo ahí con tu apretón.

Moira agitó el dedo, aunque con una sonrisa:

—No seas insolente.

Mary besó la mejilla algo arrugada de su madre:

—Muy bien.

Su comentario hizo que Moira alzara un poco las oscuras cejas pelirrojas.

—Uy, qué dócil... ¿Estás segura de que no estás incubando alguna enfermedad?

—Mamá...

Aquel tono, a la vez irónico y franco, le resultó más familiar. Sonrió y llamó para que les llevaran el té.

—Ven a ver lo que les he comprado a tus sobrinos.

—A tus nietos, quieres decir...

—Siempre has sido la lista —repuso Moira con una maliciosa sonrisa.

Ya en el salón delantero, empezó a abrir los paquetes de los

almacenes A. T. Stewart y Donovan que cubrían todos los asientos. Cuando llegó Peggy, hizo una pausa en su entusiasta relato de cómo había elegido el vestido perfecto para Madison, sólo el tiempo suficiente para pedir té y emparedados. Mary admiró, obediente, todos y cada uno de los conjuntos y accesorios que su madre fue sacando de los envoltorios de papel de seda; había cintas, encajes y lazos suficientes como para poner una mercería. Todas las prendas eran preciosas, y era evidente que habían sido escogidas con gusto teniendo en cuenta la personalidad de cada nieto.

—¿Vas a mandárselas por Navidad? —preguntó.

—En realidad, pensaba que a lo mejor conseguía convencer a tu padre para ir a Denver antes de entonces.

—Ah.

—¿Eso es todo? —preguntó Moira—. ¿Sólo «ah»? ¿No te parece buena idea?

Mary infundió a su voz la necesaria nota de interés.

—Creo que es buena idea que intentes apartar a Jay Mac del edificio Worth y del Northeast Rail aunque sea un momento. Pero no será fácil, porque como ya nos reunimos todos en la ceremonia de licenciatura de Maggie...

Moira suspiró mientras contemplaba sus abundantes compras.

—Ya lo sé... Pero es que esa reunión me hizo desear tener a todas mis niñas bajo el mismo techo otra vez.

—¿A tus hijas o a tus nietas?

—A todas.

—Mamá. —Mary le dirigió una mirada penetrante—. Skye y Walker no pueden...

—Ay, si eso ya lo sé... No es más que un sueño. Reuniré a todos los que pueda.

Cuando llegó el té, ayudó a su madre a despejar los asientos para hacer sitio para sentarse. Los pequeños emparedados de berros y pepino tenían un delicado sabor, y la señora Cavanaugh había preparado el especiado té de naranja que sabía que era el preferido de Mary.

—¿Vendrá tarde Jay Mac esta noche? —le preguntó a Moira.

—No más de lo normal, supongo. —Su madre frunció un poco el cejo—. ¿Por qué? ¿Hay algún problema? Te quedas a cenar, ¿verdad? Tenemos sorbete de frambuesa de postre.

Mary no pudo evitar sonreír. Supuso que su madre no se daba cuenta de que estaba tentándola con dulces, como si fuera una niña. Quizá estuviera en la naturaleza de la maternidad ver siempre a la niña pequeña en la mujer adulta.

—Me quedo... —dijo—, aunque el sorbete de frambuesa no esté en el menú.

La comida, de doce platos, se sirvió en el comedor privado, más pequeño. Moira y Jay Mac ocuparon ambas cabeceras de la mesa de nogal y, a pesar de que había cinco sillas para elegir, Mary escogió

aquella en la que siempre se sentaba en todas las comidas familiares. Tal vez, reflexionó más tarde, estuviera en la naturaleza filial ser siempre niña en presencia de los padres.

Jay Mac llegó cargado de noticias del mundo de los negocios. A Moira y a Mary no les costó trabajo seguirlo: les eran familiares los caprichos de la Bolsa, los impopulares intentos de sindicar a los obreros, los problemas para obtener tierra del gobierno, y las dificultades a la hora de tender líneas férreas en los hostiles territorios del Sudoeste. Jay Mac habló con ellas como si estuviera entre miembros del consejo de administración, no con la familia; en ambos campos, su punto de vista era idéntico: debían entender aquello que les ponía la comida en el plato y les llenaba las arcas de dinero.

En algún momento, entre la crema de coliflor y el cordero asado, Jay Mac puso fin a su monólogo para estudiar preguntas y sugerencias. Las aportaciones de Mary y Moira se produjeron durante la ligera ensalada verde y el salmón con guarnición de guisantes, y Jay Mac escuchó con atención lo que tenían que decir. Concedía a sus opiniones el mismo respeto que a las de sus socios de negocios, lo cual significaba que lo tomaba todo en consideración. Tal vez su ancho rostro pareciera impertérrito y sus oscuros ojos verdes, distantes, pero cuando su mirada se posaba en su esposa o en su hija, lo hacía con un inconfundible cariño.

John MacKenzie Worth llevaba su autoridad y su poder como otros llevaban un viejo batín: se sentía cómodo con aquel manto de influencia, y le gustaban la responsabilidad y los retos. Además, a lo largo de los

años, había comprobado que en ningún sitio se le cuestionaba más que en su propio hogar. Aún conservaba una espesa cabellera rubio oscuro, en la que cada hebra próxima al gris representaba una derrota en una escaramuza con una de sus hijas.

Todas estaban ya establecidas, cada una con su familia y su profesión; hasta su querida Mary tenía una especie de familia. A Jay Mac no le había parecido bien que entrara en la congregación, y consideraba aquello su primera derrota seria a manos de las «Mary», pero había llegado a aceptarla. Incluso realizaba donaciones anónimas a las Hermanitas de los Pobres para ayudarlas a sacar adelante el hospital. Sospechaba que Mary sabía de dónde venían los grandes donativos que llegaban a aquella obra asistencial, aunque ella guardaba silencio.

Moira lanzó alguna indirecta sobre un viaje a Denver en noviembre mientras se servían las croquetas de patata, pero Jay Mac no mordió el anzuelo. Durante la selección de quesos, lo intentó de nuevo con un entretenido relato humorístico de su expedición de compras. Su marido soltó risillas en los momentos justos, pero no mostró ningún interés por ahondar en el tema de un viaje al Oeste. Las infructuosas maniobras de Moira los llevaron justo hasta el final de la comida, de modo que Mary hizo por fin su anuncio cuando tomaban el sorbete de frambuesa.

—Voy a dejar las Hermanitas —dijo.

Lo dijo con claridad, sin mascullar las palabras ni pasar de puntillas sobre ellas. Sin embargo, tuvo que repetirlas, porque tanto a Jay Mac como a Moira les pareció que no habían oído bien. Aunque su

determinación no había cambiado, la segunda vez le resultó más difícil, y cuando repitió las palabras, Jay Mac no la miró; esta vez miró a su esposa. Moira había perdido el color hasta quedarse pálida, y su expresión parecía la de alguien que acabase de tragar arsénico.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Jay Mac.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Moira casi al mismo tiempo.

Mary apartó el sorbete.

—Lo tengo bien decidido —contestó con tranquilidad.

—¿Quieres decir que vas a ingresar en otra orden? —aventuró Moira, con voz a la vez comprensiva y esperanzada.

Aquello supuso un desafío para la calma de Mary, pero se las ingenió para mirar a su madre a los ojos y responder con firmeza:

—No, mamá, quiero decir que voy a dejar de ser monja del todo. Voy a renunciar a mis votos.

—Ay, Dios mío... —susurró Moira con la cara descompuesta y los ojos llenos de lágrimas. La revelación la dejó tan helada que no pudo ni enjugarse las lágrimas, sólo murmuraba en voz baja, con tono trágico—: Ay, Dios mío...

Toda su vida, Mary había sospechado que los enfrentamientos con su padre no habían hecho sino prepararla para algo peor. En ese momento supo que era así y recurrió a su reserva de fuerza interior, y al consejo divino, para que la ayudaran a pasar aquella batalla con su madre. Medir voluntades con Jay Mac era algo aceptado, que incluso se buscaba de

forma sutil: un ejercicio para fomentar la resolución, la iniciativa y las ideas claras. Pero desde que recordaba, nadie se había enfrentado a su madre jamás. Nunca había hecho falta... hasta aquel momento.

Jay Mac cortó la tensión que había en la mesa con una pregunta que atrajo la atención hacia sí.

—Tal vez si nos contaras qué ha provocado esto... —sugirió.

Mary tenía las manos en el regazo, apretadas tan fuerte, que sus nudillos estaban blancos. Levantó un poco la barbilla, pero su rostro permaneció tranquilo. Luego, despacio, buscando las palabras adecuadas, dijo:

—No es fácil de explicar...

—Se trata de una crisis de fe —interrumpió Moira—: eso es lo que es. Estoy segura de que si hablas con el obispo Colden o con la madre superiora, te dirán que suele ser bastante común. Los religiosos pasan por ellas lo mismo que los feligreses, pero eso no significa que tengas que dejar la Iglesia.

—Mamá —replicó Mary con bastante más aspereza de la que pretendía—, una crisis de fe no es un resfriado. No es algo que se pilla y se sufre, de lo que uno se recupera sin más y luego continúa con su vida como si nada. Además, ya he hablado con el obispo Colden y con la madre superiora, y están de acuerdo en que no es una crisis de fe.

—Pero...

—Moira —intervino Jay Mac con voz firme y profunda. En su tono había una advertencia que no empleaba a menudo con su esposa—. Deja

que Mary diga lo que tenga que decir.

Por un instante, Moira pareció desolada, pero en seguida levantó la cabeza con energía y convirtió su carnosa boca en una línea. La chispa habitual de sus ojos era ahora un belicoso destello. Al sentirse herida, pasó a atacar.

—Estás poniéndote del lado de Mary... y eso que nunca quisiste que ella pronunciara los votos. Pues ahora tendrías que recordarle que debe cumplir sus promesas, en particular las hechas a Dios.

Mary miró alternativamente a Jay Mac y a Moira.

—Por favor —rogó en voz baja—, esto no debe convertirse en una discusión entre vosotros.

Fue como si no hubiera dicho nada. Mientras intentaba suavizar la situación, Jay Mac se quitó las gafas e hizo ademán de ir a limpiarlas.

—En primer lugar, Moira, no me pongo del lado de nadie. Por lo que yo sé, aquí no hay ningún lado del que ponerse. Y si es cierto que no estaba de acuerdo en que Mary debiera entrar en religión, al final tuve que aceptar que era decisión suya. Ahora bien, si ha pasado algo para que cambie de opinión, ¿no es un asunto entre ella y Dios? ¿No crees que lo habrá hablado con Él? —Se levantó de la silla y volvió a colocarse los lentes en el puente de la nariz. A continuación, sin preguntarles qué querían, fue al aparador y sirvió tres copas de coñac. En lugar de volver a su asiento de la cabecera de la mesa, sacó la silla que hacía ángulo recto con la de Moira, quedando así los tres juntos, luego les puso las copas delante y, con un gesto, les indicó que bebiesen—. ¿Crees que es una

crisis de fe, Mary?

Ella alzó la gran copa de cristal entre las manos y calentó el licor, pero no bebió. Meneó la cabeza despacio.

—No, no es eso. Mi lucha no es con Dios, sino con lo que Él quiere para mí. No es que no crea en Él, sino que me parece que me tiene reservada otra cosa.

Moira miraba fijamente hacia delante, sin desviar la vista hacia su marido o su hija. Su expresión era glacial, y cuando Jay Mac le colocó una mano en la muñeca, se puso rígida y apretó los labios. Mary observó esa reacción y sintió cómo se agudizaba el dolor que sentía. Por otra parte, la compasión que había en los ojos de su padre le dio ganas de llorar.

—Lo he pensado mucho, mamá...

—Pues deberías haber rezado más y pensado menos.

Esta vez, Jay Mac alzó las rubias cejas, bajó el mentón y miró con mucha atención a su mujer por encima de la montura dorada de sus gafas. Después de treinta y un años de conocer y amar profundamente a Moira, aquélla era una faceta que no conocía. No era propio de ella ser tan cerrada ni tan intratable. Solía expresar sus deseos con más sutileza de lo que aquel intercambio verbal daba a entender, y, además, nunca era cruel.

—Moira, estás siendo irreflexiva.

Mary lo interrumpió con una súplica.

—Mamá, sí he rezado. Esta no es una decisión tomada

apresuradamente.

Moira meneó la cabeza:

—No me lo creo.

Con voz apagada Mary replicó:

—No soy responsable de lo que creas, pero lo cierto es que llevo años luchando hasta llegar a este punto.

—¿Años? —preguntó Jay Mac sorprendido—. Mary, nunca has dicho nada, nunca se lo has contado a nadie...

Moira miró a Mary con gesto desconfiado, las comisuras de los ojos se le llenaron de profundas arrugas.

—¿Tampoco a tus hermanas? ¿No se lo has contado y les has hecho jurar que guardarían el secreto?

—No. Se lo he contado hoy, en cartas que he escrito a cada una de ellas. No se me ocurriría burlarme de ti y de Jay Mac compartiéndolo con ellas y no con vosotros. Si alguna de las «Mary» ha sospechado algo, serán Maggie y Skye, y sólo porque han estado en casa hasta hace poco y me han visto con más frecuencia; quizá les haya dado pistas sin querer.

Moira no se calmó con eso, pero no hizo comentarios.

—Mamá, ¿qué iba a decirles? —prosiguió Mary—. ¿Y cuándo? Es una decisión que acabo de tomar, y apenas encuentro palabras para explicarla. Casi todo el tiempo, el conflicto ha sido luchar con la duda, a duras penas sabía si buscar una luz o si apagarla... Cuando fui a la casa de verano, en julio, fue para estar a solas con mis pensamientos y mis oraciones, y para buscar respuesta a unas preguntas que apenas sabía

formular.

Se detuvo un instante y fue a tocar el brazo de su madre, pero al ver que Moira no se acercaba a ella se detuvo antes de llegar a la manga de satén. Su mano quedó flotando en el aire un instante y luego la retiró.

—¿Entiendes algo de esto, mamá?

Cuando Moira no respondió, Mary miró a su padre con expresión de impotencia.

—Es demasiado para que lo acepte —dijo él en voz baja—. Ha sido tan de improviso... Confieso que hasta para mí supone una conmoción.

Mary asintió. Había salido tan mal como se temía, y su mundo parecía haber dado un vuelco. Lo único que no había cambiado era su decisión.

—Quizá sea mejor que no pase la noche aquí.

Jay Mac reaccionó con brusquedad.

—No digas tonterías. Claro que te quedarás aquí. Éste sigue siendo tu hogar. Sabe Dios que tu cuarto no ha cambiado en trece años, y desde luego sigue estando listo. —Echó una mirada a Moira de reojo—. Casi parece como si alguien hubiera estado esperándote.

—Yo no lo interpretaría así —dijo Mary poniéndose de pie. A pesar de sus buenos propósitos, su tono era mordaz—. Es más probable que mamá haya querido recordarse a sí misma su sacrificio.

—¿Sacrificio? —preguntó Jay Mac.

Moira miró a su hija mayor.

—¿Qué sacrificio?

Antes de poderlo evitar, Mary contestó:

—Yo, mamá, yo soy el sacrificio. Me ofreciste a la Iglesia para expiar tus pecados.

Jay Mac detuvo la mano de Moira para impedir que la golpeara.

—Creo que es mejor que vayas a tu habitación, Mary. Por esta noche ya se han dicho bastantes cosas.

Por una vez, Mary Francis Dennehy estuvo de acuerdo con su padre.

Fuerte Union, territorio de Arizona

El baile estaba en pleno apogeo. Las esposas de los oficiales lucían vestidos de un luminoso surtido de colores y aprovechaban la ocasión para exhibir los modelos más bonitos que habían comprado en el Este, o, al menos, que habían encargado en San Francisco. Las telas eran de satén, seda y tafetán, y sus tonos abarcaban todo el arco iris. Junto a los sobrios uniformes azules de sus maridos, resultaban particularmente vistosas. Los galones de oro, los guantes blancos y las brillantes botas negras, tan distinguidos en la plaza de armas, ahora sólo eran el accesorio de un vertiginoso muestrario de carmesíes, zafiros, esmeraldas y jades.

Claro que no todos los oficiales tenían esposa, y tampoco todas las mujeres del baile estaban casadas. Varias eran jóvenes inexpertas, recién salidas de la escuela; otras, de veintipocos años, sólo tenían una cosa en

mente: romper la árida monotonía de Fuerte Union. Eran las hijas de los oficiales y suboficiales, y los solteros considerados un buen partido solicitaban con entusiasmo sus carnés de baile. Era inconcebible dejar que ninguna de ellas pasara un solo baile sin compañía, en particular si el padre estaba mirando. Ni siquiera a Florence Gardner, a sus ochenta años, le faltaban acompañantes. En parte se le prestaba atención porque era escandalosamente libre en sus opiniones y, con ella, la charla era siempre animada, y en parte porque aquella dama viuda era la madre del responsable de Fuerte Union.

Aunque todas las mujeres eran solicitadas como pareja de baile, una en concreto despertaba un exceso de interés que ella aceptaba como algo lógico y debido. Las esposas de los oficiales soportaban su presencia, y las hijas de los oficiales la despreciaban; Florence Gardner era la única que se divertía teniéndola en el fuerte, aunque no se lo decía a nadie.

Anna Leigh Hamilton contaba con la sofisticación del Este, algo con lo que ninguna de las demás mujeres de la sala podía competir, con la excepción quizá de la madre del general, pero a ésta le daba lo mismo. No era posible que las esposas e hijas no disfrutaran alguna vez de la cortés elegancia que la señorita Hamilton exhibía con la misma actitud regia con que calzaba sus guantes hasta el codo; el problema era, sencillamente que el calor y las privaciones del territorio de Arizona, así como las constantes amenazas de incursiones y levantamientos, habían reducido al mínimo los fingimientos y los convencionalismos. En aquel duro entorno, lo práctico importaba más que la elegancia.

Anna Leigh Hamilton no pensaba quedarse en aquel fuerte del desierto el tiempo suficiente como para perder el brillo y el refinamiento que le ganaban tantas furtivas miradas. Estaba deseando regresar con su padre viudo a San Francisco y luego a Washington. Allí volvería a ejercer funciones de anfitriona: asistiría al teatro y a la ópera, y elegiría entre las invitaciones más codiciadas para acudir a cenas de etiqueta y paseos en carruaje. Recibiría a congresistas, jueces y generales, a veces en el salón o en el comedor de su elegante hogar de Washington, y a veces en el entorno más privado de su lujosa cama.

Con gesto descuidado, Ryder McKay tiró un cigarrillo al suelo al oír que alguien se acercaba, luego se volvió y se apoyó tranquilamente en la rueda del carromato que había estado examinando momentos antes. La brillante luz de las velas que llegaba del salón de oficiales le permitió vislumbrar la silueta de una mujer. Ryder la identificó en seguida, y el recelo y la cautela que había en sus facciones se disiparon. Su postura, que aparentaba relajamiento, se volvió relajada de verdad.

—¿No tiene suficientes parejas ahí dentro? —Con la barbilla señaló el salón—. No irá a insistir en que baile un vals con usted, ¿verdad?

Florence Gardner se rió con regocijo.

—¿Y que me pisotee los dedos de los pies en tres sitios distintos? Me parece que no voy a correr ese riesgo.

Se apoyó con cierta pesadez en su bastón de ébano mientras se

acercaba, y después dejó que Ryder la cogiera por la cintura y la sentara en la parte trasera del bastidor del carromato. Era muy propio de él darse cuenta de sus molestias y hacer lo posible para aliviarlas. A la luz de las estrellas y del fuego, Florence miró con atención sus fuertes facciones, hermosamente talladas, y no pudo evitar suspirar. Con el curvo puño del bastón le dio unos golpecitos en el pecho.

—Si tuviera cuarenta años menos...

Ryder sonrió al oírla.

—Todavía tendría edad suficiente como para ser mi hermana mayor.

—Valiente granuja maleducado... —dijo ella divertida. Su tono hizo que el comentario sonara como una expresión de cariño—. ¿Por qué no está ahí dentro, rellenando carnés de baile?

Sin responder, Ryder volvió a su examen del carromato. Aquel tema era una manzana de la discordia entre ellos, y Florence Gardner sabía lo que opinaba: él no era un oficial, y ahí se acababa la discusión. Si la hubiera dejado hablar, la madre del general habría señalado que tampoco era militar de carrera, ya que nunca había sido soldado raso. Aunque prefería considerarse explorador, lo cierto es que era más bien un agente especial que el ejército contrataba para misiones muy concretas. Tenía tanto derecho a estar dentro de aquella habitación como el senador por Massachusetts, los geólogos de las minas Holland o los agrimensores del Departamento de Gestión de Tierras.

—Uf —resopló Florence al no poder chincharlo, después se alisó por encima el espeso cabello blanco donde se le había aflojado de las

pequeñas peinetas. Sus pálidos ojos azules brillaron con un poco de picardía cuando dijo con aire indiferente—: Creía que quizá lo animara dar una vuelta por la pista con la pelandusca.

Ryder detuvo los dedos un instante sobre el eje de la rueda.

—Me parece que no la he oído bien.

Florence dio unos cuantos golpecitos con el bastón en el bastidor del carromato, y el áspero repiqueteo hizo vibrar la madera.

—Ha oído muy bien, a sus oídos no les pasa nada. Aquí soy yo la que es más vieja que la tierra.

Ryder se levantó de nuevo y apoyó un codo en el costado del carromato, luego la miró con expresión pensativa. Era una mujer menuda, de tez pálida y pelo más blanco aún. Su boca era demasiado carnosa y grande para parecer ni siquiera severa, aunque ella se esforzaba por apretarla con fuerza cuando quería aparentar reproche.

Una vez le comentó a Ryder que había visto demasiadas cosas en su vida como para tomarse nada muy en serio, de modo que, incluso en sus momentos más graves e intransigentes, en el gesto solemne de su boca, Ryder veía la juvenil risa de su corazón y de sus ojos. A veces, cuando no miraba nadie, ella hasta sé atrevía a guiñarle un ojo; ambos compartían un secreto.

—¿Y bien? —preguntó Florence con cierta aspereza—. ¿Por qué no está...?

Se interrumpió cuando las puertas del salón se abrieron y se cerraron otra vez. Por encima del hombro de Ryder vio aparecer al objeto de su

comentario.

—No mire ahora, Ryder, pero...

Él asintió.

—Ya lo sé, la huelo.

Florence sabía que Ryder se refería al caro perfume francés que usaba Anna Leigh, pero le hizo gracia que lo dijera como si estuviese oliendo los excrementos del ganado, y se rió tanto que se le saltaron las lágrimas.

Ryder se metió la mano en el bolsillo trasero y le ofreció su pañuelo de colores. La anciana lo tomó, agradecida, y se lo llevó a los ojos; se lo devolvió justo cuando Anna Leigh llegaba a su altura.

—Ayúdeme a bajar, Ryder —dijo—. Volveré al baile. Incluso en este desierto, tres son multitud.

Sonrió a Anna Leigh con expresión serena mientras él la depositaba en el suelo con suavidad. Su sonrisa de despedida a Ryder fue un poquito coqueta.

—Pórtese bien.

Sin saber con seguridad a quién iba dirigida la advertencia, tanto Ryder como Anna Leigh la vieron alejarse. Él ya estaba ocupado en examinar el carromato cuando ella se volvió a mirarlo.

—¿No tiene el ejército gente que haga ese tipo de cosas? —preguntó.

—Sí —respondió él, cortante—: yo.

Anna Leigh soltó una leve risa, un sonido dulce y melodioso parecido al gorjeo de un pájaro. No sabía que, al oírla, Ryder recordó otra risa más espontánea y saludable.

—Creí que lo vería esta noche —dijo.

Él no la miró, sino que seguía dedicando toda su atención a su trabajo.

—Y está viéndome —replicó al tiempo que empezaba a rodear el carromato.

Más fascinada que ofendida por su grosería, ella lo siguió.

—Mi padre creía que asistiría usted al baile. Es en su honor, ¿sabe?

—Lo sé.

—Usted estaba invitado, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué...?

—Cuestión personal.

Por lo que a Ryder respectaba, el tema estaba zanjado. No tenía por qué explicar sus motivos a Anna Leigh Hamilton ni tampoco a su padre.

Anna Leigh torció la bien dibujada boca en un atractivo mohín. Era una expresión ensayada, que había llegado a dominar ante el espejo de su tocador; cien pasadas de cepillo por su claro y sedoso pelo rubio le daban tiempo de sobra para experimentar todos los matices expresivos, desde la melancolía hasta la desesperación. Tenía un rostro fino, de pómulos altos y frente despejada, y unos claros ojos azules que resultaban tan encantadores como sofisticados. Su tez era de porcelana; la casi ausencia de pecas sobre su elegante nariz se debía a las aplicaciones de zumo de limón por la noche y polvos de arroz durante el día. Entre sus muchos atractivos, contaba con una cintura de avispa,

tobillos esbeltos y bien formados y pies pequeños y de constitución delicada. El interés ajeno que Anna Leigh Hamilton recibía como un derecho se basaba en gran medida en que era una joven hermosa, y casi siempre lo bastante hábil como para ocultar que lo sabía.

—¿No cree que resulta un poco ofensivo que permanezca aquí fuera? —preguntó ella.

—Usted tampoco está dentro —le hizo notar él.

En ese momento, Anna Leigh sonrió, y deseó que él se volviera para que la viera. Como no lo hizo, se aseguró de que la sonrisa se reflejara en su voz.

—*Touché* —dijo. Luego pasó la mano por el áspero borde de madera del carromato, siguiendo el sendero de los dedos de Ryder, mientras él seguía rodeándolo—. ¿Qué está haciendo exactamente? —La curiosidad se sobrepuso a la impaciencia—. Es un carromato, ¿no? Cuatro ruedas, un fondo sólido...

«Un fondo más o menos sólido», pensó él, pero sólo dijo:

—Es un carromato.

—¿Uno de los que escoltará usted hasta la estación por la mañana?

Al principio él se sorprendió de que lo supiera, después se dijo que lo habría oído por el fuerte: el viaje no era precisamente un secreto entre los soldados. Sin embargo, no negó ni confirmó sus sospechas, ni tampoco le preguntó qué sabía del asunto.

—Yo voy a ir también —explicó la joven.

Ryder detuvo su examen y se volvió hacia ella. El aire nocturno era

fresco y seco. La áspera configuración del terreno no era más severa que las tensas facciones de la cara de él.

—No.

A Anna Leigh le gustó su expresión, y lo satisfizo haber despertado su interés.

—Papá ha dicho que puedo ir.

—Y yo digo que no.

Ella alzó un poco las rubias cejas.

—No creo que sea decisión suya.

—Ya veremos. —Ryder no iba a irrumpir en el baile en aquel momento. Su conversación con el senador esperaría hasta que pudiesen hablar en privado.

—¿No debería regresar al baile? —preguntó.

Ella se encogió de hombros, y el movimiento alzó un poco más las medias lunas de sus pechos. Se dio cuenta de que el gesto atraía la atención de Ryder, pero no lo mantuvo. En lugar de eso, le hizo una pregunta.

—¿Es porque es usted indio?

Todo el cuerpo se Ryder se puso rígido en un esfuerzo por no perder la compostura.

—No estoy seguro de entenderla.

—¿Por eso no entra en el baile, porque los demás exploradores no están invitados y usted es un apache, igual que ellos?

—Interesante conjetura.

Anna Leigh siguió mirándolo fijamente, con expectación. Sólo le llegaba al hombro, pero sabía que el ángulo que tenía que adoptar para alzar la vista resaltaba la longitud y esbeltez de su cuello.

—¿Quién le ha dicho que soy apache?

Anna Leigh meneó un poco la cabeza, como si protegiera su fuente de información.

—Es verdad, ¿no es así?

Ryder dudó de que alguien se lo hubiera dicho; lo más probable era que fuese una suposición suya. Ella lo había visto en relajada conversación con los exploradores mientras compartían mesa en la cantina y habría sacado sus propias conclusiones. Su aspecto físico le debía de haber servido para confirmarlas: el color de su piel, curtida por el sol, la espesa melena de brillante cabello negro, sus facciones, de rasgos bien definidos. Como otros antes que ella, no tenía en cuenta que medía de quince a veinte centímetros más que los demás exploradores, y que sus ojos eran del color de la escarcha del amanecer. O tal vez justificaba esas excepciones yendo más allá, al suponer que su origen era mestizo.

Ryder la miró con ojos penetrantes, esbozando una fría sonrisa, y Anna Leigh no pudo apartar la vista; estaba como hipnotizada. Súbitamente, él tomó una decisión: cogió a la hija del senador por la muñeca, la apartó de la hilera de carromatos, de la música y de las luces del salón de oficiales y la llevó hacia el barracón de los soldados. No la metió dentro, sino que rodeó el edificio de adobe hasta la parte de atrás.

Ella no hizo ademán de resistirse, ni cuando la hizo meterse de un tirón en las sombras ni cuando la acorraló contra el áspero muro de barro. Respiraba de forma ligera, un poco irregular, pero estaba emocionada, no asustada. Con voz grave, con la línea de la mandíbula tensa, Ryder le preguntó:

—¿Por eso ha salido aquí? ¿Esperaba que esta noche la tocaran las manos del «salvaje»?

Tiró de las abullonadas mangas de satén, de modo que el cuerpo del vestido resbalara hacia abajo, y Anna Leigh bajó la vista para mirarse. Hasta en las sombras su piel seguía siendo más pálida que aquellas manos; el llamativo contraste la excitó.

—He estado observándolo —susurró con voz ronca.

Y podría haber añadido «desde el principio». Cuando ella llegó, con la comitiva procedente de Washington, él estaba en el porche de las dependencias de oficiales, de pie, con un hombro apoyado en uno de los postes de madera que sostenían el alero. Le llamó la atención su postura indiferente, despreocupada. Vio que no se apresuraba a adoptar la posición de «firmes» ni parecía tenso o cohibido, como alguien que está a punto de formar para pasar revista. En lugar de eso se tiró del ala del sombrero para darse sombra en los ojos y desapareció justo cuando descargaban los carromatos. Su insolencia no pasó desapercibida a otros miembros del grupo, pero Anna Leigh, más que sentirse insultada, se había quedado intrigada.

—Usted es distinto —le dijo.

El comentario no halagó demasiado a Ryder. No sólo tenía el tono de un discurso preparado, sino que en Fuerte Union había hombres a quienes él admiraba. Ser distinto no siempre era un cumplido. Del fondo de su garganta salió un sonido ronco, en parte gruñido y en parte ronroneo. Deslizó las manos por los hombros desnudos de Anna Leigh hasta llegar al cuello, y con la áspera yema del pulgar le rozó el hueco de la garganta. La vio entreabrir la boca y sintió su respiración entrecortada. Entonces inclinó la cabeza y preguntó en voz baja:

—¿Está muy segura de eso que ha dicho? Porque de usted yo quiero lo mismo que los demás.

Su boca se cerró sobre la de ella mientras con todo su cuerpo la pegaba contra la pared. Anna Leigh recibió la arremetida con agrado, y subió una pierna contra su costado frotándose contra él. Eso hizo que el cuerpo del vestido bajara aún más, y sus pechos habrían quedado al descubierto, expuestos al aire fresco de la noche, de no ser porque la basta chaqueta de lana de Ryder se los cubría. La fricción se extendió por su sensible piel y le endureció los pezones, y una corriente de calor fue de sus senos hasta sus muslos. Notó cómo él le subía el vestido y se dio cuenta de que iba a tomarla allí, de pie, con ella apoyada en una pared de barro seco. De no haber tenido las manos ocupadas en aferrarse a su cuello para sostenerse y los dedos bien hundidos en su tupido pelo, negro como la tinta, ella misma se habría levantado la falda.

De repente Ryder detuvo el asalto a su boca, levantó la cabeza y la dejó que viera un asomo de sonrisa, tan cordial como un rayo de luz

sobre una fría y dura hoja de acero. Con aspereza, susurró:

—Soy tan blanco como usted, señorita Hamilton. Si quiere una cabellera india para colgar en su dormitorio, tendrá que buscar...

Anna Leigh se echó atrás y le dio una bofetada.

—¡Bastardo!

—Otro error —replicó Ryder en tono amable. Haciendo caso omiso del ardor que sentía en la mejilla izquierda, se llevó una mano a la cabeza, como si la saludara tocándose un sombrero invisible. Dada su conducta, era un detalle ridículamente formal, y a ella no se le escapó la burla que contenía, ni tampoco la que había en su expresión.

Cuando él se dio la vuelta para marcharse, le gritó:

—¡Pues se dice que es usted mestizo! —Su tono era acusador, como si la hubieran traicionado no quienes se lo habían dicho, sino él.

Ryder se detuvo un instante, lo suficiente como para dirigirse a ella por encima del hombro.

Para entonces, Anna Leigh se las había apañado para subirse el cuerpo del vestido, y se estaba arreglando lo que había sido un peinado impecable.

—Si se lo dijeron —contestó algo escéptico—, sería para advertirle que se mantuviera lejos de mí. Por aquí, las mujeres blancas no se insinúan descaradamente a los indios ni a los mestizos.

Anna Leigh abrió más los ojos.

—¿Qué está diciendo? ¿Que esas zorras intentaban protegerlo? ¿Reservárselo para ellas?

Ryder casi se echó a reír, no había caído en la cuenta, pero supuso que podía ser verdad. Por lo visto, las madres no sabían si sentir temor o esperanza ante la idea de que él mostrara interés por alguna de sus hijas.

—Supongo que se cubren las espaldas hasta que me decida. Sin embargo; lo cierto es que ya estoy comprometido.

—¿Comprometido? —preguntó ella, iracunda.

Ryder no se inmutó.

—Con Florence Gardner.

A la mañana siguiente, mientras la compañía se preparaba para partir, Ryder reflexionó sobre esa conversación entre él y Anna Leigh Hamilton. Ella había tardado casi un minuto entero en reaccionar a su golpe de gracia, pero después lo compensó con una grosera sarta de insultos que habría avergonzado a la ramera más ordinaria. Hacía poco, la había visto con un aspecto muy recatado, cuando el cabo Harding la ayudaba a subir a su montura. Gobernó a la yegua desconocida con mano experta, apresurándose a tranquilizarla y demostrarle desde el principio quién mandaba. Ryder no tenía dudas de que supiera manejar un caballo, su reparo a que se uniera a la expedición no tenía nada que ver con su capacidad para cabalgar, sino con el factor riesgo.

Anna Leigh dedicó una sonrisa dulce y provocativa a cada uno de los sesenta hombres que escoltaban los carromatos, desde el carretero más humilde hasta el oficial que dirigía la tropa, el primer teniente Spencer

Matheson. Fue una sonrisa calculada para alegrarles el día, hacerles olvidar el espantoso calor y animarlos a que recordaran el aspecto que había tenido la noche anterior con su vestido de fiesta de satén color verde jade. Ryder McKay no recibió la sonrisa. Para el explorador de la tropa, Anna Leigh reservó una mirada altanera y desdeñosa, un recordatorio de que, a pesar de su intento de humillarla, ella había ganado una importante batalla. De que él no siempre iba a salirse con la suya.

Ryder hizo caso omiso de su mirada y se limitó a ignorarla. Tenía cosas más importantes en la cabeza que las mezquinas represalias de Anna Leigh. Para empezar, no entendía ni compartía la decisión de su padre de permitir que acompañara los carromatos. El senador Warren Hamilton se lo había explicado, desde luego, pero desde el punto de vista de Ryder aquello no tenía lógica. Le daba igual que el senador ya se lo hubiera prometido a su hija, o que le pareciera que exageraba el riesgo por lo que a él se refería, hasta el más pequeño riesgo era demasiado grande.

No tardó en darse cuenta de que su razonamiento no encontraba eco, y entonces llevó su protesta al comandante del fuerte. El general Gardner lo escuchó, intentó a su vez disuadir al senador y fue recibido con la misma tenaz resistencia; por último no tuvo más remedio que ordenarle a Ryder que llevara consigo a la señorita Hamilton.

—Es asunto de él —dijo—, y no es usted quien está al mando.

—Yo no olvido mi lugar —replicó él—, pero soy quien se encarga de

la seguridad de esta expedición, y esto no me gusta. Ese no es su sitio.

El general Gardner levantó la mano en un gesto cansado pero firme. El tema estaba zanjado, y Ryder McKay abandonó el despacho.

Cuando el teniente Matheson hizo avanzar la compañía, Ryder dejó de pensar en Anna Leigh y en su poderoso, aunque imprudente, padre para concentrarse en su misión. Como explorador del ejército, no ostentaba ningún rango oficial, pero su paga ascendía a un poco más del sueldo de un capitán porque había mucha demanda para sus habilidades. Tenía en la cabeza un mapa de casi todo el Gran Sudoeste, y durante largas expediciones en las que había habido que cruzar cañones rocosos o atravesar desiertos de monte bajo, Ryder había demostrado que sabía encontrar agua, buscar comida por los matorrales o cazar si era preciso, aunque esta vez no esperaba que le pidieran nada de eso.

La tropa daba escolta a cuatro carromatos hasta la línea férrea que llegaba al puerto montañoso de Colter, al sudoeste de Fuerte Union, donde los recibiría la patrulla que llevaba todo un mes apostada allí. La tropa de Matheson se quedaría en su lugar y tomaría posiciones a lo largo de la vía férrea, mientras la tropa relevada regresaría al fuerte para disfrutar de un bien merecido descanso. A juzgar por las apariencias, el viaje no tenía nada de extraordinario. Los carromatos acarreaban víveres para la nueva patrulla, suficientes al menos para dos meses por si había algún problema con el siguiente relevo. Las ruedas, de engrasados ejes, chirriaban bajo la pesada carga. Si alguna vez un soldado creyó que las galletas del ejército podían sustituir a las balas de cañón en caso de

apuro, allí estaba la prueba de que sí, pues el peso de los carromatos iba dejando un surco en el suelo. Llevaban barriles de agua dulce, café, melocotones en lata y conservas de maíz y tomates, además de leche y unos grandes sacos de arpillera llenos de tasajo, arroz y judías secas. El dulce lo proporcionaban la melaza y las pasas. Harina y sal eran provisiones de primera necesidad, pero en cambio la mantequilla se hacía con una mezcla de grasa de tocino, harina y agua, y tenía la textura de una salsa. Una vasija de barro contenía masa fermentada para preparar galletas frescas, que serían un poco más ligeras que las que llevaban.

Cuando perdieron de vista el fuerte, los hombres destinados al relevo para patrullar las vías del tren tenían un aspecto melancólico. Pocos pensaban en las esposas o novias que dejaban; casi todos sin excepción estaban pensando en sus estómagos.

Ryder dejó atrás a los hombres del teniente, pues su labor no estaba junto a los soldados de escolta. A veces trabajaba con un compañero, uno de los otros exploradores, con quienes mantenía una relación de respeto, cuando no de amistad, pero con más frecuencia prefería trabajar solo. Únicamente los reclutas más novatos desconocían la ruta hasta el cañón Colter, y Ryder no tardó en desviarse de camino con un objetivo: buscar apaches.

El ejército había obligado a muchas de las tribus que poblaban el territorio del Sudoeste a instalarse en reservas del gobierno. A pesar de eso, algunas bandas de renegados seguían realizando duros y rápidos

ataques que resultaban tan dañinos para sí mismos como para los colonos. Ryder los consideraba resistentes, hombres que creían que merecía la pena salvar su modo de vida, sus creencias y su familia. No era un punto de vista popular, y por ser Ryder McKay quien era, y por cómo se había criado, cuando manifestaba sus ideas en voz alta levantaba sospechas; sabía de sobra que, por mucho que demostrara su valía, siempre había cierta falta de confianza respecto a él. Walker Caine había sido una excepción a la regla, como asimismo el general Thorn, de West Point. En el Sudoeste, otros dos hombres habían demostrado pensar lo mismo que Ryder. Uno era el general Mitchell Halstead, recientemente retirado tras una carrera militar de treinta años y que vivía en Flagstaff; el otro era Naiche, guerrero chiricahua y hermano de sangre de Gerónimo, que, como él, aún andaba suelto.

Aunque Ryder no contaba con que hubiera problemas en el viaje, tenía que prevenirlos. Los alimentos que transportaban eran muy atractivos para los salteadores chiricahuas, que debían alimentarse y también alimentar a sus familias. Observó el suelo con atención. Las rocas fuera de su sitio eran pistas de que alguien había pasado por el lugar. Por ellas interpretaba cuántos formaban un grupo de ataque, si caminaban o si iban a caballo, lo rápido que se desplazaban y si había mujeres y niños cerrando la marcha. No vio nada que señalase que los chiricahuas rondaban los carromatos o los caballos de la compañía.

Ryder retrocedió describiendo un círculo que cubría la retaguardia y el flanco izquierdo de la comitiva. Desde terreno alto, entre las rojas

peñas, esperó a que los hombres de Matheson lo alcanzaran. Cerca, junto a un cauce seco, había un mezquite: un gran árbol de crecimiento lento, mientras los cactus salpicaban el suelo del desierto como erizados guardianes que acechasen al viajero incauto. Un diminuto mochuelo, no mayor que un pinzón, se había instalado dentro del grueso brazo de uno de ellos; un regalo de un pájaro carpintero que había abandonado su hogar.

De repente, Ryder sintió que se le erizaba el vello de la nuca. No intentó ignorar la sensación, era preciso aceptarla y comprender lo que significaba. En la distancia, oyó acercarse la compañía; la cansina cadencia de hombres y caballos y el chirriante avance de los carromatos sobre la tierra dura y seca. No veía a la columna que avanzaba por el cañón, pero siguió la fina nube de polvo que se alzaba sobre ellos en el aire, como una neblina matinal. Cuando llegaron hasta donde él estaba, ya había ideado un plan.

Capítulo 3

El teniente Matheson escuchó con gravedad a Ryder mientras éste le exponía su preocupación. El militar se había licenciado en West Point, y era veterano de dos campañas en el Oeste. Había aprendido muy rápido, tanto en el aula como en el campo de batalla, y por lo general todo el mundo estaba de acuerdo en que era un joven con futuro en el ejército. Una de las cosas que había aprendido era a confiar en su explorador... Aunque esta vez, Ryder estaba poniéndoselo difícil.

—Cuénteme otra vez esa premonición —dijo, impaciente.

Aunque todavía no eran ni las ocho, el calor resultaba ya abrumador. Matheson se quitó el sombrero un momento y se secó la frente. El ejército entregaba a los soldados la misma chaqueta y los mismos pantalones de lana azul marino, así como la misma camisa de franela, desde las llanuras del norte hasta el sudoeste del país, una ropa tan poco adecuada para el gélido frío de Montana como para el implacable calor del Territorio del Sudoeste. En la práctica, se daba libertad para usarlo o no, sobre todo a los soldados rasos, pero se esperaba que el teniente Matheson guardara las apariencias y llevara el uniforme reglamentario. En aquel momento, estaba cociéndose dentro de él.

—¿Qué señales ha visto?

Ryder fue sincero.

—Ninguna, pero hay peligro.

El militar soltó un juramento por lo bajo.

—Dios santo, McKay. ¿Qué diablos quiere que hagamos con eso?

—¿Cuántos de sus hombres son reclutas nuevos?

—La mitad, tal vez algunos más.

A Ryder no le gustaron esas proporciones. Había dejado que otros organizaran la compañía, y en ese momento deseó no haberlo hecho; aquellos hombres no eran expertos en enfrentarse a una emboscada.

—Divida la compañía en dos —dijo—, dos carromatos para cada grupo. Distribuya los novatos a medias; necesitarán ayuda si la cosa llega al cuerpo a cuerpo. Lleve a una mitad por el cañón. El sargento Shipley puede llevar la otra mitad por la ruta más larga, dando un rodeo.

Matheson no estaba seguro de que le gustara aquello. Dividir una fuerza de combate, en particular una tan pequeña como una compañía, siempre era arriesgado. Y hacer todo eso tan sólo porque Ryder McKay tenía una «sensación», tal vez le costara las vidas de sus hombres, además de la promoción. Miró la tropa que lo rodeaba y señaló con la barbilla en dirección a Anna Leigh Hamilton:

—¿Y ella?

En aquel instante, la joven estaba engatusando al cabo Harding para que le diera de beber de su cantimplora. Una desvergonzada coqueta, pensó Matheson, puesto que ella también llevaba una. Soltó un suspiro y volvió a dedicarle toda su atención a Ryder.

—Por dos centavos la mandaría de vuelta a...

—Yo lo haría por uno —convino Ryder—, pero por ahora será mejor que se quede con usted.

Matheson meneó la cabeza y se frotó el mentón con el dorso de su mano enguantada.

—Estará más segura con usted. Usted irá por delante, por lo que, si hay una emboscada, lo advertirá antes que nosotros.

Ryder no repitió que allí nadie estaba seguro. Veía que al teniente le costaba aceptar la realidad de un inminente peligro, y confirmarle que no había ninguna señal en el camino no respaldaba precisamente su argumento. Pero la sensación que antes le había hecho sentir un hormigueo en la piel no lo había abandonado desde entonces. Sopesó las posibilidades y al fin dijo:

—Está bien, me la llevaré. No me moveré tan rápido, pero me la llevaré.

Matheson asintió.

—Sabía que lo haría.

También sabía que, llegado el caso, Ryder McKay moriría protegiendo a aquella Hamilton. El teniente llamó al sargento Shipley y le comunicó las órdenes. Un murmullo de sorpresa recorrió la fila, pero no tardó en apagarse.

Ryder no esperó a que el sargento dividiera la compañía e hiciera lo que le había dicho para, de un empujoncito, hacer avanzar su caballo hasta donde estaba Anna Leigh. Una vez allí, le quitó las riendas de las

manos y tiró de su montura. La súbita sacudida hacia delante estuvo a punto de hacer caer a la joven de la silla. Ésta, después de agarrarse, le lanzó una mirada sorprendida y severa a Ryder.

—¿Qué pasa? —Miró a su alrededor buscando a alguien que la ayudara, pero todos estaban ocupados cumpliendo las órdenes de Matheson—. ¿Adónde me lleva?

Él no le contestó.

—Yo sé llevar el caballo —añadió ella mientras intentaba volver a asir las riendas.

Pero Ryder no quería que las cogiese hasta estar seguro de que se quedaría con él y no volvería con la compañía. Tiró otra vez de las riendas y la yegua color canela lo siguió, obediente, aunque Anna Leigh trató de clavarle los talones para detenerla.

Fueron subiendo por el irregular y rocoso terreno, mientras la muchacha no dejaba de volver la vista atrás. Vio que la compañía se disponía de forma distinta antes de separarse, y preguntó:

—¿Qué hacen allá abajo? ¿Por qué se dispersan?

Ryder no concedió importancia a sus preguntas y no las respondió. En lugar de eso, le dijo:

—Ahorre energías. Todavía nos queda mucho por delante, y esta ruta es la más dura.

En ese preciso momento, la yegua tropezó. Unas cuantas piedras sueltas y algo de grava salieron disparadas de debajo de sus cascos, y al caer resonaron con estruendo por las paredes del cañón.

—¿Intenta matarme? —le espetó enojada Anna Leigh—. Quiero volver con el teniente.

Él siguió callado, y ella le fulminó la espalda con la mirada. Era demasiado peligroso luchar con Ryder por el control del animal, de modo que se concentró en permanecer sobre la silla hasta que llegaron a la parte de arriba y el suelo se allanó de nuevo. Al final, no tuvo ocasión de arrancarle las riendas, porque el propio Ryder se las lanzó con gesto despreocupado.

—No cometa el error de intentar volver por el camino que acabamos de seguir —le advirtió él—. Su yegua no será capaz de hacerlo y usted se romperá el cuello.

Una ojeada hacia abajo le dijo a la joven que llevaba razón.

—Me parece que eso no le desagradaría —replicó en tono áspero.

Ryder se limitó a encogerse de hombros.

—Vámonos.

—Espere un momento —protestó ella—. Tengo sed.

—Acabo de verla beber de la cantimplora de Harding, todavía no necesita beber. Vamos.

Obstinada, Anna Leigh se quedó atrás. Aunque el sombrero de paja de ala ancha le sombreaba la parte superior de la cara y la protegía del sol, sus ojos azules brillaron de cólera ante el tono autoritario de Ryder. Se puso rígida en la silla de montar y se negó a moverse. Él le echó un vistazo por encima del hombro.

—Puede beber mientras cabalga.

Prosiguió, esperando que ella lo siguiera, pero tras recorrer unos cincuenta metros se dio cuenta de que ella no lo seguía. Al volver la vista, la vio justo en el mismo sitio de antes. Era un duelo de voluntades, y Ryder sabía que mientras ella estuviera consciente, llevaba ventaja. Tiró de las riendas para hacer que su caballo diera media vuelta, al tiempo que consideraba seriamente dejarla sin sentido y echársela sobre la silla de montar. Sólo cambió de opinión al pensar la carga que aquello supondría para su montura.

Cuando llegó junto a la joven no dijo nada, sino que se limitó a atravesarla con su penetrante mirada gris, totalmente inexpresivo.

—No tiene por qué mirarme así —protestó ella—. Ya le he dicho que tengo sed.

—Y yo le he dicho que beba por el camino.

Anna Leigh señaló la cantimplora que llevaba terciada al hombro. La correa de cuero le había dejado una leve mancha de sudor sobre la blanca blusa, donde cruzaba en diagonal entre sus pechos.

—Mi agua está rara —objetó—, no sabe bien.

—Probablemente sepa a cantimplora —dijo él—. Con este calor ocurre a menudo, pero no le pasa nada malo.

Anna Leigh asomó el labio inferior en un provocativo mohín con el que, por lo general, conseguía cuanto deseaba. En aquella ocasión, consiguió lo que deseaba a pesar del mohín. Ryder desenganchó su cantimplora del caballo y dijo:

—Coja la mía.

Se la tendió y Anna Leigh le ofreció la suya a cambio. Luego desenroscó el tapón de la cantimplora de él y bebió hasta saciarse. Unas gotitas de agua le resbalaron por la barbilla y, cayéndole en la blusa, se le pegaron a la piel.

—Despacio —dijo él—, o después le dolerá el estómago.

Anna Leigh bajó la cantimplora, se secó la parte inferior de la barbilla con una mano enguantada y luego tiró de su húmeda blusa.

—¿Y eso le preocupa?

—No podrá cabalgar si se pone enferma.

—¿Por eso no bebe? —preguntó ella—. ¿O es que cree lo que le he dicho de que el agua está mala?

Era evidente que le exigía una prueba antes de seguir adelante. Ryder destapó la cantimplora que le había dado y tomó varios buenos tragos. No sabía distinta de lo que esperaba, simplemente tenía el regusto del recipiente.

—¿Satisfecha?

Anna Leigh arrugó la nariz con un gesto de repugnancia.

—No sé cómo ha podido beberse eso —dijo, con la respiración un poco entrecortada.

Él amarró la cantimplora en su sitio y espoleó levemente su montura.

—Vámonos.

Esta vez, Anna Leigh se detuvo cuando habían recorrido menos de cinco kilómetros. Observó que Ryder, que iba delante de ella, se bamboleaba inestable en su silla de montar. Sin saber bien adonde ir, su

yegua redujo el paso, pues nadie le indicaba el camino. Por último, se detuvo y se removió inquieta pero nadie la hizo seguir. Entonces Anna Leigh se acercó con cautela a Ryder, que permanecía desplomado, aunque casi derecho aún, en la silla de montar. Consiguió levantar la cabeza cuando ella se detuvo a su lado. Sus pálidos ojos grises estaban vidriosos y desenfocados.

Esta vez, fue Anna Leigh quien tomó las riendas. Llevó los caballos hacia una zona despejada en la que unas rocas redondeadas formaban una cueva poco profunda; allí habría sombra incluso cuando el sol llegara a su cénit. Era un refugio que hubiera escogido el propio Ryder.

Cuando llegaron, él ya no se sostenía, y Anna Leigh tuvo que cabalgar muy cerca para ayudarlo con el hombro a mantenerse en la silla. Sin la protección de un sombrero, el negro pelo le caía hacia delante a ambos lados del cuello, y el pañuelo rojo que llevaba en la cabeza estaba empapado de sudor. La oscura cabeza le colgaba hacia delante, y su mentón descansaba pesadamente en su pecho. Cuando Anna Leigh se apartó, Ryder resbaló de la silla de montar y cayó al suelo en un movimiento que, en el mejor de los casos, habría cabido calificar de ignominioso.

La joven bajó la vista hacia su cuerpo desmadejado e inconsciente. Su cara no reflejaba remordimiento; por lo que a ella se refería, lo tenía bien merecido. Tampoco había remordimiento en su voz al comentar:

—Ya le dije que el agua estaba mala.

Un disparo, el primero de una descarga que resonó abajo, en el

cañón, cortó su frase.

No hubo tiempo de buscar refugio. La primera señal que Matheson tuvo de que algo iba mal fue el regreso de la otra parte de la compañía, qué se acercaba sin ningún carromato, con la nueva columna formada por menos de la mitad de los hombres que habían partido. El sargento Shipley ya no estaba al mando. Parecía que acabaran de combatir y, sin embargo, Matheson no había oído ni un solo disparo. Hizo un gesto a su subteniente, un recién llegado a Fuerte Union, formado en West Point pero virgen en combate, y le ordenó:

—Acérquese a esa columna y averigüe qué diablos pasa. Quiero saber qué les ha ocurrido a Shipley y a los carromatos. —Alzó la vista hacia las rocas del cañón; llevaba media hora sin ver a Ryder ni a Anna Leigh. Su voz ronca sonó impaciente, con una sombra de alarma—. Y compruebe si Ryder los ha rodeado por el costado y ha visto algo.

El subteniente Davis Rivers alzó la mano como para hacer un rápido saludo. Spencer Matheson murió con esa última imagen en la retina.

Cuando despertó, Ryder veía borroso, y su capacidad auditiva estaba distorsionada. Oía gritos, disparos y un grito de guerra apache que en un segundo lo hizo retroceder veintitrés años de golpe. Intentó levantarse, pero ni siquiera podía alzar la cabeza. La voz de Anna Leigh era suave y

tranquilizadora. En tono animoso le decía:

—Tome, beba esto.

Le acercó una cantimplora a los labios y Ryder empleó las fuerzas que le quedaban para cerrarlos con fuerza. Entonces Anna Leigh le puso su enguantada mano sobre la nariz. Cuando aspiró la siguiente bocanada de aire, ella le derramó un hilo de agua por la garganta. Ryder fijó la vista en la joven. Ella lo miraba sin crueldad, sólo con franqueza. Ante aquella mirada azul celeste él sintió como si se le disolviera la voluntad y se le debilitara la energía. Intentó hablar, pero a pesar del agua, tenía la boca seca. Sintió que ella le cogía la mano y vio que, con la mano libre, empezaba a desabrocharse los botones de la blusa. Cerró los ojos y se durmió.

Davis Rivers estaba ahora al mando, y reunió a los hombres. Lucharon con decisión y sacaron ventaja. La batalla fue encarnizada. Muchos murieron sin llegar a ver con claridad al enemigo. Algunos escalaron las rocas, pero no se les dio cuartel. Fueron cazados como conejos, y ninguno de ellos llegó a alcanzar el borde del cañón.

La batalla acabó antes de mediodía. Sin perder un instante, cinco de los supervivientes empezaron la tarea de recoger a los muertos. Otros sacaron las provisiones de uno de los carromatos para hacer sitio a los cuerpos. El subteniente Rivers llamó a otro grupo y, tras darles instrucciones concretas, se encomendó a sí mismo y a un soldado la tarea

de ir en busca de Ryder McKay y de la hija del senador.

—Ese mestizo hijo de puta va a tener que responder de muchas cosas —les dijo a sus hombres.

Éstos siguieron trabajando, pues el tiempo apremiaba, pero intercambiaron miradas de entendimiento.

El soldado Patrick Carr fue el primero en divisar a Anna Leigh. Iba sin sombrero, y se apartaba caminando de un grupo de rocas que debían de haberle proporcionado algo de protección contra el sol. Carr y Rivers espolearon sus monturas para llegar hasta ella y supieron que los había visto cuando se dejó caer de rodillas en actitud de acción de gracias y de agotamiento.

Carr desmontó veloz, se arrodilló a su lado y le echó una rápida ojeada a la cara, el cabello y la ropa. La valoración sólo duró unos momentos, pero bastó para que el soldado sacara sus conclusiones.

Desde su silla de montar, Rivers observó a Anna Leigh.

Estaba despeinada, y algo de sangre le apelmazaba el enmarañado cabello en la coronilla; tenía la cara manchada de polvo, y el puente de la nariz y las mejillas quemados por el sol. A su blusa le faltaban dos botones, y tenía un desgarrón en la costura de la manga. Una capa de tierra cubría su falda de viaje de ante color canela.

El soldado Carr alzó las manos de Anna Leigh para examinarlas; tenía las cuidadas uñas rotas y ensangrentadas. A continuación miró a Rivers.

—Parece que ese hijo de puta tiene más cosas de las que responder

de lo que creíamos.

Davis Rivers no hizo ningún comentario, pero preguntó a Anna Leigh:

—¿La ha dejado a usted aquí?

Mientras soltaba un dramático sollozo, ella negó con la cabeza. Permitió que el soldado Carr la ayudara a levantarse y entonces se apoyó pesadamente en él.

—Está allí —señaló detrás de ella—, en aquellas rocas... Dijo que nos resguardarían.

Sus pálidos ojos fueron rápidos de uno a otro de sus salvadores. Rivers le alargó su cantimplora.

—¿Cómo ha huido de él? —le preguntó.

—Los disparos..., lo distrajeron... Lo golpeé con una piedra. —Se estremeció levemente, y eso hizo que Carr la sujetara con más fuerza—. Después me asusté... Mi yegua huyó, y el caballo de Ryder no me dejó montarlo. No sabía qué hacer. Me he quedado allí con él hasta que todo ha vuelto a quedar en silencio, y luego he salido en busca de ayuda.

—Buena chica —dijo Carr, y luego preguntó a Rivers—: ¿Quiere quedarse con ella mientras le echo un ojo a McKay?

Rivers meneó la cabeza.

—Iré yo. Usted espere aquí. Vamos a necesitar que nos muestre otro camino para bajar. Nunca conseguiremos que los caballos vuelvan por la ruta que hemos tomado.

Anna Leigh asintió.

—Eso me dijo. Conoce otro camino.

El subteniente Rivers espoleó los flancos de su montura. La yegua estaba muy nerviosa por el combate, pero aun así estaba dispuesta a seguir, y se acercó con rapidez a la cueva.

Ryder estaba tendido de costado, con las rodillas levantadas hacia el pecho. Tenía sangre en la parte de atrás de la cabeza, y arañazos en el cuello y la cara. Su chaqueta estaba tirada en el suelo de la cueva, pero aún llevaba puesta la camisa, abierta en el cuello, y donde el subteniente alcanzó a verle la piel, distinguió marcas de uñas.

—Parece que ella se ha defendido —comentó con cierta satisfacción.

Vio que Ryder se movía un poco. Entonces, con una mueca, lo cogió por la muñeca y de un fuerte tirón lo puso en pie. Ryder se tambaleó y luego cayó de rodillas, como un árbol talado. Rivers tiró de nuevo de él para levantarlo, esta vez agarrándolo del pelo. Medio a rastras, medio andando, llevó a Ryder McKay hasta su montura.

La visión de Ryder empezaba ya a aclararse, pero los brazos y las piernas aún le pesaban demasiado como para poder moverlos. Era consciente de la presencia del subteniente Davis Rivers y de su intención de subirlo al caballo, pero no podía colaborar. Y, lo que era más importante, no estaba seguro de si debía hacerlo.

—¿Dónde está la señorita Hamilton? —preguntó.

A pesar de lo mal articulado de sus palabras, Rivers las entendió.

—Está con Carr. Y se pondrá bien, aunque no gracias a usted.

Ryder intentó entender qué quería decir aquello, pero necesitaba

toda su concentración para ayudar a Rivers a que lo alzara hasta la silla de montar. No había tiempo para explicarle lo de Anna Leigh y las cantimploras, quería ver al teniente Matheson para advertirle del auténtico peligro. Dejó que lo empujara sin contemplaciones hasta estar montado y experimentó cierta sorpresa cuando el subteniente le ató luego las muñecas al pomo de cuero.

—¿Qué...?

—Puede cabalgar así —contestó Rivers escueto—. Yo lo he visto montar un caballo sin siquiera riendas.

A Ryder le costaba mucho trabajo mantener la cabeza erguida. No sabía de dónde iba a sacar fuerzas para gobernar a su yegua, y ahora Rivers le estaba preguntando por la ruta para bajar hasta el fondo del cañón. Intentó pensar. Era importante llegar allí... Tenía que contarle a Matheson... Tenía que...

—¿Qué ruta, McKay? —insistió Rivers.

Por el rabillo del ojo, Ryder vio que el subteniente alzaba un brazo para hacer una señal a alguien que estaba a lo lejos. Despacio, con cuidado de no perder el equilibrio, volvió la cabeza y vio a Anna Leigh compartiendo montura con uno de los soldados de la compañía. Musitó algo ininteligible, aunque nada lisonjero, y le hizo un gesto afirmativo a Rivers.

—Por aquí —indicó con voz áspera.

Mientras los conducía por una ruta más larga y menos peligrosa hasta el fondo del cañón, Ryder empezó a plantearse qué le diría a

Matheson. Su mente, aún nublada, no entendía por qué estaba él atado a la montura, cuando quien merecía que la ataran era Anna Leigh Hamilton. Pensó en decir más o menos esas palabras cuando se encontrase cara a cara con el teniente.

Pero cuando se le despejó la cabeza lo bastante como para entender el apuro en que se encontraba, Ryder ya estaba encadenado, bajo vigilancia y camino de Fuerte Union.

Nueva York

Cuando llamaron a la puerta, Mary alzó la vista de su lectura.

—Adelante —dijo en voz baja.

Habían pasado veinticuatro horas desde que comentó la noticia en la cena, y durante todo aquel tiempo, su madre no le había hablado. De hecho, Moira ni siquiera había salido de su habitación, de modo que Mary sabía quién llamaba.

Jay Mac entró con una bandeja.

—¿Decepcionada? —preguntó.

—¿Decepcionada?

—Porque sea yo y no tu madre.

Mary meneó la cabeza. Llevaba puesto un camisón de dormir y la bata, y estaba sentada en la butaca con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Dejó el libro e hizo sitio en la mesita auxiliar para que su padre

depositara la bandeja.

—No espero que mamá vaya a cambiar pronto de idea —dijo—. Estoy muy contenta de que hayas venido.

Jay Mac tomó asiento en la gran mecedora, mientras Mary servía el té para los dos.

—He intentado hablar con ella —le explicó.

—Lo sé, pero no creo que esté lista para escuchar.

—Yo pienso lo mismo.

Mary le pasó una taza de té.

—Hoy no has ido a trabajar.

—No. He pensado que era mejor que estuviera aquí por si ella me necesitaba.

—Quieres decir que te has quedado por si mamá y yo discutíamos otra vez.

Jay Mac ni siquiera intentó disimular. Dio un sorbo a su té y disfrutó de la placidez de la compañía de Mary. Incluso en medio de sus problemas, tenía un temperamento tranquilizador que él siempre valoraba.

—Hoy ha llegado un telegrama de Rennie y Jarret. Un mensajero me lo ha traído de la oficina.

—¿Negocios o familia?

—Negocios esta vez —admitió Jay Mac—. Seguro que está ocupadísima con las gemelas, aunque nadie lo diría, a juzgar por cómo trabaja para Northeast. Dice que Jarret está en medio de unas

negociaciones con vistas a conseguir una tierra en Arizona.

—¿Arizona? Qué interesante. Northeast Rail en el Sudoeste... —comentó ella para sí—. Quizá debas pensar en cambiarle el nombre a la compañía, Jay Mac: el que tiene ya no es muy preciso.

—Ya me doy cuenta —contestó él—, pero lo mantendré sólo para recordarme lo corto de miras que soy a veces.

Mary se rió. Aunque Northeast Rail ahora se extendía por todo el país, sabía que, al principio su padre no tenía un plan tan ambicioso. En parte, Northeast se había expandido gracias a la guerra: los industriales de la Unión habían colocado vías a un ritmo inaudito. Después, hubo quien auguró que se produciría un parón, o incluso un declive, pero si había sido así en Northeast, Mary no se había dado cuenta. Y lo cierto era que la línea férrea de Jay Mac había seguido suministrando transporte a bajo coste para mercancías y personas cuando resurgió de nuevo el movimiento de colonización del Oeste.

Northeast se había especializado en proporcionar a las pequeñas comunidades mineras medios baratos de transportar su mineral. Rennie había diseñado varias vías secundarias en Colorado, y había conectado Denver con diversas minas de plata de Madison, Queen's Point y, más recientemente, Cannon Mills. En los últimos años, Jay Mac, que tanto se había esforzado por mantener a Rennie fuera del negocio, acabó por reconocer su error y tragarse su orgullo. La pericia de su hija a la hora de saber dónde y cómo disponer una vía, así como la capacidad de su marido para supervisar las brigadas de obreros y gestionar acuerdos,

habían hecho que Northeast ampliara los márgenes de beneficio hasta superar en mucho sus expectativas.

—¿Están ya en Arizona? —preguntó Mary—. Justo ayer le envié a Rennie una carta a Denver.

—Michael se la remitirá, pero sí, el telegrama ha llegado de Arizona. No sabía que fueran a ir allí. Hay tantos problemas con los indios...

—¿Están con las gemelas? —inquirió Mary al instante—. ¿Estarán seguros?

—Sí y sí. —Su padre soltó una risilla—. El Departamento de Gestión de Tierras está realizando una inspección en un lugar situado al sudeste de Phoenix, dice que se llama Fuerte Union, creo. Ellos esperan noticias en Phoenix, y planean otro viaje a las minas Holland.

Vio que Mary seguía frunciendo el entrecejo, una arruguita vertical se marcaba entre sus finas cejas.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás pensando?

—No sé, nada en realidad. —Lo cierto era que estaba algo intranquila, y se dio cuenta de que su padre podía leer en su interior—. Debe de haber otros sitios a los que ir. ¿Qué clase de mineral se extrae de allí, de todas formas?

—Oro. —Echó más agua caliente a su té y añadió un poco a la taza de Mary—. Bebe, es bueno para todos los males.

Ella sonrió porque era lo que se esperaba, no porque se hubiese aliviado su preocupación.

—¿Es una mina antigua?

Quizá existía la posibilidad de que se agotase antes de que acabaran las negociaciones.

Jay Mac meneó la cabeza.

—Si fuera así, a tu hermana no le interesaría, o al menos realizaría antes un amplio estudio geológico. El telegrama indica que tiene unos seis meses, Rennie debe de pensar que producirá aún el tiempo suficiente como para dar beneficios a la compañía.

Mary apretó las manos levemente sobre su taza de té antes de dejarla a un lado. Luego, insufló a su voz una ligereza que no sentía en el corazón.

—¿Sabes, Jay Mac?, todo esto es muy interesante.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque estaba pensando en irme pronto de Nueva York.

—¡Mary!

Ella hizo caso omiso de su exclamación.

—Y se me había ocurrido ir a Arizona.

Jay Mac necesitó de toda su fuerza de voluntad para permanecer quieto en la mecedora. Lo que quería hacer en realidad era levantarse de un salto, plantarse frente a su hija y, en actitud imponente, blandir un dedo amenazador delante de su rostro.

—¿Qué diablos crees que vas a hacer en Arizona? —preguntó con la cara roja.

Mary parpadeó en respuesta a la reacción de Jay Mac, y después se revistió de tranquilidad, como si se pusiera un manto.

—He pensado que, a lo mejor, podía dar clases.

—¿Dar clases? —repitió él con desdén—. Tú no eres profesora.

Ella prosiguió como si él no hubiese puesto ninguna objeción.

—En la parte sur del territorio hay misiones que siempre necesitan ayuda.

—Tú no estás titulada.

—A nadie de la misión va a importarle eso.

—Pero...

—Jay Mac —lo cortó ella con firmeza, enfrentándose a la aguda mirada de su padre con la suya, penetrante y fija—, creo que sé lo suficiente como para enseñar a los niños a leer y a escribir.

«Sabe eso y mucho más», pensó Jay Mac. Cada una de sus hijas tenía un talento excepcional, pero en la familia se aceptaba tácitamente que la estrella de Mary era la que más brillaba. Ésa fue una de las razones por las que se opuso con tanta rotundidad a que se metiera monja; desde su punto de vista, estaba desperdiciando sus extraordinarias dotes.

—Eso no me gusta —reconoció él—. Si quieres dar clases, te enviaré a la universidad, como he hecho con tus hermanas, y, cuando acabes, puedes obtener un puesto en una de las facultades de la región. Serías una buena profesora universitaria.

Durante un momento, Mary no dijo nada. Sus facciones no perdieron su serenidad característica, pero en el interior estaba furiosa. Su esfuerzo por no gritar se notó en cómo retorcía un poco las manos, que mantenía juntas en el regazo. Al fin, sin alterarse, dijo:

—No te permití que dirigieras mi vida cuando tenía diecisiete años, ¿por qué diablos crees que iba a consentirlo ahora?

Jay Mac dejó a un lado su taza y su platillo.

—Porque por fin te has dado cuenta de que, durante todos estos años, yo he llevado razón —dijo con dureza—. No debiste hacerte monja. Desde el principio te dije que era un error.

«Si quiere dar clases a niños —pensó el hombre—, mejor que sean los suyos.»

A Mary se le llenaron los ojos de lágrimas, y la imagen de su padre se volvió borrosa. En voz baja y tono triste, prosiguió:

—Sigues sin comprender. Creía que tal vez ya habrías...

Él la interrumpió con sequedad. No le gustaba nada la posibilidad de estar siendo intolerante o torpe, y menos todavía, que por causa de eso su hija llorase.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que crees que no comprendo?

Mary usó el puño del camisón para enjugarse las lágrimas. El esfuerzo por permanecer tranquila ahora le pasó factura a su voz, que tembló levemente al hablar.

—Nunca ha sido un error, papá. No me arrepiento de lo que he hecho con mi vida. Los años que he estado al servicio de Dios no han sido áridos y tristes: me convertí en Su sierva de buena gana. Esto es lo que no creo que entiendas jamás. —Sus ojos seguían inundados de lágrimas, y su tono se volvió más serio, más convincente—. Pero sí no me marchara ahora, eso sí que sería un error. No sé si mamá entenderá

esto alguna vez.

Jay Mac se quedó pensando y, por una vez, lo hizo en silencio. Comprendía la aflicción de Mary, y sentía el dolor de su hija en su propio corazón. Además, apreciaba el valor con que ella se enfrentaba a la censura. Primero, asumió su desaprobación cuando ingresó en la orden religiosa, y ahora, cuando iba a dejarla, tenía que hacer frente al rechazo de Moira. Él creía firmemente que sólo quería lo mejor para su hija..., para todas sus hijas. Y se preguntó cómo era que había tanta discrepancia acerca de qué era mejor.

Soltó un largo suspiro y vio que un asomo de sonrisa afloraba a los labios de Mary. Ella sabía que para Jay Mac se había acabado pensar en silencio.

—No supongo que haya un marido en tu futuro, pero... —empezó él.

Mary meneó la cabeza despacio, de un lado a otro.

—¿Estás respondiendo a mi pregunta —preguntó el hombre mientras intentaba entender la confusa respuesta—, o diciéndome que no das crédito a que la haya planteado?

La sonrisa de la joven se ensanchó mientras se secaba la última lágrima.

—Un poco de las dos cosas, creo. Aún no me he quitado el hábito, y tú ya andas pensando en maridos.

—Es una cuestión razonable.

Mary se inclinó hacia delante y le dio a su padre un golpecito en la rodilla.

—Sólo a ti puede parecértelo, Jay Mac. —Cogió su taza de nuevo. El té ya estaba frío, pero le dio igual: le alivió la garganta, donde había sentido aquel incómodo y doloroso nudo—. No te molestes en brindarme una lista de posibles maridos, y ni por un instante creas que voy a consentir ninguno de tus tejemanejes de casamentero.

Él gruñó en voz baja, intentando parecer ofendido.

—Yo no hago de casamentero; yo negocio y fijo acuerdos.

Mary estuvo a punto de atragantarse con el té. Con mucho sentimiento, dijo:

—Ay, Dios. Nunca se han dicho palabras más ciertas. —Lo apuntó con un dedo de forma significativa—. Pues a mí no intentes «negociarme» un marido. En caso de que a alguien se le ocurra pretenderme, ya fijaré yo las condiciones con él.

—Entonces, ¿no es algo imposible? —preguntó su padre esperanzado.

Mary se dio cuenta de que más le valdría haberse ahorrado el aliento.

—Todo es posible, Jay Mac, pero no creo que vaya a conocer a muchos buenos partidos en una misión del Sudoeste.

Esas palabras hicieron que Jay Mac se pusiese más serio.

—No estarás diciendo en serio lo de irte a Arizona, ¿no?

Ella se limitó a mirarlo fijamente y dejó que interpretase lo que había en sus ojos.

—A tu madre no le va a gustar.

Ese comentario hizo que contuviera la respiración. A veces, Jay Mac

no jugaba limpio. Al cabo de un instante, Mary contestó:

—De todas formas no le gusta la decisión que he tomado, así que, de perdidos, al río.

—A mí tampoco me gusta que vayas allí —dijo él.

—Pues es donde está Rennie.

—Ella está con su marido, es decir, tiene quien la proteja. No olvides que hace un rato estabas preguntando sí había peligro, y ahora hablas de lanzarte de cabeza a él.

—Hablo de ir a dar clases a una misión —explicó ella paciente—, no de poner raíles en medio de las tierras de los indios.

Los oscuros ojos verdes de Jay Mac se entornaron.

—¿Eso ha sido una crítica? —preguntó.

Mary se quedó auténticamente desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Si ponemos vías es porque Northeast es dueña del terreno, no es por tanto tierra de los indios.

—Ay, papá —suspiró Mary—. ¿De verdad quieres discutir sobre quién es dueño de esa tierra?

—No —concluyó él al cabo de un momento. Lo repitió de nuevo, con más fuerza esa vez, y a continuación se puso en píe—. Hemos terminado de discutir y he tomado una decisión: tú no vas a ir a Arizona, sola no, al menos.

Antes de que Mary recobrara la suficiente presencia de ánimo como para preguntarle qué quería decir con eso, su padre salió de la

habitación.

Fuerte Union, territorio de Arizona

Como la mayor parte de los fuertes construidos después de 1876, el Fuerte Union no estaba cercado por una valla. En esa época, predominaba la idea de que unos soldados atentos protegían mejor un fuerte que una barrera, que daba una falsa sensación de seguridad y alentaba la indolencia en lugar de la vigilancia. El Fuerte Union constaba de nueve edificios independientes, hechos de adobe y situados a un tiro de piedra el uno del otro. Había dependencias para los oficiales y sus esposas, dependencias para los oficiales solteros, tres barracones para los soldados, una cantina, oficinas para el estado mayor, una enfermería y una cárcel militar para los prisioneros.

Con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas, Ryder McKay estaba sentado en el suelo de tierra de su celda. Con gesto distraído, manipulaba un dólar de plata entre los dedos, pasándolo atrás y adelante con tanta habilidad que la moneda parecía moverse con la rapidez de una bola de mercurio.

El subteniente Davis Rivers había hecho que lo metieran allí en cuanto regresaron al fuerte. Salvo por el breve interrogatorio que el general Gardner llevó a cabo en su despacho, Ryder llevaba treinta y seis horas sin salir de aquella habitación de apenas seis metros cuadrados, y

exceptuando sus breves respuestas a las preguntas del general, no había hablado con nadie en todo ese tiempo.

Al principio creyó que su reclusión terminaría cuando el general oyera lo que tenía que decir, pero ante el tono y el contenido de las preguntas se dio cuenta de que no conseguiría que lo escuchase con objetividad. Las pruebas contra él eran ya abrumadoras.

Fuera de la cárcel la luna empezó a salir. Ryder alzó los ojos para recibir su luz y vio cómo los negros barrotes de hierro de la ventana parecían partir por la mitad la brillante circunferencia. Una fugaz fantasía le hizo creer que era ella la que estaba prisionera detrás de los barrotes y él quien estaba libre, pero sólo duró hasta que la luna siguió su camino ascendente y salió de su campo de visión. Entonces, volvió a observar fijamente el dólar de plata que tenía en la mano y a pasarse la moneda de un dedo a otro, como si su vida dependiera de aquella tarea.

El súbito alboroto que llegó de la oficina de la cárcel no afectó a Ryder. Desde donde estaba, no oía la discusión ni sus consecuencias, ni podía saber que todo aquello era a causa de él. Cuando se abrió la puerta que daba a la zona de las celdas, no contaba con tener visita.

—Tráigame una silla —espetó con enojo Florence Gardner al desventurado guardia—. Si no va a dejarme entrar en la celda, lo menos que puede hacer es traer una silla aquí, al pasillo.

A pesar de su tono, el guardia seguía dudando.

—¿Está segura de que el general ha dicho que podía entrar? —preguntó—. Tengo órde...

La anciana se irguió en toda su altura de, exactamente, metro y medio y, para subrayar lo que había dicho, clavó con fuerza la punta del bastón sobre el empeine del guardia.

—No me hable de órdenes —le advirtió—, porque el general es mi hijo, y él y yo tenemos una idea muy clara de lo que son las órdenes.

El guardia tragó saliva.

—Muy bien, señora.

Al sentir que el bastón se levantaba de su bota, esbozó una sonrisa de alivio y, antes de que le dieran otra vez con él, se apresuró a dar media vuelta en busca de una silla.

Entonces Florence dio unos golpecitos con el bastón en los barrotes de la celda de Ryder para llamar la atención de éste.

—Ya podría decir que se alegra de verme —soltó con cierta aspereza.

Él se levanto con un ágil movimiento, al tiempo que se guardaba en el bolsillo el dólar que le había proporcionado su única distracción hasta entonces.

—Ahí viene su silla, Fio.

Señaló al guardia, que intentaba meter la silla sin hacer ruido, y Florence se volvió otra vez hacia él.

—No tiene por qué acercárseme con tanto sigilo, joven. Como me cause una angina de pecho, mi hijo lo tendrá prestando servicio en la cocina durante el resto de su carrera militar.

—Lo dice en serio, Harry —confirmó Ryder.

—Como si no lo supiera —musitó él antes de marcharse arrastrando

los pies.

Florence y Ryder intercambiaron sendas miradas mientras el chico cerraba la puerta que comunicaba la zona de las celdas y el cuarto de guardia.

—¿Sabe el general que está usted aquí? —preguntó Ryder.

—¿A usted qué le parece?

—Que cree que se ha acostado temprano.

Ella le echó una mirada divertida.

—Sabelotodo.... —Luego dispuso la silla de forma que quedara cerca de los barrotes y se sentó—. No es preciso que se quede de pie. —Al ver que él no reaccionaba en seguida, su tono se volvió brusco—. Vamos, va a hacer que coja tortícolis.

Despacio, Ryder se sentó en el filo del catre, atónito al ver que ella estaba a punto de llorar.

—¿Qué está haciendo aquí, Florence?

—Tenía que verlo por mí misma —dijo—, aunque me duele muchísimo. ¿Lo tratan bien?

—Lo suficiente.

La mujer escrutó su cara con atención. A la luz del único farol del pasillo le vio sombras de magulladuras en la mejilla y la sien, además de un párpado un poco hinchado. Si aquellas eran las marcas visibles, se preguntó cuáles serían las que no veía.

—Mi hijo no ha dado orden de que lo golpearan —comentó—. Joshua no es así.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. No importa.

—Claro que importa. Voy a decirle... —Se detuvo al darse cuenta de que no le diría nada a su hijo. Una reprimenda a los hombres que lo custodiaban no haría sino empeorar las cosas para Ryder y, además, a ella le prohibirían volver a entrar en la cárcel—. ¿Le traigo algo la próxima vez? ¿Bálsamo de liquidámbar? ¿Vendas?

—No debería venir más.

Ella descartó la idea con un bufido muy poco propio de una dama.

—No se encuentra en situación de decirme lo que debo o no debo hacer.

—De acuerdo. —Ryder hizo una pausa y, con gesto distraído, se frotó la parte de atrás de la cabeza—. Entonces, bálsamo de liquidámbar.

—¿Qué le ha ocurrido a usted ahí? —preguntó Florence.

Él apartó la mano.

—Nada de importancia: un tajo y un chichón, nada que no haya tenido antes.

La anciana redujo la boca a una línea; detestaba pensar que hubiesen maltratado a Ryder.

—No —explicó él—, no es lo que se imagina, no ha sido aquí. Cuando recobré el conocimiento en el camino de regreso al fuerte, ya lo tenía.

—¿Ocurrió en la lucha?

Ryder no dijo nada durante un rato. Se preguntaba qué podía o qué debía decir.

—Debe de haber oído que yo no tomé parte en la lucha —comentó finalmente.

Florence Gardner dejó caer un poco los hombros y, a pesar de que estaba sentada, posó más fuerte la mano en el bastón. En un tono a la vez triste y rotundo, dijo:

—Así que es cierto, estaba con ella cuando empezó el ataque.

—Sí.

—¿Por qué?

Ryder demostró su sorpresa entornando apenas sus pálidos ojos grises, pero no contestó directamente.

—¿No ha oído también la respuesta a eso?

Florence no esperaba oír esa sutil acusación en su voz, y volvió a golpear el suelo con el bastón, que esa vez sólo hizo un ruido sordo en la tierra apisonada.

—No me meta en el mismo saco que al resto de los idiotas de por aquí, incluido mi hijo; yo sacaré mis propias conclusiones, si no le importa. Y ahora dígame por qué estaba con esa bruja.

—El teniente Matheson y yo acordamos que ella debía alejarse de la compañía. —Su voz adoptó un tono despreocupado—. Lo echamos a suertes y perdí.

—¿Por qué tenía que alejarse?

—Por seguridad, sospeché que había peligro.

—¿Sabía que se avecinaba el ataque?

Él negó con la cabeza. Seguía siendo tan difícil de explicar como lo

había sido entonces.

—No —contestó—. Sabía que había peligro, pero no qué forma iba a tomar. No había rastro de chiricahuas por ningún lado.

—Y sin embargo, atacaron.

—Eso me han dicho —comentó él sin emoción.

—¿No vio nada del ataque?

—Nada.

Ni tampoco del panorama posterior, sólo sabía lo que le habían contado. La compañía había sido reducida a la mitad; los hombres fueron asesinados en su puesto. Según el relato de Rivers al general, el enemigo pareció brotar de las mismas piedras.

Florence trató de sacar algo en claro.

—¿Cómo puede ser? —preguntó—. Usted sólo estaba a unos pocos kilómetros del borde del cañón. Lo conozco, Ryder, habría retrocedido al oír el primer disparo.

Él sólo tenía el breve recuerdo de un único disparo.

Luego recordaba haber querido moverse, intentar hacerlo, y no ser capaz ni de alzar la cabeza.

—La señorita Hamilton se quejó de su cantimplora, y yo bebí unos tragos de ella para demostrarle que no le pasaba nada. —Su breve sonrisa, desprovista de humor, expresaba burla hacia sí mismo—. Eso es, más o menos, lo último que recuerdo.

—¿El agua estaba mala?

—Conozco a mi caballo, sé que no debí de recorrer mucho terreno

desde que me desplomé sobre la silla de montar. La señorita Hamilton se las arregló para llevarme hasta una cueva rocosa, poco profunda, y dejarme caer allí. Lo siguiente que recuerdo es a Rivers zarandeándome para que despertara y ordenándome que los condujera de vuelta hasta el fondo del cañón. Durante casi todo el camino de regreso al fuerte, fui perdiendo la conciencia y recuperándola.

En aquel momento, el guardia asomó la cabeza por el pasillo e interrumpió a Florence.

—Sólo puede quedarse unos minutos más —dijo—. Tengo que llevarme el farol, porque es la hora de apagar las luces.

Se retiró antes de que Florence protestase, verbalmente o con la punta de su bastón.

—Me están entrando ganas de cambiar yo misma la lista de turnos —comentó en voz baja—. Ese chico debería cuidar sus modales.

—No sea demasiado dura con él, Fio. Harry no es mala persona, sólo hace su trabajo.

Florence frunció la boca en una mueca de desagrado.

—No se toma esto en serio, Ryder, pero está metido en un buen lío. El único motivo de que no lo hayan ahorcado ya por vía sumarísima es porque conoce a algunas personas bien situadas que creen que a lo mejor su cabellera vale algo más de lo que valdría como trofeo. —Nadie podría decir nunca que Florence Gardner no hablase con franqueza—. Y ahora, a ver si me cuenta por qué Anna Leigh Hamilton quiere que todos piensen que usted intentó violarla si no es así.

—¿Por venganza?

—¿Eso es una pregunta o su respuesta? —preguntó ella con impaciencia.

—No sé qué espera ganar la señorita Hamilton contando ese cuento —precisó Ryder—, pero le aseguro que es un cuento.

Florence asintió con la cabeza con un gesto de enérgica satisfacción.

—Lo sabía —dijo—. ¿Y por qué no le ha dicho a Joshua que ella mentía?

—Sí se lo dije.

—Entiendo... —susurró ella con tristeza—. No lo ha creído.

—No es difícil entender por qué. La señorita Hamilton tenía un aspecto que daba pena, y Rivers y Carr podían confirmar su historia... al menos desde el momento en que la hallaron vagando por los llanos. —Volvió a frotarse el chichón de la cabeza—. Dice que me golpeó con una piedra para poder huir.

Con expresión de evidente incredulidad, Florence soltó un bufido.

—Pues a mí me parece que la noche anterior, lo último que quería era huir de usted.

—Eso fue antes de que le dejase claro que no me interesaba lo que me ofrecía.

A la anciana aquello empezó a parecerle lógico.

—Aaah... —exclamó en voz baja—. De modo que eso era lo que usted quería decir con lo de la venganza... Vio la ocasión y no vaciló en aprovecharla.

Él se encogió de hombros.

—Eso parece.

—¿Sabía ella que estaban atacando a la compañía en el cañón?

—No lo sé —contestó Ryder—. Probablemente.

—Pero ¿es que esa mujer no ve lo que es evidente? —preguntó Florence—. A su cuento se le ve el plumero.

El intento de violación de la hija del senador no era la única acusación contra Ryder: también había negligencia en el cumplimiento del deber por abandonar la compañía con Anna Leigh. Su declaración de que lo había hecho por motivos de seguridad parecía sospechosa. Rivers y un sargento lo oyeron por casualidad cuando le aconsejaba al teniente Matheson dividir la compañía, decisión que consideraba la causante de la casi total aniquilación de ésta. Y, además, estaba el asunto del oro.

Los cuatro carromatos custodiados no sólo iban cargados con comestibles para la futura patrulla, sino que cada uno tenía un doble fondo que ocultaba mineral de oro listo para refinar. El ejército había acordado con las minas Holland proporcionarle escolta armada hasta la estación de Waterhouse, en la línea férrea del Pacífico meridional. El plan se había planeado bastante en detalle durante los meses previos, y Ryder McKay era una pieza fundamental de su desarrollo y seguimiento. Muy pocas personas sabían lo que llevaban de verdad las carretas; incluso los oficiales de menor rango de la compañía de escolta lo ignoraban. La carga se colocó en secreto, bajo estricta supervisión de Ryder, y sólo unos cuantos hombres, todos ellos asesinados en el ataque,

estaban al tanto de que escoltaban un filón.

Ahora, con una cantidad de mineral de oro valorada en más de cien mil dólares en manos de los apaches chiricahuas, a Ryder McKay también se lo acusaba de traición.

Nueva York

—He tomado una decisión —anunció Jay Mac durante el desayuno.

Había retrasado a propósito la hora de ir a trabajar para hablar con Moira y Mary Francis a la vez. Aunque ninguna de ellas alzó la vista del plato, Jay Mac sabía que le prestaban toda su atención.

—Ya estoy más que harto de este silencio. —Su mujer y su hija no sólo no hablaban la una con la otra, sino que ninguna de las dos le hablaba a él—. De aquí no saldrá nada bueno, así que quiero que se acabe.

—Muy bien —asintió Mary en tono obediente—. Mamá, ¿eres tan amable de pasarme la sal, por favor?

La respuesta de Moira fue fría pero perfectamente audible.

—Claro, hija. ¿Deseas algo más?

A Jay Mac aquello no le hizo gracia, pero se las arregló para no adoptar una expresión furibunda y se limitó a indicar su desaprobación con un carraspeo.

—Como queráis, pero si no sois capaces de más se os va a hacer muy

largo el viaje a través del país.

—¿El viaje? —preguntó Moira alzando la cabeza.

—¿A través del país? —inquirió Mary al mismo tiempo.

Ahora que ambas estaban pendientes de él, John MacKenzie Worth se permitió disfrutar del momento. Era casi imposible no felicitarse. Se dijo que no sería tan difícil hacer que Moira y Mary llegaran a algún entendimiento. Su estrategia era sencilla: darles lo que las dos querían, pero juntas. A partir de ahí, estarían obligadas a arreglar sus diferencias. Con una sonrisa bastante autosatisfecha, dijo:

—Voy a mandaros a ver a Rennie.

—¿Mandarnos? —exclamó Moira—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Que va a despacharnos —respondió Mary, rotunda—; como si fuéramos equipaje.

Jay Mac hizo caso omiso del comentario.

—Os invito a que utilicéis mis vagones privados para cruzar el país. Visitaréis a Michael en Denver, a Maggie en el Doble H, y luego a Rennie en la parte de Arizona donde esté en ese momento.

No añadió que estaba dispuesto a enviarlas hasta China a ver a Skye, si para entonces no habían entrado en razón.

—¿Tú no vendrás con nosotras? —quiso saber Moira.

—Iré más tarde, probablemente a Arizona. Quiero ver esa tierra y esa mina de la que habla Rennie.

Mary observó a su padre con más recelo que afecto.

—Y de paso quieres ver la misión.

Moira intervino antes de que Jay Mac pudiera contestar.

—¿Misión? ¿De qué misión hablas?

Sus esperanzas acababan de revivir, pero Mary volvió a ahogarlas.

—Eso no significa que me lo esté replanteando, mamá. Es sólo que he pensado que me gustaría dar clases, y en el Sudoeste hay misiones con falta de profesoras. —Vio que su madre abría mucho los ojos y luego miraba a Jay Mac buscando ayuda, y añadió con un tono amable pero resuelto—: No sirve de nada, mamá. Jay Mac ya lo sabe y no ha podido disuadirme.

La confusión de Moira se advirtió con claridad en sus ojos. Dejó el tenedor junto al plato, pues se había quedado sin apetito. Si su hija quería dar clases, siempre podía hacerlo más cerca de casa. Y si quería dar clases en una misión, ¿por qué entonces abandonar la Iglesia? Medio suplicando medio exigiendo, dijo finalmente:

—Una cosa o la otra. Tienes que elegir una cosa o la otra. Dios bendito, Mary, no puedes tenerlo todo. No puedes hacerlo...

Enmarcado en la toca del hábito, el rostro de Mary mostraba una expresión dolorida.

—¿Qué es lo que no puedo hacer?

—¡No puedes abandonarnos a nosotros y, además, abandonar a Dios!

Capítulo 4

Territorio de Arizona, diciembre de 1884

Aún había momentos en los que Mary no reconocía su propio reflejo. La primera vez fue cuando preparaba sus baúles para irse de Nueva York. Al pasar por delante del alto y estrecho espejo giratorio de su cuarto, la sorprendió la presencia de una extraña. Se detuvo a medio dar un paso y, sin comprender, se quedó mirando fijamente a aquella persona que le devolvía la mirada. Fue una sensación rara y desconcertante darse cuenta de que se estaba mirando a sí misma.

Para empezar, su cabello cobrizo seguía aún muy corto, en absoluto a la moda, pero la nueva doncella había demostrado gran habilidad para sacar algo de la nada: dio nueva forma al corte y lo suavizó para favorecer las facciones de Mary, con lo que su cara, antes enmarcada en el severo blanco y negro de la toca, ahora estaba rodeada de un vivo color. También el vestido la había hecho vacilar. Su traje de viaje constaba de un vestido, con cuello de tirilla estrecha, y un largo chaquetón plisado que le llegaba por debajo de las caderas. Era de un suave color albaricoque que le matizaba el cutis, hasta que, al mirarse, las mejillas se le pusieron rojas de vergüenza. En ese momento, se encasquetó el sombrero de paja con tanta fuerza que las cintas de

adorno, asimismo de color albaricoque, se soltaron.

En Denver le volvió a ocurrir, sólo que esta vez Mary pasaba por delante de una tienda de vestidos junto con su hermana y su sobrina a remolque. Por el rabillo del ojo, vislumbró a Michael y a la pequeña Madison reflejadas en el cristal, pero no reconoció en seguida a la mujer que las acompañaba. Cuando Michael se detuvo para señalar un vestido al que le tenía echado el ojo, Mary se encontró cara a cara con su pálida imagen en el escaparate de la tienda. Con su sinceridad infantil, Madison comentó:

—¿Qué pasa, tía Mary? Pareces un fantasma.

Con tono despreocupado, Michael corrigió a su hija:

—Parece como si hubiera visto un fantasma, Madison —hasta que se dio cuenta de que el comentario de la niña era más exacto.

En aquel momento, Mary había hecho caso omiso de la preocupación de su hermana y no le aclaró que el motivo de su momentánea angustia había sido la falta de familiaridad con su propia imagen.

No sólo el verse a sí misma le daba qué pensar, también era desconcertante verse a través de otros ojos. Durante el viaje su madre no había conseguido mirarla sin dar un pequeño respingo de sorpresa. En cuanto a Michael, a pesar de que estaba preparada para encontrarse con ella sin el hábito, lo comentó media docena de veces durante la primera hora. En el Doble H, donde vivían Maggie y su marido Connor, Mary se dio cuenta de que ya no era el hábito lo que despertaba el interés de los peones del rancho. Aunque respetuosos y educados, no guardaban la

misma distancia que habrían mantenido si hubiera sido la hermana Mary y no, sencillamente, Mary, la hermana de Maggie.

Ahora, mientras el tren reducía su marcha al llegar a la estación de Tucson, se preguntó qué recibimiento debía esperar de Rennie. Michael y Maggie habían aceptado su decisión con más elegancia y aliento que su madre, pero dejaron ver su confusión en pequeños detalles. Ambas habrían jurado que jamás habían tratado a Mary de forma distinta porque fuera monja, y le habrían contado a todo el que quisiera escucharlas que, ante todo, ella era su hermana. Sin embargo, ahora que iba sin hábito, era evidente un sutil cambio de actitud por su parte.

Mary tenía buenos motivos para preguntarse si su hábito y su toca negros la habrían protegido, y si la gente habría manifestado más deferencia ante ella no por ser quien era, sino por lo que era.

A la primera señal de que ya se podía subir al tren, Rennie Sullivan encajó a la hija que llevaba en brazos en el brazo libre de su marido y echó a correr hacia los vagones privados del Northeast Rail. Jarret miró a las inquietas gemelas que no paraban de retorcerse con todas sus fuerzas, soltó una risilla meneando la cabeza y siguió a su esposa a un paso menos frenético. Justo cuando puso a las dos niñas en el suelo del andén, Moira salió a la plataforma del vagón.

Vio primero a Jarret, pues su pelo oscuro y su relajada sonrisa atrajeron su mirada en seguida. «Un guapo granuja», pensó, igual que

cuando lo vio por primera vez... y en todos los sentidos, la pareja ideal de su apasionada Rennie. Le dedicó una radiante sonrisa que, si cabe, se volvió más alegre todavía cuando sus ojos se posaron en sus nietas gemelas. Entonces se llevó la mano al corazón en un teatral gesto de cariño que pretendía indicar a la vez falta de aliento, sorpresa y júbilo, y gritó con regocijo:

—¡Mis nietecitas!

Valientes, Mary Caitlin y Mary Lillian intentaron subir al tren para llegar hasta su querida abuela. Sus robustos cuerpos de tres años tenían fuerza suficiente para hacerlo, pero les faltaba la altura. En ese momento, Jarret las cogió y las hizo retroceder. Aguantaron quietas el tiempo justo de que él ayudara a Moira a bajar al andén.

—¡Qué alegría verla! —le dijo con sinceridad, mientras la besaba en la mejilla—. Rennie lleva espesando este momento desde que recibimos su primer telegrama de octubre. Y después de que, por fin, la semana pasada, supiera la fecha de su llegada, ha sido imposible contenerla.

Moira sonrió al oírlo. En su rostro, muy poco arrugado, se formaron unos favorecedores pliegues de felicidad.

—¿Quieres decir que ha sido distinta de lo que suele ser?

Jarret se rió.

—Tiene razón, no ha sido distinta en absoluto. —Miró por encima del sombrero de plumas de Moira mientras sus hijas tiraban del guardapolvo de su abuela; deseaban besos y chucherías, y sabían muy bien que Moira tenía mucho de las dos cosas. Entonces, Jarret escudriñó

las ventanillas del vagón privado de Jay Mac, pero el reflejo del sol en los cristales no le permitía ver el interior—. ¿Rennie está dentro con Mary Francis?

Su suegra asintió.

—Desde luego. Casi me atropella para reunirse con su hermana.

En el tono de Moira no había demasiada conformidad con aquella manifestación de cariño fraternal de Rennie, y Jarret se abstuvo de hacer ningún comentario. A través de la correspondencia con Jay Mac, sabía que seguía habiendo bastante tensión entre ella y Mary. Le había costado imaginárselo hasta el preciso instante en que oyó la frialdad que había en el deje cantarín del acento irlandés de Moira; ahora ya no lo ponía en duda.

Una tras otra, alzó a sus pequeñas «Mary» particulares. Cait dio a su abuela un gran abrazo y un sonoro y húmedo beso. Lilly fue más delicada en sus afectos; apoyó la cabeza, de un pelirrojo intenso, en el hombro de Moira y empezó a hacerle ojitos con coquetería. Jarret se asombró de lo distintas que eran las personalidades de sus gemelas idénticas, y cómo combinaban tantas facetas de sí mismo y de Rennie para resultar únicas.

La aparición de su esposa en la plataforma interrumpió sus meditaciones. Mientras el corazón le daba un vuelco en el pecho y luego reanudaba su latido normal, se dijo que ella aún tenía el poder de dejarlo sin aliento. Su oscuro cabello color cobrizo, sus grandes ojos verdes y su carnosa y expresiva boca lo atraían tanto como al principio de conocerla.

Posó la mirada en aquella boca y vio que su gesto, normalmente serio, se transformaba ahora en una amplia y juguetona sonrisa flanqueada de hoyuelos. Rennie tiraba de Mary para que fuera con ella a la plataforma.

—¿No está preciosa de un modo indescriptible? —le preguntó a su marido.

Jarret se preguntó cómo debía responder. Sin duda, era verdad que Mary Francis Dennehy estaba hermosa, aunque parecía avergonzada por la estrambótica pregunta de su hermana. Y de pronto Jarret pensó que nunca hasta entonces la había visto con aquella expresión. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que el leve rubor que comenzaba a teñirle las mejillas también era algo nuevo, y entonces se apresuró a proseguir su detallado examen visual, desde el corto y rizado pelo al perfecto óvalo de su cara, el largo y fino cuello, y... Cuando su mirada se topó con la de ella, sí se encontró en territorio conocido: Mary estaba taladrándolo con aquellos fieros ojos color verde selva, desafiándolo a que cometiera un error para tomar venganza en sus rodillas. El instinto de conservación lo impulsó a subir de un salto los escalones de hierro de la plataforma para saludarla con un cordial abrazo y un comentario humorístico y mordaz.

—Casi no te había reconocido hasta que he sentido amenazadas ciertas partes del cuerpo.

Mary ladeó la cabeza mientras miraba a su cuñado con gesto pensativo y sin reducir un ápice la fingida amenaza. En cierta ocasión, esa vez hablando en serio, le había advertido que le rompería las rodillas si alguna vez hacía sufrir a su hermana.

—Bueno, es que no deberías haberme mirado como si me hubiera brotado otra cabeza —le dijo en tono áspero.

Rennie intervino con picardía.

—Yo sé bien qué mirada te ha echado... y no tiene nada que ver con que te brotasen más cabezas. —Dirigió un guiño de complicidad a su marido—. Es una mirada que suele reservar para mí.

—Habías hecho una pregunta muy concreta —le recordó Jarret en tono inocente—, y estaba formándome una opinión.

—¿Y ésta es...? —preguntó Rennie.

—No quiero escucharla —intervino Mary.

Jarret se rió.

—Mi opinión es que, como casi siempre, mi esposa tiene razón. Siempre ha dicho que tú eres la auténtica belleza de la familia, y no pienso discutir con ella.

Mary estropeó la perfecta simetría de sus facciones torciendo la boca y poniendo los ojos en blanco. Rennie se alzó de puntillas y besó la mejilla de su marido.

—Creo que has sido maravillosamente diplomático, cariño. Es un cumplido muy bonito para las dos.

En tono de guasa, Mary le dijo a Jarret:

—Cómo no, mi hermana prefiere mil veces llevar la razón a ser guapa.

Por encima de la cabeza de Rennie, Jarret respondió con un guiño y una orgullosa sonrisa.

Una vez todos acomodados en el carruaje abierto, Rennie anunció que había un cambio de planes.

—Una patrulla militar va a escoltarnos hasta Fuerte Union. Llevamos allí una semana, y el general ha dado su aprobación para que os alojéis con nosotros.

Moira interrumpió un momento el juego de hacer tortitas que había iniciado con Lilly.

—Eso está muy bien, Rennie, pero ¿por qué?

—Nos trasladamos de Phoenix a Tucson cuando se terminaron todas las mediciones. Al principio Jarret y yo creímos que allí estábamos lo bastante cerca de las minas Holland como para supervisar la construcción de la línea férrea, pero lo cierto es que no es así. Y, además, el trayecto puede ser... bueno —titubeó, miró a sus hijas y luego empezó a deletrear—, p-e-l-i-g-r...

—Me parece que te entendemos —dijo Mary mientras revolvía el pelo de Caitlin. La niña sostenía una sombrilla en alto que las protegía a las dos del riguroso sol de mediodía. Incluso en pleno diciembre estaban casi a treinta grados—. Ah, aquí llega nuestra escolta.

Cinco jinetes vestidos con los uniformes azules del ejército se acercaron hasta el carruaje cuando éste salió de la estación. El cabo se puso a la cabeza, mientras el teniente Rivers cabalgaba junto a ellos y se presentaba a Moira y a Mary. Los otros tres soldados se colocaron en la

retaguardia.

Moira echó un vistazo a la escolta.

—¿De verdad es necesario, Rennie?

Desde su posición elevada en el pescante, Jarret se volvió y respondió por ella:

—Sí que lo es, Moira.

Rennie confirmó el comentario de su marido.

—Durante un tiempo, nos quedamos en las minas Holland y vivimos en el campamento, en una tienda de campaña, con los mineros y los peones del ferrocarril. Decidimos mudarnos al Fuerte Union cuando los chiricahuas atacaron un campamento minero cercano, al este de aquí. Si hace falta, seguimos quedándonos allí, pero entonces sin las niñas.

Mary se dio cuenta de que Caitlin observaba a su madre fijamente y escuchaba con atención todas sus palabras. Entonces llamó la atención de Rennie y meneó un poco la cabeza. Su hermana suspiró e hizo un gesto afirmativo para indicar que la entendía.

—Lo que una de ellas no oye lo oye la otra... —susurró—. Es difícil. Ya sabes que nunca se me ha dado bien controlar la lengua.

Jarret oyó el comentario y se rió.

—Vaya, para eso haría falta algo más que estos cinco militares.

Rennie alargó la mano hacia atrás y le dio a su marido una buena palmada en la espalda.

—Ocúpate de tus asuntos —le dijo, aunque con buen humor.

En ese momento, Mary y Moira intercambiaron sus primeras risas

espontáneas en más de dos meses y tres mil kilómetros, y, al ver esa risa compartida, Rennie se alegró de que la situación no fuera tan seria como Jay Mac le había dado a entender.

—Creo que os gustarán las habitaciones de Fuerte Union. Varías esposas de oficiales se han desvivido por hacer que os sintáis como en casa, y os asombrará la colección de mobiliario y alfombras que han transportado a través del país. La esposa del general Gardner tiene un piano de media cola en el salón, y el capitán Avril y su mujer prácticamente cuentan con una biblioteca completa en sus dependencias.

Moira señaló al teniente Rivers, que se había adelantado un poco para conversar con Jarret. Sin molestarse en bajar la voz, preguntó:

—¿Está casado?

Rennie observó que la boca de Mary se reducía a una línea ante el nada discreto interés de su madre, y sintió un arrebato de solidaridad hacia su hermana mayor. Recordaba muy bien lo que había tenido que aguantar cuando Jay Mac intentó buscarle marido a ella, y no dudaba de que Moira fuera igual de tenaz. Le guiñó un ojo a Mary y contestó:

—No, mamá. El teniente Rivers no está casado.

Como era de suponer, el susodicho oyó el comentario. Su reacción fue echar una mirada por encima del hombro, sonreír y saludar con una cortés inclinación de cabeza en dirección a Mary.

—Por el amor de Dios —soltó ésta en tono de mal humor—. Yo no busco marido, es mi madre.

Con aspecto desconcertado, Rivers apartó la vista mientras Rennie se

reía en voz alta. Moira chasqueó la lengua con reproche y advirtió a sus hijas que cuidaran sus modales. Aunque con cierto esfuerzo, Rennie se las ingenió para ponerse seria. Pensó que Mary seguía pareciendo estupendamente combativa, y se le ocurrió que quizá ésa fuera justo la madera que se necesitaba para ser la esposa de un oficial, de modo que no resistió la tentación de ensalzar las virtudes del teniente.

—Hace poco que ha recibido un ascenso —les contó—: de subteniente a teniente. Se debe al gran valor mostrado durante el incidente del cañón Colter, en septiembre.

—¿Es eso así, teniente? —preguntó Moira con curiosidad.

—Mamá —la interrumpió Rennie, impulsiva—, no va a darse bombo él mismo.

Quizá fuera cierto, se dijo Mary, aunque se había fijado en que el teniente Rivers había refrenado el caballo para escuchar cómo Rennie cantaba sus alabanzas, algo que no le granjeó en absoluto sus simpatías, Le parecía bastante guapo, pero de un modo blando y aniñado.

Tenía esa clase de facciones que se disuelven en una anodina hinchazón a medida que se envejece; al cabo de unos años, sólo le quedaría un vago recuerdo de su entusiasmo juvenil como guerrero del gobierno. No resultaba difícil imaginárselo como un fornido general de flojos carrillos y papada, o como un político de alto rango, calvo y con grandes patillas.

Perdida en sus pensamientos, Mary tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba sonriendo con gesto distraído en dirección al

teniente, y de que, por error, él había tomado su expresión por interés. Sus ojos azules mostraban sorpresa al ver claramente reflejado en el rostro de ella el cariz de sus pensamientos. Al momento, Mary volvió a centrar su atención en Rennie.

—Perdona —dijo con amabilidad—, ¿qué decías?

Rennie soltó un bufido.

—Decía que el teniente Rivers se las arregló para rechazar a los chiricahuas, aunque luego él y sus hombres se vieron obligados a retroceder hasta uno de los pasillos sin salida del cañón. Cuando los indios los acorralaron, tuvieron que abandonar el mineral de oro, que fue robado de los carromatos.

—¿Y obtuvo usted un ascenso por eso? —preguntó Mary con ironía.

El juvenil cutis del teniente se puso como la grana, pero no respondió. Entonces Rennie hizo una mueca en dirección a su hermana.

—Obtuvo el ascenso porque capturó al explorador que traicionó a la compañía y estuvo a punto de provocar su completa aniquilación.

—Bueno —comentó Moira satisfecha—, eso se merece un reconocimiento.

Rennie asintió.

—La noticia ha salido en todos los periódicos locales. He hablado con personas que han ido a San Francisco y a San Luis y también allí la han visto. Es probable que los periódicos del Este vuelvan a hablar del asunto, porque el traidor va a escuchar hoy su condena.

—¿Hoy? —preguntó Moira—. ¿Quieres decir que eso está ocurriendo

en el fuerte ahora mismo?

Rennie echó un vistazo al reloj que llevaba prendido a la blusa y asintió.

—Qué horror —exclamó Moira bajando la voz—. Supongo que piensan ahorcarlo.

Rennie hizo un gesto afirmativo, y su madre añadió:

—Bueno, me parece que eso no quiero verlo.

El teniente Rivers se mostró considerado hacia sus sentimientos.

—No es preciso, señora, puede usted quedarse en sus habitaciones.

Mary alzó levemente las finas cejas y dijo, sarcástica:

—Es un alivio. Supongo que usted en cambio estará en primera fila.

Rivers no se mordió la lengua.

—Si por mí fuera, yo mismo sujetaría la cuerda y tiraría de la palanca, señorita Dennehy. Ese hombre se merece justo lo que va a recibir.

A Mary la sorprendió la fría virulencia de su tono, y entonces se recordó que no le tocaba a ella juzgar sus sentimientos. Si hubiera vivido el mismo calvario que el teniente, tal vez ahora estaría esforzándose por perdonar al traidor, o quizá alegrándose de su muerte con la misma amarga hostilidad que expresaba Davis Rivers.

En ese momento, Rennie comentó:

—La sentencia no se ejecutará hasta dentro de unos días, al menos eso me han dado a entender algunas de las mujeres. Parece que todo el proceso ha sufrido una serie de avatares poco comunes. —Frunció el cejo

y echó una rápida mirada de su hermana a su madre—. ¿Estáis seguras de que no habéis leído nada de esto?

Moira negó con la cabeza.

—Yo estoy segura de que no.

—Mamá y yo hemos estado muy a gusto dejando que los acontecimientos del mundo prosiguieran sin nosotras —añadió Mary—. Desde que salimos de Nueva York, no creo haber cogido un periódico, salvo en el que escribe Michael.

—Supongo que eso lo explica —dijo Rennie—. Aquí la noticia llamó mucho la atención porque el traidor del cañón Colter es sobrino de Wilson Stillwell.

Moira frunció sus oscuras cejas pelirrojas mientras trataba de situar el nombre.

—Sé que he oído hablar de él —comentó, pero meneó la cabeza sin lograr identificarlo.

—Es el senador más veterano de Ohio —explicó Mary—. Jay Mac lo conoce. Preside uno de esos prestigiosos comités financieros, o al menos lo presidía.

—Como mucho, él y Jay Mac tienen un trato cordial —precisó Rennie —. He tenido yo más éxito en mis tratos con el senador Stillwell que Jay Mac.

Jarret se dio la vuelta el tiempo suficiente para meter baza.

—Eso es porque al senador le gustan las mujeres guapas —dijo.

—Un rasgo que, por lo visto, ha heredado su sobrino —espetó

secamente el teniente Rivers.

Rennie meneó la cabeza.

—De eso no sé nada; el senador siempre se ha comportado de forma honorable.

La conversación despertó el interés de Moira, pero Mary sintió que su atención divagaba. Le daba igual el senador, su sobrino o el aprecio que los dos tuvieran por las mujeres. Entonces quitó la sombrilla de la regordeta mano a su sobrina y proyectó su sombra sobre las dos, de modo que quedaran aparte. Luego inclinó la cabeza y sopló con suavidad en la oreja de Cait, haciéndola soltar risillas de placer. Al tiempo que avanzaban, Mary señaló un gigantesco cactus que alzaba sus imponentes columnas acanaladas a una altura de casi diez metros; parecía que su única misión fuera ser guardián del desierto. Luego miró el árido y rojizo suelo que lo rodeaba y se preguntó si ella podría vivir mucho tiempo en aquella tierra. El aire seco y caliente abrasaba los pulmones y chamuscaba cuanto quedaba desprotegido, las plantas no parecían dar fruto, y unas radiantes cintas de calor absorbían hasta el menor indicio de agua.

Y sin embargo, Mary estaba fascinada. ¿Cómo serían las personas que consideraban aquel sitio su hogar, y cómo los mantenía aquella tierra? En todo aquel rigor había una especie de tremenda belleza que hacía tan difícil ignorar el terreno como verlo con buenos ojos. En el cielo casi no había nubes; éste se extendía como un techo infinito, pintado de sutiles y resplandecientes matices de azul, hasta por encima de las

montañas y más allá. Si había animales, tenía que admitir que era incapaz de verlos, aunque se dijo que tal vez una especie de instinto de conservación hacía que evitaran moverse por la reseca colina a mediodía.

Al subir a las estribaciones encontraron algo más de vegetación; robles y algún enebro marcaban las pálidas superficies de las rocas con manchas de color gris y verde.

Hicieron una parada para dar agua a los caballos y tomar un rápido almuerzo. Los soldados comieron raciones de campaña que sacaron de sus macutos de lona, mientras Mary y Moira compartían una comida más apetitosa que Rennie había tenido la previsión de llevar. Mary observó a los militares acurrucados cerca de un afloramiento rocoso. Comían con buen apetito, y pensó que no parecían estar demasiado alertas. Jarret interrumpió sus meditaciones diciéndole en voz baja:

—Pareces absorta en tus pensamientos. ¿Quieres compartirlos?

Ella vio que Cait y Lilly no la oían, ocupadas a medias con la comida y a medias con el simpático relato que Moira hacía de algún incidente del viaje al Oeste, y después observó que Rennie estaba igual de embelesada. Entonces se encogió levemente de hombros.

—Pensaba en los soldados, en por qué no están un poco más atentos. Es decir, si hay tanto riesgo de ataque de los indios, ¿por qué no se los ve más en guardia?

—Porque llevamos un explorador —le explicó él.

Aquello cautivó la atención de Mary. Señaló a los soldados que comían y preguntó:

—¿Un explorador? ¿Es uno de ellos? —Vio que su comentario le hacía gracia a Jarret y reaccionó poniéndose a la defensiva—. Bueno, ¿cómo puedo saberlo? Soy nueva aquí.

—Y encajas la mar de bien —replicó él—: tan llena de pinchos como un cactus.

Ella lo miró con calma.

—A lo mejor ya no llevo hábito, pero Dios sigue estando de mi lado. —Sonrió con dulzura cuando las oscuras cejas de Jarret se alzaron un poco—. Da que pensar, ¿verdad?

Su cuñado se quedó un instante en pasmado silencio, y luego soltó una carcajada que hizo que todos se volvieran a mirarlo.

—¿Estás coqueteando con mi marido? —le preguntó Rennie a su hermana.

Jarret se adelantó a Mary en la respuesta.

—Está amenazándome de nuevo.

—Entonces no sé por qué te ríes —dijo Rennie muy seria. Y acto seguido, con gesto indiferente, siguió ayudando a sus hijas con la comida y prestando atención a la historia de su madre.

Jarret meneó la cabeza como si se rindiera.

—Vosotras, las «Mary», sí que sabéis cerrar filas frente a un intruso.

Mary se apiadó de él, lo tomó del brazo y le ofreció la mitad intacta de su emparedado.

—Tú no eres un intruso, Jarret: piensa que con los intrusos yo casi siempre soy cortés.

Él tomó el emparedado y admitió aquella oferta de paz sin darle más vueltas.

—Háblame del explorador —pidió ella—. ¿Dónde está?

—Por delante de nosotros, atento a las señales.

—¿Las señales?

—De los chiricahuas, que son los que han estado haciendo todas las incursiones. —Sus ojos la miraban con gravedad—. Es una cosa seria, Mary. Hoy día no toman prisioneros, y la muerte a sus manos es brutal. Hace poco, mataron a una familia de rancheros; la hija de cinco años murió tras agonizar colgada de un gancho de la carne, en la cabaña de ahumar.

La tez de Mary palideció, y su mirada se dirigió al instante a sus sobrinas.

—Eso no puede ser cierto —susurró.

—Lo es —confirmó Jarret rotundamente. Él también miró a sus hijas, que reían alegres, ajenas al peligro. A esas alturas, tenía muy claro que morirían a sus propias manos antes que dejar que fueran víctimas de la tortura apache. Se volvió hacia Mary y se dio cuenta de que ella le había adivinado los pensamientos, y que no le horrorizaban, sólo le producían desconsuelo.

—El ejército anda loco buscando a Gerónimo y a sus guerreros renegados —prosiguió Jarret—. Ahora que los chiricahuas tienen el mineral de oro del ataque del cañón Colter, se teme que consigan más armas de fuego y municiones.

—Pero nadie se las venderá, ¿no?

—¿Por mil dólares en oro? —Jarret se burló de la ingenuidad de Mary—. Los vendedores forman cola. Hace sólo tres semanas, un destacamento de Fuerte Union confiscó un carro cargado con rifles y munición, todo para la región chiricahua.

—¿Qué clase de hombres...? —Mary meneó la cabeza al darse cuenta de que aquello la superaba—. Da igual, no lo entendería.

—Yo tampoco estoy seguro de entenderlo —reconoció él, aunque había visto mucho más mundo que su cuñada.

Mary volvió a mirar los acantilados rocosos que los rodeaban.

—Así que nuestro explorador está por allí, velando por nosotros como un ángel guardián.

Jarret sonrió ante la imagen.

—Algo parecido —dijo.

—Espero que haga bien su trabajo.

Mary no era consciente de que estaba sonriendo, ni de que su sonrisa era un poco hermética. No se dio cuenta tampoco de que en sus ojos había una mirada ausente mientras pensaba en cierto explorador del ejército que una vez se perdió en el camino que iba de Baileyboro hasta la mansión Granville. Con un asomo de diversión en la voz, añadió:

—No como Ryder McKay.

Durante un momento, la expresión de paz en la cara de Mary había producido una sensación de alegría en el pecho de Jarret, que se interrumpió bruscamente al oírla pronunciar aquel nombre.

Desconcertado, frunció el cejo.

—¿No le dijiste a Rennie que no sabías nada del ataque al cañón Colter?

—Y no sé nada.

—Pero has dicho...

Mary ladeó la cabeza en un gesto de perplejidad.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué he dicho?

—Mary: Ryder McKay es el traidor que el ejército se dispone a ahorcar.

—Pareces muy pensativa —le dijo Rennie a su hermana.

—¿Hmmm?

Rennie sonrió para sí. Era evidente que Mary tenía la cabeza en otro sitio, y que allí llevaba algún tiempo. Lo notó por primera vez poco después de seguir el viaje hacia el fuerte. Al principio, creyó que el inusitado silencio de Mary se debía al cansancio, pero no era sólo su silencio, también estaba la sombra de un cejo fruncido además de que se mordisqueaba el labio inferior, como cuando estaba muy concentrada. Rennie no hizo ninguna pregunta entonces, ni tampoco cuando ayudó a su madre y a Mary a instalarse en sus habitaciones del edificio de oficiales. Pero ahora que Moira estaba durmiendo la siesta con sus nietas y Jarret estaba ocupado revisando unos asuntos con los encargados de las mediciones, se dijo que ya había esperado lo suficiente. Repitió su

comentario, esta vez más fuerte.

—Pareces muy pensativa.

Mary parpadeó. El tono de voz de Rennie la hizo volver a la realidad con un sobresalto.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Rennie torció la boca en un cómico gesto y, divertida, meneó la cabeza.

—Anda, toma —dijo, tendiéndole una taza de té—. Lo he preparado mientras tú soñabas despierta. Mary aceptó la taza y el platillo. Estaba hecha un ovillo, cómodamente sentada en una butaca grande y mullida. Se había quitado los zapatos, y sus pies, enfundados en las medias, se escondían bajo la amplia falda del vestido color verde hoja. Vio que Rennie se instalaba frente a ella en el sofá y recogía las piernas de forma parecida, en una postura relajada, y sin embargo en su cara había cierta expectación. «No hay fingimiento entre nosotras», pensó Mary, y esa idea, igual que la expresión de Rennie, resultaba tranquilizadora. Era como si fueran niñas de nuevo, dispuestas a compartir secretos en su cuarto mucho después de la hora en que debieran estar dormidas.

—¿Así qué? —la animó Rennie—, ¿en qué has estado pensando?

—Directa al asunto, como de costumbre... —comentó Mary—. Y sin ningún respeto por la intimidad de las ideas de una.

En tono alegre, Rennie repuso:

—Exacto. —Al ver que Mary seguía vacilando, preguntó—: ¿Es por lo tuyo con mamá? ¿No ha cambiado nada entre vosotras?

Mary bajó la cabeza para fijar la vista en su taza de té; gracias a eso su hermana no vio el fugaz alivio que pasó por sus facciones. Cuando alzó la cara, ésta había recuperado su acostumbrada serenidad.

—Todo ha cambiado entre nosotras —contestó, sincera—. No quiere aceptar mi decisión, y yo no acepto que no la acepte.

Rennie asintió. Lo comprendía perfectamente.

—¿Michael y Maggie no la han ayudado a entrar en razón?

—No les pedí que lo intentaran. —Dedicó a su hermana una mirada directa en la que se leía una advertencia—. Y tampoco estoy pidiéndotelo a ti. No es asunto tuyo.

—Yo no sabría ni por dónde empezar.

Aunque si quisiera hacerlo, eso no iba a detenerla, pensó Rennie. Sin embargo, los ojos vagamente amenazadores de Mary la hicieron vacilar, y sin darse cuenta se sorprendió llevándose una mano al pelo en gesto protector. Cuando eran pequeñas, para mantenerla a raya, Mary solía tirarle de las gruesas trenzas cobrizas. Bajó la mano al ver que la mirada de aviso de Mary se desvanecía y en su lugar aparecía un brillo regocijado. Entonces le sacó la lengua.

—Vaya —comentó Mary con guasa—. Desde luego, eso me ha herido en lo más vivo.

Rennie hizo caso omiso de ella y, hablando ya en serio, preguntó:

—¿No ha mostrado mamá ningún cambio en su actitud?

—No lo sé... Ni siquiera me deja tocar el tema.

—Ay, Mary... —exclamó Rennie con tristeza.

A trompicones, Mary hizo pasar las palabras por el doloroso y duro nudo que iba formándose en la base de su garganta.

—En el viaje desde Nueva York a Denver hemos hablado de cosas sin importancia: el tiempo, el paisaje, la gente de los otros vagones... También hemos ido de compras por varias ciudades buscando regalos para los nietos. Si mencionaba mis deseos de dar clases, obtenía un helado silencio. Si mamá me veía leyendo mi Biblia, se echaba a llorar...

Rennie sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Qué terrible para ti —susurró.

—Para las dos —puntualizó Mary—. No creo ni por un instante que mamá quiera que las cosas sean así, pero no sabe cómo cambiarlo.

Levantó su taza y dio un sorbo; la miel que llevaba el té le alivió la garganta.

—Creí que habíamos avanzado un poco cuando estuvimos en casa de Maggie. Allí mamá estaba más alegre, y hasta toleró que Maggie y yo comentáramos mi decisión de dejar la orden... —esbozó una sonrisa irónica—, o por lo menos no salió corriendo de la habitación cuando surgió el tema.

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. Al menos, nada que hiciera mamá. Me parece que lo que cambió entonces fue mi actitud. —Suspiró—. Fue mientras hacíamos los preparativos para marcharnos del Doble H. Mamá y Maggie aprovechaban para una charla de última hora en la cocina mientras yo terminaba con las maletas. Encontré un vestido de mamá que seguía en

el ropero, de modo que abrí su baúl para guardarlo...

A Mary la cogió de improviso el repentino fluir de sus lágrimas y, para intentar serenarse, bajó la cabeza. La taza de té y el platillo entrechocaron un poco, y los dejó a un lado. Entonces Rennie le metió un pañuelo en la mano y ella le dedicó una llorosa sonrisa.

—Gracias.

Se secó los ojos y luego estrujó el pañuelo en el puño. En ese momento, Rennie se arrodilló ante la butaca donde estaba sentada su hermana y puso las manos sobre las de ella.

—¿Qué había en el baúl? —preguntó en voz baja—. Mary, ¿qué encontraste en el baúl de mamá?

La otra tuvo que inspirar hondo antes de responder. Con un hilo de voz dijo:

—Un hábito... Encontré un hábito. Mamá ha ido acarreándolo en su baúl por todo el país.

Rennie hundió los hombros. No sabía por quién lamentarlo más, si por Mary o por su madre.

—¿Esperaba que cambiases de opinión por el camino? —preguntó.

—Es peor que eso.

—¿Peor?

—Es que no era mi hábito.

Rennie abrió más los ojos.

—¿Que no era el tuyo?

—No, me parece que es de mamá. —Le dio la impresión de que

Rennie necesitaba sentarse. La propia Mary misma no acababa de entenderlo, y se encogió de hombros con un gesto de impotencia—. Es difícil saber cómo habría sido su vida si no hubiera venido a Norteamérica, o si no hubiera conocido a Jay Mac. No sé qué se le pasó por la cabeza para meterlo en el equipaje, pero sí sé lo que pasó por la mía cuando lo vi. Era un mensaje que me iba destinado.

Al principio, la tensión de su mandíbula fue imperceptible; luego, a medida que el recuerdo y la emoción fueron ganando terreno, se puso tan rígida que un músculo le latió en la mejilla. Al descubrir el hábito casi enloqueció de rabia. Incluso ahora, sentía que el corazón se le aceleraba con intensidad a causa del enfado. Asustada por lo que podría decir, no quiso expresar sus sentimientos con palabras, y Rennie comprendió el motivo de su silencio. Le apretó las manos con suavidad y siguió a su lado unos cuantos minutos más. Cuando se puso en pie dijo en voz baja:

—Ella no ha dejado de quererte, ¿sabes?

El nudo del estómago de Mary era sólo un poco mayor que el de su garganta. Apartó la vista de los penetrantes y sagaces ojos de Rennie y pensó: «Sólo lo parece.» Como para convencerse a sí misma, se dijo de nuevo: «Sólo lo parece.»

Harry Bishop colocó una silla en el pasillo, a unos treinta centímetros de los barrotes de la celda de Ryder. Florence le dio las gracias secamente

y se sentó. Usó el bastón como una extensión de su mano para ahuyentarlo y no habló hasta que la puerta que daba al cuarto de guardia quedó bien cerrada. Al ver que Ryder se limitaba a permanecer sentado en el catre, mirando la pared de enfrente, preguntó:

—¿No tiene nada que decir?

Él se volvió hacia ella despacio.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vaya, qué saludo tan agradable.

Florence trató de mantener un tono animado, pero la inquietud asomaba a su voz. Habían pasado casi nueve horas desde que, a mediodía, se había dictado sentencia. A Ryder McKay le quedaban menos de cuarenta y ocho horas de vida.

—Hablo en serio, Florence, no debería estar aquí. Si el general Gardner averigua...

—Deje que me preocupe yo por mi hijo.

—Y además está Harry Bishop, a quien compromete ante el general.

Ryder sabía que la anciana había sobornado al guardia para seguir visitándolo en la cárcel. El arreglo llevaba meses funcionado de forma satisfactoria, pero siempre existía el riesgo de que se descubriera. Con el tiempo, sus reparos se habían vuelto tibios, pero seguía haciéndolos porque era lo que se esperaba de él, aunque sospechaba que Florence Gardner disfrutaba con aquella intriga, y que en el fondo despreciaba el peligro.

—No esperaba que viniese esta noche. No la he visto cuando se ha

leído la condena.

En efecto, Florence no había estado presente. Se había quedado en su habitación, incapaz de unirse a las esposas de los oficiales que esperaban en el patio, ansiosas por oír el veredicto definitivo. Su opinión de que Ryder McKay era inocente de las acusaciones estaba mal vista, sobre todo porque no había ninguna prueba que la respaldara. Además, a Florence le resultaba intolerable que fuera su hijo quien imponía esa sentencia.

—No he querido estar allí —explicó sin más, antes de llegar al objetivo de su visita—. Aunque su tío sí ha estado presente.

—Lo he visto.

—¿Ah, sí? Dice que usted no lo ha mirado.

Las facciones de Ryder adoptaron una expresión distante que ocultó sus pensamientos. Siguió mirando a Florence, pero no contestó.

—Él quería visitarlo esta noche —prosiguió ella—, y Joshua le ha dado permiso, pero el senador me ha dicho que usted no ha querido que viniera.

—Ha venido, pero se ha marchado al cabo de unos minutos.

—Y usted no ha hablado con él.

—Exacto.

La arrugada cara de Florence estaba seria, y sus ojos tristes.

—Wilson Stillwell cree en usted —dijo—. Ha venido aquí porque pretendía ayudarlo.

Ryder decidió no decepcionarla y preguntó:

—¿Por eso ha venido usted esta noche? ¿Para convencerme de que lo vea?

Ella tuvo suficiente buen juicio como para no mentir.

—En parte.

—¿Y cuál es la otra parte?

La anciana empezó a notar un nudo en la garganta pero siguió mirando a Ryder sin pestañear. Las marcadas facciones del explorador estaban tranquilas, aunque sus claros ojos grises eran penetrantes.

—Vengo a despedirme. Ya no vendré más. Harry me ha advertido que hay orden de permitir pasar sólo a los oficiales y al clero, y esta vez no hará excepciones. Dice que ni siquiera el senador Stillwell podrá entrar.

Ryder esbozó una leve y fría sonrisa.

—El general se anticipa a un intento de fuga.

Florence asintió.

—He estado dándole vueltas al asunto esta noche, en la cena; creo que teme que los chiricahuas traten de rescatarlo.

Resultaba interesante, pensó Ryder, que el ejército comprendiera tan poco a su enemigo e hiciera menos aún por entenderlo.

—No va a haber ningún rescate —afirmó—. Los chiricahuas no van a asaltar el fuerte; son pocos y no tienen armas.

—Olvida que aquí casi todos creen que los apaches han comprado armas después de la matanza del cañón Colter.

Ryder no discutió, en lugar de eso dijo:

—Los chiricahuas no organizarán un rescate: no es su estilo. Aunque tuvieran un elevado concepto de mí, que no es el caso, sólo tomarían represalias.

—Así que la lucha vendría después... —empezó ella con gran pesar, incapaz de terminar la frase—. Después de que usted...

—Después de que me ahorquen.

Florence agarró el bastón más fuerte e, incapaz de mirarlo, clavó los ojos en su propia mano: los nudillos deformados por un poco de reúma, la fina y apergaminada piel que hacía que las venas fuesen tan visibles... Se dijo que, en buena lógica, debía estar afrontando su propia muerte y, en vez de eso, afrontaba la de él.

—Tal vez pueda ayudarlo a escapar —dijo.

Ryder se puso de pie con presteza y se acercó a los barrotes.

—Escúcheme, Florence. —Esperó a que ella alzara la cara, y se endureció para soportar sus lágrimas. La anciana ya le había hecho aquel ofrecimiento varias veces, y él siempre lo había rechazado. Ella no acababa de comprender la ruina que eso acarrearía sobre la reputación y la carrera militar de su hijo. Florence culpaba a éste de no ver más allá de las pruebas, pero Ryder no compartía su opinión; dada la declaración de los supervivientes del cañón Colter, el general Gardner actuaba del único modo posible—. No vuelva a pensar en eso. Y si lo hace, no actúe siguiendo sus pensamientos.

—Pero...

Él alargó la mano a través de los barrotes y la puso sobre las de ella.

—No.

Florence consintió de mala gana.

—Muy bien —aceptó con acritud—. Pero le aseguro que cuando sea mí hora no pienso marcharme sin luchar.

Ryder se dirigió al lado opuesto de la celda y se quedó junto al ventanuco. Por allí entraba el fresco aire de la noche, y agradecía que le llegase la fragancia del desierto.

—¿Eso piensa, Florence, que voy a marcharme sin luchar?

—¿Y no es así?

—Les he dicho que era inocente, pero nadie me ha creído... —Se corrigió—: Nadie salvo usted.

—Eso no es verdad, su tío le ha prestado apoyo, y el general Halstead ha venido desde Flagstaff para hablar en su favor.

Ryder se quedó callado un rato, mirando más allá de los barrotes de su celda hacia el cuartel. Justo en el límite de su campo visual, vio los alojamientos de los oficiales.

—Debería marcharse —dijo al fin—, antes de que el general se dé cuenta de que no está leyendo en su cuarto.

Con un gesto, ella restó importancia a su preocupación.

—Le he dicho que iba a visitar a los Sullivan. La hermana y la madre de la señora Sullivan han llegado esta tarde, y las he conocido en la cena. La señora Worth ha sido muy agradable, aunque de la hermana no sé qué pensar; casi todo el rato ha parecido estar a mil kilómetros de distancia. Apenas ha dicho una palabra.

Ryder casi no la escuchaba. Ya antes de su encarcelación no sentía especial curiosidad por la gente que iba y venía del fuerte; ahora su interés era incluso menor. No recordaba quiénes le había dicho Florence que eran los Sullivan, ni qué hacían en Fuerte Union.

—¿Ah, sí?

Florence torció el gesto.

—En este preciso instante me recuerda usted a ella —espetó con aspereza mientras daba golpecitos con el bastón para reclamar su atención—. Al menos podría fingir que le interesan un poco mis palabras. Cuando se ha mencionado su nombre, la señorita Dennehy ha parecido volver súbitamente a la realidad, he creído que a lo mejor usted...

Florence se calló a mitad de la frase. No porque Ryder la interrumpiera, sino porque se dio cuenta de que, al fin, le estaba prestando toda su atención. Había adoptado una actitud alerta, y sus ojos, del color de la escarcha, estaban entornados. Vagamente, a la anciana se le pasó por la cabeza la inquietante idea de que pretendía abalanzarse sobre ella, y durante un segundo la alivió pensar que había barrotes entre los dos.

—¿Por qué diablos me mira de ese modo?

La expresión de él no cambió.

—¿Ha dicho usted Dennehy?

Despacio, algo desconcertada, ella contestó:

—Vaya, sí. Me ha dicho que la llamara Mary, pero me ha parecido

que en la conversación lo cortés era...

—¿Mary Dennehy? —preguntó él—. ¿Mary Francis Dennehy?

—Eso creo.

—¿La hermana Mary Francis?

Florence no estaba segura de lo que le preguntaba, pero dijo:

—Sí, la hermana de Rennie.

Él repitió el nombre casi para sí:

—Rennie... —Luego añadió—: ¿Por qué no me ha dicho que la señora Sullivan era Rennie?

Exasperada, Florence alzó las manos y, al dejarlas caer, su bastón chocó con estrépito contra los barrotes.

—Le he dicho que estaba aquí con su marido y no he parado de hablar de sus preciosas hijitas. Le he dicho que tenían que ver con el ferrocarril. —Agitó un dedo acusador—. Y usted jamás ha mostrado el menor interés.

«Porque no sabía lo más importante.» Aunque ya daba igual. Ryder fue rápidamente hacia los barrotes, pasó las manos por ellos y tiró de Florence hasta ponerla de pie. Estaba tan cerca que habría podido darle un beso en la frente, pero no lo hizo. No era agradecimiento lo que sentía en aquel preciso instante, sino urgencia.

—Quiero verla —dijo.

Aunque la agarraba con fuerza, Florence no se encogió. Daba gracias a lo que fuese que lo había devuelto a la vida.

—¿A la señora Sullivan?

—No, a ella no, a la hermana, a Mary Francis.

—Aunque usted lo pida, no la dejarán entrar. Ya le he dicho que Joshua ha ordenado que sólo los oficiales y...

—Los religiosos. La dejarán entrar.

«Y eso podrá ser su salvación.» Soltó a la mujer sin apartar la cara de los barrotes.

—Escúcheme, Florence. Si aún desea ayudarme, tengo un plan.

Florence Gardner no perdió el tiempo: a la mañana siguiente, después del desayuno, pasó a ver a Mary con el pretexto de buscar compañía para su paseo diario. Las invitó a todas y cruzó los dedos. Rennie se disculpó por motivos de trabajo, Moira quería estar con sus nietas... y a Florence le dio la impresión de que, de haber podido, Mary también habría dicho que no.

—Es usted muy amable al complacer a una anciana —dijo cuando dejaron el sombreado porche de las dependencias de los oficiales—. Sé que en realidad no deseaba venir.

Mary pensó negarlo, pero en seguida cambió de parecer. Agradecía demasiado la franqueza de Florence como para no corresponder a ella. Además, la habría calado. La mujer alzó su sombrilla y la animó a hacer lo mismo.

—No querrá quemarse esa piel tan clara que tiene.

Mary levantó la cara hacia el despejado cielo azul.

—El sol es agradable —comentó—. Cuesta trabajo creer que las Navidades ya estén casi encima.

—Habla como una auténtica yanqui —dijo ella—. Yo soy de Georgia. Al llegar el día de Navidad no teníamos más que lluvia, y a veces el aire era tan húmedo que se pegaba como una manta a la piel. Agradezco este clima seco, se lo aseguro.

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—A mi hijo lo destinaron hace cinco años, y yo vine con mi nuera y mis nietos unos seis meses después. Joshua quiso asegurarse de que el problema indio estuviera controlado, y cuando la mayoría de los hostiles estuvieron metidos en las reservas, consideró que ya había suficiente seguridad para nosotros.

—¿Y llevaba razón? —preguntó Mary.

—Hace poco ha habido problemas con los chiricahuas. Gerónimo ha sacado de la reserva de San Carlos a algunos de sus guerreros y a sus familias, y han estado asaltando ranchos y minas por México y los alrededores.

—¿Y en el cañón Colter?

Florence había conducido a Mary hasta el límite exterior del fuerte, por detrás de los edificios. Allí podían verlas los centinelas que patrullaban, pero tenían suficiente intimidad. Saludó con un cortés movimiento de cabeza a uno de los soldados y después siguió adelante sin dejar de hacer girar la sombrilla con coquetería.

—El cañón Colter... —musitó mientras dedicaba a Mary una rápida

ojeada—. Eso depende de a quién le pregunte usted, si a mí o a todos los demás.

—Estoy preguntándole a usted —contestó Mary sin rodeos.

—Entonces no lo sé.

Aquélla no era la respuesta que Mary esperaba.

—No lo entiendo...

—Y yo tampoco —le confirmó Florence—. Precisamente eso es lo que quiero decir. Aquí todo el mundo piensa que tiene la respuesta, y yo soy la única que está segura de que aún hay cosas sin explicar.

Observó que Mary, sumida en sus pensamientos, reflexionaba sobre sus palabras. Un centinela que pasaba miró a la mujer más joven con admiración, pero ella ni siquiera se dio cuenta. Florence esperó hasta que el joven se alejó lo bastante como para no oírla y entonces detuvo a Mary poniéndole una mano en el antebrazo.

—Él quiere verla —dijo en voz baja—. Está en mejores condiciones que yo para explicárselo.

A la joven le dio un vuelco el corazón, y la sombrilla empezó a resbalar de sus dedos flojos hasta que se dio cuenta y la sujetó con más fuerza.

—¿El señor McKay sabe que estoy aquí?

Florence observó su reacción con interés. En sus mejillas había un leve rubor que no estaba allí hacía un momento, y sus ojos color verde selva, tan indescriptiblemente tristes la noche anterior, brillaban ahora llenos de interés e inteligencia. Entonces pensó que Ryder tenía razón:

Mary acudiría a él.

—No habría pedido verla si no supiera que está aquí, ¿no?

Mary redujo la boca a una línea. Se lo merecía por hacer preguntas estúpidas, aunque no por eso era más fácil aguantarlo.

—¿Puede organizado usted? —preguntó—. ¿O debería hablar yo misma con el comandante?

—Yo lo arreglaré, querida, pero tendrá que ser esta noche. Mi hijo ya ha salido del fuerte, y no espero que regrese hasta que oscurezca. —Vio con agrado que su acompañante parecía decepcionada. Era mejor así: Mary estaría más impaciente y, tal vez, como esperaba, también menos prudente. Su voz adoptó un tono despreocupado—. Por supuesto, tendrá que ponerse su hábito.

Mary se sorprendió.

—¿Mi hábito? Pero ¿por qué?

Florence frunció el cejo.

—¿Es un problema? Ryder me ha dicho que es monja. Le comenté que cuando la conocí no llevaba puesto el hábito, pero dijo que eso no es raro.

Una oleada de calor subió a las mejillas de Mary, y eso la molestó. La exasperaba reaccionar de ese modo al recordar su encuentro con Ryder.

—¿Le dijo qué llevaba puesto cuando lo vi por primera vez? —preguntó con frialdad.

—No —contestó Florence—, pero a juzgar por el bonito vestido que lleva ahora, yo diría que era precioso.

Mary se echo a reír, y el cordial y alegre sonido de su risa estalló limpiamente desde su interior. Al ver que Florence daba un paso atrás, asombrada, se rió aún con más ganas. Los guardias de la patrulla se detuvieron un momento para buscar el origen de aquel sonido y, como era contagioso, aunque no sabían dónde estaba la gracia, se vieron participando de ella, soltando una risilla por lo bajo con una amplia sonrisa. Florence se sorprendió al notar que sus propios hombros se estremecían mientras se veía arrastrada por las carcajadas de Mary.

Al otro lado del recinto, sereno y paciente junto a la ventana de su celda, Ryder McKay tenía todos los sentidos alertas. La vibración de la clara voz de Mary pareció cortar hasta el aire que lo rodeaba. Sintió que lo inundaba la marea de su risa, y entreabrió la boca para absorberla.

Aquel sonido tenía cuerpo y sustancia, y al rozarle la lengua, Ryder paladeó el sabor de la libertad.

Capítulo 5

Cuando la hermana Mary Francis entró en el cuarto de guardia, Harry Bishop, que estaba sentado en un taburete, perdió el equilibrio y el asiento pareció resbalar bajo su cuerpo. Lo agarró con torpeza antes de que cayese al suelo y se las arregló para ponerse en pie con un mínimo tambaleo. Aunque en su cabeza empezaban a formarse unas cuantas disculpas, no salieron de allí: su boca abierta era incapaz de hablar. Nacido en Boston, Harry Bishop había sido alumno de una escuela parroquial durante toda la enseñanza elemental, y consideraba que los años pasados bajo la tutela del padre O'Donnell y las hermanas habían sido una auténtica introducción a la disciplina del ejército. La hermana Elizabeth, en especial, tenía un modo de poner orden en una clase que habría enorgullecido a cualquier sargento.

—Descanse, soldado —dijo Mary con tranquilidad—. Este uniforme no precisa un saludo.

Harry parpadeó y se dio cuenta de que tenía la mano alzada a medio camino hacia la cabeza; la dejó caer despacio.

—El hábito —explicó.

—Sí —repuso ella con ironía—, eso es lo que llevo puesto.

Harry volvió a parpadear y esta vez recobró el dominio de sí mismo.

—No, quería decir que era el hábito de...

Ella lo interrumpió.

—Estaba tomándole el pelo, soldado: sé a lo que se refería.

Harry meneó despacio la cabeza y se frotó el mentón. De forma casi inaudible dijo:

—Una hermana con sentido del humor. Es lo más raro que he visto en mi vida. —Bajó la mano y examinó a Mary de la cabeza a los pies—. Usted llegó ayer con los Sullivan.

—Eso es. Soy la hermana de la señora Sullivan.

—No sabía que fuera monja.

Con un gesto de la mano, Mary señaló su hábito.

—Imagino que comprenderá lo poco indicada que esta indumentaria es para este clima, al menos durante el día. Ahora que ya anochece se puede soportar.

—Eso no hay quien lo niegue, hermana...

—Mary Francis —completó ella.

—Hermana Mary Francis —repitió Harry obediente.

La había visto pasear con Florence Gardner aquella misma mañana, y ahora intentó no recordar los pecaminosos pensamientos que se le habían ocurrido. Calculó la penitencia que le impondrían por querer tener conocimiento carnal con una monja. Se dijo que siempre podía pretextar ignorancia del hecho, pero ¿serviría eso de mucho? Mejor compensarlo mientras pudiera. Sin darse cuenta, su cuerpo se puso de nuevo en posición de «firmes».

—¿Qué desea, hermana? —preguntó con sus mejores modales de colegial.

—He venido a ver al prisionero —respondió ella—. Según creo, está permitido.

A Harry le habían advertido que acudiría un pastor procedente de Tucson, de modo que la presencia de Mary era una sorpresa.

—¿Se lo ha dicho el propio general? —preguntó.

«De la boca del general a la oreja de su madre», pensó Mary: era equivalente.

—Sí.

No se le ocurrió que Florence Gardner pudiese mentir. Y a Harry tampoco se le ocurrió que mintiera la hermana Mary Francis.

El soldado bajó la mirada hasta el maletín que llevaba la monja.

—Muy bien. ¿Qué tiene ahí dentro?

Mary cruzó la habitación, puso el maletín sobre la mesa y lo abrió para que lo inspeccionara. Encima estaba la Biblia que Florence había insistido en que le llevara a Ryder; debajo había una muda limpia de ropa, betún para los zapatos y utensilios para el afeitado. Se aseguró de que Harry lo viera todo mientras comentaba:

—Por muchos que sean los pecados de ese hombre, merece morir con dignidad.

El joven estuvo a punto de sonreír. Qué propio de una monja creer que una muda de ropa era fundamental para la dignidad de uno.

—De acuerdo —asintió—. Puede entrarlo... si es que McKay quiere

verla. Si no, me aseguraré de que lo reciba luego.

—Gracias, es usted muy amable.

Harry Bishop se sintió como sí lo hubieran bendecido.

—Por aquí, hermana Mary. Entraré una silla para usted.

Mary sonrió con expresión serena y lo siguió por la puerta hasta las celdas. Aunque había tres, sólo estaba ocupada la del centro, y el corazón se le aceleró cuando el muchacho se detuvo delante de ella.

—Tiene visita, McKay —anunció el soldado.

Ryder estaba echado en el catre, con la cabeza apoyada en las manos. Su campo de visión era la ventana de la celda, no la entrada, y no hizo ademán de levantarse, ni siquiera de mirar hacía Harry Bishop y el visitante.

—¿Me ha oído, McKay? Ha venido una persona a salvar su miserable alma. —El soldado colocó la silla en el pasillo y dejó el maletín en el suelo—. Un ángel que se llama hermana Mary Francis.

Ryder sabía muy bien quién lo acompañaba, pero tuvo buen cuidado de no descubrir su juego. Se incorporó despacio, se estiró y luego dejó caer los pies al suelo. Por último, volvió la cabeza en dirección a los barrotes de hierro de la puerta de la celda y miró directamente al soldado Bishop, sin dedicar ni una ojeada a Mary.

—Déjela entrar, Harry. No irá a ocuparse de mi alma a través de esos barrotes.

Harry vaciló, y sus ojos fueron rápidamente de Ryder a Mary.

—No se preocupe —lo tranquilizó ella en tono alentador—. No

esperaba que fuera a dejarme en el pasillo. Estaré bien.

—¿Está segura, hermana? Es decir, sí usted fuera un hombre, no se lo preguntaría, ya sabe.

En un instante, el tono de Mary cambió: ahora era de absoluta confianza y autoridad.

—Aunque no sea un hombre, soldado, soy perfectamente competente. Agradezco su interés, pero está fuera de lugar. Y ahora, déjeme entrar a ver a este prisionero o tendrá usted que dar cuenta de sus actos, primero al general, y luego a Dios.

Harry Bishop abrió la puerta, metió la silla y el maletín e hizo pasar a Mary.

—Vendré a echarle un vistazo cada pocos minutos —comentó antes de salir.

—Cada quince minutos más o menos bastará —dijo ella con firmeza.

Harry estuvo tentado de nuevo de hacer un saludo militar. Le faltó tiempo para volver a su puesto en el cuarto de guardia.

Al quedarse solos, ni Ryder ni Mary hablaron en seguida. Ella estaba impresionada por los cambios que advertía en él: varios meses de prisión habían hecho que su piel perdiera el tono bronceado, mientras en las líneas de su cara se veía dureza, y en sus ojos una frialdad profunda y permanente. En su actitud no había ni rastro de bienvenida; parecía que le molestara su presencia.

En cuanto a él, le costó trabajo mirarla, y luego le resultó imposible apartar la vista. El farol del pasillo bañaba el rostro de Mary con una luz

cálida, pero eso no explicaba su resplandor, que parecía emanar de su interior; ella era la fuente del aura que la rodeaba. Sus hermosas facciones estaban tranquilas, y su perfecta simetría le daba un aire espiritual. Aunque había compasión en sus ojos color verde selva, tenía un aire bastante combativo, y su esbelto cuerpo se mantenía erguido con la orgullosa resistencia de un guerrero de paz. Ryder pensó que no combatiría, pero tampoco sería vencida... Y en ese momento deseó que no hubiera ido. Ahora que estaba allí, deseó que todo hubiera seguido otro camino.

—La señora Gardner me ha dicho que quería verme —empezó Mary —, pero por lo visto lo entendió mal.

—No ha habido ningún error —replicó Ryder con brusquedad al tiempo que señalaba la silla que había entrado Harry—. Siéntese.

Muy consciente de que aquello era una orden, no una invitación, Mary apretó la boca en una línea obstinada.

Él se encogió de hombros.

—Como guste —dijo, y alargó la mano para coger el maletín—. ¿Se lo ha preparado Florence?

Mary asintió.

—Ha dicho que contiene todo lo que usted desea. —Lo miró mientras él se sentaba en el catre para abrirlo—. Me sorprendió que pidiera una Biblia.

Ryder alzó la vista.

—¿No le parezco un hombre religioso?

Ella no contestó en seguida; la pregunta llevaba implícita cierta intención sarcástica que no daba pie a iniciar una conversación. Él ya había vuelto a concentrarse en el maletín cuando Mary respondió:

—Religioso no, espiritual.

Ryder alzó, la cabeza despacio, con los ojos entornados. Su mirada ya no era penetrante, sino sólo impenetrable.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Sí. —En aquella única palabra se traslucía una confianza absoluta. Ya en pie de igualdad, Mary Francis se sentó y dijo—: ¿Por qué preguntó por mí?

—Creí que era evidente. —Ryder sacó del maletín la Biblia y la ropa. Una vez vacío, pasó la mano por el interior, dio con el borde de la pieza que abría un falso fondo y la levantó. El Colt 45 le resultó maravillosamente familiar en la palma de la mano, pero de momento lo dejó allí y bajó el maletín al suelo—. Creí que tal vez rezaría por mí.

Mary no contradijo su mentira.

—Llevo rezando por usted desde que supe que estaba aquí —replicó con sencillez. De forma inconsciente, buscó el rosario que llevaba a la cintura; sus dedos se movieron sobre las cuentas con gesto tranquilizador mientras echaba un vistazo en torno a la celda—. No entiendo qué ha ocurrido.

—Seguro que alguien le ha dicho de qué se me acusa.

—Varías personas me han contado cosas: mi cuñado, mi hermana, el teniente Rivers, la madre del general... Pero sigo sin entender.

—¿Quiere decir que no entiende por qué traicioné a la compañía?

—No —contestó ella—, no entiendo por qué la gente cree que lo hizo.

A Ryder no le costó trabajo convencerse de su absoluta sinceridad, pero como no había hecho nada para justificar aquella fe, quiso asegurarse de que ella lo supiera.

—Usted no me conoce —dijo—. No sabe qué clase de hombre soy ni de lo que soy capaz. Sólo cree saberlo, y el poco conocimiento que tiene es peligrosamente incompleto. Me subestima.

Mary tomó sus palabras como una advertencia más que como una explicación. Aunque le sobrevino un escalofrío, lo sofocó.

—Tiene razón —asintió en voz baja—. No lo conozco.

Él se quedó callado casi un minuto entero, observándola; ella no apartó la mirada, sino que la mantuvo, a pesar de sentirse muy incómoda. Ryder rompió el contacto visual cuando empezó a desabotonarse la camisa.

—¿Qué hace? —preguntó Mary.

—Cambiarme de ropa.

—Eso puede esperar hasta que yo me vaya.

Ryder no le explicó por qué no era así. En lugar de eso, se levantó y puso la palangana con agua a los pies de la cama, sobre el catre. Entre las cosas que Florence había metido, había una manopla. Él la cogió, la humedeció y se lavó la cara con ella.

—Voy a afeitarme también. Vuélvase si eso la incomoda.

—Esto es ridículo —espetó Mary con aspereza, poniéndose en pie—.

Voy a llamar al soldado Bishop.

No supo cómo ocurrió, porque Ryder fue tan rápido que sus movimientos le parecieron un borrón, pero cuando volvió a quedarse quieto, ella se encontró frente a su firme brazo y un Colt 45.

—Por favor —su tono era cortés—, quédese. Me gusta su compañía.

Mary se sentó. Cuando él se acercó, contuvo la respiración, pero Ryder se limitó a coger la silla, con ella sentada, y a darle media vuelta para ponerla de cara a la pared. Luego le tocó el hombro con suavidad y pudo percibir su tensión a través de la gruesa tela del hábito.

—Ya puede respirar —dijo en voz baja—. Y no llame a Harry; no le gustarían las consecuencias.

—Me da igual lo que me haga —replicó ella con imprudente valor.

—Estaba pensando en Harry.

—Ah.

Ryder le soltó el hombro; sabía que había garantizado su silencio.

—No tardaré mucho.

Mary apretó los dientes. Lo oyó lavarse a sus espaldas, y después el raspar de la navaja de afeitar sobre su cara mientras eliminaba la sombra de barba. Disfrutó de un mezquino placer al oír que soltaba un juramento por lo bajo cuando se hizo un corte.

—No es una herida mortal —explicó él, adivinando sus pensamientos.

La engreída sonrisa de Mary se desvaneció.

—Me ha utilizado usted —dijo.

—Sí.

No hubo disculpas. Ryder se quitó la ropa, sustituyendo una prenda cada vez, y se vistió deprisa. No volvería a sentirse limpio hasta que no saliera de aquella celda, pero la ropa limpia era un buen comienzo. Luego, se puso la chaqueta azul marino sobre la inmaculada camisa blanca y observó que Florence había asegurado uno de los botones de latón grabados con un águila; según sus instrucciones, también había añadido unas insignias de capitán.

—Puede volverse —dijo.

Mary no se movió.

—Esta vista está bien.

—Cabezota, ¿verdad?

—Prefiero «obstinada».

Con poco esfuerzo, Ryder volvió a darle la vuelta. A continuación, le tomó la cara con la mano y se la levantó.

—Cuando Harry vuelva, tendrá usted que seguir mi ejemplo —dijo —. ¿Entiende?

—Se ha explicado usted muy bien. —Ya no toqueteaba su rosario, sino que tenía los brazos cruzados en actitud desafiante—. No debió utilizarme; debió pedirme ayuda.

Ryder apartó la mano. Volvió al catre y empezó a meter su ropa vieja en el maletín. Cuando acabó, lo empujó en dirección a Mary.

—¿Está diciendo que habría dicho que sí? —preguntó.

Ella tomó el maletín y se lo puso en el regazo.

—Estoy diciendo que habría sido cortés pedirlo. Por lo visto, Florence Gardner tuvo elección, pero a mí, usted no me ha dado ninguna.

Ryder no respondió. Si se disculpaba por aquello, estaría disculpándose a cada paso. Y, además, lo cierto era que no lo lamentaba. Entonces cogió la Biblia y la abrió. El libro de los Salmos estaba ahuecado; sacó el objeto que guardaba y se lo mostró a Mary.

—La llave del reino.

Mary ya no se sorprendió.

—No es de extrañar que a la madre del general no la convenciera mi Biblia.

Él asintió y cerró la mano sobre la llave.

—Lo de la Biblia fue idea de Fio, no mía.

—Entonces es que ha actuado de forma voluntaria. Usted no tuvo que amenazar a nadie para obtener su colaboración.

Ryder se dio cuenta de que había dicho demasiado, cuanto menos supiera Mary del papel de Florence Gardner en aquello, mejor. Hizo caso omiso de su comentario, pasó la mano a través de los barrotes y metió la llave en la cerradura, que se abrió con facilidad. Una vez fuera, se guardó la llave en el bolsillo y sacó el Colt que llevaba en la cintura de los pantalones. Pensaba que, para entonces, Harry ya les habría echado un vistazo, así que el descuido del soldado le iba bien. Mientras cerraba la puerta, le dijo a Mary:

—Ya puede llamarlo, tenga cuidado con lo que dice.

Mary echaba humo por las orejas. Ryder se colocó detrás de la puerta que daba al cuarto de guardia. De ese modo, al abrir él quedaría oculto, y cuando Harry se diera cuenta de que no estaba en la celda, ya sería demasiado tarde. Miró a Mary y, al ver que se limitaba a quedarse sentada en la silla con un mohín de rebeldía en la boca, arqueó una ceja amenazante; cuando aquello no funcionó, amartilló el Colt. La respuesta de Mary fue inmediata.

—Soldado Bishop —gritó—, ¿puede venir, por favor? Estoy lista para marcharme.

Ansioso aún por compensar sus anteriores pensamientos, Harry Bishop reaccionó con presteza, y cayó al suelo con la misma rapidez en cuanto Ryder lo derribó de un culatazo. Luego éste cerró la puerta para que no los sorprendiera nadie que entrara en la cárcel y a continuación arrastró a Harry hasta la celda y lo metió dentro de un empujón. Cogió el sombrero del soldado y se lo puso, remetiendo de cualquier modo parte de su largo cabello.

—Deje de parecer tan afligida, no le he disparado.

—Aun así, está herido por mi culpa. —Mary apartó la mirada del guardia inconsciente y sus ojos volvieron a fijarse en Ryder—. Venga. ¿A qué espera? Es libre de irse.

No esperaba que su comentario le hiciera gracia, pero estaba segura de que lo que veía en los escarchados ojos grises de él era regocijo. Entonces añadió:

—No es que me importe, pero está perdiendo el tiempo.

Él dobló el dedo índice para indicar que se le acercara. Las oscuras cejas rojas de Mary se fruncieron.

—Estoy bien donde estoy, gracias.

Ryder volvió a alzar el arma, pero no la apuntó a ella, sino a la infortunada cabeza de Harry Bishop.

—Aún no es demasiado tarde —susurró—: todavía puedo matarlo.

Mary sintió que sus ideas empezaban a despejarse, y tuvo tiempo de evaluar la situación; se sentía infinitamente más segura de sí misma que unos momentos antes.

—Si dispara atraerá a los soldados, no creo que sea eso lo que quiere.

Él no parpadeó.

—Van a ahorcarme —dijo con voz firme—; creo que correré el riesgo.

Tiró del percutor hacia atrás y Mary se levantó.

—Matón...

—Traiga el maletín... Y la Biblia también, si quiere.

Tras cogerlos del catre, Mary pasó por encima del cuerpo de Harry y salió de la celda delante de Ryder. Este cerró la puerta con llave y la siguió hasta el cuarto de guardia, que continuaba vacío. Con un gesto, le indicó que lo cruzara.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella enfadada.

Ryder le posó una mano en la base de la espalda y notó que reaccionaba con tanto nerviosismo como si hubiera sido un revólver. Se inclinó hasta su oreja y en voz baja dijo:

—Por esa puerta y al patio. Procure no llamar la atención.

—Creo que de eso ya se encargarán usted y su arma.

—Está oscuro —repuso él—, llevo un uniforme con insignias de capitán, algo que Harry no advirtió en su registro, y el arma bajo la chaqueta. Usted ha entrado con un maletín y sale con uno. Ahora me da el brazo, y yo la acompaño. Vamos a alejarnos de los edificios, más allá de los centinelas.

—Donde espera su caballo.

Él no la corrigió, y esta vez su firme empujoncito bastó para ponerla en marcha. Cuando Mary abrió la puerta de la cárcel, Ryder salió detrás, al aire puro de la noche. Sin necesidad de que se lo recordara, ella lo tomó del brazo, y él se caló un poco más el sombrero y se obligó a seguir el paso lento de la joven.

—Debe de creerse muy listo —comentó ella con los dientes apretados.

—De momento está saliendo bastante bien —contestó él, amable.

Aunque en la zona que quedaba entre los edificios había unas cuantas personas, Ryder no sintió que les dirigieran demasiadas miradas. Miraron más a Mary que a él, y ella lo notó también.

—Es que pocos me han visto con el hábito —explicó en voz baja.

Ryder asintió.

—Creí que a lo mejor era algo como...

Una llamada de Rennie, procedente del largo porche de las dependencias de los oficiales, interrumpió sus palabras.

—¡Mary! ¡Mary! ¿Qué diablos estás...?

Ryder no quiso escuchar más.

—Ignórela —murmuró—, y camine un poco más rápido.

—Nadie ignora a Mary Renee —dijo Mary por lo bajo. A pesar de todo, aceleró la marcha para seguir a Ryder pero decidió tranquilizar a su hermana—. En seguida estoy ahí, Rennie. Ya te explicaré.

En aquel preciso instante, Moira se unió a su hija en el porche.

—Pero, chicas, ¿por qué estáis gritando? Os he oído desde... —Al ver la familiar silueta de Mary cruzando la plaza de armas se calló y se llevó la mano al corazón—. Ay, Dios mío, ha aceptado el hábito. He rezado tanto...

Sin mirarla, Rennie alzó la mano. Luego entornó los ojos y los clavó en su hermana. Perpleja y preocupada, dijo en voz baja:

—No, mamá. Juraría que no es eso. Pasa algo raro. —Amplió el ángulo de visión para incluir al acompañante de Mary, y su voz se tiñó de una súbita prisa—. ¡Dile a Jarret que salga, mamá! ¡Corre, díselo!

Como su madre no reaccionó con bastante rapidez para su gusto, Rennie alzó la voz de modo que fuera imposible que no la oyeran.

—¡Jarret, ven aquí! ¡Te necesito!

Al oír el grito, Ryder supo que estaba descubierto; entonces agarró a Mary del brazo y tiró de ella hasta rodear los edificios. Ella tropezó, pero él la ayudó a conservar el equilibrio y la obligó a ajustarse sus zancadas. Cuando doblaron la esquina, se sumieron de golpe en las sombras.

—Más vale que se vaya —lo urgió Mary—. Rápido.

Miró por encima del hombro y, a unos cincuenta metros de distancia,

vio un caballo mal atado a un poste, que en ese momento bajó la cabeza para husmear algo que había en la tierra. Fue entonces cuando distinguió la sombra de una segunda montura. Una expresión afligida se apoderó de sus facciones, normalmente serenas, cuando alzó el rostro para mirar a Ryder.

—Oh, no... —susurró—. No tendrá intención de...

No había tiempo para escuchar sus protestas. Ryder la agarró bien y tiró de ella hacia las monturas; habría ido más rápido solo, pero así tenía más protección. Ahora llegaban gritos más fuertes desde la plaza, y supo que se había dado la alarma.

—Más deprisa —ordenó en tono tenso—. Corra conmigo.

Sólo una vez intentó Mary negarse a andar, pero él le dio tal tirón que creyó que se le dislocaba el hombro. Pensó que ya tendría ocasión de separarse cuando llegaran a las monturas, pero Ryder prácticamente la arrojó encima de uno de los caballos. Aquello la dejó sin aliento hasta el punto de que, mientras recobraba la respiración, él soltó las riendas y montó la otra yegua.

Mary miró hacia atrás y vio los primeros soldados que rodeaban los edificios. No había luna, y en la oscuridad no le parecieron unos pocos individuos sueltos. Se movían como una negra marea, una masa de la que sobresalían unas alargadas sombras que reconoció como armas. En ese instante, se oyó un grito de Jarret:

—¡Por amor de Dios, no disparen! ¡Lleva a Mary!

—Por fin alguien con sentido común —dijo Ryder para sí.

Espoleó al caballo y tiró de las riendas de la montura de Mary.

—¡Mary!

Sobre todas las demás, ella oyó la voz de su madre, que recorría la distancia que las separaba con más claridad que los gritos exaltados y las órdenes vociferadas. Entornó los ojos para ver en la oscuridad e intentó distinguir su silueta, aunque Ryder la alejaba cada vez más.

—¡Mamá! —Aunque no pretendía parecer asustada ni muerta de pánico, lo parecía, y ella misma lo percibió en su voz—. ¡Mamá! ¡Te quiero!

—¡Mary!

El grito desesperado desgarró el corazón de cuantos lo oyeron. Para huir de su eco estremecedor, Ryder espoleó más los caballos hasta ponerlos al galope.

Al principio, Mary se juró que no le pediría nada. Ya había roto su promesa dos veces, y ahora luchó de nuevo contra el impulso de hacerlo. En sus labios resecos se formaban ya las palabras «por favor», y agradeció que la sequedad de su garganta le impidiera pronunciarlas.

La noche le parecía increíblemente oscura. En Nueva York siempre había luz; incluso en las noches de luna nueva, las farolas de gas iluminaban las amplias calles. Últimamente corrían rumores de que se iba a instalar luz eléctrica, y ella había pensado que sería como tener estrellas en el suelo, algo que, dadas sus circunstancias, no sería mala

idea, pues, a pesar de su gran número, las del cielo no daban apenas luz.

Observó que Ryder no parecía tener dificultad en encontrar el camino. Estaba segura de que era él y no los caballos quien elegía la ruta entre las rocas y, por lo que alcanzaba a advertir, prácticamente sin vacilaciones. Salvo porque seguía llevando las riendas de su montura, Ryder no parecía ser consciente en absoluto de su presencia. Ni siquiera había hablado con ella desde que salieron del fuerte. En las dos ocasiones en que ella se tragó su orgullo y le pidió ayuda, la ignoró. Mantenía un ritmo de marcha tan regular como feroz, y era el único que no mostraba signos de cansancio. Las yeguas iban con las cabezas pegadas al suelo, y Mary permanecía en la silla de montar por pura y simple fuerza de voluntad.

La idea de que tal vez Ryder había tenido razón al llamarla cabezota no le causó mucha satisfacción.

—Si fuera sensata me desmayaría —musitó—; me desmayaría sin más, y así tendría que detenerse o dejarme donde cayera.

Ryder no dio muestras de haberla oído, y eso aumentó su rabia.

—No puedo seguir a este ritmo —le advirtió.

Le dolía todo el cuerpo, y en algunas partes le dolía tanto que sólo de pensarlo se le saltaban las lágrimas. Juraría que sentía dolor hasta en las raíces del pelo.

—Le digo que no puedo.

La segunda confesión fue sólo un susurro lastimero. La hizo sentirse humillada, e incluso agradeció que él no respondiera. Entonces pensó en

otra María, su tocaya, y en la peligrosa huida a Egipto que tuvo que afrontar para escapar de la cólera de Herodes. Aquella María cruzó kilómetros de desierto con su hijo en brazos, montada en un asno, y en ninguna parte estaba escrito que fastidiara a José o que se quejara a Dios.

Aunque las circunstancias de su huida eran muy distintas, Mary recurrió a aquella historia en busca de consuelo y fuerza. Le sirvió de apoyo y le dio resistencia para aguantar otras dos horas sin decirle a Ryder ni una palabra. Cuando por fin habló, un sonido burlón surgido del fondo de su garganta precedió sus palabras.

—Pero a la santa Virgen no la secuestró nadie... —susurró en voz baja y ronca—. Y además, seguro que alguien ha quitado la parte donde se quejaba.

Le daba igual que Ryder no comprendiera el divagar de sus pensamientos; de todas formas, no hablaba para él.

—Probablemente tampoco tuvo que rogarle a san José que le diera agua: él era lo bastante amable como para cuidar de...

Su desmayo no formaba parte de un plan de venganza, y Ryder no pudo impedir su indigna caída desde la silla. Sin mostrar ni rastro de remordimiento o de rabia en el rostro, se limitó a desmontar y arrodillarse junto a ella. Al ver que ni siquiera la propia sacudida del duro aterrizaje le había devuelto la conciencia, le deslizó un brazo bajo los hombros y otro por debajo de las rodillas y la levantó. Como si fuera un bulto, la echó boca abajo sobre la silla de montar, la amarró para que no se resbalara y cayera, y, tras montar de nuevo, reanudó el intenso

ritmo del galope.

Al despertar, Mary se sintió desorientada. Sabía que estaba viendo el suelo, pero aquello no tenía sentido. El corazón le palpitaba con el correr de la sangre, y a la nariz sólo le llegaba un olor de sudor de caballo. Cuando se le despejó la cabeza y vio clara la situación y su postura, se ruborizó.

—El círculo más bajo del infierno es demasiado bueno para usted, Ryder McKay.

—Probablemente tenga razón.

Varias cosas se le ocurrieron a Mary al mismo tiempo: había pensado en voz alta, Ryder había contestado, y su voz le había llegado desde muy cerca. Se retorció con torpeza, intentando levantar la cabeza para ver dónde estaba, y él le dijo:

—Quédese quieta.

A pesar de su horrible cansancio, su primer impulso fue oponerse a la orden. Lo que la hizo desistir fue saber que Ryder se limitaría a esperar que su forcejeo acabara, y que no tendría que esperar mucho.

Cuando la levantó de la silla, se inclinó pesadamente contra él. La humillante verdad era que no podía sostenerse en pie sin apoyarse en Ryder.

—Shhh —la tranquilizó.

Mary se dio cuenta de que estaba llorando. Sintió que un brazo le rodeaba los hombros y la sujetaba. Las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas mojaron la chaqueta de Ryder, pero él siguió sosteniéndola

hasta que incluso el llanto le supuso un gasto excesivo de energía.

—No puedo moverme —dijo ella con voz débil.

—Lo sé, no pasa nada.

Ryder la levantó en brazos, como había hecho antes, pero esa vez no la subió a la silla de montar, sino que la llevó hacia un oscuro hueco que se abría en la cara de una de las rocas que los rodeaban, y entró en él. Cuando la absoluta falta de luz le impidió dar un paso más dentro de la cueva, la dejó en el suelo.

—Tengo que ocuparme de los caballos —le explicó—. Aquí estará segura.

Mary sólo distinguió su alta silueta cuando él salió por la entrada de la caverna. Después, siguió mirando fijamente en aquella dirección hasta que ya casi no enfocaba la vista. A cada parpadeo le resultaba más difícil mantener los ojos abiertos, y se prometió que sólo dormiría un momento.

Ryder soltó el maletín, las sillas de montar y las mantas cerca del cuerpo ovillado de Mary. Luego destapó una de las cantimploras que llevaba, se arrodilló junto a la joven, le alzó la cabeza y dejó que el agua se escurriera por sus labios. Ella entreabrió la boca y la tomó con ganas, mientras con las manos inclinaba más la cantimplora.

—Ya es suficiente —dijo él en voz baja.

«Nunca sería suficiente», pensó Mary. Dejó que retirara la cantimplora sólo porque no podía luchar por ella. Se lo habría dicho, pero no tuvo fuerzas para formular las palabras.

Ryder le deslizó una manta bajo la cabeza mientras dejaba la

cantimplora y, a continuación, se echó a su lado. La sintió temblar de puro agotamiento. Ella no protestó cuando él le pasó un brazo por la cintura y la acercó a su cuerpo.

Fuera de la cueva, la primera claridad del sol comenzaba a insinuarse en el horizonte cuando Ryder y Mary se quedaron profundamente dormidos.

«Aquello no era un sueño.» Ése fue el primer pensamiento de Mary al despertar, y sus doloridos miembros así se lo confirmaron. Giró con cuidado sobre su cadera, quitó el guijarro que le había hecho un hoyuelo en la carne y lo tiró lejos. Después, con cierto esfuerzo, se sentó, se apoyó en una gran roca y evaluó la situación.

En algún momento, mientras dormía, Ryder la había soltado. Recordaba vagamente que él había dejado el maletín a un lado y le había metido una manta bajo la cabeza, y ahora ambas cosas habían desaparecido, lo mismo que la cantimplora. Eso la hizo pensar en los caballos, de los que dijo que tenía que «ocuparse». ¿Se habría marchado con los dos, o habría uno esperándola?

Se puso de pie, un poco vacilante, y se abrió camino con cuidado dentro de la cuerva hasta la boca de la misma. El sol la cegó y, antes de salir de la sombra, levantó una mano para protegerse los ojos. Nada de los alrededores le resultó conocido. Se trataba de un lugar donde la intensa luz del día recortaba con fuerza todos los relieves. Aunque sabía que habían estado subiendo durante la noche, la sorprendieron los imponentes pinos que parecían brotar de un suelo totalmente

inadecuado para sostenerlos. El terreno era escarpado y hostil; las rocas se alzaban en extraños ángulos, y una hierba rala cubría el suelo. El aire era seco, y el calor ya formaba una calina a lo lejos.

No vio los caballos ni tampoco el sendero que Ryder había usado para llegar y marcharse. No sabía si estaba al norte o al sur de Fuerte Union, al este o al oeste de la línea férrea, sólo sabía que estaba más en alto que antes, y que la rodeaba una tierra más alta aún. Las montañas donde se encontraba le resultaban completamente desconocidas, y se le ocurrió que tal vez caminara durante días sin encontrar nada familiar ni a nadie amistoso. Tendrían que encontrarla, por supuesto; su supervivencia dependía de eso. Pensó en qué haría para llamar la atención en aquel desierto, y entonces se desabrochó la toca y la agitó. Una fina capa de polvo cubría el velo negro, y la blanca toca estaba manchada de tierra y de sudor. Con gesto cansado, se metió los dedos entre el pelo y los movió para soltar los mechones que tenía pegados a las sienes.

—Lo tiene más largo de lo que recordaba.

Mary se volvió y miró al interior de la cueva. Ryder estaba en la entrada medio oculto por su sombra protectora. Ella tuvo que entornar los ojos para enfocarlo con claridad, y lo que vio le pareció absurdo: tenía un aspecto tan relajado como tenso y agobiado era el suyo, y estaba tan limpio como desaliñada estaba ella. Entonces se apartó la mano del pelo y dijo:

—Creía que se había marchado.

Como su mera presencia proclamaba que no era así, Ryder no desperdició palabras explicándolo.

—Mejor que venga aquí —le aconsejó él—. Quítese del espacio abierto.

Mary no se movió.

—No veo los caballos.

—Los he despachado.

—¿Despachado? Pero...

—Venga aquí.

Despacio, dolorosamente consciente de sus incómodas agujetas y de la calmada orden de Ryder, Mary hizo lo que le decía. Cuando estuvo cerca, él la tomó del brazo y tiró de ella hacia dentro.

—Puedo arreglármelas sola —espetó, molesta—. Lo he hecho hasta ahora.

Él ignoró el comentario.

—No ponga un pie fuera de esta gruta otra vez, ¿entiende?

—Entiendo lo que está diciendo —contestó ella, su ácido espíritu había vuelto—, lo que no entiendo es por qué lo dice.

Él apretó un instante su agarrón.

—Sólo me importa lo primero: no tiene que comprender mis motivos para obedecer mis órdenes.

Mary redujo sus labios a una rebelde línea. Por nada del mundo le habría dicho que sus dedos le magullaban la piel. Con fingida dulzura preguntó:

—¿Y qué me sugiere que haga si siento una llamada de la naturaleza?

—Respóndala. —Le soltó el brazo—. Le mostraré dónde.

Ryder no la condujo dentro de la cueva en seguida. Primero salió fuera, trepó con rapidez a uno de los pinos y cortó una ramita de un punto lo bastante alto como para que no se notara desde el suelo. A continuación la usó para borrar el rastro de sus propias huellas y de las de Mary. Eliminó hasta los reveladores dibujos del hábito en el suelo, y también volvió a colocar una piedra que ella había movido con el zapato para que el lado cocido al sol quedara boca arriba de nuevo.

Mientras lo observaba, la joven comprendió por qué antes no veía el sendero. Y algo más importante todavía: lo difícil que sería que otros lo encontraran. Ryder no dejaba nada al azar.

—No va a encontrarnos nadie, ¿verdad? —le preguntó cuando volvió a su lado.

Ryder se encogió de hombros y dijo:

—Por aquí. —Después, sin esperar a ver si lo seguía, echó a andar. Cuando llegó al lugar donde habían dormido durante la noche, cogió una antorcha que había dejado metida entre dos rocas.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Mary.

Ryder levantó la antorcha, que esparció su temblorosa luz por las paredes de la gruta, y en ese instante ella se dio cuenta de que su repentina aparición se debía a que no había abandonado la cueva en ningún momento. A la luz de la antorcha empezó a hacerse una idea de la inmensidad del lugar al que la había llevado.

Justo más allá de la zona donde había dormido, la gruta se abría en una enorme antecámara. La luz sólo le permitió distinguir media docena de túneles que surgían de allí, aunque sospechó que debía de haber el doble. Sabía lo bastante de cuevas como para deducir que de aquellos túneles partirían otros secundarios; literalmente habría centenares de rutas distintas y kilómetros de corredores, y todos ellos llevarían a algún sitio... o a ninguno.

Sería más fácil perderse en aquella gruta que perder a Ryder.

—Usted ya ha estado aquí antes —espetó en tono acusador.

Él se limitó a tenderle una mano para ayudarla a avanzar por el suelo rocoso. Ella la rechazó, y Ryder se encogió de hombros. En su avance, cruzó una pequeña corriente de agua poco profunda, pisando una serie de piedras oportunamente colocadas. En el interior de la gruta, la temperatura era fresca y constante, pero el aire era puro, no húmedo ni rancio. A Mary le pareció que Ryder elegía una abertura al azar y, sin embargo, sabía que no era así. Intentó fijarse en la entrada de la misma, en el suave contorno de la roca y en las formaciones de las piedras que llevaban a ella, pero la oscilante luz de la antorcha se lo impidió. Además, le dio la impresión de que Ryder movía la antorcha a propósito para que no viera nada con demasiada claridad.

El túnel daba vueltas y revueltas, se estrechaba y ensanchaba, y, como Mary había previsto, hubo que tomar nuevas derivaciones del mismo. Al cabo de sólo un centenar de metros se había desorientado por completo. Estaba a punto de preguntarle si se había olvidado de sus

necesidades físicas, que ya iban alcanzando la fase de urgencia, cuando él señaló un estrecho corredor y le pasó la antorcha.

—Tome la segunda abertura a la derecha —dijo—. Yo esperaré aquí.

—Sus modales me dejan sin aliento —replicó ella con una sonrisa afectada mientras, con sarcasmo, ponía los ojos en blanco.

Tomó la antorcha y desapareció por el túnel. A medida que se alejaba, le oyó decir:

—No hay adonde ir, así que no se moleste en intentarlo. Todos los demás túneles son callejones sin salida.

Ryder observó que Mary enderezaba la espalda, e imaginó que estaba apretando los dientes para contener una réplica. Se permitió una pequeña sonrisa, una especie de reconocimiento ante su asombrosa resistencia, y luego, a oscuras, se apoyó en la fresca pared de la gruta a esperar su regreso. Como siempre, en la espera había un placer, y Ryder saboreó la expectativa de volver a verla. Estaría despeinada y malhumorada, pero su espíritu iluminaría la oscuridad antes que la luz de la tea.

Cuando ella se acercó, él se apartó de la pared y cogió la antorcha.

—Sólo queda un poco más —dijo—. ¿La sostienen las piernas, o quiere que la sostenga yo?

A Mary le dio rabia no haber sido capaz de ocultar su cojera.

—Estaré...

—No sé ni por qué se lo he preguntado —la cortó él. Volvió a darle la antorcha y la cogió en brazos—. Mantenga eso en alto, no vaya a

quemarme el pelo.

Aunque la idea era tentadora, Mary hizo lo que le pedía, y levantó la antorcha por encima de sus cabezas. Ryder la llevó en brazos otros cincuenta metros sin que ella notara el más mínimo jadeo. La sorprendió su aguante, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, él se detuvo en el umbral de otra cámara y, una vez dentro, fue dando la vuelta despacio, para mostrársela. Mary abrió más los ojos.

La luz procedía de cinco faroles que colgaban de sendos ganchos clavados en la piedra. A la izquierda del lugar por donde habían entrado había una pequeña poza de agua, y ella oyó el leve gorgoteo de la corriente subterránea que renovaba el agua y se llevaba la escorrentía. Sobre un ancho saliente de piedra, en una especie de altillo rocoso, vio extendidas gruesas mantas de vivos colores que formaban una cama. La cámara no tenía auténticas esquinas, pero en una parte que hacía algo de ángulo se había dispuesto una especie de despensa. En ella había centenares de latas de comida, así como carne seca y otros alimentos de primera necesidad metidos en sacos y barriletes; entre los comestibles había además utensilios de cocina, jarras de gres, cubos de madera, cestas y tazas de hojalata apilados de cualquier modo. Cerca de todo aquello se veía un cajón de rifles y cajas de municiones, junto a un pequeño baúl sin iniciales.

La cámara no sólo estaba bien abastecida: también estaba amueblada con una mecedora, un taburete de tres patas, un sillón de orejas tapizado en un desvaído brocado y una delicada mesita auxiliar de madera de

cerezo. Aunque la mezcla de muebles era extraña, Mary reconoció su calidad.

Con una expresión a medias de horror y estupefacción dijo en voz baja:

—Entonces es verdad...

—¿Qué es verdad?

Mary no era consciente de haber hablado en voz alta. Le dio a Ryder un empujoncito en el hombro y él la dejó en el suelo. La habría sostenido, pero ella se apartó un paso.

—¿Es aquí donde ha escondido el oro? —preguntó.

En ese momento, él entendió lo que pensaba: creía que el contenido de la cámara tenía algo que ver con el ataque del cañón Colter.

—Aquí no hay oro. —No le dio más explicación, y, como le pareció que se quedaba satisfecha, señaló la poza de agua—. Está fría, pero puede lavarse ahí. Báñese si quiere. El agua para beber la cogió del manantial, de modo que no se preocupe por si ésta se ensucia. En ese baúl hay jabón, y en mi alforja, linimento.

Mary miró con ansia el agua y luego volvió a mirar a Ryder, esta vez con menos reproche. Había dicho que allí no había oro, ¿lo creería? ¿No se lo creería? Al cabo de un instante, dijo en voz baja:

—Quisiera bañarme. Y tal vez lavar el hábito. —De su amplia manga sacó el velo y la toca, llenos de polvo—. Y esto.

—Lo que usted quiera.

—¿Hay toallas?

—Esto no es un hotel.

—Es comprensible que haya cometido ese error. —Echó un vistazo a su alrededor—. Por lo visto, tiene usted todas las comodidades básicas.

Ryder se apiadó de ella. Durante un momento, en sus ojos grandes e increíblemente verdes había visto una sombra de indecisión.

—En el baúl, con el jabón; ya se lo doy yo.

Cuando Ryder le llevó el jabón y un trozo de tela, Mary los cambió por la antorcha que sostenía en la mano. Luego subió con cuidado las lisas piedras que rodeaban la pequeña poza y se quitó los zapatos y las medias. Tras mirar de reojo a Ryder, se alzó un poco la negra falda y se dio un masaje en las pantorrillas.

—Usted ya se ha bañado —comentó—. Y solo.

No era una pregunta, sino una indirecta. Ryder vaciló.

—No hay salida —añadió ella—. No voy a ir a ningún lado.

Él entornó los ojos mientras la miraba un poco más.

—Muy bien —aceptó al fin—. Tengo cosas que hacer en otro sitio.

Cogió uno de los cubos de madera y un cazo y, sin soltar la antorcha, salió de la cámara.

Mary esperó a quitarse el hábito y la ropa interior a que las ligeras pisadas de Ryder se apagaran por completo y estuviese segura de que se había marchado de verdad. La pila de ropa que pretendía lavar quedó olvidada a un lado cuando se examinó el magullado y castigado cuerpo. Tenía varios cardenales de tamaño considerable en el hombro, la parte superior del brazo y la cadera, y sólo comprendió su origen cuando

recordó la caída. Las pequeñas y doloridas ampollas de las palmas de las manos y las puntas de los dedos eran más fáciles de explicar: como él no le daba las riendas, todo el rato se había agarrado fuerte a la silla de montar.

Luego investigó más abajo y se palpó las costillas, el liso vientre y el leve perfil del hueso de la cadera. El constante roce del cuero le había quemado la fina piel del interior de los muslos, en la parte de los mismos con que controlaba su montura. Con cautela, se llevó allí la mano y dio un respingo. Iba a necesitar algo más que linimento para aliviar el dolor.

Acercó los dedos de los pies al agua y tocó apenas la superficie. Ryder había empleado un eufemismo al decir que estaba fría: estaba helada. Volvió a sentarse en las piedras y luego con cuidado, poco a poco, fue metiéndose en la poza hasta hacer pie. El agua le rodeó la parte inferior de los senos, y su temperatura glacial hizo que se le endurecieran los pezones casi hasta dolerle. Al principio, le costó trabajo respirar, y estuvo tentada de salir a pulso, pero para eso necesitaba más fuerzas de las que podía reunir en aquel momento. A la altura de los tobillos y los pies sentía cómo la rápida corriente subterránea pasaba y la empujaba. Cuanto más profunda era el agua, más fría estaba, de modo que estaba dudando sobre si mojarse por completo... hasta que Ryder volvió a aparecer.

Mary tenía el jabón en una mano y un retal de lienzo en la otra, y no los soltó, sino que los sostuvo en alto cuando se hundió en el agua hasta la barbilla.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

A Ryder no se le escapó que su tono era tan helado como el agua.

—No he oído ningún chapoteo —explicó tranquilamente—, y he querido asegurarme de que no se hubiera ahogado.

Mary soltó un gruñido a la vez burlón e impaciente.

—No tendría usted tanta suerte.

Él abrió un poco más sus pálidos ojos grises.

—No ha tardado mucho en recuperar su frescura.

Como no estaba segura de haberlo oído bien, ella preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que es usted fresca.

Nunca se habían referido a ella con aquella palabra. Había oído calificativos como «áspera», «franca» o «sarcástica», pero «fresca» sonaba infantil, incluso un poco coqueto. La hacía sentirse torpe y juvenil, dos cosas que no había sido nunca, ni siquiera de joven. Avergonzada, bajó las manos y las cruzó ante sus pechos, por debajo del agua; algo del calor huyó de su cara.

Sin exteriorizar nada, Ryder la miró con aire pensativo y se acercó despacio a la poza agachándose al llegar al borde de la misma.

—Esto me resulta familiar —dijo en voz baja.

Mary estaba pensando lo mismo, salvo por el frío. Y se le ocurrió que se le pasaría con el tiempo. Por fortuna, al cabo de un rato se sentiría demasiado entumecida como para sentir frío... ni humillación. Haciendo alarde de toda la dignidad que las circunstancias le permitían, le

devolvió la mirada y esperó a que se apartara. Al ver que no lo hacía, dijo:

—Podría usted mostrar algo de educación.

—¿Necesita ayuda? —preguntó él, cortés; nada más educado que su oferta. Vio que ella apretaba los labios en un gesto de exasperación y esbozó una maliciosa media sonrisa—. La he irritado otra vez, ¿verdad?

Mary no sabía qué la irritaba más, si que él la hiciera reaccionar tan fácilmente o que encontrara divertida aquella situación.

—¿Quiere marcharse, por favor? —preguntó.

—No tenía más que pedirlo.

Sin dejar de mirarla con su máscara de calma impenetrable, Ryder se levantó despacio. En su cuerpo no parecía haber ni rastro de las agujetas que atormentaban hasta el menor movimiento de Mary, y sin que él lo supiera, eso encendió la rabia de ella tanto como su desconsiderada respuesta. En cuanto le dio la espalda, Mary le lanzó con fuerza la pastilla de jabón. Le acertó justo entre los omóplatos, y después cayó al suelo con un golpe sordo.

Ryder giró sobre sus talones, pero cualquier castigo que hubiera pensado en aquel breve lapso de tiempo quedó en suspenso cuando le vio el hombro. Mary había salido del agua lo suficiente como para que se viese con claridad la gran magulladura.

—¿Se lo hizo al caerse? —preguntó.

Ella siguió su mirada y echó una ojeada al enorme cardenal que florecía en medio de su pálida piel.

—A menos que me haya pegado usted mientras dormía... —replicó, pero casi se arrepintió del frívolo comentario cuando los ojos de él la miraron fijamente—. Sí, cuando me desmayé.

—¿Hay más?

Ella vaciló.

—Si no me contesta, la sacaré a rastras de ahí para verlo por mí mismo.

Entonces Mary levantó el brazo.

—Y otro en la cadera.

Él se limitó a mirarla con atención, intentando calibrar su sinceridad.

—Nada más —añadió Mary.

Ryder asintió con un gesto. Su alforja estaba sobre las mantas y volcó el contenido sobre ellas, esparciéndolo. Entre los artículos que Florence le había preparado, había una botella castaña de poderoso linimento del doctor Horace White. Lo dejó junto a la poza diciendo:

—Con los saludos de Fio; ha pensado en todo.

Mary no trató de cogerlo ni le dio las gracias. En cuanto a la madre del general, le pareció que tenía mucho de lo que responder.

—¿Me da el jabón? —preguntó.

Él se lo pasó.

—¿Estará usted bien?

—Sí, por supuesto.

Mary lo miró. Una cierta arruga de tensión desapareció de las facciones de Ryder al tiempo que sus ojos recuperaban su

distanciamiento. Se dio cuenta entonces de que no había nada que pudiera darse «por supuesto»: realmente había vuelto porque le preocupaba que le hubiera ocurrido algo. Quiso decirle que debió pensar en eso antes de obligarla a marcharse con él, pero la ocasión de hacerlo pasó cuando Ryder cogió su antorcha en la entrada y desapareció por el pasillo. Mary se dijo que habría otras ocasiones, y echó un vistazo en torno a la cámara. Cuando posó la mirada en el cajón de rifles y en las cajas de cartuchos, sonrió; si uno era ingenioso, las ocasiones podían fabricarse.

En la sala del manantial, Ryder apoyó la antorcha en unas rocas y, a continuación, llenó el cubo de agua fresca, tomó unos cuantos sorbos del cazo y lo dejó a un lado. Le daría a Mary diez minutos para que acabara de bañarse, no más. El agua estaba demasiado fría y le sentaría mal, y sus fuerzas ya estaban demasiado mermadas.

Aún sentía en la espalda el sitio donde le había acertado con la pastilla de jabón. Mary estaba también al límite de su resistencia emocional, y Ryder sólo pudo imaginar hasta qué extremos llegaría para deshacerse de él y qué métodos emplearía. Tendría que procurar hacerle ver que no había forma de escapar de la gruta, de lo contrario, se temía que muriese intentándolo. Reflexionó sobre qué le diría y ensayó mentalmente sus argumentos. Al cabo de diez minutos, volvió sobre sus pasos en dirección a la gruta iluminada.

Todas las frases que había elaborado con esmero se quedaron sin decir. En la cámara, con sólo una manta y una salvaje sonrisa, estaba

Mary Francis, en silencio.

El rifle con que le apuntaba al pecho hablaba por ella.

Capítulo 6

—Sé cómo usarlo —dijo Mary, alzando un poquito el rifle.

Ryder asintió.

—Está bien que me dé esa información —contestó—. Gracias.

Ella creyó oír un asomo de diversión en su tono, y eso hizo que sus ojos color verde selva centellearan.

—A lo mejor también quiere saber otra cosa: lo usaré.

—Creía que para eso lo había cogido.

Esta vez, ella se quedó satisfecha.

—Ponga la antorcha en el suelo, y también el cubo. Ahora quiero que coja el revólver. —Por un instante, su mirada bajó hasta el arma que Ryder llevaba metida en la cintura de los pantalones—. Déjelo en el suelo y empújelo con el pie hacia mí.

Ryder soltó la antorcha y el cubo, luego alzó la mano derecha despacio y sacó el Colt. Puso especial cuidado en hacerlo sin brusquedades. El rifle era uno de los llamados «Henry», de gatillo rápido y una enorme precisión. A aquella distancia, era casi imposible que errase el blanco, y, aunque sólo pretendiera darle en el hombro, la herida resultaría mortal. Ryder sabía que ella no había pensado en las consecuencias de matarlo. Para empezar, si él moría, no tendría más que

una mínima posibilidad de encontrar la salida de la gruta, y luego aún le quedaría enfrentarse a las montañas. Allí, sus posibilidades de supervivencia eran incluso menores.

Con cautela, dejó el Cok en el suelo rocoso de la gruta y le dio una patada en dirección a Mary.

—¿Y ahora qué?

La barbilla de ella dio una breve sacudida hacia la extraña colección de sillas.

—Puede tomar asiento —dijo—; usted elige.

Él optó por el taburete. Mary lo siguió pero no se sentó. Ryder vio que levantaba de nuevo el rifle y supo que empezaba a pesarle.

—Se le está resbalando la manta.

Ella meneó la cabeza.

—No me engañará tan fácilmente.

—De acuerdo —replicó él, y sus ojos se posaron en la redondez de la parte superior de sus pechos—. Entonces no le importará que disfrute de la vista.

A Mary le entraron ganas de dispararle sólo para sacudir su impasible tranquilidad.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—No tiene que apuntarme con un rifle para que le responda.

—Por lo visto, sí, puesto que todavía no me ha contestado.

—Esta es la gruta de las Almas Perdidas.

«Qué adecuado», pensó ella.

—¿Un cementerio?

—En tiempos sí, pero hace siglos que no se utiliza para eso. De todas formas hay cámaras con restos humanos dentro de la gruta, y sigue siendo un lugar sagrado para los apaches.

—¿En especial para los chiricahuas?

—Sí.

—Entonces es un sitio conocido.

Él se encogió de hombros.

—Aparece en todos los estudios geológicos de la zona.

«Está siendo obtuso de forma premeditada y exasperante», pensó Mary, y además seguía sin quitarle la vista de los pechos. Estaba deseando bajar la mirada para averiguar lo que él veía, pero resistió. La manta era de lana, bastante gruesa, y sentía su peso en la piel. Aunque Ryder fingiera ver a través de ella, lo cierto era que seguía pudorosamente tapada.

—¿Se le ocurrirá al grupo de rescate buscar aquí?

—Hemos pasado casi toda la noche dejando pistas falsas —contestó él—. Éste no es el primer sitio al que irán.

—Entiendo.

—Y, si lo hacen, es poco probable que encuentren esta cámara.

Mary estuvo a punto de hablarle de su cuñado, Jarret Sullivan, que antes de casarse con Rennie se ganaba bien la vida como cazarrecompensas, pero dominó su impulso de mostrarse vanidosa, y en lugar de eso dijo:

—El ejército tiene exploradores tan listos como usted.

—Y más —convino él, modesto—, pero en Fuerte Union todos ellos son apaches.

—¿Y qué?

—Que si encuentran un rastro, tal vez conduzcan al ejército hasta las Almas Perdidas, pero ninguno entrará aquí.

—Porque es terreno sagrado.

Él asintió.

—Los apaches son supersticiosos con los muertos, incluso temerosos; no entrarán aquí.

—Pero usted ha entrado.

Ryder alzó los ojos y la miró con franqueza.

—Yo no soy apache.

Mary sintió la atracción de sus pálidos ojos grises, color de escarcha.

—¿Ni siquiera a medias?

—Si se refiere a la sangre, ni siquiera un cuarto, ni siquiera una octava parte. Soy escocés e irlandés por parte de padre y francés por parte de madre. Y de eso hace generaciones. Mis padres nacieron y se criaron en Ohio.

Mary trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro y deseó poder mover el rifle con la misma facilidad. Ryder era un enigma. Le hacía plantearse más preguntas de las que respondía, y ella estaba cansándose. Entonces retrocedió hasta el sillón de orejas y se puso detrás. El alto respaldo le proporcionó apoyo para el rifle y estabilizó su puntería.

También resultaba un buen refugio; ahora, si la manta se le caía, sólo se enteraría ella.

—Los del fuerte creen que es usted amigo de los chiricahuas.

—Probablemente porque es verdad. Y ¿eso la ha hecho suponer que soy uno de ellos?

—Yo... yo no sé. Supongo que me parecía que eso explicaba algunos de sus actos.

Las facciones de Ryder siguieron imperturbables, pero tenía la mandíbula en tensión. Un pequeño músculo empezó a latirle en la mejilla.

—¿Qué sabe usted de mis actos?

—Sé que me ha secuestrado —contestó ella.

Él rechazó el comentario con un brusco gesto de la mano.

—Antes de que fuera a verme a mi celda —espetó con sequedad—, ¿qué sabía de mis actos?

—Creía que era usted honrado —contestó ella—. Y tal vez siga siéndolo, pero ya no sé a quién honra usted. Si el ataque del cañón Colter fue obra suya, tal vez tuvo que traicionar a su país para cumplir con sus amigos.

—Me parece recordar que dijo usted algo sobre haberme ayudado si se lo hubiera pedido. Si cree que intervine en el ataque, ¿no estaría entonces traicionando a su país?

¿Cómo era posible que ella tuviera el arma y él siguiera llevando ventaja?

—Si hubiese creído que usted era responsable del ataque, no le habría ofrecido ayuda.

—Justo.

La lógica de él la desconcertó.

—Eso fue entonces —se apresuró a rebatir ella—. Ahora no sé lo que pienso sobre su idea del honor. Usted no se ha comportado honorablemente conmigo.

Ryder no lo negó.

—No —convino—, no lo he hecho.

Mary no contaba con su franco reconocimiento y frunció las cejas mientras lo observaba con detenimiento.

—Entonces, ¿por qué...?

—La sacrifiqué a usted para proteger a Florence. Supongo que eso le parecerá una prueba más de mi conflicto de lealtades. —Se inclinó hacia delante en el taburete y apoyó los antebrazos en las rodillas; su postura era relajada, tranquila—. Preferiría que bajara el rifle, Mary. No me importa darle explicaciones, pero no así.

A ella le impresionó que empleara su nombre. No recordaba que lo hubiera hecho antes, y ahora lo hizo con cierta intención, como si su uso conllevara un propósito y algún tipo de expectativa.

—Dígame sólo una cosa —le preguntó—, ¿sería este rifle estímulo suficiente para que me sacara de aquí?

—No —contestó él en voz baja—. Pero creo que eso ya lo sabe.

Mary suspiró y bajó el arma. Luego dejó que Ryder la cogiera y la

devolviera al cajón junto con las otras.

—No me gustaba apuntarlo —reconoció ella.

—No creía que le gustase. —Recogió el Colt y lo puso encima de un barrilete de harina—. Y creo que yo tampoco necesito esto. ¿Por qué no se sienta?

Antes de rodear el sillón de orejas, Mary se ajustó la manta y se la subió de un tirón. Le pareció ver que Ryder sonreía, pero fue una expresión tan fugaz y leve que se dijo que quizá lo había imaginado.

—Pude dispararle.

—Estoy convencido de ello.

Ella se sentó en el sillón de orejas y recogió las piernas debajo. Cuando sus muslos se rozaron uno con otro, dio un respingo e inspiró hondo conteniendo la respiración.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada.

Era una mentira tan evidente que Ryder hizo una mueca burlona.

—¿Tengo que coger el revólver?

—Bueno, ya que insiste tanto —contestó ella con impaciencia—, es sólo que estoy sensible de cabalgar toda la noche.

—¿Sensible?

La boca de Mary se convirtió en una línea. Pero ¿con cuánta claridad quería que hablara?

—Parece como si me hubieran quemado los muslos.

Ryder vio cómo la tez de Mary se volvía tan roja como para competir

con el color de su pelo, sin embargo, siguió mirándolo fijamente, desafiándolo a que hiciera algún comentario.

—Le prepararé un ungüento. —No le dijo que eso implicaría salir de la gruta. Tendría que hacerlo mientras ella durmiese, aunque, a juzgar por la leve hinchazón de sus párpados, no tendría que esperar mucho tiempo—. Le vendrá bien.

Mary no le dio las gracias por el ofrecimiento, sino que preguntó:

—¿Qué ha querido decir con eso de Florence Gardner? ¿Con lo de sacrificarme a mí para ayudarla?

—Creí que había entendido el papel que ella representó en la fuga.

—Entiendo que lo arregló para que yo fuera a verlo a usted, que escondió la llave en su Biblia y un arma en el maletín, y que le procuró caballos de repuesto.

—Exacto. Lo sabe porque estaba allí. Pero ¿qué supone que piensan del asunto de la huida allá en Fuerte Union?

Mary lo pensó un momento.

—Pero ¡usted me secuestró! —exclamó finalmente.

—¿De veras? —preguntó él con tranquilidad—. ¿O vino usted por propia voluntad? Harry Bishop no tiene ninguna orden del general Gardner para que usted entrara en la prisión militar, la dejó pasar porque es monja. Ni siquiera la propia Florence consiguió entrar aquella noche. Fue usted quien metió este maletín, así que, ¿cómo sabemos que no era suyo? No llamó al guardia mientras me cambiaba y me ponía el uniforme, y tampoco trató de advertirle cuando él entró en la zona de las

celdas.

—Pero usted...

—Lo sé... Y ésa es la cuestión, que quien lo sabe soy yo. —Vio cómo ella dejaba caer los hombros mientras se llevaba una mano a la frente—. Usted me acompañó al otro lado de la plaza de armas, y cuando su hermana la llamó, le dijo que se lo explicaría todo más tarde. No pidió ayuda, y cuando echamos a correr, corrimos juntos. Había dos monturas esperándonos, no una sola, y ambas estaban ensilladas, de modo que no hay posibilidades de que yo quisiera una para cabalgar y otra de refresco para más tarde. A todos los efectos, éste no es un secuestro improvisado. Probablemente, algunos ya estén cuestionándose su oportuna llegada al fuerte, y se preguntarán si no había organizado ya todo el asunto hace semanas.

—Yo no le he dicho a nadie que lo conocía —objetó Mary, pero en seguida frunció el entrecejo al recordar que eso no era del todo cierto: le había mencionado su nombre a Jarret.

—Florence sabe que nos habíamos conocido antes, y se asegurará de que otros lo averigüen. Se mostrará reacia a hablar, por supuesto, porque todos saben que ella es mi más firme defensora, pero su reticencia sólo conseguirá que resulte más verosímil.

Mary se frotó las sienes, tratando de pensar. Luego preguntó:

—¿Y sí yo no hubiera ido al fuerte? ¿Cuál era su plan entonces? —Se apartó la mano de la cara—. ¿No tenía ningún plan?

Ryder se encogió de hombros.

—Me habrían ahorcado. —Recogió el linimento del borde de la poza y lo levantó en alto—. ¿Se ha puesto esto?

—No he tenido tiempo.

—Estaba demasiado ocupada pensando en los rifles...

Se acercó al sillón de orejas, arrastrando el taburete al avanzar, y dijo:

—Siéntese derecha.

Al oír su escueta orden, Mary se dio cuenta de lo mucho que se había encogido en la butaca. Con sus largas piernas recogidas debajo del cuerpo, la cabeza inclinada y los hombros encorvados en actitud de derrota, al final su postura reflejaba todas las características de la rendición. Entonces reaccionó, se enderezó y preguntó:

—¿Qué va a hacer?

Ryder estaba vertiéndose linimento en la palma, tapó la botella, la dejó al lado y se frotó las manos. La fricción calentó el aceite, de modo que cuando tocó con él los hombros desnudos de May, el calor penetró por la piel hasta el hueso. Él la vio cerrar los ojos de puro alivio; sus pestañas aletearon un segundo y luego se quedaron quietas, como un abanico que le tapara las ojeras bajo sus ojos cerrados. Salvo por esas sombras, su tez estaba pálida. Mary echó la cabeza hacia atrás exponiendo así la línea de su garganta. Ryder distinguió el pulso en su cuello, débil testimonio del latido de su corazón.

Con suavidad, llevó las manos hasta la parte superior del brazo de ella e hizo penetrar el linimento con un masaje. Mary no intentó apartarse, de modo que él se echó más aceite en las palmas, lo calentó y

colocó luego las manos sobre el hombro sano; esta vez ella hasta suspiró.

—Deme las manos —le pidió Ryder.

Mary las alzó sin entusiasmo, demasiado agotada para preocuparse o asombrarse de la facilidad con que la manejaba. Las fuertes manos masculinas se deslizaron por sus dedos con tierno cuidado por su carne cubierta de ampollas. Era un contacto leve y hábil que la conmovió. Cuando él hizo penetrar el aceite en los centros de sus palmas, la sensación se le transmitió a ella por todo el cuerpo, como un hormigueo que le tensara la piel. Un sonido desconocido surgió del fondo de su garganta, y entonces se dio cuenta de que era un ronroneo de placer. Se obligó a abrir los ojos, pero tenía la mirada soñolienta y levemente desenfocada.

—Creo que ya es suficiente. —En sus palabras no había decisión ni verdadera amenaza—. Debería parar...

Su voz se apagó mientras las manos de él se movían por sus muñecas y luego por sus antebrazos. Volvió a cerrar los ojos y se permitió sentir, nada más; cada sensación era una novedad. Notaba la cadencia regular del latido de su corazón y un suave rumor en los oídos.

Ryder se había trasladado del taburete al brazo del sillón. Estaba tan cerca que su aliento le movía los sedosos cabellos contra la sien. Cuando la tomó en brazos, ella apoyó la cabeza en su hombro y entreabrió los labios, pero de ellos no salió ni una queja. Entonces él la llevó al ancho saliente de piedra donde había las mantas extendidas y la depositó allí. Mary se volvió de costado, con las piernas encogidas como una niña, una

mano debajo de la cabeza y la otra cerca de la boca. La manta que la cubría se le resbaló descubriendo la cadera, y entonces Ryder vio la magulladura de su caída. Por última vez, se aplicó linimento en las manos, se las frotó, con fuerza y las puso sobre la piel de Mary.

Nada en ella se movió, pero él no podía decir lo mismo... Se apresuró a terminar el masaje y la tapó. La manta volvió a resbalar y entonces la cubrió con otra. Después se arrodilló junto a la poza, se lavó las manos y a continuación la ropa de Mary. Cuanto antes estuviera metida otra vez en el hábito, mejor.

Cuando Mary despertó estaba sola. Aunque en la gruta no había posibilidad de distinguir el día de la noche, se sentía sorprendentemente descansada, de modo que imaginó que habría dormido varias horas, tal vez más. Los faroles seguían encendidos y, al examinarlos, vio que los habían rellenado de aceite. Por lo visto, Ryder pensaba en todo. No sabía cuánto tiempo estaría fuera y no había querido que ella se despertara a oscuras.

Su ropa colgaba de una cuerda que iba de una pared a la otra de la cámara, sujeta por dos escarpias clavadas en la piedra. No tuvo que tocar el hábito para saber que seguía mojado: el agua goteaba de la tela y caía sobre el frío suelo. Sólo la blanca combinación de algodón se había secado lo suficiente como para ponérsela, y Mary se la metió por la cabeza. Tenía los pies fríos, y al buscar un par de calcetines entre las

cosas de Ryder encontró también una camisa limpia que asimismo se puso. Se la remangó hasta los codos y se bajó los puños de los calcetines para calentarse los tobillos.

Se pasó varias veces los dedos por el pelo para ahuecar los aplastados rizos. Tenía sed y hambre, y no sabía si Ryder pensaba darle pronto de comer. Entonces se fijó en el cubo de agua y el cazo que él había llevado hasta allí. Sin perder tiempo en coger una de las tazas de hojalata, bebió directamente del cazo; primero un sorbo para asegurarse de que el agua no fuera salobre, y luego, al darse cuenta de que era dulce, clara y fría, a grandes tragos.

Una vez calmada la sed, Mary pasó al problema del hambre, que no iba a tener fácil solución, ya que, aunque había latas de carne, tomate y maíz, no tenía con qué abrirlas. Entonces echó un vistazo a varios sacos hasta dar con uno lleno de tasajo. La carne seca era algo nuevo para ella, pero estaba dispuesta a familiarizarse con la novedad. Con el primer mordisco descubrió dos cosas: que tenía un sabor tan agradable como la madera salada y que no había muchas posibilidades de que se aficionara a aquel placer. Sin embargo, tan pronto como se la tragó, las punzadas de su estómago empezaron a calmarse, así que arrancó otro pedazo y masticó con fuerza.

Sin dejar de comer, Mary deambuló por la cámara y tomó nota de su contenido con más atención. Las mantas donde había estado tumbada no eran del ejército, ni mucho menos. Entre ellas, encontró una colcha hecha de retales con un complicado diseño de doble alianza que, sin duda,

habrían cosido muchas activas manos. También había varias mantas con remate de satén y un cubrecama que, en teoría, debía servir para contener un edredón. Una segunda inspección de la despensa le mostró la curiosa mezcla de comestibles que la componían: la fecha de una caja era de la época de la guerra civil; otra, en cambio, se había embalado en fecha tan reciente como el anterior mes de agosto. Las tazas de hojalata parecían proceder de un juego de comedor corriente del ejército, pero los platos eran de porcelana china; Mary reconoció los sellos de Wedgwood y Royal Doulton entre la descabalada vajilla.

La colección de libros la intrigó. Tenían distinta encuadernación, y en su frontispicio a menudo había una dedicatoria. *El conde de Montecristo,* de Dumas, era un regalo para alguien llamado Anne de su amante esposo Jackson; en *Canción de Navidad* se leía «por todas las navidades venideras» y lo firmaban «papá y mamá». Repetidas lecturas habían borrado la dedicatoria de *Hojas de hierba.* No había nada escrito que permitiera deducir la opinión de su propietario acerca de los ensayos *Sobre la libertad,* de Stuart Mili, o *El origen de las especies por medio de la selección natural,* de Darwin; sólo varias páginas con las esquinas dobladas y los bordes raídos dejaban entrever que ambos libros habían dado lugar a muchos ratos de meditación. Unos delgados volúmenes de matemáticas y unos gruesos tomos sobre agricultura y minería parecían haber sido consultados con frecuencia, así como un particularmente usado tratado sobre geología.

Después de haberlos apilado junto a ella, a medida que los iba

mirando, Mary se dispuso a devolver los libros a su sitio, y entonces se fijó en la cesta donde habían estado. La cogió, se la puso sobre el regazo y le dio la vuelta despacio para examinarla. Era de exquisita factura y de vivos colores. No identificó las fibras y los tallos con que estaba tejida, pero algunos estaban teñidos y formaban un zigzag de franjas rojas, negras y amarillas.

—Es chiricahua —dijo Ryder a sus espaldas.

Lanzando un grito, Mary se puso de rodillas y soltó la cesta, que salió volando de sus manos. Luego volvió la cabeza y espetó, enojada:

—Debería haberlo matado de un tiro cuando pude, sólo por lo molesto que es. —Alargó la mano para coger la cesta y la abrazó como si fuera un escudo, entonces lo miró—. ¿Tiene que acercarse furtivamente de ese modo? ¿Es que no puede... no puede llamar?

Ryder no creía haber sido demasiado silencioso; en realidad le parecía que sus pasos habían resonado por todo el túnel.

—Debía de estar absorta en sus pensamientos —contestó.

Ella le dedicó una mirada de furia.

—De modo que es culpa mía... Qué cómodo para usted.

Él clavó los ojos en ella, fascinado.

—Bueno, tiene usted más espinas que una cholla.

—¿Qué es eso? —le preguntó con recelo.

—Un cactus del desierto.

—Ah... —Por alguna razón, ella se apaciguó—. Creí que sería un animal.

—Lo parece por la forma en que ataca si uno comete la estupidez de rozarla al pasar a su lado.

Mary entornó los ojos con gesto pensativo.

—Así pues, lo que dice es que yo soy una cholla... y que usted es estúpido.

La mirada de Ryder estaba atrapada en los cambiantes destellos de color de su pelo. Asintió despacio y dijo:

—Eso supongo.

La repentina risa de ella lo hizo inclinarse hacia atrás. Aquella risa era tan purificadora como el chapuzón que se había dado en la poza, e igual de agradable. Mary apretó los labios para sofocarla y luego contuvo la respiración con cierta dificultad, tapándose la boca con la mano.

—No pare por mí —la animó él.

Su comentario tuvo el efecto contrario: se puso seria al instante. Mientras dejaba la cesta donde había estado y empezaba a llenarla de libros, preguntó:

—¿Dónde ha estado?

—Le dije que iba a hacer un ungüento.

—¿Ya lo ha hecho? Pero ¿dónde...? —Se calló un momento al darse cuenta de lo que significaba—. Ha salido, ¿no?

Él asintió.

—Habría sido demasiado difícil llevarla conmigo.

—Eso no le impidió traerme hasta aquí. ¿Le da miedo que aprenda

cómo salir?

—Sólo me da miedo que adquiera la falsa confianza de intentarlo.

—¿No cree que pueda hacerlo?

—No estaba desafiándola —dijo él en voz baja.

Su comentario apaciguó a Mary, que inclinó la cabeza y volvió a su tarea.

—Puede leerlos si quiere. Hay unos cuantos más en el baúl.

—Ya he leído las no... —Se detuvo al darse cuenta de que estaba siendo maleducada—. Gracias, eso me ayudará a pasar el tiempo.

Ryder llevaba un mortero en la mano, y lo puso junto a la improvisada cama.

—Cuando guste, el ungüento está ahí dentro —le explicó—. Úselo con moderación: hay bastante como para varios días.

Mary asintió. Al menos no había dejado caer que deseara aplicárselo él mismo. Metió el último libro en la cesta y se levantó.

—¿Fuera seguía siendo de día? —preguntó.

—La puesta de sol.

Entonces se había pasado durmiendo casi todo el día...

—¿Era bonita?

Ryder, que había ido hasta el almacén de alimentos y hurgaba entre las latas, asintió con un distraído murmullo. Mary se sentó en la mecedora, alzó las piernas hasta acercarse las rodillas a la barbilla y se las rodeó con los brazos.

—Dígame cómo era —le pidió.

En ese momento, Ryder echó un vistazo hacia atrás y frunció las oscuras cejas. Con una mano se apartó el pelo, negro como la tinta, y despacio dijo:

—Rojo..., dorado..., con hebras de cobre, naranja y bronce.

Mary sintió que sus ojos grises la miraban de un modo extraño, como si la acariciaran.

—Entonces era preciosa —dijo con melancolía.

Ryder no había descrito la puesta de sol, sino su cabello: éste tenía todos esos colores además de una veintena de matices intermedios que no sabía nombrar.

—Sí, preciosa.

Mary agachó la cabeza y se frotó la nariz mientras Ryder seguía mirándola fijamente. Cuando volvió a alzar la vista, él observaba las latas con atención; el momento había pasado.

—¿Vamos a comer? —preguntó ella—. He tomado un poco de tasajo, pero no llena mucho.

—No podemos cocinar —explicó él—; el humo no tiene por dónde salir, y si hiciéramos...

—Alguien podría verlo. Está bien: lo comprendo. Cualquier cosa enlatada me vendrá bien. —Esperó a ver cómo Ryder abría las latas, y le dio la impresión de que era fácil. Vio que cogía un cuchillo bien afilado de entre los utensilios, lo alzaba y, de un golpe brusco, lo clavaba en las tapas—. Supongo que la fuerza bruta tiene sus ventajas.

Él le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Cómo dice?

—Nada...

Ryder se encogió de hombros y procedió a vaciar las latas en dos platos de porcelana china. Había carne en conserva, patatas, tomates estofados y maíz. Le pasó un plato y un tenedor, y después se sentó en el sillón de orejas y apoyó las piernas en un travesaño del taburete.

—No tardará en cansarse, de modo que disfrútelo —comentó—. Hay mucha comida, pero poca variedad.

A Mary le daba igual: se habría comido casi cualquier cosa que le pusiera delante. Inclinó la cabeza y bendijo la mesa en voz baja; cuando alzó la vista, Ryder estaba mirándola. No descifró la expresión de sus ojos, pero se negó a dejar que supiera que su detallado examen la molestaba. Señaló los muebles con un gesto de la mano y preguntó:

—¿Cómo ha llegado aquí todo esto?

Ryder empezó a comer con buen apetito, y la atención de su mirada se desvaneció.

—Lo he ido trayendo poco a poco.

—Entonces, ¿no lo encontró aquí?

—No.

—Así que esta cámara es un secreto, aunque la gruta no lo sea.

En ese instante, él comprendió adonde quería llegar.

—Exacto: no la conoce nadie.

Mary sopesó el comentario y se dijo que su situación no era del todo desesperada. Si Ryder había encontrado el camino a su cámara, Jarret

tenía una posibilidad. Sus ojos eran tan expresivos que a él casi le pareció oír sus pensamientos.

—No encontré la cámara yo solo —le dijo—. Hace más de quince años un buscador de oro, Joe Panamá, me la enseñó. Se escondió aquí cuando lo ayudé a huir de un grupo de chiricahuas que lo atacaba.

La existencia de ese buscador de oro la alegró un poco, hasta que Ryder, sin alterar el tono, añadió:

—Murió hace años.

De repente, las posibilidades de Jarret le parecieron a Mary muy lejanas.

—Ah... —repuso ella en voz baja, decepcionada—. Entonces no voy a ir a ningún sitio.

—Exacto. Hasta que yo lo diga.

Aunque la comida ya no le sabía a nada, Mary inclinó la cabeza y siguió comiendo. Se quedó callada, pensando.

—¿Cuándo será eso? —preguntó al fin.

—No lo sé.

—¿Cuáles son sus intenciones?

—¿Intenciones? ¿Qué quiere decir?

—Respecto a mí —aclaró ella—. ¿Pretende matarme?

Ryder la miró con actitud reflexiva.

—Tal vez... —respondió—, si pregunta otra estupidez.

Mary se enfureció.

—Yo no soy estúpida. ¿Cómo voy a saberlo? Anoche me llevó a

rastras por esos mundos de Dios sin dejarme parar, ni beber, ni descansar. No me explicó...

La voz de él sonó tranquila cuando la interrumpió:

—No había tiempo. Descansar nos habría retrasado, y no sabía si después usted habría podido seguir. A mí me habría resultado difícil, y a usted, probablemente, imposible.

La pequeña confesión de que él también estaba cansado la fascinó. Se había pasado la noche preguntándose si sería humano, porque por el camino no había dado el menor indicio de que el agotamiento y la sed lo hicieran sufrir como a ella.

—Así que no me hizo caso hasta que me desmayé.

Aquello era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer nunca. Sin embargo, Ryder se limitó a decir:

—Sí.

—Y luego me arrojó sobre mi caballo como un saco de...

—Sí. —No tenía intenciones de disculparse.

Mary suspiró.

—Pudo dejarme allí —dijo.

—Sí, pude. —Ryder se acabó lo que le quedaba de comida—. Pero usted los habría puesto sobre mi rastro.

Ella negó con energía.

—¡No lo habría hecho! Nunca habría...

—Lo habría hecho su cuerpo.

En el ovalado rostro de Mary destacaban, enormes, sus ojos color

verde selva. No se le ocurrió nada que decir. Ryder se inclinó hacia delante y le quitó el plato de los flojos dedos. Luego se levantó y dijo:

—Lo dejaré allí —señaló la despensa—; a lo mejor después quiere comer un poco más.

A ella le parecía que no, pero no quiso discutir. En lugar de eso, preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperamos.

—¿Horas? ¿Días?

Él se encogió de hombros y, haciendo caso omiso de ella, se agachó junto a la poza para lavar su plato y sus cubiertos. Frustrada, Mary se puso de pie con las manos apretadas a los costados. Dentro de los gruesos calcetines de lana, tenía hasta los dedos de los pies encogidos de rabia.

—Eso no es una respuesta —espetó con ojos fieros—. ¿Cuándo puedo esperar volver a ver el sol? ¿Cuándo veré a mi madre y a mi familia?

Ryder se detuvo un momento y echó un vistazo por encima del hombro. Con la combinación de algodón y su camisa de franela, aquella mirada terca y enfadada y los puños apretados, Mary era una extraña mezcla de guerrero y niña desamparada.

—¿Quiere que la tranquilice con una mentira o que la inquiete con la verdad?

—No quiero que me trate con condescendencia —soltó ella, rotunda —. Dígame la verdad.

—Pues la verdad es que no lo sé.

Volvió a su tarea. Metió de nuevo el plato en el agua fría y luego lo sacudió. No contaba con que dos manos se colocarían con firmeza en su espalda y lo empujarían hacia delante, ni esperaba que lo hiciesen con tanta fuerza. Ryder cayó de cabeza a la poza de agua helada. Al subir a la superficie, vio que Mary se detenía en el borde lo suficiente como para limpiarse las manos de su contacto antes de irse de la cámara tan tranquila.

Ryder salió a pulso. La llamó, pero ella ya había desaparecido en el túnel. Con la ropa chorreando agua y dejando un rastro en el suelo de piedra, cogió un farol y salió de la cámara. Cuando dobló la esquina, no vio ni rastro de Mary. A poca distancia había tres corredores que podía haber tomado. Ryder llegó a la conclusión de que, sin luz, debía de estar siguiendo los contornos de las frías paredes de la gruta, y eso la habría llevado al túnel que estaba más cerca. Entró en él, y su avance no fue nada silencioso; desde su punto de vista era un auténtico hombre orquesta. A cada paso que daba, el agua de dentro de sus botas hacía un ruido de succión, por no hablar del fuerte repiqueteo de las gotas que le caían de los faldones de la camisa y de las puntas del pelo. En un momento dado, una gotita logró colarse por una juntura del farol y chisporroteó al tocar la llama... y, para colmo, Ryder soltó un estornudo.

Mary no había llegado lejos. Alzó el farol al vislumbrar la combinación de algodón, y la vio arrimada a la pared del túnel, de espaldas a él, con un hombro pegado a la piedra.

—Váyase —dijo. No tuvo que alzar la voz porque Ryder estaba cerca. La luz del farol iluminaba hasta más allá de ella y proyectaba una sombra donde antes sólo había oscuridad.

—Vuelva conmigo.

Mary tenía los brazos cruzados para resguardarse del frío y de la absoluta tristeza que se obstinaba en ser su compañera. Meneó la cabeza.

—No tengo adonde ir. Sin un farol no me veo ni la mano delante de la cara.

Ryder se acercó y vio cómo Mary se ponía tensa, aunque se negó a volverse para mirarlo.

—No tiene que quedarse aquí —dijo él.

Ella alzó una mano rápidamente y se enjugó una lágrima.

—Tiene razón, por tanto, déjeme marchar. Acompáñeme a la boca de esta gruta y yo buscaré el camino de vuelta al fuerte.

—Se moriría ahí fuera.

Ella sorbió por la nariz y, con gesto de enfado, se enjugó otra lágrima.

—Ya lo sé... —replicó, impaciente—. Y mi cuerpo atraería a los buitres, y los buitres atraerían a los miembros del grupo de rescate, y me encontrarían porque uno de mis huesudos dedos apuntaría directamente a esta gruta.

—Algo así —convino él con ironía.

Levantó una mano para ponérsela en el hombro, pero ella percibió el gesto y, con un estremecimiento, se encogió más. Él se quedó callado varios minutos. En el pasillo sólo se oían el esporádico goteo

entrecortado del agua que caía de su ropa y algún sollozo que Mary era incapaz de contener.

—Vámonos —dijo él al fin, en voz baja.

Sin mirarlo, con los hombros caídos y la cabeza gacha, esta vez, ella se volvió y se acercó. Él observó que tenía buen cuidado de no tocarlo.

—No creí que llegaría a odiarlo —murmuró Mary con un tono desprovisto de emoción.

Ryder dejó pasar la frase sin comentarios, pero siguió a Mary con la vista mientras lo rodeaba y salía del túnel delante de él.

Tan pronto como estuvieron de vuelta en la cámara, Mary se sentó en la mecedora y cogió un libro. Lo sostuvo en alto, delante de su cara, mientras Ryder se quitaba la empapada ropa, pero no estaba concentrada en las palabras que tenía delante. Escuchaba su trasteo en el baúl, en busca de prendas secas que ponerse; veía con la imaginación la magnífica anchura de sus hombros desnudos y la suave línea de su espalda. Alzó la vista cuando su sombra le tapó la luz, y bajó el libro cuando él apoyó el dedo índice en el borde del lomo y empujó hacia abajo. Seguía desnudo hasta la cintura; llevaba el oscuro y húmedo cabello atado detrás con una correa de cuero, pero unas diminutas gotas de agua le brillaban aún en los hombros. Mary sintió un extraño y perturbador aleteo en el estómago, no obstante, alzó la vista y lo miró tranquilamente a los ojos.

—¿Sí?

—Lleva puesta la única camisa limpia que tengo.

Ella se miró. La camisa era suave y cómoda, y además estaba tibia. Echó una ojeada a la ropa que estaba tendida; su hábito estaba sólo un poco menos mojado que las prendas que Ryder acababa de añadir a la cuerda. Dejó el libro a un lado y pidió:

—¿Me da una manta?

Ryder sacó una de las mantas de lana de la cama y se la dio. Ella se quitó la camisa, se la pasó y se puso la manta en torno a los hombros.

—Mañana su hábito ya estará seco —comentó Ryder mientras se ponía la camisa. Conservaba la tibieza del cuerpo de Mary y, de manera desconcertante, también su fragancia. Se la abrochó y se la remetió en los pantalones mientras observaba cómo ella se ceñía más la manta—. A lo mejor, otra vez se lo piensa dos veces antes de tirarme al agua de nuevo.

—Si sólo me cuesta una camisa abrigada, pagaré el precio contenta.

Cogió el libro y lo abrió. Con su gesto ignoraba de hecho a Ryder, aunque él seguía tapándole la luz. No obstante, su respiración no recuperó el ritmo normal hasta que él se apartó.

Mary perdió la noción del tiempo. Leyó dos capítulos de *Investigación de las leyes del pensamiento, en las cuales se basan las teorías matemáticas de la lógica y la probabilidad.* Era una lectura laboriosa, pero ocupó por completo su mente, y durante unas cuantas horas no tuvo que dar vueltas a sus circunstancias. Fue una llamada de la naturaleza lo que hizo al fin que se levantara de la mecedora y se estirase.

Ryder estaba sentado con las piernas cruzadas sobre las mantas. Al ver que ella se ponía de pie y cogía un farol, soltó el arma que estaba

limpiando.

—¿Adónde va?

—Al retrete —contestó ella con remilgo—. Porque eso sí está permitido, ¿verdad?

—Está permitido —se levantó—, con escolta.

—Por Dios... —Mary apretó con fuerza los dientes y dejó sin pronunciar el resto de sus pensamientos.

Ryder observó que no tenía ninguna dificultad para encontrar la ruta de vuelta a lo que ella llamaba eufemísticamente «el retrete»; su sentido de la orientación era tan bueno como se temía. Dejó que se llevara el farol, pero cuando regresó, lo cogió él y la hizo esperar en el pasillo oscuro. Cuando volvió, estaba en el sitio exacto donde la había dejado, aparentemente paralizada por la impenetrable negrura que la rodeaba. Parpadeó varias veces ante la luz del farol. La manta se le había resbalado del hombro izquierdo, y Ryder la levantó para taparla de nuevo; luego le puso la mano en la base de la espalda y le dio un empujoncito hacia delante.

Mary volvió a sentarse en la mecedora, pero antes de que tuviera oportunidad de coger el libro, Ryder ya se cernía sobre ella. Alzó la barbilla con un gesto desafiante y preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Deme la mano —dijo él.

—¿Por qué...?

—Deme la mano.

—¿La izquierda o la derecha? —preguntó ella con aspereza.

Él le agarró la muñeca y apretó hasta que sus dedos se abrieron. La mano izquierda estaba vacía, en la derecha tenía una piedra pequeña y afilada. Se la quitó antes de que ella pudiera cerrar los dedos y la levantó para examinarla. La punta más aguda estaba brillante y tibia por haberla frotado contra otra piedra. Ryder no tuvo que volver al túnel para saber que Mary la había empleado para marcar la pared de la gruta, y la tiró fuera de la entrada de la cámara; antes de aterrizar en el suelo, la piedra rebotó en las paredes.

—Está decidida a causarme problemas, ¿no?

Mary no lo negó. Frotándose las muñecas, dijo:

—Déjeme marchar. Lléveme a un lugar donde puedan encontrarme. No le diré a nadie dónde está usted.

En respuesta, Ryder se sacó una cuerda del bolsillo trasero.

—La mano derecha —ordenó.

—¿Qué está...?

Él le cogió la mano derecha y le amarró la cuerda a la muñeca; luego, en lugar de atarle con ella la otra mano, sujetó el extremo suelto a su propia muñeca. Mary dio una sacudida que al instante tensó los nudos, y después intentó soltarse, pero le fue imposible. El forcejeo hizo que se le cayera la manta de los hombros. No podía cogerla sin tirar de él, y el orgullo hizo que se quedara quieta. Un forcejeo físico con Ryder no era decoroso, y lo que era más importante: no tenía posibilidad alguna de ganar.

—Imagino que tiene un motivo para hacer esto —espetó ella.

—Estoy cansado. Quiero dormir, y no me fío de usted. —Se inclinó, recogió la manta y se la dio—. Vamos a tumbarnos, yo voy a descansar un poco. Me da igual que usted haga lo mismo o no, pero mientras esté dormido, estará a mi lado.

—Esto es ridículo —dijo ella en voz muy baja.

Intentó mantenerse firme cuando él se movió hacia las mantas, pero Ryder la arrastró casi sin esfuerzo mientras iba apagando los faroles por el camino. Sólo dejó uno encendido, que puso sobre la losa de piedra que quedaba justo por encima del petate antes de tenderse. Mary se quedó agachada a su lado, en una postura incómoda.

—No quiero dormir aquí.

—Entonces quédese despierta —replicó él—. Cuando yo haya descansado un poco, podrá dormir en el lugar que desee.

Ryder se volvió de lado, y su movimiento la obligó a acercarse más. Mary tenía frío y ni siquiera podía frotarse los brazos sin molestarlo.

—Muy bien —dijo al fin de mala gana—, pero necesito taparme con una manta; me estoy helando.

Ryder se incorporó el tiempo suficiente para disponer las mantas de modo que algunas quedaran debajo de ellos y otras les sirvieran para cubrirse. Esta vez, al tumbarse, pasó el brazo en torno a la cintura de Mary. Sintió que ella se ponía rígida, pero no se apartó; ni siquiera cuando él se pegó a los contornos de su cuerpo.

—¿Más calentita? —preguntó.

A Mary no le salía la voz. Consciente de él hasta el punto de no ser consciente de nada más, se limitó a asentir con la cabeza. Le dolían los miembros de tan rígida como estaba, pero no conseguía relajarse. Ni por asomo imaginaba que fuera capaz de quedarse dormida.

—Tiene mucho valor —murmuró él con voz pastosa y ronca, poco más que un susurro; su cálido aliento le rozaba la nuca—. Quizá demasiado.

—No sé qué quiere decir.

—Demasiado valor puede volverlo a uno estúpido. Lo de intentar marcar el túnel con una piedra ha sido estúpido. Y antes..., lo del rifle... ha sido estúpido.

—Supongo que así se lo parece a usted.

A Ryder le dieron ganas de zarandearla, de hacerla entrar en razón, pero estaba demasiado cansado. Salvo por las pocas horas que había descansado al llegar a la gruta, llevaba más de dos días casi sin dormir. Esperar la sentencia y luego su cumplimiento no había sido el clima ideal para conciliar el sueño.

—No quiero hacerle daño, Mary —dijo en voz baja—. Y tampoco quiero ser responsable de que se haga daño.

—Está amenazándome.

Entonces, mientras cerraba los ojos, Ryder repitió las palabras que ella había dicho antes.

—Supongo que así se lo parece a usted.

Mary se despertó con sed. Se incorporó, y cuando fue a echarse hacia delante sintió la odiosa atadura. Ryder seguía durmiendo y no parecía haberse dado cuenta del tirón de la cuerda que compartían. Lo miró con una sonrisa desdeñosa. No se había atrevido a moverse apenas porque él le había hecho creer que se daría cuenta en seguida... La verdad era un poquito distinta.

Dormido, Ryder no resultaba ni mucho menos tan imponente. Su fuerte perfil se había suavizado, y los labios un poco entreabiertos, así como la curva de sus pestañas, lo hacían parecer joven, incluso vulnerable. El pelo se le había secado, y un negro mechón se había soltado de la correa y le caía sobre la mejilla. Mary estuvo tentada de tocarlo, de apartárselo... pero se contuvo.

En lugar de eso, inclinó la cabeza para acercársela a la muñeca y, con los dientes, intentó deshacer los nudos. Para no correr riesgos innecesarios, tuvo cuidado de no tirar demasiado fuerte. La cuerda estaba fuertemente anudada pero poco a poco fue aflojándola hasta que, al fin, el lazo que le rodeaba la muñeca se agrandó lo suficiente como para permitirle pasar la mano.

Se frotó la muñeca allí donde la cuerda le había rozado la piel. Luego, se deslizó hasta el filo del altillo de piedra y bajó con cuidado, sin hacer ruido. Cerca de los demás alimentos se encontraba el cubo de agua limpia. Metió el cazo y bebió de él; el agua estaba fresca y le resultó reconfortante. Unas cuantas gotitas le resbalaron de los labios a la

barbilla, y se la secó con el dorso de la mano. Su mirada se posó en las alforjas de Ryder. Tras dejar el cazo y alargar la mano para cogerlas, examinó cuidadosamente el contenido: linimento, una pequeña petaca de tabaco, una baraja de cartas, tallitos de menta, útiles de costura, peine, cepillo, un frasco de alcohol, tres pañuelos de colores, primorosamente doblados... Mary lo sacó todo y llenó las alforjas de tasajo. Después, llenó de agua la cantimplora de Ryder y guardó también un saquito de alubias blancas del ejército.

Tras quitarse los gruesos calcetines de lana se puso con rapidez las medias y luego los zapatos. A continuación, fue a la cuerda de tender y no cogió de ella su hábito, sino la camisa y los pantalones mojados de Ryder. Le quedaban absurdamente grandes para su esbelto cuerpo, de modo que, con gesto decidido, se subió las mangas y las perneras de los pantalones, y después anudó dos de los pañuelos de Ryder para hacerse un cinturón; el tercer pañuelo se lo enrolló en la cabeza. Luego examinó los faroles y tomó queroseno de varios de ellos para llenar uno por completo; hecho eso, lo prendió y apagó el farol que Ryder había dejado encendido. Con las alforjas al hombro y llevando el farol y el saco de alubias, salió decidida de la cámara y se sumió en la oscuridad.

Ryder abrió los ojos pero no vio nada. La oscuridad de la cámara era absoluta, y sin rastro de luz sus ojos no se adaptaban, pues nada reflejaba un color o una forma. Se incorporó y tocó las mantas. Luego meneó la

cabeza para despejarse y maldijo por lo bajo al darse cuenta de que Mary se había ido. Al otro extremo de la cuerda no había nadie; colgaba inútil de su muñeca. Se la arrancó y la echó a un lado. Debía de estar más cansado de lo que pensaba, porque, en teoría, Mary no podría haber huido y sin embargo lo había hecho. Pensó que había perdido facultades. Los meses de encierro en la prisión militar le habían embotado los sentidos, y además no había tenido en cuenta el firme deseo de Mary de escapar. Había pensado que, en el mejor de los casos, su enfado se convertiría en resignación, y entonces se preguntó qué la movía a correr tantos riesgos... Mientras se ponía en pie, decidió que merecía la pena planteárselo.

Fue tanteando a oscuras hasta que al fin tocó uno de los faroles, pero tardó largos minutos en encontrar la zona de los víveres y más aún las cerillas. La súbita llamarada de luz estuvo a punto de cegarlo. En el farol quedaba queroseno suficiente para treinta minutos; para mayor seguridad, añadió más de un recipiente escondido entre los víveres. Descalzo, llevando sólo el farol, Ryder salió de la cámara en busca de Mary.

Descartó todos los túneles laterales cercanos; estaba seguro de que ella llegaría hasta el del «retrete» sin dificultad, aunque no estaba tan seguro de cómo seguiría a partir de ahí. Al cabo de otros treinta metros más o menos habría tenido que elegir, y cuando llegó a la bifurcación se detuvo un instante, buscando señales. En el suelo vio algo que le llamó la atención y bajó el farol. A continuación, se puso en cuclillas y pasó los

dedos por un montoncito de extraños guijarros. Todos eran pequeños y lisos, y tenían una forma parecida. Cogió uno y le dio vueltas entre los dedos; en voz baja dijo:

—Vaya, alubias.

El resto fue fácil: el rastro de Mary estaba marcado con claridad. Ryder sabía que lo había hecho para poder desandar lo andado en caso necesario; una buena idea, siempre que no la siguieran. Continuó avanzando y, a su paso, fue recogiendo las alubias y metiéndoselas en los bolsillos.

Lo asombró el número de veces que ella había elegido la ruta correcta. Él tenía el mapa de la gruta en la cabeza, y también lo guiaban unas señales casi imperceptibles grabadas en las paredes de piedra. Por otra parte, al cabo de los años había atravesado aquellos pasillos centenares de veces, y estaba bastante familiarizado con su enrevesado diseño. Lo de Mary era pura suerte.

Manteniendo una distancia prudencial, Ryder esperó a que la suerte se le acabara. Cuando vio la opción que había tomado después de recorrer un largo pasaje serpenteante, supo que había llegado al final. Cogió el montoncito de alubias que había a la entrada del túnel y entró en él. Este se estrechaba y se inclinaba hacia arriba; no se distinguía demasiado del corredor que discurría en paralelo a él, pero terminaba bruscamente en una amplia gruta que contaba con una única e inaccesible salida, a más de dieciséis metros de altura. Era una abertura de menos de treinta centímetros de diámetro que parecía una sombra

entre unas rocas. Desde el interior de la cámara, a la luz del día, no parecía mayor que el platillo de una taza de té, y de noche era casi invisible.

Cuando Ryder apareció en la entrada, Mary estaba moviéndose con cautela por entre las rocas del lugar, buscando una salida. Él echó una ojeada al techo abovedado; era de noche, y una estrella señalaba la abertura. En voz baja pronunció su nombre:

—Mary.

Eso bastó: vio que se ponía rígida y se paraba en seco.

—Venga aquí.

Ella se dio media vuelta despacio y meneó la cabeza en silencio.

—No hay salida...

Aunque le hablaba en un simple susurro, ella lo oyó con claridad. Abrió la boca para decirle que podía irse al infierno, pero Ryder se puso un dedo en los labios y luego señaló hacia arriba. Mary echó una ojeada y la respiración se le cortó en la garganta: el techo de la cámara bullía. Sintió que le Saqueaban las rodillas al darse cuenta de lo que era: murciélagos, centenares de ellos. Dejó caer el saco de alubias y alzó las manos para ahogar un grito, pero fue inútil: el raído y gastado saco se rompió, y las judías salieron rodando en tropel por las rocas, con el mismo estrépito que si se hubiera desparramado un montón de monedas sobre mármol. Al instante se produjo un torbellino de movimiento y sonó un agudo chillido que Mary no había oído jamás. Algo aleteó ante su cara y también en los bordes de su campo visual... Entonces cayó de

rodillas mientras los murciélagos subían vertiginosamente y bajaban en picado, y silbaban en torno a su cabeza.

Algunos huyeron por la abertura de la cámara, y docenas más pasaron volando junto a Ryder para salir por el túnel. Él se agachó, se cubrió la cara y el pelo y fue a buscar a Mary, que estaba asustada pero ilesa. Le cogió el farol, la protegió con su cuerpo y la sacó de allí. Un enloquecido tornado de murciélagos giraba alrededor de ellos, zambulléndose y abalanzándose, mientras sus alas batían el aire con frenesí. Uno pasó volando junto a la boca de Mary, que lanzó un grito y se agarró fuerte a Ryder. Medio a rastras medio en brazos, él la llevó hasta la entrada; allí recogió el segundo farol y después la condujo rápidamente por el túnel.

Mary no tuvo ocasión de recobrar el aliento ni de susurrar las gracias. McKay permanecía inexpresivo; sólo sus grises ojos presagiaban tormenta. Agarrada de las manos, la llevó deprisa por los corredores hasta que estuvieron de vuelta en la cámara. Una vez allí, prácticamente la arrojó al interior. Mary clavó los ojos en él. Aguardaba la fuerza de su cólera y estaba lista para devolver golpe por golpe. Él dejó los faroles y luego la miró. Observó con detenimiento su mentón alzado, sus ojos feroces y desafiantes... Se había quitado el pañuelo de la cabeza y lo retorcía entre las manos; el único indicio de que en su interior había más miedo que ánimo de lucha. Ryder se preguntó qué esperaría de él.

Al fin, despacio, con deliberada tranquilidad, dijo:

—Quítese la ropa.

Capítulo 7

Aunque había hablado en voz baja, las palabras de Ryder parecían resonar en la cámara. *Quítese la ropa... la ropa... la ropa...* Mary lo miró fijamente, sin moverse.

Él dio un paso hacia ella. En su gesto no había nada amenazador ni intimidatorio, y sin embargo la impulsó a lanzar una pregunta como primera protección:

—¿Por qué?

Ryder se detuvo y clavó los ojos en ella. Era evidente que su cutis había palidecido más, y ya no retorcía el pañuelo entre las manos. La tensión la mantenía rígida y paralizada.

—Creo que ya le he dicho que no tiene que entender mis órdenes para obedecerlas.

Mary se quedó sin aliento, como si la hubieran abofeteado. Tuvo que dejar pasar la primera oleada de cólera antes de poder hablar.

—Hay una cosa que debería usted saber sobre mí, señor McKay —dijo en voz baja—: yo no obedezco a ningún hombre a ciegas. La obediencia ciega es sólo para mi Dios.

Ryder sintió el calor en su cara cuando Mary entornó sus verdes ojos y lo miró con frialdad. A ella, la satisfizo su reacción.

—Ahora dígame por qué debería quitarme la ropa.

Él alzó una mano y empezó a contar motivos con los dedos.

—Está mojada. Es mía. No le sienta bien. Tiene un aspecto ridículo...

Mary le miró fijamente la mano. Ya habían subido cuatro dedos, y el pulgar iba alzándose despacio. Sus ojos fueron de su mano a su cara.

—¿Y? —preguntó.

—Y la quiero desnuda.

Ella parpadeó. El asombro la dejó muda.

—Es usted quien ha querido saber —se limitó a decir él. Cuando dio otro paso adelante, las manos de Mary volaron hasta el primer botón de su camisa. Él tuvo cuidado de no sonreír al pasar junto a ella.

Mary observó que Ryder iba hacia el tendedero y empezaba a descolgar de él el hábito y la combinación. Esperaba que le lanzara las prendas, e incluso tendió la mano para cogerlas. Ryder, que observó el movimiento por el rabillo del ojo, se volvió y le miró la mano extendida con expresión interrogativa.

—¿Sí?

Confusa, Mary frunció las cejas y preguntó:

—¿No va a dármelo?

Ryder alzó el pulgar y lo meneó.

—Motivo número cinco: la quiero desnuda.

Aunque se lo quedó mirando boquiabierta, Ryder hizo caso omiso. Abrió el baúl y echó dentro el hábito y la combinación. Después, de un tirón, arrancó las toallas de la cuerda, las dobló y las puso encima, y, a

continuación, cogió el maletín, sacó la ropa que había llevado puesta en la prisión y la añadió al baúl. Por último, echó un vistazo en torno a la cámara, vio unas cuantas prendas más que Mary tal vez podría usar y también las guardó. Cuando lo hubo recogido todo, cerró la tapa y se sentó encima. Entonces miró en dirección a Mary con los brazos cruzados y expresión expectante. La mano de ella seguía sobre el primer botón de su camisa, y en sus luminosos ojos verdes había una mirada aturdida.

—Mary —dijo con tranquilidad—: quiero que se quite la ropa.

Ella se preguntó qué le resultaba tan irresistible del modo en que decía su nombre. Hasta el punto de que, antes de contestar, tuvo que pararse a pensar en qué le estaba pidiendo.

—Tiene que darme algo —objetó—; déjeme ponerme la camisa.

Él negó con la cabeza.

—Sigue estando húmeda. No quiero que se ponga enferma por mi culpa.

—La combinación.

—No.

Mary cerró los ojos un instante.

—Una manta al menos —rogó—. Por favor, Ryder.

Él fingió pensarlo, aunque desde el principio tenía intención de dársela; pero antes era preciso intimidarla. No le enorgullecía demasiado hacerlo, pero tampoco se arrepentía.

—Una manta —asintió, como si le hiciera una gran concesión—.

Ahora desvístase.

Mary empezó a hacerlo despacio. Se había desabrochado ya dos botones y el cinturón de pañuelos que le ceñía la cintura cuando Ryder la interrumpió.

—¿Está montando este espectáculo en mi honor? —preguntó.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esto no es un escenario de Chicago. Cuelgue una manta de la cuerda y desvístase detrás.

Su comentario obró el efecto deseado: observó cómo Mary se ruborizaba hasta la raíz del llameante cabello, desconcertada, desprevenida y avergonzada.

—Vamos —le dijo. Se levantó del baúl, cogió una manta de la cama y se la lanzó—. Use ésta.

Mary apretó las manos en torno a la misma y le echó una mirada de odio, pero mantuvo la boca cerrada y no expresó prácticamente nada de sus pensamientos; que él interpretara la expresión de su cara como quisiera.

Ryder se sentó en el sillón de orejas y extendió sus largas piernas en actitud despreocupada mientras ella colocaba la manta sobre la cuerda. Se le veían la cabeza y las piernas, desde la rodilla hasta el tobillo, pero él no se molestó en mirar; en lugar de eso, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sin dejar de desvestirse, Mary le echó una ojeada por encima de la combada cuerda. Él no estaba regodeándose. En su cara no había

ninguna sonrisa de satisfacción que borrar ni en sus ojos ningún brillo que desterrar; sólo parecía exhausto, y eso la conmovió de un modo tan inesperado como inoportuno. No tenía lógica sentir compasión hacia su raptor, y, sin embargo, ésa era la emoción que predominaba en sus pensamientos y los enturbiaba.

—Ya está —dijo.

Ryder abrió los ojos y levantó despacio la cabeza. Había estado a punto de dormirse, pero ahora estaba atento y vigilante. Delante de él se hallaba Mary, envuelta en la manta que antes colgaba de la cuerda y cargando una brazada de ropa.

—Vaya a acostarse —le dijo—. Yo iré con usted en seguida.

Ella se sentó en el borde del altillo de piedra con los pies colgando mientras Ryder guardaba la ropa. No había llave para cerrar el baúl, pero él lo precintó bien colocando encima el cajón de rifles. Al ver el esfuerzo que le costaba levantar el cajón, Mary supo que ella no podría apartarlo de allí, al menos no rápidamente y sin hacer ruido. Luego, Ryder apagó uno de los dos faroles encendidos y llevó el otro a la cama.

—He dicho que se acueste.

Con el cuerpo rígido, Mary se echó con cuidado sobre las mantas.

—¿Va a atarme otra vez? —susurró.

—La primera vez no funcionó. —Él dejó el farol al lado de donde iba a acostarse, y se tumbó—. Por eso ahora no tiene ropa.

Se volvió de costado, la acercó hacia él y le pasó un brazo por la cintura. Sintió cómo la respiración de ella se aceleraba cuando su cuerpo

quedó pegado al suyo. De nuevo volvió a susurrar, esta vez cerca de la oreja de Mary:

—Si intenta escaparse de nuevo, ni siquiera le daré una manta.

—Si es que me atrapa.

Él no iba a permitir aquella pequeña exhibición de fanfarronería.

—La atraparé, Mary —repuso—; siempre la atraparé.

Ella se quedó dormida preguntándose por qué aquellas palabras le parecían más una promesa que una amenaza.

Cuando despertó, le dejó ponerse la ropa. Ese sistema se convirtió en una rutina que se repitió durante unos días que resultaban exasperantes en su uniformidad. En la cámara no había mañana ni noche; dormían cuando estaban cansados y se levantaban cuando se sentían descansados. Sus relojes internos no siempre funcionaban coordinados, pero Mary se veía obligada a seguir a Ryder. Cada vez que él estaba listo para dormir, tenía que desnudarse y acostarse a su lado. Su ropa quedaba fuera de su alcance, dentro del baúl, y él siempre le deslizaba un brazo en torno a la cintura antes de cerrar los ojos. Mary se decía que debía luchar contra el sueño partiendo de la base de que no tenía elección sobre cuándo o cómo dormirse; sin embargo, nunca lo hacía.

Cuando el brazo de él le rodeaba la cintura, lo aceptaba y hallaba consuelo en ello. En el fondo de su corazón, incluso empezó a desearlo.

En el tiempo que consideraban sus días, Mary leía. A veces, Ryder

desaparecía durante horas, pero nunca intentó seguirlo. Desde aquella cámara, sólo había una salida de la gruta, de modo que se habrían cruzado. Lo envidiaba por hartarse de luz del sol y de las estrellas, pero nunca le pidió acompañarlo; no se sentía con valor suficiente como para soportar que se lo negara. Sospechaba que Ryder salía para vigilar si se veían grupos de rescate y calibrar la seguridad de su posición, pero él nunca la informaba, y de nuevo Mary consideró una cuestión de orgullo no decir nada sobre el asunto. Siempre volvía con algo para ella; regalos que depositaba en su regazo como una ofrenda. Entonces ella bajaba el libro e intentaba no parecer demasiado contenta, aunque casi siempre fracasaba. Una vez, le llevó un puñado de nueces, y otra, pequeñas bayas dulces; en una tercera ocasión le dio un trozo de turquesa en bruto que luego pulió hasta convertirla en una suave piedra del tamaño de medio pulgar de ella. Cuando creía que no la miraba, Mary sacaba la piedra y la observaba con detenimiento, sin saber muy bien qué pensar de su extraña amabilidad.

Ryder la dejaba explorar con él algunos de los recovecos más profundos de la gruta. Mientras él la acompañara, tenía acceso a las rutas que llevaban en dirección contraria a la entrada. De ese modo, llegó a donde nacía el manantial que proporcionaba la fría agua de la cámara y bebió del mismo ahuecando las manos. Ryder también le enseñó otra cámara donde, de pie en el centro, su susurro resonaba como un eco en sus oídos. Mary se remangaba las faldas del hábito y gateaba por las rocas y los frágiles puentes de piedra mientras Ryder la seguía con un

farol levantado. «Una cárcel insólita», pensaba ella; de una amplitud increíble y, sin embargo, más opresiva que el convento. A veces, cuando despertaba, le costaba trabajo respirar.

Aunque por motivos distintos, en esos mismos momentos tenía esa sensación. Ryder se disponía a dormir y, con el brazo, le apretó la áspera manta contra su piel al acercársela al cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Ella no esperaba la pregunta. Por tácito y común acuerdo, rara vez hablaba cuando compartían la cama. Daba la impresión de que el lenguaje fuese algo demasiado íntimo, demasiado penetrante y personal; era mejor reservarlo para las horas en que estaban despiertos, cuando estaban en poder de todas sus facultades y defensas. Mary siguió mirando fijamente el juego de sombras que se proyectaba sobre la pared de la cámara y no contestó.

Ryder notó que no se relajaba junto a él, como de costumbre. Se incorporó, apoyado en un codo, y la miró. Tenía la vista clavada en la pared de enfrente, con los ojos secos y levemente ansiosos.

—Su corazón late rápido como el de un conejo —dijo.

—Un momento —contestó ella en voz baja—. Pronto se me pasará.

Él alzó el brazo con el que le rodeaba la cintura y, con timidez, le rozó la mejilla con los dedos y luego la frente; su piel entró en calor bajo sus yemas.

«No debería tocarme —pensó ella—. No es justo.» Y entonces habló, porque en aquel preciso instante su contacto era una invasión aún mayor

que las palabras.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó.

Ryder apartó los dedos de su cara y despacio, con suavidad, se los pasó por el sedoso cabello antes de posar la palma de la mano en la curva de su cadera. A Mary se le cortó la respiración, pero no le pidió que apartase la mano. Él no parecía ser consciente de dónde la tenía puesta; en cuanto a ella, no era consciente de nada más.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó de nuevo.

—Doce días —respondió Ryder.

—Tanto... —comentó ella, más para sí misma que para él. Suspiró—. La Navidad ha llegado y ha pasado. ¿Lo sabía?

Sí que lo había sabido; aquel día fue cuando le llevó la turquesa.

—No me he dado cuenta.

Ella se limitó a encogerse de hombros como si no importara, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Mary?

Deseó que no dijera su nombre; eso siempre parecía provocar la reacción que él quería, aunque ella deseara otra distinta.

—No es justo —estalló al fin—. No es justo que mi familia no sepa que estoy bien, que hayan pasado la Navidad preguntándose por mí, preocupándose... ¿No hay ningún modo de que usted les haga...?

—No —la cortó—. No hay ningún modo.

—Y el Año Nuevo... Lo pasaremos aquí, y no tendrán ni idea de que no estoy herida, de que no estoy muerta.

—No. —Ryder le quitó el brazo de la cadera y le ciñó la cintura—. Pero tiene razón: no es justo.

Ella no esperaba ese reconocimiento, aunque eso no cambiaba nada... bueno, en realidad no mucho... Por eso, el hecho de que la hiciera sentirse mejor era preocupante en sí mismo.

—Podría dejarme ir —propuso.

Él no se tomó el trabajo de responder.

—Duérmase.

Extendió el otro brazo por encima de la cabeza y se tumbó.

—Quiero volver a ver el sol —murmuró ella bajito.

Ryder no dijo nada, pero pensando en sus palabras, permaneció despierto mucho más tiempo que Mary.

—¿Quiere venir conmigo?

Se lo preguntó cuando estaba ya bajo el arco de piedra. No pensaba hacer esa pregunta, aquello no era propio de él..., pero las palabras estaban allí, sin más, en la punta de la lengua, y luego las pronunció. Como no podía retirarlas, confió en que ella no lo hubiera oído.

Mary bajó el libro; Ryder ni siquiera la miraba. Sospechó que había hecho la invitación a regañadientes y que ya lo lamentaba, pero no le importó. No le pidió que la repitiera ni se preguntó en voz alta si hablaba en serio. Dejó caer el libro en la cesta y se puso de pie.

—Sí —dijo—. Me gustaría.

Cuando llegó al arco, Ryder ya estaba recorriendo el túnel a grandes zancadas. La luz hacía un lento barrido de la pared cuando el farol

oscilaba en su mano, y Mary se mantuvo lo bastante cerca como para seguir la luz, pero sin intentar alcanzarlo. Él estaba manifestando con toda claridad que no deseaba compañía. Mary estaba tan concentrada en seguir la luz que, cuando Ryder se detuvo, estuvo a punto de chocar con él. Entonces echó un vistazo alrededor y vio que no habían llegado muy lejos; el pasillo se bifurcaba, y a la derecha estaba la cámara que se utilizaba para las llamadas de la naturaleza. Sintió una profunda decepción. Pensaba que él se había referido a otra cosa cuando le había hecho la oferta; esperaba un viaje al exterior, no al retrete.

Ryder depositó el farol en el suelo y la miró.

—Tendrá que ponerse esto —dijo.

Ella se sintió confusa hasta que él le enseñó uno de sus pañuelos de colores.

—¿Una venda? —preguntó.

Él asintió.

—¿Está de acuerdo?

—Sí —contestó ella rápidamente—. Sí, sí.

La rapidez de su respuesta y el entusiasmo de su voz fueron para Ryder como un golpe físico. Ella tenía la cara alzada hacia él, y sus ojos ya estaban cerrados en un gesto de ofrecimiento. Sus largas pestañas eran como abanicos bajo sus párpados, y en su boca se dibujaba una leve sonrisa en la que la ilusión luchaba contra la impaciencia. Tenía la expresión dispuesta y expectante de una mujer que esperase un beso, no una venda en los ojos... El corazón de Ryder se rindió, y en ese instante

Mary abrió los ojos.

Se miraron fijamente, casi sin respirar. Pasó el tiempo: una eternidad, unos cuantos segundos... Todo era lo mismo.

Ryder cedió primero, y Mary se tambaleó un poco cuando su retirada pareció tirar de su esbelto cuerpo hacía delante. Él la sujetó con firmeza, luego le vendó los ojos, recogió el farol y la tomó de la mano.

—Por aquí —dijo. Su voz sonó un poco áspera, un poco ronca, y vibró a través de Mary con una sensación inquietante pero no desagradable. Ella le apretó la mano.

—No irá demasiado rápido, ¿verdad? —preguntó.

—No, Mary; no iré demasiado rápido.

A la entrada de la gruta, Ryder dejó por fin que se quitara la venda. Ella se la arrancó rápidamente y entornó los ojos mientras esperaba que la luz del sol le bañara el rostro. Luego fue abriéndolos despacio, y se quedó horrorizada por la profundidad de su decepción.

—Es de noche.

Y pensó además que no era una noche cualquiera, sino una tan cargada de nubes que no se veía la luz de la luna ni de las estrellas.

Ryder se remetió una punta del pañuelo en el cinturón y luego se puso tras ella. Le dio un empujoncito para que se acercara más a la entrada de la gruta y apoyó las manos en la parte superior de sus brazos.

—Dele tiempo —dijo en voz baja—; la noche no dura siempre.

Mary asintió con la cabeza, y él sintió que unos sedosos cabellos le rozaban el mentón. Si hubieran tenido una relación íntima, en aquel momento le habría besado la coronilla, o habría bajado la boca hasta su oreja. En lugar de eso, posó la mirada en el borde del hábito, del que surgía su esbelto cuello, y en la tela negra que le envolvía los hombros. Una suave brisa que barrió la boca de la gruta le llevó la fragancia de su pelo, y Ryder respiró hondo. Ya nunca llevaba puestos el velo y la toca; no lo hacía desde el día en que llegaron a la gruta. Nunca se había preguntado por qué, y entonces, mientras la sutil fragancia del suave cabello de Mary llenaba sus sentidos, se lo preguntó.

—Ya no se pone el velo...—dijo.

En un gesto urgente y tímido, ella se llevó la mano al cabello, tiró del rizo que quedaba cerca de la sien y se lo remetió detrás de la oreja. La mano de Ryder se cerró sobre la suya y se la apartó. Luego dejó que bajara el brazo y volvió a posar sus manos en los hombros de ella.

—A su pelo no le ocurre nada malo; todo lo contrario. Sólo me preguntaba por el velo.

Mary se encogió de hombros.

—Parecía demasiado —contestó sin dar muchas más explicaciones.

Sentía la tibieza de las palmas de Ryder en los hombros, y su calor donde su pecho le rozaba la espalda. Otro soplo de brisa entró arremolinándose en la gruta, silbó en la cámara de detrás y levantó un suave sonido, parecido a un suspiro, entre los pinos que había delante. Mary cruzó los brazos.

—Tiene frío —dijo Ryder.

—Un poco...

Él le frotó ligeramente los brazos.

—Debería haber traído una manta.

—No, está bien así. —Volvió la cabeza a un lado y la alzó un poco para verlo mejor—. Con esto es suficiente. Oler los pinos, el aire fresco... aunque no haya...

Una medialuna de luz que surgía por el horizonte la hizo detenerse; casi al instante, unas franjas color malva y de un lila intenso dibujaron la panza de las nubes. Su visión se volvió borrosa cuando las lágrimas inundaron sus ojos. Al mismo tiempo, el sol esparció su luz radiante por las mesetas y las cumbres de las montañas y esculpió un arco que cruzaba la boca de la gruta. Mary y Ryder estaban de pie en el centro del mismo. La seria cara de Mary se levantaba en señal de saludo y de gratitud mientras él la contemplaba.

Cuando Ryder le pasó el pañuelo, Mary, afligida, se lo quedó mirando fijamente.

—¿Ya? —preguntó con voz ronca—. ¿No podemos...?

—Es para las lágrimas —dijo él—. Nos quedamos.

Ella le dedicó una turbada y llorosa sonrisa, pero en sus ojos se traslucía el placer.

—Gracias.

Ryder volvió a coger el pañuelo y él mismo le secó las lágrimas. Cuando bajó la mano, le rozó las mejillas con el dorso de los dedos... Y

luego le dio la vuelta para ponerla de cara al sol, antes de que el placer de ella diera lugar a que le hiciera promesas que no debía hacerle, y que no podría mantener.

Las nubes se alzaron, se extendieron y se adueñaron del cielo, como si fueran un velo de un blanco purísimo flotando en un mar cerúleo. En cuanto las primeras vaharadas de calor empezaron a subir del suelo que se encontraba justo a la salida de la gruta, Ryder tocó el hombro de Mary con levedad y le dijo que era hora de marcharse. Ella asintió con gesto de comprensión, pero no se movió. Ryder decidió no forzar las cosas.

—Los apaches llaman este momento del año época fantasmal —le dijo.

—Época fantasmal... —repitió ella en voz baja. Le iba bien. La luz del sol caía sobre una tierra en su mayor parte árida. Aunque los árboles de hoja perenne daban color al paisaje, los arbustos estaban pelados, y los matorrales, achaparrados y amarillentos—. Es un nombre adecuado para el invierno en esta parte del país.

—No es invierno, exactamente. Los apaches dividen el año en seis estaciones, no en cuatro, y ahora acabamos de terminar «La tierra es rojiza».

—El otoño —dijo ella.

—Finales de otoño —la corrigió él—. Cuando la supervivencia depende de la existencia de plantas silvestres, se es muy concreto al nombrar las estaciones.

—¿Y la primavera?

—«Pequeñas águilas» es marzo y abril; «Muchas hojas» es mayo y junio.

—¿Cómo se dicen esos nombres en idioma apache? —preguntó ella.

Ryder se lo dijo, y Mary escuchó aquella lengua desconocida intentando captar su cadencia y su entonación.

—¿Cómo llaman al verano?

—«Hojas largas.» —Él pronunció la palabra apache y sonrió ante el intento de ella de repetirla—. El principio del otoño es la estación de la «Fruta grande». Para los apaches, un mes es una luna, y un año, una cosecha; en cada cosecha hay trece meses y seis estaciones.

—¿Cómo es que sabe tanto y conoce su lengua, y sin embargo no es uno de ellos?

Ryder se pasó los dedos por el pelo. Por encima de la cabeza de Mary contempló la inmensidad de la tierra que había más allá de la boca de la gruta.

—Yo no he dicho que no fuera uno de ellos —contestó al fin.

Mary lo miró frunciendo el entrecejo.

—Pero usted dijo...

—Dije que no era apache, al menos de sangre o de nacimiento... —Sus pálidos ojos grises la observaron atentamente para juzgar cómo reaccionaba—. Soy chiricahua por elección.

El tema se había cerrado, y cerrado siguió. Las preguntas que

llegaron en tropel a la mente de Mary se quedaron sin formular. Ryder le puso la venda en los ojos y la condujo de vuelta a la cámara, con modales menos atentos que en el viaje de ida, y con un tono en la voz más áspero. Ella no sabía qué había hecho para provocar aquella reacción y, sin embargo, estaba claro que Ryder pensaba que había hecho algo. Estuvo pensándolo todo el día, pero cualquier insinuación que le hizo fue rápidamente rechazada.

Ignoraba que lo que había ocasionado el cambio había sido precisamente la naturalidad con que aceptó su revelación. El desconcierto luchaba con la máscara de tranquila indiferencia que Ryder acostumbraba a llevar como un manto. Había esperado una reacción de repugnancia, incluso de susto; estaba familiarizado con esa respuesta a sus palabras y sabía cómo afrontarla. Si se hubiera mostrado fascinada, como tal vez hubiera hecho alguien de la calaña de Anna Leigh Hamilton, habría sabido cómo sacudírsela de encima. Pero Mary ni siquiera dejó entrever una sombra de recelo. La confesión podría haberla incitado a reconsiderar su postura respecto al ataque del cañón Colter, influir en su opinión sobre la culpabilidad o la inocencia de Ryder... Y, en cambio, ella no lo juzgó. Sus ojos claros e inteligentes se limitaron a mirarlo con curiosidad, y su hermosa cara mantuvo la apacible pureza del rostro de un ángel.

A pesar de su hábito, Mary Francis Dennehy era una mujer muy peligrosa.

Aquella noche, cuando Ryder se tumbó junto a ella, no la rodeó con

el brazo, y Mary lo añoró al instante. Echó de menos su peso y su seguridad, el modo en que la unía a él con aquel abrazo posesivo. Se dijo a sí misma que no debía estar tan pendiente de él, que no debía estar atenta por si oía su tranquila respiración o el susurro de las palabras que a veces se le escapaban de los labios al dormir. Debía darle igual si Ryder dormía o no. No debía preocuparse por sus pensamientos o por su disgusto. No debía preguntarse si era que no se atrevía a tocarla o, sencillamente, que no quería hacerlo.

Se volvió de costado para quedar frente a él. Tenía los ojos cerrados, y su mejilla descansaba sobre un brazo extendido. El farol estaba bajado, de modo que sólo una tenue luz dibujaba su perfil. Tenía las pestañas y las cejas tan oscuras como el pelo, recogido con una correa de cuero. Sus facciones eran marcadas, casi rapaces, y la imagen del sueño las suavizaba sólo mínimamente. Los meses pasados en la prisión militar y las casi dos semanas que llevaban en el interior de la gruta habían quitado color a su piel, pero aun así, seguía siendo más moreno que ella, y cuando estuviese al sol otra vez, se broncearía tanto como lo estaba la primera vez que se vieron.

—Sé que no está dormido —dijo, pero él no abrió los ojos—. He pasado las últimas trece noches tumbada junto a usted; creo que sé cuando está dormido.

Él abrió los pálidos ojos grises con expresión serena aunque atenta.

—Creía que entonces sabría también cuándo quiero dormir.

—Y lo sé —replicó ella—, como también sé que en estos momentos

sólo desea ignorarme. Algunas personas captan las indirectas.

El suspiro de Ryder fue revelador cuando replicó con ironía:

—Desde luego, no es usted una de ellas.

—Desde luego que no. —Vaciló. Ahora que contaba con su atención, no estaba segura de qué hacer con ella—. No sé por qué está enfadado conmigo. No sé qué he hecho.

—No estoy enfadado con usted.

Mary le observó la cara con detenimiento, los enigmáticos ojos grises, la tranquilidad inescrutable que se ponía como armadura, y pensó que ella la había traspasado al menos una vez; daba igual que se la hubiera puesto de nuevo.

—Pero está enfadado —insistió—. O por lo menos lo estaba.

—Por tanto, tiene que ser por algo relacionado con usted.

Su comentario la hizo parecer muy egocéntrica, y eso no encajaba bien con Mary.

—¿Acaso no es así? —preguntó.

Ryder se alzó sobre un codo.

—Aquí somos dos, tal vez tiene que ver conmigo. ¿Usted nunca se enfada consigo misma?

—Bueno, sí, pero...

Él se inclinó hacia delante, le puso un dedo en los labios e interrumpió sus reparos.

—Ya está bien. Duérmase.

Mary esperó a que quitase el dedo.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere?

—Digo lo que quiero decir —espetó ella con aspereza—. No puedo, y usted tampoco.

No le dijo por qué. Se limitó a volverse para darle otra vez la espalda, alargó la mano detrás de ella, le cogió el brazo, se lo puso por encima de la cintura y después se acomodó de una forma que al cabo de trece días se le había vuelto familiar.

—Mary... —Ryder pronunció su nombre como una advertencia.

—No pasa nada —le contestó ella—. Ahora dormiremos los dos.

Quince minutos después, al oírla respirar de modo suave y regular, Ryder pensó que ella sólo había tenido razón a medias.

—¿Qué quiere decir con que no va a ponérselo?

Ryder le tendía el hábito, pero Mary no hizo el menor gesto de cogerlo, y dejó que colgara de la punta de su mano.

—Sólo lo que he dicho. —Su voz era decidida, testaruda—. En el oído no le pasa nada.

—Bueno, pero no puede andar todo el día por ahí con esa manta.

Llevaban despiertos menos de una hora y, según sus cálculos, ya se la había ajustado cuatro veces sobre los pechos... El peligro de que se le resbalase de nuevo era constante y un tropezón con el bajo, que le arrastraba, podía hacer que se quedase en cueros.

—¿Por qué no? —preguntó Mary—. A usted le parece bien que duerma con ella.

—Es para impedir que salga a hurtadillas mientras no estoy despierto.

—Quizá ése fuera su objetivo inicial, pero creo que ya no es así.

—¿Y eso quiere decir...?

—Quiere decir que, en realidad, creo que quiere que esté desnuda.

Ryder clavó los ojos en ella. Sus atrevidas palabras estaban reñidas con el rubor de su cara. Un rubor que, según veía ahora, empezaba justo debajo del borde de la manta que le cruzaba los pechos.

—Estoy intentando darle la ropa —replicó él—, así que esta discusión no...

Mary dio una patada en el suelo; los dedos de los pies se le trabaron en la manta bajándosela. Se las arregló para cogerla antes de que los pezones le quedaran al descubierto, pero sólo por los pelos. Aunque su rubor se intensificó, se mantuvo firme.

—Estoy harta de sufrir sola, Ryder McKay.

Él ladeó la cabeza y la miró con curiosidad. Sin soltar el hábito, se sentó despacio sobre la tapa del baúl.

—Quizá debería explicarse. No era consciente de que estuviera sufriendo.

Parte de la fanfarronería de Mary se disipó ante la tranquilidad con que él le pedía una explicación. ¿Era aquel hombre tan frío como quería hacerle creer? ¿O, sencillamente, faroleaba? Sin duda, Mary Francis era la

mejor jugadora de póquer de la familia, y su ventaja siempre era la serenidad de su expresión. Ahora, observando las cautas e impasibles facciones de Ryder McKay, pensó que a lo mejor había encontrado al fin la horma de su zapato... ¿Y no era precisamente ésa la cuestión?

—Tal vez sufrir sea exagerado... —reconoció despacio. Se mordió el labio inferior mientras pensaba—. Incómodo sería más exacto. No está bien que yo sea la única que esté incómoda con este arreglo.

Ryder echó un vistazo a su alrededor.

—Desde luego, no es a lo que usted está acostumbrada, pero es...

«Está malinterpretándome a propósito.»

—No hablo de eso. Hablo de dormir junto a usted, con su brazo en torno a mí, con sus labios contra mi pelo, su...

—Mary...

La advertencia había vuelto a su voz, pero ella hizo caso omiso.

—Y, además, sin que nada de eso parezca importarle, mientras que a mí me altera. —Señaló el hábito que él aún sostenía—. ¿Cree que eso me hace menos mujer, que por alguna razón no tengo necesidades o deseos de mujer? ¿Cree que puede tocarme sin consecuencias para mi mente o para mi cuerpo? —Vio que había captado toda su atención. Entonces, en tono de mofa, añadió—: Y usted..., vaya, usted se esconde detrás de ese hábito creyéndose muy seguro, pensando que no va a recibir respuesta de mí. Cree que mientras lo lleve no puede pasar nada, de modo que le resulta de lo más fácil atormentarme... Bueno, pues no voy a ponérselo fácil: no voy a ponerme más ese hábito.

La mirada de Ryder fue de la cara de Mary hasta el hábito. Se lo quedó mirando fijamente, meditando acerca de sus últimas palabras y asombrado de que en su voz hubiera tanto sarcasmo como triunfo. Luego se puso de pie, se acercó hasta quedar delante de ella y le tendió el hábito otra vez.

—Anoche fue usted quien impuso la proximidad entre nosotros —le recordó—. Tome esto; no quiero que rompa sus votos por mí.

—Tiene demasiada buena opinión de sí mismo —espetó Mary. Estaba claro que entendía poco sobre sus votos... y nada sobre ella. Cogió el hábito e, inmediatamente, lo tiró a un lado—. Usted no significa tanto para mí; no es mi corazón lo que se ha ganado.

Con sus verdes ojos centelleando, tenía una actitud desafiante. Desde luego, no podía hablar con más claridad.

Ryder se llevó la mano al puente de la nariz y cerró los ojos un momento mientras con un masaje eliminaba un principio de dolor de cabeza; al mismo tiempo, intentó recordar cómo había comenzado la discusión. Podía oírla aún cuando dijo: «No pienso ponérmelo» al pasarle el hábito... ¿Por qué no le contestó él entonces: «Como quiera»? ¿Por qué le había dejado que lo llevara a su terreno?

Le bastó con abrir los ojos. La respuesta estaba allí: en la curva descubierta de su hombro, en la extensión de pantorrilla que asomaba por una abertura de la manta, y en los ojos que lo quemaban con su fulgor. El hábito la protegía, en eso tenía razón. La protegía de él... y de sí misma.

—¿Por qué me dice esto? —preguntó en voz baja.

Un mechón de cabello cobrizo había caído sobre la mejilla de Mary, que se lo echó hacia atrás con un gesto impaciente.

—Porque ya no puede contar conmigo para asegurarse de que sea la conciencia de los dos. —Volvió a tirar de la manta, la levantó un poco e intentó sujetarla mejor; luego volvió a dedicarle su atención—. Sencillamente, he creído que debía saberlo.

—No era consciente de haberle pedido que fuera mi conciencia.

—Y no me lo ha pedido. —Señaló el hábito—. Usted creía que con eso bastaba. Pero no basta. Ya no.

Con las oscuras cejas fruncidas, Ryder echó una ojeada a la prenda y luego otra vez a Mary.

—¿Qué quiere decir?

Ella alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos. Contra su voluntad, sintió que se le aceleraba la respiración.

—Dejé la orden en septiembre —explicó—. Ya no soy monja. Hace meses que no lo soy.

Se hizo un denso silencio. Durante largo rato, Ryder se limitó a mirarla fijamente. Tuvo en la punta de la lengua la palabra «embustera», pero no le gustó su sabor. Le dio la impresión de que ella no tenía nada que ganar mintiéndole, y tal vez mucho que perder.

—Me ha engañado —dijo al fin en tono dolido.

Mary trató de ignorar el comentario, pero se ruborizó aún más.

—Por segunda vez —añadió Ryder.

Mary apartó los ojos y dijo:

—Lo recuerdo.

—¿Pensó que no lo mencionaría? —preguntó él—. La primera vez que nos vimos disfrutó fingiendo ser lo que no era.

—Disfruté al ver que me tomaba por lo que no era —lo corrigió Mary con voz suave, y luego lo miró—. No espero que lo entienda, pero es la verdad. —La sinceridad la obligó a añadir—: Y sí, disfruté de su incomodidad cuando averiguó lo que yo era.

Ryder lo recordaba muy bien. Si cerraba los ojos, la veía sentada sobre la tibia roca, junto al lago, abrazándose las rodillas contra el pecho en una postura defensiva, pero con una sonrisa claramente vanidosa. Ahora que dudaba de cómo reaccionaría él, no parecía tan segura de sí misma. En sus brillantes ojos se veía cierta inquietud, y no había ni rastro de sonrisa; sólo el modo de cruzar los brazos resultaba familiar.

—Busque algo que ponerse —dijo él al fin—; me da igual lo que sea.

Se dio media vuelta, cogió un farol y salió de la cámara.

Mary se quedó mirándolo, incapaz de llamarlo para que volviera y sin saber tampoco si deseaba hacerlo. Cuando la luz que él llevaba se desvaneció en el pasillo, Mary se inclinó despacio y recogió su hábito, luego lo dobló con cuidado y lo metió en el baúl. No disponía de muchas opciones para vestirse: tenía la combinación de algodón y la ropa interior que llevaba debajo del hábito, además de las camisas y pantalones de la muda de él. Se metió la combinación por la cabeza y se puso deprisa las bragas. Después, usó una de las camisas más gruesas de Ryder como

chaqueta, y se la remangó hasta que los puños le quedaron entre la muñeca y el codo. Sus medias y sus zapatos no le abrigaban tanto los pies como los calcetines de Ryder, pero decidió que cuanta menos ropa de él se pusiera, mejor. La seca orden de que se vistiera no había sido precisamente una invitación para que compartiera sus pertenencias.

Una vez lista, sacudió la manta que había llevado puesta y la tendió encima de las otras en la cama, luego alisó los bordes y le quitó las arrugas con la mano. Se preguntó si la obligaría a ponérsela cuando volvieran a dormir, y la mano le tembló un poco. Tal vez fuera ésa la noche en que le diría que durmiera sin nada en absoluto.

Mary bostezó abiertamente. Con retraso, alzó una mano para taparse la boca. El libro que fingía leer se le resbaló de la otra mano y cayó cerrado en su regazo.

—Quizá debería acostarse —dijo Ryder. Estaba sentado en el suelo de la cámara, con las piernas cruzadas, delante de varios mapas desenrollados que había sacado del baúl. Ni siquiera se molestó en alzar la vista.

—¿No está cansado? —preguntó ella.

Era imposible seguir el paso del tiempo ni siquiera de forma aproximada, pero Mary sospechó que ya debía de ser muy tarde en un día interminablemente largo. Ryder había estado fuera casi todo el rato, y aunque ella ignoraba qué asunto lo ocupaba en el exterior, se sentía

como si la estuviera castigando. Le entraron ganas de decírselo cuando al fin regresó, pero nada en su actitud invitaba a la conversación o al comentario. Después de comer en silencio, él se arrodilló delante del baúl, lo vació por completo, levantó el falso fondo y sacó los mapas. No miró en dirección a Mary para ver si le interesaba o la irritaba aquel tesoro oculto. Era como si hubiera dejado de existir para todo lo que le importaba.

Aquello no tenía sentido.

Mary volvió a dejar el libro en la cesta y contuvo otro bostezo. Después se levantó y encogió los dedos de las manos y de los pies al intentar desperezarse sin llamar la atención. Cuando rodeó a Ryder al pasar, tuvo buen cuidado de no tocarlo, pero el bajo de su combinación le rozó la rodilla, y entonces un tirón la detuvo en seco. Se volvió y miró hacia abajo; él tenía agarrado un trozo de combinación en el puño.

—¿Sí? —preguntó ella.

El contraste de su piel sobre la blanca tela y la vehemencia de su agarrón despertaron su interés. De pronto, le costaba trabajo respirar. Ryder no dijo nada, pero Mary notó que el tirón no cesaba, era como si la mano que sujetaba su combinación tirase de ella hacia abajo. Sintió que sus rodillas cedían y luego se vio sentada a su lado. Él desvió la mirada desde su mano a la cara de Mary. Sus fríos ojos grises la observaban con detenimiento, con la atención de un ave de presa. Mary se quedó muy quieta. Incluso después de que la soltara, sentía como si siguiera sujetándola.

—No estoy cansado —dijo él en voz baja.

—Ah... —Ella ya no se acordaba de lo que había preguntado.

—Pero quería cansarme... —Su mano alzada se posó en la curva del cuello de ella. Cuando le pasó despacio el pulgar por la piel, sintió que el corazón le daba un salto—. ¿Por qué me lo ha dicho, Mary?

Ella tragó saliva. Los dedos de él subieron y acariciaron sin prisa su mejilla. Luego le tocaron la oreja y pasaron sobre el pelo de su sien.

—¿Era esto lo que quería? —Al ver que ella no decía nada, llevó la mano a la parte de atrás de su cuello y la atrajo más cerca—. ¿O esto?

Inclinó la cabeza y, con la boca, le rozó los labios. Ligeramente al principio, un simple roce.

—¿Esto quizá?

Esta vez, la presión fue más intencionada. La mano se tensó y la sostuvo con firmeza, y la boca se cerró sobre la de ella. Sintió que Mary intentaba respirar, pero fue el aliento de él lo que bebió. Tenía los suaves labios entreabiertos, un estrecho espacio que Ryder ensanchó con la lengua en un tímido contacto, apenas una prueba. Ella dejó escapar un quedo sonido, casi un quejido, y él no interpretó esa respuesta sólo como una muestra de excitación: podía percibir su miedo.

Entonces, en lugar de retirarse, profundizó más el beso. Hundió los dedos en su cabello y la mantuvo cerca, mientras con la lengua exploraba los dulces recovecos de su boca. Poco a poco, fue apoyando su peso en ella hasta tumbarla con cuidado sobre el fresco suelo de piedra, sin que Mary se diera casi cuenta de cómo había llegado allí. Luego se tendió a

su lado y se estiró hasta apresarle las piernas con una de las suyas. Sólo entonces apartó la boca. Ella tenía las pupilas dilatadas y algo desenfocadas. Sus labios entreabiertos, un poco hinchados, tenían un color más vivo que antes del beso. Entonces, con voz ronca, Ryder dijo:

—Dios mío... No la habían besado nunca.

A Mary la sorprendió su propia indignación.

—Sí me habían besado —lo contradijo con aspereza.

—¿Ah, sí?

Él le besó la comisura de la boca y luego la mordisqueó. Ella volvió a entreabrir los labios y él la provocó con la lengua antes de preguntar:

—¿Quién?

—Jordan Reilly.

La respuesta brotó demasiado rápido para ser una mentira, y sin embargo Ryder sospechó que allí había algo oculto. Bajó la cabeza y la besó con intensidad hasta lograr que el cuerpo de ella se arquease contra él. Cuando se apartó, la vio respirar de forma agitada y superficial. De forma espontánea, sus manos se habían posado levemente en los hombros de él.

—Él tenía ocho años... —reconoció al cabo de un instante—, y yo sólo...

No acabó la frase. La boca de Ryder se inclinó de nuevo sobre la suya y Mary sintió la urgencia del hombre como un latigazo de calor y anhelo... y también de enfado, algo que resultaba menos fácil de entender. Ella le apretó los hombros con los dedos. El peso de su cuerpo

era extraño, pero lo aceptó. Lo rodeó despacio con los brazos y luego hundió los dedos en su espesa melena, negra como la tinta. De pronto, Ryder se detuvo, se apartó bruscamente del abrazo de Mary y se incorporó.

—Me dejaría hacerlo, ¿verdad? —espetó él con dureza.

Mary se enderezó. Desconcertada por el tono de acusación y también un poco herida, se ruborizó; sin embargo, no fue capaz de negar la verdad.

—Sí —contestó con sencillez—. Lo haría.

—¿Por qué?

En lugar de responder a la pregunta, ella preguntó:

—¿Por qué lo irrita eso?

Ryder esbozó una sonrisa forzada y desprovista de humor.

—No sabía que se hubiera dado cuenta.

—Lo he... lo he sentido en sus besos. Soy inexperta, no ingenua. —Inspiró hondo—. De modo que, ¿por qué está irritado?

Suspirando, Ryder se puso de pie mientras se pasaba una mano por el pelo.

—No estoy enfadado con usted. No ha hecho nada salvo hacer que la deseara, y eso lo logró hace mucho tiempo. —Meneó la cabeza despacio—. No debería haberla traído. Fue un error pensar que no la tocaría.

Cuando Mary se levantó, Ryder se apartó de ella. Entonces le preguntó en voz baja:

—¿Por qué no quiere tocarme?

—No se echa de menos lo que no se ha tenido.

—Eso no es verdad —dijo ella—; yo lo sé bien.

Ryder se volvió.

—No estamos hablando de lo mismo. En absoluto.

Ella quería satisfacer su curiosidad; no tenía idea de la necesidad que lo arrastraba a él, pero Ryder dijo:

—Vaya a dormir ya. Tengo trabajo que hacer.

Mary estuvo a punto de alargar la mano para tocarlo, pero temió que la apartase con brusquedad. Entonces pasó junto a él, con cuidado de no rozarlo, y se fue a la cama. Cogió tres de las mantas y se las echó a Ryder, y luego se acostó. Él apagó todos los faroles salvo el que necesitaba para leer los mapas.

—Sigo teniendo toda la ropa puesta —comentó ella en tono algo desafiante.

Ryder se inclinó sobre los mapas. Sin mirarla y en tono amable, contestó:

—Cierre el pico, Mary.

Se despertó de repente, consciente de que algo había cambiado. Al cabo de un segundo, al percibir la ausencia de Mary, se puso de pie. Ella estaba en el arco de la entrada de la cámara, con un cubo de agua de manantial en una mano y un farol en la otra.

—¿Creía que me había marchado? —preguntó con curiosidad.

Ryder se llevó una mano a la nuca y se la masajeó hasta que la tensión fue abandonándolo poco a poco.

—Y se ha marchado.

—Sólo para buscar agua. —Colgó el farol dentro de la entrada y acercó el cubo hasta Ryder—. Dormía muy profundamente. He armado un estrépito y ni siquiera se ha movido.

—Embustera.

No fue dicho con ánimo de ofender, y Mary no se ofendió.

—De acuerdo —reconoció—: no he hecho ruido. Pero debe admitir que me ha echado de menos. Llevaba fuera por lo menos dos minutos.

—Tanto... —replicó él con ironía, aunque sus palabras lo preocupaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer. De haber querido, en dos minutos habría podido recorrer bastante distancia—. ¿Por qué no ha intentado huir? ¿Ya no desea escapar de aquí?

Mary dejó el cubo.

—Lo he pensado. Lo he pensado mucho. Pero en cierto modo me encuentro en un dilema. Si intento irme, es probable que usted me traiga de vuelta a rastras, y luego me haga dormir sólo con una manta, bien pegada a usted, con lo que después, ambos tendríamos problemas para dormir. Probablemente nos besaríamos, o quizá ocurriese hasta algo más que eso, y entonces usted me echaría la culpa creyendo que yo lo había planeado todo (sabe el cielo que le he dado buenos motivos para que piense así). Me parece que no lo convencería de lo contrario, y... —Se detuvo un instante para coger aliento—. Y eso es todo. Sencillamente, no

tenía ningún sentido intentar escaparse.

Fascinado, Ryder no apartaba los ojos de ella. Estaba riéndose de él, sabía que estaba haciéndolo, pero sus labios no esbozaban ninguna sonrisa y sus ojos verdes sólo traslucían inocencia.

—¿Es cierto eso? —preguntó en voz baja.

Ella asintió con calma, y mientras se volvía para marcharse, dijo:

—¿Quiere algo de desayuno? He pensado que...

Ryder le cogió la mano y tiró de ella. En un instante, Mary se vio junto a su cuerpo al tiempo que, en el mismo rápido movimiento, sus brazos le rodeaban la cintura atrapándola.

—¿Y si he cambiado de opinión? —inquirió él—. Yo también he pensado mucho.

Mary parpadeó. Tenía la cara vuelta hacia él, y parecía que su boca estuviese muy cerca.

—¿Ah, sí?

Él asintió e inclinó la cabeza. Sus labios la tocaron justo debajo de la oreja.

—He decidido... —su boca le rozó la mejilla— que la próxima vez... —le besó la sien— que usted salga de esta cámara... —con la lengua resiguió los bordes de los entreabiertos labios—, hincaré un clavo en la piedra y la encadenaré a él.

Sus manos se cerraron en torno a la cintura de Mary cuando la apartó de él. Ella, que aún sentía el tacto de su lengua en la boca, tardó en comprender el sentido de sus palabras. Osciló sobre los pies un poco

insegura mientras un dulce anhelo la invadía.

—Y ahora no coquetee más conmigo —le aconsejó Ryder—. Puedo hacerle mucho más daño que usted a mí.

Sólo esperó que ella lo creyese.

Durante dos días más estuvieron en una especie de punto muerto. Ryder pasó muy poco tiempo dentro de la cámara, y no le ofreció a Mary volver a acompañarlo. Cuando estaban juntos, su conversación era serena y cortés. Deliberadamente, evitaban cualquier tema que pudiera interpretarse como algo personal, y tenían cuidado de no tocarse. Mary dormía sola en el altillo de piedra, mientras que Ryder se tendía sobre sus mantas en el suelo. No era un arreglo satisfactorio para ninguno de los dos.

Finalmente, la tercera mañana Ryder anunció un cambio. Puso la mano en el hombro de Mary y la sacudió para despertarla.

—Váyase —dijo ella adormilada.

—Levántese.

—¿Por qué?

A ella le parecía una buena pregunta; ¿por qué tomarse la molestia de levantarse si un día apenas se diferenciaba de otro? Ryder estuvo a punto de repetir lo que pensaba acerca de que ella cuestionase sus órdenes, pero luego cambió de opinión.

—Porque nos marchamos.

Eso despertó a Mary de golpe.

—¿Que nos marchamos? —Se incorporó y se puso de rodillas sobre las mantas; su voz sonó impaciente—. ¿Que nos vamos de la gruta quiere decir?

Él asintió con un gesto y, sin prisas, apartó la mano de su hombro.

—¿Adónde vamos?

—A un día de camino de aquí.

—Eso no me dice nada.

Ryder se encogió de hombros.

—Le diría el nombre del lugar, pero no significaría nada para usted. —Señaló el par de pantalones que había colocado en el respaldo del sillón de orejas—. Quítese la combinación y póngaselos. Puede llevar mi camisa y mí sombrero. No aguantará el sol sin él.

—¿No nos llevamos nada? —preguntó ella.

—Agua y tasajo, será suficiente.

—Muy bien. Confío en usted.

Él no dejó que aquello le calara demasiado hondo.

—Vístase —le dijo—. La esperaré en el túnel.

Mary no tardó en estar lista. Al ver que Ryder levantaba un pañuelo, dispuesto a taparle los ojos, ahogó un gritito de sorpresa.

—¿Qué importa que vea el camino de salida? No vamos a volver...

Ryder le ató bien la venda.

—Yo no he dicho eso —repuso.

—Pero... —Intentó arrancarse el pañuelo, pero él le cogió las manos

—. ¿Qué está...?

Sintió como una cuerda se enroscaba a sus muñecas hasta que éstas estuvieron bien sujetas delante de ella.

—No quiero pelearme con usted, Mary. Hoy no.

Ella luchó con las lágrimas, no con sus ataduras.

—No tengo intenciones de hacerlo —declaró.

—Sí lo hará. —La cuerda con que la había atado le habría permitido tirar de ella sin tocarla, pero, en vez de eso, la cogió del brazo—. De hecho, creo que se va a pelear conmigo casi todo el camino.

—¿Por qué? ¿Por qué iba a pelearme? —Ya la notaba rígida e inflexible, que refrenaba el paso mientras él intentaba hacerla avanzar—. ¿Qué va a hacerme?

Entonces Ryder la sorprendió: la cogió entre sus brazos sin más y la abrazó hasta que recuperó la calma. Mary sintió su aliento en la cara un momento antes de que su boca se cerrara sobre la suya en un beso cálido, suave y dulce.

—Voy a casarme contigo —dijo.

Capítulo 8

John MacKenzie Worth descubrió que soportaba mejor la vergüenza de su situación que el hecho de que lo ignorasen. Moira intentó tranquilizarlo.

—Tal vez ninguno hable inglés —dijo en voz baja. Su mirada fue rápidamente de su marido al guerrero chiricahua que los vigilaba, mientras con gesto distraído se masajeaba las muñecas. Las correas de cuero con que la habían atado durante el viaje al campamento apache le habían dejado una marca en la delicada piel. Sonrió con timidez al centinela, pero se topó con una mirada fija y vacía—. No parecen querer comunicarse con nosotros en absoluto.

—Y eso no me gusta —declaró Jay Mac en tono jactancioso.

Furioso, intentó soltarse las muñecas, pero el cuero no cedió, y lo único que consiguió fue que se le cortase la circulación de la sangre. Estar atado era doblemente frustrante, porque la culpa la tenía sólo él mismo. A la hora de elegir entre colaboración y conflicto, había escogido lo segundo. Trató de mover los pies, asimismo atados, con idéntico resultado.

—Apóyate en mí —dijo Moira—, eso te aliviará la tensión de la espalda.

Obstinado, Jay Mac se negó a moverse. Entonces Moira se apresuró a acercarse, se recostó en él y lo tomó del brazo.

—Pues deja que yo me apoye en ti —dijo.

Aunque Jay Mac sabía muy bien lo que ella estaba haciendo, se apaciguó y volvió la cabeza. Unas hebras de color gris se mezclaban con el pelo rojo intenso de Moira... y una fina capa de polvo procedente del angustioso trayecto se lo cubría los cabellos como si fuese un velo. Depositó un beso en su coronilla y dijo:

—Te amo, Moira.

Ella esbozó una sonrisa y le dio un suave apretón en el brazo.

Su tranquilidad fascinaba a su marido. De siempre sabía que ella tenía un carácter fuerte, pero la reserva de calma que poseía era más profunda de lo que él jamás hubiera imaginado.

—Ojalá no hubiera dejado que me acompañaras esta mañana —le dijo—. Podría haber ido yo solo a inspeccionar la marcha de la vía.

—No digas bobadas. ¿Dónde iba yo a querer estar sino contigo? Si te hubieran capturado sin mí, no sabría que estabas a salvo. Piensa en Rennie, en Jarret y en las niñas. ¿De verdad querrías que pasara la angustia de no saber nada que ellos estarán pasando ahora? —Cerró los ojos un instante y su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. ¿Como la que estamos pasando todos desde que se llevaron a nuestra Mary?

Jay Mac deseó poder rodearla con sus brazos. Aquella voz entrecortada que ella esperaba que él no notase le rompía el corazón. Decidido a echarse toda la culpa de aquel apuro, dijo:

—No tendría que haberme ocupado de los negocios. Debería haber permanecido en el fuerte contigo y con Rennie, esperando a que Jarret regresara.

—Jay Mac...

—Como mínimo, debería haber aceptado una escolta del ejército.

—Debería, debería... —Moira suspiró—. Deberías haberte hecho cura, y nada de esto habría ocurrido jamás.

—Pero si soy presbiteriano.

—Justo lo que yo decía. —En su voz había un deje de triunfo—. Eres lo que eres, y te amo por ello.

Mientras hablaba, Moira dejó vagar la mirada por el campamento chiricahua. Dos mujeres habían acudido corriendo a ayudar a un niño caído; otra, con una tabla-cuna a la espalda, se quedó mirando con ternura cuando el niño se arrimó a la falda de una de sus salvadoras. Entonces pensó que proteger a los tuyos estaba en la naturaleza humana, y al comprender que compartía ese lazo con sus captores sintió algo más de paz.

—Al recibir nuestro telegrama lo dejaste todo en Nueva York para venir, y además has alborotado a todos los oficiales y comandantes que se te ha ocurrido con el fin de obtener ayuda para buscar a Mary. Has hecho lo que has podido, Jay Mac: es la espera lo que no se te da bien. Por eso me sentí aliviada cuando decidiste ir a la mina a mirar la construcción que ha montado Rennie. Y sí, me puse muy contenta de que me pidieras que te acompañara, porque a mí esperar no se me da mejor

que a ti, sólo que hablo menos del asunto.

Aquello provocó una leve sonrisa en su marido.

—Eres buena para mí, Moira Mary —dijo en voz baja.

—Claro que lo soy. —Se arrimó más y deseó que él pudiera rodearla con sus brazos. Poco después, se puso a contemplar de nuevo el campamento—. ¿Qué crees que piensan hacer con nosotros?

Había mucho movimiento entre sus captores; todos parecían empeñados en algún propósito, y hasta al hablar transmitían un aire de agitación.

—Pedir rescate, probablemente —contestó Jay Mac—. Intercambiarnos por armas o por dinero para armas.

—Eso no tiene lógica —replicó Moira—. Si las acusaciones contra Ryder McKay son ciertas, deben de estar bien armados.

Jay Mac también había pensado en eso. Pero si no iban a pedir rescate por él y Moira... Prefirió no seguir aquella línea de pensamiento.

—Tal vez éste no sea el grupo que cogió el oro del ataque del cañón Colter. O quizá no quieren que veamos su almacén de rifles y municiones.

Moira no sabía qué pensar. Observó a un grupo de mujeres que deliberaban sobre la preparación de una comida; su cordial conversación se deshizo en risillas cuando una de ellas miró hacia Moira y Jay Mac e hizo un comentario.

—No irán a servirnos a nosotros como cena, ¿verdad? —preguntó.

Jay Mac vio una inequívoca media sonrisa en la boca del centinela,

aunque éste la borró en seguida. Eso le confirmó que al menos uno de sus captores comprendía el inglés. Aquella sonrisa no la había provocado la broma de las apaches, sino la interpretación de Moira.

—No, cariño, no creo que cuenten con nosotros para la cena, al menos no en el sentido que crees tú. Pero es evidente que preparan algo.

Supuso que en el campamento habría un centenar de personas, docena más, docena menos. Habían elegido un lugar protegido por una fortaleza natural de roca color rosa pálido. Las paredes del lugar eran altas, pero no estaban encajonados en un cañón sin salida. Además, había centinelas apostados por encima del campamento para dar la alarma si algo amenazaba al grupo. Aunque el asentamiento de los chiricahuas parecía fijo, Jay Mac sabía por el general Gardner que los grupos se movían de un sitio a otro con rapidez y facilidad. Antes de que llegaran los españoles y los ingleses, los chiricahuas se trasladaban según sus seis estaciones del año, e iban donde las plantas y la caza fueran más abundantes; ahora, además, se movían para huir de un enemigo.

Moira pensó en lo que había dicho su marido.

—Creo que en parte tienes razón, cariño.

—¿Cómo es eso?

—No es que estén preparando algo...

Volvió a llamar su atención lo decidido de tanta actividad: el brío de la zancada de un guerrero, la discusión entre los ancianos, las activas manos que cosían cuentas en una falda de piel con flecos... En el aire flotaba una expectación jubilosa que se manifestaba en los estallidos de

aguda risa que se sucedían entre los niños.

—Están preparándose para algo.

Después de salir de la gruta, Ryder no le quitó la venda de los ojos a Mary hasta que ya llevaban dos horas caminando. Marchaban despacio, no sólo porque los pasos de ella eran, por fuerza, titubeantes, sino también por lo accidentado del terreno. Asimismo, la necesidad de borrar el rastro retardaba el avance. En todo aquel tiempo, Mary no dijo nada. Al explicarle el objetivo del viaje, Ryder la dejó muda, y así siguió durante la primera etapa del trayecto. Justo como supuso que haría, ella había pensado en no colaborar y pelearse con él, pero por llevarle la contraria no lo hizo.

Ryder cogió el pañuelo que había desatado de los ojos de Mary y se lo ató en torno a la frente. No llevaba la correa que se ponía en el oscuro pelo, y éste le caía suelto hasta más abajo de los hombros. Al ver que Mary parpadeaba, deslumbrada por la súbita luz, le hizo sombra con las manos para protegerle los ojos. El gesto más natural del mundo fue posar a continuación los labios con suavidad sobre su frente. Ella no tardó en retroceder.

—¿No vas a decirme nada?

—No te daría semejante satisfacción —replicó.

Su voz le sonó extraña incluso a sus propios oídos, y le costó que las palabras le salieran de la garganta. Tras devolverle la mirada con gesto

adusto, Ryder le puso una cantimplora en los labios y no tuvo que convencerla para que bebiera: Mary tomó el agua con la espontánea glotonería de un niño. Cuando se hartó, él volvió a dejar caer la cantimplora a su costado y le secó la húmeda boca con la yema del pulgar.

En ese momento, ella frunció los labios y lanzó sus manos atadas contra el duro y liso vientre de Ryder. Aunque la fuerza del golpe lo hizo alzar las cejas, ella sabía que no le había hecho daño. Incrustar los puños en su abdomen era como dar un puñetazo a una pared de ladrillo: el encontronazo la lastimó más a ella que a él.

—Ya puedes quitarme esta cuerda, no pienso dejar que me lleves a tirones por todo el país. Iré a donde tú vayas porque yo quiera, no porque me ates a un ronzal.

—Con una expresión distante en sus ojos grises, Ryder sopesó aquellas palabras.

—Entonces estás de acuerdo en que debemos casarnos.

Mary titubeó.

—Yo no he dicho eso. He dicho: «Iré a donde tú vayas.» Eso tendrá que bastarte por ahora. —Se quedó en silencio hasta que él le quitó la cuerda—. Y, para que conste, no me has pedido que me case contigo.

Él entornó los ojos mientras intentaba descifrar los recovecos que seguían los pensamientos de Mary, pero las facciones de ésta volvían a ser inescrutables. Una expresión de absoluta serenidad la hacía tan hermética como hermosa.

—Para que conste —le advirtió Ryder—, no voy a correr riesgos.

Mary no respondió. En vez de eso, lo siguió cuando echó a andar, mientras pensaba que correr riesgos era justo lo que él estaba haciendo. Porque, ¿cómo creía que iba a conseguir su colaboración ante un sacerdote?

Al principio, Mary se imaginó que la llevaba a una ciudad para celebrar la ceremonia, aunque cuanto más lo pensaba, más descabellada y peligrosa le parecía la idea. Desde luego, Ryder no confiaría en aparecer en público sin llamar la atención... Y si no los identificaban al instante, debía de saber que ya se encargaría ella de que los descubrieran. Finalmente acabó descartando la posibilidad de una boda en una ciudad, y entonces se le ocurrió que el lugar de destino era una misión. El territorio del Sudoeste estaba salpicado de misiones españolas, en particular cerca de la frontera, y era evidente que se dirigían al sur. Se dijo que quizá incluso estuvieran ya en México, y se planteó si debía huir de Ryder en un país extranjero. ¿Estaba mejor con el diablo conocido que entre extraños que tal vez no sintieran compasión alguna por su situación, o que ni siquiera la creyesen?

Ryder le había dicho que estaban a un día a pie de su lugar de destino. Se preguntó si un día serían veinticuatro horas o hasta la puesta de sol. Después de tanto caminar, suponía que pasarían la noche en algún sitio. ¿Tal vez en la misión? La idea de volver a dormir en una cama de verdad, con un colchón de plumas, almohadas y un edredón subido hasta el cuello, hizo que Mary suspirara en voz alta. La idea de

dormir en una cama de verdad con el cuerpo de Ryder encajado contra el suyo hizo que le Saquearan las rodillas... Entonces tropezó, y él la cogió antes de que se cayera al suelo. La ayudó a enderezarse y la sujetó.

—Lo hacías mejor cuando llevabas los ojos vendados —comentó.

Ella se echó hacia atrás y se sacudió la ropa.

—Sí, bueno, es que ahora veo un poco demasiado bien.

Tras un breve y socarrón vistazo por encima del hombro, él echó a andar, aunque esta vez meneó la cabeza con gesto confundido.

Ryder no caminó deprisa, y cuando se detuvo, Mary no estaba cansada. Mientras él examinaba el terreno, ella se apoyó en una roca para quitarse los zapatos. Al sacudirlos, cayeron de ellos finos granos de arena y algunas piedrecitas no mayores que cabezas de alfiler. Las miró con bastante asombro: habría jurado que llevaba en los zapatos el mismísimo peñón de Gibraltar. Luego encogió los dedos de los pies y los movió para recuperar la circulación.

—No estoy cansada —declaró—. No tienes que descansar por mí.

Ryder estaba agachado junto a un agrupamiento de piedras.

—No estoy descansando, estoy leyendo.

Cogió las piedras, alisó la tierra que había debajo para eliminar el hueco que habían dejado y luego las colocó con cuidado entre otras rocas, asegurándose de que el lado que había estado al sol siguiera mirando hacia arriba. Al acabar, le echó una ojeada a Mary.

—Se diría que estás impaciente —comentó—. Te alegrará saber que casi hemos llegado.

Mary dejó de mover los dedos.

—Pero has dicho un día.

Ryder se encogió de hombros.

—Se han vuelto a trasladar.

Ella frunció el entrecejo.

—No pasa nada —dijo él—, todavía nos esperan.

Mary se levantó con cuidado de la roca y se puso en pie.

—¿Qué quieres decir con eso de que «se han trasladado»? ¿Y quiénes nos esperan?

La combatividad había vuelto a su actitud, y en sus ojos había un desafío. Ryder ignoró ambas cosas.

—Ponte los zapatos. Quedan aún unos cuantos kilómetros, aunque casi todo es cuesta abajo.

Al dar media vuelta para seguir con la marcha, temió ir a recibir uno de los zapatos de Mary directamente en mitad de la espalda... Dio gracias al ver que no fue así. Se preguntó cuál habría creído ella que sería su lugar de destino. En todo caso ahora ya sabía que estaba equivocada. Sin embargo, su actitud de desconcierto había sido genuina, y eso lo hizo plantearse cuánto tiempo más contaría con su colaboración. Ahora estaba seguro de que ella había tramado huir al llegar donde fuese. La idea no le resultaba a Ryder tan sorprendente como decepcionante.

Jay Mac se puso un poco rígido cuando se acercó el guardián. Moira

se enderezó ante el gesto del chiricahua, pero se mantuvo junto a su marido, en actitud protectora. El centinela dijo:

—Es hora de irse. Están esperando. —Y sacó un cuchillo de los suaves pliegues de su mocasín de ante parecido a una bota. Lo impresionó ver que Jay Mac no se asustaba, aunque su rostro inexpresivo no cambió—. Deben seguirme.

Cortó las ataduras de las muñecas de Jay Mac y luego las de los tobillos. Jay Mac se levantó con torpeza. Al restablecérsele la circulación, le ardían las palmas de las manos y las plantas de los pies, pero hizo caso omiso de su incomodidad: al instante, sus brazos rodearon a Moira, y notó cómo el corazón de ella latía como loco cuando la apretó contra su pecho. Convencidos de que aquél era el fin y que nada había quedado sin decir, no intercambiaron ni una palabra. Finalmente, Jay Mac soltó a Moira de mala gana. Miró al indio y le fue fácil interpretar la expresión de su rostro: mostraba un gesto de repugnancia.

—Parece que no les gustan las exhibiciones públicas de afecto —musitó.

Moira sonrió mientras apoyaba un instante la cabeza en el hombro de su marido.

—Figúrate cómo reaccionaría si me dieras un buen beso. Es probable que hasta pudiéramos escaparnos.

Aquello no le hizo gracia al centinela, que dijo:

—Por aquí.

Jay Mac le apretó la mano a Moira y en voz baja comentó:

—Al menos nos quieren juntos.

—¿Qué es eso? —preguntó Mary.

Como si fueran a morderla, miró las prendas que Ryder sostenía con el brazo extendido. La verdad era que le parecían preciosas, y por eso las miraba con recelo. La piel había sido decolorada hasta dejarla pálida como una cascara de huevo, y además debían de haberle dado una buena tunda para dejarla suave como la mantequilla. En torno al cuello, en los brazos y en el bajo llevaba un ribete de flecos con un dibujo de abalorios, todo hecho de turquesas y plata.

—Es decir —se corrigió—, sé lo que es, pero ¿qué se supone que tengo que hacer con eso?

—Ponértelo.

Mary no hizo el menor ademán de cogerlo. En lugar de ello se llevó las manos a la espalda e incluso retrocedió un paso.

—Oh, no, no podría —dijo, meneando la cabeza—. Debe de pertenecer a alguien, y parece muy valioso. Deberías dejarlo donde lo hayas encontrado.

—No sueles ser tan torpe —replicó él con calma—. ¿O es que de verdad no quieres entender?

Perpleja, ella se limitó a mirarlo. Entonces, en tono paciente, él le explicó:

—Sí pertenece a alguien: a ti. Lo he encontrado porque me lo han

dejado aquí para que lo encontrara.

Ella sacó las manos de detrás de la espalda.

—¿Para mí?

Él asintió.

—Pensaba que a lo mejor te gustaría cambiarte de ropa.

Entonces Mary alargó la mano con ilusión, cogió la camisa y la falda de ante y las levantó para verlas.

—Precioso —susurró impresionada.

El ribete de flecos osciló, y las cuentas chocaron con un tintineo; entonces se llevó una manga a la mejilla: era suave al tacto.

—Y parece que a lo mejor son de mi talla.

Ryder se limitó a menear la cabeza. Por lo visto, estaba dispuesta a no entender nada.

—Pues claro que son de tu talla: han sido hechas para ti.

Sus palabras le hicieron levantar la cabeza. Sorprendida, miró a Ryder y preguntó:

—¿Tú?

—No, no las he hecho yo.

Mary alzó con cuidado el borde de flecos que rodeaba el cuello; las diminutas cuentas resbalaron por entre sus dedos, claras y frías.

—Son como gotitas de agua —comentó en voz baja.

—Sí —dijo él.

Algunas cosas no hacía falta explicarlas. En aquel momento, Ryder vio en los ojos de ella la comprensión de que aquellas prendas no habían

sido tarea de unos cuantos días, sino de meses. Y que se habían elaborado según un fidedigno recuerdo que él guardaba con toda claridad en su mente.

—Póntelo, Mary.

Ella pensó que sería como estar de nuevo en el estanque. Vestiría aquella prenda como si fuera el agua, como si sólo un manto líquido cubriese su desnudez. Y recordó cómo la había mirado él cuando había creído que era sólo una mujer, nada más. Cómo la abrazó y la consoló cuando ella sólo quería ser una mujer. Se había quedado dormida en sus brazos, agotada por la desesperanza que oprimía su corazón y, sin embargo, extrañamente tranquila por su dulce amparo. Cuando despertó, él se había ido. No esperaba volver a verlo, pero sabía que no lo olvidaría... Y aquella prenda era la prueba de que él tampoco la había olvidado.

—Te enseñaré dónde puedes lavarte —dijo Ryder.

La llevó por un bosquecillo de pinos hasta un estrecho arroyo de montaña; sólo tenía unos centímetros de profundidad, pero el agua era limpia y fresca. Él se arrodilló y se lavó la cara y las manos.

—Cuando acabes —le dijo—, seguiremos este arroyo hasta el fondo del valle, y entonces llegaremos.

Mary abrió la boca para preguntar, pero Ryder ya se alejaba a grandes zancadas. Lo vio desaparecer en la sombra de los pinos y se le ocurrió que estaba dándole una oportunidad para huir. También se le ocurrió que le ofrecía su confianza, aunque acto seguido se dijo que tal

vez se limitara a dar por supuesta su conformidad; que, en su arrogancia, creyera con toda seguridad que ella iba a colaborar.

Mientras sostenía en alto aquella falda y aquella camisa de un pálido amarillo claro ribeteadas de flecos, clavó la mirada en el lugar por donde Ryder se había perdido de vista. No tomaría su decisión por lo que él deseara, sino por lo que deseara ella. Entonces, con cuidado, dejó el regalo a un lado, se arrodilló junto al riachuelo poco profundo y cruzó las manos; lo que se llevó a los labios no fue agua, sino una oración.

Mary no fue la única que se cambió de ropa: Ryder se despojó de los últimos vestigios de vestimenta militar y los sustituyó por las prendas que también habían dejado para él. Una camisa de manga larga de ante reemplazó a la de franela, y después añadió el taparrabos. Sujetó la larga tira de ante en el cinturón, en la parte delantera, y luego pasó el otro extremo entre sus piernas y se lo remetió también bajo el cinturón, en la parte de atrás. Se puso deprisa el calzado y tiró del ante del mismo para subírselo hasta las rodillas. Finalmente recogió la ropa desechada e hizo un fardo con ella.

Por primera vez en su vida, Ryder no encontró paz en esperar. En esa ocasión, la expectativa no era una grata compañera. Si Mary huía, la buscaría y la traería de vuelta. No podría alejarse demasiado y la atraparía rápido, pero era una tarea que no le apetecía llevar a cabo. No quería que aquello se hiciera contra la voluntad de ella, pero quería que se hiciera. Para su unión, él ponía como condición el matrimonio, pero Mary no parecía esperarlo, ni siquiera desearlo especialmente. Ella no

había intentado intercambiar su cuerpo por un anillo y un compromiso, ni tampoco había intentado seducirlo, como Anna Leigh Hamilton, para saciar su curiosidad.

El silencio que lo rodeaba era una tortura. Se esforzó por oír algún rumor que indicara la presencia de Mary junto al arroyo, pero los latidos de su corazón no lo dejaban escuchar los sonidos que antes habría oído en medio de un huracán. Incapaz de soportarlo un momento más, se puso de pie como un rayo y se apresuró a tomar de nuevo el camino que llevaba hacia el agua.

Al oírlo, Mary se volvió. En su rostro había una sonrisa más vacilante que entusiasta. La expresión distante y cauta de Ryder no inspiraba confianza, y la ropa que llevaba puesta la sobresaltó. De nuevo percibió la naturaleza depredadora del hombre, y de aquel hombre en concreto, y no estaba segura de querer estar en su línea de tiro. Desvió la mirada de sus ojos y se tocó el ribete de flecos del cuello por hacer algo con las manos.

Ryder se había armado de valor para aceptar que ella se hubiera marchado, y llevaba esa expresión impresa en sus facciones. Hasta que la vio bajar los ojos con pudor no sintió que se relajaba, y que la escarcha se fundía en sus ojos claros.

El pálido traje de piel se ceñía suavemente al esbelto cuerpo de Mary. Cuando se movía, las cuentas rebotaban unas con otras, y se agitaban y centelleaban como una cortina de gotas de lluvia. En aquel momento, entre oleadas de naranjas y rojos, el sol poniente se reflejaba como una

marea de color en su pelo, y arrancaba de cada mechón su propio y cálido matiz. El ribete de flecos del bajo de la falda casi le rozaba los pies, y al fijarse en su movimiento, Ryder se dio cuenta de que estaba descalza. Mary encogía y estiraba los dedos de los pies con un gesto nervioso que hacía que el ribete de flecos se balanceara al compás.

—Un momento —le dijo él.

Se marchó y en seguida estuvo de vuelta con un par de mocasines de ante, tan suaves como la camisa, y decorados con las mismas cuentas de turquesa y plata.

—Toma —dijo, entregándoselos—. Tendría que habértelos dado antes... Estaba distraído.

Aquello no era del todo cierto. No es que estuviera distraído: había estado pensando en qué aspecto tendría con su vestido de boda, como de agua reluciente... Al final, su imaginación no había hecho justicia a la realidad.

Mary aceptó los mocasines, pero los miró poco convencida.

—Creo que me van a ir demasiado grandes.

La puntera del calzado se extendía bastante más allá de sus dedos, y las puntas se doblaban hacia arriba. Entonces echó un vistazo a los mocasines que llevaba puestos Ryder y vio que también sus punteras estaban vueltas hacia arriba.

—Son como tienen que ser —dijo él.

Y, en efecto, cuando Mary se los puso, el encaje fue perfecto. Las suelas, de cuero de vaca, le protegían las plantas de los pies como no

habían hecho sus propios zapatos.

—Gracias, Ryder.

A él le pareció que ella empleaba su nombre de forma intencionada, como si entendiera que no era costumbre de los apaches usar un nombre de pila porque sí, que sólo se recurría a él cuando había algo importante que expresar. Desde luego, Mary no podía saberlo, pero de todas formas Ryder descubrió que él quería creerlo así. Recogió la ropa que ella se había quitado e hizo un fardo junto con la de él. Luego tendió su mano libre y dijo:

—Por aquí, Mary.

Como siempre que pronunciaba su nombre de aquel extraño modo suyo, como si le atribuyera una importancia excepcional, ella se encontró deseando cumplir su deseo. Deslizó la mano en la de él y caminó a su lado por la orilla del tortuoso arroyo.

El descenso fue gradual y lento. Los pinos fueron menguando en tamaño pero no desaparecieron, y Mary se dio cuenta de que seguían estando a bastante altura por encima del fondo del desierto. Ryder se detuvo cuando el riachuelo se ensanchó y los pinos se abrieron mostrando un pequeño claro. Entonces, soltó la mano de Mary y tiró el bulto hacía los árboles.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella. No le pareció raro hablar en un tono tan bajo como el viento que susurraba en las ramas—. ¿Y qué es eso?

Señaló una gran cesta tejida que ocupaba el centro del claro. Estaba

llena de agua y tenía el tamaño de una tina de madera. ¿Iba a ponerse a hacer la colada?

—¿Por qué nos paramos aquí?

—Un momento.

Él se arrodilló y le quitó los mocasines mientras ella le ponía una mano en el hombro para mantener el equilibrio. Cuando hubo acabado, se quitó los suyos. Mary quiso soltar una risilla, pero algo en la actitud de Ryder, un aire solemne y circunspecto, la hizo ponerse seria. De nuevo él le tomó la mano y esta vez la condujo hasta la cesta de agua. Entró primero levantándola luego en alto. Ella contuvo el aliento al sentir sus manos en la cintura y, también, la primera impresión del agua helada.

—¿Qué vamos a hacer? —volvió a preguntar—. ¿Qué es este sitio?

Ryder no contestó, pero sus dedos cogieron los suyos con un firme apretón. Mary tiró, pero no consiguió soltarse. La piel le hormigueaba con una mezcla de frío y temor cuando dijo:

—Me parece que no quiero...

—Shhh. Ya llegan.

Ante el apremiante susurro de él, Mary se quedó callada y siguió la dirección de su mirada. Casi esperaba ver unos espíritus alzándose del grupo de árboles que quedaba a la izquierda de ellos, pero lo que surgió de la zona arbolada no fue ningún espíritu, sino una pareja de carne y hueso. El hombre llevaba ropas parecidas a las de Ryder, salvo que su taparrabos y su camisa eran de tela, no de ante. Llevaba el tupido pelo,

más oscuro todavía que el de Ryder, peinado con raya en medio, y un ancho pañuelo rojo alrededor de la cabeza; a ambos lados de su cara era tan largo que casi le llegaba a los codos. Aquel hombre había vivido al sol durante toda su vida; su piel tenía el tono rojizo del nogal bruñido, y en las comisuras de los ojos y la boca se habían tallado profundas arrugas. Caminó con ademán solemne y orgulloso, y los saludó con una mínima inclinación de la cabeza. Ryder habló en voz baja, sólo para los oídos de Mary:

—Mi padre Naiche. La mujer es la esposa de mi padre, Josanie.

De pie en silencio al lado de su marido, Josanie le llegaba sólo al hombro. Tenía una veintena de años menos que Naiche, y la cara rellena, redonda y lisa, no grabada con profundas arrugas. Su oscuro pelo, con hebras grises en las sienes, estaba recogido en un moño en la nuca. Su saludo fue también una leve inclinación de cabeza, pero estaba clarísimo que apretaba la boca con gesto de desaprobación.

Naiche y Josanie no se acercaron, y para Mary aquello fue un alivio. Se sentía un poco estúpida, allí, de pie, metida en el agua, y no tenía ni idea de qué se esperaba que hiciera o dijera. Siguiendo el ejemplo de Ryder, se quedó exactamente como estaba, aunque era difícil no responder con la misma moneda al evidente rechazo de Josanie. Justo cuando pensaba que se iba a poner en evidencia con una risa nerviosa, notó que Ryder se ponía rígido y le apretaba más todavía la mano. Mary se encogió, pero ni aun así logró liberarse. Lo miró a los ojos y vio que le estaba prestando muy poca atención, porque sus ojos estaban fijos en

otra parte. Una vez más, siguió la dirección de su mirada... y en ese momento agradeció el fuerte agarrón de Ryder, pues sintió que se le doblaban las rodillas.

Seguidos por su guerrero, Jay Mac y Moira entraban en el claro. Tenían las ropas polvorientas y un poco desarregladas, pero estaban sanos y salvos a pesar de su evidente odisea, y a los ojos de Mary tenían un aspecto estupendo. No apartó la vista de ellos, lo mismo que al revés; ambos se la comían con los ojos, contando cada bendito cabello de su cabeza. Una risa de felicidad empezó a brotar de la garganta de Mary, y todo su cuerpo se inclinó para acercarse a sus padres. Esta vez, la sujeción de Ryder no era bienvenida. Intentó salir de la cesta, pero él la contuvo.

Salvo por una pequeña inclinación de cabeza, Moira y Jay Mac no se movieron. Seguros ya de que su hija estaba a salvo, había ahora en la expresión de sus caras menos preocupación y en cambio más desconcierto y más preguntas no formuladas. Mary abrió la boca para hablar, pero Ryder le dio un tirón de advertencia en la mano. Después salió de la cesta, alzó a Mary para sacarla también y proclamó:

—Ha sido hecho.

Mary apenas lo oyó, y, de todos modos, sus palabras no significaban nada para ella. Al fin logró soltarse y corrió hacia sus padres. Moira ya le tendía los brazos, ansiosa por estrechar a su primogénita otra vez contra su seno, y Mary se lanzó hacia ella de buena gana. Abrazó y fue abrazada, y sintió en lo más hondo el profundo y vivificante amor de

aquel abrazo. Junto a su esposa, Jay Mac puso una mano sobre la coronilla de Mary y la acarició con suavidad. Los nítidos colores del cabello cobrizo de su hija se desdibujaron cuando los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vengan. Deben irse ya.

Quien habló fue el guardián. Las lágrimas de Jay Mac se secaron al instante, pero su visión no se despejó; una ira cegadora formó una bruma mucho más densa que las lágrimas.

—Concédale un momento con su madre —espetó, enojado—. Por amor de Dios, muestre algo de compasión.

El hombre miró a Ryder buscando consejo. La cara de éste era inexpresiva, pero el único gesto de su cabeza fue claro. Alzando un poquito su rifle, el centinela hizo señas de nuevo.

—Vengan. Tienen que irse.

Jay Mac había visto el gesto de Ryder y lo reconoció como la orden que era. Aunque tenía la cólera grabada en las facciones, no permitió que el orgullo y el enfado anularan su juicio. Con voz grave de emoción dijo:

—Deje que nos la llevemos. Su sitio no está con usted.

—Ahora sí. Mary es mi esposa —contestó Ryder en voz baja. Volvió a hacer una inclinación de cabeza al centinela y dijo—: Llévatelos. —Luego se dirigió a Jay Mac, aunque habló también para Moira—: Es por su seguridad y la de su mujer. El ejército debe de estar buscándolos. Si no están pronto de regreso, los soldados encontrarán el campamento y acabarán con todos.

Sólo un sutil cambio de expresión le advirtió a Jay Mac de que en ese «todos» se contaba su amada Mary. Entonces comprendió que la vida de su hija dependía de que regresaran a Fuerte Union y dieran cualquier explicación para su desaparición... salvo la verdad. Aquello no disminuyó su enfado hacia Ryder McKay, pero hizo que la orden le resultara comprensible, de modo que levantó la mano de la cabeza inclinada de Mary y la llevó hasta el hombro de su esposa.

—Moira —dijo con dulzura—, debemos irnos.

Ryder dio un paso hacia delante para coger a Mary y apartarla de su madre, pero no hizo falta. Ella besó a Moira en la mejilla, se irguió y luego besó a su padre. Su mano se posó un momento en el antebrazo de Jay Mac en un gesto tranquilizador antes de volver al lado de Ryder. Cuando sus padres se volvieron para marcharse, Mary sintió un doloroso estremecimiento por todo su cuerpo. Se mordió el labio para no gritar y rezó para que ni Jay Mac ni Moira tuvieran fuerzas para mirar atrás. No creía que pudiera quedarse con Ryder si lo hacían.

El claro se quedó en silencio hasta que Moira, Jay Mac y el centinela se perdieron de vista. En aquel instante Naiche se acercó a los recién casados y les expresó su enhorabuena. Mary, pálida y aturdida, sólo escuchó a medias mientras Ryder traducía del apache. Murmuró lo que esperaba que fuera una respuesta adecuada, y Ryder la repitió adornándola un poco.

—¿Entienden el inglés? —preguntó ella en tono tenso.

—Algo.

—¿Palabras como «cruel bastardo» y «desalmado hijo de puta?»

—Tus ojos hablan un idioma que no precisa palabras —le contestó él —. No importa lo que digas: ellos ven dentro de tu corazón y saben que estás enfadada conmigo.

—¿Enfadada? —Estuvo a punto de atragantarse con la palabra—. Entonces deberían mirar más hondo, y más valdría que tú también, porque eso no es ni sombra de lo que estoy sintiendo.

La frialdad que la atenazaba por dentro y le hacía difícil respirar también heló el encendido brillo de sus ojos verdes. Fijó la vista en él y, a fuerza de voluntad, consiguió no desfallecer allí delante.

Ryder no le dijo nada, sino que intercambió más palabras con Naiche y Josanie. Al cabo de un instante, la pareja regresó al lugar por donde habían entrado en el claro y emprendieron el camino de vuelta al campamento. Fue entonces cuando Ryder se dirigió a Mary.

—La familia de Josanie nos ha dispuesto una bienvenida, con una fiesta y un baile. La costumbre apache no es que se encargue de ello la familia del marido, pero lo han hecho porque tu familia no podía. Naiche es *nanta,* jefe, y pone en gran peligro a su pueblo permitiendo que nos casemos aquí y que lo festejemos entre ellos. Traer a tus padres para que fueran testigos de la ceremonia es el regalo que Naiche me hace, además de su bendición. No podría haberme casado contigo sin el reconocimiento de ellos.

Mary cruzó los brazos como si se abrazara y clavó la vista en el suelo. Estaba desconcertada y dolida, y no entendía ni la mitad de lo que

pasaba dentro de su corazón.

—Sean cuales sean tus sentimientos hacia mí, te pido que no los compartas con *N'de...* el pueblo.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Porque te avergonzaría.

—Porque sería una vergüenza para Naiche.

Mary desvió la mirada. Estaba oscureciendo, y el frío parecía haberse apoderado de ella no sólo por fuera.

—Muy bien... —dijo en voz baja—. Pero esto no cambia nada entre nosotros.

En ese preciso instante supo que eso no era cierto: todo había cambiado.

La celebración a la que se sumaron Mary y Ryder cuando llegaron al campamento era todo bullicio. A Mary le habría gustado quedarse mirando, pero se contaba con su participación, y unas simpáticas mujeres que no paraban de soltar risillas, todas ellas hermanas, primas o sobrinas de Josanie, la orientaron con los pasos del baile. Se rieron sin poderse contener, aunque no con mala intención, mientras Mary ejecutaba su parte de la danza, y luego, para demostrar que apreciaban sus tentativas, incluyeron sus vacilantes pasos entre los de ellas. Después admiraron su vestido; manosearon el ribete de flecos y elogiaron con animación lo bien que le quedaba y el trabajo realizado. Mientras tanto,

ella se dio cuenta de a quién tenía que agradecer aquellas prendas. Buscó la oscura y atenta mirada de Josanie e hizo una pequeña inclinación de agradecimiento. La severa boca de la mujer se suavizó un poco.

En un momento dado, Ryder rescató a su esposa de sus curiosas admiradoras y la llevó a sentarse junto a él, cerca de una de las pequeñas fogatas que ahora salpicaban el campamento.

—No podemos quedarnos mucho más —le dijo—. Por la mañana trasladarán el campamento, y nosotros tenemos que irnos mucho antes. No debe quedar ninguna prueba de que nos han dado refugio.

Su comentario hizo que Mary entendiera el peligro.

—Mamá y Jay Mac no dirán nada —dijo.

Pensó: «Por lo menos, a las autoridades.» Porque no se lo ocultarían a la familia. De ese modo, Jarret se enteraría e iría a buscarla, y para hallar su rastro, le serviría cualquier punto de referencia que sus padres recordaran.

Ryder, que observaba con atención su perfil cincelado por la cálida luz de la hoguera, preguntó:

—¿Qué te preocupa?

Mary le lanzó una mirada de reojo.

—Nada.

No sonó convincente, y él no se quedó convencido, pero la llegada de la comida evitó más preguntas. Sirvieron gachas de alubias acompañadas de maíz, con sólo una pizca de carne para darle sabor. Mary creía que, después de semanas comiendo verduras en lata, se le

habría embotado el paladar, pero la comida le pareció picante y satisfactoria. Después aparecieron unos pastelitos color rosa hechos con el fruto de la yuca, azucarados y decorados con pétalos de girasol. Su intuición le dijo que eran algo excepcional, un honor que les hacían.

Durante la comida, hubo muchas bromas y burlas. Mary entendió poco del contenido, aunque, por lo común, en lo esencial no necesitaban intérprete. Cuando sus amigos sometieron a Ryder a otra ronda de afectuosa guasa, dio un respingo al oírlo reír en voz alta. Su risa empezaba en el pecho, honda, y retumbaba con tanta fuerza que incluso ella sintió su vibración; le pareció como si unas diminutas chispas procedentes de ella se le posaran en la piel y la tocaran con un destello de calor antes de desvanecerse..., y Mary no sabía si quería que aquella risa la tocara.

Todavía un poco aturdida por su efecto, se vio llevada hasta el borde del campamento. Se quedó allí, como le pidió Ryder, mientras él hablaba en privado con su padre.

Varios hombres más, que Mary había observado que contaban con una influencia y un respeto especiales entre los chiricahuas, se unieron a Ryder y a Naiche. La conversación duró sólo unos minutos, pero por el tono y los gestos, ella se dio cuenta de que aquéllas no eran palabras que hubiese que tomar a la ligera. Cuando Ryder regresó a su lado, alzó los ojos en un gesto de interrogación:

—¿Te has despedido?

Él asintió.

—Mi padre quería decirme adonde va a ir ahora el grupo, pero el consejo no cree que sea aconsejable; temen que quiera unirme a ellos otra vez.

—¿Lo harías?

—Me tentaría. —Le puso una mano en la base de la espalda y la hizo avanzar. Una luna creciente iluminó el sendero hasta que quedó tapada por el dosel de los pinos—. Pero llevan razón al preocuparse, porque el ejército tal vez diera con ellos a través de mí. Esperaré hasta que estén listos para que yo los encuentre.

Concentrada en no tropezar con una raíz levantada o con unas ramas caídas, Mary permaneció en silencio mucho rato. Al entrar en un claro lo reconoció: era la segunda vez que estaba allí, aunque la cesta de agua había desaparecido. Ryder recogió el fardo de la ropa que se habían quitado y le dio su camisa de franela para que se la pusiera sobre la camisa bordada con cuentas.

—La luz de la luna te hace un blanco fácil —le explicó cuando ella le dijo que no tenía frío.

Después la dejó tomar la delantera hasta que el ascenso se volvió bastante empinado y ella necesitó su ayuda.

—No parecen tener muchas armas —comentó Mary mientras Ryder la ayudaba a subir una pendiente rocosa.

—Así que te has dado cuenta... —De lo que él se daba cuenta era de que ella apartaba la mano de la suya lo más rápidamente posible—. ¿Qué te parece?

—Al principio pensé que tal vez las habrían escondido.

—¿Y...?

—Que no tiene lógica: si uno necesita un rifle para protegerse, no lo esconde para perder luego unos segundos decisivos buscándolo. Claro que, si los rifles se necesitan para organizar un ataque, tal vez se escondan hasta que se reúnan las fuerzas.

La oscuridad ocultó la leve sonrisa de Ryder; costaba trabajo creer que Mary hubiera sido monja tantos años y no un estratega del ejército.

—Entonces, ¿qué has deducido?

—Que no tienen armas de fuego. Se han mostrado más temerosos de si los atacaban que decididos a atacar. No quiero decir que no lucharan —no quería que Ryder pensara que ella creía que el pueblo de Naiche carecía de valor—, sé que lo harían con todo lo que tuvieran a su alcance. Pero también sé que lo que tienen a su alcance no son armas de fuego.

—¿Y oro? —preguntó él—. En teoría es lo que sacaron del ataque.

Mary pensó la pregunta un instante antes de responder.

—Creo que si de verdad hubieran cogido el oro, ya habrían comprado armas.

—¿Por qué? —insistió Ryder.

Ella vaciló. Dejó que la lógica de su razonamiento se asentara primero en su mente y probó su solidez frente a otras posibilidades.

—Porque nadie que quiera viajar rápido y con poco equipaje se permite cargar con demasiado peso.

—Tal vez lo han escondido... —La ayudó a subir de nuevo, y esta vez

tiró de ella hasta pegársela al cuerpo. La oyó contener la respiración, pero sospechó que no había perdido el aliento precisamente por la subida. Alzaba la mirada hacia él, con los ojos como platos y los labios algo entreabiertos mientras aspiraba el aire. Inclinó un poco la cabeza y bajó la voz—. ¿Qué crees tú?

Mary estaba hipnotizada por la línea de luz que bordeaba su serio perfil, por cómo ésta le tocaba la frente, le modelaba la nariz y le bruñía la comisura de la boca. Él le había hecho una pregunta. Esta se quedó flotando unos segundos entre ambas bocas, pero ella no recordaba cuál era. Le costó trabajo acordarse de que a primera hora de aquel mismo día estaba segura de que lo odiaba.

—¿Y bien? —insistió él.

Mary parpadeó.

—No creo que lo hayan escondido, porque ése no es su estilo. Habrían querido hacer pronto el trato. Creo que, para ellos, el oro sólo tiene valor para cambiarlo por armas de fuego.

—Tiene usted muy buena cabeza, señora McKay.

Ryder se volvió rápidamente y empezó a subir el sendero de nuevo. No le costó ningún trabajo imaginar la ferocidad de la expresión de Mary: se traslucía en su voz cuando corrió detrás de él.

—Yo no soy la señora McKay —espetó con aspereza.

El tono de él, agradable, sonó como un agudo contraste.

—A mis ojos, sí lo eres.

—Bueno, pues a la porra tus ojos.

Ryder se limitó a esbozar una amplia sonrisa mientras la oía decir:

—Lo digo en serio. Esto de hoy no ha sido una boda.

—Para mí, sí.

Antes de que ella lo mandara a la porra otra vez, añadió:

—Te recuerdo que tú no querías ninguna.

—No quería... No quiero.

—¿Entonces...?

La voz de él se apagó en un silencio expectante. La confusión hizo que Mary perdiera velocidad, pero luego corrió para ponerse a su altura con un ligero tintineo de los flecos de cuentas. Desde detrás, tiró de la camisa de ante de Ryder y, agarrándose a ella, lo rodeó con esfuerzo hasta quedar en la parte del camino más elevada. Con las prisas, olvidó que con Ryder casi nunca importaba tener la posición más ventajosa. Él dejó caer el fardo de ropa y la cogió. Sus manos la sujetaron por la cintura y la mantuvieron firme; era tan esbelta y ágil que sus dedos casi se tocaban. Mary le rozó los hombros con las manos, las dejó suspendidas un momento y luego las posó en él. No se le ocurrió qué decir, pero Ryder la ayudó.

—¿Cruel bastardo? —preguntó—. ¿Despiadado hijo de puta?

Mary se alegró de que la oscuridad ocultara su encendido rostro. Le costaba mirarlo a los ojos.

—¿Han devuelto a mis padres sanos y salvos? —preguntó en voz baja.

—Tienes mi palabra de honor. Ninguno de los dos ha sufrido daño.

—Mi padre tenía las muñecas magulladas, lo he visto cuando ha cogido a mi madre del brazo.

—Al principio no estaba muy dispuesto a colaborar, y hubo que atarlo.

Era lo que Mary sospechaba.

—No te has ganado precisamente un amigo —le dijo con suavidad—. Por lo general, a Jay Mac le gustan sus yernos, y antes intentaba seleccionarlos. No creo que tenga muy buen concepto de ti.

Ryder esbozó una leve sonrisa.

—En apache, la palabra yerno significa «el que me quita cargas». En teoría, se espera que el marido de la novia cuide a la familia de ella.

Mary intentó imaginar cómo esperaba cumplir él ese papel con su familia. John MacKenzie Worth controlaba millones de dólares, miles de kilómetros de vías férreas y centenares de empleados. Ni a Moira ni a ninguna de sus hijas les había faltado nada de lo que podía comprarse con dinero.

—Estoy casi segura de que Jay Mac no tiene esas expectativas.

La sonrisa de Ryder se acentuó.

—Probablemente no. —Inclinó un poco la cabeza y apoyó la frente en la de Mary—. ¿Hay algo más que quieras decir?

Ella cerró los ojos un instante.

—Quería pasar más tiempo con ellos, y te he odiado por no dejarme hacerlo.

—Lo sé.

—No habría regresado con ellos a menos que lo quisieras tú. Ya había tomado la decisión de quedarme contigo.

Ryder sintió que el corazón le golpeaba en el pecho, y entonces soltó una respiración que no sabía que estaba conteniendo.

—Sólo quería tranquilizarlos, explicar...

—Eso también lo sé.

Mary asintió. Horas antes, su propio dolor le había impedido oír bien, y no encontró mucha lógica en la explicación que Ryder le dio a Jay Mac. Tuvo tiempo de pensar en ello mientras estaba con Naiche, Josanie y la veintena de personas que componían el grupo familiar. Entre ellos fue testigo del respeto que se concedía a los parientes, de la consideración que un marido tenía por su suegra, de las cariñosas burlas que se gastaban entre un hermano y sus hermanas... Se apreciaba a los ancianos por su saber nacido de la experiencia, y a los niños pequeños se los protegía tiernamente con dijes y amuletos colgados del armazón de sus cunas.

—Me has hecho un gran honor al hacer traer a mis padres a la ceremonia.

Como respuesta, Ryder depositó un leve beso entre sus cejas; no contaba con que ella lo entendiera de ese modo.

—Y ha sido un gran riesgo para mucha gente —añadió Mary—. ¿Por qué lo hiciste, Ryder? ¿Por qué arriesgar tanto?

—¿De verdad no lo sabes?

Esta vez, la boca de él la tocó en la comisura del ojo. Los labios

pasaron sin prisa por la curva de su mejilla y luego se posaron en el sensible hueco que había justo debajo de su oreja. Él sintió cómo a ella se le aceleraba la respiración, y que las puntas de sus dedos se hundían en la suave camisa de ante.

—Ryder —susurró su nombre contra su piel. Su aliento era como una tea. Mary se inclinó hacia él y alzó la boca, que él cubrió con la suya aplastándole los labios en un beso intenso y ardiente que pareció durar una eternidad. Las manos de él resbalaron de su cintura hasta sus caderas y luego le tomaron el trasero, alzándola lo justo para acunarse en la hendidura de sus muslos. Ella se movió contra él en un ritmo instintivo aunque inocente. Ryder la soltó un poco y dejó que un pequeño espacio de aire separase sus cuerpos; tenía la respiración entrecortada y apenas oía la de ella. La noche los protegía, pero no era eso lo que él quería para la primera vez con Mary.

—Tengo que llevarte de vuelta a la gruta —dijo con un áspero susurro mientras se esforzaba por controlarse. Seguía teniendo las manos en su trasero y ahora las deslizó hasta la base de su espalda. Ella continuaba inclinada hacia él, y Ryder distinguió la línea de su carnosa boca. Al hablar, sintió su sabor en la lengua—. Éste no es lugar para nosotros.

—¿No es seguro? —preguntó Mary.

—Algo así.

—Ah.

Mary no quería moverse. Notaba vivamente su ausencia. Tenía los

pechos turgentes y los pezones erguidos, y sentía un anhelo físico de que la apretara contra su pecho de nuevo. Entonces quitó las manos de los hombros de Ryder y, como no sabía qué hacer con ellas, las cruzó sobre sí misma. Eso no sustituyó los brazos masculinos, pero el anhelo disminuyó un poco. Echó de menos sus manos en la cintura y se estremeció; ahora el frío parecía traspasarla allí donde él la había tocado.

Ryder le ajustó la camisa de franela sobre los hombros.

—En invierno uno nunca acaba de acostumbrarse a los cambios de temperatura en el desierto.

—Puedo adaptarme a eso —replicó ella en voz baja—. Lo que no soporto es la gente que cambia continuamente de opinión.

A él le pareció más oportuno hacer como si no la hubiera oído. Hizo lo posible por dejar como estaba el camino que habían alterado con sus rápidas pisadas, y luego instó a Mary a que se adelantara por el terreno más llano. Observó que recorría aquel trecho con más agilidad de la que había mostrado por la mañana. ¿Estaba ilusionada o, simplemente, resuelta? Tratándose de Mary, lo más probable es que fuera un poco de ambas cosas.

Una exquisita sensación de expectativa volvió a adueñarse de Ryder, y esta vez la aceptó. Delante de él veía la ágil figura de Mary trepando sin esfuerzo por las rocas y casi bailando por los tortuosos senderos. De vez en cuando, su falda se abría al dar una zancada tentándolo con el atisbo de un muslo. Con los ojos, seguía el balanceo de sus estrechas caderas y el paso de sus esbeltas piernas. A veces, ella se volvía y le

echaba un vistazo por encima del hombro, con una mirada que lo hacía querer olvidar el sentido común y tomarla allí mismo, de pie, contra el árbol más cercano.

Tardaron horas en alcanzar la boca de la gruta, durante las que hubo altibajos en su juego amoroso, con momentos en los que se limitaban a concentrarse en poner un pie delante del otro, seguidos por una inocente mano de ayuda que llevaba a un contacto demorado o a un ronco murmullo de gracias.

Mary habría entrado en la gruta en seguida, pero Ryder la cogió y cruzó el umbral con ella en brazos. No se le escapó el simbolismo, y aún sonreía abiertamente cuando, después de encender los faroles, él la miró. Le apartó el pelo en la sien y fijó la vista en ella.

—¿Tienes idea de lo que provocas en mí? —preguntó.

La sonrisa de Mary se desvaneció. Entonces le rodeó los hombros con los brazos, se puso de puntillas y susurró:

—No... pero espero que me lo enseñes.

Capítulo 9

Ryder le puso los labios en la frente y en seguida se echó atrás. La boca de ella anhelaba un beso, pero él rechazó la invitación.

—Nunca llegaremos a la cámara si empiezo a besarte ahora —dijo.

Mary no sabía que aquello le importaría tanto, pero parte de sus pensamientos se reflejó en la enfurruñada línea de su boca. Ryder la miró y dio un suspiro.

—Haces que resulte muy tentador.

Con una sonrisa, Mary dijo:

—Entonces está bien. —Luego se volvió de espaldas y añadió en tono sumiso—: Ya puedes vendarme los ojos.

Ryder se tocó el pañuelo que llevaba en la frente y a continuación dejó caer la mano. Levantó el farol para que su luz inundara la zona donde estaban de pie y, con los dedos de la otra mano, le acarició con suavidad la nuca.

—Esta vez no —dijo en voz baja—. Ven: te mostraré el camino.

Mary no estaba del todo segura de querer ese regalo. Significaba que ya no sería prisionera, que conocería la ruta para abandonar a Ryder si sentía deseos de hacerlo. La confianza de él empezaba a parecerse a una carga. Entonces recordó lo que él le había advertido; ¿adónde iría? No

tenía idea de en qué dirección quedaba el fuerte ni de cuánta distancia tendría que recorrer. Salir desde la cámara interior hasta la boca de la gruta no era más que una pequeña parte del viaje, era como entender el funcionamiento de una cerradura sin tener la llave.

Ryder comprendió su vacilación. Deslizó la mano por su columna vertebral hasta posarla en la base de su espalda y le preguntó:

—¿Lo has resuelto?

Ella echó un vistazo por encima del hombro y asintió:

—Creo que sí.

Él le dio un empujoncito en la dirección en que debían ir.

—Me alegro. No estaba animándote a que me abandonaras.

El secreto para encontrar la cámara consistía en saber lo que había que buscar. Las señales estaban allí, y todas eran las mismas, y sin embargo distintas. En cualquier bifurcación del camino se usaba siempre una línea recta para señalar la dirección, pero esa línea podían ser tres piedrecitas puestas una detrás de otra al borde de la ruta, unas veces estaba suavemente marcada en el techo del pasillo y otras, oculta en la parte inferior de una roca. Se empleaba un círculo para señalar un giro equivocado en el camino, y una línea diagonal indicaba peligro. Ryder le hizo notar a Mary que el camino hacia la gruta donde vivían centenares de murciélagos estaba bien marcado con una diagonal, y ella miró con atención la débil señal en el arco de la entrada de la cámara.

—¿Y cómo iba a saberlo? —preguntó.

—No podías. Ni tú ni nadie. Estas señales eran para Joe Panamá, y

luego fueron para mí; en teoría no significan nada para nadie.

Con la punta del dedo, le dibujó una suave diagonal en la mejilla. Cuando ella lo miró con una mirada interrogativa, él dijo:

—Porque, ahora, tú eres lo más peligroso que hay en este lugar.

Luego le cogió la mano y tiró de ella por el corredor.

Al llegar a la cámara Mary estaba sin aliento, más por la emoción que por el esfuerzo. Mientras se quitaba la camisa de Ryder, él puso el farol cerca de la cama del altillo de piedra y encendió otro.

—Quiero verte —dijo.

Los ojos de Mary se abrieron una pizca más. Se sentía halagada y un poco asustada.

—Estás demasiado lejos... —prosiguió él.

Entonces se dio cuenta de que no se había movido desde que Ryder le había soltado la mano. Seguía de pie cerca de la entrada, rondando, como si aún estuviese planteándose la posibilidad de echar a correr por el pasillo.

—¿Tímida? —le preguntó él.

Nunca le habían dicho que lo fuera. Lo observó con los ojos entornados, preguntándose si estaría burlándose de ella.

—Ven aquí, Mary.

No podía negárselo, y menos si se lo decía con aquella voz suave, y menos aún si insinuaba una urgencia que sólo se apreciaba en el tono. Reaccionó al verlo refrenarse, como si hubiera que saborear la privación antes de satisfacerla. Y al fin cruzó la cámara.

A Ryder le pareció que relucía al caminar, como si avanzara a través de una catarata. Cuando se detuvo ante él, ya al alcance de su brazo, los flecos de cuentas oscilaron suavemente. Sus ojos color verde selva se veían grandes y luminosos; sus grandes pupilas eran como el ónice bruñido. Tenía la cara alzada, y el deseo le confería una expresión atenta y un poco recelosa.

Ryder hundió los dedos en sus sedosos cabellos, y las manos se le bañaron de color. Con el pulgar, le rozó la mejilla. Ella cerró los ojos, volvió la cara hacia su mano y posó los labios con suavidad en el centro de la palma. Aquel dulce contacto fue como una oleada de calor que lo hizo estremecer entero. Se inclinó hacia delante y le besó los párpados cerrados; luego, su boca rozó la de ella. Saboreó sus labios, aprendió el color y la textura de su suave interior y el modo en que su lengua le provocaba un escalofrío al tocarla. Mary entreabrió la boca bajo la suya con labios a la vez dóciles e impacientes. Después, tímidamente, exploró también con la lengua, recibiéndolo y provocándolo de un modo parecido.

Ryder se echó hacía atrás contra el saliente de piedra. Sus piernas, abiertas y extendidas, apresaron a Mary en medio, y ella dejó que se le acercara más y la arrimara contra él. El beso se hizo más intenso. Ahora tenía calor, dureza y una sensación de exigencia que antes faltaba.

Parecía como si él respirase el aire de ella y la obligase a compartir el suyo. La intimidad de aquel beso desconcertó sus sentidos. Se sintió como si estuviera totalmente abierta a él, y le pareció que le otorgaba el

derecho a conocerla como nadie lo había hecho antes. Y tuvo la impresión de que —y eso era lo más alarmante— llegaría a saber cosas de ella que eran un misterio para sí misma.

Ryder no estaba apoderándose sólo de su aire, también de su corazón. Su constante latir se había apresurado, y cuando la boca de él rozó su cuello, Mary notó en los labios la vibración de su descontrolado pulso. Cuando su boca descendió más, ella echó la cabeza hacia atrás, y la lengua masculina lamió el hueco de su garganta y saboreó su piel. Mary enredó los dedos en sus cabellos y se los acarició para abrazarlo más fuerte. Oía sus propios gemidos de placer cuando Ryder le acarició el pecho.

Él se apartó del saliente de piedra, puso las manos en la cintura de Mary y, con un solo movimiento, la alzó colocándola encima. Después, se arrodilló a sus pies y le quitó los suaves mocasines de ante. Mientras deslizaba las manos bajo su falda de piel y separaba el ribete de flecos, la acarició desde el tobillo a la rodilla; la notó tibia y tensa. Al incorporarse, sus manos siguieron y le subieron la falda mientras se movían aprendiendo la forma de sus muslos. Mary le miró la cara, luego las manos y luego otra vez la cara, cuando sus dedos se deslizaron más íntimamente entre sus muslos.

Ella entreabrió los labios. Un quejido empezaba a surgir, una súplica tomaba forma... Ryder no los oyó, pues le cubrió la boca la suya. Entonces, parte del placer de Mary se expresó en un ronroneo que brotó del fondo de su garganta, mientras devolvía el beso sin reservas.

Ryder colocó las palmas en su trasero y tiró de ella hacia el borde de la cama. Al tener los muslos entreabiertos, al inclinarse él, ella lo recibió de forma natural. Entonces le alzó la pelvis un segundo para que sintiera su excitación entre las piernas, para acostumbrarla a la forma y el vigor de un hombre, y a continuación volvió a bajarla con cuidado, sujetó el bajo de su camisa y le sacó la prenda por la cabeza.

El primer instinto de Mary fue cubrirse con los brazos, pero la leve, casi imperceptible, negación de la cabeza de Ryder la hizo vacilar, y el calor de sus ojos grises la detuvo. No bajó la vista para verse, pero al advertir la mirada de admiración de él, su vergüenza fue desvaneciéndose poco a poco, y en su lugar sintió una extraña oleada de orgullo, así como la conciencia de que le gustaba ser mirada como Ryder la miraba en aquel momento.

Cuando él se acercó a sus pechos, éstos ya estaban turgentes y un poco hinchados. Con suavidad, le pasó los pulgares por los pezones de coral e hizo que se le irguiesen, duros como guijarros. Luego inclinó la cabeza y le besó primero el cuello, y a continuación el hueco de la garganta y la curva del hombro. Le impuso la espera mientras su boca iba bajando, rozándole la piel, hasta llegar a la curva del seno. Mary arqueó la espalda, y Ryder aceptó la ofrenda. Sus labios se cerraron sobre el pezón, le lamió la punta con la lengua y le arrancó una respuesta con la caliente succión de su boca.

Unas corrientes de calor la recorrieron entera, desde su pecho hasta sus muslos; parecía como si las puntas de los dedos de las manos y de los

pies produjesen chispas. Se acercó cuanto pudo a Ryder, y deslizó las manos bajo su camisa de ante; su piel era cálida y suave, y la exploración de sus dedos la hacía encogerse. Tenía el abdomen tenso, con músculos bien definidos. Mary dibujó el borde de su tórax con los nudillos, y luego sus dedos se asomaron justo por debajo del cinturón que sostenía el taparrabos en su sitio.

En ese momento, Ryder se apartó, y ella sintió la pérdida vivamente. Su leve jadeo sonó con fuerza en sus propios oídos, como si resonara en la cámara en lugar de quedársele en la garganta. Ryder le dedicó una picara sonrisa, y ella supo que se había dado cuenta y que, incluso, disfrutaba haciéndola experimentar el placer y luego su ausencia.

Él le rozó la boca con los labios.

—Cada cosa a su debido tiempo. —Su ronca voz hacía juego con su sonrisa. Tiró de su camisa, se la quitó y la lanzó hacia atrás—. Ya puedes tocarme.

Aunque deseaba hacerlo, al principio Mary sólo recorrió con los ojos la anchura de sus hombros y la suave extensión de su pecho. Se fijó en la sólida musculatura de sus brazos y en el modo en que su cintura se estrechaba en líneas bien definidas. Sus pezones ya estaban duros. Mary colocó las manos sobre ellos y cubrió el latido de su corazón; palpitaba acelerado, al mismo ritmo frenético que el suyo.

Entonces alzó los ojos y lo miró; la sonrisa se había desvanecido. Las facciones de Ryder estaban tranquilas, y sus plateados ojos, impasibles. Sin embargo, en ellos vio una inconfundible chispa de deseo cuando le

devolvieron la mirada.

Despacio, él inclinó la cabeza de nuevo y tomó con la boca el otro seno de Mary. Al principio, ella le agarró los brazos, pero luego, sus dedos se movieron y le recorrieron con ansia la espalda y los hombros. Sintió que la tumbaba con cuidado sobre la cama de mantas. Estas se le arrollaron debajo cuando él le quitó la falda de ante, y él la besó varias veces con suavidad en la parte inferior del seno antes de ir bajando por su tórax y cruzar su liso vientre.

Mary se puso tensa. Ryder se unió a ella sobre las mantas y se quitó los mocasines y el taparrabos. A continuación, se sentó a horcajadas sobre sus muslos y se inclinó hacia delante, estirándose por encima de ella como un felino, lustroso y bello. Entonces, cogiéndole las muñecas, se las llevó con suavidad justo por encima de la cabeza. El esbelto cuerpo de Mary estaba rígido, sus músculos tensos, y su forcejeo era reflejo, no intencionado; tenía la cabeza vuelta a un lado, apartada de él.

—Dame la boca.

Mary alzó la cara. Cuando Ryder reclamó su boca, el placer la invadió, y al devolverle el beso, el placer compartido se multiplicó por diez. Entonces, le rodeó el cuello con los brazos y su espalda se arqueó. Al rozarle el pecho con los senos, la sensación irradió de los sensibles pezones, y ella gimió en voz baja. Él le soltó las muñecas, y sus manos le acariciaron los brazos y los hombros para resbalar luego por su espalda y levantarle las caderas. Con la rodilla, le entreabrió los muslos cuando reajustó la postura. Mientras la acariciaba, le observaba la cara, el juego

de sombras sobre sus facciones al entregarse a él. Ya estaba duro para ella, casi dolorosamente, pero refrenó su primera embestida. Mary estaba mordiéndose el labio.

Sin moverse, esperó.

—Ryder.

Ella pronunció su nombre en voz baja e indecisa, y aquello casi supuso el fin de los buenos propósitos de él. Le alzó las caderas un poco más y sintió que el cuerpo de ella empezaba a acoger su miembro. La fue penetrando mientras ella cedía, y esta vez se cerró en torno a él como una funda de seda.

Mary se movió con él, y el placer fue casi imposible de soportar. Aquellas sensaciones quedaban fuera del campo de su experiencia y de su imaginación. Ryder se inclinó más cerca de ella mientras ambos se mecían al unísono. Su aliento le movía los cabellos, y ella notaba su húmedo calor en la piel. Le gustaba cómo el cuerpo de él se apretaba contra el suyo, la manera en que éste lo aceptaba, lo ceñía y lo guardaba en su interior... y el modo en que el placer seguía aumentando.

En cierto sentido, era como estar bajo el agua: la sensación la invadía a oleadas. Allí estaba la superficie, fuera de su alcance, pero Mary sabía que estaba por la cascada de luz de luna que la cruzaba rielando. Entonces nadó hacía ella, desafiando la corriente, moviéndose con ella y cruzándola con las lustrosas y ondulantes curvas de su cuerpo.

Giró, se estiró, y al fin lanzó un grito al llegar, entusiasmada por el viaje y por el lugar de destino. Sorbió grandes tragos de aire mientras sus

músculos se contraían y su espíritu se elevaba. Bien agarrada a Ryder, sintió que sus embestidas se volvían más rápidas y cortas, y oyó cambiar el ritmo de su respiración.

Sus facciones estaban tensas, y su piel tirante sobre los huesos de la cara. Él cerró los ojos en el instante de la última embestida, se arqueó, y su fuerte y esbelto cuerpo se estremeció con el ímpetu de su liberación. Luego apoyó la cara en la curva del cuello de Mary hasta recuperar el ritmo respiratorio.

Su calor era reconfortante. Mary alzó una rodilla y frotó despacio la pierna contra él, siguiendo la curva cóncava de su dura nalga y advirtiendo la distinta textura de su pierna. Con la planta del pie, le acarició con suavidad la pantorrilla, y sufrió una decepción al ver que Ryder se retiraba de ella y se apartaba rodando. Aún se quedó más desolada cuando él se levantó de la cama. Lo vio caminar con naturalidad hasta el pozo de agua. Una vez allí, se puso en cuclillas y hundió una palangana en él. A continuación tomó una manopla, se puso de pie y se volvió hacia ella. Mary cerró los ojos disimulando haber estado mirándolo con avidez desde el principio, pero una profunda y retumbante risa le hizo saber que la había pillado.

Ryder se sentó en el borde de las mantas, dejó la palangana y escurrió la manopla. Mary fue a taparse, pero él la detuvo. Después, le acercó la manopla a los muslos y limpió los restos de su virginidad primero, y luego los rastros de sí mismo. Mary estaba avergonzadísima. Cuando por fin Ryder se llevó la palangana y regresó a la cama, la

encontró bien envuelta en una manta, aferrándose a los últimos vestigios de calma y preguntándose si alguna vez recuperaría la dignidad.

Ryder tiró de la manta, pero ella la sujetó con fuerza, se negaba a desprenderse de su protección. Entonces él se tapó holgadamente con otra manta y se tendió a su lado, apoyándose en un codo. A continuación se inclinó para besarle la mejilla.

—Ha sido un placer, ¿sabes? —dijo—. Todo.

Mary le echó una vacilante mirada por el rabillo del ojo; parecía bastante sincero.

—Podría haberme lavado yo misma. Llevo años haciéndolo.

La luz del farol se reflejaba en su cabello. Ryder le apartó los cortos rizos y se los enrolló en la punta de los dedos.

—Me correspondía a mí limpiar la herida —dijo—. Yo era el responsable.

«Todo es como uno lo percibe», pensó ella. El sentido que él daba a su gesto pareció enderezarle el mundo otra vez; había sido un gesto amable, curativo, no una intromisión. Sus ojos se dulcificaron, y, despacio, se le acercó un poco más. Era agradable sentir sus dedos en el pelo. Su forma de jugar con sus mechones le hizo sentir un cálido estremecimiento en la columna vertebral.

—Ojalá hubiera durado más...

—Ha sido como debía ser —contestó él—. Y cuando dure el doble, seguirá siendo como debe ser.

¿Sabría Mary que, para él, su cabello era la perfección? Era más suave

que la seda, y más luminoso que el amanecer. Su belleza no dependía de su longitud. Los dedos de Ryder siguieron pasando por entre sus mechones.

—A Josanie le encantó tu tez.

Una pequeña arruga vertical apareció entre las finas cejas de Mary.

—Pues debió de ser lo único —replicó—. Parecía que le no gustaba la novia que habías elegido.

Ryder no lo negó.

—Josanie te juzga con criterios distintos de los míos.

Mary dudó de que fuera sólo Josanie. En la bienvenida del grupo familiar había advertido un poco de lástima.

—¿Qué criterios?

—Las jóvenes chiricahuas suelen casarse antes de cumplir los dieciocho años, porque en su sociedad no hay lugar para los solteros: perjudican la economía del grupo. Así que a los solteros se los compadece.

«Eso lo explica», pensó Mary.

—De modo que yo era demasiado mayor para tomar marido.

—Algo así.

—¿Quieres decir que hay más?

¿De qué otra manera no había dado la talla?

Al ver su indignación, Ryder no pudo evitar sonreír abiertamente.

—Bueno, es que no tuviste un «precio de la novia»; tu padre no pidió nada por ti, y yo tampoco ofrecí nada. Un novio chiricahua colma de

regalos a la familia de su futura esposa: caballos, cabras, cestas de comida, pero tu padre y tu madre se fueron del campamento con las manos vacías. Como no se pidió nada por ti, a Josanie y a los demás les pareció que no tenías ningún valor.

—Jay Mac va a pedir tu cabeza en una bandeja —espetó ella en tono áspero—. A lo mejor, eso deja contenta a Josanie.

Una pesarosa sonrisa volvió a asomar un segundo al semblante de Ryder mientras se frotaba la parte posterior del cuello. Se imaginó que la cuchilla que usaría Jay Mac para realizar aquella tarea no estaría afilada.

—¿Qué parentesco tiene Josanie contigo? —preguntó Mary con tranquila y comedida curiosidad. Metió la mano en la de Ryder y le frotó la palma con el pulgar.

—Ya te lo he dicho: es la esposa de mi padre. Naiche la tomó en matrimonio cuando su primera mujer, mi madre, murió. Josanie era la hermana menor de mi madre, y lo lógico era que Naiche siguiera encargándose de la familia.

En aquel momento, Mary recordó que él le había dicho que el yerno debía aliviar las cargas de la familia de su esposa. Por lo visto, era una promesa que se prolongaba más allá de la muerte. Medio en broma, medio en serio, dijo:

—Todas mis hermanas están comprometidas. Lo digo por si me ocurriera algo y te sintieras obligado a volverte a casar dentro de la familia.

—No me atengo a cada una de las costumbres.

Sin embargo, Mary se alegró de que todas estuvieran casadas.

—¿Cómo es que llamas a Naiche tu padre?

—Él me adoptó.

Mary se dio cuenta de que sabía muy poco de Ryder. Lo miró, perpleja, y por primera vez él se dispuso a dar explicaciones sin que le preguntaran.

—Yo tenía siete años —le contó— e iba con mi padre, mi madre y mi hermana pequeña en una caravana de carretas que cruzaba el Sudoeste. Nos dirigíamos a California, donde mi padre debía ocupar una nueva plaza de profesor; hasta entonces había sido profesor de matemáticas en una universidad de Cincinnati.

Mary recordó que Ryder había estudiado matemáticas en West Point. Desvió la mirada hasta los libros que había en la cesta, junto al sillón de orejas, y se dio cuenta de que aquellos tesoros habían pertenecido a su familia. Recordó las dedicatorias escritas en la portada de cada libro y puso nombre a los padres de los que le hablaba Ryder: su padre era Jackson, y su madre, Anne. No recordaba haber visto nada con el nombre de su hermana.

—Recorrimos la mitad de la distancia, hasta San Luis, en tren —prosiguió él—, pero una vez allí, mis padres decidieron que unirse a un grupo de carretas sería más práctico e instructivo, de modo que se apuntaron a la partida. —Se calló un instante y, sin querer, estrechó más fuerte la mano de Mary—. Realmente fue una aventura... —dijo en voz muy baja—. Hasta el mismísimo final.

La compasión que invadió a Mary se reflejó en sus ojos. Haciendo caso omiso de la presión de los dedos de él, le preguntó:

—¿Los apaches?

—Sí, apaches... pero no los que tú crees, no chiricahuas. Un grupo de indios tontos, del sur, atacó la caravana antes de que llegáramos a Phoenix. A mi madre y a Molly las mataron en el acto, pero con mi padre usaron brea caliente para torturarlo; lo desollaron delante de mí.

Mary palideció. No cerró los ojos por miedo a que la imagen se volviera demasiado nítida y, en lugar de eso, se concentró en la cara de Ryder; empezaba a comprender lo que ocultaba tras su expresión de enérgica tranquilidad. ¿Cómo iba a decirle que no quería oír más, si él lo había vivido?

—El grupo me secuestró junto con otros dos chicos algo mayores que yo. Uno de ellos, Henry Parker, murió poco después: no pudo seguir el ritmo del grupo. Para no abandonarlo a los elementos, los tontos lo mataron. —Oyó cómo Mary suspiraba—. Para ellos fue hacerle un favor.

Estuvo a punto de protestar diciendo que Henry sólo era un niño, pero ¿acaso Ryder no lo sabía mejor que nadie? Y, además, por lo que decía, él era más pequeño aún.

—Llevaba menos de una semana en el campamento cuando un grupo de chiricahuas lo atacó. Vi en ello una oportunidad de escapar y la aproveché. Me aseguré de que los chiricahuas encontraban los caballos y los demás pequeños tesoros que los tontos se habían llevado de la caravana, y después, cuando se iban del campamento, salí corriendo tras

ellos. Al principio no me hicieron caso, pero como no tenía intención de volver atrás, al final no pudieron ignorarme.

—Les admiró tu valor.

Ryder meneó la cabeza.

—Yo no era valiente: huía de quienes habían asesinado a mi madre y a mi hermana y torturado a mi padre. El odio y el miedo me hicieron correr detrás de los atacantes chiricahuas, y cuando vi que eso no era suficiente, el odio y el miedo me hicieron seguir.

Con suavidad, Mary lo contradijo:

—Siempre se necesita valor para irse. Hay quien no sabe enfrentarse al miedo a lo desconocido, y sin embargo eso es justo lo que tú hiciste. No es de extrañar que los chiricahuas te quisieran. —Soltó su mano y le acarició el antebrazo—. ¿Qué le pasó al otro chico?

—Tommy O'Neill... No volví a verlo. Supongo que se integró en la tribu, igual que yo con los chiricahuas.

—Es difícil saber quién adoptó a quién.

Ryder esbozó una leve sonrisa que reflejaba un recuerdo más agradable.

—Naiche y yo hemos tenido a menudo esa misma discusión.

Al reajustar la postura, la manta de Mary se abrió; ella no pareció darse cuenta de la abertura que le dejaba el muslo a la vista, pero Ryder sí: echó una ojeada a la blanca pierna desde la cadera hasta el tobillo. Tenía la piel muy suave justo detrás de la rodilla. Se preguntó qué haría ella si en ese instante le daba la vuelta y depositaba un beso allí. Si su

boca fuera subiendo por la parte de atrás del muslo, si se llenaba las palmas de las manos con su adorable y pequeño trasero...

—¿Cómo llegaste a West Point? ¿O fue cosa de tu tío? —preguntó Mary. Suponía que el senador Wilson Stillwell tenía que encajar en el cuadro de alguna forma—. Debe de ser hermano de tu madre. ¿Hizo...?

Ryder le cerró la boca con un beso. Sus labios se la cubrieron por completo y provocaron una respuesta en ella. Cuando se echó atrás, Mary estaba sin aliento, con los ojos brillantes.

—No siempre dejaré que te escabullas así.

—Pero ¿por ahora? —preguntó esperanzado.

—Por ahora es una idea excelente.

Mientras volvía a inclinarse sobre ella, Ryder se preguntó por un momento qué la habría llamado a la Iglesia. Luego Mary lo rodeó con sus brazos y se volvió hacia él. Abrió su crisálida y lo envolvió en sus alas de mariposa.

Esta vez hubo menos tiempo para explorar: los dos sabían lo que querían. La piel de ella respondía al más leve roce de sus dedos; con sólo acercar la boca sobre sus pechos, se le irguieron los pezones, y cuando le besó el dorso de las rodillas, ella creyó que se haría añicos. Su contacto no tenía menos efecto sobre Ryder. Lamió la piel de su hombro y luego la mordisqueó con los dientes. No se limitó a imitar las cosas que él le había hecho, sino que buscó sus propios modos de agradarle. Le gustó pasar la mano por su estrecha cadera, sentir el calor de su piel bajo la palma y el modo en que él retenía el aliento cuando vagaba cerca de su

erección.

Ryder pensó que Mary debía de estar dolorida, pero no lo parecía. El deseo la hacía insistente, y aunque él habría actuado con delicadeza, ella se mostraba ávida. Lo ayudó, guiando su entrada, y alzó las caderas para recibir su embestida. Susurró su nombre, y él no pudo rechazarla. Cuando Mary se abandonó al placer, la dejó marcar el ritmo. Observó cómo saboreaba cada sutil sensación, cerrando los ojos e inspirando el aire con delicadeza, como si demasiado aliento fuera a abrumarla. Su cuerpo era suave y elástico: un flexible junco debajo de él.

Se movieron como uno solo, unidos, con las manos juntas y apretadas. El oscuro pelo de él resbaló hacia delante y le protegió la cara de la luz; su perfil era severo, rapaz, y sin embargo su tacto era cariñoso. Se contuvo mientras ella alcanzaba sola la cresta de su clímax, y luego se dejó llevar para llenarla profundamente con su placer y su semilla.

Ryder se relajó, colmado, y fue Mary quien se volvió hacia él. Se estiró, con la rodilla doblada sobre su muslo y la cabeza apoyada en la mano. El aire de la cámara mantenía su habitual temperatura, pero ahora parecía más fresco sobre sus cuerpos, húmedos de sudor. Mary tiró de una manta para taparlos a ambos. Al ver que él cerraba los ojos, preguntó:

—¿Vas a dormir?

—Mmmm.

—Creía que los apaches eran famosos por su resistencia.

Ryder alzó una ceja.

—He oído historias en Fuerte Union —se explicó ella—, sobre los exploradores.

Aún sin mirarla, él preguntó con guasa:

—¿Ah, sí?

Mary le pasó los nudillos por la línea de la mandíbula, donde había una sombra de barba incipiente. Por la mañana, Ryder tendría que preparar la navaja y el tazón de afeitar: el recordatorio de que no era un apache lampiño, sino el hijo de un profesor universitario de Ohio.

—Dicen que un guerrero puede recorrer setenta y cinco kilómetros en un solo día, y es tan rápido que deja atrás a un caballo. Probablemente, un hombre así se quedaría despierto un poco más.

Ryder abrió un ojo y le lanzó una mirada despierta.

—Hay resistencias y resistencias —dijo. Luego cerró el ojo, se acomodó y relajó las facciones como si la conversación hubiera terminado.

Mary abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión. Lo observó un poco más, mirando atenta la expresión de descuidado reposo de su cara. Por fin, puso la cabeza en el hueco de su hombro y cruzó su pecho con un brazo. Después se durmió profundamente.

Jay Mac paseaba arriba y abajo delante de la chimenea, su bebida olvidada en la repisa. Las llamas hacían crujir los leños y mantenían a

raya el frío aire nocturno. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza inclinada.

—No puedo creer que no haya ni rastro de ellos.

Rennie puso una mano sobre el antebrazo de su marido; era a la vez un gesto de respaldo y de advertencia. Jay Mac llevaba más de una hora diciendo prácticamente lo mismo, como si al cambiar la inflexión de la voz o reordenar la frase fuera a provocar la respuesta que deseaba. Rennie sabía que su padre no pretendía acusar a nadie, pero comprendía también que, después de tantas repeticiones, tal vez Jarret comenzara a pensarlo. Tiempo atrás, su marido había sido un hábil cazarrecompensas capaz de encontrar a delincuentes en las Rocosas de Colorado y al este del Mississippi. Era bueno en lo suyo, pero de aquello habían pasado ocho años. Y, además, Ryder McKay desafiaba sus habilidades como no lo había hecho ningún otro prófugo de la ley. Jarret nunca había perseguido a nadie que supiera ocultar tan bien unas huellas y engañar a los rastreadores. Hacía más de dos semanas que el rastro había desaparecido, y no había el menor indicio de que fuera a aparecer otra vez. Para ponérselo aún más difícil, aquel territorio le era extraño. Jarret conocía el paisaje de las Rocosas, pero las montañas y colinas del sudeste de Arizona podrían haber sido perfectamente para él las colinas y valles de la luna. Entonces habló.

—Según opinión de todos, incluido yo, Ryder McKay es muy bueno en lo suyo. No es un simple explorador profesional del ejército, sino que, desde hace años, lo emplean para misiones especiales y delicadas. Los

otros exploradores dicen que, si él no quiere que lo encuentren, no lo encontrarán, y sus palabras se están confirmando. Lo dicen hombres que se enorgullecen de ser capaces de seguir las huellas a cualquier persona o cosa. —Su voz adquirió un toque de sarcasmo—. El ejército no los recluta precisamente porque sean idiotas.

Moira dejó su taza de té en la mesa y, como todos los demás, se dispuso a hablar en voz muy baja. Los alojamientos de Fuerte Union no eran tan privados como parecían; si una discusión o una emoción elevaba las voces, éstas se oían en el pasillo adyacente o en las habitaciones contiguas. Jay Mac y Moira no habían denunciado su secuestro al grupo militar de rescate que los encontró. Al teniente Davis Rivers, y luego al general Gardner, les dijeron que se habían perdido por las estribaciones al alejarse de la vía principal en busca de una ruta mejor. Los regañaron por su insensatez, y Jay Mac tuvo que aguantarlo en silencio; eso hizo que sus frías disculpas parecieran sinceras.

—¿Y qué hay de ese explorador... ese indio tonto? —le preguntó Moira a Jarret—. He oído que él y el señor McKay no se pueden ver.

Fue Rennie quien contestó.

—Te refieres a Rosario; sí, yo he oído lo mismo. La verdad es que no lo entiendo, pero parece que los apaches no son una nación sin más. Los tontos forman parte de los apaches occidentales, y no sienten especial simpatía por los chiricahuas. —Miró a su padre—. Tal vez si lo contrataras y le ofrecieras otra recompensa sobre lo que ya has prometido por la devolución de Mary, recorrería otra vez la zona.

Jay Mac se detuvo un instante en su ir y venir mientras pensaba la sugerencia.

—El general Gardner tal vez me lo cedería sin más —dijo, como si pensara en voz alta. Entonces le echó una ojeada a Jarret—. Preferiría que lo acompañaras tú. Mary se asustaría menos si estás presente allí cuando la encuentre.

—Confiáis mucho en Rosario —comentó Jarret—, pero yo no me fío demasiado de él. Creo que le interesa más acabar con Ryder McKay que devolver sana y salva a Mary. Recordad que, aquí, la mayoría cree que ella ayudó a McKay a escapar, y aunque sólo sea por eso, tal vez a Rosario le da igual lo que le ocurra.

Rennie defendió a su hermana.

—Mary no tuvo nada que ver con la huida.

—No he dicho eso —repuso Jarret—, sólo que...

Moira rodeó su taza de té con las manos. Miró a Rennie y Jarret, sentados al otro lado de la mesa, y luego echó una ojeada de soslayo a su marido; sabía que él estaba pensando lo mismo que ella.

—No seas demasiado rápida en defender a tu hermana —comentó en voz baja. Le dolía todavía más decir las palabras en voz alta que pensarlas—. Tú no la has visto con él.

—Aquella ridícula ceremonia... —murmuró Jay Mac.

Moira hizo caso omiso del comentario de su marido.

—No creo que hubiera regresado con nosotros incluso si hubiera tenido la oportunidad.

Rennie se apresuró a mirar su padre. No ponía reparos a lo que decía Moira, y ya eso resultaba revelador.

—¿Quieres decir que quería estar con él? ¿Cómo es posible?

—Bueno, ella no quería separarse de nosotros; al menos no tan pronto. Era evidente que la sorprendió vernos, y que el hecho de que nos fuéramos le supuso un gran dolor, pero tu padre y yo tuvimos ocasión de verla antes de que nos viera. —Con los ojos llenos de lágrimas, Moira se tomó unos segundos para tranquilizarse antes de continuar—. Y estaba... radiante.

Jay Mac cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz con gesto cansado. En su mente volvió a ver a su Mary Francis con claridad, reluciente con su vestido bordado de cuentas mientras los colores del crepúsculo se reflejaban en su cabello. En aquel momento, Ryder no le apresaba la mano, era ella quien se la cogía de forma espontánea.

—Papá —preguntó Rennie—, ¿es verdad eso? ¿Crees que Mary está con él porque quiere?

Jay Mac se acercó hasta Moira. Se puso detrás de ella y le colocó las manos en los hombros.

—Ya no lo sé —contestó con gran pesar—. Y por eso es más imprescindible aún que la encontremos primero. El general Gardner ha reducido el tamaño de los grupos de búsqueda, pero no ha renunciado. Antes o después, la suerte de Ryder McKay se acabará... y creo que uno de nosotros debería estar allí cuando eso ocurra.

Al unísono, Jay Mac, Moira y Rennie miraron a Jarret Sullivan.

Mary se metió con cuidado en el helado manantial; el frío le puso la carne de gallina en los brazos, y ella contuvo la respiración. Lo cierto era que no había forma de acostumbrarse a aquello. Se apresuró a enjabonarse el pelo, se lo lavó y luego se enjuagó. Al sacudir la cabeza, las gotitas de agua formaron un arco en torno a ella.

—Eres como un perrito.

Mary alzó de golpe la cabeza y abrió los ojos. Por encima, en el borde de piedra del manantial, había aparecido Ryder; estaba perfecta y magníficamente desnudo. Su sonrisa parecía en parte complacida y bastante más picara.

—Una vez tuve un perrito, ¿sabes? —Se agachó en el borde del pozo —. Dejamos a *Cobre* en Cincinnati.

—*¿Cobre?* —preguntó ella con un hilo de voz. Lo cierto era que aquella picara sonrisa provocaba una sensación rara en su estómago—. ¿Un setter irlandés?

—Un bulldog —rectificó él—; el nombre se lo puso Molly.

Ahora ya no sólo sonreía, sino que estaba riéndose de ella abiertamente. Alzó las manos, medio rindiéndose medio protegiéndose, cuando Mary lo roció de agua.

—¡Yo no he dicho que me recordaras a aquel perrito!

Pero ella no estaba satisfecha. Ahuecó las manos, cogió más agua y se la lanzó... y entonces Ryder no tuvo más remedio que acompañarla en el

manantial. Se metió de un salto que formó un surtidor de agua en el aire y, cuando salió a la superficie, Mary estaba en un rincón, con la cara escondida en las manos y riéndose sin parar. Ryder la sujetó contra el borde del manantial colocando un brazo a cada lado, luego inclinó la cabeza para tocarle la frente con la suya y soltó un gruñido en voz baja desde el fondo de su garganta. Mary dejó de reír. Aquel ronco gruñido desencadenaba las mariposas de su estómago con tanta facilidad como su picara sonrisa. Echó una cautelosa ojeada a través de sus dedos extendidos: sus ojos la traspasaban, no glaciales como la escarcha, sino de un gris algo más oscuro, más parecido a la plata fundida que a la nieve que se derrite. Entonces descubrió que se equivocaba acerca del agua; había algo mejor que acostumbrarse a ella: ignorarla por completo. Y cuando la boca de Ryder se cerró sobre la suya, así lo hizo.

Se sintió ingrávida cuando él la levantó con facilidad mientras atraía su cuerpo hasta pegarlo al suyo. Los pechos se le aplastaron contra la resbaladiza piel de Ryder, y, de forma instintiva, le rodeó los costados con las piernas. Intercambiaron besos excitados y ansiosos. La boca de él le rozó la sien, los ojos cerrados y las mejillas. Con los dientes le cogió el lóbulo de la oreja, y su lengua le acarició el hueco de detrás. Mientras tanto, Mary apoyaba la boca contra la tensa línea de su mandíbula y el plano de su hombro, disfrutando la textura de su piel bajo los labios, su sabor dulce y salado.

Las manos de él vagaron libres, explorando la forma de su cabeza, su cara, su fino cuello. Sus palmas y sus dedos se movían con cierta

precisión como si fueran responsables de recrear cada ángulo y cada contorno. Ryder resiguió la inclinación de sus hombros y la suave curva de su columna vertebral. Su estrecha cintura le cabía perfectamente entre ambas manos, y su trasero las llenaba. Lo fascinaban las largas piernas de ella enrolladas en torno a su cuerpo, una postura que la fundía con él antes incluso de que se unieran.

Con dedos rápidos, Mary le recorrió la espalda, y sus músculos se tensaron cuando le tocó los hombros. Sintió su liso y musculoso abdomen contra el suyo, y los brazos que la sostenían con un firme apretón. Depositó una hilera de besos por su clavícula y apoyó la mejilla contra su piel. Él se movía entre sus muslos, y ella se dio cuenta del modo en que sus cuerpos encajaban.

Ryder deslizó los dedos entre ambos. Sus nudillos le rozaron los pechos, y el pulgar fue y vino sobre sus erectos pezones. Un arrebato de deseo embargó a Mary, que sintió cómo la piel se le teñía de rubor. Lo abrazó fuerte contra su pelvis y se meció contra él, despacio, mientras Ryder sentía estimulados todos sus sentidos.

La mano de él bajó más, esta vez hasta la unión de sus muslos. Apoyó la palma contra su sexo, y un estremecimiento la recorrió entera. Hundió los dedos en su carne mientras sus dedos la acariciaban y sondeaban. Sentía llamas de fuego lamiéndole la piel. Los dedos masculinos la penetraron, y Mary dio una sacudida.

En tono suave y tranquilizador, él le murmuró al oído palabras ininteligibles hasta que al final pareció apoderarse de su voluntad. El

cuerpo de ella obedeció sus órdenes. La íntima presión de sus dedos la hizo tensar los miembros y arquear el esbelto cuerpo. Echó atrás la cabeza, y unos hilos de agua le resbalaron por las sienes y los hombros. Sintió que él calibraba con los ojos su inquieta reacción, listo para llevarla a otro nivel... y cuando lo hizo, Mary abrió los dedos mientras el placer la devoraba.

Abrió la boca, pero no gritó, y todo su cuerpo se quedó rígido, quieto. La tensión duró sólo un instante, y después ella se desplomó contra Ryder, dentro de la curva de su abrazo. Él le acarició el mojado cabello mientras los latidos de su corazón se volvían más lentos. Seguía erecto y duro entre sus piernas; esta vez su satisfacción no había sido física.

Mary tenía los ojos cerrados, un poco avergonzada del placer egoísta que había disfrutado. No miró a Ryder; lo sentía contra su piel, sentía su erección latiendo. Antes había querido llevarlo a su interior, pero él se había negado.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó en voz baja. Incluso dentro de su abrazo, el agua estaba fría, y se estremeció levemente.

Ryder la dejó en el suelo con cuidado y le alzó la barbilla con el índice.

—No estás preparada para tomarme otra vez, es demasiado pronto. —Con el pulgar le dibujó el borde del mojado labio—. Pero no quería que renunciaras... ni renunciar.

Mary bajó la vista a las cristalinas aguas. Ryder no hizo nada por

ocultar su erección.

—Creo que tú no has renunciado —dijo.

—Eso es sólo porque aún eres inocente.

Ella lo miró con extrañeza, sin comprender, y en lugar de preguntarle qué quería decir, decidió averiguarlo por sí misma. Echó un vistazo alrededor y divisó la fina pastilla de jabón que había utilizado para el pelo. La cogió, hizo un poco de espuma entre las manos y luego aplicó el jabón y la espuma al cuerpo de Ryder.

—Pienso que... —empezó él.

—Piensas demasiado —lo interrumpió ella con suavidad.

Sus manos se movieron, hábiles, repartiendo el jabón sobre sus hombros, masajeándole el pecho y la parte superior de los brazos con la resbaladiza espuma. Deslizó los dedos hasta su cuello, y entonces dio la vuelta alrededor de él y bajó frotándole la espalda. La carne se estremeció bajo su contacto, destacando la firmeza que había bajo la tensa piel. Le lavó la base de la columna vertebral y, con el dedo índice, marcó sus pequeños hoyuelos. Le enjabonó las duras nalgas y el dorso de los muslos; luego volvió a la espalda y deslizó las palmas de las manos por su fina cintura y sus estrechas caderas.

Desde detrás, Mary adelantó los brazos hasta rodearlo, y le apoyó la frente en la espalda. Sus enjabonados dedos dibujaron las crestas de su tórax y extendieron espuma por su abdomen. Sus manos bajaron más, hasta la flecha de vello de debajo de su ombligo... y entonces dejó caer el jabón. Prescindiendo del pretexto, moviéndose ligera por el agua, Mary

volvió a deslizarse en torno a Ryder, rozando suavemente todo su cuerpo contra el suyo. Metió las manos debajo del agua y lo agarró. Sintió cómo el correr de la sangre lo volvía caliente y duro bajo sus dedos. Ryder cerró una mano sobre la de Mary y le mostró cómo tomarlo... y ella descubrió entonces que, al dar aquel placer, no renunciaba a nada.

—Tenías razón —dijo en voz baja cuando él la sacó de la poza. Después cogió una fina colcha de retales de algodón y empezó a secarse.

Ryder salió a pulso del manantial y recuperó el equilibrio; el agua goteó sobre las piedras con un ritmo entrecortado, cada vez más lento. Tenía algo menos de fuerzas que al entrar. Tardaría mucho en olvidar aquel chapuzón en el manantial.

—¿Razón en qué? —preguntó.

—En que soy una inocente.

Aunque Mary no lo miraba, él supo que sonreía engreída.

—Estás un poquito demasiado envanecida, ¿no? —preguntó, con guasa.

—El orgullo es mi peor defecto, la hermana Benedict lo decía siempre.

Ryder se secó con energía, se ató el húmedo lienzo en torno a las caderas y luego tiró de Mary para ponerla de pie. Ella estaba ya envuelta en la colcha de algodón y se remetió con esmero el extremo entre los pechos. Él le dio media vuelta en dirección a la cama y, con una palmadita en el trasero, la hizo avanzar.

—¿Cómo es que te hiciste monja? —preguntó.

Al oír la pregunta, Mary se puso rígida. Despacio, subió con esfuerzo al altillo de piedra.

—Lo dices como si creyeras que no debí hacerlo. No resulta muy elogioso.

—Sólo quería decir...

Ella alzó la mano y lo detuvo.

—No quiero oírlo. Por alguna razón crees que, como respondo a ti tan plenamente, no estaba hecha para la vida conventual. Si llevo tu razonamiento un poco más lejos, lo suyo sería llegar a la conclusión de que debí convertirme en prostituta a los diecisiete años, en lugar de en esposa de Cristo.

Ryder enarcó de golpe una ceja.

—Estaba intentando...

La carnosa boca de Mary se redujo a una línea rebelde. De no haber sido una reacción tan claramente pueril, se habría tapado las orejas con las manos.

—Tengo hambre.

Ryder vaciló. No le agradaba aquel debate, y menos todavía aquel malentendido, pero por lo visto Mary había dado la discusión por concluida.

—Muy bien —dijo al cabo de un momento. Dio media vuelta, fue a la despensa y abrió unas latas de carne y de verduras. Mientras preparaba la ración en dos platos se dio cuenta de que también él tenía hambre. Le

pasó un plato a Mary, pero no la acompañó en la cama; prefirió sentarse en el sillón de orejas, con las largas piernas extendidas en actitud despreocupada.

Ella empujó la fría comida por el plato. Lo del hambre había sido una maniobra de diversión, no verdad. Trató de pensar en un modo de compensar su rudeza, aunque nunca se le había dado muy bien disculparse... Se temía que tal vez fuera cierto que el orgullo era su peor defecto. Al fin dijo:

—No puedo hablar de eso. Es demasiado... —Se esforzó por buscar la palabra—. Demasiado personal.

Ryder asintió con la cabeza sin decir nada. Ella suspiró.

—Tendrías que conocer mejor a mis padres, a mi madre en especial. No estoy preparada. —Volvió a suspirar, luego se encogió de hombros con timidez, y esta vez sus ojos lo miraron con expresión de disculpa—. Perdona.

Ryder no sabía muy bien qué abarcaba su pesar, pero lo aceptó.

—Venga, come —la animó con amabilidad.

Entonces Mary comió con buen apetito.

—Háblame de nuestra ceremonia allá en el claro —le pidió después de un bocado de guisantes—. ¿Por qué estábamos en el agua?

—Los apaches remontan sus orígenes al Hijo del Agua. Nos hemos unido con esa bendición, y con el reconocimiento de las dos familias.

—Entonces es algo muy simbólico. —Aquello le gustaba. Su vida en la Iglesia había estado llena de simbolismos y de ritos—. Aunque no

estoy segura de que mi padre nos reconociera en realidad; no fue como si me llevara al altar.

—Su presencia bastó.

Ella siguió comiendo, pensativa.

—Te das cuenta de que yo no considero que estemos casados de verdad, ¿no?

Él asintió.

—A mí me pareció un buen arreglo.

Mary apenas lo escuchó.

—Quiero decir que se trata más de un acuerdo que de un matrimonio, ¿no?

—Si así es como quieres considerarlo...

—No precisará nulidad ni divorcio.

—Anulación de la Iglesia, no; y tampoco el divorcio de un abogado. —Dejó a un lado el plato vacío y observó a Mary sin pestañear. Un poco de escarcha había regresado a sus claros ojos—. Sólo tienes que recoger mis cosas y ponerlas fuera de la entrada de nuestra casa. —Ryder extendió las manos para señalar la cámara y se encogió de hombros—. Sólo eso. Si me encuentras perezoso o poco dispuesto a mantenerte, si somos incompatibles, si reñimos demasiado a menudo, o si soy extraordinariamente celoso..., todas esas cosas le pondrán fin. —Sus ojos se oscurecieron un poco—. Y la infidelidad también.

Mary le devolvió la mirada y tragó saliva. Era casi como si le advirtiera algo.

—Bueno, sí —dijo confusa—. Claro, la infidelidad.

La sonrisa de él no era una sonrisa en absoluto; la atenta ave de presa había vuelto.

—Pues entonces nos entendemos.

Se levantó del sillón de orejas y limpió su plato en la poza. La corriente subterránea se llevó los desperdicios. Luego miró las sobras a medio comer del plato de Mary y le preguntó:

—¿Has terminado?

Ella asintió y se lo pasó.

—Creo que no tenía tanta hambre como pensaba.

Ryder metió lo que ella había dejado de nuevo en una lata, para más tarde. Fregó el plato de Mary y los cubiertos, los guardó y luego sacó sus mapas del baúl. Los llevó sobre las mantas, los desenrolló y los alisó con el canto de la mano.

Mary bostezó. No tenía idea de si fuera de la gruta era de día o de noche, o de si habría dormido horas o sólo unos minutos después de la última vez que habían hecho el amor.

—Puedes acostarte —dijo él—. No te molestaré.

Empezó a recoger los mapas, pero Mary lo detuvo. Era verdad que estaba cansada, pero también se sentía extrañamente reacia a acostarse. El mal humor de Ryder le había nublado el ánimo. Toda aquella conversación sobre matrimonio y divorcio... había sido inquietante.

—No me importa que los mires aquí —comentó. Bajó el farol que ardía en otro saliente y lo situó a su lado. Ryder volvió a extender los

mapas—. A lo mejor puedo ayudarte —añadió ella.

—Puedes mirar si quieres.

No era una invitación entusiasta pero tampoco había dicho que su ayuda no valdría gran cosa. Mary se arrodilló, apoyó los codos y estudió con atención el mapa topográfico. Ryder seguía apoyado en el altillo de piedra. De vez en cuando, su mirada iba de los contornos que tenía bajo los dedos a los que Mary le mostraba sin darse cuenta.

—A lo mejor quieres remeterte esa manta un poco mejor... —Bajó la voz—. Antes de que me olvide de qué cadena montañosa estoy observando.

—¿Hmm? —murmuró Mary, alzando la vista hacia él.

Ryder le señaló el pecho.

—La manta.

Mary miró hacia abajo; sus senos prácticamente desbordaban por encima de la manta.

—Gracias. —Se la acomodó sin apuro y reanudó su examen del mapa.

Ryder meneó la cabeza, sin saber qué pensar de ella. Como Mary tenía la cara inclinada, no vio su satisfecha sonrisilla.

—Supongo que estos mapas tienen algo que ver con el oro del cañón Colter. ¿Sabes dónde está? —preguntó a continuación.

—¿Te refieres a si sé dónde está porque tengo conocimiento de primera mano, o a si tengo sospechas?

—Sospechas, claro. —Alzó los ojos hacía él—. No creo que tuvieras

nada que ver con el ataque.

—Pues estaba allí.

—Ya lo sé, eso he oído. Me lo dijo mi cuñado.

—Entiendo —dijo Ryder—. ¿De qué más cosas te enteraste?

—No muchas: no hubo tiempo. No llevaba mucho en el fuerte cuando me sacaste.

—Entonces, ¿no sabes nada de la señorita Hamilton?

Un furtivo escalofrío recorrió la columna vertebral de Mary. Se apartó un rizo que le había caído sobre la frente y, con aire pensativo, entornó sus ojos verdes.

—No, nunca he oído ese nombre. —Una sensación de aprensión le hizo preguntar—: ¿Quién es? ¿Tu prometida?

Ryder la observó atento para juzgar su reacción.

—Anna Leigh Hamilton. —Fue difícil permanecer indiferente cuando pronunció aquel nombre—. La hija del senador Warren Hamilton. La mujer que dice que, mientras los chiricahuas atacaban los carros en el cañón Colter, yo estaba violándola.

Capítulo 10

Las facciones de Mary no mostraron sobresalto, sino curiosidad. Miró a Ryder y preguntó con franqueza:

—¿Por qué hizo eso?

Los ojos de Ryder no reflejaban nada de lo que estaba pensando.

—¿No vas a preguntar si es verdad? ¿No quieres saber si violé a Anna Leigh?

Mary frunció el entrecejo.

—¿Por qué iba a preguntarlo? No imagino ni que te lo plantearas.

—Entonces eres la única —comentó él sin acritud—. La señorita Hamilton contó muy bien su historia.

Un corto mechón de pelo había caído de nuevo sobre la frente de Mary, y ella se lo apartó de un soplido.

—Seguro que sí. Pero mi experiencia contigo es distinta, y me hace difícil creer que actuaras de ninguna forma deshonrosa. —Volvió a posar la mirada en el mapa y fingió observarlo con detenimiento—. No he olvidado la noche que pasamos junto a un lago, en el valle del Hudson. Tú me abrazaste, me consolaste, y sólo bastante contra tu voluntad, me parece, tu cuerpo reaccionó al mío.

—No fue contra mi voluntad —la contradijo él en voz baja—.

Aquella noche yo te deseaba... Ya te había deseado por la mañana.

Mary dejó de seguir las líneas del mapa con los dedos cuando una súbita oleada de calor la recorrió entera. Entonces cerró los ojos y dijo palabras que nunca había dicho en voz alta; palabras que se había esforzado por no hilar, ni siquiera en silencio, en su propia mente.

—Y sin embargo no actuaste de acuerdo con tu cuerpo. Ni aquella mañana, cuando me habría enfrentado a ti, ni aquella noche, cuando te lo habría concedido todo.

A Ryder le costó trabajo oír el susurro de las últimas palabras. Ella no le estaba ofreciendo una aceptación, sino una confesión.

—Ay, Mary... —exclamó en voz baja.

Le tomó las muñecas y tiró de ella. Los mapas se enroscaron y se rizaron, pero a Ryder no le importó. Cuando la tuvo en el borde del altillo, la tomó en brazos y la bajó sin soltarla. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Las lágrimas se le agolparon tras los párpados cerrados.

—Ese no es el motivo por el que dejé la Iglesia —explicó con un hilo de voz—. Yo ya estaba pasándolo mal, cuestionándome... Si aquella noche tú no hubieras estado allí, el resultado habría sido el mismo.

Él le acarició el pelo y apoyó el mentón en su coronilla. El dolor la atravesó con un temblor, y Ryder sintió su vibración contra la piel. Con voz ahogada, Mary tuvo que hacer pasar las palabras por el duro y doloroso nudo que tenía en la garganta.

—A veces... a veces creo que Dios te envió hasta mí para ayudarme a rendirme. Yo estaba luchando contra Sus deseos, ignorando lo que Él me

decía para no...

Las lágrimas resbalaron por el contorno de su mejilla y le llegaron al pecho. Ryder no sondeó ni insistió, sino que se limitó a esperar.

—Para no decepcionar a mi madre.

Aunque tenía los ojos apretados, Mary siguió vertiendo lágrimas mientras respiraba con doloridos y tristes jadeos. Acurrucada en brazos de Ryder, lloró hasta agotarse. Él apartó los mapas y volvió a subirla al altillo, pero esta vez la acompañó. Se tendió a su lado sobre el petate y le ciñó la cintura con el brazo en un gesto familiar. Una manta los protegía del frío, y le secó los ojos con ella. Mary le dirigió una sonrisa llorosa y avergonzada.

—No sé qué ha pasado —dijo—. No pensaba decir esas cosas.

—Lo sé.

—Estábamos hablando de ti... No he debido...

—Shhh —susurró él—. Está bien. Eso cura.

Mary cerró los ojos. Llevaba razón: ahora tenía el corazón más ligero y la cabeza más despejada. Sentía el cuerpo de Ryder, tibio, a su espalda, y el brazo que la rodeaba justo como debía ser. Se quedó dormida antes de darse cuenta de ello.

Ryder despertó de golpe y se sentó erguido. Un escalofrío le recorría el cuerpo, y gotas de sudor le cubrían la frente. Tenía calor y frío a la vez, y el presentimiento del peligro se empeñaba en no abandonarlo. Ya no

recordaba el sueño que lo había devuelto de golpe a la conciencia, pero sus emociones: miedo, dolor y pérdida, permanecían. «Algo olvidado —pensó—. Algo dejado atrás.»

A su lado, ajena a su pesadilla, Mary dormía tranquila. La prueba de sus lágrimas y de su agotamiento estaba en sus párpados, levemente hinchados, y en las ojeras que formaban una sombra bajo sus pestañas. Respiraba con suavidad, de forma relajada, y su expresión serena resultaba tan hermosa que Ryder sintió algo de paz sólo con mirarla.

Sin embargo, aquella inquietante sensación persistía, y ya en el regazo de Naiche había aprendido a no ignorarla. Fue hasta el borde del altillo y pasó las piernas por encima del lateral. Luego hurgó en el farol y aumentó la luz para, desde donde estaba, ver lo máximo posible de la cámara. No había nada fuera de su sitio, nada había cambiado, pero la sensación de peligro se empeñaba en no desaparecer.

Se levantó y dejó el farol a un lado. No le daba miedo la oscuridad, pero de todas formas encendió los demás faroles. En la cámara ya no había más sombras que las que él proyectaba al moverse de un sitio a otro buscando el origen de su preocupación. Al final tuvo que reconocer para sí mismo que era una estupidez: sólo habían sido los fríos tentáculos de un sueño olvidado. Miró a Mary por encima del hombro y pensó: «Déjala dormir.» Pero para él ya era hora de empezar un nuevo día. Se vestiría y...

En ese mismo instante, lo recordó. La sensación de peligro le tensó el abdomen, como preparándolo para recibir un golpe físico; y aunque toda

la fuerza del impacto estaba sólo en su mente, fue tan grande que lo hizo retroceder.

Ryder se volvió para buscar la ropa que había traído de vuelta hecha un fardo. Sus ojos registraron todos los niveles de la cámara. Recordaba haber recogido las prendas cuando dejaron el campamento y volvieron al claro; incluso le dio a Mary su camisa para que se abrigara. Miró la camisa de franela que ahora estaba en el suelo, junto a la cama, y cerró los ojos intentando recordar qué había ocurrido con las demás cosas. Le parecía sentir su peso, el modo en que se cambiaba el fardo de una mano a otra cuando ayudaba a Mary por el rocoso sendero. ¿Cómo era que lo llevaba y al segundo siguiente lo había olvidado? Abrió los ojos y miró a Mary. Claro que lo había olvidado: ella llenaba sus sentidos.

Se acercó a la cama y le puso la mano en el hombro. Como si percibiera la urgencia de su leve contacto, ella se despertó casi al instante y se apresuró a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Tengo que marcharme. Quería que supieras que me voy.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que...?

Él le dio un apretón en el hombro y dijo en tono tranquilo:

—Me voy más tiempo de lo normal.

Mary se incorporó mientras Ryder empezaba a vestirse. Un poco aturdida por el brusco despertar, lo vio ponerse la camisa de ante, el taparrabos y los mocasines que había llevado en la ceremonia de la boda.

—No sueles decirme cuándo te vas —comentó. Aquello era distinto:

algo iba mal.

—Ahora las cosas son diferentes. Creía que querrías saberlo.

—Pero ¿por qué te vas? —Una arruguita vertical apareció entre sus cejas. Se sujetó la manta en torno a los pechos cuando se puso de pie—. No puede ser nada impor...

Ryder la interrumpió agarrándola por los hombros.

—Me he dejado nuestra ropa en el camino —le explicó—. La tenía en la mano. Tú y yo estábamos discutiendo... te besé... y creo que entonces la dejé caer. No recuerdo tenerla después.

Mary comprendió.

—Por supuesto, tienes que recogerla.

La falta de atención de un momento daba al traste con todo el trabajo que Ryder se había tomado para ocultar su rastro. Mary escudriñó su cara preguntándose si la culpaba a ella o si se culpaba a sí mismo, y él respondió a la pregunta no formulada.

—No se trata de culpa —dijo—, sino de responsabilidad. En teoría, el responsable era yo.

—¿Puedo echar una mano? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Me corresponde a mí arreglarlo —contestó él—. Y viajo más rápido solo.

Mary se aferró a aquellas palabras. No recordaba que el tiempo le hubiera pasado jamás tan despacio estando allí. No tenía forma de saber

si, al llegar a la boca de la gruta, Ryder había encontrado la luz del sol o las estrellas, ni cuál de las dos sería más favorable para que llevase a cabo su tarea. En su mente, le asignó tiempo para buscar la ropa y tiempo para ocultar su rastro, teniendo en cuenta el clima y, más todavía, su cautela.

Intentó leer, pero en seguida empezó a pensar en todo lo que podía salir mal. ¿Y sí alguien había encontrado ya la ropa? Tal vez los animales la habían esparcido... o los soldados habían dado con su rastro a kilómetros de donde buscaban y consiguieran encontrar a Ryder gracias a la casualidad y la suerte. Y entonces se le ocurrió que quizá la encontrara otra persona. Acaso un prospector, o un explorador del ejército.

Un cazarrecompensas.

Jarret Sullivan.

Ya no tenía sentido desear habérselo advertido a Ryder. Lo cierto era que ella había mantenido en secreto el antiguo oficio de su cuñado deliberadamente. Al principio no quería que Ryder tomara precauciones adicionales, ni que tendiera trampas; estaba tan seguro de que no había forma de encontrar su escondite que Mary guardó el secreto para que le sirviera de escarmiento. Pero ¿cuándo había desaparecido el deseo de darle una lección?

El que Ryder llevara a Jay Mac y Moira a la ceremonia de boda tendría una consecuencia: que si Jarret había dejado de buscarla, seguro que había emprendido la búsqueda otra vez. Jarret encontraría lo que

quedara del campamento chiricahua, y desde allí...

Sobresaltada, dejó caer el libro cuando uno de los faroles parpadeó y se apagó. Lo miró fijamente. ¿Cuánto tiempo duraba un farol encendido antes de que se agotara el queroseno? ¿Seis horas? ¿Un poco más? Tal vez no estuviera lleno del todo. Pero lo había rellenado ella misma, y sólo estaba encendido desde que Ryder se despertó. Si de verdad viajaba más rápido solo, ¿por qué llevaba fuera ya seis horas?

Al levantarse, el libro resbaló de su regazo al suelo, y allí se quedó mientras ella pensaba qué hacer. Por un lado, podía esperar; Ryder querría que esperara... O también podía buscarlo, y eso era lo que quería hacer ella. Llegó a un punto intermedio: lo esperaría en la boca de la gruta. Sabía interpretar las señales de los pasillos y estaba segura de que llegaría a la entrada sin problemas. Eso la ayudaría a pasar el tiempo... e incluso pensó que, a lo mejor, se lo encontraría por el camino.

Mary rellenó el farol vacío con queroseno y lo encendió. Llevando puestos un par de pantalones de Ryder, una de sus camisas y los mocasines que le había dado, subió el farol y empezó su viaje hacia la boca de la cueva. En cada bifurcación se tomó su tiempo para detenerse a estudiar las señales con atención. A cada parada imaginaba que Ryder estaba más cerca. Casi esperaba alzar la vista y encontrárselo de pie bajo un arco de piedra, mirándola mientras ella observaba con detenimiento sus extraños jeroglíficos. Pero no aparecía.

En algunas encrucijadas, las señales eran más difíciles de localizar, y entonces se preguntaba si habría hecho bien en emprender el viaje. Se

arrepentía de no haber vuelto a llevar alubias por si se perdía, pero no tenía intención de dar media vuelta. En dos ocasiones tomó pasillos que no habrían sido su primera elección de no haber sido por las marcas, y al menos una vez se vio obligada a elegir una ruta que no estaba señalada con claridad.

Al fin sintió que la invadía el alivio cuando se topó con la ancha y enorme primera cámara de la gruta. Con las rodillas temblándole, se sentó en una suave losa de piedra hasta que el corazón se le tranquilizó en el pecho y pudo reírse de su propia insensatez.

Se abrió camino con cuidado por las rocas redondeadas y cruzó el pequeño riachuelo para llegar a la entrada. Una vez allí, apagó el farol, lo dejó en el suelo y se asomó lo suficiente como para comprobar la altura del sol. Sin demasiada precisión, calculó que debía de ser poco más de mediodía; eso implicaba que Ryder tenía que hacer todo el trayecto con luz. Volvió a sentarse, y el alivio de haber llegado tan lejos ella sola se transformó en preocupación. Ryder le había dicho que tardaría más de lo habitual, e intentó tenerlo presente, aunque resultaba difícil sin un reloj. Le parecía que nunca había estado fuera ni la mitad de tiempo que esa vez. ¿O era sólo que entonces su ausencia no le importaba tanto?

Pasaron unas cuantas horas en las que Mary se aventuró a salir de la gruta cinco veces. Aunque se alejó un poco más cada vez, siempre supo que era un disparate. Ryder ya se lo había advertido: sencillamente, no tenía adonde ir. Y su impotencia aumentó al darse cuenta de que no podía hacer nada por él. Cuando se puso el sol, Mary se quedó quieta.

Los remolinos de viento atravesaban la boca de la caverna y provocaban extraños suspiros y sibilantes quejas entre las rocas. Aquel sonido le erizaba el vello de la nuca, y entonces recordó que algunas cámaras de la gruta habían servido como cementerio. Cuando el viento amainaba, sólo oía el silencio, lo que en cierto modo era más sobrecogedor que los gemidos.

Mary se llevó la mano al costado para tocar el rosario que ya no estaba allí. El viento se levantó de nuevo insuflando vida a la gruta. Inclinó la cabeza para rezar por todas las almas perdidas, e incluyó a Ryder entre ellas.

Su susurro llegó hasta él a lomos del viento. Acababa de entrar y se apoyó pesadamente en el arco de piedra. No la veía, pero su voz le resultó la música más dulce.

—Mary... —llamó.

Al principio, ella creyó que lo había imaginado, que sólo era un engaño del viento. Pero entonces oyó su nombre otra vez y supo, supo de veras que sus oraciones habían sido escuchadas. Abrió los ojos rápidamente, levantó la cabeza de golpe y miró la enorme entrada buscando una oscura silueta que no formase parte del paisaje.

—¡Ryder!

Al verlo, se puso de pie, corrió a su lado y estuvo a punto de derribarlo con la fuerza de su abrazo. Él la saludó con un gruñido, y Mary retrocedió al instante, tratando de penetrar la oscuridad con la mirada para escudriñarle la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Estás herido, ¿verdad?

—No es tan grave.

El miedo volvió severa la voz de Mary.

—Supongo que crees que eso es una respuesta a mi pregunta. Deberías haber dicho «Sí». Ya decidiré yo lo grave que es.

—Ten cuidado: empiezas a parecer una esposa.

Ryder empezó a reírse, pero el dolor lo traspasó y él se agarró el costado para limitar aquella agonía al espacio más pequeño posible. Mary detuvo su cuidadosa búsqueda.

—Deja que encienda un farol —dijo—. A oscuras no puedo hacer nada; incluso podría hacerte daño.

Ryder echó de menos sus manos en seguida.

—¿Qué haces aquí, por cierto? Deberías estar en la cámara.

Mary golpeó el pedernal. Una luz blanca iluminó a la perfección bien la áspera mirada que le echó a Ryder, acompañada además de un resoplido muy poco propio de una dama. Él le dedicó una torcida sonrisa.

—De acuerdo —dijo con ironía.

Mary alzó el farol y susurró:

—Ay, Dios.

Ryder tenía la cara color ceniza, y en las comisuras de su boca y sus ojos había nítidos surcos de tensión. La sangre seca le cubría los dedos y manchaba la parte delantera del taparrabos, y la herida origen de la sangre le recorría, describiendo una línea siniestra e irregular, casi todo

el muslo izquierdo. Ryder había desgarrado un trozo del taparrabos para hacerse una venda, pero no era suficiente; parte del ante se le había pegado a la herida al secarse, mientras la sangre seguía chorreando por otros sitios.

Ella lo vio agarrarse las costillas y preguntó:

—¿Las tienes rotas?

Él asintió.

—Dos, creo.

Mary bajó la vista. El fardo de ropa que había ido a buscar estaba a sus pies. Ryder siguió su mirada y dijo:

—He vuelto con el premio.

Ella no hizo ningún comentario, pero no pudo evitar pensar en el coste.

—Deja que te ponga una venda.

Él negó con la cabeza.

—Si levantas la que llevo, sangraré más. Quiero que nos vayamos de aquí. En esta parte somos demasiado vulnerables.

—¿Te han seguido?

—No, pero no será muy difícil dar con mi rastro.

Mary comprendió: no había ocultado su ruta, y en algún lugar, fuera de la cueva, había sangre suficiente como para poner a quien fuese sobre su pista. En aquel momento no se permitió pensar en ello. Ryder no estaba, ni mucho menos, tan fuerte como fingía estar.

—Para curarte bien necesito llevarte a la cámara —dijo—. ¿Te

sostengo o te dolerá menos caminar solo?

—Puedo ir solo —contestó él—. Lleva tú la ropa y la luz; no olvides coger también mi farol.

Mary abrió la marcha, y Ryder fue cojeando detrás. A ella le costó trabajo caminar tan lento como él; su zancada normal se habría tragado la de ella, pero ahora sólo abarcaba un tercio de su longitud. No hizo preguntas para no desgastar aún más sus fuerzas. A mitad de camino hacia la cámara le dio la impresión de que la cara de Ryder tenía el mismo color gris claro que sus ojos. A un centenar de metros de la entrada, Mary tuvo que ofrecerle el hombro y el brazo para sostenerlo, le doliera o no.

Tras dejar un farol y el fardo de ropa, Mary se las arregló para llevar a Ryder hasta el altillo. Se dio cuenta del esfuerzo que él había hecho porque, una vez encima de las mantas, se desplomó. En aquel momento empezaba su trabajo. Primero acomodó a Ryder lo mejor posible, reorganizando las mantas que tenía debajo y doblando otra para formar una almohada. Luego llenó la palangana en la poza y empapó varias toallas en el agua fría. Lo dejó todo un momento e hizo una incursión en el baúl en busca de la tela más adecuada para una venda; se decidió por su propia combinación y la rasgó en largas tiras. Después rebuscó en la alforja que Florence Gardner había preparado y encontró un frasco de alcohol, la botella de linimento y un pequeño costurero.

Ryder tenía los ojos cerrados cuando regresó a la cama, y respiraba de forma superficial. Le quitó el pañuelo y le puso el dorso de la mano

en la mejilla; tenía la piel fría y pegajosa. Con la punta de los dedos, le rozó ligeramente los labios, y en seguida empezó a trabajar.

Ante todo, tenía que ver la larga y dentada herida del muslo. Había más arañazos y cortes, pero ninguno era tan profundo como para requerir puntos de sutura. Las Hermanitas de los Pobres llevaban años atendiendo el hospital de Queens, y a Mary la enfermería no le era ajena. Más de una vez habían recurrido a ella para que limpiara y cosiera heridas, y siempre lo había hecho de buena gana. Pero ahora no era lo mismo, le temblaban las manos.

Le soltó el taparrabos del muslo y empezó a quitarle el vendaje seco. La herida volvió a sangrar, pero había aprendido de los médicos que eso no tenía por qué ser necesariamente malo: la sangre se llevaba la infección. Con cuidado, Mary miró los bordes de la carne abierta y usó el cuchillo de Ryder para cortar el tejido muerto y desgarrado. Primero lavó la herida con jabón, y después la examinó. Había trozos de grava incrustados en ella que tuvo que retirar laboriosamente. Una vez quitados todos, volvió a limpiar la herida y luego la regó bien con alcohol.

Hasta entonces, Ryder había estado impasible, con la mente concentrada en algo que no fuera el dolor; en el momento de recibir el alcohol, se desmayó.

—Gracias, Dios mío —susurró Mary.

No sabía cómo había resistido tanto. Le echó un vistazo a la cara y vio que la tensión de sus facciones se había aliviado; también se dio

cuenta de que a ella ya no le temblaban las manos. Después, se puso manos a la obra y se apresuró en su tarea antes de que Ryder volviera en sí. Enhebró la aguja con habilidad mientras pensaba cuánto desearía tener una aguja curva para suturas.

—Ay, Maggie —dijo en voz baja—: lo que daría por una décima parte de tu destreza...

Pero su hermana médico no podía ayudarla, de modo que se dedicó a la labor. Primero suturó el tejido más profundo con la hebra empapada en alcohol. Tuvo que dar sesenta puntos antes de que estuviera lista para cerrar la piel.

Ryder se despertó cuando terminaba con las últimas puntadas superficiales. La observó cortar la hebra y mirar atentamente su obra con ojo crítico. Con voz ronca preguntó:

—¿Y bien?

Las líneas blancas habían aparecido de nuevo en las comisuras de su boca.

—Mi madre dice que los trabajos manuales nunca han sido mi fuerte —dijo ella—, pero creo que cambiaría de opinión si viera esto.

—No tenía que quedar bonito —se burló él.

Mary le puso una mano en la frente, le echó atrás el largo cabello donde éste se le pegaba a la piel y lo miró sonriendo.

—No, si bonito no está... pero está bien.

—Entonces estupendo.

Ryder cerró los ojos. Sentía la calidez de los dedos de Mary

acariciarle la mejilla y quiso alargar la mano para cogérselos, pero su brazo volvió a caer inútil a su costado. Ella se inclinó para darle un beso en la fría mejilla y buscó su mano. Se le saltaron las lágrimas al notar que él se la apretaba. En otras circunstancias, habría calificado de dulce aquel gesto, pero ahora lo reconoció como débil.

—Descansa —dijo en voz baja.

Entonces se sentó a su lado mientras él hacía justamente eso: descansar.

—Deberías comer algo —dijo Mary.

Alzó una cucharada de verduras hasta los labios de Ryder. Él tomó un bocado, masticó y luego volvió a bajar la cabeza.

—Ya es suficiente —dijo en tono cansado.

—Pero...

—Es suficiente.

—Muy bien.

Mary cedió porque no podía acelerar las cosas. Ryder no recuperaba las fuerzas tan rápidamente como ella esperaba. Dormía despertándose mucho, porque el dolor de las costillas rotas le molestaba cuando se volvía de lado sin darse cuenta, y la poca comodidad que encontraba en el sueño no tardaba en desaparecer al despertar. La cicatriz del muslo estaba hinchada y roja donde se curvaba cerca de la rodilla, y Mary temía estar viendo las primeras señales de la infección.

Se llevó la comida, fregó el plato y luego se sentó en la mecedora. Durante lo que consideraba sus noches, permanecía en aquel asiento, que acercaba más al altillo para oír a Ryder cada vez que él se despertaba.

—¿Quieres que te lea algo? —preguntó.

—No.

—Entonces deja que te lave. Te aliviará el calor de la piel.

¿Las manos de ella sobre su cuerpo? ¿Aliviar el calor? Ni hablar.

—No.

—Como quieras.

De nuevo, Mary se conformó con una afabilidad que habría asombrado a su familia o a las Hermanitas.

—Sé lo que estás haciendo —dijo él.

—¿Ah, sí?

No se molestó en mirarlo, y fingió no dedicarle ningún interés mientras desenrollaba los mapas.

—Estás rindiéndote.

Mary enarcó una ceja de golpe. Alzó la cara y atravesó a Ryder con una mirada penetrante.

—No luchar no siempre es lo mismo que rendirse.

Gruñendo en voz baja, él cerró los ojos. Eso quería decir que sabía que ella esperaba el momento propicio; probablemente pensaba alimentarlo a la fuerza mientras estuviera inconsciente, y lavarlo mientras dormía... Se volvió de costado con cautela, resuelto a

permanecer despierto todo el tiempo posible.

—¿Qué estás haciendo con eso?

—Buscar oro —contestó ella—, igual que hacías tú.

—No sabes dónde buscar.

Ella se encogió de hombros y volvió a los mapas otra vez.

—He encontrado el cañón Colter marcado en este primer mapa, y he emparejado las cotas de elevación y los datos topográficos con el segundo; en realidad no es más que una vista más de cerca, ¿verdad? Supongo que no está rotulado como cañón Colter a propósito, para no facilitarle las cosas a quien se tropezara con él.

—Como tú.

Ella no hizo caso de su sarcasmo y en tono paciente dijo:

—No, como yo no: como otro buscador. Porque fue ése quien dibujó el mapa, ¿no? Tu amigo buscador.

Ryder alzó las cejas un poco y asintió con un lento movimiento de la cabeza.

—Tu asombro no resulta halagador. Yo sé leer un mapa, y además sé sumar dos y dos para que den la cuenta exacta tan bien como cualquiera.

Al menos, había conseguido irritarla.

—Sí, tienes razón: Joe Panamá dibujó ese mapa. En un momento u otro exploró casi toda esta zona y estaba seguro de que había un filón de plata por aquí.

—¿Y lo descubrió alguna vez?

Ryder negó con la cabeza.

—No me lo dijo nunca.

—¿Murió?

—Hace unos cuantos años. Puso fin a su vida no lejos de aquí, después de romperse la espalda en una caída.

Las facciones de Mary se dulcificaron de compasión.

—¿Lo encontraste tú?

—No —la observó atentamente—: yo estaba con él.

Ella abrió más los ojos.

—¿Y dejaste que se matara?

—Dejé que acabara con su sufrimiento —contestó—, porque yo no pude hacerlo por él.

—¿Te lo pidió?

—Sí... —Vio que Mary fruncía las cejas mientras procesaba esa información—. ¿Estás comparando un pecado con el otro? ¿Era lo mismo dejar que Joe apretara el gatillo que apretarlo yo mismo? ¿Y si te dijera que él no llevaba un arma?

Las cejas de ella subieron un poco.

—Exacto: yo le di la mía.

Parte de la pena que Mary sentía en el corazón llegó hasta sus ojos.

—No soy un santo —dijo Ryder.

—Nunca te he confundido con uno.

—Si estás clasificando mis pecados, tengo algunos más que...

—No estoy juzgándote —lo interrumpió ella en voz baja—. Sólo pensaba cuánto debió de dolerte tomar una decisión tan difícil. Sé lo que

enseña la Iglesia, pero no puedo evitar preguntarme qué habría decidido yo en esas mismas circunstancias.

—Tal vez lo averigües —dijo él con gravedad.

Al principio, ella no lo comprendió, pero de repente su gesto pasó de inexpresivo a horrorizado al verlo darse un ligero golpecito en la pierna herida.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres que te mate de un tiro?

—No en este preciso momento.

—No juegues con esto —espetó Mary en tono enfadado; la boca se le redujo a una línea y su tono se volvió más áspero—. Ni tampoco conmigo. Nada de este asunto me parece mínimamente gracioso.

—Recuerdo que no hace tanto tiempo me apuntabas al pecho con un rifle y afirmabas estar dispuesta a usarlo.

A Mary no le sentó bien que se lo recordara.

—Eso era distinto —replicó, enojada.

—Lo distinto era que entonces yo tenía buena salud. Y ahora que es probable que muera, no estás dispuesta a ayudarme. Tienes un sentido de la moral muy poco claro.

—Si te hubiera matado entonces, habría sido un pecado grave, y sería igual de grave si lo hiciera ahora.

En tono pensativo, Ryder repuso:

—Así que, en realidad, lo que estás diciendo que es no habría ninguna diferencia. Cambias muy rápido de opinión. —Vio que ella se ruborizaba y que los ojos le brillaban—. Parece que estás estudiando mi

petición más en serio. A lo mejor la clave para conseguir lo que quiero sea pincharte para que lo hagas.

Mary inclinó la cabeza y clavó la mirada en el mapa; las líneas del papel se juntaron y los nombres de los sitios se emborronaron. De repente, un grueso lagrimón resbaló de sus pestañas y cayó sobre el mapa.

—¿Mary?

Ella meneó la cabeza. No estaba segura de poderse contener y tampoco quería que él hablara. Entonces, a fuerza de voluntad, Ryder se obligó a incorporarse, y se estremeció al deslizar las piernas por el borde del altillo de piedra. Lo alegró que ella no alzara la vista, que no viera el dolor en su expresión; pensaría que era debido a la pierna y se equivocaría. No pretendía hacerla llorar.

—No más lágrimas por mí, Mary —dijo—. No quiero...

Ella reprimió un sollozo y se llevó el dorso de la mano a la boca. Ryder se las arregló para dejarse caer del altillo. Luego, apoyándose en gran medida en la pierna sana, fue cojeando hacia donde estaba Mary, sentada en el suelo. Con el pie, apartó de un empujoncito los mapas y se colocó en su campo de visión.

—Vuelve a la cama —le ordenó ella con voz ronca—. No hay motivo para que te levantes.

—Hay todos los motivos.

Ella alzó la cabeza.

—Eres horroroso.

Lo dijo como si hablara en serio, y Ryder no tuvo duda de que en aquel momento era así.

—Peor que horroroso —convino él.

—No seas condescendiente conmigo.

—Estaba coincidiendo contigo. —Le tendió la mano—. Tómala, Mary, o te juro que me pondré de rodillas a tu lado.

La amenaza hizo que le diera la mano, y entonces Ryder tiró de ella para levantarla. Una vez de pie, siguió tirando de ella hasta rodearla con sus brazos. Aunque estaba rígida y tensa, aguantó y la mantuvo cerca, en un flojo abrazo, hasta que la notó relajarse contra él.

—No vas a morirte... —susurró Mary. Sus lágrimas le mojaron la camisa—. No...

Ryder no dijo nada. Desde luego, su vida no acabaría por mano de ella, ni con su colaboración. Se arrepintió de haberle hecho creer por un instante que quizá se lo pidiera. Mary lucharía por él, y si finalmente sus cuidados y sus oraciones no bastaban, él haría lo que tuviera que hacer sin su ayuda.

Ella se enjugó las lágrimas con los nudillos al sentir que el peso de Ryder se vencía; resultaba difícil saber quién sostenía a quién. Deslizó el hombro bajo su brazo y lo ayudó a regresar al altillo. Estaba pálido, y junto a las comisuras de su boca se veía unas líneas de dolor, como paréntesis. No discutió cuando volvió a taparlo con las mantas y le examinó la pierna. La hinchazón y el envejecimiento se habían extendido, y la infección parecía inflamarle la rodilla; una fina línea roja

serpenteaba desde la base de la herida hacia la pantorrilla. Mary supo lo que tenía que hacer.

—Voy a tener que cortar estos puntos —dijo— para limpiar los tejidos otra vez. Va a dolerte una barbaridad.

Al ver que Ryder no respondía, detuvo su examen y echó una ojeada. Estaba inconsciente.

—Menos mal —susurró—. No puedo usar ni una gota de licor como anestesia.

Adormeció sus sentidos con el fin de concentrarse en la tarea que tenía por delante y empezó a trabajar. Cortó el tercio inferior de los puntos visibles y abrió la piel: unos líquidos sanguinolentos y malolientes supuraron desde el tejido infectado. Cortó la segunda capa de puntos, y de nuevo quedó al descubierto más infección. Limpió la herida, esta vez frotándola con las duras cerdas del cepillo del pelo de Ryder empapadas en alcohol. Unas astillas de madera salieron a la superficie, y con una aguja sacó todas las que vio. La herida volvió a sangrar libremente, y Mary dejó que la hemorragia siguiera su curso antes de comenzar la tarea de suturar.

Ryder no se despertó mientras trabajaba, pero de vez en cuando su cuerpo daba una sacudida como respuesta al intenso dolor que estaba causándole. Durante todo el tiempo, Mary no dejó de mover los labios en la continua letanía de la oración.

Cuando terminó, se arrodilló en la poza y se lavó las manos. Haber hecho todo lo posible no era lo mismo que haber hecho lo suficiente, y

era la divergencia entre esos dos conceptos lo que la preocupaba. Se sentó en el sillón de orejas, con sus largas piernas encogidas, y lo miró dormir. Se preguntó si hablaría completamente en serio al comparar su situación con la de Joe Panamá. ¿De verdad pensaba que ella le daría un arma para que se matara? ¿Esa era su idea de «quien bien te quiere te hará llorar»?

La cabeza estaba a punto de estallarle de dolor. Unos dedos de tensión parecían tirarle con fuerza de la piel que le cubría las sienes. Brillantes destellos de luz, provocados por la intensa migraña, empezaron a aparecer ante sus ojos. El constante fragor de sus oídos alcanzó proporciones de maremoto... y entonces la cabeza de Mary cayó hacia delante, y sus hombros se hundieron. Sólo la postura ovillada de su cuerpo impidió que resbalara al suelo desde el sillón. Al fin, su desmayo se convirtió en un sopor profundo y reparador.

De pie, casi invisible a la entrada de la cámara, Jarret Sullivan volvió a meter el Colt en la pistolera. El enfrentamiento que había previsto y para el que se había preparado no iba a tener lugar, al menos no en seguida. Bajó el farol que llevaba consigo y lo dejó en el suelo; no le hacía falta en el escondite bien iluminado de Ryder McKay. Jarret contó hasta seis faroles que ardían con distintos grados de resplandor... y se dijo que aquello debía de ser el equivalente de los cirios para Mary. Dudó que Ryder usara sus reservas de queroseno con tanta alegría.

Vio que los dos ocupantes de la habitación dormían profundamente, aunque no le costó ningún trabajo discernir las diferencias que había

entre el sueño de ambos. En silencio, pasó por delante del sillón de Mary y fue derecho al altillo de piedra donde estaba tendido Ryder McKay. Sólo lo había vislumbrado en Fuerte Union, pero le habían dado una fotografía que le confirmó que era él a quien estaba viendo. Buscó la herida que producía aquel gesto de dolor en su cara y le cubría de gotas de sudor el labio superior. Al no encontrar ninguna visible, alzó la manta y silbó bajito.

—Vaya desastre, bastardo... —susurró—. Casi me das pena.

Bajó la manta y dedicó su atención a Mary. No parecía estar herida, sólo agotada; tenía ojeras y no había ni rastro de color en sus mejillas. Nunca la había considerado especialmente frágil, pero ahora la rodeaba un aura de debilidad, y la ropa de Ryder la hacía parecer incluso demasiado esbelta y delicada.

—Si te ha hecho daño —le dijo en voz baja—, le partiré las rodillas.

Aquella amenaza le habría sonado familiar a Mary: ella misma la había empleado en cuatro ocasiones distintas. Jarret la oyó por primera vez cuando actuó como padrino de boda de su amigo Ethan Stone; entonces Mary velaba por su hermana Michael. Al propio Jarret le hizo una advertencia parecida cuando se casó con Rennie. Connor Holiday no se libró de ella al convertir a Maggie en su esposa, y Walker Caine había oído la misma amenaza cuando intercambió sus votos matrimoniales con Skye. Mary Francis siempre cuidaba de sus hermanas; las habría protegido con su vida sí hubiera sido preciso.

—¿Y quién ha estado cuidándote a ti? —preguntó Jarret.

Vio las toallas tendidas a secar junto a la poza. Cogió una, la mojó en el agua helada y la llevó otra vez junto a ella. Entonces se la puso con suavidad en la frente y le limpió las mejillas manchadas de lágrimas. Mary se removió un poco, pero no abrió los ojos. Cuando le tocó la mejilla con la mano, se volvió y apretó la cara contra su palma. Jarret comprendió.

—Ay, Mary... —susurró—, ¿quién crees que soy?

—Ryder...

El nombre sonó como un murmullo, pero a él no se le ocurrió interpretarlo como una respuesta a su pregunta. En aquel momento, pensó que Moira estaba en lo cierto: Mary Francis sentía algo por aquel renegado explorador del ejército.

Al agacharse junto al sillón, Jarret rozó con el pie uno de los mapas que asomaban por debajo. Iba a apartar aquel papel cuando vio lo que era. Entonces dejó la toalla sobre el brazo del sillón, cogió el mapa de más arriba y lo miró.

Meses atrás, cuando Rennie se planteó por primera vez ampliar Northeast Rail por el territorio del Sudoeste, ella y Jarret habían estudiado detenidamente los mapas de la zona. Sobre todo examinaron en detalle la tierra que rodeaba las minas Holland, pero también inspeccionaron otros lugares, y a Jarret no le costó trabajo saber que aquel mapa señalaba el territorio del cañón Colter y sus alrededores. El siguiente mapa mostraba el mismo cañón Colter más de cerca, y reconoció que algunas marcas indicaban distintos tipos de yacimientos.

Mientras le echaba un vistazo, alzó las oscuras cejas, admirado. Rennie habría pagado mucho dinero por una medición geológica tan detallada como aquélla. En comparación, las que le habían proporcionado los hombres del gobierno no valían nada.

Guardó los dos mapas y se apresuró a escudriñar el tercero y último. Era un territorio que no reconocía en absoluto, con marcas que no tenían mucho sentido para él. Perplejo, estaba levantándolo para verlo mejor cuando oyó:

—Suelte eso o le dispararé.

Jarret no se movió.

—¿Por la espalda? —le preguntó a Ryder.

—Por la espalda si es preciso.

Bajó el mapa y, con cuidado, lo deslizó con los otros debajo del sillón de Mary.

—Mantenga las manos en alto —le ordenó Ryder. El esfuerzo de hablar hizo que le temblara un poco la voz.

—Ya he mirado debajo de esas mantas. Lo único digno de mención que he visto ahí debajo ha sido una pierna inútil —comentó Jarret sin alterarse. Se dio media vuelta despacio y se quedó quieto, con las manos a los costados. Comprobó claramente que la amenaza era vana—. Esperaba algo más de usted.

A Ryder le dolió hasta el gesto de encogerse de hombros. A pesar de todo, se esforzó porque su tono sonara despreocupado.

—He conseguido que dejara esos mapas, ¿no? Usted no estaba del

todo seguro.

Jarret inclinó un poco el ala de su sombrero hacia atrás, reconociendo que tenía razón.

—¿Lleva mucho tiempo despierto?

—Lo suficiente como para oír que amenazaba con romperme las rodillas. Aunque lamento decepcionarlo: sólo tengo una pierna que merezca la pena romper.

Sus pálidos ojos grises calibraron a Jarret y en seguida reconocieron a un digno adversario; aquel hombre no se inmutaba ante su detallado examen.

—Debe de ser usted uno de los parientes políticos —dijo al fin—. ¿El marido de Rennie?

—Exacto —contestó el otro—. ¿Cómo lo ha sabido?

Le costó mucho esfuerzo incorporarse, pero Ryder se las arregló para hacerlo. Sintiéndose en menos desventaja, aunque casi sin aliento, dijo:

—Siempre supe que debía temer más a la familia de ella que a tres unidades que mandara el general. —Se pasó la mano por el pelo—. Usted debe de ser el que antes era cazarrecompensas.

—¿Se lo ha contado Mary?

Ryder negó con la cabeza mientras esbozaba una ligera sonrisa. Su mirada fue más allá de Jarret hasta la mujer que, aún desplomada, dormía en el sillón de orejas.

—Ella no ha soltado prenda.

La leve sonrisa de Jarret fue una especie de reconocimiento.

—Jay Mac la ha enseñado bien. Sus hermanas le dirían que es la mejor en la mesa de juego. —Su sonrisa se desvaneció—. Entonces, ¿cómo lo ha sabido?

—Mary se olvidó de Walker Caine.

Jarret frunció las oscuras cejas y entornó los ojos.

—¿Conoce usted al marido de Skye?

—Desde hace años. —No explicó que su amistad se remontaba a West Point—. Cuando Walker se casó con Skye me escribió sobre la familia de ella, y le dedicó a usted una o dos líneas.

Dio un respingo al cambiar el peso del cuerpo.

—Cuando usted y su mujer llegaron a Fuerte Union, no los relacioné con Mary.

Jarret recordó que por entonces el juicio estaba en marcha, y los testimonios eran condenatorios.

—Tenía usted otras cosas en la cabeza —comentó.

La amplia y apesadumbrada sonrisa de Ryder confirmó que así era.

—Unas cuantas nada más. —«Y ahora sólo unas pocas menos», pensó—. ¿Ha seguido el rastro de la sangre?

Jarret asintió.

—Vaya caída tremenda. Casi esperaba encontrar su cuerpo en el fondo de aquel barranco.

—¿Se quedó decepcionado al ver que no?

—Contento de no encontrar a Mary.

—Si la hubiera encontrado, no creo que ahora estuviéramos

hablando.

—Exacto. —Jarret dio un golpecito a la culata de su Colt—. Lo habría matado. Sin preguntas.

Con eso precisamente contaba Ryder. En realidad, le resultaba un poco sorprendente verse así, manteniendo una conversación con Jarret.

—Tal vez le pida que lo haga de todas formas —replicó—; Mary no puede.

—Joder... —exclamó Jarret en voz baja—, ¿se lo ha pedido?

—Le he dicho que estaba pensándolo.

—Joder... —repitió—. No tiene derecho..., Mary no... Usted sabe lo que es..., lo que era. Ella nunca se rendiría: antes dejaría la vida intentando salvarlo a usted.

—¿Cree que no lo sé? —preguntó Ryder en voz baja. Sus ojos se desviaron hasta la agotada figura de Mary y se quedaron fijos en ella—. Por eso tiene que sacarla de aquí.

A eso había ido Jarret, aunque no esperaba que Ryder lo invitara a hacerlo. Le señaló la pierna herida y preguntó:

—¿Qué diablos estaba haciendo en el borde de aquel barranco, de todas formas?

—Intentaba borrar nuestras huellas.

—¿Mary estaba con usted cuando se cayó?

—Dios, no... —Cerró los ojos un instante, agradeciendo que no hubiera estado allí cuando la cresta de piedra cedió bajo sus pies y se vio cayendo en picado por encima del borde.

—Me dejé una cosa en el camino y tuve que volver a recogerla.

—Ropa —dijo Jarret.

—Justo. ¿Cómo...?

—Pasó por alto un calcetín. —Alzó una mano para contener la pregunta que vio en los ojos de Ryder—. No pasa nada: lo tengo yo. Y también he ocultado el rastro por si me traía hasta usted. No quería que nadie más lo encontrara.

Ryder no le dio las gracias, su cabeza ya se adelantaba para formular la pregunta lógica.

—¿Alguien en concreto?

—Un explorador tonto.

—Rosario.

—Exacto. Jay Mac ha subido la apuesta: Rosario saca una prima sobre lo que ya se ofrece por...

—Por mí... No pasa nada. Mary ya me advirtió que su padre querría mi cabeza en una bandeja. —Olvidó su dolor el tiempo suficiente para permitirse una pequeña risilla en tono de burla hacia sí mismo—. Jay Mac podría haberse ahorrado el dinero: Rosario no dudaría en entregar mi cabellera gratis.

—Eso tengo entendido.

—No es nada personal —explicó Ryder—. Rosario odia a todos los chiricahuas por igual y me considera uno de ellos. Por eso es tan buen explorador para Gardner. Detener a los chiricahuas es cuestión de orgullo; a lo mejor empieza conmigo, pero si atrapa a Gerónimo será una

leyenda.

De nuevo, Ryder cambió de postura, y esta vez se echó atrás en el altillo para apoyarse en el lateral de piedra. El esfuerzo le cubrió la frente de sudor.

—Así que Rosario está metido en esto... Me sorprende que el general Gardner lo haya soltado para que vaya solo.

—Jay Mac fue convincente; y, además, el general cree que Rosario está conmigo.

—¿Y por qué no lo está?

—Lo he perdido.

—Uno no pierde a Rosario así, sin más. Tal vez yo no le tenga simpatía, pero respeto sus aptitudes.

—Le di un golpe en la cabeza con mi revólver —explicó Jarret—. Entonces fue cuando lo perdí.

—¿Por qué?

—No me fiaba de él.

—¿Porque es indio?

—Porque lo buscaba a usted desesperadamente. Me dio miedo que Mary se viera metida en medio. —Echó una ojeada por encima del hombro; la visión de Mary, que seguía durmiendo cómodamente en el sillón, lo hizo sonreír—. Y, por lo visto no puede evitarlo. Yo antes creía que era por el hábito; ahora me doy cuenta de que es que ella es así.

Ryder asintió, comprendiendo. En voz baja dijo:

—Entonces, gracias por darse cuenta de algo en lo que no reparó su

padre, y por actuar en consecuencia.

Jarret se quitó el sombrero y se pasó los dedos por el pelo.

—En este asunto, Jay Mac no piensa con claridad. No lo culpe por ello. Usted tiene a su hijita. Imagino que tendría que tener una hija para entender por lo que está pasando.

—¿Qué le hace pensar que no lo hago?

Con el entrecejo fruncido, Jarret fijó en Ryder una mirada seria y fría.

—¿Qué está diciendo?

—Yo tengo... es decir, tenía, una hija... —Le resultaba extraño contárselo a Jarret Sullivan; había pensado compartir ese secreto con Mary—. La asesinaron en su cuna. Mi esposa... su familia... a todos los mataron en el mismo ataque.

La mirada de Jarret no traspasó la máscara que Ryder había colocado sobre sus facciones. Pensó que allí había un dolor tan profundo que no podía dejarse ver.

—No lo sabía —dijo.

—Pocos lo saben.

—¿Mary?

Ryder negó con la cabeza.

—No he...

Se interrumpió. Un movimiento detrás de Jarret le había llamado la atención. Al principio no supo qué había cambiado. Mary no se había movido: sus piernas seguían ovilladas en el sillón, el ángulo de su cabeza era exactamente el mismo, su hombro se inclinaba justo como antes.

Volvió a mirarle la cara, y entonces sus ojos quedaron presos de unos ojos color verde selva que le devolvían la mirada. Lo que le había llamado la atención fue el levantarse de los párpados, y en aquella mirada vio una emoción que era más pena que enfado.

Jarret siguió la mirada de Ryder y se volvió hacia Mary. Al instante comprendió que lo había oído. La expresión de su rostro pareció confirmar que Moira tenía mucha razón sobre los sentimientos que su hija albergaba hacia Ryder McKay.

—Hola, Mary —dijo con dulzura. Luego se inclinó y le besó la tibia mejilla.

Ella parpadeó, y la emoción que habían reflejado sus ojos quedó oculta.

—Jarret...

Pronunció su nombre con cortesía, como si fuera una visita inoportuna pero los buenos modales le impidieran comportarse de un modo incorrecto. Para Jarret, aquel tono era otro indicio de su dolor y su desorientación; Mary Francis Dennehy nunca había sido de los que se andan con cumplidos.

—¿Cómo te encuentras?

Ella se enderezó y se pasó una mano por el pelo con gesto despreocupado. Una arruga vertical se formó entre sus cejas mientras intentaba despejarse del todo de su profundo sueño.

—¿Qué haces aquí?

Jarret se volvió a mirar a Ryder.

—Cómo no, directa al grano.

A Mary no le hizo gracia el comentario. Se levantó, un poco vacilante al principio, pero sin necesidad de tomar la mano que le tendía Jarret. Casi rozándolo al pasar, fue hacia la cama.

—Deja que te vea la pierna —dijo.

Aunque su tono no admitía discusión, Ryder intentó oponerse. Ella lo miró fijamente hasta que él apartó la vista. Entonces cedió.

—De acuerdo.

Por encima del hombro de Mary, vio que a Jarret le interesaba el diálogo. Echó atrás la manta y la dejó que le examinara la herida.

—Esto está mejor —declaró ella.

—Ilusiones —le dijo Ryder a Jarret.

—Sí lo está —insistió ella—. Mira, parte de la hinchazón ha desaparecido. Creo que se ha ido el veneno. Jarret, ven a verlo.

—Ya lo ha visto —intervino Ryder, aunque Jarret se acercó de todos modos—. Sabe que voy a perder la pierna.

Mary volvió la cabeza en dirección a Jarret.

—¿Está diciendo la verdad? —preguntó—. ¿Es eso lo que piensas?

La verdad era que lo había pensado la primera vez que había visto la herida. Ahora, ante la feroz decisión de Mary, recordó lo que era ponerse en contra de aquella fuerza.

—Lo que creo —contestó muy serio, casi con un suspiro de claudicación— es que en mis alforjas hay algo que tal vez le venga bien.

Capítulo 11

Cuando Jarret salió de la cámara, Ryder se quedó disfrutando de la sonrisa triunfante de Mary.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. ¿Cómo consigues que la gente haga cosas que no tiene ganas de hacer?

—Quiero pensar que son sensibles a una lógica superior —repuso ella con remilgo—. Lo cierto es que los intimido.

Ryder decidió que la verdadera realidad se encontraba en un lugar intermedio. Mary utilizaba una lógica bien fundada, además de usar tácticas propias de un matón. Pero si los hacía bailar al son que tocaba, era gracias a su capacidad de hacerlos creer en ella y en lo que ella creía.

—Échate —dijo ella—; te ha desaparecido todo el color de la cara.

Ryder reconoció que no estaba en condiciones de llevarle la contraria. Y sin Jarret allí ni siquiera lo intentó. Sentada en el borde de las mantas, Mary cogió una toalla húmeda y le limpió el sudor del rostro.

—Ojalá me hubieras hablado de tu esposa —comentó al cabo de un instante.

—Lo sé.

La toalla estaba fresca sobre su piel, y Ryder cerró los ojos.

—Fue hace tanto tiempo... Me casé antes de que me encontrara mi

tío, antes de West Point; casi me parece como si le hubiese pasado a otra persona. Es lo mismo que con mi infancia en Ohio: sitios distintos, vidas distintas.

Ella se dijo que Ryder tenía raíces en dos mundos; formaba parte de ambos sin ser de ninguno de los dos. Entonces le preguntó:

—¿Dónde encuentras paz?

Él abrió los ojos y los fijó en Mary. La serenidad de sus facciones encubría la intensidad de su temperamento. Ella era su ángel guerrero. Como si la respuesta fuera muy sencilla, respondió:

—En tus brazos. Sólo en tus brazos.

A ella se le quedó el aliento trabado en la garganta, y por un instante no pudo moverse. Fue el modo de decir las palabras, con aquel aire de aceptación de lo inevitable, lo que prestó autenticidad a Ryder. Se inclinó y lo besó en la boca.

—Razón de más para que te pongas bien —dijo al alzar la cabeza— y puedas estar en ellos de nuevo.

Él cerró los ojos otra vez y mostró su acuerdo con un murmullo. El sueño iba apoderándose de su mente consciente. Sintió la suave caricia de Mary en la cara, luego en el cuello y en los hombros; la toalla estaba fresca, las puntas de sus dedos tibias...

Mary siguió limpiando su piel febril incluso después de que se quedara dormido. Le apartó unos mechones de pelo oscuro que se le pegaban a las sienes y le pasó los nudillos por el pronunciado pómulo.

—¿Está durmiendo? —preguntó Jarret desde la entrada—. ¿O se ha

desmayado?

—Sospecho que un poco de las dos cosas. —Se apartó de Ryder para mojar la toalla en la poza otra vez—. ¿Cómo nos has encontrado?

Jarret soltó la alforja en la mecedora y dejó el farol. Mientras miraba a Mary, inclinó un poco el sombrero.

—Hay un rastro de sangre que hasta un novato seguiría.

Mary asintió.

—Era lo que Ryder se temía. ¿Dónde encontraste el rastro?

—En la parte de arriba del barranco donde se cayó. Primero bajé sólo para asegurarme de que no hubiera cuerpos; luego salí subiendo por la misma ruta que él. Es un auténtico milagro que haya sobrevivido... y sin huesos rotos.

—Dos costillas —lo corrigió ella.

Jarret se limitó a menear la cabeza.

—Este hombre tiene una voluntad de hierro.

—Quería volver conmigo —dijo ella sin darle más importancia—. Tú habrías hecho lo mismo por Rennie.

—Pero yo amo a tu hermana.

Mary se sentó de nuevo junto a Ryder y preguntó:

—¿Y?

La mirada de Jarret fue de ella a Ryder y luego los abarcó a los dos.

—Entiendo —asintió finalmente—. De modo que así están las cosas. ¿Tú le correspondes?

—Si así es no te lo diría a ti primero. Es Ryder quien tiene que

escucharlo.

Con una amplia sonrisa, Jarret se quitó el sombrero y lo dejó caer en la mecedora.

—Nunca has sido de las que descubren pronto el juego —comentó—. Pero para que lo sepas, tu madre cree haberlo percibido.

Mary lo admitió con un gesto, pero no dijo nada. Jarret se sentó en el sillón de orejas y alargó la mano para coger las alforjas. Se las puso entre las rodillas y empezó a sacar el contenido mientras preguntaba:

—¿Cuánto tiempo hace que se cayó?

—No lo sé.

Al ver que la miraba con extrañeza, se explicó:

—Aquí dentro no hay modo de saber la hora.

Ninguno de los dos tiene reloj, y no hay sol..., ni tampoco luna para orientarnos. Calculo que hará una semana, pero no estoy segura. —Siguió limpiando a Ryder—. ¿Está lejos el barranco?

—A doce kilómetros largos.

—He pasado por ese camino una vez con luz del día y una vez de noche, pero no lo recuerdo claramente. ¿Fue muy grande la caída?

—¿No te lo ha dicho?

Ella negó con la cabeza.

—Ni yo se lo he preguntado. Lo que importaba no era conocer los detalles, sino tenerlo aquí.

—De unos cincuenta metros. —Oyó que Mary ahogaba un grito—. No de una vez: cayó por etapas. El terreno fue desmoronándose a sus

pies, y además resbaló sobre su propia sangre cuando intentaba salir del barranco. Ese tajo de la pierna se lo hizo al clavarse la rama de un árbol que crecía en el lateral del mismo.

—Algo así me imaginaba... —soltó un suspiro—. Supongo que lo mejor sería que no hubiera ido a por la ropa.

Al ver su mirada de curiosidad, Mary le explicó por qué estaba la ropa en el sendero. En el relato se filtró parte de su sentimiento de culpa, porque Jarret se apresuró a comentar que ella no tenía responsabilidad en los acontecimientos posteriores.

—Eso no me consuela mucho, así que no veo por qué no he de sentirme culpable. —Señaló lo que él iba sacando de las alforjas—. ¿Qué tienes ahí que pueda ayudar a Ryder?

—Bálsamos y tinturas —respondió—. Tu hermana me obligó a traerlos..., por si acaso.

—Entonces dale las gracias a Rennie por mí.

—Fue Maggie, no Rennie.

—¿Maggie? ¿Cuándo has...?:

Jarret levantó la mano y la interrumpió.

—Mary, ¿de verdad creías que no iba a reunirse la familia en una ocasión como ésta? Maggie y Connor llegaron unas horas antes de que yo me fuese, y Michael y Ethan están de camino desde Denver. Skye es la única que no puede venir, y va a sentarle muy mal.

Mary hundió un poco los hombros. En voz baja, más para sí que para Jarret, dijo:

—Se me ocurrió, desde luego... pero...

—Jay Mac llegó en seguida.

—Sabía que lo haría. —Escurrió la toalla y la dejó—. ¿Mamá está bien?

—Dadas las circunstancias —respondió él—. Cuanto más impaciente se pone Jay Mac, más tranquila se vuelve Moira.

Mary sonrió débilmente.

—Siempre ha sido así.

Jarret esbozó una amplia sonrisa de comprensión. Después revisó los artículos que había sacado de las alforjas y le llevó los más importantes.

—Maggie me dio unas instrucciones apresuradas —le explicó—, pero creo que sé cómo usar estas cosas.

Mary tomó una botella de color marrón y examinó con detenimiento la pulcra etiqueta, escrita a mano por su hermana.

—Lo que me sorprende es que no insistiera en venir ella misma.

—Lo hizo —confirmó Jarret con guasa—, pero Connor la retuvo.

La botellita contenía tintura de sauce blanco. Mary la destapó y limpió la herida de Ryder con cuidado.

—He tenido que abrírsela de nuevo para quitar más infección —le dijo a Jarret.

—Entonces no has tratado de cauterizar la herida.

—No. Me daba miedo encender fuego; Ryder nunca me ha dejado hacerlo.

—No importa —replicó él—. Encenderé un poco del queroseno que

usáis para los faroles y calentaré mi cuchillo.

—No se me había ocurrido...

Jarret le puso la mano en el hombro.

—Has trabajado por tres —dijo—, ahora no te eches la culpa de que no se te ocurriera.

Dicho esto, se puso en acción de forma rápida y eficaz. Encendió un farol para esterilizar y calentar la hoja de cuchillo; las llamas lamieron el acero y le dieron un color azul ahumado.

—Sujétale los hombros, Mary.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Va a sentirlo?

—Va a creer que se sale de su piel.

Ella puso las manos sobre los hombros de Ryder y observó cómo Jarret daba la vuelta a la hoja para hacer que el lado plano y caliente quedara alineado con la herida. En el último momento, Mary apartó la vista; cuando el olor a carne quemada le llenó la nariz, cerró los ojos y los apretó bien. Al instante, sintió a Ryder forcejear bajo las palmas de sus manos, y oyó su gruñido de dolor. Contó cinco segundos hasta que Jarret quitó la hoja. Ryder resollaba con dificultad, y en las comisuras de la boca se le marcaban unas arrugas blancas. Le había agarrado la muñeca para que le soltara el hombro, y sus dedos aún se la apretaban con fuerza. Jarret apartó el cuchillo.

—Suéltalo —le dijo.

—No pasa nada, Jarret, no está... —Mary sintió que el agarrón se

aflojaba. Al bajar la mirada, vio que Ryder se había desmayado—. Siempre me alivia que pierda el conocimiento.

Jarret asintió.

—Entiendo lo que quieres decir. —Le pasó el bálsamo que le había dado Maggie—. Toma esto, yo voy a por las vendas. Frótaselo con cuidado alrededor de la herida, y después le pondré un vendaje suave. Maggie también me ha dado unas hierbas para que prepare una infusión.

—Tendrás que usar agua fría —le advirtió ella.

—No importa; sólo tardará un poco más en hacerse.

Según el cálculo de Mary, pasaron treinta y seis horas hasta que empezaron a notar cierto cambio en el estado de Ryder, y otras doce antes de estar seguros de que era una mejoría. Las hierbas que Maggie tuvo la previsión de darle a Jarret ayudaron a cortarle la fiebre y a reducir la inflamación alrededor de la herida. Mary daba gracias porque el sueño de él ya no era una tortura, sino un descanso profundo y reparador que hacía que se despertase más fuerte.

En esos momentos, Ryder estaba dormido. Sentada junto a la poza, Mary lavaba vendajes, y Jarret permanecía en la mecedora, observándola. Cuando ella oyó que el ritmo de la mecedora cambiaba por tercera vez, echó un vistazo por encima del hombro a su cuñado con una pregunta en los ojos.

—Si tienes algo que decir, dilo.

La mecedora se detuvo.

—Muy bien. Ryder ya está más fuerte; ha llegado el momento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué momento es ése?

Él la miró con atención. ¿Estaba tomándole el pelo o de verdad no lo sabía?

—¿Imaginabas que iba a quedarme aquí por tiempo indefinido? —preguntó. Hizo una breve pausa—. ¿O que me iría sin ti?

Mary frunció el entrecejo y entornó los ojos.

—No, no creía que fueras a quedarte —contestó despacio—. Pero no hay duda de que te marcharás sin mí: no pienso volver a Fuerte Union contigo.

—No tengo intención de discutir esto, Mary.

—Bien. —Ella se encogió de hombros y escurrió otra venda—. Porque yo tampoco.

Jarret se dijo que no discutir no tenía por qué ponerlos de acuerdo.

—Tu madre, tu padre y todos esperan que te lleve de vuelta sí te encuentro.

—Soy consciente de ello, y por eso tendrás que mentirles: diles que no me has encontrado.

Él meneó la cabeza y se pasó los dedos por el pelo.

—No puedo hacer eso. Están preocupados, Mary, y con razón. Si te quedas con Ryder McKay no tienes ni un mínimo de seguridad, y además no puedo fingir que no te he visto. Tus padres, tus hermanas,

todos ellos se merecen algo más que eso.

Mary reconoció la verdad de sus palabras con una leve inclinación de cabeza.

—Entonces tendremos que pensar en otra cosa, algo que los tranquilice.

—Lo único que los dejará satisfechos es que regreses a Fuerte Union.

Mary levantó la barbilla y apretó tanto la venda que los nudillos se le pusieron blancos. Con voz firme dijo:

—No, eso no va a pasar. Ahora no. Y menos sin Ryder. —Abrió más los ojos y sus facciones se quedaron petrificadas; se le había ocurrido otra idea—. No tendrás intención de llevarlo de vuelta, ¿verdad? No me has ayudado a curarlo sólo para ver cómo lo ahorcan, ¿no?

Jarret tardó un segundo de más en contestar y tuvo que agachar la cabeza para esquivar la manopla mojada que iba hacia su cara como una bola de nieve. Luego alzó las manos, a medias en un gesto de rendición y a medias para protegerse de otro proyectil.

—¡Contéstame! —espetó Mary enojada, poniéndose de pie—. ¿Por eso has sido tan servicial, porque desde el principio planeabas obligar a Ryder a volver a Fuerte Union?

Jarret se levantó también. Su voz, grave y rotunda, mostraba un poquito más de control que la de Mary.

—Escúchame —dijo—: ya hay suficientes hombres buscando a Ryder, de modo que no tengo que preocuparme por su captura, ¿entiendes lo que te digo? Es inevitable. Tu padre ha ofrecido una

recompensa por él, aparte de la que ofrece si regresas sana y salva. Eso quiere decir que vale lo mismo vivo que muerto.

Vio cómo Mary palidecía. Sus verdes ojos parecían increíblemente grandes.

—El que tiene más posibilidades de recoger esa recompensa es un explorador, un indio tonto que no siente demasiado aprecio por Ryder. Ya se lo he dicho a él, y eso es más de lo que estaba obligado a hacer, o incluso de lo que era conveniente. El accidente de Ryder me permitió dar con su rastro; sólo es cuestión de tiempo que Rosario haga lo mismo.

Mary no se esforzó demasiado en ocultar el leve alivio que le daban sus palabras. Al ver que Jarret la miraba como si hubiera perdido el juicio, explicó:

—Tú no lo comprendes. Aunque los tontos y los chiricahuas no se tienen simpatía, son apaches, y para los apaches esto es tierra sagrada. Ese explorador no entrará aquí, al menos si no quiere que lo acosen los ancestros muertos de todas las tribus.

Jarret soltó el aliento con un largo resoplido. Aquel dato daba un nuevo giro a la situación de Mary y Ryder.

—¿Esto es un cementerio? —preguntó.

Ella asintió.

—Aquí dentro, Ryder y yo estamos a salvo. Si borro las marcas de sangre de la ruta que trae hasta esta cámara interior, ni siquiera tú sabrías llegar solo de nuevo.

En aquello había más verdad de la que Jarret quería reconocer. Se

sentó en el curvo brazo del sillón de orejas, estiró una pierna y pensó un rato.

—Dudo de que Ryder tenga planes de quedarse aquí para siempre —dijo al fin—. Y entonces, Rosario estará esperándolo fuera de la gruta, y si no Rosario, alguien como él.

—Pues tendrás que asegurarte de borrar las huellas hasta la gruta; o mejor aún: tendrás que procurar que esas huellas despisten. —Su expresión era seria—. Tú sabes hacerlo.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo?

Mary estuvo a punto de dar una patada en el suelo de pura frustración.

—Pues por mí —dijo—, porque yo te pido que lo hagas. Si mi seguridad significa algo para ti, no dejes que los exploradores o el ejército me descubran con demasiada facilidad.

—Creía que hablábamos de encontrar a Ryder.

—Es que es lo mismo: si lo encuentran a él, me encontrarán también a mí. No voy a ir contigo, Jarret, lo digo en serio. Me quedo con él.

—Dios, Mary, lo que dices...

—Ryder es inocente —lo interrumpió ella. Ahora en su voz había una súplica manifiesta. Quería convencerlo de su propia convicción—. No tuvo nada que ver con el ataque del cañón Colter. Su única función fue la de servir de chivo expiatorio para que le echaran la culpa.

Jarret echó una rápida ojeada a la forma quieta y dormida de Ryder, acurrucado bajo un montículo de mantas. En tono abiertamente burlón

preguntó:

—¿Es él quien dice que le tendieron una trampa?

—No —contestó ella furiosa—. Soy yo quien dice que lo hicieron.

—Mary, él supervisó todos los detalles del transporte y, salvo los reclutas más nuevos, seleccionó a la mayoría de los hombres para el viaje. Esa ruta sólo la conocían unos cuantos oficiales, y el propio Ryder fue responsable de dividir la tropa. Y por si todo eso no basta, tiene un historial conocido que lo relaciona con los chiricahuas; su padre adoptivo apache es Naiche, hermano de sangre de Gerónimo.

A Mary la desconcertó que tuviera tanta información sobre Ryder, la mayor parte de la cual ella no conocía; sin embargo, eso no influyó para apartarla de su razonamiento.

—¿Y quién mejor para que le tendieran una trampa? —preguntó con sencillez—. Sólo por ser quien es, Ryder tiene tanto en su contra, que los auténticos delincuentes podían respirar tranquilos.

—¿Y los auténticos delincuentes eran...?

Jarret levantó de golpe una oscura ceja y, expectante, dejó la frase sin terminar. De mala gana, Mary reconoció:

—No lo sé, y eso es lo que pienso averiguar. Por eso no voy a volver contigo.

Él la miró con evidente desconfianza.

—¿Ese es el único motivo?

—Es el único que pienso darte —replicó ella con rotundidad—. Volveré a Fuerte Union con Ryder cuando su nombre esté limpio. Antes

de eso no, o por lo menos, viva no.

Jarret puso los ojos en blanco.

—Has exagerado un poco el tono dramático del final, para mi gusto.

Mary hizo un gesto avergonzado.

—No lo he podido evitar.

Él suspiró.

—Muy bien: así que no vas a volver conmigo. Eso no va a facilitarme las cosas cuando me reúna con tu familia. Les debo una explicación, y Dios sabe que se preparan para lo peor.

—¿Que estoy muerta?

—Que tienes que ver con él.

Mary frunció la frente.

—¿Que tengo que ver? ¿Qué quieren decir?

—Quieren decir desde el principio. Todos sabemos que conocías a Ryder antes de que llegaras aquí; Florence Gardner le contó el cotilleo a tu madre. —Vio que Mary no lo negaba—. También me nombraste a Ryder McKay antes siquiera de que llegáramos al fuerte.

Mary asintió despacio; era justo lo que Ryder había dicho. Las extrañas circunstancias de su primer encuentro justificaban el encuentro posterior, seis meses más tarde.

—Luego está el hecho de que fueras a su celda vestida con ese hábito. El general Gardner cree que ayudaste a planear y llevar a cabo la huida de Ryder, y a tu familia le falta poco para creerlo.

Mary se quedó callada largo rato, pensando, con la mirada perdida

en un punto lejano. Un escalofrío la recorrió pese a la camisa de franela, y cruzó los brazos para darse calor. Finalmente, miró a Jarret.

—Entonces deberías hacer que lo creyeran —murmuró.

Jarret entornó los ojos.

—¿Cómo?

—Haz que lo crean —repitió ella, ahora con firmeza—. Así puedes decirles que me encontraste, que estoy a salvo y que me niego a abandonar a Ryder hasta que su nombre esté limpio, pensando en mí misma. Después de todo, ¿por qué iba a regresar antes de demostrar su inocencia? ¿Para enfrentarme a las acusaciones de que lo ayudé a huir?

—Mary, si vuelvo con esa historia, tendrás que hacer frente a esas acusaciones, se demuestre o no que Ryder es inocente. Estamos hablando de obstrucción a la justicia, y estás admitiendo tu culpabilidad.

—Me da igual: no hay más alternativa.

—Pero si es mentira, tú no lo ayudaste a escapar.

Mary esbozó una sonrisa levemente maliciosa que le llegó hasta los ojos.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

—Te lo... —Jarret se calló y la observó con atención. Allí estaba, bien instalada, su expresión inescrutable y serena—. Diablos, ya no estoy seguro.

—Bien. Entonces serás muy convincente.

Aunque esperaba que sonriera, Jarret no lo hizo.

—Esto no me gusta.

Mary se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Él no lo hizo —dijo en voz baja—, es preciso que lo creas, Jarret. Lo demás te saldrá sin problema.

Jarret alzó la vista hacia ella mientras se preguntaba cómo le resultaba tan fácil transmitir la fuerza de sus convicciones.

—Mary...

Pero ella meneó la cabeza y lo interrumpió antes de que pensara una objeción.

—Es un hombre honrado que respeta sinceramente la tradición y los valores. Se ha casado conmigo al modo chiricahua porque esa ceremonia era importante para él. A mí me daba igual que hubiera ceremonia o no. —Su débil rubor hizo que Jarret entendiera lo que quería decir—. Lo hizo para que no fuera deshonroso que estuviéramos juntos, y para protegerme de las consecuencias de mi propia temeridad. Y sin avisarme en absoluto, se arriesgó mucho al hacer que llevaran a Jay Mac y a mamá hasta allí para que fueran testigos de la ceremonia.

Apartó la mano del hombro de Jarret; los ojos se le oscurecieron, y su voz adoptó un tono más crispado cuando añadió:

—Sé lo que en teoría estaba haciendo en el momento de la matanza del cañón Colter.

Jarret asintió.

—Me preguntaba si lo sabrías.

—Bueno, pues no lo creo, y tú tampoco deberías creerlo. Anna Leigh Hamilton mintió. No sé exactamente por qué, pero sé que lo hizo. Sea a

propósito o por casualidad, ella ayudó a que le tendieran una trampa a Ryder.

—Estás asumiendo bastantes cosas, Mary. ¿Qué esperas lograr quedándote aquí?

—No mucho —reconoció ella—. Pero tan pronto como Ryder esté mejor, iremos a buscar el oro.

Ryder supo al instante que algo había cambiado. Aunque no se había movido nada, en el aire de la habitación le llamó la atención algo distinto. Se incorporó. Las punzadas de su pierna ya no eran sino un dolor sordo, y se frotó los puntos con gesto distraído. Estaba solo en la cámara. Las alforjas y el petate de Jarret habían desaparecido, pero las botellas de tintura y linimento seguían allí. No había ni rastro de Mary. Cerró los ojos un segundo y se frotó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice.

—Estás despierto —exclamó ella.

Ryder levantó de golpe la cabeza y fijó la mirada en el arco de piedra. Mary estaba allí de pie, con un farol en una mano y un mapa enrollado en la otra.

—Sigues aquí —dijo él.

Ella colgó el farol y se acercó a la cama.

—Optaré por no sentirme insultada por tus palabras. —Le puso el dorso de su mano libre en la frente—. Nada de fiebre, eso está bien.

Él miró más allá de su hombro, esperando ver a Jarret.

—Hmmm. ¿Dónde está tu guardaespaldas?

—¿Guardaespaldas? —Cayó en la cuenta—. Ah, te refieres a Jarret. Ha vuelto a Fuerte Union. Le dije que esperase a que despertaras para irse, pero dijo que era mejor así.

—Un hombre prudente —afirmó Ryder.

Mary lo miró con gesto de extrañeza.

—¿Y por qué?

—Porque vaya si habría insistido en que te llevara con él.

Sus palabras hicieron que Mary se tambaleara. Indignada, tiró el mapa sobre las mantas, y luego le entraron ganas de darle un golpe en aquel mentón que alzaba en dirección a ella. A Ryder no le costó trabajo saber lo que le pasaba por la cabeza. Como no tenía sentido ofrecerle un blanco tan tentador, modificó el ángulo desafiante de su mandíbula y después le preguntó:

—¿En qué diablos pensaba para dejarte aquí?

—¡Pensaba en lo que quería yo! —Apretó los dientes—. Ooooh, con todo el aliento que he gastado convenciéndolo, podría...

Se quedó sin palabras al ver que Ryder se limitaba a mirarla fijamente, con la cabeza un poco ladeada, absolutamente fascinado.

—Deja de mirarme así —dijo, aunque en su tono faltaba convicción.

Él hizo caso omiso, pero sus pupilas se volvieron un poquito más oscuras.

—¿Mirar cómo? —preguntó.

Ella bajó la vista hacia su boca, un poco entreabierta.

—Así...

Ryder la tomó por las muñecas. Ella seguía con los puños apretados, y sintió la tensión de los antebrazos. Su movimiento hizo que la manta que él llevaba ceñida a la cintura se le abriera sobre el muslo herido. Atrajo a Mary hasta meterla entre sus piernas abiertas y se puso las manos de ella en las caderas. Luego le rodeó la espalda con los brazos y la agarró por la base de la columna vertebral.

Mary no podía apartar los ojos de su boca, y sentía que se le entreabrían los labios, aunque no quería decir nada, sólo hacer...

Entonces, se inclinó hacia el beso que la esperaba y colocó su boca sobre la de él. Tenía un sabor dulce, el persistente frescor del té de menta. Con la lengua le dibujó la línea del labio superior y sintió que él inspiraba profundamente, robándole el aliento a sus pulmones. Subió las manos por el pecho de Ryder; la temperatura de su cuerpo aumentó.

Él profundizó el beso; había pasado demasiado tiempo como para que fuese delicado. Su lengua empujó fuerte la de ella con un ritmo dolorosamente familiar e íntimo. Ella extendió los dedos sobre su pecho, se los hundió en él, y las diminutas medialunas de sus uñas le marcaron la piel. La cálida y dulce boca de Mary respondía de forma completa y generosa.

Ella quería estar más cerca, quería sentir en la piel la presión de su piel, aquel delicioso contraste de contornos, texturas y formas. Cuando los dedos de Ryder fueron a los botones de su camisa, la invadió una

oleada de embriagadora anticipación.

De repente, él interrumpió el beso, y Mary lo extrañó profundamente, pero casi al instante le rozó los labios con la boca, pidiéndole lo que les negaba a los dos.

—Quítate la camisa —le susurró.

Mary apartó los dedos del pecho de Ryder. Abrió los ojos despacio y lo miró fijamente, con las pupilas dilatadas.

—Quítate la camisa —volvió a oír. Y en seguida respondió a la sombra de temblor que había en su voz.

Ryder retiró las manos y ella llevó las suyas al cuello de la camisa. Cuando bajó la mirada para desabrocharse, oyó una ronca orden:

—Mírame.

Al mismo tiempo, sintió el índice de Ryder bajo la barbilla, levantándole la cara. Enrojeció vivamente mientras el deseo luchaba con la duda. Los ojos de él no se apartaban de ella, en atenta espera. Y cuando asintió, el movimiento casi imperceptible de su cabeza le soltó la cara. Mary inspiró temblorosa y deslizó los dedos al siguiente botón.

Aunque no se veía reflejada en las oscuras pupilas de él, era como si se viera: su menor gesto provocaba una reacción en ellas. Entonces supo que lo que estaba mirando era puro e intenso deseo bajo control... y tanteó el siguiente botón.

La luz los faroles proyectaba un cálido resplandor sobre su piel y hacía brillar hebras de cobre y oro en su cabello. También persiguió una sombra que le cruzó la clavícula cuando ella se desembarazó de la

camisa, primero el hombro izquierdo y luego el derecho. En un acto reflejo, alzó los brazos para taparse los senos, pero la mirada de Ryder la detuvo.

Él no dijo nada; no tuvo que hacerlo. Mary se quitó el resto de la ropa.

Sus ojos la acariciaban por todas partes, y la impresión fue mayor que si lo hubiera hecho con sus manos. Sintió su mirada en los pechos, en el abdomen y en la curva de la cadera, y cómo luego le rozaba las piernas. Se sentía cálida y húmeda entre los muslos, y cuando su vista llegó allí, notó un tirón en su interior.

Ryder la tomó por la muñeca y le pasó el pulgar por la suave piel. El contacto fue casi excesivo: Mary reaccionó con un rápido jadeo entrecortado, como si le hubiera dolido. Él se detuvo, le observó la cara y reconoció su respuesta: avanzaba hacia él, no se alejaba. Entonces cerró la mano sobre su seno y, con el pulgar, acarició la erguida punta del pezón; ella inspiró de nuevo. Bajo la palma de la mano del hombre su carne se volvió turgente, y él inclinó la cabeza. Primero le rozó la boca con los labios, pero al cabo de un momento su suave calidez se posó en la curva del cuello y luego en el hombro. Ella se arqueó, excitada por el lento e implacable viaje de la boca hacia su pecho. Al fin, los labios le atraparon el pezón, y el áspero borde de la lengua le humedeció la punta.

Mary hundió los dedos en su pelo para acercarlo a ella, mientras sentía que unas cintas de placer se desenrollaban justo debajo de la piel.

Ryder se demoró para alargar su reacción, y cuando ella creyó que ya no lo soportaría más tiempo, le mostró que se equivocaba. Sintió cómo la alzaba hasta el borde del saliente de piedra y se quedaba de pie ante ella. La manta que lo tapaba había caído al suelo. Le tomó el trasero con las manos y la acercó al borde de las mantas, al tiempo que colocaba sus piernas alrededor de las caderas. Volvió a besarla, y esta vez el ímpetu de su lengua al entrar se correspondió con su fuerte y rápida penetración. Con la boca, retuvo el grito ahogado de Mary. Estaba dentro de ella, de forma profunda y total. Ella se levantó, pegada a él, acomodó su calor y su dureza, y lo abrazó contra su cuerpo con tanta fuerza como era abrazada.

—Por favor... —susurró contra su boca.

No sabía qué era lo que pedía, pero cuando Ryder empezó a moverse en su interior, se dio cuenta de que se trataba de aquello. No le importó que él lo supiese mejor que ella.

La fuerza y el ritmo de su cuerpo parecían robarle el aire y el pensamiento; sólo podía sentir.

Sintió el calor de su piel, la fuerza de sus brazos y el incesante aumento del placer. No era una sola oleada, sino un vendaval que iba y venía, sin abandonarla. Sintió la presión de las manos de Ryder y la huella de sus dedos. Su boca era un hierro candente en el hombro. Donde él se mecía entre sus muslos, sentía el recorrido rápido y caliente de una deliciosa tensión.

Los sentidos de Ryder estaban llenos de Mary. Aspiraba la fragancia

de su piel, de su pelo y de su sexo. Saboreaba su dulce boca y el gusto levemente salado de la curva de su hombro. Su piel era suave y cálida al tacto. Le llenaban la cabeza los leves gemidos de placer que brotaban del fondo de su garganta... y la veía aunque cerrara los ojos.

El clímax fue intenso y abrasador. Él se estremeció con fuerza contra ella, y Mary lo sostuvo, tensando las piernas contra sus caderas, aferrándose a sus hombros con las manos. La embestida de su cuerpo hizo añicos sus últimas defensas, y aceptó su liberación como lo aceptaba a él. El placer vibró entre ellos.

Con cuidado, Ryder la depositó en el lecho, y ella se quedó allí, alzando la vista hacia él, relajada y saciada. En su cara había una sonrisa un poco orgullosa y, desde luego, satisfecha. Se estiró con un gesto perezoso cuando él se tendió a su lado. La besó con ternura, y Mary casi ronroneó de dulce placer. Apoyado en un codo, Ryder dijo:

—Me parece que estás demasiado ufana.

Ella mantuvo su gesto vanidoso y, sin poderlo evitar, replicó:

—Pues hace un ratito me has dado motivos para que me ufanase un poco más.

Ryder parpadeó. De no ser por la marea de rubor que se extendía por la cara de Mary, habría jurado que había oído mal. Por una vez, dio la impresión de que ella quisiera retirar sus palabras, aunque al mismo tiempo casi lo retaba a que hiciera algún comentario. Él no lo hizo. Se limitó a mirarla, fascinado por la contradicción.

La expresión concentrada y la mirada enigmática y penetrante de

Ryder la mantuvieron callada. Mary trató de imaginar qué pensaba mientras la miraba así, cuando la escudriñaba hasta el fondo del alma.

Ryder cogió una manta y la extendió sobre los dos; al cabo de un instante, dijo:

—Deberías haberte ido con tu cuñado.

De todas las cosas que había imaginado que oiría aquel comentario no estaba incluido.

—Ese tema está zanjado —dijo con tono rotundo.

Como si ella no hubiera dicho nada, Ryder prosiguió:

—¿Por qué no te has ido con él?

Mary redujo la boca a una línea. Sencillamente, se negó a contestar. Él la miró.

—Muy bien. —Hizo caso omiso de su leve y rígida reacción al tocarla y le remetió un mechón detrás de la oreja—. No nos quedaremos aquí mucho más tiempo.

Ella frunció el entrecejo sin comprender.

—Pero si Jarret va a borrar las huellas: lo ha prometido. Y Rosario no...

Ryder la interrumpió meneando la cabeza.

—No me preocupa Rosario, y creo que Jarret hará lo que ha prometido..., pero sentirá la tentación de volver para asegurarse de que estás a salvo.

—No. Y tú no...

—Es lo que yo haría. Hará un viaje y luego otro y luego otro... Sólo es

cuestión de tiempo que lo sigan y nos encuentren. Rosario no entrará aquí, pero hay muchos soldados de Gardner que sí lo harán.

Mary sopesó sus palabras; probablemente tenía razón: Jarret se sentiría obligado a garantizar su seguridad. No se lo había planteado cuando hizo que se marchara solo. Ella no pretendía poner en peligro a Ryder con su presencia, sino todo lo contrario. Sus ojos verdes se nublaron al considerar las consecuencias de sus actos, y a él no le gustó su mirada preocupada y pensativa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Debería haberme ido —respondió ella, mordiéndose el labio inferior—. Perdona, no lo entendí.

Ryder dudó de que lo entendiera en aquel instante. Su asentimiento no suponía por fuerza que hubiera adoptado su punto de vista.

—Creo que vale más que te expliques —dijo.

Mary suspiró. ¿Es que Ryder no podía aceptar que llevaba razón, sin más? ¿Tenía que escuchar su error al completo?

—No me di cuenta de que te ponía en peligro al quedarme aquí. Ahora veo por qué querías que me quitara de en medio.

Ryder escuchó su explicación y asintió despacio, justo lo que pensaba: Mary no concebía que él quisiera protegerla.

—Pero si soy yo quien te pone en peligro a ti. Debiste marcharte para protegerte a ti misma; sólo pretendía decir eso. —Alzó una comisura de la boca al ver que ella intentaba asimilar la información, y que se preparaba para un nuevo razonamiento—. Pero mira que eres terca...

Ella se enfureció, como era de esperar.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Significa que no hace mucho te enfrentabas a mí para que te dejara marchar, y ahora discutes conmigo por quedarte.

—Es que esto es completamente distinto —contestó ella en seguida.

—Completamente.

Mary lo miró con recelo. ¿Estaba de acuerdo con ella o sólo lo fingía? En su voz había un leve tono de crispación, pero su expresión seguía inescrutable.

—Eres exasperante, ¿lo sabías?

—¿Exasperante? ¿Y eso es bueno o malo?

Mary tuvo en la punta de la lengua decir «malo»; después de todo, era la respuesta fácil, aunque la verdad era más complicada. ¿La tendría cautivada tan por completo si no fuera un poco exasperante? La fascinaba su tranquilidad, su sentido del humor la desarmaba, y su lógica le daba que pensar. Desde el principio, había supuesto un desafío para ella, y decidió hacer una pequeña concesión.

—Ser exasperante no es malo del todo —dijo.

—Ten cuidado —le advirtió Ryder—: has estado a punto de elogiar mi carácter.

Con el puño, ella le dio un suave empujoncito en el firme vientre. Cuando fue a retirarlo, él le puso una mano encima y lo mantuvo allí. Mary abrió los dedos, que se quedaron posados en su piel, y, cuando él apartó la mano, le dibujó el borde del tórax. Aún tenía allí una leve

magulladura de la caída, pero Ryder parecía ir mejorando.

—¿No te duele esto? —preguntó.

—Casi nada.

—¿Y la pierna?

—Mucho mejor. —Alzó una ceja al verla entornar los ojos—. ¿Lo dudas?

Se refería al modo en que la había tomado, desde luego. Con las piernas sujetas en torno a él, Mary había sentido la fuerza de sus muslos.

—No —contestó al cabo de un momento—. No lo dudo.

A Ryder le gustó cómo se le enronqueció y entrecortó la voz al decirlo; entonces bajó la cabeza y le rozó la boca con los labios en un beso que se demoró dulcemente. Cuando se apartó, rectificó su postura para acomodarla mejor, y Mary apoyó la cabeza en el hueco de su hombro y le pasó un brazo por encima del pecho. Él se preguntó cuánto habría dormido ella durante su enfermedad. La presencia de Jarret le había facilitado la tarea física de cuidarlo, pero no le habría aligerado la carga emocional.

—Gracias —dijo en voz baja.

Mary no respondió, y él pensó que se habría quedado dormida. Pero al bajar la mirada y ver sus húmedas pestañas, y sus lágrimas en sus mejillas, se dio cuenta de que no era así.

—¿Mary?

Ella se secó los ojos con los nudillos y le dedicó una sonrisa vacilante y llorosa.

—Es de alivio... —dijo, para explicar su llanto—. Y de agradecimiento.

Él asintió; lo comprendía. Le pasó los dedos por las rizadas puntas del suave cabello y dijo:

—No imaginaba que supieras tanto de cómo curar.

Mary no creía saber mucho; recordaba cuántas veces había pedido en sus oraciones la destreza de su hermana Maggie.

—Siempre he trabajado en un hospital; es lo que hacían las hermanas de mi orden.

—Háblame de eso.

—¿Del hospital?

—Sí quieres empezar por ahí...

Ella se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar.

—Eso no me lo creo —dijo él—. ¿Cómo elegiste tu orden?

—No sé si la elegí; al menos, de forma consciente. Fue el lugar lo que me atrajo. Mi madre visitaba a los enfermos todos los miércoles, y cuando yo aún era muy pequeña, me llevaba al hospital que regentaban las Hermanitas. Yo me sentaba a su lado mientras ella les leía a los pacientes o escribía cartas para ellos; a veces, yo les llevaba agua o los ayudaba con las almohadas. —Se volvió un poco entre sus brazos—. Las visitas de mamá allí eran tema de discusión con Jay Mac, porque él temía que contrajese alguna enfermedad. Creyó que dándole dinero para sus obras de caridad la mantendría apartada, pero de todas formas ella

siempre lo entregaba en persona y se quedaba a cuidar a los enfermos. Seguro que a mamá no le resultaba fácil contrariar a Jay Mac, pero durante años lo hizo una vez a la semana.

—Y te llevaba consigo.

Mary asintió.

—Todas las semanas.

—Hasta que entraste en la orden; entonces dejó de ir.

Mary alzó la cabeza y lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Es sólo una suposición.

«No: es más que eso», pensó ella. Ryder tenía la extraordinaria capacidad de escucharla y de oír más de lo que ella decía, como un eco más claro y más fuerte que su propia voz. Despacio, dijo:

—Supongo que como ya estaba yo allí, no sentía la necesidad de ir con tanta frecuencia. —Volvió a apoyar la cabeza sobre el hombro de Ryder—. Mamá iba a ser monja, ¿sabes? El hábito que yo llevaba cuando fui a verte a la prisión militar no era mío: era de ella. Pero nunca me contó que en tiempos hubiese imaginado esas intenciones.

—¿No?

—No. Pero no da la impresión de que se arrepienta de vivir con mi padre.

—Quizá sea porque no se arrepiente.

Mary se quedó callada largo rato, pensando.

—Tienes razón —dijo al fin—. Mamá no se arrepiente de las opciones

que ha tomado, pero tampoco ha terminado de abandonar su sueño.

—Su sueño te lo pasó a ti.

—Me lo impuso.

Incluso a los oídos de Mary, su voz le sonó áspera e implacable.

—¿Tú no querías ir al hospital con ella? —preguntó Ryder.

No era tan sencillo responder un «sí» o un «no». Mary dejó que Ryder le cogiera la mano. Sus largos dedos se entrelazaron con los suyos mientras, con la mirada perdida, ella sólo veía los recuerdos de su mente. En voz baja, dijo:

—Me interesaba el hospital, pero las hermanas me fascinaban. Se movían con tanta elegancia y resolución, y eran tal misterio para mí. Delicadas, amables, activas, reservadas. Entonces yo no entendía su reserva; creía que era algo propio del hábito. Tardé años en darme cuenta de que miraban mal a mí madre. Era una ramera, ¿sabes? Al menos, así la consideraban ellas. Y yo era su hija bastarda. —Esbozó el rictus de una sonrisa, y las lágrimas rodaron por sus mejillas, aunque en seguida las contuvo—. Desde que era la querida de mi padre, mi madre no iba a misa pero aguantaba la censura semanal de aquellas monjas.

—¿Para ayudar a los demás?

—Para compensar la opción que había tomado. En cierto modo, yo formaba parte de aquello y acepté unos planes que nunca fueron exactamente los míos. Me satisfacía ayudar a los demás, y también me fascinaban las monjas, pero lo cierto es que si mi madre hubiera ido a un hipódromo una vez por semana, a mí aquello me habría gustado igual.

Sintió que los dedos de Ryder apretaban los suyos.

—Yo quería estar con ella, eso es todo. —Soltó una breve risa desprovista de humor y meneó la cabeza—. Qué egoísta.

Ryder la reprendió:

—Mary, no creo...

Ella lo interrumpió.

—No, es la verdad. Fui la primogénita, y durante un tiempo la tuve sólo para mí. Yo fui la primera Mary; luego llegaron las demás y tuve que compartirla, igual que mi nombre. —Sentía como si de su corazón se derramara veneno—. El rato del hospital era muy especial para mí. Sabía que le gustaba tenerme allí con ella, y nunca llevaba a ninguna de mis hermanas; creo que si alguna vez hubieran mostrado interés por ir, yo tal vez habría llegado hasta a amenazarlas. Éramos sólo mamá y yo. Sí, tenía que compartirla con los pacientes, pero eso no era tan difícil, porque le gustaba que yo la ayudara...

Mary inspiró un seco y doloroso aliento, y habló en voz tan baja que Ryder tuvo que esforzarse para oírla.

—Y cuando yo iba detrás de las hermanas, veía que eso le gustaba más todavía. —Le soltó la mano y se incorporó, tirando de la manta para taparse los pechos—. No soy demasiado buena persona, Ryder. Creo que siempre he sido una farsante. Desde luego, he sido una embustera.

Él alzó la mano y le tocó la mejilla; tenía un húmedo mechón de pelo pegado y se lo apartó.

—Eres demasiado dura contigo misma, Mary.

Ella meneó la cabeza.

—No, soy...

—Nadie espera tanto de ti como tú. Si eres una impostora, eres una impostora absolutamente buena. Los años que has pasado al servicio de tu Señor no han sido una simulación: has ayudado a los demás y has sido generosa con tu espíritu. Has defendido a los que no tenían voz y has atendido a los necesitados. No has vivido una mentira. Eres compasiva, fervorosa, llena de confianza, serena. Sí, eres todo eso.

Ella quiso creerlo y, además, quiso que él creyera lo que decía. Ryder la vio luchar en su interior y vio la duda que afloraba a sus ojos. Entonces se incorporó, se recostó en la pared de piedra que tenían detrás y atrajo a Mary a sus brazos. Ella se hizo un ovillo contra él, con las rodillas arrimadas al pecho; como la noche de su primer encuentro, encajaba a la perfección en su abrazo. Ryder dijo:

—Nuestros caminos no se habrían cruzado si hubieras tomado otras decisiones en tu vida, y soy tan egoísta como para reconocer que me satisfacen las que has tomado. —Cerró los ojos y apoyó la mejilla en su pelo—. Me agrada pensar que Dios te reservaba para mí. Dios sabe que me has salvado.

La llorosa sonrisa de Mary se ocultó tras los nudillos que apretaba contra su boca. Acurrucada en la seguridad de los brazos de Ryder, se durmió con el sueño profundo y tranquilo de un niño.

—Háblame de Anna Leigh.

Mary dejó de fingir que leía, cerró el libro y lo dejó de nuevo en la cesta. Ryder estaba sentado en el borde del altillo. Se había colocado el asa de cuerda del cubo sobre el pie, y subía y bajaba el pesado cubo de madera para fortalecerse así la pierna herida; unas gotas de sudor le cubrieron el labio superior mientras se esforzaba por subirlo otra vez.

—Creo que haces demasiado —dijo ella—. Deja eso y háblame de Anna Leigh.

Él se detuvo un instante con el cubo suspendido en el aire, e ignoró por completo su mirada de desaprobación.

—Eres mandona.

—Mis hermanas dicen lo mismo, y siempre me ha dado igual.

Como parecía que él no iba a hacerle más caso que ella a sus hermanas, Mary pasó a la acción. Antes de que él adivinase lo que se proponía, saltó del sillón, le quitó el cubo del pie y tiró el agua otra vez a la poza. Luego, con el recipiente abrazado para mantenerlo fuera de su alcance, regresó al sillón de orejas.

—Ya me darás las gracias después.

Ryder estaba seguro de eso. Según sus cálculos, llevaba unos tres días ejercitando la pierna para recuperar su forma física. Aquélla era su segunda sesión de la jornada, y le bastó ponerse en pie para saber que se había excedido. Le dolía la pierna y fue cojeando hasta la mecedora, y tener que cojear delante de Mary no hizo sino aumentar el dolor. Mientras se sentaba con cuidado, dijo:

—Ese aire de vanidad no siempre te favorece.

—Como sí mí aspecto me importara ni un tanto así. —Ella chasqueó los dedos para subrayar su opinión.

Él pensó que era verdad: Mary rara vez se preocupaba por su apariencia. No hacía gestos ensayados ni expresiones calculadas, y aunque en sus facciones solía haber un aire de serenidad, también mostraba a veces una encantadora animación. En aquel preciso instante, su expresión era agria sin paliativos.

—De acuerdo. —Ryder estiró la pierna y se dio un ligero masaje en la herida por encima de los pantalones—. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué estaba contigo la señorita Hamilton, para empezar?

—¿Quieres decir por qué acompañaba a la tropa, o por qué estaba conmigo?

Si eso era posible, Mary frunció la boca una pizca más. Luego suspiró con impaciencia, como si la pregunta fuera irracional.

—Las dos cosas —contestó secamente.

—Bueno, si preguntases las cosas con claridad...

Su comentario no le provocó una sonrisa, y por fin tuvo que reconocer que Mary estaba muy seria. Se preguntó qué habría estado pasando por aquella cabeza. Debía de llevar más de una semana meditando sobre algún aspecto de la cuestión.

—Anna Leigh acompañó a la tropa porque su padre insistió en que así fuera. En su momento, creí que, en parte, sólo pretendía demostrarme que hacía lo que quería. Tuvimos una discrepancia la noche anterior a la

partida de los carromatos, y quiso demostrarme que me llevaba ventaja.

—¿Qué clase de discrepancia?

—Ella me deseaba, y yo no quise nada con ella. No fui amable.

Mary no quiso saber los detalles.

—¿La humillaste?

Él asintió.

—Y ella me dijo que pensaba acompañarnos al día siguiente. Creí que era una decisión tomada sobre la marcha, pero desde entonces me pregunto si tal vez no lo llevaba planeando desde el principio.

—¿Por qué?

—Bueno, su padre fue inflexible con lo de que fuera con los carromatos. Aunque el general Gardner y yo le expusimos los peligros, él insistió.

—Qué raro, ¿no te parece?

—Anna Leigh estaba muy acostumbrada a conseguir lo que quería, y creo que la tradición empezaba con su querido papá. —Siguió frotándose la pierna con gesto distraído—. A la mañana siguiente no me acerqué a ella, pero cuando le comuniqué al teniente que presentía peligro, él me ordenó que me la llevara. Me vi obligado a cumplir sus órdenes, pero ella sabía que no la quería a mi lado. Me entorpeció la subida a la cumbre, y ya una vez arriba, insistió en detenerse para beber. El problema era que quería mi cantimplora: se quejaba de que su agua estaba contaminada. Pensé que era otra táctica para retrasarme y hacer que le prestara atención, de modo que intercambié la cantimplora con

ella y bebí un poco de la suya para demostrar que estaba mintiendo.

Mary entornó un poco los ojos.

—¿Y no mentía?

—No —respondió él en tono brusco—: en eso decía la verdad. No sé qué era lo que tenía su agua, pero me tumbó. Es probable que a ella la hubiera matado sólo con que hubiera bebido poco más de un sorbo.

—Dudo mucho que bebiera —dijo Mary con franqueza.

—Pero ¿cómo iba a saber que el agua estaba mala si no la probó?

Mary se arrellanó en el sillón.

—Porque fue ella quien la envenenó, desde luego.

Capítulo 12

Ryder pensó unos instantes la conclusión de Mary y al fin preguntó:

—¿Crees que Anna Leigh envenenó a propósito su agua? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué pretendía conseguir con eso?

Mary abrió más los ojos.

—¿Además de vengarse?

Él asintió.

—¡Santo cielo! Empiezo a admirar cada vez más a la señorita Anna Leigh Hamilton. Si tengo razón, es muy buena en lo suyo. —Se inclinó hacia delante y adoptó un tono paciente—. Envenenó el agua justo para conseguir un fin: lo que ocurrió.

—¿Para tener oportunidad de acusarme de violación?

Mary meneó la cabeza.

—Ese ha sido tu error desde el principio: convertir las razones de Anna Leigh en algo demasiado personal. ¿Qué ocurre si te paras a pensar que tenía un objetivo mayor?

No tuvo que esperar mucho para ver que Ryder hacía todas las conexiones que ya había hecho ella. La intensidad de su pensamiento se le reflejó en los ojos.

—Exacto —afirmó satisfecha—: ella fue el elemento de distracción.

Nadie esperaría que Anna Leigh fuera a arrancarte de tu deber; desde luego, ni siquiera la misma Anna Leigh, y menos tras su experiencia contigo la noche anterior. Por eso puso algún tipo de droga en el agua.

—No podía saber que yo la bebería.

Mary comprendió que el orgullo lo hacía resistirse a admitir su explicación.

—Perdona, Ryder, pero creo que sí. Anna Leigh contaba con que ya habías decidido que ella era caprichosa y manipuladora. No tenía más que emplear esas mismas características para hacerte creer que mentía sobre el agua... y funcionó.

Con una media sonrisa arrepentida, Ryder fijó la mirada en la pared de enfrente. Pensó en cuánto de sí mismo le había revelado a Anna Leigh la noche anterior al ataque del cañón Colter. Le había demostrado que no soportaba a los imbéciles, que incluso estaba dispuesto a humillar para demostrar que tenía razón, y, además, que los ardides femeninos lo exasperaban. Anna Leigh Hamilton no tuvo que pensar en cómo embaucarlo: él mismo se construyó la trampa. Soltó una leve risa, sin rastro de humor, y comentó:

—Yo le enseñé lo que tenía que hacer.

Mary sonrió con dulzura.

—Probablemente no sirva de mucho consuelo, pero supongo que no eres el primer hombre al que engaña tan por completo.

—Sí, no me sirve de consuelo en absoluto.

—Entonces, ¿qué te parece esto? A lo mejor estoy equivocada.

Él la miró.

—¿Me has convencido de una cosa y ahora quieres que cambie de parecer?

—Es que no hay pruebas —repuso ella—. Lo único que te digo es que siempre ha sido tu palabra contra la suya.

—Había un poquito más que su palabra —dijo él—. Anna Leigh se presentó con la blusa desgarrada y unos cuantos arañazos y magulladuras. Aunque valiera de poco, era una prueba a su favor, y, además, eso parecía explicar mi ausencia durante el ataque.

—¿Recuerdas algo?

—Después de beber el agua, no mucho. Me puse mal casi al instante y perdí el conocimiento poco después. Cuando volví en mí, todo había pasado. Anna Leigh había empezado a desandar el camino, y el teniente Rivers y el soldado Carr la encontraron. Ellos me sacaron a rastras del cobijo donde estaba y me sentaron en una silla de montar. Antes de comprender las acusaciones, estaba encadenado.

—Así que el juicio se centró en torno a una suposición, que fuiste negligente en el cumplimiento del deber, en lugar de considerar que pudiste verte impedido de cumplirlo. ¿Fue así como se presentó?

—Exactamente. Anna Leigh contó su historia y ya nadie quiso oír más.

—Debiste de tener defensores.

Él asintió.

—Casi todos testigos de mi buen carácter, pero no hubo nadie que

rebatiera en realidad el relato de Anna Leigh. La acusación encontró un par de exploradores que me habían visto con ella la noche anterior.

Se calló un momento al recordar cómo había llevado a Anna Leigh a una zona apartada del recinto, cómo la había obligado a retroceder hasta la pared de los barracones de los soldados como si fuera una ramera, y cómo ella se marchó airada al darse cuenta de que no la deseaba. Ryder sabía lo que la escena debió de parecerles a los testigos; no tuvieron que mentir.

—Su declaración fue muy perjudicial —añadió en voz baja.

—¿Rosario?

—Fue uno de ellos, pero dijo la verdad de lo que vio. No tuvo que añadir detalles para proporcionar argumentos contra mí.

—Entonces tendremos que encontrar una prueba que anule el caso.

—Eso sería el oro.

—Quizá. —Mary apoyó la barbilla en la palma de la mano, pensando —. Si suponemos que el papel de Anna Leigh en tu condena fue algo más que la forma de obtener una pequeña venganza, contamos con una pista que no teníamos antes. Buscar el oro no tiene por qué llevarnos hasta la gente que organizó y realizó el ataque, pero seguir a Anna Leigh tal vez nos lleve hasta el oro.

—Hace mucho que Anna Leigh Hamilton se marchó del territorio de Arizona —dijo Ryder—. Se fue con su padre, después de prestar declaración.

—Entonces quizá el oro se fue con ella.

Ryder no parecía estar convencido, y Mary se esforzó más.

—Hemos estudiado detenidamente los mapas como si contuvieran la respuesta. Quizá la tuvieran en su momento, pero ahora, después de tantos meses del asalto, tal vez hayan trasladado el oro.

—Mary —dijo él con paciencia, como si ella no hubiera entendido lo que le había dicho antes—: Anna Leigh está en Washington con su padre.

—¿Y qué? Pues tendremos que ir a Washington.

Dicho así, parecía muy sencillo, y Ryder tuvo la impresión de que a él le correspondía señalar los obstáculos que se interponían en el camino.

—Esta gruta es segura —empezó.

—No podemos quedarnos aquí siempre, tú mismo lo has dicho.

—Pensaba que nos trasladásemos a algún lugar de estas colinas, no a la bahía de Chesapeake.

—Eso era cuando aún creías que encontrarías el oro. —Mary se inclinó sobre el sillón de orejas para sacar los mapas que estaban guardados debajo y se los pasó para subrayar su punto de vista—. Has comprobado cada centímetro, olvidando una cosa: quizá Joe Panamá supiera buscar oro y plata, pero estos mapas no los dibujó para buscar tesoros escondidos. Ese de abajo es de esta gruta, ¿verdad?

A Ryder no le sorprendió que lo hubiera averiguado. En voz baja dijo:

—Eres muy buena.

Pudo haberlo abandonado en cualquier momento mientras estaba

enfermo, y sin embargo eligió quedarse a cuidar de él.

—De modo que sabes dónde estamos.

Ella asintió.

—En el cañón Colter.

—Bastante cerca.

—¿Crees que trajeron el oro aquí?

—No a esta gruta, sino a algún sitio muy próximo. He explorado casi toda la zona, pero ya no hay rastro que seguir. Si el oro está aquí, nadie ha venido a buscarlo; si no está, se lo llevaron en los meses posteriores al ataque.

—Mientras te juzgaban. Otra maniobra de distracción. —Se inclinó hacia delante y continuó en tono grave—: Tiene que haber alguien que pueda ayudarnos.

Ryder evitó discutir la reiterada suposición de Mary de que el problema de él era también suyo; eso lo dejaría para más tarde. Con pesar dijo:

—No sé.

—¿Florence Gardner?

Él negó con la cabeza.

—No voy a pedírselo.

Mary admitió su firmeza en aquel punto.

—Muy bien. ¿Y Wilson Stillwell? —Alzó la mano para rechazar sus reparos—. Deja que acabe de hablar, Ryder. Tal vez no sientas demasiado aprecio por ese hombre, pero es tu tío, y, además, senador.

Vino de Washington para asistir a tu juicio; eso dice algo sobre su compromiso con la familia.

—No quería que lo pusiera en una situación comprometida, por eso hizo el viaje.

Mary ignoró su comentario.

—No sé la historia entre vosotros dos, pero su situación le permite ayudarte. Si te niegas a pedirle nada, tu orgullo hará que pagues un precio terrible.

Ryder permaneció en silencio; un frío de escarcha había vuelto a aparecer en sus pálidos ojos.

—Si conseguimos llegar a Washington, ¿le pedirás ayuda?

Fue su modo de expresar la pregunta lo que hizo que él bajara la guardia.

—Sí —respondió—. Si conseguimos llegar a Washington.

—Entonces está decidido —repuso ella satisfecha—. Bien.

Se levantó mientras estiraba los brazos y bostezaba abiertamente. Sin dejar de observarla, Ryder enrolló los mapas y les dio un ligero golpecito en el brazo de la mecedora. Por lo que a él se refería, no había nada decidido.

—Más vale que expliques qué quieres decir.

Ella se tapó la boca para contener otro bostezo. ¿Qué era lo que no entendía?

—Pues que tan pronto como estés lo bastante bien para viajar, partiremos con rumbo a Washington: no sé decirlo más claro.

—Vas a tener que hacerlo —dijo él—. ¿Cómo propones que lleguemos allí? ¿Caminando?

Mary se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Claro que no: tomaremos el tren. —Vio que seguía mirándola con extrañeza y se dio cuenta de que él seguía sin saber cómo lo harían. Probablemente pensaba que necesitarían dinero—. Northeast Rail atraviesa toda esta región... y mi padre es el dueño de Northeast Rail.

En aquel momento, Ryder dejó caer los mapas enrollados al suelo y se puso de pie.

—Rotundamente no.

Mary se estremeció al oír su tono. Cuando se recuperó de la sorpresa, preguntó con calma:

—¿Por qué no?

—No.

Aquello no era una respuesta.

—Es decisión mía, ¿no?

—Tú eres mi esposa.

Ella pasó por alto el comentario.

—Sigue siendo decisión mía. Ellos son mi familia.

—También son *mi* familia.

Sus palabras la hicieron recapacitar un poco. De repente, se dio cuenta de que no estaba enfocando el problema desde el punto de vista de Ryder. Él le había dicho que en la cultura chiricahua el papel del yerno era proveer... y ella le sugería un desafío a la tradición.

—Estaba despistada —dijo al fin—. No me daba cuenta de lo que eso supondría para ti. Eso cambia las cosas.

—Bien —concluyó él—; ahora sí que está decidido.

Ella asintió.

—Voy a divorciarme de ti.

Ryder echó atrás la cabeza como si lo hubieran golpeado.

—No lo harás.

Pero Mary se dirigía ya hacia el baúl. Una vez allí, levantó la tapa y empezó a reunir su ropa.

—¿No dijiste que no tenía más que dejar tus cosas fuera?

Hurgó entre sus pertenencias con la determinación de un cachorro desenterrando un hueso.

—¿Las dejo en el túnel, o las dejo caer en la boca de la cueva al salir? —Se zafó de la mano que Ryder le puso en el hombro y siguió recogiendo—. No quiero que haya la menor duda respecto a mis intenciones.

—Mary, no puedes divorciarte de mí sin motivo alguno —dijo él.

Ella se detuvo el tiempo suficiente para echarle una mirada de reojo.

—Ya que no crees que salvar tu vida sea un buen motivo, deja que te dé otro: eres irritante. —Se puso manos a la obra de nuevo—. Y no te atrevas a sonreír a mis espaldas; no hago esto para divertirte.

Ryder recogió la ropa que ella había reunido y volvió a meterla en el baúl.

—Aguanto más que tú —le dijo.

Mary convirtió su boca en una línea mientras clavaba los ojos en el trabajo que él había deshecho.

—Está bien —dijo—. No me divorciaré de ti.

Se puso de pie y empezó a desabrocharse la camisa. Aunque Ryder no cambió de expresión, soltó un suspiro.

—¿Qué haces ahora?

Con una mirada desafiante, Mary siguió soltando botones.

—Antes, cuando querías que no huyese, me hacías estar desnuda; me limito a anticiparme a tus órdenes.

—¿Quién es irritante ahora? —preguntó él—. Y lo haces a propósito.

Mary se encogió de hombros, y la camisa se le resbaló del hombro derecho. Sin hacer caso, se quitó el cinturón que le sostenía los pantalones y se lo lanzó a Ryder.

—Por si quieres atarme...

Lo que él quería era amordazarla. Sin darse cuenta, enroscó un extremo del cinturón de tela en cada puño y dio un tirón hasta tensarlo.

—O estrangularme —añadió ella, al observar aquel gesto amenazador.

Ryder bajó la vista hacia sus manos y vio lo que había hecho; entonces soltó las puntas y tiró el pañuelo con gesto impaciente. Mary comprendió que estaba metiéndolo en una batalla que él no quería librar, pero sin preocuparse por las consecuencias, se zafó de los pantalones con dos sacudidas. Luego echó los brazos hacia atrás para dejar resbalar la camisa.

—Y bien, Ryder, esto es lo que quieres, ¿no?

Fue como si un relámpago le incendiara los ojos. No apartó la vista de la cara de Mary y actuó sin revelar sus intenciones, pero de un amplio movimiento, la levantó y se la echó al hombro. Por un instante, ella se quedó sin aliento; cuando reaccionó le aporreó el trasero. Entonces, él le dio una palmada en el suyo. La sorpresa la mantuvo callada.

Aquel bendito silencio casi lo hizo cambiar de opinión, pero ya estaba en la poza. Ella intentó agarrarse a él cuando su intención se hizo evidente. Se le aferró a los hombros y a los brazos, pero Ryder se la despegó, la echó al agua helada y dio un salto atrás para esquivar las salpicaduras. Ya se alejaba cuando Mary salió a la superficie; se sacudió y con los nudillos se quitó el líquido de los ojos. Cuando vio con claridad, le lanzó una mirada asesina.

—¡Bastardo!

Ryder se sentó en el sillón de orejas y extendió las piernas; tenía una oscura ceja levantada.

—Quédate ahí hasta que te calmes.

Ni en broma iba a hacerle caso, salió a pulso. El agua helada le había erizado la piel, y los dientes empezaban a castañetearle. Con retraso, se dio cuenta de que Ryder tenía otra razón para echarla al agua y le lanzó una furiosa mirada mientras tendía la mano para coger una manta con que taparse.

—¿Satisfecho? —preguntó mientras se la ponía alrededor. A él no le costó trabajo reparar en la trampa que contenía la pregunta. Señaló el

altillo y dijo:

—Siéntate. Allí.

Mary se dio cuenta de que insistía en poner cierta distancia entre ellos.

—¿Te preocupa mí seguridad o la tuya?

—Siéntate, Mary. Ya.

Ella se sentó, y entre ellos creció el silencio hasta volverse casi tangible. Mary se negó a dejar que se le notara lo difícil que le resultaba enfrentarse a la mirada de Ryder.

—Cuéntame tu plan —dijo él al fin.

Ella respiró hondo y soltó el aire despacio.

—No puedes mantenerme aquí, Ryder, o al menos, no fácilmente. Voy a dejarte y a volver con mi familia, y no es una amenaza vana. He estudiado esos mapas tanto como tú y ya sé salir de la gruta. El viaje de vuelta a Fuerte Union es más sencillo de lo que creía; tú debiste de tomar la ruta más indirecta imaginable al escapar de la prisión.

Ryder admitió la verdad de sus palabras con un leve movimiento de cabeza, y Mary se remetió mejor la punta de la manta entre los pechos.

—Más vale que estés dispuesto a hacerme tu prisionera otra vez, porque se ha acabado lo de ser tu esposa.

Su voz clara y firme no dejó ninguna duda de que hablaba en serio. La manta que había cogido gracias a la artimaña de Ryder empezaba a parecer más bien una armadura. Entonces él dijo:

—No me refería tanto a tu plan de abandonarme como a tu plan de

que nos fuéramos juntos.

—Ah.

Ryder cruzó los tobillos y los brazos.

—Ah —repitió él con suavidad—. Estoy dispuesto a escuchar.

Mary se escurrió un poco de agua del pelo y, con los dedos, se lo desenredó.

—Rennie y Jarret están trabajando en las minas Holland, de modo que es más lógico ir allá que intentar establecer contacto en Fuerte Union. Con su ayuda, llegaremos a la estación de tren de Tucson, donde estarán los vagones privados. Allí está el que usamos mí madre y yo para venir al Oeste, y estoy segura de que mi padre ha traído otro. Rennie y Jarret tienen uno más para uso propio, de modo que sólo tenemos que pedir que uno de ellos nos lleve a Washington. Rennie se encarga de todas las operaciones de la Northeast Rail en esta zona, así que lo arreglará sin problema.

—Si es que quiere.

—Querrá —aseguró Mary con serena confianza.

—Entonces no tendríamos que pedirle permiso a tu padre.

—No. ¿Eso lo hace más aceptable?

Ryder tuvo que reconocer que sí.

—A lo mejor funcionaría.

—Aún tendrías que pedir ayuda a tu tío. Necesitaremos un lugar donde quedarnos además de colaboración para buscar a Anna Leigh, y el senador Stillwell nos sería de gran ayuda.

—Queda pendiente un detalle: todavía tenemos que llegar a las minas Holland —le recordó él.

Más tarde pensaría en su tío. Mary estaba tan segura de la ayuda de su familia que ni se le ocurría que tal vez no recibieran ayuda por parte de la familia de él.

—Por todo este territorio hay soldados que nos buscan; eso no ha cambiado. Fue un riesgo llevarte al campamento chiricahua, pero éste es aún mayor: atravesaremos más campo abierto, y habrá que hacerlo a pie. —Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas—. Además, es posible que todo sea para nada, Mary. ¿Lo has pensado? Tal vez Anna Leigh Hamilton no sea la clave.

Aunque ya lo había tenido en cuenta, ella se limitó a decir:

—Pues no tengo más ideas. Pero siempre es mejor marchar en dirección equivocada que no tener ninguna dirección.

Se fueron dos días después, pero como calcularon mal el momento de la salida, tuvieron que esperar, impacientes, en la boca de la gruta a que anocheciera. Mary llevaba puestos unos pantalones, una camisa de batista azul y un pañuelo atado en torno a la frente, además de los mocasines de punta curvada sujetos a las rodillas. Ryder vestía el uniforme con el que había huido. Viajaban ligeros: nada de mantas ni mudas de ropa. Él llevaba un rifle en la mano y un Cok al cinto; colgadas al hombro, las alforjas con más munición, los mapas, medicamentos,

vendas y una turquesa pulida. Mary llevaba la cantimplora con la correa cruzada en el pecho, y en el bolsillo del mocasín derecho guardaba un cuchillo.

Recorrieron el camino a mitad del ritmo normal de marcha de Ryder. A él le maravillaba la resistencia de Mary, pero no podía rivalizar con la suya. Aunque de vez en cuando la reciente herida le molestaba, tenía que reducir la velocidad para que ella no se quedara atrás.

Ella no se quejó ni desperdició aliento haciendo preguntas. Tenía absoluta confianza en él, y para Ryder eso era, al mismo tiempo, una bendición y una carga.

Caminaron toda la noche sin descansar más que para beber. Sólo cuando fue evidente que estaba amaneciendo, Ryder indicó con un gesto que se detenían.

Mary miró a su alrededor buscando sombra y la vio en el estrecho hueco natural de una de las rojas peñas; al instante se dispuso a ir hacia allí, pero Ryder le dijo:

—No.

Ella se detuvo y miró por encima del hombro.

—Allí hay sombra, hará más fresco...

—Los apaches no descansan a la sombra: es muy predecible. Descansaremos ahí, entre esos mezquites y esas yucas.

Sin discutir, Mary dio media vuelta y lo siguió. Él volvió a sentir la tremenda responsabilidad de su confianza.

Al ponerse el sol, estaban de nuevo en marcha. Pocas horas más

tarde, una patrulla del fuerte les pasó a un centenar de metros, pero ni uno de los soldados miró hacia donde estaban. Mary y Ryder permanecieron ocultos en las rocas hasta que Ryder estuvo seguro de que el peligro había pasado. Mientras la ayudaba a levantarse, ella susurró:

—No estaban buscándonos.

La voz le sonó ronca, llevaba horas sin pronunciar palabra.

—Sólo era una patrulla de rutina, sin exploradores. No nos buscaban, pero les habría encantado tropezarse con nuestro rastro.

Mary se dio cuenta de que Ryder no había exagerado los peligros. Ajustó el paso al de él y buscó consuelo en la letanía de oraciones que le era familiar.

Cuando la luna fue subiendo, Ryder buscó agua. Mary rellenó las cantimploras y se refrescó la cara mientras él vigilaba; por el rabillo del ojo vislumbró su expresión inmóvil y atenta, como si estuviera listo para percibir hasta el más ligero cambio en la corriente de aire.

—Ya estoy —dijo.

Él extendió la mano y le tocó el pelo con las puntas de los dedos. Mary tenía las facciones tan absolutamente serenas y un aire tan plácido, que él tomó parte de su paz para sí mismo. Asintió con la cabeza y repuso:

—Por aquí.

Llegaron a las minas Holland cuando todavía estaba oscuro, pero no había forma de acercarse sin armar un alboroto. Las tiendas de campaña

estaban dispuestas cerca del camino que llevaba hasta la boca de la mina. Eran casi todas iguales y bastante corrientes, y en ninguna de ellas se veía luz. No había forma de saber sí en alguna se encontrarían Rennie, Jarret o algún otro miembro de la familia de Mary.

En el campamento no había nadie despierto. Un centinela estaba apostado cerca de la boca de la mina, pero tenía la cabeza colgando de lado, en una postura tan incómoda que Ryder y Mary dedujeron que estaba dormido. Una docena de caballos y burros se removían con desgana en el corral.

—¿Dónde están poniendo la vía férrea? —preguntó Ryder.

—Viene hacia el norte desde Tucson. Trabajan desde donde se termina un tramo para poder ir llevando víveres y maderos a medida que avanzan. Rennie ha mandado que nivelen y preparen esta zona —contestó ella en un susurro. Se masajeó la nuca y volvió despacio la cabeza—. Si Rennie y Jarret no están aquí, llegarán por la mañana; sólo tendremos que esperar.

Ryder había pensado lo mismo. Miró a su alrededor para calibrar la situación de nuevo y se aseguró de que nadie los viera desde el campamento. Por la mañana, cuando los mineros y los trabajadores de las vías empezaran a levantarse, él y Mary no podrían permitirse ser visibles.

Satisfecho, se reclinó en una roca y extendió las piernas. Luego dio unas palmaditas al suelo que tenía al lado y esperó a que Mary retrocediera para reunirse con él. Su cabeza encajó perfectamente la

curva de su hombro.

—Duerme —le dijo.

A ella los ojos ya se le cerraban, de modo que no necesitaba su amable orden. Esta vez no se quedó dormida poco a poco: el sueño la venció.

La mano de Ryder se relajó sobre el rifle que tenía al lado. Lo rodeaban sonidos nocturnos que le eran conocidos y habituales: el leve resoplar de los caballos en el corral, el crujir de los matorrales; la cadencia suave y regular de la respiración de Mary... También algunos animalillos, como el mochuelo y el mapache, que salían a investigar el fácil botín del campamento minero.

Ryder echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente el claro cielo nocturno. Después de tantas noches confinado en la gruta, el inmenso dosel de luz le proporcionó un enorme placer. Los cielos contenían las constelaciones que le había enseñado su padre, personajes de antiguas leyendas griegas y romanas, y también las estrellas de su educación chiricahua. Según el punto de vista, los mismos grupos de estrellas se prestaban a distintos mitos.

Ese era su destino, a la vez un don y una carga: estar en un lugar y asimilar dos perspectivas. En aquel momento, lo disfrutó como un regalo.

Mary despertó bruscamente. Abrió mucho los ojos por encima de la

mano que le apretaba con fuerza la boca y la nariz, pero su pánico se alivió al reconocer que era Ryder quien la sujetaba. Con el gesto de su cara le recomendaba silencio. Ella asintió levemente con la cabeza para comunicarle que comprendía. Ryder retiró la mano despacio. Con un dedo, señaló el suelo y luego a ella para indicarle que debía quedarse donde estaba. Mary lo miró sin acabar de comprender, pero accedió. Su expresión se volvió más preocupada cuando él se señaló a sí mismo y luego señaló el campamento. Después, se desembarazó de su chaqueta militar y se la dio, pero cuando ella fue a ponérsela en torno a los hombros, la detuvo. Con unos pocos gestos rápidos más le dijo que se sentara encima. A continuación, se apartó y se agachó tras la roca que les servía de refugio. Sintió que ella le tiraba del cinturón, pero no hizo caso. Cogió el rifle y lo levantó, no para disparar, sino para tenerlo preparado.

Los exploradores chiricahuas estaban en el corral. Ryder contó cuatro hombres que rodeaban a pie el recinto cercado. Los silenciosos y tranquilos movimientos de los intrusos no asustaban en absoluto a los caballos, pero a lo lejos, fuera de su campo visual, Ryder oyó el sonido más inquieto de otros caballos: el intranquilo arrastrar de unos cascos y la energía nerviosa de unos animales listos para emprender una descontrolada carrera. Calculó que el grupo constaría de una docena de guerreros más, que sólo aguardaban a que abrieran la cerca del corral para atacar.

Con cautela, salió de su escondite y fue bajando hacia el campamento. Los cuatro guerreros se disponían a abrir ya la cerca, y el

rifle era inútil en aquella situación. Si disparaba, despertaría al campamento minero, pero también provocaría una descarga de disparos procedentes de los guerreros que esperaban.

Entonces, ahuecó las manos en torno a la boca e imitó el grito del gran búho. Los cuatro asaltantes apaches se detuvieron en seco; aquel sonido era presagio de peligro y de muerte, y así lo reconocieron al detenerse en su tarea. Ryder volvió a soltar el grito, esta vez más bajo, reflejando la inquietante ferocidad de la rapaz nocturna. Luego, alzó el rifle por encima de la cabeza y se puso de pie.

Los asaltantes, a quienes el grito del cazador nocturno había puesto muy en guardia, vieron salir a Ryder de su escondite como si se levantara del suelo y sintieron una súbita oleada de temor. Al instante, su miedo se transmitió a los animales, y los caballos y los burros empezaron a resoplar y a rebuznar. Sin dejar de mantener el arma sobre la cabeza, Ryder se acercó rápidamente al corral antes de que los inquietos animales despertaran al centinela del campamento o alertaran a los guerreros que estaban más lejos.

Mientras lo observaba cruzar con paso resuelto el campo abierto, Mary tenía el corazón en la garganta, y en ese instante se le ocurrió una idea ridícula: que aquél era un buen lugar para su corazón, porque así no emitiría ni un sonido. De hecho, descubrió que sólo volvía a respirar cuando él llegó sin novedad al corral.

Resultaba angustioso asistir a la acción sin tener papel en ella. Vio que Ryder hablaba con los asaltantes al tiempo que los iba apartando de

la cerca, y observó que los animales se tranquilizaban y que el silencio regresaba al campamento mientras Ryder y los indios desaparecían en la oscuridad de la noche.

Pasaron los minutos sin que él apareciera de nuevo. A Mary le dolían las piernas de estar en cuclillas, y su promesa de quedarse donde estaba le desgarraba la conciencia. No estaba acostumbrada a no hacer nada, pero en aquel instante tampoco tenía una idea clara de lo que podía hacer.

Y de repente, en un segundo, la decisión ya no estaba en sus manos.

Ryder llevaba el rifle al costado. Ahora, rodeado por los guerreros, ya no le hacía falta sostenerlo sobre la cabeza. Después de discutir un poco con ellos, y de que ellos discutieran entre sí, lo condujeron hasta el resto del grupo que esperaban su señal.

No le costó trabajo distinguir al gran Gerónimo. Su ancha cara estaba surcada de profundas arrugas que el clima había tallado; más o menos como el sol y las tormentas tallaban la tierra. El medallón de plata que llevaba colgado de una correa de cuero brilló un segundo a la luz de la luna.

Cuando vio a Ryder, Gerónimo hizo avanzar su montura unos pasos y salió de la falange de nerviosos animales.

—Ryder —pronunció su nombre con una aspereza gutural que no podía confundirse con un saludo—, estás entrometiéndote.

—La familia de mi esposa tal vez se encuentre entre quienes pretendéis asesinar mientras duermen —dijo él.

El jefe chiricahua no se inmutó. Clavó los ojos en él con frialdad, indiferente ante aquella información.

—Naiche es mi hermano, y tú eres su hijo; por eso nadie se mueve para matarte. Vete, y olvidaremos esta intromisión en nuestros asuntos.

—Te traeré los caballos —dijo Ryder.

La boca de Gerónimo se redujo a una línea.

—Los animales eran nuestros, y has interrumpido el ataque.

—He detenido el derramamiento de sangre. —Ryder vio la verdad de sus palabras en los duros ojos de Gerónimo—. El padre de mi esposa es poderoso entre su gente como tú eres poderoso entre muchos. Habrá un fuerte castigo por tomar las vidas de sus seres queridos.

—La familia de tu esposa trae el caballo de hierro —dijo Gerónimo en tono solemne y serio.

Ryder sintió una presión en el pecho. Ignoraba que Gerónimo supiera que la familia de Mary estaba relacionada con el ferrocarril; eso no favorecía su posición a la hora de negociar.

—Sí —dijo.

—Tú eres un traidor a tu pueblo —afirmó el jefe.

Ryder sabía que Gerónimo se refería a los chiricahuas y repuso:

—Los jefes blancos dicen lo mismo, pero yo no he traicionado a nadie. Vivo en un solo mundo y permanezco fiel a todas las gentes, como soy fiel a mí mismo.

—¿Cómo lucharás esta noche? —preguntó Gerónimo—. ¿En qué lado?

—En mi propio lado —contestó Ryder, devolviéndole su fría mirada —. Lucharé contra ti para evitar más derramamiento de sangre y lucharé contra la gente de mi mujer para traerte los caballos.

Gerónimo se quedó callado un rato, sin apresurarse a tomar una decisión.

—Mi corazón está triste por ti —dijo al fin—, porque creo que no vives en ningún mundo y que no confías en nadie.

Se oyeron susurros entre los guerreros, que anticiparon la decisión de su caudillo.

—Tráenos los caballos —tras una brevísima pausa, Gerónimo pronunció el nombre de Ryder en lengua apache—, «El que cabalga el viento».

Ryder le dio las gracias con una ligera inclinación de cabeza antes de dar media vuelta. Siempre había sido consciente de la ironía del parecido entre su nombre cristiano[1]* y el chiricahua, pero en aquel momento la similitud le pareció más importante que nunca. Una vez más, estaba a caballo de dos culturas, y de dos vidas.

Regresó al corral solo. Trepó por encima de la cerca y se metió dentro de un salto. Tras apoyar el rifle en la madera, empezó a pasar una cuerda en torno a los caballos, y los ató todos juntos para que no se separaran al liberarlos. Como los manejaba con suavidad, los animales permanecían

---

[1] Ryder, como se llama el protagonista, suena como *rider.* En inglés, «jinete». *(N. de la t.)*

tranquilos. Los caballos se pusieron en fila dócilmente, y los burros, sumisos, se fueron a un rincón. Se disponía a levantar la cuerda que mantenía cerrada la puerta cuando lo detuvo el sonido de una voz conocida pero inesperada.

—No pienso dejar que lo hagas —aseguró Rosario en voz baja.

Ryder no soltó la cuerda, pero un mínimo gesto reveló su intención de coger el revólver. Entonces, Rosario salió de las sombras que proyectaba la cercana maquinaria de la mina y añadió:

—Y tampoco pienso dejar que hagas eso.

El explorador tonto se protegía tras el cuerpo de Mary, y tenía un cuchillo puesto en su garganta. Sin dejar traslucir su sobresalto, Ryder dejó caer la cuerda. Aunque Rosario le había hablado en inglés, se dirigió a él en el dialecto tonto del idioma apache.

—Suéltala —le ordenó—. Tú sólo me buscas a mí.

—Os cogeré a los dos.

—No cogerás nada. —Ryder casi escupió sus palabras—. Te escondes detrás de una mujer: no hay honor en eso.

Rosario se dio cuenta del truco: atacar su orgullo y obligarlo a entregar a su cautiva.

—Eso no significa nada viniendo de un hombre que no tiene honor —replicó en tono tenso.

La hoja del cuchillo ya no estaba fría en la garganta de Mary; el filo le hacía sangre, y ella notó el reguero en la piel. Estaba asustada y enfadada, pero cualquiera que la conociese podía darse cuenta de hacia

dónde se inclinaba la balanza de sus emociones.

—Por amor de Dios, hablad en inglés —espetó enojada—. Si no voy a salir de ésta, por lo menos que me entere de qué va la discusión.

Ryder no se inmutó, pero vio que el tono de voz y la vehemencia de Mary sorprendían a Rosario. El cuchillo se apretó más contra su garganta, y la hoja se hundió un poquito más peligrosamente.

Dirigiéndose a Mary, dijo:

—No quiere que suelte los caballos, y tampoco está dispuesto a liberarte a cambio de mi promesa de no soltarlos. —Miró más allá de ella, a Rosario—. Estás condenando a muerte a todos los que hay aquí.

Rosario ladeó la cabeza, pero no dijo nada.

—Has visto al grupo de guerreros, ¿verdad?

Rosario asintió:

—Menos de veinte hombres.

—Estúpido: Gerónimo va con ellos, y eso hace que valgan por cien. —Vio su desconcierto—. Y arrasarán este campamento si no les doy los caballos. No se salvará nadie, y menos, tú. Has tenido ocasión de coger al gran Gerónimo y, en lugar de eso, te conformas con el éxito fácil.

Mary sintió que la cólera de su captor aumentaba, y supo el momento en que la apartaría de un empujón para enfrentarse a Ryder. Aunque estaba preparada, el fuerte empellón la hizo caer de rodillas hacia delante, y al parar la caída se arañó las palmas de las manos en el suelo. Conteniendo el aliento, alzó la vista y vio que Ryder saltaba la cerca del corral para enfrentarse con Rosario.

Entonces, como pudo, se puso de pie y sacó el cuchillo que llevaba en el bolsillo del mocasín. Ryder y Rosario daban vueltas el uno en torno al otro; la sangre de Mary oscurecía el filo del cuchillo de Rosario. Ryder iba desarmado, salvo por el Colt, que le resultaba inútil, pues no quería dispararlo y provocar el baño de sangre que intentaba evitar con todas sus fuerzas. Mary arrojó su cuchillo al suelo, entre los dos.

Rosario era de pequeña estatura, ágil y rápido. Un pañuelo le sujetaba el largo pelo, negro como la noche, pero la cabellera se le arremolinó sobre la cara cuando trató de apuñalar a Ryder para impedir que recogiera el arma. Con facilidad, Ryder se apartó del peligro: hizo una finta a la izquierda, luego se lanzó a la derecha y agarró la empuñadura mientras daba una voltereta hacia delante.

Volvió a ponerse de pie sin dificultad, esta vez al otro lado de Rosario.

Ahora que Ryder estaba armado, Mary dio la espalda a los combatientes. Nada de lo que ella hiciera influiría en el resultado, pero en cambio podía salvar el campamento. Alzó la cuerda que sujetaba el poste de la puerta del corral y la abrió. Luego agarró el ronzal del primer caballo para acercárselo. Con un firme e imperioso tirón lo sacó fuera. Atados juntos como estaban, los demás animales no tuvieron más remedio que seguir detrás. Por el rabillo del ojo vio que el brazo de Rosario describía un amplio arco, y que Ryder esquivaba el golpe mortal... y siguió adelante.

No sabía adonde llevar los caballos, pero recordaba la dirección

aproximada que había tomado Ryder al irse del corral con los cuatro asaltantes chiricahuas, e imaginó, con razón, que ellos la encontrarían. De pronto, un grupo de seis jinetes la detuvo y le bloqueó el camino con sus animales. Encomendándose al cuidado y a la gracia de Dios, Mary miró directamente a los guerreros y mostró el ronzal en el puño cerrado.

—Son para ustedes.

Nadie se movió ni hizo el menor comentario; se limitaron a clavar los ojos en ella. Mary quedaba fuera de la esfera de su experiencia. La camisa y los pantalones le daban un aspecto que no estaban acostumbrados a ver en una mujer blanca, y sus curvados mocasines, similares a los que ellos llevaban, la identificaban como aquella con la que Ryder se había casado. Les maravillaba su corto cabello y también la expresión, extrañamente serena, con que se enfrentaba a ellos. No se encogía de pánico ni alzaba el puño en actitud desafiante. Si estaba asustada, había aprendido a aceptar el miedo y a absorber su fuerza para sí.

Entonces, un guerrero se adelantó.

—Es la esposa de «El que cabalga el viento».

Mary no comprendió lo que decía, pero le dio la impresión de que había un acuerdo general entre los demás guerreros.

—Estos caballos son un regalo para el gran Gerónimo. Mi marido y yo deseamos hacérselo.

El guerrero que se había adelantado alargó la mano para coger la cuerda de manos de Mary. Luego preguntó en inglés:

—¿Qué sabes tú de Gerónimo?

Mary se mantuvo firme, aunque era difícil con aquel caballo encima y aquellos hombres en una posición mucho más elevada que la suya.

—Sé que tiene la marca de un hombre poderoso —dijo con voz clara.

—¿Cómo sabes eso? —replicó el guerrero con voz grave y ronca.

—Porque sus enemigos lo temen y lo respetan a la vez.

El guerrero lo pensó un instante y luego tradujo las palabras a su grupo. Hubo otro murmullo general de acuerdo.

—¿Y se lo dirías si lo vieras?

Mary negó con la cabeza.

—El respeto y el temor cerrarían mi boca.

Esta vez, la traducción desató una profunda, sonora y retumbante risa.

—Un astuto zorro tendría que robarle la lengua para cerrarle la boca —soltó el guerrero en apache, riéndose de su propia gracia.

A Mary no le hizo falta entender el idioma para saber que era objeto de sus bromas. Era evidente que no tenían la menor intención de hacerle daño.

Una vez entregado el regalo, estaba deseando volver al corral, junto a Ryder.

—Debo irme —dijo—. Mi marido va...

—Va a tumbarte en sus rodillas y a darte una paliza.

Mary giró sobre sus talones al oír la voz de Ryder detrás de ella. Al instante, rodeó los caballos, se lanzó a sus brazos y le plantó unos

cuantos besos en la cara. Sin saber del todo lo que hacía, lo tanteó para ver si tenía heridas de pinchazos.

—Te juro que voy a hacerlo, Mary —dijo él entre dos besos—: voy a tumbarte en mis rodillas.

El guerrero que sostenía los caballos asintió en un gesto de aprobación y dio su opinión en apache.

Aún con la querida cara de Ryder entre las manos, Mary se apartó un poco.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Gerónimo dice que debería darte una paliza ahora para ahorrarme así años de tortura.

Ella parpadeó.

—¿Gerónimo...?

Soltó la cara de Ryder y se apresuró a volverse en dirección al grupo de guerreros. Ya se alejaban, y el gran hombre en persona guiaba los caballos capturados. Se lo quedó mirando, sobrecogida por haberlo visto tan de cerca, y entonces, asombrada de su propia temeridad, cerró los ojos y se santiguó.

Ryder la levantó y la estrechó en un fuerte y firme abrazo.

—No puedo perderte de vista ni un instante...

Luego le besó la frente, las mejillas, la oreja, susurrando contra su cabello:

—Gracias a Dios... Gracias a Dios...

Cuando la dejó en el suelo, ella preguntó:

—¿Eso significa que no vas a darme una paliza?

La luz de la luna le destacaba la boca, y a Ryder no le costó trabajo decidir lo que iba a hacer: besarla. Mary se entregó, olvidando todas sus preguntas y perdiéndose en el sabor y la textura de aquel beso.

—Oh —dijo, un poco aturdida, cuando él alzó la cabeza—. Oh, Dios...

Ryder sonrió.

—Lo tomaré como un cumplido.

Su irónico tono de voz bastó para serenarla. Retrocedió y volvió la vista hacia el campamento minero.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó. Puesto que Ryder estaba vivo, sólo cabía una respuesta... que no fue la que él le dio.

—Rosario está atado como un ternero al que van a marcar.

Los ojos color verde selva de Mary reflejaron su asombro.

—¿No lo has matado?

—Todavía no. Jarret está decidiendo su suerte.

—¡Jarret! Entonces él y Rennie sí estaban en el campamento.

Ryder asintió.

—Probablemente nunca sabrá qué lo ha hecho dejar el catre para salir a echar un vistazo, pero si he salvado la vida, es gracias a él mucho más que a mí.

Mary intentó comprender la situación sin perder detalle.

—¿Se ha despertado todo el campamento?

—No, sólo Jarret. Hasta el centinela sigue durmiendo. Y Jarret quiere matarlo, a él todavía más que a Rosario. —Sacó un pañuelo del bolsillo y

mojó una punta. Luego le levantó la barbilla y le limpió el fino rastro de sangre del cuello—. Jarret ha golpeado a Rosario con la culata de su Colt y lo ha echado en una de las vagonetas, después lo hemos llevado a la mina, y a continuación he venido a por ti. Jarret iba a dejar a Rosario en uno de los pozos abandonados hasta que nos escapemos; si te ve la sangre del cuello tal vez lo eche pozo abajo, sin más.

Aunque lo decía risueño, Mary sabía que hablaba en serio. Imaginó que la llegada de Jarret también había tenido mucho que ver con que Rosario salvara la vida. El sombrío aspecto de los ojos de Ryder le dijo que habría matado al explorador por lo que le había hecho a ella.

—Estoy bien, de verdad. —Sujetó la muñeca de Ryder, lo obligó a dejar de atenderla y, con suavidad, le apartó la mano; era importante que supiera la verdad—. Rosario salió de detrás de mí cuando fuiste al corral. Yo no me he metido en líos.

—Te creo.

Y así era. Lo más probable era que Rosario los hubiera seguido a cierta distancia desde que salieron de la cueva, y Ryder se echó la culpa por no ser más observador. Volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo y la cogió de la mano.

—Vámonos, Jarret nos espera. Ha pensado en un sitio donde escondernos.

El escondite de Jarret resultó ser la misma parte abandonada de la mina donde tenía prisionero a Rosario. Mientras los llevaba hasta un lugar más recóndito, la luz de su antorcha parpadeó sobre el explorador

inconsciente, y Mary vio que había pocas probabilidades de que Rosario, atado y amordazado, fuera a despertar pronto. Entonces le dijo a su cuñado:

—No irás a dejarlo morir... —Como él no le respondió, le tiró de la camisa—. Jarret, no me ignores.

—Como si pudiera...

Jarret se detuvo al llegar al final del pozo horizontal. Metió la antorcha en una hendidura que había entre los postes de madera y la pared de piedra y, sin rodeos, dijo:

—No, no lo dejaré morir, pero ha de quedarse aquí hasta que decidamos qué pasará con vosotros dos. —Señaló las mantas, que ya había extendido en el suelo—. Es lo mejor que he podido hacer en tan poco tiempo; no os esperábamos, precisamente.

—Y desde luego, tampoco nos habíais invitado —intervino Ryder, lanzándole una reveladora mirada a Mary.

—Sí, sí, ya sé de quién ha sido la idea. Se nota el magistral toque Dennehy. Sólo me sorprende que tú la hayas aceptado. —Jarret suspiró y su voz perdió la nota de sarcasmo—. Da igual. Lo entiendo, de verdad.

Se echó atrás el pelo con gesto cansado.

—Dormid un poco. Aún quedan unas cuantas horas hasta la salida del sol, y más vale que descanséis hasta entonces. Va a haber bastante alboroto en el campamento cuando les diga a los mineros que sus caballos han desaparecido.

Dejó la antorcha y salió a oscuras, palpando. Mary y Ryder lo oyeron

soltar un juramento por lo bajo cuando tropezó con el cuerpo de Rosario. Para su vergüenza, Mary tuvo que reprimir las ganas de reírse.

—No te preocupes —comentó Ryder, dominando su propia risa—. Rosario no ha sentido nada.

—Pensaba más en los dedos de los pies de Jarret. Iba descalzo, ¿te has dado cuenta?

Ryder se había dado cuenta.

—No creo que tenga mucho motivo para dormir con las botas puestas.

Ayudó a Mary a echarse en las mantas y las alisó en los bordes. Ni siquiera tenía la chaqueta para ponérsela como almohada.

—Apoya la cabeza en mi regazo —dijo él.

—No —contestó ella—: tú en el mío.

Ryder reconoció su rotundo y dogmático tono de voz. Si empezaba a discutir con ella, los dos se pasarían la noche durmiendo sentados, y valoraba su propio descanso más que ganar una discusión con Mary.

—Muy bien.

Dejó que apoyara la espalda contra la pared y luego se tendió. Cuando ella empezó a pasarle los dedos por el pelo, cerró los ojos. Su caricia le soltó la tensión del cuero cabelludo y la rigidez de la nuca. Relajó la boca, luego los hombros...

Horas después, Mary se llevó un dedo a los labios cuando Rennie y Jarret se acercaron por el pasillo de la mina. Hacía mucho que se había apagado la antorcha que Jarret había dejado, pero Rennie llevaba otra, y

Mary entornó los ojos para adaptarse a la luz. Como no quería despertar a Ryder, que había dormido profundamente, casi sin moverse, preguntó en voz baja:

—¿Ya es por la mañana?

Rennie se arrodilló a su lado y le tocó la cara como para asegurarse de que de verdad era Mary..., y además sana y salva.

—¿Estás bien? ¿Qué haces aquí? No pienses ni por un instante que me creo todas esas tonterías que contó Jarret después de encontraros. Yo sé que tú no ayudaste a planear la huida de Ryder. Me contaste que habías encontrado el hábito de mamá, ¿te acuerdas? No fingiste estar dolida ni enfadada: todo aquello era muy auténtico, y por eso sé que no lo planeaste.

Mary puso los ojos en blanco; había olvidado lo exasperante que podía ser la energía de Rennie.

—Claro que no planeaba ponérmelo, so boba. Salió así sólo porque era la mejor idea. Por un instante vio que había desconcertado a su hermana—. Deja de intentar adivinar cosas que es mejor que no sepas. ¿Qué importa lo que haya hecho si estoy aquí para hablar de lo que pretendo hacer?

La boca de Rennie se cerró de golpe.

—Eso está mejor —dijo Mary en tono firme. Luego bajó la mirada hacia Ryder; tenía los ojos abiertos, y en sus labios había una sonrisa apenas disimulada.

—¿Lo ves? —le recriminó a Rennie—. Ya se ha despertado, y estoy

segura de que ha sido por tu parloteo.

Ryder se incorporó hasta sentarse.

—He oído perfectamente a dos arrendajos graznando.

—¡Arrendajos! —repitió Mary.

—¡Graznando! —exclamó Rennie.

Jarret se puso en cuclillas delante de Ryder y le dio un plato de hojalata donde había huevos revueltos, maíz y tocino.

—Mientras estés comiendo no te meterás en problemas.

Ryder comprendió al instante que era buena idea. Empezó a comer con apetito y dejó que las «Mary» siguieran con lo suyo. Rennie le pasó a su hermana el otro plato que llevaba Jarret.

—Aquí estáis bastante seguros: los mineros no tienen motivo para venir por este túnel, y nadie nos ha seguido. Casi todos los hombres se marcharon cuando Jarret puso el grito en el cielo contando que los caballos habían desaparecido. Van caminando hacia donde se pone la vía con la esperanza de ir a Tucson; allí conseguirán monturas nuevas y armarán un buen jaleo con lo del ataque apache.

Jarret añadió:

—Saben que tienen suerte de estar vivos, pero siguen queriendo sobrevivir. Les parece que el ejército no hace lo suficiente para detener a los chiricahuas, o al menos, al grupo que dirige Gerónimo.

Ryder alzó un poco las cejas, pero no dijo nada, y Mary clavó la vista en su plato.

Rennie miró de uno al otro y dijo:

—Así que ha sido Gerónimo. —Sin querer, se llevó la mano al pelo como para comprobar dónde tenía la cabellera—. Los hombres tenían razón.

—Yo no les he dicho nada —explicó Jarret—, pero últimamente, por aquí, sólo es cuestión de atar cabos. Lo único que los desconcierta es por qué siguen vivos; yo tampoco les he dicho nada de eso, pero sospecho que tiene algo que ver contigo.

Dirigió una dura mirada a Ryder y una vez más vio que aquel hombre no se inmutaba fácilmente.

Fue Mary quien contó los detalles de la noche anterior, y luego añadió a su relato cómo se habían marchado de la gruta de las Almas Perdidas. Cuando terminó, Rennie le rodeó los hombros con el brazo. Entre ambas hermanas había un cariño profundamente arraigado, y la admiración formó un nuevo vínculo.

—No me imagino siendo ni la mitad de valiente que tú —dijo Rennie con auténtica fascinación en la voz. Luego negó despacio con la cabeza intentando asimilarlo todo—. Hablar con Gerónimo... ¿cómo ha sido?

Mary sonrió con modestia.

—Ni la mitad de difícil que hablar con mamá.

Capítulo 13

Ryder y Mary pasaron el día esperando la noche. Los detalles de la huida se elaboraron durante el desayuno, y los preparativos quedaron hechos antes del almuerzo, de modo que, aparte de lidiar con la expectación y los temores, no les quedó gran cosa en que ocupar el tiempo hasta la cena y la partida.

Cuando Rennie llegó, le pareció que casi se palpaba la tensión. Dejó un maletín a los pies de Mary y dijo:

—Tomad, os he traído una muda de ropa. Ya es hora de que te quites esos pantalones, Mary. Vestida así levantarás sospechas en lugar de reducirlas.

Como a aquellas alturas Mary había llegado a apreciar las ventajas de los pantalones, consintió a regañadientes.

Ryder dijo:

—Haz lo que te dice tu hermana; tiene razón.

—Ya sé que tiene razón —espetó Mary, enojada—, por eso voy a hacerlo.

Rennie echó un vistazo por encima del hombro a su marido para advertirle con la mirada del clima emocional que se respiraba; Jarret asintió con un gesto de comprensión al tiempo que decía:

—Tengo caballos para vosotros. Acaban de volver media docena de mineros y entre todos han conseguido dos. Les he dicho que Rennie y yo queríamos ir a Fuerte Union y nos los dejan. Saldremos cabalgando y vosotros nos esperaréis justo donde ya no se nos vea desde el campamento. Después seguiréis solos. Uno de los vagones privados está en el punto más al norte de donde llega la vía; a partir de allí, no deberíais tener problemas. —Señaló la ropa que Rennie les había llevado —. Con eso puesto, el parecido bastará para engañar a la gente a cierta distancia. No tenéis más que quedaros dentro y dar las órdenes por la puerta, como hemos planeado.

—¿No lo encontrarán un poco raro vuestros trabajadores? —preguntó Mary—. ¿Por qué ibais a permanecer en el vagón y gritar las órdenes a través de una puerta cerrada?

Rennie torció la boca en un gesto exasperado y lanzó a su hermana mayor una mirada fija y franca.

—No es posible que seas tan ingenua, Mary Francis... —Quiso asegurarse de que la entendía—. Algunas mañanas, Jarret ni siquiera se levanta de la cama.

Jarret apareció detrás de su mujer y le ciñó la cintura. Con un gruñido bajo y juguetón, se arrimó a su oreja diciendo:

—Eso, cúlpame a mí, buena moza.

Rennie se ruborizó hasta la raíz del pelo y le dio un codazo en las costillas.

—Vámonos de aquí para que se cambien. Creo que Mary ya lo ha

comprendido, muchas gracias. Además, de todos modos, tienes que darle algo de comer a tu prisionero.

—Muy bien. —Jarret la soltó y señaló las cosas que había llevado consigo—. He recogido las alforjas, la chaqueta del ejército y las cantimploras que se quedaron allá en las rocas. Si queréis algo de eso, estupendo; si no, lo llevaré luego a nuestra tienda y poco a poco me desharé de todo ello.

Ryder asintió. Sabía que Jarret intentaba eliminar su rastro, y también limitar las posibilidades de que alguien los delatara a él y a Rennie como cómplices. Entonces le preguntó:

—¿No has ido al fuerte hoy?

—No, aunque hay mucho movimiento entre Fuerte Union y la mina. Desde que la noticia del ataque ha llegado allí, han mandado patrullas por todos lados. Jay Mac, Moira y el resto de la familia saben que aquí estamos bien.

—Es un milagro que Jay Mac no haya venido en persona para confirmarlo —comentó Mary—. Sería típico de él.

Rennie coincidió con ella y asintió con un gesto.

—Tenemos entendido que el general Gardner no da permiso a los civiles para salir del fuerte; a Jarret le alegra tanto como a Ethan y a Connor. Por eso regresaremos allí tan pronto como os hayáis marchado sin novedad. —Su voz sonó un poco entrecortada e, inesperadamente, las lágrimas brillaron en sus ojos—. Y además quiero ver a mis hijas.

Mary se apresuró a acercarse a ella y la abrazó.

—Claro que sí. Queridísima Rennie, ¿cómo podremos darte las gracias? —Por encima del hombro de su hermana miró a Jarret, le tendió una mano para que la cogiera y se la apretó con suavidad—. Y a ti. Habéis hecho tanto... Nunca jamás os podremos corresponder.

Jarret meneó la cabeza.

—Acabad con ese asunto en Washington, e invitadnos a todos a vuestra próxima boda. —Le echó una elocuente ojeada a Ryder—. Si no, alguien lo va a pasar muy mal.

Con un gesto de la cabeza, Ryder reconoció que estaba en lo cierto. Era evidente que la familia de Mary pensaba que debía celebrar una ceremonia más convencional.

—Si ella me acepta... —dijo en voz baja.

Al oírlo, Rennie se deshizo del abrazo de su hermana, la cogió por los hombros, la miró fijamente... y por una vez no dijo nada: se contentó con lo que vio. Entonces la soltó y tomó a su marido del brazo.

—Vamos. Tengo tantas ganas como ellos de salir de este sitio.

Cuando se quedaron solos, Mary y Ryder se apresuraron a cambiarse de ropa. Ella se puso un cómodo vestido de algodón de cuadros azules y blancos, mientras que él sustituyó el uniforme del ejército por unos vaqueros, una camisa blanca limpia y un chaleco de cuero marrón. Un sombrerito de Rennie tapó los cortos rizos de Mary, y Ryder se remetió el largo cabello bajo el sombrero que Jarret le prestaba. Cuando acabó la transformación, tenían un parecido más que notable con Rennie y Jarret; de hecho, Ryder empezó a sentir cierta confianza en que a lo mejor el

plan funcionaría.

Al salir de la mina, pasaron por delante de Rosario. Seguía atado y amordazado, y dormía tranquilamente. Rennie y Jarret le habían dado bien de comer, pero también le habían drogado la comida. Ryder no le echó ni un vistazo, en cambio Mary rezó una breve oración por el explorador.

Consiguieron salir del túnel sin incidentes, pero resultó más difícil pasar desapercibidos al atravesar el campamento. Por allí había varios mineros además de los trabajadores de las vías que ya habían vuelto, y no tenían tantas ganas de irse a dormir como la noche anterior. Estaban sentados en pequeños grupos de dos o tres en torno a varias hogueras. Alguien tocaba un violín, y se respiraba tal ambiente que hasta el alegre instrumento sonaba triste. Mientras avanzaban, un minero les dijo en voz alta:

—Creía que ya se habían ido.

Ryder se limitó a levantar una mano, y el gesto funcionó tan bien como una respuesta verbal, pero entonces otra voz llamó su atención.

—Señora Sullivan, me prometió darme esos planos esta noche.

A sus espaldas, Mary oyó unos pasos cada vez más rápidos cuando el peón de Northeast intentó alcanzarlos. Pensó rápidamente, luego tiró de la manga de Ryder y lo detuvo. Notó que él dudaba, incómodo ante la idea de enfrentarse cara a cara con nadie, pero ella no hizo caso, le quitó las alforjas del hombro y, en tono de ánimo, le dijo:

—Sigue. Estaré allí dentro de un momento.

Mientras Ryder se alejaba a grandes zancadas, ella se apresuró a abrir las alforjas y sacó uno de los mapas. Cuando el trabajador la alcanzó al fin, mantuvo la cabeza baja y se lo metió en las manos; no tenía ni idea de cuál le daba. Después, imitando bastante bien la voz, más ronca, de Rennie, dijo:

—Tal como prometí.

—Gracias, señora Sullivan.

El hombre cogió el papel, inclinó el ala del sombrero en un saludo y, satisfecho, la dejó marchar. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Mary llegó detrás de Ryder y le devolvió las alforjas.

—No vuelvas a correr un riesgo como ése —dijo él con voz tensa. Estaba furioso con ella y no le importaba que lo supiera.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó Mary susurrando con la misma aspereza—. ¿Echar a correr? Eso habría sorprendido a unos cuantos, y habríamos llamado la atención.

El que llevara razón no lo hacía más fácil de asimilar. Ryder no estaba acostumbrado a sentirse impotente en situaciones difíciles.

—Yo le habría dado un mapa, igual que tú.

—Pero él se ha dirigido a mí. Después de todo, la que es ingeniero es Rennie.

Antes de decir algo de lo que se arrepentiría después, Mary se apresuró a cerrar la boca. Y, sin que la enfadada pareja se diera cuenta, sus enérgicas zancadas impidieron que nadie más los llamara o se acercara a ellos. En cuestión de minutos habían rebasado el límite del

campamento minero y la zona iluminada por las hogueras que lo salpicaban. Rennie y Jarret ya estaban esperándolos en el lugar acordado. Rennie le dio un breve abrazo a su hermana y luego empezó a contar instrucciones con los dedos.

—Ya está convenido que el vagón salga tan pronto como lleguéis al lugar de las obras. No olvides decirles en Tucson que queréis ir a Santa Fe, no a California; es una ruta distinta de la que solemos tomar Jarret y yo. Yo telegrafiaré a Santa Fe para disponer vuestro viaje desde allí. Cuando ya estéis de camino sin problemas, nos comunicaremos por telégrafo, aunque creo que se impone la prudencia; tal vez Pittsburgh sea un buen lugar para enviar mensajes. Si todos nosotros nos quedamos aquí un poco más, nadie sospechará que hemos arreglado vuestra marcha. Si Jay Mac colabora, todo saldrá estupendamente: desconcertaremos al ejército.

Jarret y Ryder intercambiaron una mirada, pero ambos fueron lo bastante prudentes como para no hacer comentarios. Los dos habían aprendido que la confusión era una característica común de los planes de las «Mary». No tenían ninguna duda de que Mary Margaret y Mary Michael se apuntarían rápidamente, incluso darían su aprobación. Y si Mary Schyler hubiera estado por allí, todo el asunto se habría vuelto aún más complicado.

Las despedidas fueron breves para que no resultaran tan difíciles para ambas partes. Jarret y Ryder se estrecharon las manos; Rennie besó a Ryder en la mejilla, y Mary abrazó tanto a su hermana como a su

cuñado. Cuando se vio con fuerzas de volver la vista atrás, la noche ya había ocultado a Jarret y a Rennie. Por el rabillo del ojo, Ryder la vio hacer un rápido gesto para enjugarse una lágrima, y dudó de que fuera de pena. Aquella noche, lo más probable era que Mary llorara de gratitud, y él lo comprendió perfectamente.

Llegaron al lugar de las obras sin novedad. Cuando desmontaron, un guarda los saludó con la mano y se acercó con aire despreocupado a coger los caballos. Mary se limitó a apoyarse en Ryder en un gesto de amoroso cansancio, y no dio lugar a entablar conversación, pues el guarda vio que parecían deseosos de retirarse.

En realidad, el vagón privado que usaban Rennie y Jarret era más bien un lugar de trabajo; no tenía muchas comodidades materiales en beneficio de elementos funcionales. A primera hora de la mañana, Rennie había sacado de allí todo cuanto necesitaba para proseguir su trabajo en la línea férrea y había dejado el vagón sin los mapas y las mediciones que, por lo común, cubrían todas las superficies. Sobre la amplia mesa de trabajo seguía habiendo un pesado pisapapeles de cristal, que ahora sólo tenía una función ornamental. Atornillado al suelo y a la pared del vagón, un pequeño ropero estaba lleno de prendas de vestir y artículos personales: una cuchilla de afeitar, una tira de cuero para afilar la cuchilla, jabón de afeitar y peines. La intención de Rennie estaba clara: que Mary y Ryder utilizaran con libertad todo lo que

necesitaran. Mary pasó las puntas de los dedos por los vestidos y las camisas colgados en ordenada formación y dijo en voz baja:

—Ha pensado en todo.

Ryder, que miraba las estanterías empotradas bajo la cama, estuvo de acuerdo:

—En todo.

Mary se detuvo para ver dónde estaba mirando, e intentó decidir si era a la estrecha cama, primorosamente abierta, o a los libros encuadernados en piel que había debajo; de uno u otro modo, se dijo, su comentario encajaba bien.

Ryder se quitó las alforjas del hombro, apoyó el rifle en una esquina y se desabrochó el cinto del revólver. Tras colgar este último en el sillón que estaba detrás de la mesa, cruzó el vagón hasta la cama y se sentó. Había una gran cesta en medio de la misma; abrió la tapa y vio que estaba llena de comida para la primera etapa del viaje. La colocó en el suelo y se recostó apoyado en los codos, con una media sonrisa de irónico regocijo, mientras observaba a Mary, que revoloteaba por el vagón inspeccionándolo todo. Primero se empeñó en comprobar las lámparas para ver si tenían queroseno y asegurarse de que estuvieran bien sujetas. Luego descorrió las cortinas que ocultaban la silla con el orinal, el lavamanos y los artículos de tocador. Al tiempo que aprovechaba para servirse un vaso de agua del barrilete que había debajo del lavamanos, se familiarizaba con el contenido del pequeño armario de roble.

—No es posible que te interesen tanto las sales de baño y los jabones de lavanda —comentó Ryder.

—Mucho sabes tú —replicó ella, cerrando el armario y volviendo a correr la cortina—. Después de semanas y semanas de chapuzones fríos en aquella poza, estoy loca por darme un baño caliente en agua perfumada.

Para demostrarlo, se dirigió a la tina de cobre y se metió dentro. Sólo de pensar en cómo estaría llena de agua humeante y perfumada se regocijó de gusto. Cruzó los brazos como si se abrazara y cerrando los ojos murmuró:

—Mmm..., ¿te lo imaginas?

Ryder se lo imaginaba, y muy bien además. La visión de Mary metida hasta el cuello en burbujas, sin nada más, apareció con toda claridad en su mente. Incluso reajustó la imagen para que las burbujas sólo le llegaran hasta los pechos; si miraba bien, hasta distinguía las puntas de coral de sus pezones. Era fácil figurarse que pasaba el tiempo y las burbujas desaparecían con diminutos estallidos. El vapor le habría rizado las húmedas puntas del cabello, y tendría unas gotitas de agua pegadas a los blancos hombros. El hueco de su garganta retendría el aroma de lavanda, y su cutis resplandecería con una leve capa de agua, como el rocío en los pétalos de una flor. De pronto, en su mente, la tina se agrandó lo bastante como para que cupieran dos...

—¡Ryder! —Mary pronunció su nombre con aspereza.

Él parpadeó y se sentó más derecho.

—¿Qué?

—Ya sabes qué. Deja de entrometerte en mi imaginación.

El leve rubor que apareció en la piel de Ryder traicionó el cariz de sus pensamientos, aunque él no se disculpó por ellos.

—Bueno, como tú evitas venir a la cama, tengo que vivir de sueños.

Mary alzó las cejas con un gesto burlón y se soltó el sombrero. Mientras salía de la tina, se lo lanzó. El sombrero cruzó volando el vagón, Ryder lo cogió y se dejó caer en la cama como sí lo hubiese derribado un arma de fuego.

—Muy gracioso —dijo ella con guasa.

Él se limitó a sonreír de medio lado con regocijo.

Al observarlo, Mary meneó la cabeza, aturdida. Le resultaba tan fácil hacer que su corazón diera un vuelco, que a veces hasta hería su orgullo. Mary se esforzaba sin cesar por no dejarse llevar de ese modo, por no entregar tanto de sí misma, hasta el punto de no saber dónde acababa ella y dónde empezaba él. Sin embargo, Ryder no parecía tener esas preocupaciones: se entregaba en cualquier momento y luego salía intacto.

Más tarde, ella le preguntó acerca de eso. Estaban tumbados cómodamente en el angosto lecho, rodeados de un enmarañado desorden de sábanas limpias y cubrecamas. Ryder le había hecho el amor con una pasión tan dulce que la piel de Mary aún se estremecía. Entonces se inclinó sobre él y cruzó los antebrazos sobre su pecho.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó.

Con las facciones tranquilas y en reposo, él estaba tan absolutamente en paz que costaba trabajo identificarlo con el hombre cuyo tenso cuerpo le había hecho el amor sólo unos minutos antes. Entonces la tensión le había marcado las líneas de la cara hasta hacer que le latiera un músculo en la mandíbula y le sobresalieran los tendones del cuello. Ella lo había abrazado y le había pasado los dedos por la espalda, sintiendo su rígida musculatura bajo las palmas de las manos. Ryder la llenó, y ella se tensó alrededor; en realidad, sintió que su cuerpo respondía a la embestida de él como si fuera a impedirle que saliera. Luego se había quedado con un anhelo entre las piernas, una sensación de algo perdido; sentía la forma de su propio cuerpo por la ausencia del de Ryder.

Y ya no quiso una respuesta a su pregunta; lo quería a él, de nuevo... dentro de ella.

Mary se movió hasta quedar tendida sobre el cuerpo de él. Vio que los ojos se le abrían un poquito más y luego se le oscurecían de placer, entrega y excitación. Le rozó la boca con los labios y después lo besó con intensidad, alargando el apasionado beso mientras su lengua se batía con la de él. Ella respiraba con leves jadeos; él aspiraba con la misma dificultad, tan egoísta como ella de la intensidad de aquel beso. Los sensibles senos de Mary le frotaron el pecho, sus pezones le rozaron la piel, y el contacto fue como una corriente que pasara entre los dos; una sensación que casi la desbordó, un placer tan violento y ardiente que lindaba con el dolor. Estaba cálida, húmeda y preparada para él otra vez.

Empujando con las manos, Mary fue subiendo, y cuando se movió

para colocarse encima, las manos de él le tomaron los pechos. No era posible que estuviera otra vez preparado, al menos no tan pronto. No había ocurrido antes, y Ryder tampoco lo esperaba, pero en aquel momento parecía dar igual lo que fuera posible: respondía a su urgencia, al calor y a la pasión que la llenaban y se derramaban sobre él. El flexible cuerpo de Mary se movió contra el suyo como si fuera fuego líquido, su mano se cerró sobre su rígido miembro y ella se subió con cuidado sobre él. No fue una mirada lánguida y provocativa lo que fascinó a Ryder, los ojos de Mary reflejaban lo intencionado de sus acciones, la conciencia de su cuerpo y de sus movimientos. Y eso resultaba extraordinariamente excitante.

Él apartó las manos de sus pechos y las deslizó por su cintura y su abdomen, luego metió los dedos entre los cuerpos de los dos y la acarició mientras ella se mecía. Mary gritó; nada de palabras, sólo un ronco grito de pasión elemental. Su cabeza dio una sacudida hacia atrás, y su pelvis se inclinó hacia delante, la línea de su cuerpo una sensual curva.

Ryder se arqueó cuando Mary lo forzó a liberarse, y luego la abrazó cuando ella se desplomó contra su pecho, temblando. Unos húmedos rizos se le pegaban a las sienes, y la piel le brillaba. Sintió el corazón de ella palpitar, calmarse y después palpitar de nuevo. Con los dedos, le apartó el pelo de la frente, luego le cogió la cara, dio media vuelta y salió de ella con cuidado.

—No te muevas —dijo con voz ronca. Si lo tocaba otra vez, sencillamente le estallaría la piel.

Mary no se movió. Se quedó tendida, muy quieta, mientras la sangre le zumbaba en los oídos y su respiración se calmaba.

Ryder se volvió de costado y se apoyó en un codo. Sólo una lámpara seguía encendida, y su luz parpadeó débilmente cuando, con una sacudida, el vagón empezó a moverse. Por fin estaban en camino, como Rennie había prometido. Nada de preguntas, nada de complicaciones. En ese instante, Ryder corrigió su último pensamiento; tal vez sí hubiera una complicación... y estaba mirándola en aquel preciso momento.

—¿Y si me cuentas de qué estabas hablando antes? —preguntó.

Mary tenía los ojos fijos en los paneles del techo del vagón. Unas trabajadas volutas decoraban cada uno de los cuadrados de caoba, y su mirada, seria y grave, iba resiguiendo los bordes.

—¿Mary?

Ella se mordió el labio inferior, luchando por asimilar la magnitud de sus pensamientos.

—¿Por qué cuando dices mi nombre me siento obligada a responder?

Él sonrió levemente.

—Los apaches no emplean el nombre de pila de una persona con ligereza. Se reserva para momentos importantes, y en tales ocasiones, la persona a quien se llama se ve forzada a responder. —Ryder recogió la sábana y la colcha que estaban tiradas hacia un lado y las echó sobre ellos—. Tal vez no seas consciente de que lo haces, pero tú usas mi nombre de forma muy parecida.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y me sorprendo reaccionando como si fueras Naiche o Josanie o cualquier otro chiricahua que me pidiera un favor.

La observó un momento más, esperando la respuesta que aún no le había dado. Era su paciencia lo que desarmaba a Mary. Desde el principio, supo que él siempre la vencería esperando. Incluso parecía disfrutar de la espera, mientras que ella no tenía paciencia.

—Te amo, ¿sabes?

Ryder siguió callado, observándola.

—No sabía cómo sería decirlo o actuar en consecuencia... Creo que me daba miedo. Pensaba que el amor me convertiría en parte de ti de un modo que me resultaría intolerable y, sin embargo, nunca he dudado de que tú me amaras, aunque nunca lo hayas dicho. Observo y experimento tus expresiones de amor, y me maravilla que eso no parezca cambiarte, que no seas distinto, sino aún más generoso.

Con suavidad, Ryder le pasó las puntas de los dedos por la clavícula y luego se las posó en el hombro.

—Eso es porque siempre has sido parte de mí; desde el principio. No desde el instante en que nos conocimos, sino desde el mismo instante en que empezamos a existir. Hay un lugar para ti en mi corazón, bajo mi piel —se tocó la sien—, aquí, en mi cabeza. Tu espíritu siempre ha estado aquí, y cuando estás conmigo en la carne, es algo aún más profundo, auténtico y más generoso.

Mary sintió como si algo en su interior se elevara y alzara el vuelo y, a pesar de eso, no experimentó una sensación de pérdida. Era la

diferencia entre soltar algo o que algo huyera; lo uno se festejaba, lo otro se lamentaba. Entonces se volvió, y él la tomó entre sus brazos. Lo dejó sin aliento con su sonrisa y se acomodó satisfecha contra su cuerpo.

—Duérmete —le dijo Ryder al ver que parecía querer hablar.

—Pero...

—Mary...

Ella cerró los ojos soñolienta y dijo:

—Muy bien, ya que lo dices así...

En Tucson, el vagón privado se enganchó a un tren de Northeast que se dirigía a Santa Fe, y desde Santa Fe, en un viaje sin problemas, fueron hacia el nordeste, hasta Topeka. Rennie cumplió su promesa de telegrafiar las instrucciones por anticipado, y Ryder y Mary siguieron sin que nadie los molestase.

Leían mucho, y a veces pasaban las veladas juntos pero sin intercambiar palabra.

Mary encontró una baraja de cartas en el ropero y, con su experta forma de jugar al póquer, le quitó a Ryder la camisa, y mucho más. Les llevaban las comidas, pero se las dejaban en la plataforma del vagón, obedeciendo las instrucciones de Rennie y el cartel de «No molestar» que Mary colgaba en la puerta. Los mozos y el revisor aceptaban su retraída conducta sin manifestar curiosidad, lo que hizo que Mary se preguntara si su hermana y su cuñado pasarían tanto tiempo haciendo el amor como

ella y Ryder.

Se apresuró a rechazar la idea por indecorosa, y cuando Ryder preguntó por qué se ruborizaba, prefirió lanzarle una almohada antes que responder.

En San Luis se atrevieron a bajar del tren, y cenaron en el restaurante de un hotel donde nadie los conocía ni sospechaba que fueran fugitivos. Comieron pescado y patatas nuevas, espárragos con salsa, sopa fría de patatas y ensalada. Probaron tres vinos distintos y luego remataron la comida con fruta, queso y café aromatizado con dulce licor de vainilla.

Después de cenar, dieron una vuelta por el parque y un paseo en carruaje a la orilla del río. Era un placer encontrarse entre personas que sólo los miraban de pasada y luego se ocupaban de sus asuntos. Podrían haber sido cualquier pareja que compartía el romántico resplandor de la luz de gas de San Luis, y durante unas cuantas horas fingieron ser sólo eso.

Volvieron al tren sin que los vieran los empleados de Northeast Rail; su vagón ya estaba en la vía que se dirigía al este, hacia Columbus. Mary y Ryder volvieron a adaptarse a la rutina que habían disfrutado desde que salieron de Tucson. Aunque tras el breve respiro sentían un poquito más de inquietud, ninguno de ellos lo comentó.

A medida que el vagón atravesaba Ohio, Mary notó que Ryder se sentaba más cerca de las ventanillas para mirar pasar el paisaje. Seguía siendo pleno invierno, y la locomotora que los llevaba por las llanas tierras de labranza tenía que abrirse paso con dificultad a través de los

grandes ventisqueros que invadían las vías, llevados por el viento.

—En mi memoria, aquí siempre es verano —le dijo Ryder.

Mary se sentó en su regazo cuando él inclinó hacia atrás la butaca y la apoyó contra el borde de la mesa.

—¿Qué te gustaba del verano?

—Pescar con mi padre... —contestó él sin vacilar—. Robar manzanas verdes del huerto de la señora O'Reilley... El 4 de julio...

—Hmmm... A mí también me encantan los desfiles.

Él meneó la cabeza.

—No: los fuegos artificiales. Mis amigos y yo atábamos una ristra de petardos al... —Se detuvo. Mary tenía un aspecto francamente crítico, y la miró avergonzado—. Bueno... al gato nunca le pasó nada.

—Eso es horrible, Ryder McKay.

—Imagino que tú nunca harías nada semejante.

—Claro que no —dijo ella con auténtica indignación—. No era necesario: tenía cuatro hermanas pequeñas a las que fastidiar.

Mary le cortó el pelo mientras el tren se acercaba a Wheeling. Se había resistido a hacerlo, pero Ryder insistió. Sólo cedió al ver que empezaba a cortárselo él mismo, aunque, para su propia satisfacción, no se lo cortó demasiado, y dejó que, por detrás, el cabello le rozara el cuello de la camisa. Cuando terminó, tras devolver las tijeras al cajón de la mesa, se puso justo a la izquierda de Ryder mientras él examinaba su

obra en un espejo de mano. Le alisó las puntas con los dedos y le preguntó:

—Bueno, Sansón, ¿está bien así?

Ryder giró el espejo para que abarcara el reflejo de los dos.

—Magnífico. Me parezco a millares de personas del Este.

Ella levantó una ceja.

—Ni hablar. —Luego lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Seguiría reconociéndote en una multitud.

Él se rió al oírla.

—¿Intentas seducirme, Dalila?

—Sólo quiero ver si te queda algo de fuerza.

Ryder dejó el espejo, la levantó, la llevó hasta la estrecha cama y empezó a hacerle cosquillas hasta que ella no pudo más. Esta vez, la risa marcó su encuentro amoroso, y Mary aceptó la pura alegría de aquel momento. Más tarde, sonriendo aún, aunque un poco débilmente, se recostó en la cama y preguntó:

—¿Has pensado en tener hijos?

Ryder dejó golpear la almohada que tenía bajo la cabeza; ya no le importaba darle una forma cómoda. Se incorporó, la miró a la cara con detenimiento y se preguntó si en aquella sonrisa no había una pizca de orgullo, un poco de reserva.

—¿Estás...? —Se detuvo; no era posible. Al menos, no que Mary supiera. Había tenido la regla justo después de salir de Tucson; para ella

fue motivo de cierta molestia, y para él una decepción. A decir verdad, sí había pensado en tener hijos.

—Yo quiero tener hijos —dijo en voz baja.

Mary alzó la mano y le hizo una ligera caricia en el antebrazo. Había percibido el débil eco de pena que había en sus palabras.

—Háblame de tu hija —dijo—. ¿Cómo se llamaba?

Él le dijo la palabra apache.

—Significa «La que sonríe»; era su nombre de niña. A los apaches se les da un nombre al nacer, y luego toman otro cuando son mayores: forma parte del paso de niño a adulto. —Apartó la vista de Mary, y el torrente de recuerdos hizo que su mirada se volviera más distante—. Tenía la carita tan redonda como la luna, y los ojos oscuros como los de su madre; su pelo era igual de negro que el mío y más suave que la pelusa del maíz. Parecía que hubiese nacido sonriendo. Su sonrisa era contagiosa, como la risa, y las ancianas de la tribu siempre lo comentaban. Le interesaba todo lo que la rodeaba, y era curiosa hasta el punto de meterse en líos varías veces al día. Era la niña que se acerca demasiado al fuego, o trepa demasiado alto, o se mete en el río por donde no debe... Tenía que tocar una espina de cactus para asegurarse de que era tan afilada como le habían advertido... Pero todos la mimábamos. Creo que era por su sonrisa: nos tenía conquistados.

Al mirar de nuevo a Mary, vio que ella tenía lágrimas en los ojos, y se las enjugó con la yema del pulgar.

—Queridísima Mary... —le dijo en voz baja—. Sí, quiero tener un

hijo. Has vuelto a hacer sitio para un hijo en mí corazón.

Luego le tendió los brazos y le hizo sitio en ellos.

En Pittsburgh los esperaban varios telegramas que el mozo deslizó bajo la puerta del vagón poco después de su llegada. Todos iban dirigidos a los señores Sullivan, pero Mary sospechó que, a juzgar por la cantidad, Rennie y Jarret ya le habían contado al resto de la familia lo que pensaba hacer. Buscó un abrecartas en la mesa y, de un tajo, abrió el primero; luego se sentó en el borde de la mesa a leer.

—*¿Y* bien? —preguntó Ryder.

Estaba cómodamente tumbado en la cama, leyendo una novela de misterio de Wilkie Collins, pero al ver que Mary permanecía callada tanto tiempo, la curiosidad lo apartó de la lectura.

—¿Es Rennie?

Ella negó con la cabeza y dijo despacio:

—Este es de mamá. —Lo leyó en voz alta—. «Debes de amarlo mucho. Quiero que sepas que lo entiendo.»

Mary levantó la vista con una leve sonrisa en la boca.

—Creo que esto significa que ha asimilado mi decisión.

Ryder cerró el libro y lo dejó a un lado.

—Lo que parece es que ha asimilado su propia decisión. —Empezó a explicarse al ver que Mary lo miraba con expresión de extrañeza—. Sólo sé lo que me has contado, pero por lo visto tu madre no estaba muy

segura de las opciones que había tomado. Se lo ocultaba a sí misma, de modo que no es de extrañar que lograra ocultárselo a todos los que amaba. Tú, más que los demás, creíste sospechar que su larga aventura con tu padre tenía profundas ramificaciones personales de remordimientos. Ella encontró consuelo en el hecho de que tú pronunciaras tus votos.

—Y cuando le conté que iba a dejar a las hermanas...

Él asintió; leía la expresión de su cara y sabía lo que contenían sus pensamientos.

—Eso abrió la caja de Pandora de sus dudas, y Moira tuvo que volver sobre su decisión otra vez... —Señaló el telegrama—. Y creo que te dice que si tuviera que hacerlo de nuevo, su elección sería la misma.

Mary volvió a leer el telegrama y luego lo dobló lentamente.

—Creo que tienes razón —dijo—, en realidad estoy segura de que la tienes.

Por muy agradable que fuera disfrutar del resplandor de satisfacción de Mary, Ryder desvió su atención hacia los demás telegramas.

—Dudo que el mensaje de tu padre sea tan cordial.

Mary cogió otro telegrama al azar y lo abrió también.

—Éste es de Maggie: nos desea éxito y espera que tu herida vaya bien. Además, me da el nombre de tres medicamentos para que los pruebe si tu pierna no está curada del todo. —Meneó la cabeza, divertida—. Parece que a Rennie le faltó tiempo para ponerlos a todos al corriente hasta del menor detalle; es como si nos hubiera encontrado ella en la

gruta en lugar de Jarret. Y estoy segura de que también ha adornado el asunto del campamento minero, porque Maggie pregunta si es verdad que me las tuve con Gerónimo.

Ryder se rió.

—¿Qué más tienes ahí?

Mary abrió otro.

—De Ethan y Michael: «Telegrafiadnos si necesitáis ayuda.» —Lo miró con una amplia sonrisa—. Ethan es *marshal* federal, eso tal vez nos ayude.

—No está de más.

—Y no olvides que Michael es periodista, y sabe cómo publicar una noticia. Eso quizá signifique mucho cuando llegue el momento de limpiar públicamente tu nombre.

—Tienes unos cuantos buenos contactos familiares.

—Más de los que imaginas —asintió ella con calma.

El padrino de Michael era juez, y el de Rennie obispo. Maggie y Skye tenían padrinos en la política, y el de ella era el director de una de las mayores entidades financieras de Nueva York. Se lo contó todo a Ryder y añadió:

—Jay Mac procuró protegernos un poco a todas de la fría censura que la sociedad reserva para los hijos bastardos. Su previsión no nos hizo respetables, pero sí respetadas, más o menos. —Se detuvo un instante—. ¿Por qué sonríes?

—Te imagino de niña, dando un escarmiento a todo el que se

atreviera a cuchichear que eras bastarda. Y que Dios ayudara a quien lo dijera de una de tus hermanas y tú lo oyeras. —Por las sonrojadas mejillas de Mary vio que había dado en el clavo—. Quizá fastidiaras a las otras «Mary», y estoy seguro de que ellas te fastidiaban a su vez, pero apuesto a que cuando se trataba de la fría censura de la sociedad, las cinco cerrabais filas tan fuerte que en vuestras defensas no abrían brecha ni los cañonazos. Me da la impresión de que, en su momento, Jay Mac debió de descubrir que toda su protección era innecesaria.

Mary asintió.

—Pobre Jay Mac... —dijo sin rastro de compasión en la voz—. Nos quiere a todas con locura.

Quedaban dos telegramas sin abrir, y Mary sabía que uno de ellos tenía que ser de su padre. Vaciló y al final cogió el de la izquierda y lo abrió. Soltó un suspiro.

—Es de Rennie y Jarret —dijo, tras echar un vistazo antes de nada a la última línea.

Después de una rápida ojeada al contenido, lo revisó otra vez mientras ponía a Ryder al corriente.

—Ya casi no nos buscan. Rennie dice que el general Gardner cree que hace mucho que dejamos la región y no está dispuesto a emplear a tantos hombres en nuestra captura. Desde luego, ella se le enfrenta por eso. —Echó una mirada a Ryder—. ¿No te parece verla, insistiendo en que Gardner reúna todas sus fuerzas para otra búsqueda y sabiendo todo el rato que estamos en algún lugar al este del río Mississippi?

Volvió a la lectura y, con voz grave de pesar, añadió:

—Rosario ha muerto. Por lo visto, trató de huir y cayó en uno de los pozos verticales de la mina.

Aunque sin manifestarlo, Ryder se preguntó si en aquella historia no habría algo más de lo que Jarret o Rennie contaban. Por sí mismo no sintió ningún pesar, pero vio que a Mary le preocupaba la noticia.

—¿Escriben algo de Gerónimo? —preguntó.

Ella inspiró hondo y soltó aire despacio para calmarse.

—Sólo que sigue evitando que lo capturen. En el campamento minero no ha habido más ataques. —Frunció el entrecejo—. Qué raro, Rennie dice que quiere saber cosas del mapa. Le interesa, y quiere hacer una inspección. ¿De qué habla?

Ryder se encogió de hombros.

—No tengo ni... —De repente se detuvo, con las cejas juntas, recordando—. Cuando nos íbamos de la mina, aquel hombre que te paró creyendo que eras Rennie, ¿no quería un mapa?

—Oh, sí, lo había olvidado. Le di uno de los de tus alforjas.

De un salto, Ryder se levantó de la cama y fue derecho al ropero. Cogió las alforjas, las abrió y sacó los dos mapas que quedaban. El que mostraba la zona geográfica más grande seguía allí, así como el que representaba las cuevas y pasajes de la gruta de las Almas Perdidas.

—Le diste el mapa que Joe Panamá hizo del cañón Colter, y el hombre se lo ha devuelto a tu hermana.

Mary se tranquilizó.

—Bueno, eso no es tan grave. Por un momento he temido que a Rennie se le hubiera metido en la cabeza inspeccionar la gruta. No creo que debiera andar por allí volando un cementerio, ¿y tú?

Ryder dobló los mapas y guardó las alforjas.

—Yo pensaba lo mismo. Al menos no hay peligro en que tenga el mapa de Panamá. Que se lo quede si quiere. —Echó una mirada de complicidad a Mary—. Como si pudiéramos impedírselo.

—Bien venido a mi familia. —Dejó a un lado el telegrama de Rennie y cogió el último. Su tono se volvió esperanzado—. ¿Quieres abrirlo? Es de tu suegro.

—No.

Lo que sí hizo fue ir a su lado. Ella le hizo sitio en el borde de la mesa y, cuando desdobló el telegrama de Jay Mac, él leyó por encima de su hombro:

> ¿HAS PERDIDO JUICIO? STOP VOY PARA ALLÁ STOP LLEVO ESCOPETA STOP.

—Tu padre no se anda por las ramas —comentó Ryder.

—Sí que es un telegrama escueto.

—Por lo menos no se lo ha comunicado a las autoridades. Lo mismo podría haberme entregado.

—Jay Mac no actúa de ese modo —dijo Mary suspirando—. No, me temo que quiere matarte él mismo.

—Así es como lo he interpretado yo también.

Durante más de un minuto se quedaron callados, sin apartar los ojos de los claros términos del telegrama, hasta que estallaron en carcajadas. Y no es que hubiera nada remotamente divertido en que John MacKenzie Worth se cuestionase la cordura de su hija, o en que fuera tras los pasos de Ryder con una escopeta cargada. Fue sólo que había que liberar tensión, y Ryder y Mary encontraron la liberación de la manera más insospechada.

Mary volvió a meter el telegrama con esmero en el sobre y se secó las lágrimas de risa.

—Si viene Jay Mac, puedes estar seguro de que no vendrá solo: la caballería estará con él.

Eso mismo se le había ocurrido a Ryder. Daba igual que ninguno de los demás telegramas lo mencionara: el resto de la familia iba también, aunque sólo fuera para impedir que Jay Mac cometiera un asesinato.

—Sospecho que las «Mary» están a punto de cerrar filas —dijo.

—Da gracias de que vayan a cerrarlas en torno a ti.

Él se inclinó hacia ella y le besó la mejilla.

—Doy gracias todos los días.

Ryder no le habló a Mary de su tío hasta que llegaron a Baltimore.

No contaba con que nada la hiciera cambiar de opinión, de modo que se limitó a aplazar la desagradable tarea hasta que se agotara el tiempo.

Mary había comprado un diario en la estación y estaba leyéndolo, absorta. Él le quitó el periódico de las manos al ver que ni siquiera llamarla por su nombre surtía ningún efecto sobre su concentración.

—¿Qué pasa? —No le salió muy bien disimular el enfado—. Estaba leyendo eso, ¿sabes?

Ryder dobló el diario y lo echó en la mesa; el periódico resbaló sobre la superficie, osciló en el canto y luego cayó al suelo. Mary se dispuso a levantarse para cogerlo, pero él la detuvo.

—Quiero hablar contigo —dijo.

Fue la seriedad de su tono más que las palabras lo que la hizo sentarse de nuevo. Lo miró con curiosidad mientras su enojo iba esfumándose.

—Sé que valoras mucho la ayuda de mi tío —empezó él—. En realidad, ni siquiera concibes que no acuda en nuestro auxilio, y se comprende fácilmente, porque has tenido la fortuna de vivir las experiencias que has vivido. Pero Wilson Stillwell (así es como pienso en él, no como en «el tío Wilson») y yo nunca hemos mantenido una relación tan cordial. Era el hermanastro de mi madre.

Tenían la misma edad y no estaban demasiado unidos, a pesar de haberse criado juntos desde que tenían ocho años. Cuando mí madre se casó, Wilson ya estaba en la asamblea legislativa del estado; cuando nació mi hermana, era congresista, y salvo por las obligadas visitas de

vuelta a Ohio para hacer campaña y recaudar fondos, rara vez lo veíamos. —Se pasó una mano por el pelo—. Nunca se tomó mucho interés en nosotros, ni nosotros en él. Nadie lo ha lamentado nunca. Así eran las cosas, así son.

Mary siguió callada, a la espera de que Ryder prosiguiera.

—Sé que crees que asistió a mi juicio porque le importaba lo que me ocurriera; dadas tus experiencias, es una suposición sensata..., pero no exacta. En mi juicio fue testigo y habló sobre mi buen carácter; testificó a mi favor.

—Sin duda eso...

Él levantó la mano.

—Tuvo que hacerlo para absolverse a sí mismo. Wilson Stillwell maneja mucho poder en el Senado: es miembro de varias comisiones importantes y goza de la confianza del presidente. En gran medida fue responsable de mi misión en la patrulla del cañón Colter. Por lo general, procuraba que yo consiguiera buenos destinos para que se fijara en mí gente que a lo mejor promovía mi carrera. De hecho, tuvo mucho que ver con mí situación de privilegio entre los comandantes del ejército.

—Eso no me lo creo —se apresuró a intercalar Mary—. Si tu situación era privilegiada es porque te la ganaste, y nunca creeré otra cosa. De todos modos, si él no sintiera algo, ¿por qué iba a querer darte misiones importantes o procurar que disfrutaras de privilegios?

—Para absolverse de otras culpas.

Ryder se sentó en el sillón que había tras la mesa y se volvió hasta

colocarse de lado y estirar las piernas extendidas. Las cortinas del vagón estaban descorridas, y el sol se filtraba por las ventanillas, manchadas por la nieve y la lluvia; la luz destacaba sus severas facciones.

—Considero a Wilson Stillwell responsable de la muerte de mi hija, mi mujer, la familia de ésta y los otros treinta chiricahuas que fueron aniquilados en la cumbre de Antier.

Era una acusación espantosa que Mary no comprendió del todo, aunque tuvo pocas dudas de que a Ryder lo afectaba mucho.

—Cuando los indios tontos asesinaron a mi familia y me secuestraron, el ejército no me buscó ni tomó represalias. No lo critico. Alguien, en algún lugar, decidió que debía detenerse la matanza; después de todo, el ataque a nuestra caravana fue una venganza de los apaches tontos por un ataque anterior del ejército a uno de sus campamentos. Lo único que quiero destacar es que, en aquel momento, mi tío no vio motivo para investigar el ataque ni para presionar a nadie en busca de venganza. En vez de eso, utilizó el suceso. Aceptó que nos habían asesinado a todos y lloró nuestro fallecimiento de forma muy pública. Eso le vino muy bien: franqueó el estrecho margen que lo separaba de su adversario político y consiguió un escaño en el Senado.

—No debes ser tan cínico —dijo ella en voz baja.

A Ryder le pareció lógico que Mary lo considerara cinismo; a él sólo le parecía la verdad.

—Años después, cuando empecé a participar en las incursiones y surgió el rumor de que un chico blanco de ojos grises vivía entre los

chiricahuas, mi tío decidió que había llegado el momento de investigar el asunto.

—No puedes criticarlo: es natural que quisiera...

—Por entonces, él llevaba a cabo una reñida campaña para la reelección, pero esta vez era el titular, y había probabilidades de que perdiera su escaño. Eso le habría resultado humillante, de modo que la investigación fue un modo de desviar la atención de su política y de su gobierno, plagado de escándalos, para explotar la compasión del público. —Esbozó una amplia sonrisa, desprovista de humor, que no le llegó a los ojos—. El ejército me encontró; me capturó, para ser más preciso, y yo me escapé. No una vez, sino en tres ocasiones distintas. No pude dejar más claro que no tenía deseos de volver junto a mi tío ni llevar ninguna otra forma de vida. Tenía una esposa, una hija y una familia. Para mí eso era más auténtico que un tío al que apenas recordaba.

»Se lo dije así a mi tío cuando vino al Oeste a convencerme en persona. No me reconoció, ni siquiera estaba seguro de que fuera su sobrino, pero yo no pude evitar que el reconocimiento se me trasluciera en los ojos, y eso le bastó. Yo era más un trofeo que su pariente.

Con las manos muy juntas en el regazo, Mary se mordió el labio inferior para no ofrecer ni rastro de inoportuna compasión.

—Eso fue antes de que huyera por tercera vez. Yo tenía veinte años. Hacía años que era un hombre, un guerrero, pero Wilson Stillwell se convenció de que yo no sabía lo que quería. O bien se convenció de que

yo estaba equivocado... —tensó la mandíbula y su voz adoptó un desagradable tono crispado—, o bien creyó que sus necesidades importaban más que las mías.

Se contuvo y se enderezó en el sillón al tiempo que recogía sus largas piernas y se inclinaba hacia delante. Luego apoyó los antebrazos en las rodillas.

—La última huida fue la más fácil. Me di cuenta después, pero entonces estaba muy seguro de mí mismo y era un poco arrogante; confiaba demasiado en mi talento para engañar a todos los blancos y me olvidé de lo que había aprendido sobre la prudencia y sobre escuchar las advertencias de mi cabeza. Olvidé aceptar la espera y me fui cuando me pareció más fácil.

En aquel instante, Mary supo lo que iba a oír y se preparó.

—Me siguieron. Y algo más, algo muy extraño en el ejército: esperaron. Esperaron mientras se celebraba mi regreso, y hasta que días después se formó un grupo de ataque apache. Entonces, después de dejar que los hombres se marcharan, atacaron el campamento indefenso. Fue algo premeditado y feroz, y se hizo a instancias de mi tío. Como no conseguía que yo dejara a mi familia, me la quitó. Es ese tipo de hombre, Mary, no lo olvides jamás.

Ella lo miraba fijamente, con los ojos horrorizados, y Ryder se preguntó por el origen de aquella emoción. ¿Estaba espantada por lo que le había contado, o la espantaba que él creyera lo que decía? Mary se consideraba una mujer de mundo, pero siempre pensaba lo mejor de los

demás, y le costaría aceptar que él no estuviera igual de dispuesto a conceder el beneficio de la duda. Ryder sabía que, antes que modificar sus creencias, procuraría que él cambiara de opinión. Estaba en su naturaleza.

—Debes de estar equivocado —susurró ella—. Debes de haber entendido mal.

Él se limitó a encogerse de hombros; no conseguiría nada discutiendo. Le había dado el mismo conocimiento que él tenía: saber que el mal se encarnaba en un hombre que ansiaba el poder. Ahora ella tendría que hacer lo que pudiera con esa información.

—Cuando volvieron a capturarme, no huí —prosiguió en voz baja—. Estaba paralizado de dolor, demasiado torturado para sospechar la verdad. La entendí con el tiempo, al cabo de años de observar a mi tío, y de aprender cosas que quería enseñarme pero yo no necesariamente quería aprender. Él financió mi asistencia a West Point, y allí duré dos años, tiempo suficiente para destacar como alborotador. No congenié con los demás ni hice mucho por intentarlo. A excepción de Walker Caine, no tuve amigos ni ganas de hacer ninguno.

»Algunos profesores creían que yo prometía en el plano académico, pero no me interesaba seguir los pasos de mi padre. Otros creyeron que destacaba en otras esferas. Fue entonces cuando Wilson me llevó a Washington y empecé a aceptar misiones especiales.

Alzó un poco el mentón y, sin alterar el tono, prosiguió:

—Fue entonces cuando leí los informes confidenciales de las

campañas del Oeste y supe de la falsedad de mi tío.

Mary aspiró con agitación. Los ojos de Ryder eran tan fríos, tan severos, que resultaba difícil mirarlo e imaginar que fuera capaz de mostrar algo de bondad.

—¿Qué hiciste?

—Me enfrenté a él.

—¿Y...?

—Él lo negó; no esperaba menos, pero esta vez fui yo quien vio el reconocimiento en sus ojos. Él supo que yo lo sabía, y eso para mí fue suficiente.

—Y sin embargo admitías las misiones: aceptabas su ayuda.

En los ojos de Ryder no había arrepentimiento.

—Las misiones eran peligrosas —dijo con franqueza—. Claro que las aceptaba.

En aquel momento, Mary se dio cuenta de que sólo intentaba matarse. La gravedad de aquel planteamiento, la enorme naturaleza de aquel pecado, la helaron hasta los huesos. Se cruzó de brazos, como sí se abrazara, mientras Ryder la observaba atentamente. Estaba pálida, su piel casi parecía haber adquirido la fría delicadeza de la porcelana. ¿Se habría convertido en un monstruo a sus ojos?, se preguntó él. Ya no pensaría que lo comprendía muy bien; debía de estar pensando que no lo conocía en absoluto... Como si no importara gran cosa, se encogió de hombros.

—Sobreviví.

Durante muchos años le había dado lo mismo. Sobrevivir le hacía sentir más ira que agradecimiento.

Entonces Mary se levantó de la butaca.

—¿Cómo te atreves a decirlo de ese modo? —dijo con aspereza. Sus ojos centellearon y lo dejaron clavado donde estaba—. ¿Cómo te atreves a pensar...?

No pudo seguir; no tenía palabras para expresar lo que sentía y, de todos modos, la cólera le cerró la garganta. Sus puños, ahora caídos a los costados, se apretaban tan fuerte que no tenían color. Si en aquel momento Ryder hubiera intentado tocarla, le habría dado un puñetazo en la mandíbula y lo habría dejado inconsciente. Él se levantó despacio, pero no se le acercó; veía con demasiada claridad la intención de su postura.

—Era así entonces —dijo—. No ahora.

—Da lo mismo: tu vida era tan valiosa entonces como hoy. Fuiste negligente con ella porque pensabas que no había nada por lo que vivir. Pero la vida es su propia razón de ser, Ryder. Tiene significado en sí y por sí. —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. No debes amarme tanto como amabas a tu esposa. No te lo permitiré. No...

Sus brazos la rodearon. Mary forcejeó brevemente, pero el abrazo que la sostenía era firme, y al final se calmó. Sin fuerzas, se apoyó en él. Ryder le acarició el pelo, con su húmeda mejilla posada en la camisa.

—Tú no eres quién para decidir cuánto amo, o si amo bien —le dijo.

—No quisiera que acabaras con tu vida porque yo ya no esté en ella

—susurró Mary con voz ronca—. No tendría paz si llegaras a tomar esa decisión.

Ryder le besó la coronilla y aspiró profundamente la fragancia de su cabello.

—Dulce Mary... —susurró—. Sobreviviría, porque sé que desdeñarías la oportunidad de entrar en el cielo sólo para venir a ajustarme cuentas en el infierno.

Ella alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa radiante aunque un poco llorosa.

—Nadie me conoce ni la mitad de bien que tú.

No pareció que tuviera sentido hablar más. Sólo quedaba una hora para llegar a Washington, y había mejores maneras de pasar el tiempo.

Capítulo 14

Acordaron que se quedarían en un hotel. Un día antes, Mary habría insistido en que vieran a Wilson Stillwell inmediatamente, pero en vista de la revelación de Ryder, estaba dispuesta a esperar.

Llovía cuando desembarcaron. Al salir del vagón privado, dos mozos y el revisor los vieron. Los miraron algo confusos y Mary se limitó a sonreír. Luego, los empleados de Northeast se rascaron la cabeza y empezaron a hablar animadamente entre sí.

—Nos han descubierto —dijo Mary. Cogió un maletín en cada mano mientras Ryder tiraba de un baúl—. Vámonos antes de que corran a ayudarnos y nos hagan más preguntas de las que queremos responder.

Justo a la salida de la estación, Ryder paró un coche de alquiler y le dio al cochero la dirección de un hotel modesto que conocía, adecuado para Mary y con precios razonables. Los recursos que les habían prestado Rennie y Jarret no tardarían en desaparecer si no se administraban con cuidado. Mary se recostó en el asiento acolchado y se quitó el sombrero; el agua goteó del ala y le salpicó el bajo del vestido. Agradeció el brazo con que Ryder le rodeó los hombros para darle calor; parecía que no hubiese nada más frío que un día de lluvia en invierno. Aunque el trayecto hasta el hotel no era demasiado largo, Mary estaba

quedándose dormida. Al llegar, Ryder le pagó al cochero la tarifa y un poco más para que lo ayudara con el equipaje y así atender a Mary.

El cartel del hotel Monarch era más imponente que su aspecto. Prefería ofrecer sus servicios a huéspedes permanentes que a clientes de una noche, y los huéspedes valoraban su ambiente cómodo, que en realidad quería decir más bien deterioro del mobiliario y descuido del edificio con el paso del tiempo. No es que el hotel estuviera ruinoso: era sólo que las cosas no se reponían ni se reparaban con rapidez.

El pequeño vestíbulo estaba amueblado con mullidas butacas y una alfombra oriental, raída en el centro y deshilachada en los bordes. Aunque el gran mostrador de recepción era de roble y estaba brillante, también estaba rayado, y a las plantas de las macetas que decoraban el vestíbulo parecía faltarles riego. El recepcionista hizo girar el libro para que Ryder firmara. Era un sólido mamotreto que contenía las firmas de algunos de los políticos más famosos de los cuarenta años anteriores, y también de algunos de los de peor fama. Ryder observó que el registro despertaba la curiosidad de Mary, y que ésta se sacudía el sueño.

—Después, aquí el señor Stanley te dejará mirar —dijo—; en el Monarch están muy orgullosos de este libro.

—Por supuesto que sí —afirmó el recepcionista. Se ajustó los lentes en la punta de la nariz y miró por encima de la montura a los nuevos huéspedes—. No creí que me recordara, señor McKay, ha pasado mucho tiempo.

—Unos cuantos años, Doc.

Doc Stanley no era médico ni pretendía serlo, pero durante sus años en el Monarch a menudo hacía las veces de experto médico de la casa: sacaba dientes si tenía que hacerlo, vendaba una herida o reducía una fractura. Un huésped le dio el título medio en broma, y llevaba usándose casi cuarenta años; casi nadie sabía ya su nombre de pila. Doc le dio la vuelta al registro, lo hojeó rápidamente y señaló una línea a mitad de página.

—Tres años y cuatro meses —dijo—: ahí lo tiene. No tanto, después de todo.

Ryder miró a Mary.

—Como ves, la memoria de Doc Stanley es mejor que la mía. Él lo recuerda todo y a todos, y si fuera del género especulador, sería muy rico por lo que sabe.

El recepcionista se encogió de hombros y se rascó detrás de la oreja.

—Si empezara a chantajear a mis huéspedes, ¿quién vendría ya por aquí? Un hombre debe tener principios.

—Desde luego. —Ryder se metió la mano en los bolsillos—. ¿Cuánto para estar seguro de que el senador Stillwell no me encontrará aquí si se entera de que estoy en la ciudad?

—Veinte dólares.

Ryder hizo caso omiso de la pequeña boqueada escandalizada de Mary y se los entregó. Doc Stanley escamoteó la moneda de oro diciendo:

—Habitación trescientos. —Señaló la escalera—. Sus maletas y el

baúl llegarán justo después que ustedes.

Le dio a Ryder la llave de la habitación.

—Espero que usted y... —titubeó y miró de Ryder a Mary y de nuevo a Ryder.

—Es mi esposa —explicó éste con ironía. Señaló su anotación en el registro—. «Señores McKay.»

Las mejillas de Doc enrojecieron, pero no pidió disculpas a Mary por su error. No sería la primera vez que alguien intentara hacer pasar a una señora amiga por una esposa.

—Bueno, pues espero que usted y la señora disfruten de su estancia.

Ryder tomó a Mary del brazo y la sacó del vestíbulo antes de que ella le enseñara al recepcionista el lado más agudo de su afilada lengua.

—No es preciso montar una escena.

—Ese hombre ha creído que yo era una prostituta.

—Es más probable que creyera que eras mi querida.

—Pues eso no lo hace más aceptable, precisamente.

—Por aquí no es algo tan extraordinario.

Al ver que Mary no replicaba, Ryder le echó una ojeada y vio que se miraba con detenimiento la mano izquierda, volviéndola a un lado y al otro. Al darse cuenta de que él la miraba, se apresuró a dejar caer la mano sin explicar lo que hacía ni lo que pensaba. Estaban ya en el descansillo del tercer piso, de modo que Ryder lo dejó correr. Abrió la puerta de la pequeña suite y la hizo pasar.

—¿Por qué no te echas y descansas un poco? —sugirió—. Yo me

encargaré de las maletas cuando Doc las suba. Después he de salir a comprar un periódico de Washington y a hacer unas cuantas pesquisas.

Mary frunció el entrecejo. Un sueñecito le parecía muy bien, pero le preocupaba el plan de Ryder.

—¿No debería hacerlo yo? —preguntó—. En Washington te conocen. Doc Stanley te ha reconocido después de más de tres años y debe de saber que te busca la justicia. Tu huida de Fuerte Union habrá llegado también a los periódicos de aquí, en particular, dada tu relación con el senador Stillwell.

Ryder no dio la impresión de estar preocupado.

—Doc no dirá nada. Es una tumba con todo lo de aquí.

—Tú has comprado su silencio por veinte dólares. A un hombre así, a lo mejor se lo anima a hablar con veinte más.

—Te equivocas. A pesar de las apariencias, ha sido un regalo, no un soborno. Doc perdería mucho más de lo que ganaría si diera información. —Le tomó la cara con la mano y le dio un suave beso en la frente—. Fíate de mí: lo sé.

Después de pensarlo un momento, Mary asintió. Estaba acostumbrada a confiar en la familia, pero le costaba más hacer lo mismo con los desconocidos. La experiencia de Ryder era casi absolutamente la contraria.

—Muy bien —concedió—. Estoy fuera de mi elemento.

—Lo dudo —la contradijo él con una amplia sonrisa. Le hizo dar media vuelta y, de un empujoncito, la encaminó hacia el dormitorio justo

cuando sonó una llamada en la puerta—. Ese será Doc con nuestras maletas y el baúl.

Mary desapareció en el dormitorio. Una cama de columnas ocupaba casi todo el espacio; en una esquina habían encajado un ropero, y en otra, una cómoda. Tuvo que volverse de lado al pasar junto al gran sillón y el espejo giratorio de cuerpo entero para llegar a las puertas del balcón. Una vez allí, tiró del picaporte y descubrió que las puertas estaban clavadas. Al apoyar la cara en los cristales mojados de lluvia, divisó un pequeño balcón en mal estado, con la balaustrada de piedra desconchada y el suelo desmoronándose. Mary suspiró. Por lo que se refería a ella, las puertas se quedarían cerradas mientras el balcón fuera peligroso.

Corrió las cortinas para borrar la luz grisácea y amortiguar el continuo repiqueteo de la lluvia. Después de subir los mecheros de gas, se quitó la capa y se desabrochó el vestido. Estaba colgando ambas cosas en el ropero cuando Ryder entró con las maletas.

—¿Está todo a tu gusto? —preguntó, haciendo un gesto que abarcaba la habitación en general.

—Sí, claro que sí. —Ella sonrió un poco ante su deseo de agradarle con el alojamiento—. Ryder, no sé a qué crees que estoy acostumbrada, pero nuestra cámara de la gruta de las Almas Perdidas era un lujo respecto a mi celda del convento.

Él no se lo había planteado, de ese modo. Recordó la casa de verano junto al río Hudson y los vagones privados de que disponían todos los

miembros de la familia para viajar a cualquier parte del país. No había visto la mansión Worth de Nueva York, pero no le costaba trabajo imaginar su grandiosidad. Mary cerró las puertas del ropero y se sentó en el borde de la cama. Alzó un pie sobre un escabel de desvaído brocado y empezó a quitarse el zapato.

—Estaré muy bien aquí —dijo—, siempre que para ti sea un lugar seguro.

—No sé si me acostumbraré alguna vez —repuso él—. Que vengas de tanto y aceptes tan poco...

—Estás hablando de cosas materiales, y esas cosas no me importan mucho. En cambio, mi hogar estaba lleno de amor, de risas y de conversaciones animadas. Y el convento también. Si crees que puedo vivir con menos, estás en un error.

Sí, pensó Ryder: el espíritu de Mary tenía que incluir todo aquello. La vio luchar con los botones del zapato y se arrodilló a sus pies; se los desabrochó y luego le quitó el zapato.

—Quizá fuera más fácil si sólo desearas una vida de lujos —dijo—: buscaría una mina de oro.

Ella soltó una risilla.

—Mira, me has hecho reír. No te costará tanto trabajo satisfacer todos mis caprichos.

Él le hizo cosquillas en la planta del pie hasta que ella se las arregló para soltarse, y sólo le permitió ayudarla con el otro zapato cuando prometió ser más respetuoso con sus pies. Ryder abrió la cama mientras

Mary se quitaba las medias, y se quedó por allí para arroparla. Al fin depositó un breve beso en su boca.

Cuando salió sin hacer ruido, ella ya estaba durmiendo.

Lo primero que Ryder hizo fue detenerse en recepción a hablar con Doc Stanley. Doc se habría cortado un brazo antes que dar información sobre ningún cliente del Monarch, pero se despachaba a gusto con lo que consideraba conocimiento común en la ciudad. Para él, el «conocimiento común» rara vez aparecía en los periódicos; tenía más que ver con el rumor. Ryder escuchó su informe sin hacer muchas preguntas, porque no quería que Doc hiciera conjeturas sobre qué lo habría hecho volver a Washington. Al cabo de treinta minutos, había oído lo suficiente para saber por dónde quería empezar.

Fue caminando desde el Monarch a la biblioteca. Llegó empapado, y al quitarse el gabán, las gotas de agua salpicaron ruidosamente el suelo de mármol. Luego, en el trayecto desde el vestíbulo de entrada al mostrador de la bibliotecaria, formó bastante más alboroto que cuando andaba sobre una capa de hojas secas en un bosque: sus zapatos empapados crujían sobre el frío mármol de Vermont veteado de verde.

Después de aquella primera irrupción, la bibliotecaria no se mostró demasiado dispuesta a ayudarlo; le dio lo que quería, pero con una helada expresión de reproche. Ryder no intentó ganársela, porque era trabajo perdido. Ella miraba a todo el mundo así; consideraba la

biblioteca como su propiedad particular y como sí cada persona del público fuera un intruso. Le habría encantado que los leones de piedra que adornaban los escalones de acceso al edificio fuesen, en realidad, perros guardianes.

Ryder se sentó solo a una gran mesa de lectura. La biblioteca no estaba atestada, y, como faltaba poco para la hora de cierre, salía más gente que entraba. Los periódicos apilados a su alrededor recogían casi todo lo que se había escrito en los diarios del Este sobre el ataque del cañón Colter, su juicio y su huida. Leyó los artículos con toda la objetividad que pudo e intentó no tomarse las tergiversaciones como si fueran a propósito; con frecuencia, los errores de las crónicas se debían más a ignorancia que a una alteración premeditada de los hechos.

Por lo general, faltaba comprensión de las diferencias que había entre las tribus apaches; a todas las pintaban con el mismo pincel, y, además, se daba mucha importancia a la relación que Ryder tenía con los apaches como un todo, y no con los chiricahuas en concreto. Las crónicas no sabían muy bien qué pensar de Ryder McKay. Era un enigma: un hombre blanco que daba la espalda a su educación para vivir entre sus captores, y luego daba la espalda al pueblo que lo había adoptado para empezar a darles caza... Y aún había un giro más, pues lo habían declarado culpable de ayudar al enemigo en el cañón Colter.

Los periódicos de fuera de la ciudad incluían unas cuantas líneas sobre su supuesto asalto a Anna Leigh Hamilton, a quien sólo denominaban «la hija de un político de Washington». En los periódicos

de Washington no se aludía a ella en absoluto, al menos en relación con el juicio.

En cambio, Anna Leigh Hamilton era mencionada con bastante frecuencia en las páginas de sociedad. Era anfitriona de grandes reuniones a las que asistían los amigos de su padre, y también de pequeñas e íntimas cenas para colegas políticos. Como acompañante de su padre estaba invitada a todos los actos importantes de Washington, y según la rápida lectura de Ryder, daba la impresión de que casi todas las noches de la semana hubiese lo que se consideraba un «acto importante».

Ryder leyó cuanto pudo hasta la hora de cerrar y luego garabateó unas cuantas notas sobre detalles que aún tenía que mirar o a los que quería volver. Él y la bibliotecaria de rostro arisco salieron del edificio abovedado al mismo tiempo.

Las oficinas del Ministerio de la Guerra estaban cerradas, pero Ryder sabía muy bien que no podía entrar allí sin más y pedir que le dejasen mirar sus expedientes. Su cara era conocida por demasiadas personas, la mayoría de las cuales considerarían su deber arrestarlo o buscar a alguien que lo hiciera. Reflexionó sobre el problema en el camino de vuelta al hotel.

El cielo encapotado hizo que anocheciera temprano, y la luz de gas se reflejaba en los charcos de agua de las aceras y en las calles adoquinadas. Ryder caminó deprisa, con la cabeza baja y prestando escasa atención al tráfico o a los peatones. Había aprendido que el modo más fácil de que no lo reconocieran era no fijarse abiertamente en los demás.

Cuando volvió al Monarch, se detuvo en el mostrador de recepción el tiempo suficiente para pedir a Doc que les llevaran la cena a la habitación. El hotel tenía una gran zona de comedor en el primer piso, donde los huéspedes disfrutaban de un marco de aire familiar, pero Ryder no deseaba tomar parte en algo tan público. Cuando Doc le aseguró que todo quedaría arreglado, subió a saltos los escalones, deseoso de comentar sus planes con Mary.

Ella estaba en el cuarto de baño adjunto al dormitorio. Ryder llamó, cortés, y la puerta, que no tenía el pestillo, se abrió lo suficiente como para que pudiera asomarse. Era evidente que Mary no lo había oído. Estaba sentada en una tina de cobre, con la cabeza echada hacia atrás y apoyada en una manopla doblada; tenía los ojos cerrados, y su cutis resplandecía con el brillo del vapor del agua.

Ryder volvió a la habitación y empezó a desembarazarse del gabán. Sólo con que se hubiera descalzado habría llegado a la bañera sin que ella lo oyese, pero en el enlosado cuarto de baño los zapatos mojados formaron el mismo chapoteo que en el mármol de la biblioteca. Cuando Mary se volvió con los ojos entornados de exasperación, él se dijo que a la bibliotecaria le quedaba mucho que aprender sobre cómo expresar la desaprobación.

—Supongo que no estás invitándome a entrar —comentó.

Estaba tan claro que no, que Mary tuvo que reírse. Luego, con un gesto rápido, le echó agua, aunque vio que aquello no tenía mucho efecto: ya estaba mojado.

—¿Llevas todo este tiempo caminando? —preguntó preocupada—. Vas a coger un catarro de muerte... ¿Por qué no has ido en un coche de alquiler dondequiera que hayas ido?

—Tenemos pocos recursos.

—Telegrafiaré a Nueva York pidiendo dinero.

—No, nos las arreglaremos bien. No quiero pedir prestado más de tu familia.

—Pero si es mi dinero —dijo ella—. Jay Mac creó un fondo fiduciario para mí hace años, y sólo puso como condición que yo no entregara el dinero a la Iglesia. En consecuencia, nunca lo he tocado. ¿Ahora vas a ponerte testarudo con eso?

Él se sentó en un pequeño taburete de tres patas y se quitó los zapatos y los calcetines.

—No creo que haya ninguna lógica en ello —dijo al fin.

—Exacto —sonrió ella—. Ven aquí: me siento muy generosa.

Era demasiado tarde cuando se dio cuenta de lo que él iba a hacer. Sólo le dio tiempo a gritar su nombre, entre asustada y risueña, cuando lo vio meterse en la bañera vestido, pero sin los zapatos y los calcetines. El agua cayó al suelo y corrió en finos ríos entre las baldosas, y, aunque la toalla que Mary había acercado la absorbió en parte, aún quedó mucha derramada. Ella intentó mostrarse severa.

—No creía sentirme *tan* generosa —dijo—. ¿Qué haces?

A Ryder, que estaba cogiendo el jabón, le pareció que la respuesta era evidente. Primero se pasó la pastilla por la manga de la chaqueta, desde

el hombro hasta el puño, y luego por la pechera de su camisa blanca y entallada, prestando especial atención a las tablas de tela. Mary no había imaginado que fuera capaz de hacer algo tan espontáneo o tan ridículo, y descubrió que el pozo de su amor por aquel hombre se hacía más hondo. Entonces, sin importarle el agua que rebosaba por los lados, se inclinó hacia delante, le quitó de la mano la pastilla de jabón y la dejó ir a la deriva.

—Deja que te ayude.

La ronca voz de Mary lo desarmó tanto como sus dedos a medida que iban desnudándolo. Ryder sólo colaboró levantando las caderas para que le quitara los pantalones y la ropa interior.

Absortos en tocarse y provocarse, tardaron un poco en advertir que era imposible hacer el amor en la tina, pero el pie acalambrado de Mary y el tirón de la pantorrilla de Ryder se lo hicieron ver. Entonces, brillantes y resbaladizos como focas, salieron del agua y se deslizaron al suelo, rodando juntos con las piernas enredadas.

Mary perdió la pelea y acabó debajo de Ryder, boca abajo. Él le apartó el cabello de la nuca y le besó el húmedo cuello. Las facetas juguetonas de la pasión amorosa se desvanecieron cuando el deseo se convirtió en ansia, y el ansia se volvió urgente. Ryder se alzó detrás de Mary y tiró de ella, las manos sobre sus pechos y la boca pegada a su hombro, respirando de forma áspera e irregular. Al acariciarle la piel con las palmas de las manos, sus pechos se volvieron turgentes y sus pezones se endurecieron. Ella se arqueó, dócil, mientras él la tocaba. Le deslizó

las manos por las caderas y le acarició los muslos. Sus dedos se hundieron entre sus piernas en una exploración íntima y exigente, y Mary dejó que hiciera lo que quisiera, porque eso era también lo que ella deseaba.

Ryder la empujó hacia delante al tiempo que le levantaba las caderas y la penetró desde atrás, chocando contra ella lo bastante fuerte como para hacerla jadear. En la siguiente embestida fue ella quien empujó hacia atrás, contra él; pareció que lo tomaba, y no al revés. El ritmo era primario. La sangre que retumbaba en los oídos de Mary tenía el sonido y el latir de antiguos tambores. Era sensible a cada caricia, a todo lo que él le hacía. Su piel era toda terminaciones nerviosas y sensación. No pensaba con claridad, sólo sentía.

El clímax la meció hacia delante y dobló su cuerpo como un arco. Ryder entró en ella, la abrazó y se estremeció con su propia liberación. Después, juntos, los dos se dejaron caer con cuidado, vencidos, sobre las mojadas baldosas.

Mary escondió la cara en el hueco del codo. Cuando sintió que Ryder le daba un golpecito en el hombro, volvió la cabeza y le concedió el beneficio de un ojo abierto y una ceja alzada.

—No vuelvas a interrumpir nunca mí baño —dijo, agotada de placer —; no sobreviviría.

—¿Lo tomo como un cumplido?

Ella asintió, cerró el ojo y comentó:

—El suelo está frío. Aunque no hizo ademán de levantarse.

Poco después, tras encontrar toallas secas en el lavamanos, Ryder la ayudó. La mandó al dormitorio y limpió el desastre que habían organizado.

—Están llamando a la puerta —le dijo ella en voz alta—. ¿Esperas a alguien?

—Es nuestra cena —contestó él—. Yo la cogeré; tú no estás decente.

—Estoy decente —musitó ella—; lo que no estoy es vestida.

Se dejó caer de nuevo en la cama. La toalla se le soltó de los pechos, y estaba remetiéndosela cuando Ryder entró en la habitación. Lo observó con aire escéptico.

—Pues tú tampoco estás en condiciones de recibir compañía precisamente —observó.

En seguida, Ryder se puso una camisa seca y unos pantalones limpios. Mientras se metía la camisa en la cintura, camino de la puerta, se dirigió a Mary:

—Vístete. Cuando terminemos de comer vamos a salir.

—¿A salir?

Ryder no contestó y abrió la puerta. En el umbral estaba Doc con una gran bandeja en la que había platos tapados. Ryder la cogió.

—Yo no hago esto por cualquiera —comentó Doc.

—No esperaba servicio personal.

Equilibró la bandeja en una mano y empezó a buscar en el bolsillo dinero para una propina, pero Doc meneó la cabeza.

—No se moleste, vengo también por otro asunto.

—¿Ah, sí?

—La señora Anderson, la huésped de debajo de ustedes, ha venido a quejarse. Por lo visto, está cayendo una buena catarata de agua a su habitación desde aquí. No sabrá usted nada de eso, ¿verdad?

La expresión de Ryder no cambió.

—Mi esposa ha estado tomando un baño —contestó—; tendré que preguntarle.

Doc le miró el pelo mojado y la húmeda camisa que se le pegaba al pecho y sacó sus propias conclusiones. Carraspeó, ocultando una sonrisa, y dijo:

—Hágalo.

Ryder cerró la puerta y llevó la bandeja a la mesa que había junto a la ventana del salón. Alzó las tapaderas y, con un movimiento de la mano, mandó parte de la fragancia a comida caliente hacia el dormitorio.

—¿Lo hueles? —preguntó—. La cena está lista.

—He oído todo lo que ha dicho ese hombre —respondió ella—. No pienso salir de aquí nunca.

Ryder sonrió.

—Como gustes.

Dispuso los platos en la mesa y se sentó. No había acabado de desplegar la servilleta en su regazo cuando Mary se unió a él.

—Me gruñe el estómago —explicó en tono defensivo mientras se le sentaba delante.

—Yo no he dicho nada.

Ella se sirvió sopa de champiñones en su cuenco.

—No hace falta. Nadie que tenga la habilidad que tienes tú para emplear el silencio necesita decir mucho. Te aseguro que le habrías arrancado una confesión a la mismísima Juana de Arco.

Se llevó a los labios un poco de sopa. Tenía un aroma delicioso, y, al probarla, vio que estaba tan buena como olía. Durante varios minutos, comieron en silencio, y pasaron de la sopa a la fresca ensalada con aliño de vinagreta. Entonces Mary preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Al teatro.

—¿Al teatro? —No se habría sorprendido más si hubiera dicho que iban a saltar al río Potomac—. ¿Hay una obra que quieres ver?

—No exactamente.

Ella agitó su tenedor en dirección a él.

—Sé usar esta arma.

Él se rió y repuso:

—Muy bien. Esta tarde he estado en la biblioteca, poniéndome al día de lo que sabe Washington sobre el asunto del cañón Colter. Mientras repasaba algunos de los periódicos más recientes he visto el anuncio de que hoy estrenan *Mucho ruido y pocas nueces.* Se espera que atraiga a bastante gente, porque Yvonne Marie interpreta el papel de Beatrice. Tal vez no haya visto nada más que dramas de *saloon* estos últimos años, pero hasta yo he oído hablar de la señorita Marie.

—No me sorprende —dijo Mary con aspereza—: su retrato sale en

los paquetes de cigarrillos; lo he visto.

Él arqueó una oscura ceja.

—¿En serio?

—En el hospital teníamos pacientes que juraban que, si se llevaba cerca del corazón, su imagen tenía poderes curativos. A la madre superiora no le hacía demasiada gracia la idea.

Ni a Mary tampoco, sospechó él.

—Bueno, pues esta noche actúa en el teatro Regent, y me gustaría estar allí.

Cuando Ryder terminó de servirle su porción de trucha a la parrilla y patatas con perejil, Mary comentó:

—Me desprecio por decir esto, pero lo cierto es que no tengo nada que ponerme.

La mirada gris de Ryder se deslizó con suavidad por su vestido verde oscuro. Tenía adornos de encaje color marfil en el cuello y los puños, y además, entre las cosas de Rennie, ella había encontrado un broche que le realzaba el cerrado escote.

—A mí me parece que estás muy bien.

Mary hizo una mueca.

—Eso es porque no has ido más que a dramas de *saloon.* Algún día te explicaré lo ofensivo que es ese comentario.

Él cambió un poco la forma de decirlo.

—Estás preciosa, y vas muy bien para lo que tengo en mente.

Entonces ella puso los ojos en blanco.

—Eso está sólo algo mejor.

—Confía en mí.

—Tendré que hacerlo: no tengo ni idea de lo que estás maquinando.

Lo que Ryder tenía en la cabeza no implicaba poner un pie en el teatro. Mary se recostó en el asiento del coche, apoyó los pies en el de enfrente y suspiró con exageración.

—Con lo que yo deseaba ver a la señorita Marie interpretar a Beatrice... —dijo.

Ryder le dio una palmadita en el pie con gesto distraído mientras, asomado a la ventanilla del carruaje, seguía mirando fijamente hacia la entrada principal del Regent. Disponía de una buena vista de las seis puertas dobles que conducían al interior del teatro. Aunque los coches que esperaban para recoger a los asistentes a la función formaban una fila por la amplia avenida, ninguno bloqueaba la entrada y, por tanto, ninguno tapaba la línea de visión de Ryder desde el otro lado de la calle. Mary contuvo un bostezo.

—No sé qué crees que vas a ver —comentó—. Por lo menos faltan diez minutos para que baje el telón.

—A todo el mundo no le entusiasma el teatro por igual. —Se puso los pies de Mary en el regazo y le masajeó los tobillos—. A lo mejor alguien sale antes.

Ella ronroneó de placer mientras él le frotaba los tobillos y los pies, y

no se tomó el trabajo de contradecirlo. Terminada la obra, se produciría una formal y cortés desbandada hacia la calle para salir del teatro, pero nadie se ausentaría antes de la primera salva de aplausos; era algo que, sencillamente, no se hacía. Apenas había dado forma a ese pensamiento cuando el portero se adelantó para abrir la puerta del lado derecho de la entrada. Mary, que advirtió el movimiento por el rabillo del ojo, se enderezó y bajó los pies del regazo de Ryder. Luego se acercó más a la ventanilla y en seguida tuvo que limpiar el vaho de su respiración en el cristal.

—Washington... —dijo por lo bajo, recordándose dónde estaban—. Esto no ocurriría en Nueva York.

Oyó que Ryder soltaba una discreta risilla, pero hizo caso omiso de él cuando vio a dos parejas salir del teatro. Los hombres llevaban uniforme militar, pero ella no sabía lo suficiente de insignias para identificar su graduación.

—¿Los conoces? —preguntó.

Ryder no le contestó; tenía el entrecejo fruncido y observaba atentamente a los soldados con una mirada entornada y penetrante. Mientras Mary miraba, el portero fue a la acera e hizo un gesto con la mano para llamar un coche de alquiler. Un cabriolé se separó de la larga cola de coches de caballos y el cochero se apresuró a dirigir el vehículo hasta la entrada. Por un momento, el carruaje le tapó la visión, y, una vez se puso en marcha, en el exterior del teatro Regent sólo quedó la solitaria figura del portero. Mary volvió a recostarse y dirigió su atención a

Ryder. Ya no miraba al otro lado de la calle, pero aunque enfocados en dirección a Mary, sus ojos tampoco la veían.

—Ryder —preguntó—, ¿qué pasa?

Él tardó un instante en contestar, y lo hizo con una enigmática respuesta:

—Lo inesperado.

Mary no lo soportó y le dio con el pie en la espinilla. Luego asintió, satisfecha; él ya le dedicaba toda su atención.

—Me has dado una patada —se quejó Ryder en tono acusador.

—Te he dado un empujoncito —puntualizó ella—; hay diferencia.

—Cuéntaselo a mi pierna. —Se la frotó un instante—. Es que he creído reconocer a uno de los hombres, eso es todo; es probable que me haya confundido.

Mary no creía que él cometiera ese tipo de error, aunque, por algún motivo que no adivinaba, no parecía dispuesto a contarle más. En vista de eso, decidió decirle lo que ella sabía.

—Ninguno de los dos eran oficiales de alto rango... y tampoco llevan mucho tiempo en Washington.

Ryder la miró con interés.

—¿Por qué lo supones?

—El cabriolé que les han pedido era alquilado, como el nuestro, y los coches que bordean la calle ahí enfrente pertenecen a sus dueños. Si fueran vecinos más estables de la ciudad, y pudieran permitírselo, los habría recogido a la entrada su propio coche; eso supone una forma más

correcta de presentarse, y hasta en Washington la presentación importa tanto como el contenido.

—¿Qué más? —preguntó él, fascinado.

—No hace mucho que son oficiales —prosiguió ella—. Los uniformes estaban un poco descoloridos, pero las insignias eran nuevas: bajo las luces del teatro brillaban mucho más que los botones.

—¿Y además?

—Y además no han estado en West Point —afirmó con seguridad—, porque allí habrían aprendido modales, si es que no se los habían enseñado en casa, y no habrían salido antes del teatro. Sólo una enfermedad justificaría semejante acción, pero has visto muy bien que ninguno del grupo estaba enfermo. —Con una sonrisa algo engreída, remató—: Y, además, las mujeres que los acompañaban eran tan alquiladas como los coches.

A él no le sorprendió que se hubiera dado cuenta.

—Verdaderamente, no es adecuado alquilar una, una...

—Una acompañante —dijo Ryder—; creo que ésa es la palabra que buscas.

—No lo es —dijo Mary con franqueza—, pero servirá. Como decía, no resulta adecuado para una función de estreno. A un acontecimiento como éste, los maridos acompañan a sus esposas; es lo correcto. Ni siquiera llevan a sus queridas, a menos que quieran avergonzarlas o humillar en público a sus esposas. Sencillamente, no se hace. Ahora bien, mañana por la noche ya es distinto.

Ryder hizo una mueca burlona mientras pensaba en las costumbres y normas de la buena sociedad.

—¿Cómo se aprenden esas cosas? —preguntó, con un toque de sarcasmo.

—Justo lo que yo decía —dijo Mary—: se aprenden con la convivencia. Estas reglas no están escritas en ningún sitio, y rara vez se habla de ellas. Sin embargo, se les suele conceder más consideración que a los Diez Mandamientos, y se las hace respetar con castigos más rigurosos que las plagas que Dios infligió a los egipcios. Los dos hombres que acaban de salir no conocen las reglas, o no les importan lo bastante como para observarlas. Por eso, si crees haber reconocido a uno de ellos, sólo me parece lógico que lo hayas conocido en el Oeste.

Dicho esto, Mary le dedicó una mirada directa e inquisitiva y le preguntó:

—¿Qué? ¿Vas a contarme algo más o tengo...?

Ryder alzó la mano. Con bastantes florituras, los porteros iban abriendo todas las puertas dobles de la fachada del Regent y, casi al instante, los asistentes al estreno empezaron a llenar la acera. Un espléndido carruaje dorado se acercó a la entrada principal y les tapó la vista.

—Puedes esperar aquí o venir conmigo —dijo él—. Pero si vienes, quédate a mi lado y no llames la atención.

—Como si fuera a llamarla.

Ryder se inclinó hacia delante con rapidez y le dio un fugaz beso en

la mejilla.

—No puedes evitarlo, Mary. Cúbrete el pelo.

Abrió la portezuela del cabriolé, bajó de un salto y le alargó la mano. Mary alzó la capucha de su capa antes de tomar la mano tendida. Ryder le dijo al cochero que circulara y diera vueltas a la manzana pero sin coger otro cliente. Le aseguró que regresarían al hotel con él, y que le pagarían su tiempo. Mary iba a hacer un comentario sobre lo acertado de esa decisión, dados sus escasos recursos, cuando sintió que Ryder le tiraba de un brazo para hacerla cruzar la avenida.

El ritmo de la escena era más frenético ahora: los cabriolés competían entre sí para recoger a sus dueños, y los coches de alquiler se acercaban para atrapar a los clientes que no disponían de medios de transporte propios. Ryder y Mary esquivaron caballos y carruajes mientras cruzaban la amplia calle, se deslizaron detrás de un coche de alquiler para subir a la acera y luego se incorporaron a la multitud. Con habilidad, Ryder llevó a Mary a través del gentío hasta llegar justo al límite de la iluminación de gas, en la parte en sombra del teatro. Aunque ella no sabía a qué atenerse ni a quién buscaba, identificó a varías personas en el mar de caras.

—Ese es Alvin Schafer —le susurró a Ryder—, y su mujer, Carolyn. Allí, lejos, los que salen justo ahora. Él es un reformista social y tiene muy buenas conexiones políticas; lo he oído hablar en Nueva York. Apoyan la causa de los niños huérfanos de las ciudades.

Ryder sólo escuchaba a medias. Miró brevemente a la pareja y siguió

escudriñando los rostros de la multitud que se agolpaba delante del teatro.

—Ésos son los Dodd. —Mary se puso de puntillas para ver mejor el colgante que la señora Dodd llevaba al cuello, y no ocultó su sorpresa—. Vaya, creo que es de pasta; debe de haber vendido el original y mandado hacer una copia. Te aseguro que el original no es ni la mitad de grande que ese chisme tan llamativo. Y mira cómo no se cierra la capa: está invitando a todos a que se lo coman con los ojos.

Con ironía, Ryder dijo:

—Tal vez no tengan tu ojo experto... O tal vez esté provocando a un ladrón. —Vislumbró el ceño inquisitivo de Mary—. Si está asegurado, la reembolsarán por su pérdida.

Mientras ella se maravillaba de su observación, los Dodd desaparecieron sin incidentes dentro del coche que los esperaba. Luego, Mary le señaló a Ryder unas cuantas personas más sin que él correspondiera con muchos comentarios. Era evidente que buscaba una cara muy concreta en la multitud.

—Ahí está Warren Hamilton —dijo Mary cuando el senador salió del teatro.

Las angulosas facciones del político de Massachusetts eran inconfundibles. En las viñetas que había visto en los diarios no se rompían la cabeza, y lo representaban como una hachuela; visto en persona, le pareció que los dibujantes habían sido amables.

—¿Era a él a quién estabas...? —Se calló al sentir que Ryder se ponía

rígido. El senador se había apartado y había descubierto la presencia de la joven que iba a su derecha. Entonces bajó aún más la voz—. Ah... es a ella a quien hemos venido a ver.

Cuando se alzó de puntillas y empezó a estirar el cuello para vislumbrar mejor a su presa, Ryder le puso una mano en el hombro. Aunque se sintió casi como un revoltoso cachorro al que acabaran de llamar, Mary retrocedió a las sombras. Había visto lo suficiente para formarse una primera impresión, y estaba plenamente justificado que se considerase a Anna Leigh Hamilton como una belleza. Su espléndido cabello rubio llamaba la atención, y sus ojos resplandecientes y su sonrisa hacían que no pudiera desviarse la vista de ella. Cogida del brazo de su alto y enjuto padre, era una visión llena de delicadeza. Era tan animada como serio era él, y de proporciones tan generosas como él delgado. El aire impaciente del senador sólo desaparecía cuando le dirigía una sonrisa indulgente a su hija.

Ryder retrocedió un paso hasta la seguridad de las sombras más profundas cuando Anna Leigh miró hacia donde estaban, aunque no lo vio. Miraba más allá, intentando averiguar el paradero del carruaje que debía recogerlos a ella y a su padre. El portero, que también la vio mirar, se adelantó al instante a buscar él mismo el coche del senador Hamilton.

—Es una princesa —dijo Mary en voz baja—. Todo el mundo acata sus órdenes.

Ryder asintió con un gesto.

—Venga. Ya he visto bastante. Ella está aquí, y podemos seguir...

Mary le puso una mano en el antebrazo para detenerlo.

—Espera —dijo—. ¿No es ése tu tío?

En efecto, Wilson Stillwell salía del teatro acompañado de dos caballeros. Mary no los reconoció, pero le impresionó el hecho de que saludaran con una cortés inclinación de cabeza a Anna Leigh y a su padre mientras Wilson Stillwell no hacía ningún saludo.

—Tu tío dedica tan poco tiempo y estima a la señorita Hamilton como tú —comentó—: les ha negado el saludo a ella y a su padre.

—Dudo de que haya sido por mí causa —contestó Ryder con ironía.

Mary suspiró.

—Podrías concederle el beneficio de la duda. La señorita Hamilton te calumnió, y tu tío reacciona de la única forma que puede.

Ryder no discutió esa interpretación. Desde luego, Mary llevaba razón en cuanto a que Wilson Stillwell había sido manifiestamente grosero, pero no estaba seguro de por qué. Apartó la vista de su tío y vio que la multitud iba menguando. No podían permitirse estar allí mucho más tiempo, porque el portero, que había regresado a su puesto, se fijaría en ellos.

—Vamos —dijo—. El cochero ha dado la vuelta a la manzana por tercera vez. Tenemos que irnos.

Mary dejó que la cogiera del brazo y que la llevara a paso brioso hasta el otro lado de la avenida, justo a tiempo de encontrarse con el coche de alquiler cuando éste completaba su recorrido. Mientras subía, oyó vagamente a Ryder ordenarle al cochero que siguiera el carruaje del

senador Hamilton; cuando él se acomodó en el asiento, ella tenía la cara pegada a la ventanilla del cabriolé.

—¿Qué miras aún? —preguntó Ryder.

Mary no se apartó, sino que volvió la cabeza de lado para seguir mirando al mismo sitio cuando el cabriolé empezó a moverse.

—Tu tío no se ha metido en el coche con sus compañeros —dijo—. Creo que va a rodear el lateral del teatro. Vaya, sí, allá va. ¿Qué supones que pretende?

—La señorita Yvonne Marie —dijo Ryder.

—¿Por qué? Ah, ya entiendo. Quiere conocer a esa actriz. —Se apartó de la ventanilla—. ¿No estaba casado?

—Lo estuvo brevemente, hace años. Mi tía murió en el parto, y la niña murió días después. No volvió a casarse.

Mary se emocionó sinceramente.

—Pobre, qué triste. Entonces sólo te tiene a ti.

—Quizá eso explique las acciones de Wilson —replicó Ryder en tono tenso, pensando en sus propias mujer e hija muertas—, pero no las justifica.

—No —se apresuró a decir ella—. Claro que no.

Ryder suspiró.

—Perdona. —Dio unas palmaditas en el espacio que quedaba a su lado, y Mary cruzó de buena gana el oscilante coche—. Sé que tenías esperanzas de que nos ayudara.

El comentario la sorprendió.

—No me he rendido: a lo mejor aún nos ayuda. Ya has visto cómo se ha comportado con el senador Hamilton y con Anna Leigh. Quizá esté dispuesto a echarnos una mano, aunque sólo sea para vengarse. La verdad, no he visto ni oído nada que me haga pensar que no debiéramos pedirle ayuda.

Ryder le rodeó los hombros con el brazo y le dio algo distinto en que pensar.

—Necesito entrar en los archivos del Ministerio de la Guerra —dijo—. Estaré encantado de recibir ideas sobre cómo conseguirlo.

—Iré yo —se ofreció ella al instante—. ¿Qué estás buscando?

—Ni hablar. —Él se inclinó hacia delante cuando el cabriolé redujo la marcha para doblar una esquina. Miró por la ventanilla, observó la calle, y luego se relajó y se arrellanó—. Quiero ver las órdenes de traslado y los expedientes de todos los relacionados con Fuerte Union.

—¿Y eso lo encontrarás allí?

Él asintió.

—Todos los documentos llegan al Ministerio de la Guerra antes o después.

Por un momento, Mary pensó en qué estaría buscando Ryder.

—Tiene algo que ver con los hombres que salieron pronto del teatro, ¿verdad?

Él sonrió, nada disgustado porque lo hubiera resuelto.

—Nadie te acusará jamás de ser lerda —reconoció—. Sí, tiene que ver con ellos. El más alto me sonaba un poco, pero al otro lo conozco. La

última vez que lo vi era soldado raso, y el único motivo que se me ocurre para que haya ganado esos galones que lleva ahora es que fue uno de los dos hombres que me entregaron.

Mary abrió más los ojos.

—¿Quieres decir en el cañón Colter?

—Patrick Carr —respondió Ryder—. Después del ataque, subió a la cresta con Davis Rivers para buscarnos a mí y Anna Leigh.

—Yo conocí al teniente Rivers —dijo Mary despacio, intentando situar el momento y el lugar—. Fue en mi primer día en Arizona. El teniente y un pequeño grupo de soldados nos acompañaron a mi familia y a mí desde Tucson hasta Fuerte Union. A Carr no recuerdo haberlo visto nunca.

—No estuviste mucho tiempo en el fuerte, y tal vez ya lo hubieran vuelto a trasladar aquí. —Juntó las oscuras cejas mientras intentaba sacar algo en claro de aquello—. Su papel en el juicio acabó hace bastante, pero me sorprende que lo hayan traído al Este; no es costumbre trasladar a los soldados rasos de un sitio a otro así.

—Pero ya has visto que ahora es oficial.

—Sargento —dijo él—. Sigue pareciéndome impropio que se encuentre en Washington. Y, además, ha ascendido bastante rápido. Aún era soldado raso cuando declaró contra mí.

Entonces Mary también frunció el entrecejo.

—¿Qué significará eso?

—No lo sé. Por eso tengo que entrar en el Ministerio de la Guerra —

dijo él—. Tú dedícate a resolver ese problema. Allí me conoce demasiada gente como para entrar sin más y pedir que me enseñen las listas de alistamientos y traslados.

Pero no hubo tiempo de pensarlo, porque el cabriolé redujo la marcha otra vez. Los dos se asomaron al mismo tiempo y vieron que el carruaje del senador Hamilton dejaba la calle para entrar en un amplio camino semicircular que llevaba a una mansión de piedra gris. Ryder descorrió el panel de comunicación y le ordenó al cochero que siguiera bajando por la calle Jefferson. Cuando perdieron de vista la residencia de los Hamilton, hizo que el cochero se detuviera. Luego salió del vehículo, ayudó a Mary a bajar y pagó.

—No vamos a necesitarlo más —dijo, y añadió una generosa propina por el tiempo perdido.

Ya solos en la calle, Mary preguntó:

—¿Y ahora qué? —A lo lejos oyó que otro carruaje se acercaba—. ¿Tienes algún plan?

Sus palabras sonaron bastante entrecortadas, porque Ryder iba tirando de ella hacia una hilera de robustos robles que bordeaba la avenida, como si fueran los centinelas de un palacio. La llevó detrás de uno de ellos para que ningún transeúnte los viera, y ella se apoyó en el árbol.

—¿Qué vamos a hacer? —La corteza estaba húmeda de la lluvia de antes, y unas gotitas de agua cayeron de las peladas ramas; una le salpicó la cara, y Mary se la secó—. ¿Ryder?

—Vamos a esperar.

—¿A esperar? Pero...

Él le puso un dedo en los labios.

—Shhh.

Mary se calló en seguida y escuchó con mucha atención. El aire nocturno, fresco y vivificante, parecía resaltar más el esporádico goteo de agua, el rítmico chasquido de las ruedas de los coches y el golpear de los cascos de caballo. Ella se dio cuenta de que el carruaje que habían oído no se acercaba, sino que había girado. El sonido y el ritmo cambiaron cuando el vehículo rodó sobre grava en lugar de sobre los mojados adoquines. Alzó la vista hacia Ryder y lo vio mirar fijamente en dirección al hogar de Anna Leigh Hamilton. Desde tanta distancia no se apreciaba casi nada, y además tapaban la vista la valla de hierro que rodeaba la propiedad y la hilera de setos que bordeaba la entrada, pero ambos oyeron que Anna Leigh alzaba su clara y melodiosa voz en un saludo. Sus palabras no se distinguían con claridad, pero su intención sí, y el huésped, pues sólo respondía una voz, fue invitado a entrar.

El coche no tardó en partir, y pasó a poco más de un metro de ellos. Era un cabriolé alquilado, y no había medio de identificar quién había llegado en él.

—Por lo visto, no somos los únicos que siguen a Anna Leigh y a su padre. —Mary entornó los ojos al mirar la cara de Ryder—. Pero creo que tú lo sospechabas.

Él asintió.

—Vi el coche cuando miré para ver dónde girábamos. —Señaló la casa—. Voy allá a echar un vistazo y quiero que esperes aquí.

Incluso a oscuras, no le costó trabajo ver que Mary ladeaba la boca en un gesto de tenaz desaprobación. Y cedió porque no le quedaba más alternativa.

—Muy bien —aceptó—. Pero tú vienes detrás de mí; detrás y en silencio.

Mary hizo un rápido saludo militar.

—Muy gracioso —dijo él en un tono que dejaba claro todo lo contrario.

Ella se encogió de hombros sin intención de disculparse, le dio un empujoncito en dirección a la casa y luego se convirtió en su sombra.

El coche que había dejado a Anna Leigh y a su padre en la puerta principal estaba ya en la parte trasera. Ryder se agachó y avanzó con Mary junto al seto, hasta que tuvieron que cruzar el camino de entrada para llegar al porche delantero. La travesía al descubierto fue rápida, pues la luz que surgía de la casa les servía de referencia. Cruzaron sigilosamente el bajo y amplio porche y se detuvieron al llegar a la primera ventana iluminada. Con un gesto, Ryder le indicó a Mary que se quedara donde estaba. Después se agachó y pasó bajo la ventana hasta el otro lado. Cuando echó una primera y breve ojeada dentro, dio la impresión de que tanta cautela había sido en balde: la habitación estaba vacía.

Decepcionada, Mary soltó un sonoro suspiro y al instante lanzó un

leve grito, sobresaltada; las cortinas se habían movido de repente y un florero se había caído. Ryder le dirigió una mirada de reproche que no hizo mella en Mary: tenía los ojos cerrados, bien apretados, temiendo que la descubrieran. De pronto, sintió que de un rápido tirón él la llevaba a su lado de la ventana y la abrazaba fuertemente. No se confundió creyendo que pretendía consolarla: sólo quería asegurarse de que no hubiera más arrebatos. Tenía la mano muy cerca de su boca, lista para tapársela si volvía a chillar.

Dentro de la habitación sonó otro ruido, y, como Ryder no parecía tener intención de irse del porche, Mary abrió un poquito los ojos. En el alféizar interior de la ventana, una gorda gata atigrada estaba sentada y escudriñaba su propio reflejo en el vidrio. Mary hizo una mueca al darse cuenta de que había sido su suspiro lo que había hecho que el animal saltara y, a su vez, le diera un susto. A la gata atigrada le eran absolutamente indiferentes el florero roto o los charcos de agua sobre el suelo de madera; se dedicaba a lamerse las zarpas y acicalarse con elegancia. Tan interesada estaba en ella que Mary no vio acercarse a Anna Leigh hasta que las manos de la joven agarraron a la gata y la levantaron del alféizar. Habría retrocedido de un salto si Ryder no la hubiera sostenido. Se preguntó por qué no se movía, y entonces reparó en que la luz de gas del interior hacía que las ventanas actuaran como espejos para los ocupantes de la habitación.

Más tranquila, miró por la delicada telaraña de las cortinas de encaje y vio que la puerta se abría un poco más. Sin dejar de acariciar a la gata,

Anna Leigh se apartó de la ventana. Su voz sonó algo amortiguada por el cristal, pero perfectamente comprensible.

—Sólo es la gata —dijo—; ha roto un florero. El ruido no habrá despertado a papá, ¿no?

Por primera vez, Mary se dio cuenta de que la persona de la puerta, justo fuera de su campo de visión, no era el padre de Anna Leigh. Entornó los ojos, pero no distinguió la sombra. Se preguntó si sería un criado, o tal vez el invitado de Anna Leigh. ¿Y a quién recibiría la hija del senador después de que su padre se hubiera ido a dormir?

Anna Leigh levantó la gata atigrada y se frotó el cuello contra su suave piel.

—Gata torpe... —dijo con voz cariñosa. Luego se dirigió a la persona que estaba en la entrada—. Ay, creo que oigo a papá. Dígale lo que ha pasado y que todo está bien. No hay necesidad de molestar a nadie, yo misma lo limpiaré.

La respuesta fue inaudible, pero Anna Leigh pareció contentarse con ella. Dejó a la gata en el suelo, la ahuyentó y se arrodilló para empezar a recoger flores estropeadas y fragmentos de cristal.

De repente, se cortó en un dedo, y Mary hizo una mueca automática de compasión. Anna Leigh dejó caer las flores y varios trozos de cristal para mirarse la herida. Al mismo tiempo, la puerta de la biblioteca se abrió del todo, y la otra voz se oyó con claridad; era una voz de hombre, sonora y grave, demasiado íntima y preocupada para pertenecer a un criado.

La mano de Ryder cerró la boca de Mary cuando el hombre entró en la habitación. Estaba preparado; había reconocido la voz casi al instante porque ya la había oído, en su juicio, realizando una larga y funesta declaración. Mary sólo la había oído fugazmente, de modo que no lo sorprendió que necesitara ver al huésped de Anna Leigh para identificarlo.

El teniente Davis Rivers se apresuró a cruzar la biblioteca para arrodillarse junto a Anna Leigh. Cuando acercó su radiante pelo rubio al de ella, los cabellos de ambos fueron casi indistinguibles uno del otro. Las atractivas y aniñadas facciones del oficial, a la vez dulces y encantadoras, expresaban preocupación. Tomó la mano de Anna Leigh, le examinó la herida y le besó el corte de la piel; cuando se apartó, tenía una gota de sangre en el labio inferior.

Ryder tiró de Mary para retirarla de la ventana, pero antes, a ella le dio tiempo de vislumbrar cómo la señorita Anna Leigh Hamilton se lamía los labios con gesto lascivo y se lanzaba a los brazos del teniente.

Capítulo 15

Ryder durmió mal aquella noche. Sus sueños intranquilos tejieron un tapiz centrado en el ataque del cañón Colter, y ninguno de ellos tenía desenlace. Siempre se despertaba en el mismo momento: Anna Leigh Hamilton, de pie ante él, lo acusaba de haberla violado; el teniente Rivers la consolaba, y el soldado Carr preparaba una cuerda para ahorcarlo.

No le sorprendió despertarse tarde, pero sí que Mary lo hubiera dejado dormir. Había supuesto que estaría deseosa de hacer algo con la información que habían conseguido, porque no le gustaba estar inactiva. Al alejarse de casa de los Hamilton habían discutido sobre la conveniencia de ir a casa del tío de Ryder. Él no estaba listo para hacerlo, pero Mary se mostró inflexible en su idea de que era el momento.

Ryder se estiró y se levantó de la cama. Se sentía relajado y perezoso, y en aquel instante se arrepintió de no haber dormido sobre las mantas en el suelo. Se detuvo un momento delante del balcón y miró el cielo; estaba despejando, y grandes trozos de azul anunciaban la inminente presencia del sol. Sin embargo, en las brillantes calles se distinguían restos de la persistente lluvia del día anterior, y una serie de heladas gotitas de agua adornaba el filo de la balaustrada de piedra.

Se apartó con la esperanza de que el cambio de tiempo fuera un

presagio de otros cambios y, cuando fue a lavarse, echó un vistazo en la sala. Mary estaba ovillada bajo un montículo de mantas en el sofá; por lo visto, su agitación también la había afectado. Resistió el impulso de llevarla de vuelta a la cama y, en lugar de eso, se tomó su tiempo para realizar el ritual matutino de lavarse, afeitarse y vestirse.

Cuando por fin volvió a la sala, vio que Mary no se había movido. Entonces dio un suave empujoncito al montón de mantas y destapó dos almohadas y el camisón de dormir de Mary, pero no a ella. Enfadado, tiró las mantas y miró por el cuarto buscando una nota. ¿Estaría desayunando, sin más? ¿O, como sospechaba, habría ido a ver a Wilson Stillwell? ¿Estaría él reaccionando ante una suposición en vez de ante la realidad?

Como no encontró ninguna nota, fue derecho al mostrador de recepción a ver a Doc Stanley; era el lugar lógico para que Mary le hubiera dejado un mensaje. Doc la había visto salir dos horas antes, pero no le había dejado recado alguno para Ryder.

—No se ha parado a charlar —dijo, ajustándose los lentes—. Me ha pedido que le consiguiera un coche de alquiler, y ahí ha terminado la cosa.

—¿Le ha dado la dirección para que se la diera al cochero?

—No, se la ha dicho ella misma, y no la he oído. No se me ha ocurrido pensar que usted no supiera adonde iba.

A Ryder tampoco se le había ocurrido que Mary se largaría por su cuenta, pero no se lo dijo a Doc.

—Sí, bueno, es una persona muy independiente.

—La peor clase —comentó Doc en tono compasivo—. Acuérdese bien de lo que le digo: la peorcita.

Ryder pidió y tomó el desayuno en el comedor de la primera planta. De vez en cuando, alzaba la vista cuando entraba alguien, aunque en realidad no esperaba ver aparecer a Mary. Se planteó intentar buscarla, pero en seguida abandonó la idea; después de hablar con Doc, estaba menos seguro de adonde podía haber ido, aunque el hecho de que no preguntase ninguna dirección le daba esperanzas de que no hubiera ido a casa de su tío. Él no le había dicho dónde vivía Wilson Stillwell, y los cocheros de alquiler de Washington no tenían por qué conocer su domicilio. Por lo que sabía, Mary no había estado nunca en la ciudad, y, probablemente, su lista de conocidos se limitaba a las personas que le había señalado la noche anterior en el teatro Regent. Pero ¿cómo iba a prestarle ayuda ninguna de ellas?

Acabó su café y volvió a la habitación; la puerta estaba entreabierta, y él recordaba muy bien haberla cerrado. Decidió entrar con cautela.

—Pero ¿dónde andabas? —espetó Mary poniéndose de pie—. Estaba preocupada. Doc me ha dicho que me buscabas, y luego yo no daba contigo. ¿No se te ha ocurrido decirle que no venías derecho a la habitación? ¿Cómo iba yo a saber adonde habías ido?

Ryder terminó de entrar en el cuarto y cerró la puerta.

—No cuela —soltó él—. Esas son mis preguntas, y tú lo sabes.

Mary perdió algo de su actitud combativa cuando Ryder puso su

ataque en cuarentena.

—Pues es verdad que estaba preocupada —dijo ella.

—Te creo.

Ryder se la quedó mirando. Silencio... Espera... Mary no soportaba ese tipo de examen detallado, y al cabo de poco rato dijo:

—Ojalá emplearas otro método de tortura; la verdad es que no aguanto este silencio expectante. —Al ver que Ryder no cambiaba de gesto, suspiró—. Muy bien... Lamento no haberte dicho que me iba, pero sé que habrías querido venir o que habrías discutido conmigo para que no fuera, y creo que eso no te hubiera convenido.

Como explicación, dejaba bastante que desear, y con una elocuente mirada, Ryder le advirtió que debía ser más clara. Mary señaló el maletín que había junto a la puerta y preguntó:

—¿Quieres pasarme eso? Puedo explicártelo todo.

Mientras le daba el maletín, él se alegró de no haberse dado cuenta de que se lo había llevado; eso no habría hecho más que multiplicar su preocupación por diez.

Mary apartó las almohadas que aún estaban en el sofá para hacer sitio y se sentó. Luego abrió el maletín a su lado y empezó a dejar tarros de cremas, tintes y polvos sobre la mesita auxiliar.

—Me pediste que me dedicara a pensar en cómo entrarías en el Ministerio de la Guerra. —Un par de gafas se añadieron al conjunto de tarros, junto con varios postizos de diversa longitud y color—. Y eso es lo que he hecho. Aquí tengo una colección de artículos con los que

confeccionar un buen disfraz, y también instrucciones sobre cómo usarlos. No es tan sencillo como parece: hay que aplicar con cuidado la pintura facial para que de cerca no se note. Pero me han asegurado que tengo un don para ello, así que no debes preocuparte: cuando acabe contigo, no se notará nada en absoluto.

Ryder se sentó. Miró el extraño surtido de tarros, botes y cabello dispuesto sobre la mesita, y luego miró a Mary, que mostraba una expresión de sereno placer.

—Mary —dijo al fin—, ¿adónde has ido exactamente?

—Al teatro Regent —contestó ella, como si fuera algo lógico—. Esta mañana se me ha ocurrido que la única persona que podía ayudarnos era la mismísima señorita Yvonne Marie.

Ryder supo que el plan de Mary tenía algo más de un cincuenta por ciento de probabilidades de éxito al ver que ni el propio Doc los reconocía cuando pasaron por el vestíbulo. Ella paró un cabriolé mientras, a su lado, Ryder, con aspecto frágil, se apoyaba en su brazo. Cuando estuvieron acomodados en el interior y el coche ya iba en camino, Mary dijo:

—Cuando seas un anciano, seguirás siendo guapo. —Se inclinó hacia delante—. Espera, deja que te enderece el bigote. Te he dicho que no te lo tocases hasta que se secara la goma.

Ryder aguantó sus atenciones de mala gana.

—Pica.

—Qué se le va a hacer.

Mary dio unos toquecitos al canoso bigote para que encajara bien en su sitio. Era un bigote largo y tupido, y las puntas rozaban el labio de Ryder cuando hablaba o sonreía; ya le había advertido que no le convenía hablar o sonreír demasiado. Al terminar, se echó hacia atrás, observó de nuevo su aspecto y se mostró satisfecha. Había empleado con habilidad un lápiz de maquillaje teatral para crear arrugas de edad en las comisuras de la boca y de los ojos, y también en la frente. Yvonne Marie le había enseñado a hacerlo para subrayar el aire avejentado. También había usado un postizo gris para cubrir casi todo el brillante cabello de Ryder, y añadió asimismo unos toques de gris a las sienes para fundir su color verdadero con el canoso. Llevaba un par de gafas de montura metálica, además de unas patillas que le redondeaban más la cara. Mary le había aclarado las cejas con la misma mezcla de pintura y polvos usada para las sienes.

—Vas demasiado erguido —dijo ella—. ¿No puedes encorvar un poco los hombros?

Ryder obedeció.

—¿Mejor?

Ella asintió.

—Si yo tengo que ser un anciano, ¿por qué tú no tienes que ser una anciana?

—Sería excesivo —respondió ella, sensata—. Hay que evitar llamar la atención.

Una peluca de un intenso color castaño cubría el pelo cobrizo, más

luminoso, de Mary. Se había oscurecido las cejas y había añadido unos toques de color a su cara para dar a su tez un matiz algo más oscuro. Se alisó la peinada peluca con un gesto delicado y dijo:

—Me siento como si llevara un casco. Desde que tenía diecisiete años no había tenido tanto pelo amontonado sobre la cabeza.

Ryder habría preferido que no cambiara nada de sí misma y se quedara en el hotel, pero Mary adujo un razonamiento convincente: su presencia sería una especie de maniobra de distracción; de ese modo, sería menos probable que a él lo interrogaran en detalle o lo observaran.

Ryder miró cómo se arreglaba el cabello y se retocaba los labios con un poco de carmín, y pensó que, en realidad, estaba encantada. Desde luego, las horas pasadas en compañía de la señorita Marie aquella mañana le habían dejado huella; no le sorprendería nada si le anunciaba que iba a dedicarse al teatro.

—¿De verdad le dijiste a la señorita Marie que los pacientes guardaban su retrato junto a su pecho? —preguntó él.

—Claro que sí —contestó ella—. Es que es cierto. Bueno, quizá «guardaban» sea exagerar su cariño por las imágenes de aquellos cigarrillos, pero sí es verdad que las coleccionaban y las admiraban. La señorita Marie se ha conmovido.

—Estoy convencido de que te aseguraste de que lo hiciera.

—Nos ha ayudado, ¿no? Y lo que es más: ha descubierto que recuerda a tu tío. El senador Stillwell fue a conocerla anoche, como tú sospechaste; y ella me ha dicho que fue muy agradable y la felicitó con

mucha cortesía por su actuación.

—Mi tío es muy hábil. Si se muestra cortés, es porque pretende algo.

—La señorita Marie se quedó admirada con él —prosiguió. Luego suavizó el tono—: No perderías nada por mantener una mentalidad abierta respecto a tu tío.

Ryder soltó un pequeño y refunfuñón gruñido, como correspondía al anciano que en teoría era. El asunto estaba cerrado.

En el Ministerio de la Guerra, Mary fue quien llevó la voz cantante. Se presentó como la viuda de Samuel Franklin, y a Ryder como su suegro. Dijo que estaban interesados en los archivos de la guerra entre los Estados, en particular en todo lo que tuviera que ver con las batallas de Shiloh y Vicksburg. Explicó que trataba de localizar un diario que su marido había empezado a escribir al alistarse, y que a su muerte no le devolvieron con el resto de sus pertenencias. Empleó un tono quedo y un aire digno; dejó que la realidad inventada hablara por sí misma, y no intentó forzar ni engatusar a nadie para que hiciera excepciones por ella.

Ryder se dio cuenta de que hechizaba a todo aquel con quien hablaba. La consecuencia de su actuación fue que a él apenas le prestaron atención.

Les cedieron un cuarto pequeño y sin ventanas junto a la sala principal de los archivos. Era más bien un cuchitril, pero disponía de una mesa, sillas y dos lámparas de queroseno. Al principio, los funcionarios

del ejército les llevaron los expedientes a la habitación, pero a medida que fue pasando la tarde y Mary seguía sin encontrar lo que fingía buscar, le permitieron que buscara ella misma en la sala principal. Mientras indagaba en cartas de concesión de medallas y libros de alistamiento de una guerra ocurrida una veintena de años antes, Ryder se despachaba a gusto con carpetas más recientes que abarcaban casi todo lo sucedido en la campaña del Oeste.

Los funcionarios no se dieron cuenta de que miraba documentos distintos de los que examinaba Mary. Una vez, lo encontraron en una zona que no era de la sala de archivos, pero eso no levantó sus sospechas; creyeron que se había perdido y se limitaron a dirigirlo hacia las estanterías correctas. La actitud de los empleados fue atenta pero algo altiva, y Ryder lo soportó sólo porque le era útil.

Mary garabateaba notas mientras leía. Salvo por algunas cosas que Ryder le decía que anotara, casi todo era absurdo. Habría preferido leer lo mismo que él, pero sabía que su papel era desviar sospechas, y tuvo que contentarse con eso. Al marcharse, puso empeño en dar las gracias a todos por su amabilidad. Fue especialmente cortés con los funcionarios, a los que llamó por su nombre. Cuando Ryder empezó a hacer impacientes ruidos porque quería irse, ella pidió disculpas, y comentó que había sido una tarde larga y que había sacado a la luz muchos recuerdos.

Una vez fuera del Ministerio de la Guerra, Mary suspiró con alivio.

—A esta viuda no la olvidarán pronto. Eso está bien, ¿no te parece?

—Desde luego. Tú has estado estupenda.

—No me beses —se apresuró a decir ella, alzando la vista hacia él—. Al menos, no del modo en que creo que quieres besarme.

—Se nota, ¿no?

Ella asintió encantada. Era un buen presagio para el futuro, cuando de verdad fuera un anciano. Lo tomó del brazo y bajaron los escalones de piedra.

—Vamos a pasear un rato —dijo—. Toda la tarde sentada en esa habitación tan cargada me ha dejado destrozada. Estoy tan agarrotada como en teoría tienes que estar tú.

Ryder también sentía la necesidad de estirar las piernas y accedió. Apenas habían avanzado un par de metros cuando ella le preguntó:

—¿Y bien? Vas a contármelo, ¿no? ¿De qué te has enterado? Desde luego nada de lo que yo he leído servía.

—No tenía por qué —replicó él—. ¿De verdad quieres saberlo ahora? No haré más que repetirme cuando lleguemos a casa de mi tío.

El hogar de Wilson Stillwell en Washington era una gran casa victoriana de color blanco con contraventanas azules y llamativas molduras. A diferencia de la finca vallada de los Hamilton, un seto bajo y pulcramente podado separaba el jardín del de los vecinos de ambos lados. No había camino de acceso circular en la fachada de la residencia, sino que los carruajes dejaban a sus pasajeros frente a la casa y los

invitados recorrían el sendero hasta la puerta principal. Vista desde la calle, la casa parecía acogedora, e indicaba una elegancia cómoda y sencilla.

El interior era más o menos igual. Una sirvienta acompañó a Mary y a Ryder al salón delantero. El senador no estaba en casa cuando llegaron, y, antes que volver más tarde, prefirieron esperarlo. Cuando el ama de llaves los dejó solos, Mary deambuló por la habitación para ver qué decían sus muebles del dueño.

—El ama de llaves no te ha reconocido con el disfraz —comentó mientras cogía una delicada figurita de jade.

En la habitación había varias tallas orientales, la mayor parte de jade y unas cuantas de marfil, todas ellas de lo más refinado. Sentado en un sillón de orejas tapizado en brocado malva, Ryder se estiró.

—No me había visto antes —aclaró él—. Por eso.

Mary echó un vistazo a la repisa de la chimenea, llena de fotografías.

—No sé. —Volvió a dejar la figurita en su sitio y se acercó a la repisa; cogió un recargado marco dorado y durante unos momentos observó detenidamente la foto—. Este eres tú de cadete en West Point.

Ryder asintió.

—Todo es para guardar las apariencias, Mary: es lo que cree que hace mejor efecto en su electorado. Desea mostrar buen gusto pero sin excesos; aborrecería la mansión de Hamilton.

Con un suspiro, Mary dejó la fotografía en su lugar y miró las demás. Reconoció a Ryder de niño, en una imagen familiar, con su madre y su

padre; su hermana Molly era aún una niña de pecho. Con el mismo severo perfil de su padre y la tez de su madre, Ryder miraba fijamente a la cámara con aspecto muy solemne, y Mary imaginó que, incluso a tan temprana edad, no le debió de costar ningún esfuerzo quedarse quieto. También había una fotografía de boda de Wilson y su mujer, y otra de los padres de Ryder. El último marco no contenía ninguna imagen, sino un mechón de fino cabello dorado.

—¿Es de su hija? —preguntó, alzándolo para que lo viera Ryder.

—Exacto; un detalle patético, ¿no?

Ella le echó una desaprobadora mirada.

—Ese sarcasmo no te sienta bien. Me parece que tu tío no estará dispuesto a ayudarnos, y con razón, si sigues comportándote así.

Ryder inspiró aire y lo soltó despacio.

—Me enmendaré —dijo en voz baja.

El ama de llaves eligió aquel momento para volver; llevaba una bandeja con té para Mary y vino para Ryder. Sirvió ambas cosas, esperó el visto bueno y se marchó tan en silencio como había llegado.

Mary observó con recelo la copa de vino de Ryder.

—Tú no bebes —dijo—. ¿Por qué lo has pedido?

Ryder había elegido Montrachet expresamente, e incluso había indicado el año que quería. A Mary le pareció una extraña broma, hasta que el ama de llaves acudió con la botella.

—Es el vicio secreto de mi tío —explicó él levantando la copa—. En su bodega se encuentra el exceso que no hay en ningún otro lugar de esta

casa. Durante el poco tiempo que viví aquí, la hizo ampliar dos veces para alojar su creciente colección. Se preocupa mucho por la temperatura y la luz de allí abajo, y tiene un criado sólo para dar vueltas a las botellas de modo uniforme y regular. ¿Quieres verla?

—Dejaré que me la enseñe él —contestó—; tú no le harías justicia.

Ryder tomó un sorbo de vino.

—Es una cosecha extraordinaria.

—Y que tú no sabes apreciar en absoluto —replicó Mary—. Lo has pedido para fastidiar.

Él no lo negó, pero al recordar que había prometido enmendarse, dejó la copa a un lado. Decidió que, verdaderamente, aquella mezquina venganza tenía un gusto amargo. Entonces se levantó, fue hacia la chimenea y añadió un leño al escaso fuego que había encendido el ama de llaves. Después de sacudirse las manos, empezó a quitarse el bigote, las patillas y el postizo que Mary le había colocado con esmero, y se los dio para que los metiera en el bolso. A continuación sacó un pañuelo y empezó a quitarse la pintura y las rayas de lápiz de maquillaje.

Antes de que se abrieran las puertas correderas que daban al salón, oyeron abrirse y cerrarse la puerta principal, así como un intercambio de palabras en voz baja en el vestíbulo. El ama de llaves se quedó boquiabierta al ver a Ryder de pie junto a la repisa de la chimenea, quitándose las arrugas de la cara, y a Mary en el sofá, observando con ojo crítico un casco de pelo que colgaba de su mano.

—Está bien, señora Shanahan —dijo Wilson Stillwell—; conozco a

estas personas.

Le dio el sombrero y el abrigo, y después, al ver la botella que había pedido Ryder, añadió:

—Para mí traiga sólo una copa. Veo que mi sobrino ya ha hecho una buena elección.

Entró y cerró las puertas correderas.

—Ryder —dijo secamente, con una breve inclinación de cabeza—, tu presencia aquí es algo más que inesperada.

—Wilson —repuso Ryder con idéntica sequedad. Acabó de limpiarse la pintura facial y volvió a meterse el pañuelo en el bolsillo—. Te presento a Mary McKay.

Mary se apresuró a guardar la peluca castaña en el bolso; tenía las mejillas rojas cuando Wilson Stillwell hizo una educada inclinación en dirección a ella.

—Senador —saludó Mary infundiendo cordialidad a su voz—, estoy encantada de conocerlo.

Stillwell no correspondió a su sentimiento.

—¿McKay? Tenía entendido que era usted una de las... —se calló para marcar una leve pausa—, de las hijas de Jay Mac Worth.

Mary entornó los ojos y alzó un poco la barbilla. Comprendió aquel titubeo porque ya lo había oído antes, siempre que la gente quería demostrarle que sabía que era una bastarda.

—Pues es mi esposa —cortó Ryder.

—¿Esposa? ¿Y cuándo ha sido eso?

Wilson Stillwell tenía un rostro severo y grave que el desagrado ensombreció un poco más. A pesar de su austeridad, sus facciones eran atractivas, y sus ojos azules brillaban como esquirlas de hielo.

—No importa —intervino Mary poniéndose en pie—. No venimos buscando su bendición, ni siquiera su aprobación: hemos venido en busca de su ayuda. Si no nos la brinda, ya hemos desperdiciado demasiado tiempo, suyo y nuestro.

El senador le lanzó una breve y ardiente mirada con sus luminosos ojos azules, y observó atento su rígida espalda y su actitud orgullosa. Entonces se echó el pelo atrás con un gesto que recordaba otro que Ryder solía hacer y asintió despacio, con admiración.

—Tiene usted mucho de su padre —dijo, como si le hiciera un cumplido—. Vamos, siéntese. Si la he ofendido, le pido disculpas.

Echó una ojeada a sus espaldas.

—¿Dónde está la señora Shanahan con mi copa? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular; entonces señaló la copa de vino sin terminar que estaba en la bandeja—. ¿Vas a bebértelo, Ryder?

Él negó con la cabeza.

—Sírvete.

—Ya lo creo —replicó Wilson Stillwell con voz grave—. Como tú has hecho.

Se sentó en el sillón que Ryder había ocupado poco antes y miró alternativamente a su sobrino y a Mary.

—Estaba en el fuerte cuando huiste —comentó—; incluso me quedé

una semana para ver si te detenían. Cuando quedó claro que los hombres de Gardner no estaban a la altura, me fui. Le dije al general que no te quedarías en aquel territorio, pero ni siquiera yo habría predicho esto. —Esbozó un gesto severo y, mientras se llevaba la copa a la boca, concluyó—: Una explicación parece lo indicado.

Mary contuvo el aliento y se preguntó si Ryder accedería a dársela. Era una petición razonable, pero algo en el modo de expresarla hacía que no lo pareciera. Jay Mac no soportaba a los imbéciles, y Mary sospechaba que al senador le pasaba lo mismo, aunque un cierto matiz diferenciaba mucho a los dos hombres: Jay Mac no rehuía el enfrentamiento ni era irritante a propósito. No estaba segura de que fuera igual con Wilson Stillwell.

Mientras Ryder resumía para su tío los acontecimientos que habían llevado hasta su visita, Mary escuchó a medias y observó que el senador asimilaba la información sin exteriorizar apenas sus pensamientos. Cuando llegó el ama de llaves con la copa, Stillwell la despachó con un desdeñoso gesto de la mano sin apartar ni un momento los ojos de Ryder, al parecer fascinado, pero reservándose su opinión.

Mary no recordaba haber visto nunca una viñeta política del senador, porque sus facciones, atractivas y regulares no se prestaban mucho a la caricatura. No tenía ni un solo atributo que pudiera subrayarse fácilmente, salvo quizá los ojos, y sería difícil captar su penetrante resplandor en un dibujo en blanco y negro.

Wilson Stillwell era de estatura poco más que mediana, pero su

actitud y su porte parecían añadirle centímetros. Tenía el cabello castaño, que habría sido insulso de no ser por las hebras de un oscuro gris hierro que le marcaban la frente y las sienes. Llevaba tanto el bigote como las patillas muy bien recortados; como había señalado Ryder, su tío no era dado a ningún exceso que el público pudiera ver. Aunque era más bien delgado, tenía unos hombros anchos que producían un efecto de solidez y formalidad. A Ryder le hacía preguntas secas y mordaces, y a Mary no le costó trabajo imaginar que el senador debía de defenderse bien en un debate.

—De modo que lleváis en Washington poco más de veinticuatro horas —dijo Stillwell. Alargó la mano para coger una caja de laca negra que había encima de la mesa y sacó un puro. Se lo llevó a la nariz, más por costumbre que para percibir el aroma, le cortó la punta y lo encendió —. Y hasta ahora no habéis venido aquí.

Dio una profunda calada y luego exhaló el humo despacio, con evidente deleite.

—¿Vas a contarme a qué se debe el retraso?

Segura de que Ryder diría que ni siquiera le parecía acertado haber ido a su casa entonces, Mary no lo dejó responder.

—Estábamos reuniendo pruebas —contestó—. Queríamos que usted supiera de la inocencia de Ryder.

—Creo que conozco algo sobre el carácter de mi sobrino.

Mary se dijo que aquello no era ni un apoyo ni una crítica, pero en lugar de discrepar de su afirmación, optó por ir al meollo de lo que

habían descubierto en el Ministerio de la Guerra.

—Creemos saber quién organizó el ataque del cañón Colter —dijo con tranquila confianza—. Su ayuda ahora sería inestimable.

El senador alzó una ceja y miró a Ryder a través de una niebla de humo gris azulado.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Lo sabes? ¿Y por eso has venido aquí?

—Así es.

—¿Y bien? —Stillwell entornó mínimamente los ojos—. Vamos a oírlo. Y por el amor de Dios, siéntate.

Ryder vaciló. No le agradaba la orden ni el tono de voz. Sólo al ver el suave estímulo de los ojos de Mary se apartó de la chimenea y se sentó en la butaca que había frente a la de su tío.

—Mary y yo hemos pasado casi todo el día en el Ministerio de la Guerra —explicó—. Me interesaba ver los archivos de los destinos, traslados y licencias de Fuerte Union y...

—¿Por qué? —lo interrumpió Stillwell.

—Porque, en el breve espacio de tiempo que llevamos en la ciudad, ya hemos visto a dos de los hombres que dieron escolta a los carros del oro por el cañón Colter.

El senador mostró un leve indicio de sorpresa al exhalar bruscamente.

Ryder prosiguió:

—Eso despertó mi curiosidad por ver quién más andaría por aquí.

—¿Y...?

—No puedo afirmar con seguridad que estén en Washington —prosiguió Ryder—, pero a todos, hasta el último, se los ha trasladado de Fuerte Union o se los ha dado de baja del ejército.

El senador miró a su sobrino con los ojos entornados y las cejas fruncidas. Bajó el puro despacio y, con voz profunda, casi un gruñido, dijo:

—Estás diciendo que ningún soldado de los que sobrevivieron a la matanza del cañón Colter sigue en el fuerte, ¿no es así?

Ryder y Mary asintieron al unísono; ella parecía más expectante que Ryder.

—Bueno —dijo Stillwell con impaciencia—, ¿qué hay tan condenadamente extraño en eso? El ejército ha pensado que después de su experiencia serían más útiles en otro sitio. Diablos, yo mismo habría pedido un traslado.

—Y es poco probable que te lo hubieran concedido —replicó Ryder—. A lo mejor permitirían trasladarse a un hombre, a dos, tal vez hasta media docena, pero no a todos. Y, además eran reclutas nuevos, recién destinados allí justo antes de que tuviera lugar el transporte del oro.

Al ver que Stillwell no reaccionaba, Mary preguntó con entusiasmo:

—¿Comprende? Los destinaron al fuerte con un solo objetivo: participar en la escolta y protección del oro.

—Claro que comprendo —contestó él—, pero ¿qué quiere decir eso? Fueron destinados, hicieron su trabajo..., mal, debo decir, o el ataque

apache no habría tenido tanto éxito, y luego se los trasladó. Vosotros habéis sacado una conclusión distinta de la que a mí me parece la lógica.

Mary se acercó al borde de su asiento y preguntó con gravedad:

—Senador Stillwell, ¿cree que Ryder es inocente de las acusaciones de que ha sido objeto?

En la respuesta no hubo vacilación.

—Desde luego que sí.

Ella asintió, satisfecha.

—En opinión de Ryder, ningún apache tomó parte en la matanza.

El senador se volvió hacia su sobrino.

—Eso ya lo has dicho, pero careces de pruebas para respaldarlo.

Ryder apoyó los antebrazos en las rodillas y repuso con franqueza:

—Me fue imposible demostrar que no había sido un ataque chiricahua. No me permitieron volver al cañón una vez detenido, y creo que los investigadores que fueron allí vieron pruebas que habían sido puestas a propósito para respaldar la versión de los soldados supervivientes. Sólo dejaron que un explorador del ejército peinara la zona, Rosario, y él tenía sus motivos para ocultar la verdad.

Stillwell parecía a un tiempo impaciente y expectante.

—Y la verdad es...

Mary lo interrumpió.

—Pues la verdad es que la «matanza» fue un ataque sorpresa de los reclutas nuevos contra los antiguos.

Un absoluto silencio siguió a su declaración. El senador soltó el

aliento muy despacio, mientras, con aire pensativo, sus entornados ojos iban de Ryder a Mary y otra vez de vuelta.

—¿Le has metido tú esa idea en la cabeza? —preguntó al fin a su sobrino.

—Yo le he dado la información —dijo Ryder—. Mary es muy capaz de deducir cosas por sí misma.

—Os dais cuenta de lo que decís, ¿no? Estáis hablando de hermano contra hermano... Una puñetera guerrita civil justo en el cañón Colter, en Arizona.

—Eso es lo que fue —afirmó Ryder—. Salvo que no tenía más objetivo que la codicia.

Stillwell apagó el puro.

—Segurísimo que no ejecutaron solos ese plan.

Ryder asintió.

—Tienes razón: este tipo de operación, en la que había que tener en cuenta fechas, destinos y ruta, exigía la ayuda de alguien que tuviera acceso a toda esa información. Yo era una de esas personas.

—Pero Ryder no tenía autoridad para trasladar soldados a Fuerte Union o fuera de él —precisó Mary—. Podía sugerir ciertos hombres al general Gardner, pero su influencia sólo llegaba hasta ahí.

El senador frunció más el entrecejo mientras intentaba comprender.

—Entonces, ¿estás diciendo que Gardner preparó este ataque y te tendió una trampa?

Ryder negó con la cabeza.

—Jamás lo he creído. Fue alguien con más poder que el comandante.

—Pero ¿quién...?

—Warren Hamilton —contestó Ryder.

Stillwell, que se estaba llevando la copa de Montrachet a los labios, se detuvo a mitad de camino, pasmado.

—¿Hamilton? —repitió en voz baja—. Eso no parece...

Mary asintió en tono comprensivo y dijo:

—Ya lo sabemos: será difícil que nadie lo crea, y por eso necesitamos su ayuda. Hasta ahora, sabemos esto —y empezó a señalar puntos con los dedos—: el senador Hamilton es miembro de varios comités que supervisan gastos para el Ministerio de la Guerra; ha apoyado la campaña del Oeste desde el principio; tiene intereses económicos en las minas Holland; influyó para que Northeast Rail consiguiera una concesión de tierras para el ferrocarril en aquella zona; estaba en el fuerte en el momento del ataque, y por último...

Mary inspiró en silencio y cerró con suavidad los dedos en un puño.

—Por último, su hija contribuyó decisivamente a respaldar la acusación de traición contra Ryder.

—Dios mío... —exclamó el senador, otra vez en voz baja. Se enderezó un poco y añadió en tono rotundo:

—Os daréis cuenta, desde luego, de que la mayoría de vuestros puntos podrían aplicárseme a mí. Yo no estaba en el fuerte en el momento del ataque, y claro que Anna Leigh no es mi hija, pero aparte de eso...

Bebió un poco de vino con los ojos fijos en un lugar más allá del hombro de Ryder; era un hombre sumido en sus recuerdos.

—Hasta el desastre del cañón Colter y las ridículas acusaciones de su hija, yo contaba a Warren Hamilton entre mis amigos. Servimos juntos, teníamos el mismo punto de vista. Y cuando no lo teníamos —sonrió levemente—, disfrutábamos riñendo como dos jóvenes ciervos.

Salió de su ensueño y fijó la vista en su sobrino.

—No lo puedo creer. ¿Cuál habría sido el móvil?

—Su parte del oro; un generoso premio.

—Tal vez, pero no creo que Warren arriesgara tanto por él. Eso no concuerda con el hombre que yo conozco..., o que conocía.

Los hombros de Mary se hundieron un poco.

—Entonces, ¿no nos ayudará a demostrarlo? —preguntó.

—Yo no he dicho eso.

Stillwell volvió a llenar su copa de vino; esta vez, cuando dio un sorbo, estaba claro que encontraba más placer en ello.

—Warren Hamilton... —musitó despacio, pronunciando el nombre como si fuera la primera vez que lo oía—. Quizá sea posible. Puede que vayáis en la dirección correcta, pero creo que os habéis saltado una o dos vías. ¿Por qué no me dejáis pedir algo de información? No me importaría...

Mary se puso en pie.

—No —pronuncio de forma categórica—. Perdóneme, senador, pero durante demasiado tiempo esto ha estado en manos de otras personas.

Cada día que Ryder y yo pasamos en Washington es peligroso, no hay manera de saber en qué momento uno de los dos será reconocido y entregado a la policía. Si eso ocurre, buena parte de lo que pasara después quedaría fuera de nuestro control; y ése es un riesgo inaceptable. Necesitamos su ayuda ahora, y necesitamos que trabaje con nosotros, no por su cuenta.

Stillwell la contempló con gesto pensativo y luego miró a su sobrino.

—¿Estás de acuerdo con ella? —preguntó.

Ryder asintió.

—Te advierto que, desde el principio, fue Mary quien quiso venir aquí, no yo. Pero sí, a la luz de lo que sabemos ahora, estoy de acuerdo con ella.

La expresión del senador no cambió; no esperaba otra respuesta.

—Decidme algo más —dijo por fin—. Creo que eres inocente, pero no creo que Warren Hamilton esté detrás de esto. Debéis de saber algo más.

Ryder y Mary intercambiaron una mirada, y entonces, en señal de ánimo, Mary le hizo a Ryder una casi imperceptible inclinación de cabeza.

—Anoche, Mary y yo estuvimos frente al teatro Regent —empezó él. Vio que su tío se ponía algo tenso—. Sí, te vimos, y también que no quisiste saludar a Hamilton y su hija. Eso le dio esperanzas a Mary; pensó que quizá podríamos convencerte para que nos ayudases.

—Continúa —pidió Wilson Stillwell.

—Después de la función, seguimos a Anna Leigh y a su padre a casa.

Sólo pretendíamos ver dónde y cómo vivían.

—Entonces pudiste ver por ti mismo que Warren Hamilton no necesita dinero.

—Todo lo contrario —lo contradijo Ryder—: vi a una persona cuyo especial modo de vida exige gran cantidad de dinero.

—Viste lo que querías ver.

Las manos de Mary se convirtieron en puños a sus costados. Sin rodeos dijo:

—Vimos a Anna Leigh y a su padre recibiendo al teniente Davis Rivers poco después de que llegaran a casa.

Con una cara casi inexpresiva, Wilson Stillwell se limitó a mirarla fijamente.

—Davis Rivers... —repitió ella—. El hombre que fue ascendido por capturar a Ryder después del ataque era un invitado en casa de Hamilton.

—Eso no demuestra nada —dijo Stillwell con cautela—. No...

—Y algo más importante —lo interrumpió Mary—: Rivers y Anna Leigh son amantes.

Al principio ella no percibió ninguna reacción en Wilson Stillwell. Luego, cuando miró la mano que sostenía la copa de vino, vio que sus nudillos estaban blancos sobre el delicado pie de cristal.

—¿Lo sabe usted? —preguntó el senador.

—Vimos lo suficiente como para sacar esa conclusión. —Su voz adoptó un tono remilgado—. Habría sido indecoroso presenciar más de

lo que vimos.

Wilson Stillwell dejó la copa a un lado. Despacio, se llevó una mano a la cara y, mientras pensaba, se frotó la frente con los dedos; las arrugas se le acentuaron, y casi cerró los ojos. Entonces, más para sí mismo que para sus visitantes, dijo:

—Él haría casi cualquier cosa por ella; siempre supe que era su debilidad. No toleraba que se dijera ni una palabra en contra. Se parecía demasiado a su esposa, en el físico, ya que no en el carácter, y Warren nunca ha dejado de ver a su esposa en su hija.

Suspiró con fuerza y bajó la mano. A continuación, se quedó un largo instante observando a Ryder con detenimiento.

—Ella es mejor motivo que la codicia —dijo al fin—. No creo que me hubieras convencido jamás de que Hamilton lo hiciera por dinero, pero por ella, por Anna Leigh, hasta habría vendido su alma.

—Creo que eso es exactamente lo que ha hecho —comentó Ryder en voz baja.

Mary fue a la chimenea y atizó los leños; el fuego crepitó y chisporroteó, y ella se sacudió una chispa del bajo del vestido, pero no se apartó. Estaba helada hasta los huesos.

—No sabemos cómo se concibió el plan ni quién lo propuso —prosiguió Ryder—; ni siquiera sé qué importancia tiene eso ahora. Parece evidente, sin embargo, que el senador Hamilton estaba en condiciones de organizado todo. —Luego hizo una breve pausa—. Me destinaron a Fuerte Union para organizar la entrega del cargamento del oro. Tuve a

mi cargo casi todos los detalles de la misión, y tú influiste a la hora de conseguirme el nombramiento.

Stillwell soltó una risa desprovista de humor.

—Lo sugirió Hamilton; dijo que así te apuntarías un tanto, y yo también. —Se terminó su copa de vino y bajó la voz—. El muy bastardo...

—Los archivos del Ministerio de la Guerra indican que Davis Rivers era ayudante del general Norman Dalton aquí en Washington antes de que lo destinaran a Fuerte Union. De un modo u otro, a su traslado y al de unos treinta y cinco hombres más se les sigue la pista hasta llegar a Warren Hamilton.

—Hamilton no puede hacer los traslados que tú insinúas; ningún senador puede hacerlo. Eso es competencia del ejército.

Mary miró al senador Stillwell con franqueza y preguntó:

—¿Está diciendo que por ejemplo usted no tiene suficiente influencia para hacerlo? ¿Una palabra en el oído adecuado...? ¿Una promesa a la persona justa...? ¿Un favor debido...?

Apenas pronunciadas sus palabras, comprendió que lo había pillado. Negarlo habría sido admitir que su influencia y autoridad no eran tan importantes como el senador quería que los demás creyeran. Y si reconocía que tenía poder y prestigio para llevar a cabo semejante tarea, estaba admitiendo que también alguien como Hamilton podía hacerlo.

Stillwell contempló a Mary con gesto pensativo. Al fin dijo:

—Es usted una joven muy lista, quizá demasiado lista para su propio

bien. —Por el rabillo del ojo vio que Ryder se removía un poco, y se dijo que tenía que andarse con ojo—. Pero sí, está en lo cierto: podría arreglarlo si así lo quisieran. No es fácil admitir que Hamilton tiene tanta influencia como yo, pero aun así es verdad. Hay formas en que podría haberse hecho.

Satisfecha, Mary volvió al sofá.

—Entonces, es razonable deducir que el senador Hamilton ayudó a organizar los traslados de un grupo de hombres a Fuerte Union sin más objetivo que robar el cargamento del oro —dijo Ryder. Luego cruzó sus largos dedos y convirtió ambas manos en un puño—. En el cumplimiento de su misión, asesinaron a un número igual de hombres destinados a escoltar los carros, dejaron pruebas para que pareciera que había sido un ataque chiricahua, robaron el oro y, además, planearon muy bien que las culpas apuntaran a mí.

—La señorita Hamilton —musitó el senador.

Ryder asintió.

—Mary sospechó mucho antes que yo de su intervención; la hija del senador contribuyó decisivamente a asegurarse de que yo estuviera fuera de juego en el momento de la matanza.

Stillwell apretó los labios y suspiró con fuerza.

—¿Por qué no te mataron?

—Tal vez lo habrían hecho de no ser por la útil representación de la señorita Hamilton y su miserable relato. Creo que decidieron que era mejor tener a alguien a quien acusar del fracaso de la misión que dejar

una investigación abierta sobre el asunto.

—Ryder era el perfecto chivo expiatorio —intervino Mary.

—Desde luego que sí —convino Stillwell—. Dios mío, desde luego que sí.

—En teoría, el verdugo se encargaría de hacerme callar.

Wilson Stillwell esbozó una sonrisa desprovista de humor, pero sus ojos se posaron con admiración en Mary.

—Y lo habría hecho de no ser por Mary —dijo.

—Más o menos —contestó Ryder en tono enigmático. No quería explicar el verdadero papel de Mary en su huida ni tampoco el de Florence Gardner, y con una rápida ojeada la advirtió a ella también.

El senador alzó su copa de vino y le dio un sorbo.

—Evidentemente, hay algo que no quieres contarme —dijo—. No importa. Pero ¿sabes dónde está el oro?

Ryder negó la cabeza.

—No creemos que esté ya en Arizona. A Mary se le ocurrió seguir a la señorita Hamilton con la esperanza de que nos llevara hasta él.

—Bueno, os ha llevado hasta el teniente Rivers y hasta su padre. Yo diría que el instinto de Mary es bueno. ¿Quién sabe dónde aparecerá el oro?

Se recostó en su sillón.

—Ya he oído bastante como para tomar mi decisión. —Dio otro sorbo al vino y luego los miró por encima del borde de la copa—. ¿Cómo puedo ayudaros a llevar a Hamilton y a la ramera de su hija ante los

tribunales?

Mary parpadeó, sorprendida por el fondo de agresividad que se percibía en el tono casi afable del senador.

Él le preguntó con frialdad:

—¿La escandalizo, Mary? ¿Pensaba que no me tomaría su información de modo tan personal? No sé lo que mi sobrino le habrá contado de nuestra relación, pero le aseguro que me tomo todo esto muy, pero que muy personalmente. No sólo han arrojado una cruel calumnia sobre Ryder, sino que, sin darme cuenta, me han engañado para dejarme en ridículo.

Mary sospechó que lo último era lo que más le costaba aceptar a Wilson Stillwell. Sin embargo, ya no importaba por qué quería ayudar: sólo importaba que quisiera hacerlo.

—No soporto a los imbéciles —añadió él en voz baja—. Y tampoco pienso quedar como un imbécil. Nadie le hace eso a Wilson Stillwell. Nadie.

A Mary le dieron ganas de mirar a Ryder, pero se contuvo. Había una ferocidad en la afirmación del senador que le pareció inquietante, casi peligrosa.

—Qué amable al brindarnos su ayuda —dijo sin perder la calma—. Tanto Ryder como yo se lo agradecemos.

En aquel momento, la señora Shanahan abrió las puertas correderas del salón para anunciar que la cena estaba lista. El senador se levantó, tomó a Mary del brazo y la acompañó hasta el comedor. Ryder los siguió

con interés, y observó la reacción de ella; pequeñas señales, imperceptibles para quien no la conociera tan bien como él, le indicaron que no tenía demasiadas ganas de estar en compañía de Wilson Stillwell, que no le gustaba darle el brazo ni ajustar su paso con el suyo.

El senador la hizo sentar a una larga mesa de nogal y luego tomó asiento en la cabecera. Ryder se situó a la derecha de su tío. Cada vez que Mary se volvía a mirarlo, con una pregunta en sus ojos verdes, veía en él una expresión cuidadosamente cautelosa.

Primero se sirvieron almejas y, luego, crema de patatas. Sus copas se llenaron de más Montrachet, pero antes de que una sirvienta les llevara los tiernos filetes de róbalo, Stillwell pidió que subieran de la bodega un amontillado y un Rauenthaler. Tras el plato de pescado, llegaron finas lonchas de rosbif poco hecho con guarnición de pepino, y también más vino.

—Ryder me ha dicho que tiene usted una estupenda colección de vinos en su bodega —comentó Mary. La cena rio se prestaba a tratar temas de importancia y, aunque ardía en deseos de acabar la conversación empezada en el salón, siguió el ejemplo de Ryder y se contuvo—. Desde luego, lo que he probado hasta ahora lo demuestra.

—Imagino que su padre tendrá una bodega parecida —dijo Stillwell con modestia.

Mary negó con la cabeza.

—Nada que ver con la suya, estoy segura. Él aprecia un buen vino, pero reconoce que no tiene auténtico gusto para distinguir la diferencia.

—Eso se aprende —replicó Stillwell mientras saboreaba el Rauenthaler—. Será un placer enseñarle mi bodega.

—Y para mí será un honor verla.

La charla continuó en el mismo tono: simples intercambios verbales sin trascendencia ni más propósito que llenar el silencio entre el sorbete y la ensalada. La situación duró hasta que se sirvió el café. Entonces, Stillwell sacó otro puro de la caja de laca que le presentaron y lo encendió con deleite. Ryder lo rechazó por segunda vez.

—No me habéis dicho —retomó el senador— qué es lo que puedo hacer por vosotros. Entenderéis que no bastará sencillamente con ir a los periódicos con lo que tenemos. El hecho de que seas mi sobrino, Ryder, implica que todo lo que yo diga en tu favor se mirará con suspicacia. Estoy seguro de que Hamilton tendrá explicaciones para los destinos y los traslados, y entonces será mi palabra contra la suya y eso no conviene en absoluto. Los periódicos también serán muy cautelosos respecto a la señorita Hamilton: no se puede hacer acusaciones contra su bonita cabeza sin pruebas.

—Lo sabemos —contestó Ryder—; por eso pensamos que sólo servirá la confesión del senador Hamilton.

Stillwell no esperaba aquello.

—¿Su confesión? ¿Crees que ese viejo resabiado va a dártela?

—No —respondió Mary en su lugar—, pero tal vez a usted sí.

—¿Que a mí me lo dirá? El senador estaba estupefacto.

—Con nosotros escuchando —añadió Ryder—, y unas cuantas

personas más interesadas en el asunto.

—Periodistas, quieres decir —dijo Stillwell.

—Sí... y también uno o dos comandantes del Ministerio de la Guerra. He pensado en el general Hatcher, que suele ser justo y dialogante. Tú elegirías a alguien más, desde luego. Da lo mismo quién sea, mientras creas que es alguien justo e imparcial y que actuará en consecuencia.

Wilson Stillwell se frotó el mentón con el dorso de la mano.

—Déjame ver si lo entiendo. Quieres que lo coaccione para que confie...

—Coaccionarlo no —le interrumpió Mary—: hablarle cara a cara, engatusarlo, desafiarlo a que le cuente la verdad.

—Ante testigos —asintió Stillwell sin mucho convencimiento.

—No —dijo Ryder—, él no vería a los testigos. Sería aquí mismo, en esta casa, en esta habitación. Los testigos sólo tienen que ponerse al otro lado de la puerta y...

El senador alzó la mano y meneó la cabeza con un gesto que lo hizo callar.

—No funcionará.

—Entonces en otra parte —propuso Mary—; no tiene por qué ser aquí.

—No, no me refiero a eso —repuso Stillwell—, aquí está bien. En realidad, aquí está muy bien, eso puedo organizado sin dificultad. Pero Warren Hamilton no pondrá los pies en mi casa. El público en general no sabe que su hija es la joven que se mencionó en el caso del cañón Colter,

y por tanto él ha de ir con cuidado de guardar las apariencias. Dada mí relación con Ryder, a quienes sí lo saben les parecería extraño que Hamilton viniera aquí, de modo que no lo haría. Además, él mismo encontraría sospechoso que lo invitara.

—Entonces debemos encontrar un modo de que usted se acerque a él —dijo Mary—. Que se vean en algún lugar neutral, donde él esté menos receloso.

Stillwell meneó la cabeza.

—Está usted concentrándose en el objetivo equivocado.

Mary ladeó la cabeza, perpleja. A continuación, miró a Ryder y vio que, aunque había entornado un poco los ojos, en ellos había un destello de comprensión. A medida que la idea de su tío tomaba cuerpo en la mente de él, empezó a asentir con la cabeza, despacio al principio y luego con más energía. Impaciente por ser la única que no lo captaba, preguntó:

—¿Qué? ¿Qué están pensando?

—Tiene razón —afirmó Ryder—; Warren Hamilton es el objetivo equivocado. Es Anna Leigh quien puede darnos lo que queremos.

—Exacto —dijo Stillwell.

Dijo la palabra con orgullo; orgullo de que su sobrino hubiera llegado a su misma conclusión y le pareciera acertada. La mirada de Mary fue y vino rápidamente entre Ryder y su tío.

—¿Cómo diablos va a convencer a Anna Leigh de...?

Stillwell dio una profunda calada a su puro y luego dijo:

—La señorita Hamilton vendrá aquí; eso no es problema.

Mary frunció el entrecejo.

—Pero ¿cómo...?

—Deje que yo me preocupe de eso. ¿Confiará usted en mí?

Sus cejas se alzaron mínimamente al no obtener una respuesta inmediata. Entonces miró a Ryder con gesto inquisitivo.

—Sí —contestó Ryder por ella—. Creo que lo harás.

Mary se sorprendió ruborizándose ante su grosería, y se apresuró a decir:

—Sí, desde luego. No he querido decir que no confiara, es sólo que... bueno, estoy sorprendida. Eso es...

Su voz se fue apagando porque el senador no le prestaba atención; tenía la mirada fija en el arreglo floral que había en medio de la mesa, aunque sin verlo, elaborando planes en su mente.

Al fin, lanzó una espiral de humo por encima de su cabeza y dijo en voz baja:

—Sí, puede arreglarse con facilidad. Y no sólo la señorita Hamilton; creo que incluiremos también al teniente. Dos pájaros de un tiro.

A Mary no la habría sorprendido verlo relamerse, y sintió un desasosiego que sólo se reflejó en que las puntas de sus dedos se volvieron blancas al apretar la taza de café.

—Has mencionado al general Hatcher, Ryder —dijo Wilson Stillwell —. Creo que es una buena elección. Lo conozco, por supuesto, pero no es un amigo íntimo, y así parecerá que no es parcial con nadie,

absolutamente fiable. Además, tendré que pensar a qué periodista le confío la noticia. Está Marcus Asbury. Es bueno. Y también Des Richards. Trabajan en periódicos rivales, pero eso quizá sea ventajoso para nosotros: publicarán la noticia más rápidamente. El *Chronicle* de Nueva York tiene un reportero en la ciudad, y yo podría hacer que se interesara por el asunto.

—Sin duda es suficiente para nuestras necesidades —comentó Ryder. Luego miró a Mary—. ¿Estás satisfecha con eso?

Ella asintió despacio; la asombró su propia reserva.

—Tiene sentido. ¿Cuándo puede prepararse?

El senador Stillwell no se molestó en consultar el reloj ni el calendario.

—Sólo necesito veinticuatro horas —dijo—. Yo traeré aquí a los actores... Y vosotros dos tendréis que escribir el guión.

Capítulo 16

—Estás muy callada...

Ryder acarició el sedoso cabello de Mary, que le rozaba ya los hombros y le caía, lustroso, por la nuca; las puntas cobrizas se le enroscaron en los dedos.

—Mmmm... —ronroneó ella mientras se acomodaba contra su cuerpo.

El senador Stillwell les había ofrecido quedarse en su casa, pero prefirieron regresar al hotel. Ninguno de los dos habló sobre el encuentro; en realidad, ninguno de ellos tenía mucho que decir sobre los acontecimientos de la jornada. Se desvistieron en silencio, se metieron en la cama y se quedaron dormidos, rodeados por sus propios pensamientos en lugar de por los brazos del otro.

Pero en algún momento, en mitad de la noche, aquello cambió. No sabían con certeza quién buscó a quién, aunque la verdad era que no importaba: la necesidad era mutua, y el deseo, compartido. Ambos se despertaron por completo al mismo tiempo, sólo momentos antes de un apasionado encuentro sexual.

Ninguno de ellos volvió a dormirse luego, aunque ambos lo fingieron. Durante largo rato, Mary se quedó tendida de costado, con la

mirada fija en las puertas del balcón. Por las vaporosas cortinas de encaje se filtraba la luz de la luna, de un blanco azulado. De vez en cuando, desde la calle llegaba un estridente sonido: los berridos indignados de una pelea entre borrachos o el discordante estrépito de las cántaras de leche que arrastraban para el reparto. Sin embargo, había silencio suficiente como para oír el tenue paso de un huésped en el pasillo o el lastimero maullido de un gatito extraviado.

—Háblame, Mary. —Apoyado en un codo, Ryder le tocó el hombro desnudo; la luz de la luna le cubrió la mano.

—¿Qué estás pensando?

—Sólo en que mañana se acabará esto. —Se volvió hacia él, y las rodillas de los dos toparon—. O que se acabará casi del todo. ¿Lo has pensado? ¿Has pensado en lo que significará para nosotros?

—Significa que dejaremos de escondernos, de correr y de ponernos disfraces ridículos.

—Hablo en serio.

Él le sonrió con ternura.

—Yo también —susurró. Apartó un poco la mano y le besó la tibia curva del hombro—. Tengo guardado algo de dinero, no mucho, pero sí el suficiente como para comprar tierra en los alrededores de Flagstaff. Allí tengo un amigo, un general retirado que me ha animado a establecerme cerca de él, y que será quien me venda una parte de su tierra. Es un hermoso lugar, Mary, tiene montañas, fríos arroyos transparentes y buen pasto para el ganado. Tendremos un rancho allí.

Aunque no seremos ricos, nos bastará para vivir.

—Seremos muy ricos —dijo ella, no refiriéndose al dinero.

Él le buscó la mano bajo las mantas y entrelazó los dedos con los suyos.

—Eso es lo que yo quiero —prosiguió Ryder—. Pero ¿y tú? ¿Te ves viviendo así?

—No me veo viviendo de ninguna otra forma —contestó ella en voz baja. Era evidente la intención de sus palabras: compartir una vida con él le interesaba más que cualquier estilo de vida en concreto. De todas formas, también tenía sus propios sueños, y sabía que a Ryder no le importaban menos que los propios. Por eso dijo:

—Algún día daré clases. Si es que hay una escuela en Flagstaff.

Él se rió quedamente.

—Si no la hay, la habrá. —Le construiría una, y la llenarían con sus hijos, sí nadie más la necesitaba. Le apretó la mano—. Todo va a salir bien.

La arruguita vertical que había entre las cejas de ella no desapareció.

—Mary, ¿qué pasa?

—Tu tío parece casi ansioso por acabar con Warren Hamilton.

Así que en aquel momento no estaba pensando en el futuro de los dos, sino en algo más inmediato...

—Ya te lo ha explicado: no le gusta que lo dejen en ridículo.

—A nadie le gusta.

Puso su mano libre sobre la de él y le acarició el dorso con gesto

distraído.

—No sé, es sólo que… —Sus temores eran imprecisos, difíciles de expresar con palabras—. ¿Cómo diablos convencerá a Anna Leigh para que vaya a su casa?

Ryder se encogió de hombros.

—¿Importa eso? Ha dicho que lo haría, y yo así lo creo. ¿Y tú?

—Yo también. Pero ¿tiene sentido?

—¿Que lo creyeras?

—No —respondió ella un poco impaciente—, que pueda hacerlo.

Soltó la mano de él y se puso boca arriba.

—Si Warren Hamilton lo pensaría dos veces antes de poner los pies en casa de tu tío, ¿por qué no iba a hacer lo mismo su hija?

Lo fácil habría sido responder que Anna Leigh era una joven estúpida y caprichosa, pero habría sido un error. Anna Leigh Hamilton ya había demostrado ser lista, firme y astuta para conseguir lo que quería. No convenía subestimarla.

—Mi tío debe de saber algo que nosotros ignoramos —dijo Ryder al fin.

Era la misma conclusión a la que había llegado Mary. En voz baja, casi lejana, repuso:

—Estoy de acuerdo. Pero ¿qué es lo que sabe?

Se acordó que Mary y Ryder acudiesen a casa del senador justo antes

de la cena, a las ocho. Wilson Stillwell les había asegurado que todos los demás participantes llegarían poco después. Para la cita, Mary se vistió con esmero pero sin entusiasmo. Su traje de noche era de satén color crudo, con botones de perlas que iban desde el redondo escote hasta la cintura; tres grandes escarapelas, asimismo de satén, realzaban el costado derecho de la falda drapeada. Tenía mangas tres cuartos que terminaban en punta hacia la muñeca y llevaban un adorno de encaje. Mary se pasó la tarde pensando en la inminente reunión y soltando casi dos centímetros del bajo del vestido hasta que pareció hecho para ella en lugar de para su hermana.

Dio un cuarto de vuelta a la izquierda y luego a la derecha, al tiempo que observaba con ojo crítico el traje y su obra. Después alisó la pechera bordada con cuentas y se estiró las mangas. El recogido que se había hecho daba un aspecto algo exótico a sus ojos verdes, y sendos pellizcos en las mejillas añadieron color a su tez. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente y se lo apartó soplando, exasperada.

En ese momento, oyó la grave risa de Ryder a sus espaldas. Mary se echó a un lado para ver la imagen de él en el espejo; llevaba una camisa de un blanco inmaculado, pantalones negros y un entallado frac.

—Nadie adivinaría nunca que te sientes igual de cómodo con ropa de ante y mocasines —dijo ella.

—Lo sé yo —replicó él con intención, acercándose más—. Tengo una cosa para ti.

—Aaah... —exclamó ella con aire de complicidad—. Por fin una

explicación de dónde has estado toda la mañana.

—No del todo; esto no tiene nada que ver con ese asunto. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cajita de terciopelo y se la tendió mientras le ofrecía algo parecido a una explicación—. Doc acaba de entregármelo hace unos minutos.

Por el espejo, Mary fijó la mirada en la de Ryder un instante antes de volverse para aceptar el regalo.

—Si no te gusta, puedo...

Ella lo detuvo con una reveladora mirada y un arqueo de ceja; luego abrió la caja. La turquesa pulida que él le había dado en la gruta de las Almas Perdidas reposaba ahora en una exquisita montura de plata sobre un lecho de terciopelo negro.

—Oh, Dios... —exclamó con un tenue hilo de voz—. ¿Cómo has...? ¿Cuándo has...?

Le era difícil pensar con claridad. Entonces, Ryder le cogió la caja con suavidad, sacó el anillo y le alzó la mano izquierda. Luego se lo deslizó en el dedo; le iba perfecto.

—Ryder... es precioso.

A pesar del evidente placer de Mary, él se sintió obligado a señalar:

—No es un brillante.

Ella se puso de puntillas y lo besó en la boca.

—¿Quién quiere un brillante? —susurró.

Ryder titubeó al contestar.

—Yo pensé... Me di cuenta de que te mirabas la mano cuando nos

inscribimos aquí, en el hotel.

La vio ruborizarse al recordar el episodio, y añadió:

—Tú no dijiste nada, pero comprendí que no estaba bien que no tuvieras un anillo; al menos aquí, entre esta gente. —Le tomó la mano y observó con atención cómo le quedaba. La montura de plata era el perfecto complemento para la gran turquesa—. Debí de haber pensado en ello antes de que Doc me lo hiciera notar. Mi tío también se dio cuenta, aunque sus modales le impiden mirar con tanto descaro y tanta intención como Doc. No quiero que vuelvas a avergonzarte.

Mary soltó su mano, apoyó la cabeza en su pecho y lo abrazó con fuerza.

—No me avergüenza ser tu esposa. —Inclinó la cabeza hacia atrás, le brindó una sonrisa algo picara y le dio un ligero golpecito en el pecho con el pulgar—. Y, con este anillo o sin él, tú eres mi marido.

No era probable que Ryder fuera a olvidarlo, o que quisiera que fuese distinto. Apartó a Mary y le echó un vistazo de la cabeza a los pies.

—Estás preciosa —dijo, y disfrutó de la calidez de su sonrisa... al menos un momento. Porque ella añadió a la sonrisa una mirada maliciosa y dijo:

—Entonces, si este anillo no es el motivo de que hayas estado fuera toda la mañana, ¿adónde has ido exactamente?

Durante un segundo, por los fríos ojos de él pasó un destello de algo parecido al regocijo, aunque sus facciones no se alteraron. Imprimiendo trascendencia a sus palabras, Ryder contestó:

—He ido a buscar la caballería, querida.

Tan pronto como llegaron, una doncella acompañó a Mary y a Ryder al comedor. Junto al aparador, Wilson Stillwell se servía una copa de vino. Mary aceptó un jerez y Ryder no quiso beber nada.

—Según recuerdo, tu padre tampoco bebía —comentó Wilson.

—No tenía nada en contra —explicó Ryder—, era sólo que no le gustaba demasiado.

—Incomprensible. —El senador alzó su copa y con ella tocó el borde de la de Mary—. Por nuestro éxito.

—Éxito —murmuró ella, dando un pequeño sorbo con delicadeza; quería conservar la mente lo más despejada posible—. Imagino que la señorita Hamilton habrá aceptado su invitación.

—Y también el teniente Rivers; no cabía duda de ello.

De nuevo, Mary sintió una oleada de inquietud, y se preguntó por qué no iba a haber duda. ¿Cómo estaba tan seguro el senador Stillwell de Anna Leigh y de Davis Rivers? Le echó una ojeada a Ryder para ver si distinguía algo de preocupación en sus facciones, pero el comentario no parecía resultarle en absoluto incómodo.

—¿Llegarán pronto?

—La invitación era para cenar —contestó Stillwell—: quince minutos después de la hora.

—¿Y el general Hatcher? —quiso saber Ryder—. ¿Y los periodistas

que mencionaste?

Stillwell asintió.

—Todo resuelto: he hablado personalmente con Hatcher esta mañana y con los tres periodistas esta tarde. Créeme, estaban deseosos de venir. No he tenido que contarles mucho para despertarles el apetito. La señora Shanahan los espera en la puerta trasera; tiene órdenes de no hacerlos pasar al vestíbulo hasta que lleguen la señorita Hamilton y su acompañante. —Se terminó la copa de vino—. Comprenderás que habrá que hablar alto, porque no es tan fácil como crees oír desde el pasillo; lo he probado hoy con la señora Shanahan.

—Parece que has pensado en todo —comentó Ryder.

—Como os dije que haría. —Empezó a servirse otra copa de vino, pero se detuvo al oír la llegada de sus otros invitados; en ese momento, dejó la copa y la botella—. Serán la señorita Hamilton y el teniente.

Su mirada fue de Ryder a Mary.

—¿Sabéis ya cómo queréis llevar esto? —dijo—. Lo dejo en vuestras manos.

—Estaba seguro de que lo harías —replicó Ryder—. Estamos preparados.

Mary notó un trasfondo en las palabras de Ryder y le lanzó una mirada de reojo cuando el senador volvió la cabeza. Él no sólo no respondió a su gesto, sino que, de forma muy intencionada, la ignoró. A Mary le entraron ganas de darle un codazo en las costillas, y necesitó un gran autocontrol para resistirse.

Cuando el senador Stillwell salió del comedor, no cerró del todo las puertas, de modo que ambos lo oyeron saludar a sus invitados y siguieron la inocente conversación posterior. Mary dio un respingo al oír el ensayado gorjeo de la risa de Anna Leigh Hamilton; era tan evidentemente fingida que le sorprendió que aquella mujer tuviera tanto éxito con ella. Al fin, con ademán solemne y triunfal, Stillwell abrió las puertas e hizo pasar a sus invitados. Su boca se curvó en una rígida sonrisa de satisfacción cuando entró en la habitación.

—Creo que se conocen —dijo con tranquilidad. Luego cerró las puertas tras de sí, los ignoró a todos a propósito y fue directo al aparador a servirse una copa de vino.

Anna Leigh miró fijamente a Ryder.

—Dios mío —exclamó en voz baja, mientras se llevaba una mano al corazón como para mantenerlo en su sitio.

Mary pensó que el gesto era exagerado, y contempló a la joven con escepticismo. La delicada mano de Anna Leigh estaba colocada con maña sobre su amplio escote, más con el fin de atraer la atención hacia sus pechos que para esconderlos.

—McKay —saludó Rivers con frialdad. A continuación miró a Mary y reconoció su presencia con la misma afectación—. Señorita Dennehy.

Mary observó que, con su cabello rubio como el sol y sus llamativos ojos azules, Anna Leigh y Davis Rivers combinaban perfectamente, el uno con el otro como un par de sujetalibros. Las atractivas facciones aniñadas del teniente complementaban la delicada belleza de Anna

Leigh, y, de pronto, a Mary se le ocurrió pensar que su mutua atracción debía de tener mucho que ver con lo enamorado que cada uno de ellos estaba de su propia imagen. Le costó trabajo no hacer un comentario al respecto.

Anna Leigh miró a Mary con los ojos entornados y se apartó la mano del escote. En tono pensativo, dijo:

—Así que usted es el ángel caído que acudió en ayuda de Ryder. Era usted monja, ¿no? —Su pregunta no buscaba una respuesta: ella ya la sabía. Siguió mirando a Mary de arriba abajo con ojo crítico—. Supongo que, después de tanto tiempo sin un hombre, no le importaría que la violase un salvaje mestizo.

Mary no lo pensó. En menos de un segundo cruzó la corta distancia que la separaba de Anna Leigh y le dio una bofetada tan fuerte que la joven se golpeó de lado contra la pared. Luego le advirtió:

—Vuelva a decir algo así otra vez, y no usaré la palma de la mano. —Por el rabillo del ojo, vio que el teniente Rivers se disponía a contenerla y lo fulminó con una fría mirada—. Las manos quietas, o lo mandaré al suelo al lado de su zorra.

La cara del teniente se encendió. A pesar de ello tomó aire y resopló como un gallito, listo para enfrentarse a Mary, pero ésta no se echó atrás. En ese instante, Ryder cruzó una mirada con el teniente y dijo en tono significativo:

—Me parece que sería mejor que se ocupara de la señorita Hamilton. Al parecer le han hecho sangre en el primer asalto.

Rivers vaciló y se balanceó un poco al refrenar el movimiento que había hecho hacia delante para encararse con Mary. Después soltó aire despacio, como si estuviera deshinchándose en vez de controlándose, y acudió al lado de Anna Leigh. Mientras el teniente sacaba un pañuelo, Mary le dio la espalda. Vio que a Ryder no le había agradado su comportamiento, pero no le pidió disculpas. Volvió a su lado y dijo en voz baja:

—Había que hacerlo.

Aún de pie junto al aparador, el senador alzó la copa en dirección a las dos parejas.

—Supongo que esto es indicio de un estupendo comienzo —declaró —. Salud.

Con la ayuda del teniente, Anna Leigh se enderezó y se llevó el pañuelo a la comisura derecha de la boca. Las lágrimas que hacían relucir sus ojos azules no eran ningún artificio: la bofetada de Mary había sido un buen golpe, y la mejilla le ardía. Entonces, miró a Rivers y, con voz tranquila, dijo:

—Mátela.

—Oh, por el amor de Dios —intervino Stillwell—. ¿Es que no tiene más imaginación?

Al oírlo, Mary alzó un poco las cejas; habría jurado que el senador estaba disfrutando... En ese momento, se preguntó dónde estarían los periodistas y el general Hatcher. ¿Había pasado tiempo suficiente como para que se apostaran al otro lado de la puerta? ¿Encontrarían aquel

intercambio verbal tan divertido como el senador Stillwell? Miró a Ryder buscando alguna indicación, y en su imperturbable calma no vio nada que confirmara su desasosiego.

Por su parte, el teniente Rivers no hizo ademán de ir a cumplir la orden de Anna Leigh. No llevaba armas, al menos que se viesen, pero tampoco dio señal de que la hubiera obedecido en ningún caso. Mientras recuperaba parte de su presencia de ánimo, miró a Ryder y dijo con voz tranquila:

—Cállese. ¿Qué es lo que quiere, McKay?

La respuesta de Ryder fue sencilla.

—La verdad sobre el cañón Colter.

—¿La verdad? —repitió Rivers en tono burlón—. Usted estaba allí.

Ryder desvió la mirada un instante hacia Anna Leigh y dijo:

—No.

Antes de que el teniente replicara, Anna Leigh intervino:

—¿Va a dejar que esto siga sin más?

Al principio, Mary pensó que estaba hablando con Rivers, pero cuando el teniente no respondió, siguió la mirada belicosa y expectante de Anna Leigh. En ese instante oyó cómo, casi en tono de disculpa, Wilson Stillwell decía:

—Es como llevar las ovejas al matadero.

Su desconcierto aumentó cuando, al volverse, vio que el senador había cambiado su copa de vino por un revólver. Poco a poco, comprendió que tanto el arma como el comentario no se dirigían a Anna

Leigh y al teniente Rivers: estaba apuntándolos a Ryder y a ella.

Wilson Stillwell dio una sacudida al Colt para indicarle al teniente que se acercara a Ryder.

—Vea si lleva un revólver —ordenó—. Y por el amor de Dios, tenga cuidado.

Rivers cruzó la distancia en unas cuantas zancadas. Mary, que se había colocado delante de Ryder en actitud protectora, notó cómo éste le ponía las manos en la cintura con suavidad y la movía a un lado. A continuación, la soltó y alzó los brazos para que el teniente Rivers lo cacheara. Éste llevó a cabo su inspección con eficacia, luego se puso derecho y retrocedió con casi cómica rapidez.

—No lleva ningún revólver —le dijo a Stillwell.

El senador arqueó una ceja mientras observaba a su sobrino.

—Estoy sorprendido. Contaba con que no dejarías nada al azar.

Ryder bajó las manos despacio.

—Todos cometemos errores —replicó. A continuación, puso con suavidad una mano en la base de la espalda de Mary, en un gesto a la vez de advertencia y de protección—. No esperaba que las cosas fueran a salir exactamente así.

Stillwell sonrió.

—Nadie lo esperaba, sobrino, nadie lo esperaba. —Sin dejar de apuntarlos a Mary y a él, desvió la mirada—. Acompáñelos al sótano, teniente. Anna Leigh, ábrales la puerta. ¿Por qué no ayuda en la captura? Toda la gloria no ha de ser para mí.

Anna Leigh se quitó el pañuelo de la boca. La tela manchada de sangre ocultaba una sonrisa altanera y maliciosa. Alzó la vista desde el pañuelo hasta Mary y dijo con sinceridad:

—Será un placer. Un verdadero placer.

La única satisfacción de Mary fue que, al exagerar demasiado la sonrisa, Anna Leigh reabrió el corte y tuvo que llevarse de nuevo a toda prisa el pañuelo a los labios.

—Por aquí —ordenó Davis Rivers con sequedad—. Señorita Hamilton, la puerta.

Anna Leigh la abrió y salió al pasillo. Rivers dio un paso atrás e hizo un gesto para que Ryder y Mary siguieran a Anna Leigh, pero Mary no se movió hasta que la mano que tenía en la espalda aumentó la presión un poco y comprendió que Ryder quería que caminara. Con los hombros bien rectos y las manos convertidas en puños, Mary expresó su protesta con el gesto de su cuerpo al salir de la habitación.

Vio que en el pasillo no había ningún periodista ni ningún general Hatcher; por lo visto, la señora Shanahan y los demás criados también se habían marchado.

—Usted también —le dijo Rivers a Ryder.

Éste se detuvo un instante a mirar a su tío con sus ojos pálidos e inexpresivos. Sólo se puso en marcha cuando Wilson Stillwell desvió la vista.

Anna Leigh dejó clara su familiaridad con la casa. Recorrió a buen paso el pasillo y se detuvo a abrir la segunda puerta a la derecha. Tras

descorrer el pestillo, hizo señas a Mary hacia la oscura entrada.

—Por aquí está la bodega. No le da miedo la oscuridad, ¿no?

La luz del pasillo bastó para que Mary divisara la estrecha escalera que bajaba. Miró a Ryder por encima del hombro, y él hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza.

—No —contestó entonces—. No me da miedo.

—Pues debería dárselo.

Anna Leigh estaba ya a punto de darle un rápido empujón cuando vislumbró la fría y tensa expresión de Ryder. No le cupo ninguna duda de que si tocaba a Mary la mataría. Daba igual que su tío estuviera apuntándole a la espalda con un arma y listo para usarla: tenía el aspecto de un hombre dispuesto a aceptar la muerte. Entonces, Anna Leigh dejó caer de nuevo la mano al costado y se apartó para dejar pasar a Ryder.

Mary se recogió el vestido y comenzó a bajar la escalera con precaución; el borde de los escalones estaba un poco húmedo y no había barandilla para sostenerse. Justo detrás, iba Ryder, que entró en la oscura y enorme cavidad con similar cautela.

De repente, sin previo aviso, un alarido sonó por encima de ellos. Mary reconoció el agudo chillido de Anna Leigh y, después, el gutural grito de sorpresa del teniente Rivers. Aunque sabía lo que iba a suceder, se quedó inmóvil. Entonces, Ryder la agarró por la cintura y la levantó en alto y, renunciando a toda cautela, bajó los escalones lo más deprisa posible. Lo hizo a ciegas, de dos en dos y de tres en tres peldaños, con sólo un segundo de ventaja sobre los dos cuerpos que caían dando

tumbos detrás de ellos.

El largo grito de Anna Leigh subía y bajaba de tono a medida que se golpeaba con los duros cantos de los escalones, que la sacudían y arañaban. Por contraste, tras su primer grito ronco, la bajada de Davis Rivers se realizaba en medio de un silencio sobrecogedor.

Ryder perdió el equilibrio cuando sus pies alcanzaron el frío suelo de ladrillo de la bodega. Protegió a Mary de lo peor de la caída y después se volvió para ser el primero en golpear el suelo. Durante unos segundos, se quedó sin respiración. Mary estaba despatarrada encima de él, con un codo clavado en sus costillas. Mientras ella intentaba levantarse como podía, Anna Leigh bajó los tres últimos escalones de una voltereta, y aterrizó duramente sobre ellos. Davis Rivers la siguió un segundo después; su cuerpo resbaló sin fuerza por la escalera, como si bajara por un tobogán.

Por un instante, Ryder vislumbró la silueta de su tío en la parte de arriba de los escalones; luego, la puerta se cerró y la bodega quedó de nuevo a oscuras.

Mary levantó la cabeza despacio e intentó distinguir las facciones de Ryder. Casi esperaba que sus ojos plateados brillaran en la oscuridad.

—Si así es como tu tío enseña su bodega —dijo—, me parece que no me gusta.

Ryder se las arregló para jadear y soltar una risilla al mismo tiempo. No le costó trabajo encontrarle la cara y le dio una ligera palmadita en la mejilla.

—Creo que has ganado un poco de peso.

Ella soltó un bufido.

—Tengo encima a Anna Leigh.

Sin miramientos, Mary cambió de postura y apartó a la joven.

—¿Mejor así? —preguntó mientras el aterrizaje de Anna Leigh hacía que la belleza soltara un gruñido muy poco propio de una dama.

—Casi —respondió Ryder—. Sólo con que quisieras sacarme el codo de las costillas...

—¡Oh!

Mary se incorporó con esfuerzo y se apartó de Ryder. A continuación parpadeó intentando adaptar su visión a la oscuridad, pero era imposible: los rodeaba una negrura tan profunda e intensa como en la gruta de las Almas Perdidas. Esa experiencia la había preparado para la presente, y no luchó contra lo que no podía cambiar.

Ryder se sentó y se tanteó las piernas; le dolía un poco la rodilla derecha, pero no tenía nada roto.

—¿Estás bien? —le preguntó a Mary.

—Unas cuantas magulladuras sin importancia.

—¿Señorita Hamilton?

Como respuesta, se oyó un pequeño gruñido.

—A ella no le va tan bien —dijo Mary. Alargó la mano en dirección a los gemidos de Anna Leigh, encontró su hombro y le dio una firme sacudida al tiempo que se dirigía a ella con dulzura—. ¡Arriba, señorita Hamilton! El senador ha decidido que no es usted mejor que los demás.

La joven encontró fuerza suficiente para quitarse la mano de ella del hombro de un empellón.

—Apártese de mí.

Mary estuvo encantada de complacerla.

—Está tan en forma como siempre —le dijo a Ryder.

—No empieces una pelea —le advirtió él—. No veo lo suficiente como para separaros.

Antes de que Mary empezara a discutir, preguntó:

—¿Y Rivers?

—No sé dónde está.

—No creo que haya llegado al suelo. Notó que Mary empezaba a moverse. La contuvo y se puso en pie con esfuerzo—. Iré yo. Cuidado no te pise.

Mary recogió los brazos y las piernas para no obstaculizar a Ryder mientras éste buscaba la escalera. Oyó que le daba a algo con el pie, y el chillido de Anna Leigh ayudó a identificar qué había sido.

—Quítese de su camino, señorita Hamilton —le aconsejó Mary—. Intenta ayudar a su amigo.

Anna Leigh se enderezó como pudo y encogió las piernas.

—¿Qué le ha ocurrido a Davis? —preguntó—. ¿Está...?

Ryder no la dejó terminar.

—Está inconsciente, no muerto. —A rastras, lo apartó de los escalones y lo depositó en el suelo—. Está aquí mismo, si quiere usted cuidarlo.

Anna Leigh no tenía intenciones de atender a su amante desmayado. En lugar de eso, guiándose por la voz de Ryder, gateó hasta la escalera y se puso de pie; antes de que él se diera cuenta de sus intenciones, ya iba subiendo a gatas hacia la puerta. Primero probó el picaporte y, cuando éste no giró, empezó a dar golpes en los paneles de madera mientras gritaba:

—¡Wilson! ¡Sáqueme de aquí, Wilson! —Se detuvo para ver si oía una respuesta, y al no obtener ninguna, empezó de nuevo—: ¡Me oye, Wilson! ¡Sé que me oye! ¡Sáqueme!

El golpeteo prosiguió aún varios minutos, combinado con estridentes exigencias. A medida que los golpes se volvieron más débiles, las imperativas órdenes de Anna Leigh se convirtieron en llorosas súplicas. Al final, sencillamente, se dejó resbalar hasta quedar sentada contra la puerta y lloró en silencio.

Ryder no estaba conmovido, y no esperaba que lo estuviese su tío.

—No creo que le importe mucho lo que le suceda a usted —dijo.

Anna Leigh se quedó donde estaba, en la parte de arriba de los escalones.

—Cierre el pico.

Mary se levantó y se sacudió la ropa. El suelo de ladrillos de la bodega estaba demasiado frío como para quedarse sentada en él.

—¿Ryder?

—Aquí, Mary. —Él alargó la mano y, después de unos cuantos intentos, ella consiguió encontrarlo; entonces se sentaron juntos en uno

de los escalones inferiores.

—Imagino que quieres una explicación.

—Supones bien. Por lo visto, sabes mucho más que yo de lo que está pasando aquí.

Ryder alzó la voz hacia la escalera y le dijo a Anna Leigh:

—Seguro que me corregirá si me equivoco, ¿no?

Ella sorbió por la nariz.

—Váyase al infierno, mestizo.

Ryder sintió cómo Mary se ponía rígida.

—No hagas caso —dijo—; es un cumplido, no un insulto.

Los dos sabían que Anna Leigh no lo había dicho en ese sentido, pero Ryder percibió la conformidad de Mary por su pequeño suspiro.

—Muy bien —repuso ella en voz baja—, pero no podrás protegerla siempre.

Él le dio un pequeño apretón en la mano. A sus pies, notó que Davis Rivers hacía un movimiento, pero en seguida se quedó quieto otra vez. Tardaría en despertarse. Entonces, con tono cortés, dijo:

—Usted tampoco lo entiende, ¿verdad, Anna Leigh? Creo que usted y, aquí, Rivers pensaron que el senador iba a concederles parte del mérito de mi captura. Incluso, a lo mejor, el teniente recibía otro ascenso: ninguna otra persona puede decir que haya capturado a Ryder McKay dos veces.

Aunque Anna Leigh permanecía callada, Ryder supuso que le prestaba toda su atención.

—¿Les ha dicho por qué ha cambiado de opinión antes de empujarlos escaleras abajo? —No hubo respuesta—. ¿No? Bueno, a lo mejor es que no le dio tiempo.

Anna Leigh esperó, pero Ryder no dijo nada más. Contó treinta segundos mentalmente hasta que al fin la joven gritó frustrada:

—¡Hable ya, bastardo! ¿Qué es lo que cree saber?

El silencio había sido tan absoluto que el arranque de Anna Leigh sobresaltó a Mary. No le costó comprender su arrebato; ella misma estaba también en ascuas. Ryder no alzó la voz para responder, sino que mantuvo el tono como si charlara con toda tranquilidad.

—El senador sabe de su aventura con el teniente, señorita Hamilton.

Anna Leigh tenía ya en la punta de su afilada lengua la palabra «embustero» cuando se dio cuenta de una cosa: Ryder no había dicho cómo sabía él lo de su aventura, y si lo llamaba embustero sólo confirmaría lo que decía. Quizá estuviera especulando, nada más. Con premeditada frialdad preguntó:

—¿De qué me habla? ¿Qué aventura?

Mary no soportaba las evasivas de aquella mujer; volvió la cabeza y dijo con ironía:

—No intente pasarse de lista, eso sólo la perjudica. Ryder y yo la hemos visto con el teniente, en su casa; estaba muy claro que son amantes.

Anna Leigh se llevó la mano a la boca, pero no llegó a tiempo de ahogar su exclamación. En ese momento, Ryder dijo en tono

despreocupado:

—Lo que no sé es si eran amantes antes de que se metiera usted en lo del ataque del cañón Colter o si eso vino después, para celebrar el éxito del plan. —Al ver que Anna Leigh no respondía, siguió hablando—: Sospecho que fue después; quizá cuando volvieron a Washington. En Fuerte Union habría sido difícil manifestar la atracción que sintieran el uno por el otro. Allí había demasiados observadores, incluido mi tío. Por cierto, las noticias sobre usted y Rivers fueron una sorpresa para él; no sospechaba que hubiera tomado otro amante.

Mary parpadeó varias veces, y en tono de sorpresa exclamó:

—¡Otro amante! ¿Quieres decir tu tío y Anna Leigh?

La respuesta afirmativa de Ryder quedó ahogada por los golpes que la joven empezó a dar otra vez en la puerta.

—¡Wilson! ¡Déjame salir de aquí! Se equivocan respecto a mí y a Davis. ¡Te han mentido! ¡Wilson!

La puerta se estremeció con la fuerza de los golpes, pero no cedió; desde el otro lado no llegó ninguna respuesta.

—¡Te lo aseguro, Wilson! Ryder y la zorra te han mentido: no tengo una aventura con Davis. ¡No es verdad!

Mary esperó a que el golpeteo de Anna Leigh se apagara para decir:

—Quizá al senador le parecerían más convincentes sus protestas de inocencia si no usara el nombre de pila del teniente.

Sin mediar palabra, Anna Leigh prácticamente se abalanzó escaleras abajo. Su acción fue tan inesperada que Ryder tuvo que apartar a Mary

de un empujón para recibir él mismo los golpes que Anna Leigh repartía con brazos y piernas. Luchó cuerpo a cuerpo con ella varios segundos hasta que consiguió cogerle los brazos y sujetarle las muñecas. Ella abandonó el combate al darse cuenta de que Ryder la mantenía inmovilizada; cuanto más forcejeaba, más apretaba él. Tan pronto como se calmó y Ryder estuvo seguro de que Mary quedaba fuera de su alcance, sentó con fuerza a Anna Leigh en uno de los escalones de abajo.

—Quédese aquí hasta que yo le diga que se mueva —dijo—. No seré tan amable la próxima vez que intente atacar a Mary.

Anna Leigh sacudió la cabeza con desdén; era un gesto inútil en el oscuro sótano.

—¿Comprende, señorita Hamilton? —preguntó él.

—Sí —contestó ella con voz tensa.

—¿Mary? —llamó Ryder.

—¿Hmmm?

—Pórtate bien.

—De acuerdo —repuso ella en tono agradable.

Ryder volvió a pasar por encima del cuerpo del teniente para apartarse de la escalera. Después buscó a Mary, le cogió la mano y la llevó fuera del alcance de Anna Leigh una vez más. Al hacerlo, su hombro chocó con uno de los grandes botelleros de madera.

—Aquí, siéntate aquí mismo —ordenó—. Puedes apoyarte en el botellero.

Mary iba a decir que el suelo estaba frío, pero lo pensó mejor. Se

recogió la cola y el polisón del vestido y se sentó encima. Luego, con gesto distraído, mientras Ryder volvía a hablar con Anna Leigh, fue siguiendo con los dedos la forma de los lisos ladrillos, dibujando sus bordes. Con las uñas, empezó a desconchar trozos sueltos de argamasa.

—No da la impresión de que mi tío vaya a dejarla salir —le explicaba él a la señorita Hamilton—. Creo que Mary tiene razón: no se cree su cuento.

—Cambiará de opinión —replicó Anna Leigh obstinada—. Ya lo verá.

Mary le reconoció el mérito de la confianza que reflejaba su tono de voz. Sólo el leve temblor del final traicionaba el miedo de aquella mujer a que su confianza fuera inmotivada.

—Hábleme del cañón Colter —le pidió Ryder—; eso ayudará a que pasemos el tiempo.

—Oh —exclamó ella con tono de superioridad—. Pero ¿es que hay algo que usted no sepa?

—Unas cuantas cosas —reconoció Ryder en tono relajado.

Anna Leigh sintió que la sangre volvía a gotearle del labio; se lo limpió con unos toquecitos del pañuelo mientras maldecía a Mary en silencio.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —preguntó hoscamente—. ¿Qué gano yo con ello?

—La libertad.

Aquello la sorprendió.

—¿Quiere decir que usted sabe salir de aquí?

—Sí.

—Entonces hágalo —exigió ella—. ¿A qué espera?

Ryder no respondió en seguida. Notó que Mary apoyaba la cabeza en su muslo y le acarició con suavidad el cabello. Confiaba en él de un modo tan absoluto, estaba tan segura de su capacidad de protegerla, que no había tenido miedo de enfrentarse al revólver del senador. Si no sintiera tanta curiosidad por saber la verdad sobre el cañón Colter, Ryder la creía tan cómoda como para quedarse dormida sobre su pierna. Con Anna Leigh era distinto; incluso en la oscuridad percibía su inquietud.

—La espera no siempre es un medio para llegar a un fin —dijo Ryder en voz baja—. Tiene sus propias recompensas.

Anna Leigh soltó un bufido.

—¿Qué significa eso? —preguntó con aspereza—. Alguna tontería apache, sin duda.

Mary sintió cómo él se encogía de hombros y sonrió para sí; Anna Leigh nunca comprendería la espera. Entonces dijo:

—Haría bien en contestarle, señorita Hamilton. Ryder rara vez tiene prisa. Nos haremos viejos aquí... Exactamente como pretende el senador Stillwell.

Ryder dudaba que su tío pretendiera sólo eso, pero se guardó de decirlo. En lugar de ello, hizo una propuesta:

—El cañón Colter... a cambio de su libertad.

Con cautela, Anna Leigh estiró la pierna derecha; apenas tocaba el

cuerpo de Davis Rivers con la punta del pie. Le dio un empujoncito varias veces, pero no obtuvo respuesta, y dedujo que por aquel lado no tendría ayuda. Además, ni siquiera iba armado, así que tampoco podía cogerle el arma. Más indignada que afligida, retiró la pierna, y su falda crujió suavemente.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Cómo lo planeó mi tío —contestó Ryder.

La breve risa de Anna Leigh estaba desprovista de humor.

—Wilson dijo que usted sospechaba que el plan lo había ideado mi padre. ¿Qué lo ha hecho cambiar de opinión?

—Mi tío.

—¿Wilson? ¿Cómo?

—Cuando dijo que haría que usted y el teniente vinieran. No dio ninguna explicación, sólo expresó la certeza de que sería así. Desde el principio, Mary dijo que eso no tenía sentido, y llevaba razón, pero también se equivocaba: su equivocación radicaba en que no cambió las premisas. No tenía sentido si mi tío era inocente, pero si estaba implicado...

No terminó la frase para que Anna Leigh y Mary sacaran sus propias conclusiones. Mary alzó la cabeza, decepcionada por no haberlo adivinado sola.

—Entonces fue el senador Stillwell quien arregló que te destinaran a esa misión. Por su cuenta, sin que lo animara Warren Hamilton.

—Exacto —confirmó Ryder—. Mintió en eso y en otras cuantas cosas.

—A su tío se le da muy bien mentir —espetó Anna Leigh con rencor —; pero no crea que a mí se me engaña tan fácilmente como a su querida Mary.

Las tres últimas palabras iban cargadas de un completo desprecio. Luego prosiguió.

—Usted estaba en lo cierto: esta noche nos ha engañado a Davis y a mí, porque sí que esperábamos participar en la captura de usted, no en la nuestra. —Se apoyó en el escalón que tenía detrás—. Hacía casi un año que su tío y yo éramos amantes cuando se mencionó el cañón Colter por primera vez. Yo sabía que Wilson tenía poder e influencia en los planes relacionados con el Oeste y en las campañas indias, pero no tenía ni idea de que pudiera llevar a cabo algo tan sensacional como el ataque del cañón Colter.

Su voz fue experimentando un sutil aumento de emoción conforme iba avanzando en su relato.

—Observar cómo manipulaba a la gente como si fueran peones... era magnífico. Nunca he visto nada igual. —De pronto pareció darse cuenta de que no había necesidad de mostrar entusiasmo y admiración; se detuvo y luego habló con más prudencia, modulando la voz con esmero —. Él no me confió sus planes en seguida; no estaba tan seguro de mí al principio de nuestra relación. Eso me llevó algún tiempo y ciertas maniobras casi equivalentes a las suyas. Pero yo no sabía todo el alcance de lo que planeaba. Nunca imaginé que pretendiera que muriesen tantos soldados.

Ryder puso una mano en el hombro de Mary para advertirle que no interrumpiera sus palabras. Ella no creía que Anna Leigh fuese tan inocente como quería aparentar, y dudaba de que Ryder lo creyera, pero él quería escuchar todo lo que la otra tuviera que decir. La joven siguió hablando.

—Mi padre jamás habría maquinado un plan semejante. No creo que por un criterio moral, en realidad no habría tenido estómago. —Se calló un momento—. Ni tampoco cerebro.

El estómago de Mary se revolvió un poco ante la falta de respeto y la indiferencia de Anna Leigh.

—Para montar su plan, Wilson Stillwell recurrió a quienes estaban en deuda con él; la mayoría de los hombres que hizo que destinasen a Fuerte Union creían deberle algún favor. Desde luego, ésa fue la razón sólo en parte, porque, a fin de cuentas, estaba el oro. —La fría humedad del sótano la hizo estremecerse; encogió las piernas y se las abrazó—. Mi padre y yo fuimos al fuerte como parte del plan. No es que papá lo supiera; él creía que sus motivos para estar allí estaban muy justificados. Me dio la impresión de que Wilson preparaba otro chivo expiatorio por si usted no se prestaba a meterse en el papel.

Ryder soltó una risa sin alegría.

—No podían imaginar a nadie mejor que yo.

Protegida por la absoluta oscuridad, Anna Leigh sonrió al recordar.

—Sí, en efecto. Aunque la verdad es que me intrigaba, ¿sabe? Había oído hablar tanto de usted. A las mujeres del fuerte, desde luego, pero

mucho más a su tío. Él lo considera realmente un mestizo. Todos esos años entre los apaches... Para él es como si fuera uno de ellos. —Ladeó la cabeza y se apartó el pelo, por completo alborotado, que se le pegaba al cuello—. Es difícil saber lo distintas que habrían sido las cosas si usted no hubiera rechazado mis atenciones. Quizá habría muerto durante el ataque o, quién sabe, a lo mejor yo le habría salvado la vida.

—Pero en ese caso, si alguna vez se descubría el plan de mi tío y se aclaraba que los chiricahuas no habían estado detrás del ataque, su padre corría el riesgo de que le echaran la culpa. Creo que usted imaginó el modo de asegurarse de que yo quedara vivo para cargar con la responsabilidad.

Anna Leigh se quedó callada un instante.

—Últimamente, mi padre había criticado las medidas de Washington respecto a los indios, y sus colegas lo consideraban defensor de posturas más comprensivas. Wilson y mi padre... Se sabía que habían discutido en público, y también en privado. Creo que Wilson adjudicó a papá el papel de chivo expiatorio para su plan mucho antes de admitir que usted era mejor opción. —Sacudió el despeinado cabello en un gesto desafiante—. ¿Y qué si ayudé a Wilson a que así lo viera? Mejor usted que mi padre.

—Pudo usted entregarlos a todos... —dijo Ryder con tranquila convicción—. Pero, claro, estaba el oro.

—Sospecho que me conoce demasiado bien —suspiró Anna Leigh—. Y, además, yo no podía traicionar a su tío.

Mary no pudo contenerse.

—Por lo visto, cambió usted de opinión.

La voz de la otra sonó áspera cuando le espetó, enojada:

—Porque él me ha traicionado a mí.

—Me refería a su aventura con el teniente Rivers —aclaró Mary—. Por esa traición la ha tirado por esta escalera. Nada de lo que descubrimos sobre el cañón Colter despertó demasiado interés en el senador Stillwell hasta que mencionamos su cita amorosa con el teniente. Eso sí le llamó la atención, y después nos vio como un medio para vengarse de usted.

Anna Leigh se encogió de hombros.

—En cuanto lo piense un poco, sabrá que no significa nada. ¿Por qué iba yo a querer a Davis cuando Wilson me da muchísimo más? No tengo intención de convertirme en la esposa de un teniente.

—¿Ni siquiera con todo el oro que usted tiene? —preguntó Ryder—. Desde luego, eso allana los pequeños altibajos de la vida.

—¿Todo el oro? —espetó Anna Leigh con desdén—. ¿Cuál supone que fue mi parte a fin de cuentas? No mucho, se lo aseguro. Wilson mandó que se llevaran el mineral y lo procesaran para convertirlo en lingotes, y los lingotes no pueden usarse con facilidad como moneda corriente. Pasará un tiempo antes de que nadie se lo gaste.

—Pero mientras tanto, sueña con lo que podrá comprarse con él.

—Su tío se ha llevado la parte del león, y el resto se dividió entre todos los hombres.

—Es lo justo —comentó Ryder con la voz súbitamente tensa—: al fin

y al cabo, tuvieron que matar a sus hermanos para conseguirlo.

Anna Leigh sintió que la cólera de Ryder vibraba como una onda en el aire frío y húmedo, y se sorprendió retrocediendo para esquivar una bofetada que no llegó. Al cabo de un instante, replicó:

—Ellos sabían lo que tenían que hacer para conseguirlo. Aceptaron la misión, y la mayoría se alegró de realizarla. Usted mismo sabe que ninguno titubeó cuando llegó el momento. No quedó vivo nadie que pudiera decir lo que había ocurrido en el cañón Colter, salvo quienes llevaron a cabo la acción. —Cuando alzó la barbilla, el resplandeciente destello de sus ojos azules se perdió en la oscuridad—. Y ninguno de ellos ha hablado.

—Excepto usted —puntualizó Mary. Apoyó la cabeza en el botellero de madera y cerró los ojos.

Así que era cierto. Anna Leigh había confirmado la espantosa verdad del cañón Colter. Un chaqueta azul contra otro. Y no por una bandera ni por la libertad, sino por oro. Sus uñas siguieron dibujando el laberinto de argamasa entre los ladrillos del suelo mientras se esforzaba por mantener el control, hasta que al fin abrió los ojos de nuevo y añadió:

—Por otro lado, supongo que aún cree que el senador entrará en razón y se pondrá de su parte. —No hacía falta que Anna Leigh respondiera, sabía que era la verdad. Tocó el muslo de Ryder—. Tenemos todas las respuestas. ¿Qué hacemos ahora?

Él tardó en reaccionar, como si estuviera sacudiéndose la tristeza. Mary habría jurado que veía surgir su despaciosa sonrisa cuando por fin

dijo:

—Festejarlo, desde luego, y esperar a que el enemigo ataque.

Desconcertada, Mary dejó que la pusiera de pie. Luego, él la guió hasta situarla entre los altos anaqueles de los botelleros.

—¿Adónde van? —preguntó Anna Leigh en voz alta, un poco indecisa. Entornó los ojos, intentando ver—. ¿Van a abandonarme?

Ryder hizo caso omiso de ella. Pasó la mano libre por la pared de botellas y le preguntó a Mary:

—¿Te gustaría probar alguno en especial?

Mary frunció el entrecejo.

—Ryder, ya sabes que no bebo mucho.

—No estaba pensando en bebérnoslo.

—Bueno, ¿entonces qué vamos a...?

—Romperlas —contestó—; romperlas todas.

—Y esperar al enemigo —susurró ella despacio. Había comprendido —. Ryder McKay, me gusta tu forma de pensar.

Mary cogió una botella por el cuello y la sacó del estante.

—Empezaré con ésta.

Ryder le buscó la cara, la tomó en su mano y le dio un rápido y dulce beso en la boca.

—Ten cuidado —le recomendó—. Estaré en la parte de arriba de la escalera.

Mary asintió con un gesto:

—Eso pensaba que harías.

Lo oyó decirle a Anna Leigh que se quitara de en medio, y luego subir los escalones. Entonces pasó a la acción. Tuvo que golpear la primera botella unas cuantas veces contra el suelo antes de que se rompiera, pero el sonido no le resultó tan satisfactorio como esperaba: fue demasiado sordo, y además la botella no se hizo añicos.

—No creo que vaya a oírlo —dijo.

Tanteando en la oscuridad, Anna Leigh avanzó hasta llegar junto a ella.

—¿A ver? Déjeme intentarlo a mí. —Agarró una botella por el cuello y la lanzó con fuerza hacia donde sabía que había una pared; se hizo añicos a la primera—. Tiene que saber adonde tirarla. Yo ya he estado en la bodega de Wilson.

—Qué suerte para usted —contestó Mary con ironía.

Su ayuda en aquel momento no iba a convertirla en amiga suya de buenas a primeras. Entonces levantó una botella, la lanzó... Y se rompió con facilidad. Después lanzó otra y luego otra. Anna Leigh se unió a ella, y ambas tiraron botellas al unísono. De repente, sobre sus cabezas oyeron el fuerte golpeteo de unos pasos apresurados. El senador Stillwell recorría el pasillo a la carrera para salvar su preciada colección de vinos añejos.

—¡Ya viene! —susurró Mary.

—Sí —confirmó Anna Leigh—. Ya viene.

Lo último que Mary vio fue la franja de luz en lo alto de la escalera cuando el senador Stillwell abrió la puerta de par en par. Recodaba

haber pensado qué suerte que la botella que Anna Leigh había descargado sobre su cabeza no se hubiera hecho añicos.

—¡Cuidado, Wilson! —gritó entonces Anna Leigh—. ¡Es una trampa!

La advertencia llegó demasiado tarde: el senador ya había entrado en la bodega y se encontraba al comienzo de la escalera, revólver en mano. Entonces, Ryder, que estaba en cuclillas, se levantó y le dio un fuerte puñetazo en la cintura. Wilson Stillwell gruñó y perdió el equilibrio, pero el impulso que llevaba derribó también a Ryder, quien, por segunda vez en el lapso de una hora, se precipitó en picado escaleras abajo.

Con un golpe sordo, el arma de Stillwell chocó contra un escalón y se disparó. La bala hizo estallar un mágnum de *Moet Chandon*. Anna Leigh chilló al sentir en la cara el champán y los fragmentos de vidrio que volaban, y gritó aún más fuerte al notar el sabor de la sangre mezclado con el champán.

Ryder tumbó al senador en el suelo y recibió un golpe sorprendentemente fuerte en el mentón mientras ambos luchaban cuerpo a cuerpo por el revólver. Stillwell lo tocó una vez con los dedos, pero el arma salió despedida rebotando en los ladrillos cuando Ryder alargó la mano para cogerla. La puerta de la bodega empezó a cerrarse despacio, y la luz de gas que llegaba del pasillo fue disminuyendo.

Pese al regreso de la absoluta oscuridad, Wilson Stillwell tuvo suerte: su gancho le dio a Ryder en la sien, lo hizo caer de lado, y la caída le torció más la rodilla. Entonces, el senador se lanzó hacia donde había visto el arma por última vez y empezó a manotear buscándola. Ryder lo

cogió por las piernas y lo hizo retroceder de un tirón. Stillwell recibió un buen golpetazo en la barbilla mientras su sobrino lo arrastraba boca abajo. Luego, Ryder se sentó a horcajadas sobre su espalda y le tiró de los brazos para sujetárselos detrás.

—¿Y ahora qué? —espetó Stillwell en tono seco, con un lado de la cara incómodamente apretado contra el suelo—. No tienes nada para atarme las manos.

Ryder también era consciente de ello, y contestó:

—Puedo improvisar —y sin más advertencia, se apartó lo suficiente como para darle media vuelta y luego lo dejó sin sentido de un fuerte gancho de derecha.

De repente, en lo alto de la escalera se hizo la luz cuando la puerta se abrió de nuevo. Sin saber demasiado bien qué esperar, Ryder apartó a Stillwell y se puso en pie de un salto. Los gritos de Arma Leigh habían amainado hasta convertirse en roncos sollozos. Por el rabillo del ojo, Ryder vio que Mary levantaba la cabeza con aire débil y se buscaba el chichón que tenía en el cuero cabelludo. Cerca de ella, el teniente Rivers se removía al fin. Sólo su tío estaba de lo más quieto.

La figura que llenaba el vano de la puerta bajó un escalón, con lo que entró más luz en la bodega. Tras una rápida pero minuciosa inspección del panorama, miró a Ryder directamente a los ojos... y entonces, despacio, John MacKenzie Worth levantó la escopeta.

—Deme un motivo por el que no debiera emplearla contra usted.

Ryder no parpadeó ni se alteró.

—Contaba con que la reservase para la boda, señor.

En lo alto de la escalera, justo detrás de Jay Mac, se produjo otro alboroto. Ryder reconoció algunas de las voces y otras no, y eso le dio esperanzas. No esperaba conocerlas todas, aunque algunas le eran muy familiares.

Jarret Sullivan se abrió paso a través de la multitud que congestionaba la entrada, y Rennie lo siguió muy de cerca. También Moira se metió a empellones en el combate y miró por encima del hombro de su hija.

—Jay Mac —dijo con firmeza—, baja esa arma.

Ryder soltó una respiración que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo y, en voz baja, dijo:

—Por fin... La caballería.

Epílogo

Nueva York, julio de 1885

No fue una boda a punta de escopeta. A pesar de su amistad de toda la vida con Jay Mac, de su condición de padrino de Mary Michael y de su papel en las bodas de todas las Dennehy, el juez Halsey se negó en redondo a permitir que hubiera un arma en su despacho. Jay Mac, que nunca aceptaba la derrota con facilidad, llevó la escopeta a la sala de juicios y consintió en dejarla allí, en el pasillo, apoyada en la pared.

En realidad, el despacho del juez era demasiado pequeño para dar cabida a la multitud que había en él, y su titular sólo les permitió entrar porque todos estaban emparentados entre sí y no parecía importarles estar apretujados. Era el primer encuentro de la familia al completo desde que Mary Margaret se licenció en la facultad de medicina, hacía más de un año, y su número parecía ir creciendo. Por otra parte, la novia había engordado.

Su señoría el juez Halsey creía percibir una leve redondez en el abdomen de Mary que no se apreciaba la primera vez que acudió a él para hablar del casamiento.

Recordaba que había acudido a él en marzo, justo después de que el dramático suicidio del senador Stillwell en la cárcel puso fin al

sensacionalista proceso de su incapacitación política y a su juicio penal. Entonces Mary le dijo que no tenía ninguna prisa por celebrar la boda. Que, a sus ojos, a los de su madre y a los de todas las «Mary» (y estaba segura de que incluso a los de Dios), ya estaba casadísima con Ryder McKay. La ceremonia oficial era para apaciguar a Jay Mac y las leyes civiles de Nueva York, y el Halsey tuvo muy claro que el primero influía más que las segundas.

El juez echó un vistazo en torno a su despacho privado. Vio a Moira Dennehy Worth, muy satisfecha por presidir, al lado de su esposo, la prole de hijos y nietos de los dos. Jay Mac ceñía con el brazo el hombro de su esposa y, de vez en cuando, al sorprender con la mirada a uno de sus nietos haciendo alguna payasada que le recordaba a sus hijas, susurraba al oído de Moira; ella sonreía con expresión beatífica.

Allí estaba Mary Michael con su marido, Ethan, y sus dos hijos. Michael fue la primera en informar en el *Rocky Mountain News* sobre la verdad que se ocultaba tras el ataque del cañón Colter. Todos los principales periódicos del Este recogieron su artículo, y, una vez más, su firma fue conocida a escala nacional. Contó con una ventaja que ningún otro reportero había tenido: ella y Ethan formaban parte de la «caballería» de Ryder McKay. Después de seguir a Jay Mac a través del país para asegurarse de que no hiciera ninguna tontería, los demás recurrieron a ellos para que ayudaran en el rescate. Por eso la cobertura informativa de Michael tenía un tono que fue la envidia de todas las agencias.

A continuación, la mirada del juez Halsey se trasladó a la gemela de Michael. Rennie estaba arrodillada junto a sus propias gemelas, limpiándoles las manos de pegajoso regaliz rojo y negro y preguntándoles de dónde habían sacado aquella golosina. Cait y Lilly permanecían casi cómicamente mudas, resueltas a no traicionar a su padre. En cuanto a Jarret, estaba muy ocupado metiéndose barras de regaliz el bolsillo interior de la chaqueta con el fin de quitarlas de en medio.

La sonrisa ladeada del juez desapareció cuando éste se dio cuenta de que una jovencita se había sentado en el lujoso sillón de piel que había detrás del escritorio y lo hacía girar con energía a un lado y a otro. Su señoría estaba a punto de decir algo cuando observó que la atención de Mary Margaret se desviaba del bebé que tenía en brazos hasta su hija. Maggie le dio un suave codazo a Connor y, con un gesto, señaló a Meredith. Connor alargó la mano, detuvo el sillón giratorio y eso fue todo... hasta que Meredith empezó a hurgar en los papeles que el juez había cometido la imprudencia de dejar sobre la mesa. En aquel momento, Halsey prefirió apartar la vista antes que mirar lo que la chica hacía con ellos.

Entonces vio que Mary Schyler estaba mirándolo. Se reía de él y ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Sin embargo, la luminosidad del encendido cabello rojo de Skye y sus centelleantes ojos color esmeralda hicieron que el juez se sintiera décadas más joven... y se descubrió soltando una risilla y alegrándose por todo el clan de que Skye hubiera

regresado de China para la boda de Mary Francis. Su marido, Walker, era el padrino del novio. Precisamente en aquel momento, Walker le daba un ligero golpecito a Skye en el hombro y le pasaba al hijo de ambos para que lo cogiera en brazos.

Fue entonces cuando el juez Halsey se dio cuenta de que todos estaban esperándolo. Su tez enrojeció un poco, y, de pronto, el almidonado cuello de la camisa le resultó duro y tirante. Carraspeó, más por necesidad que por dar un efecto dramático, y asintió mirando a Mary y a Ryder.

—Parece que estamos listos —dijo en tono solemne.

Mary Francis echó una ojeada por la habitación y se tomó su tiempo para saludar a todos, uno por uno, y agradecerles en silencio todo lo que habían hecho. Cuando se volvió a mirar a Ryder, en sus ojos había un leve brillo de lágrimas. El absoluto amor de su familia la había llenado de emoción.

Ryder la cogió de la mano y la acercó a él cuando el juez Halsey comenzó la ceremonia. Más tarde, ambos reconocerían que no recordaban casi nada de lo que se había dicho o hecho, ya que durante unos minutos, por separado, aunque juntos, se habían visto transportados a un tranquilo y silencioso claro del territorio de Arizona; el lugar donde su matrimonio, como toda vida, había nacido de un agua fresca y cristalina.

Los devolvió al presente la mirada expectante del juez, así como su gesto de ánimo. Mary alzó la cara y Ryder inclinó la cabeza. Hubo un

suspiro colectivo entre los testigos cuando el beso terminó al fin. Ruborizada y un poco sin aliento, Mary sonrió, irradiando alegría. Egoísta, Ryder mantuvo un instante el calor de aquella sonrisa para sí antes de volverse para recibir juntos a la familia.

Y entonces todos se abrazaron.

Una brisa tibia subió desde el río Hudson, cruzó el campo de flores silvestres y agitó las cortinas de encaje del dormitorio situado en la esquina de la casa de verano. El perfume del agua, el aroma a espuelas de caballero, zinnias, primaveras y milenrama, y el movimiento suave y casi fantasmal de las vaporosas cortinas estimuló los sentidos de Ryder hasta despertarlo. Salió del profundo sueño despacio. Se volvió de costado desperezándose con indolencia y hundió la cara en el rincón más fresco de la almohada de plumas. Luego deslizó la mano bajo las mantas, buscando el familiar contorno del fino brazo de Mary o la forma de su redondeada cadera. Al cabo de un momento, abrió los ojos para confirmar lo que su búsqueda a ciegas ya había adivinado: estaba solo.

Sin alarmarse por su ausencia, Ryder sonrió para sí; sabía dónde encontrarla.

Mary salió a la superficie y sacudió la cabeza. El agua que salpicó centelleó como si fueran brillantes a la luz de la luna antes de que el

pequeño lago absorbiera todas las gotas. Entonces describió una lenta circunferencia, con ella en el centro, dejando que su brazo desnudo rozara la superficie y formara una ondulación. Salvo por el ligero y desafinado tarareo de la propia Mary, en el claro que rodeaba el lugar reinaba el silencio.

No oyó acercarse a Ryder y, sin embargo, supo casi al instante que él estaba allí. Fue como si se hubiera producido un cambio en el aire. Dejó de tararear y terminó su perezosa rotación hasta quedar frente a él.

La luz de la luna iluminaba sus hombros desnudos y daba relieve a sus facciones. Estaba agachado al borde de una roca, con una postura de depredador que ya le resultaba familiar y era más excitante que amenazadora. La observaba fijamente; su mirada se deslizaba por su cara, su cuello, sus hombros descubiertos... Aquel tranquilo y detallado examen infundió calor a su piel, y no tardó en parecer que el agua se había enfriado varios grados.

En la voz de Ryder había un eco profundo y ronco cuando le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Esperar.

Mary pronunció la palabra con sencillez, pero no podría haberla cargado de más sentido; ella conocía el placer de esperar.

Ryder asintió y se puso de pie.

—Es lo que imaginaba que estabas haciendo.

Se desabrochó el botón de la cintura de sus vaqueros, el único que

llevaba abrochado, se quitó los pantalones de un tirón y se zambulló en el agua en el mismo momento en que los apartaba de un puntapié. Su cuerpo rozó el de Mary al salir a la superficie.

—Te echaba de menos —dijo él.

Con gesto delicado, ella puso la mano en la curva del cuello de Ryder y le apartó un mechón de oscuro pelo de la nuca. Luego se inclinó y acercó la boca a sus labios. Ambos se hundieron bajo el agua, fundidos en un beso jadeante. Mary le envolvió los muslos con las piernas y apretó los senos contra su pecho. El pelo se le abrió en el agua como un agitado y ondulante abanico cuando volvieron flotando a la superficie.

Se dirigieron a una parte menos profunda del estanque. Ryder la levantó, y los brazos de Mary le ciñeron los hombros mientras rodeaba sus caderas con los muslos. Flotando en el agua y sostenida por él, se sentía casi incorpórea. Ella arqueó la espalda; la sensación se extendía desde el punto donde los dos se unían hasta las puntas de los dedos. La boca de él estaba en su pecho, acariciándoselo, y una corriente de placer recorría su interior hasta lo más hondo. Abrió bien los dedos sobre la húmeda piel de Ryder y se aferró a él. Las manos del hombre fueron a la base de la espalda de ella para acercarla más. Cuando Mary echó la cabeza hacia atrás, la boca de él buscó su garganta, con los labios casi insoportablemente calientes sobre su piel.

Lo sintió estremecerse, y la vibración de su cuerpo pareció meterse dentro de ella. La absorbió mientras Ryder seguía acariciándola. La besó con intensidad y mantuvo sus cuerpos pegados. Los sensibles senos se

frotaron húmedos contra su pecho.

Aunque esperaba la llegada del clímax, su fuerza la cogió por sorpresa. Gritó mientras su cuerpo se mecía con vigor contra Ryder. Él la tenía abrazada, pero sin tensión, y su abrazo libre la sostuvo después, cuando se desplomó sin fuerzas, saciada y radiante.

Ryder la sacó en brazos del agua. Ella señaló la manta que había llevado de la casa, y él la puso encima. El camisón de algodón estaba tirado en el suelo. Mary alzó los brazos en un gesto lánguido mientras él la ayudaba a ponérselo. Luego, Ryder le dio un breve beso de despedida, más de promesa que de pasión, antes de rodear el lago para recoger sus pantalones.

—No tenías que ponértelos por mí —le dijo Mary cuando regresó.

—Lo sé. —Se arrodilló junto a ella y después se tumbó, apoyado en un codo—. Me los he puesto porque en el agua se está más tibio que aquí fuera.

—¿Quieres ir dentro? —preguntó ella.

Él le alisó unos rizos de húmedo pelo para apartárselos de las sienes y contempló con detenimiento su serena y sencilla belleza; cómo la luna le bañaba el cutis de luz plateada y azul.

—No —dijo—. Quiero quedarme justo aquí.

Ella se limitó a sonreír. No era preciso decir nada. Ryder siguió acariciándole el húmedo y sedoso cabello y, al cabo de un rato, le preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en que debimos celebrar la boda aquí?

—Se me ocurrió, pero no quería compartir este lugar —contestó ella. Imaginó que él pensaba lo mismo; después de todo, no había tocado el tema antes de la boda—. Estoy muy contenta de como lo hemos hecho. Ahora mismo, mis hermanas, sus maridos y todos sus niños suben y bajan corriendo la escalera de la casa de mis padres, mientras tú y yo disfrutamos de nuestra luna de miel justo aquí, en la casa de verano.

Ryder deslizó la palma de la mano que tenía bajo el pecho de Mary hasta la suave turgencia de su abdomen.

—Nuestro hijo subirá y bajará corriendo por esa misma escalera algún día —dijo.

Mary negó con la cabeza.

—Le enseñaré a usar la barandilla: es el camino más rápido entre los pisos.

Él soltó una breve risa.

—Estoy seguro de que lo harás —afirmó mientras le frotaba el vientre con gesto distraído, pensando.

De pronto, con tono áspero, Mary dijo:

—No es una lámpara maravillosa.

Ryder dejó quieta la mano y frunció el entrecejo.

—¿Cómo?

A ella le costó trabajo mantener su expresión seria, pero se las arregló para no sonreír y señalar la mano abierta que él tenía puesta sobre su abdomen, diciéndole:

—Por mucho que frotes, tu hijo no aparecerá en una nube de humo.

Si se hubiera quemado, Ryder no habría apartado la mano más rápidamente. Luego la miró con una sonrisa avergonzada.

—Perdona, no me daba cuenta...

Interrumpió la frase cuando Mary le cogió la mano y volvió a ponérsela sobre el abultado vientre.

—No creo que me importe —dijo—. Aun así, sabes que estas cosas llevan tiempo.

Según los cálculos de Ryder, quedaban cuatro meses. Guardaba un recuerdo muy entrañable de una tina de baño compartida en la pensión de Doc Stanley. Su hijo, como el matrimonio de los dos, había sido concebido rodeado de agua.

—¿De verdad crees que será un chico?

—No, no tengo ninguna sensación de que vaya a ser una cosa u otra...

Mary lo observó con atención. ¿Querría un niño porque ya había tenido una hija? ¿Seguía estando su recuerdo todavía demasiado en carne viva, incluso al cabo de tantos años?

—¿Es importante?

Él negó con la cabeza.

—Una hija estaría muy bien, Mary; la querría tanto como quiero a su madre.

Alzó la mano de nuevo, pero ella volvió a llevársela al vientre, rápidamente esta vez, y con su expresión le advirtió que se callara. Bajo la palma, Ryder sintió una firme patada.

—Eso es un visto bueno —susurró Mary.

Ryder se rió en voz baja, apartó la mano y se tendió. Mary acomodó la cabeza en la curva de su hombro y cruzó el brazo sobre su pecho. Bajo las estrellas que brillaban en el cielo nocturno, disfrutaron de aquel momento en silencio. Durante los cinco meses anteriores, se habían preguntado a menudo si alguna vez llegarían a aquel santuario, al claro del valle del Hudson. La idea de estar allí, justo en aquel sitio y de aquella manera, era la imagen que guardaban en secreto en la mente mientras se enfrentaban a sus críticos y acusadores.

El artículo de Mary Michael en el *Rocky Mountain News* contribuyó mucho a ayudar a Ryder y a Mary, pero no despejó todas las dudas. Era una noticia demasiado importante, y el escándalo que causó fue, a la vez, horroroso y fascinante. Ni siquiera John MacKenzie Worth pudo impedir que el ejército interrogara a su hija mayor. Mary tuvo que soportar horas de interrogatorio, y durante días se defendió por haber ayudado a Ryder en su huida y por todas las acciones realizadas en nombre de él o a su lado.

Siguió luchando con un detalle irónico: tuvo que mentir sobre su ayuda en la fuga de Ryder de la cárcel militar para que la creyeran en todo lo demás. Floren ce Gardner fue al Este con su hijo cuando el Ministerio de la Guerra llamó al general a Washington. Florence se reunió con Ryder y Mary y se ofreció a reconocer el papel que había

desempeñado, pero ellos se negaron. La carrera del general Gardner ya estaba sujeta a un examen de lo más meticuloso por su forma de llevar la investigación del cañón Colter; de haberse sabido que no controlaba a su madre, su carrera se habría resentido mucho más.

La verdad era que, desde el momento en que la familia de Mary apareció apiñada en la escalera de la bodega de Stillwell, daba la impresión de que el movimiento y la falta de tranquilidad habían sido incesantes.

Ryder recordaba con más claridad que Mary el alboroto que se produjo en el sótano. Y es que, a pesar de la rápida atención que le dedicó su hermana Maggie, durante una semana Mary tuvo en la cabeza un chichón del tamaño de un huevo de chorlito; la secuela insignificante de su encuentro con la botella de vino. Anna Leigh Hamilton no tuvo tanta suerte.

La oportuna intervención de Maggie sólo redujo la posibilidad de una infección. Maggie le quitó con cuidado los fragmentos de vidrio de la cara y la garganta, y después le lavó los ojos con un constante flujo de agua, pero ni la más hábil sutura devolvería jamás al cutis de Anna Leigh su impecable apariencia anterior... y los lavados tampoco devolverían la vista a sus ojos.

Anna Leigh Hamilton tenía un aspecto a la vez trágico y digno de compasión cuando declaró contra Wilson Stillwell. No le costó nada tergiversar la verdad y presentarse como víctima de las promesas y el poder de un hombre mayor, y aunque eximió de culpa a Ryder McKay,

sí acusó a su tío. Su sufrimiento en el estrado hizo imposible que ninguno de los otros demandados la acusara, y los que lo intentaron fracasaron. Los esfuerzos del teniente Rivers y del senador Stillwell por presentar a la hija del senador Hamilton como una seductora sólo consiguieron recordar a la prensa, al público y a los políticos que Anna Leigh había sido una esplendorosa belleza, llena de energía; un elemento imprescindible capaz de animar hasta la más aburrida cena de gala de Washington. Todo lo que el senador y el teniente dijeron contra ella se volvió en su contra.

En abril, el teniente Rivers y un puñado más de los principales conspiradores fueron ahorcados. Para entonces, el grupo completo de los soldados que cometieron la matanza del cañón Colter ya compartía celdas en la cárcel de Washington y en otras cárceles de los alrededores, y se dispuso que fueran ahorcados, en grupos de tres o cuatro, en el transcurso del verano. A aquellas alturas, prácticamente se los había olvidado, pues, con el suicidio de Wilson Stillwell, la nación empezó a borrar de su recuerdo la tragedia del cañón Colter. Los editoriales del *Times* y el *Herald* casi le dieron las gracias por su decisión de acabar con su vida y dejar que el país pasara página; sólo una voz, la del editor del *Chronicle* de Nueva York, se alzó para llamarlo cobarde.

El senador murió sin decir dónde se escondía su parte del cargamento de oro. Todos los demás implicados en el robo devolvieron

sus lingotes sin gastar, pero Wilson Stillwell no reconoció haber recibido nada.

Mary estuvo pensando mucho tiempo, y rezó mucho, antes de decidirse a confesar que sabía dónde había escondido el senador su precio de Judas. Pero antes de decir lo que sabía, hizo un trato: parte del inmenso tesoro se destinaría a las familias de los hombres muertos en el cañón Colter. También consiguió del Ministerio de la Guerra que Ryder McKay no tuviera que contestar a más preguntas. En lo que a ella respectaba, el asunto del cañón Colter estaba cerrado... y el ejército no estaba en situación de discutírselo.

Fue así cómo llevó de nuevo a su marido y a los oficiales del ejército hasta la casa del senador Stillwell y al interior de su bodega. Una vez allí, dijo:

—Apocalipsis, 21, 21. —Tuvo que añadir algo más al ver que nadie se movía—. «Y la plaza de la ciudad es de oro puro, transparente como el cristal.»

En aquel momento, Ryder sonrió, pero la comitiva de oficiales continuó mirándola sin entender. Sinceramente, no contaban con que la habían seguido para que les citara las Sagradas Escrituras.

Con un suspiro, Mary añadió:

—No me miren a mí, caballeros: la respuesta está bajo sus pies.

Ryder fue el primero en entender y el primero en sacar una navaja del bolsillo para arañar los ladrillos del suelo de la bodega. El oro es un metal blando, de modo que no le costó desconchar la pintura y descubrir

el metal precioso que había debajo; luego enseñó a los oficiales el filo de la hoja: tenía motas de oro. A los militares les costó mucho ocultar que se sentían impresionados. El ejército ya había peinado el hogar del senador media docena de veces, incluida la bodega, sin encontrar nada.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Ryder mientras conducía a Mary fuera de la casa.

Entonces ella le contó cómo la noche del sótano, mientras él interrogaba a Anna Leigh, estuvo resiguiendo con las uñas los bordes de argamasa del enladrillado, y también que, después, al mirárselas vio que tenía motas de oro debajo. Como la buena jugadora de póquer que era, mantuvo el secreto para sí y no mostró sus cartas a nadie hasta estar segura de saber cuándo y cómo jugarlas.

El veredicto de inocencia de Ryder McKay no levantó tanta polvareda como la condena de su tío. El ejército lo absolvió de todo acto delictivo y le ofreció restituirlo en su puesto, si lo deseaba. Pero él no lo deseaba, y nadie del Ministerio de la Guerra lo lamentó. Les parecía que habían cumplido su parte del trato acordado con Mary y estuvieron encantados de acabar por fin con aquel asunto. La presencia de Ryder era una vergüenza para ellos: un recordatorio de lo chapucero de su organización y de los incontrolados prejuicios contra los indios que existían en las iniciativas gubernamentales para el Oeste. Al final, el nombre de Ryder McKay quedó limpio, pero no se lo consideró un héroe.

Él no pedía nada más. Prefería vivir algo parecido a un exilio en la

propiedad que él y Mary compraron en Flagstaff a una vida de mala fama en Washington o en Nueva York. Tenían dinero más que suficiente para empezar con el rancho: los ahorros de él fueron para la compra de la finca, y, con el fondo de Jay Mac, Mary adquirió ganado y contrató peones. Después, sólo unas semanas atrás, había llegado la inesperada noticia de Rennie: siguiendo el mapa de Ryder, ella y a Jarret habían encontrado un filón. Cuando se reunió con ellos con motivo de la boda, Rennie les llevó escrituras, cartas de derechos sobre minerales y de paso para la Northeast Rail, y negoció un generoso trato con Ryder y Mary que les aseguraba el porvenir para el resto de sus vidas. Y, además, como señaló Jay Mac, sin perjuicio para la Northeast Rail.

Mary sintió una suave vibración en el brazo; era el pecho de Ryder que se agitaba: estaba riéndose en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué estás pensando?

—Que tu padre es un hombre astuto.

—En negocios a eso lo llaman ser «un hombre de éxito».

—Mmm... —Él inclinó la cabeza y le besó la coronilla—. En el banquete andaba diciendo que iba a jubilarse; lo oí hablar de eso con el juez Halsey.

—Lo sé, oí por casualidad parte de la conversación. —Meneó la cabeza—. Imagino que siempre seguirá controlando de algún modo, pero lleva mucho tiempo preparando a Rennie y a Jarret para que se hagan cargo de la Northeast. Ellos ya están listos, y además a mamá le encantaría pasarse la vida viajando por el país y visitando a sus

nietecitos. Jay Mac no parece tan reacio como lo era en tiempos.

Sin decir nada, Ryder reconoció que era cierto. Sintió que Mary se relajaba contra él, que su brazo se volvía un poco más pesado sobre su pecho. Aunque su respiración era suave y tenía los ojos cerrados, sabía que aún no estaba dormida. Sus labios se movían de forma casi imperceptible, pero Ryder sentía el roce de su boca contra la piel. Sonrió. Aquél era el momento de la noche en que ella lo protegía con oraciones y daba las gracias por la suerte compartida.

Se había equivocado al suponer que Mary sólo ponía su confianza en él, que estaba segura de que él la protegería; ahora lo sabía, y reconocía también cuál era la verdadera fuente de su gran fuerza y de su amor.

Mary únicamente ponía su confianza en Él.

* * *

A mis lectoras

La publicación de *Eternamente mío* supone el final de la saga de las hermanas Dennehy. Cuando empecé a escribir por primera vez sobre Mary Michael Dennehy en *Dulce y salvaje,* no tenía ni idea de que procediera de una familia tan extensa y tan interesante, ni de que me dedicaría a escribir sobre ellas durante los cinco años siguientes. Desde luego, no contaba con desarrollar una historia sobre Mary Francis... pero las cartas de las lectoras (y la amable insistencia de mi editorial) me convencieron para terminar la crónica con la primogénita de Jay Mac y Moira.

A las lectoras que han sido tan amables de escribirme para comunicarme cuánto les gustaba la serie de las Dennehy quiero darles las gracias. Agradezco su entrega a la hora de seguir a estas hermanas, pues sé que han tenido que esperar entre cada una de ellas. Pensando en que muchas de ustedes leen centenares de novelas románticas al año, me he sentido muy halagada al ver que estaban pendientes de todas las «Mary». Aunque, probablemente, eso dice más de su capacidad intelectual que de mi habilidad para tejer una historia, decido sentirme halagada. Gracias de nuevo.

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

JO GOODMAN.



Vive con su familia en Colliers, Virginia Occidental. Jo Goodman es una autora de novela romántica conocida internacionalmente. Entre su amplia bibliografía romántica destacan sus series sobre las hermanas Dennehy, la familia McClellan, los hermanos Marshall y la familia Hamilton, así como las novelas Passions Bride (1984), Scarlet Lies (1988) y Sweet Fire (1991).

En 2007 ha publicado If His Kiss Is Wicked que ganó los cuatro principales premios de la AAR Readers Poll Awards.

ETERNAMENTE MÍO.

Un hombre a punto de morir... una mujer preparada para vivir...

Dividida entre la devoción y un secreto anhelo por la aventura, Mary Dennehy toma una decisión. Escandalizando a su familia, abandona el convento y su existencia enclaustrada y se embarca en la búsqueda de una nueva vida. Pero para una mujer sola, el oeste puede ser un lugar hostil y traicionero. Y nada es más peligroso e irresistible que Ryder

McKay.

Fiel a los apaches que lo criaron, ahora sentenciado a la horca por un crimen que no ha cometido, Ryder está lo bastante desesperado como para aferrarse a su última esperanza de recobrar la libertad. Tomando a Mary como rehén, el explorador del ejército se atreve a escapar... en un impresionante viaje al peligro y a la pasión prohibida que pondrá a prueba su fe y supondrá un desafío para el corazón de la pareja...

SERIE HERMANAS DENNEHY

1. Dulce y salvaje - Wild Sweet Ecstasy

2. Amante y canalla - Rogue's Mistress

3. Siempre en mi corazón - Forever in My Heart

4. Siempre en mis sueños - Always in My Dreams

5. Eternamente mío - Only in My Arms

* * *

© Título original: *Only in My Arms*

© Por la traducción, Aurora Elizalde, 2008

Editor original: Zebra, Abril, 1997

© Editorial Planeta, S. A.

Colección: RomanticaBooket / Octubre 2008

Lugar de Edición: Barcelona (España)

ISBN: 978-84-0808-136-4

EAN: 9788408081364